**LAS VOCES DE LOS PITINGOS:**
UNA APROXIMACIÓN A LA VIDA DEL BARRIO BOLÍVAR.

PRESENTADO POR:

OLIVER EDUARDO CAMACHO BRAVO.

CÓDIGO: 08101017.

DIRECTOR:

LEONARDO BEJARANO.

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

POPAYÁN
2018.

**ÍNDICE**

**TABLA DE IMÁGENES ..... 4-7**

**INTRODUCCIÓN ..... 8-12**

**PRIMER CAPÍTULO: LA DROGUERÍA NORTE ..... 15-20**

**SEGUNDO CAPITULO: EN BÚSQUEDA DE LA PALABRA "PITINGO"..... 21-27**

**TERCER CAPÍTULO: LAS VOCES DE LOS PITINGOS..... 28-29**

1. Luis H. Ledezma ..... 30-41
2. Marcos Realpe..... 42-49
3. Cecilia Pinzón ..... 50-55
4. Isabel Granja ..... 56-60
5. Aura María López de Chávez..... 61-82
6. Hernán Gutiérrez Martínez..... 83-87
7. Roger Jiménez Chicangana ..... 88-94
8. Luz Ángela Fernández..... 95-107
9. Ana Cecilia Figueroa de Guacanés ..... 108-119
10. Ana Teresa Ortega..... 120-128
11. Aída Marlene Rodríguez Velasco ..... 129-134
12. Marco A. Solarte ..... 135-141
13. Irma Torres Vidal de Galvis..... 142-147
14. Ema Lilia Idrobo de Franco..... 148-150
15. Cecilia Lupe Churón Jaime..... 151-159
16. Hermes Rodríguez Guerrero ..... 160-168
17. Carmen Torres..... 169-177
18. Jesús Navia y Aura Nelly Orozco ..... 178-181
19. Delfín Camayo Salazar..... 182-189

**CUARTO CAPÍTULO: ALGUNAS DE LAS COSAS ESCRITAS SOBRE EL BARRIO BOLÍVAR.....190**

**Reseñas de los documentos escritos** ..... 191-205

**Compilación de imágenes** .....206

Sobre El Callejón ..... 206-211

Sobre los Puentes del Humilladero ..... 212-242

Sobre la empresa ferroviaria..... 243-282
Sobre otros lugares del barrio Bolívar o vinculados al mismo..... 283-303
Sobre el desbordamiento del río Molino en el 2013 ..... 304-344
Sobre algunas fotografías sugerentes ..... 345-349
**Conclusiones y consideraciones**..... 350-359
**ADENDA** ..... 360-362
**REFERENCIAS VISUALES** ..... 363-364
**BIBLIOGRAFÍA** ..... 365-371
**ANEXOS** ..... 372-386

## TABLA DE IMÁGENES.


- Imagen sintética e introductoria en la página 10.
- Imagen número 1 en la página 209.
- Imagen número 2 en la página 210.
- Imagen número 3 en la página 211.
- Imagen número 4 en la página 214.
- Imagen número 5 en la página 222.
- Imagen número 6 en la página 229.
- Imagen número 7 en la página 233.
- Imagen número 8 en la página 234.
- Imagen número 9 en la página 235.
- Imagen número 10 en la página 236.
- Imagen número 11 en la página 237.
- Imagen número 12 en la página 238.
- Imagen número 13 en la página 239.
- Imagen número 14 en la página 240.
- Imagen número 15 en la página 241.
- Imagen número 16 en la página 242.
- Imagen número 17 en la página 248.
- Imagen número 18 en la página 249.
- Imagen número 19 en la página 251.
- Imagen número 20 en la página 252.
- Imagen número 21 en la página 257.
- Imagen número 22 en la página 258.

- Imagen número 23 en la página 259.
- Imagen número 24 en la página 260.
- Imagen número 25 en la página 261.
- Imagen número 26 en la página 262.
- Imagen número 27 en la página 265.
- Imagen número 28 en la página 266.
- Imagen número 29 en la página 267.
- Imagen número 30 en la página 268.
- Imagen número 31 en la página 269.
- Imagen número 32 en la página 270.
- Imagen número 33 en la página 271.
- Imagen número 34 en la página 272.
- Imagen número 35 en la página 273.
- Imagen número 36 en la página 274.
- Imagen número 37 en la página 275.
- Imagen número 38 en la página 276.
- Imagen número 39 en la página 282.
- Imagen número 40 en la página 287.
- Imagen número 41 en la página 291.
- Imagen número 42 en la página 292.
- Imagen número 43 en la página 293.
- Imagen número 44 en la página 294.
- Imagen número 45 en la página 297.
- Imagen número 46 en la página 298.

- Imagen número 47 en la página 299.
- Imagen número 48 en la página 300.
- Imagen número 49 en la página 301.
- Imagen número 50 en la página 302.
- Imagen número 51 en la página 303.
- Imagen número 52 en la página 306.
- Imagen número 53 en la página 307.
- Imagen número 54 en la página 308.
- Imagen número 55 en la página 309.
- Imagen número 56 en la página 310.
- Imagen número 57 en la página 311.
- Imagen número 58 en la página 312.
- Imagen número 59 en la página 313.
- Imagen número 60 en la página 314.
- Imagen número 61 en la página 315.
- Imagen número 62 en la página 316.
- Imagen número 63 en la página 317.
- Imagen número 64 en la página 318.
- Imagen número 65 en la página 319.
- Imagen número 66 en la página 320.
- Imagen número 67 en la página 321.
- Imagen número 68 en la página 322.
- Imagen número 69 en la página 323.
- Imagen número 70 en la página 324.

- Imagen número 71 en la página 325.
- Imagen número 72 en la página 326.
- Imagen número 73 en la página 327.
- Imagen número 74 en la página 328.
- Imagen número 75 en la página 329.
- Imagen número 76 en la página 330.
- Imagen número 77 en la página 331.
- Imagen número 78 en la página 332.
- Imagen número 79 en la página 333.
- Imagen número 80 en la página 334.
- Imagen número 81 en la página 335.
- Imagen número 82 en la página 336.
- Imagen número 83 en la página 337.
- Imagen número 84 en la página 338.
- Imagen número 85 en la página 339.
- Imagen número 86 en la página 340.
- Imagen número 87 en la página 341.
- Imagen número 88 en la página 342.
- Imagen número 89 en la página 343.
- Imagen número 90 en la página 344.
- Imagen número 91 en la página 346.
- Imagen número 92 en la página 347.
- Imagen número 93 en la página 348.
- Imagen número 94 en la página 349.

## INTRODUCCIÓN.

Cuando hablamos y también cuando escribimos acerca de la ciudad y de lo urbano, ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿Acaso nos referimos a las milenarias y vastas ciudades mesopotámicas como Nínive aún y siempre majestuosa pese a estar en ruinas? ¿O nos referimos a las contumaces necrópolis, como la de El Cairo, en la que residen entre sí, y como paradoja de la vida, los muertos y los vivos, o como la de El Vaticano que, según dicen, contiene la tumba de San Pedro y las tumbas de otros tantos cristianos, reconocidos u olvidados, y que en el transcurso de sus vidas fueron víctimas y también victimarios? ¿O, tal vez, intentando conocer algunos de sus visos, nos referimos a las ciudades precolombinas que la vida no logró devorar? ¿O intentamos referirnos a aquellos monstruos caníbales que son las megalópolis, saturadas de gente, de carros y de motos, de negocios, de edificios y de gente, de basura, de ruido y de más gente y de más cosas que hacen difusos los límites, hasta más no poder, y las cuales pululan más y más en este globo, a la vez que son presentadas ─no siempre por los mismos actores ni en las mismas circunstancias ni en los mismos escenarios─ como las piedras angulares de la civilización contemporánea y también como los hontanares de la mayoría de sus problemas? ¿O nos referimos a la vida de las ciudades griegas como Bizancio que al ser conquistada y esclavizada por los romanos acabó helenizándolos? ¿O acaso nos referimos a las ciudades de la Edad Media, esa época tan tergiversada e incomprendida? ¿O, tornándonos más temerarios y sensatos, bien o mal podríamos referirnos a las ciudades que al parecer nunca han existido, pero que parecen haber estado siempre allí, a veces ante la mirada de todos nosotros, como lo confirma el testimonio de Marco Flaminio Rufo? ¿O tal vez nos referimos a ciudades que parecen ser anteriores al mítico Jardín del Edén o incluso ser él? Aunque, pensándolo con detenimiento, creo que ese jardín no es una ciudad: Es el primer barrio del que se tiene registro, hecho sólo por Dios para sus criaturas. ¿No me creen? Pues no me crean. Si hay personajes perspicaces, vanidosos, y tal vez hasta acertados, afirmando que hoy el mundo es una aldea, pues, yo digo que hoy el mundo es un barrio, aunque desde ya esté errado.

Quizá hablar de una ciudad también sea hablar de todas. Pero, en este caso, quiero hablar de Popayán: No sé si será la de los poemas de Valencia, o el palimpsesto metafórico de Silvio Avendaño, o la Popayán de los ojos escondidos que descubrió Ulises Tabina pagando por ello todos los días con su vida, o la de aquél hilarante poema que mi papá recordaba y que, según me decía, le valió el destierro a su creador:

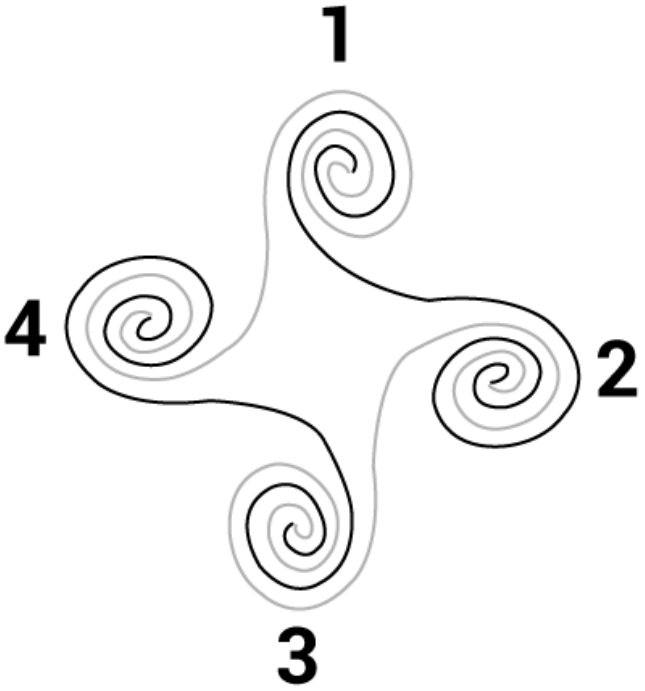
> ¡Oh! Popayán, cual escondida oruga
> entre las hojas verdes de la higuera
> pueblo infeliz como una madriguera
> a todos los hijueputas que subyugas
> les dedico este poema.
> Pueblo de leyendas y consejas
> de placas y vetustos caserones

donde lo ponen las chicas y las viejas
y donde todos los maridos son cabrones…

La urbanización es un proceso que ha influido como pocos en nuestro destino como especie dominante de este globo. Intentarlo entender en una ciudad como esta, en un bello pueblo como este, resulta algo desproporcionado para una sola persona. Pero, es menester tener en cuenta que uno de los elementos sin los cuales las ciudades resultan imposibles son los barrios. Por eso he decidido tomar una parte de ese todo y ver qué pasa con la vida urbana en un barrio de Popayán: El barrio Bolívar.

La etnografía que presento está compuesta, en esencia, de cuatro capítulos. En los dos primeros cuento parte del presente del barrio Bolívar, cómo inicié esta investigación y las circunstancias personales de mi vida relacionadas con ese lugar; en el tercer capítulo cuento y establezco el panorama de las voces de Los Pitingos, que vivieron durante buena parte del siglo XX, a través de sus historias de vida; en el cuarto capítulo cuento algunas de las cosas escritas sobre el barrio Bolívar para contrastar todo lo expuesto en el panorama vital e histórico de ese barrio y de esta ciudad.

Es curiosa la mecánica de la historia en la cual cree entenderse a Popayán, hecho que, más o menos, puede verse e intuirse en el fragmento del anterior poema y en escenas cotidianas de la vida: Los movimientos de esta ciudad en la historia suelen ser centrífugos y centrípetos: Los centrípetos carecen de armonía efectiva, pues, aunque intenten cumplir lo que dicta su nombre, es usual que no logren una convergencia general y satisfactoria en las más o menos ilusorias unidad y estabilidad del centro, ya que a causa de ellos muchos elementos urbanos, como algunos barrios, o como la historia de la gente común, son invisibilizados y forzados a ser desperdigados, derivando en movimientos centrífugos que los alejan del panorama histórico conocido y conocible y los acercan más al olvido. Por ello esta etnografía la he pensado ─no sé si logrado─ de forma tal que lidie con ambos movimientos y también con la oralidad de las historias, aprovechando así ese conjunto para contrarrestar un poco toda esa mecánica nociva, conteniendo y dando consistencia a la vida del barrio Bolívar. Una sencilla representación visual de toda la etnografía podría ser la siguiente, en la que los números representan los capítulos y las líneas de diferentes colores representan la introspección y la extrospección de mi método:




[1]

En cuanto al método etnográfico implementado: Pienso que la antropología, y, en especial la etnografía, hacen parte de la literatura, pues, la literatura, en sus formas vigentes y caducas, lleva muchos más años haciendo cosas que ahora también hacemos los antropólogos, a veces, con algo de acierto, o sea, explorar las tantísimas formas de la vida. Para abordar eso e intentar implementarlo en mi empresa etnográfica, he tomado algunas consideraciones de varios autores y sus obras que a continuación presento:

1. Kundera, M. (1986). *El arte de la novela*. Barcelona. España. Tusquets Editores, S.A.

El autor expone que una de las razones primordiales que tiene la novela es la construcción y el descubrimiento que sólo ella puede hacer sobre la vida, destacando con ello el papel siempre necesario del novelista como un explorador de la existencia y un propagador del eco de la risa de Dios frente a la sordera de los agelastas.

2. Vallejo, F. (1983). *Logoi: una gramática del lenguaje literario*. México, D. F. Fondo de Cultura Económica.

Vallejo hace lo propio partiendo de una acertada presentación de la literatura como el reino de lo recibido y una disquisición sobre la oralidad y la escritura, pues, si bien hay una serie de puntos comunes entre ambas, no escribimos como hablamos ni hablamos como escribimos; luego, hace un vasto y detallado análisis sobre la aposición, la metáfora, la personificación, la repetición, el

[1] Imagen de mi autoría y virtualizada por Camila Córdoba.

quiasmo, la perífrasis, los tipos de léxicos, la sintaxis literaria, las substituciones, el orden de las palabras, el ritmo, los grupos ternarios y muchos otros mecanismos literarios que dan simientes para entender, de otra forma ya no sólo intuitiva, cómo es la labor de la escritura: Aclaro que no usaré todos los procedimientos en cuestión, sólo unos cuantos.

3. Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica, S. A.

De lo expuesto por Geertz tomo su crítica sensata a la etnografía: Aquella comprometida con una escritura en la que no deja que primen algunos desacertados prejuicios que dictan cómo debe parecer la etnografía y la antropología para que reciban su lugar en la ciencia; junto a ello también aplico el carácter primordial de la persuasión para exponer los penetramientos mutuos entre el investigador y los investigados, lo cual sólo se logra por haber estado allí, en el lugar donde la vida analizada ocurre, cosa que mantiene viva y exige a la primera persona narradora, que en otros campos de la escritura académica es tan poco explorada; por lo expuesto debo decir que también implemento esas dos fases etnográficas sobre las que él trabaja: El *cómo* del trabajo de campo y el *cómo* de la escritura etnográfica y sus relaciones individuales y conjuntas.

4. Bertaux D. (2018). *Los relatos de vida en el análisis social*. En *Scribd*. Recuperado de: https://es.scribd.com/doc/57606254/Los-Relatos-de-Vida-en-El-Analisis-Social.

De lo expuesto por Bertaux empleo lo siguiente: Que en dicho enfoque la habilidad llega más con la práctica que con las lecturas teóricas, pues, se aprende algo esencial: Que no hay un interlocutor ideal; también he incluido en mi práctica una serie de fases que él postula: Durante su investigación el investigador va pasando de explorador a contrastador, pues, avanza sobre su ignorancia y va viendo el campo elegido y las interacciones de sus fuerzas; luego, el investigador empieza a sostener una teoría o varias a partir de la cantidad de relatos; al final, estas se sintetizan para poder transmitir su mensaje sociológico, el cual nace de análisis minuciosos a las voces que se complementan y contraponen.

5. Cornejo, M. Mendoza. F. Rojas, R., C. (2008). *La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico*. Psykhe, 17(1).

De lo expuesto por estos autores manejo los aspectos operativos que visibilizan y, por sus exposiciones sobre el relato de vida y sobre la historia de vida, elijo a la historia de vida como medio para reconstruir el relato del narrador: Un narrador que, quiéralo o no, se asume como eso y como producto y como actor de su narración; una narración que siempre muta al contarse porque también muta la relación que se tiene respecto al pasado y en la que, con suerte, se ve y aprovecha la multiplicidad de lo biográfico, mientras se inicia un proceso donde el investigador también es descubierto por quienes investiga y es en ese proceso que cambia la manera de recolectar información y el investigador se ve favorecido con la experiencia autoetnográfica de también ser narrador: Por ello, de lograrse el diálogo sincero entre las partes que conforman la

investigación, podrá verse y vivirse, en muchos sentidos, el carácter incontrolable, aunque palpable y maleable, del diálogo.

6. Watchel, N. (1999). *Memoria e Historia*. Revista Colombiana de Antropología. Vol. 35.

De este documento no tomo tanto su sentido de la contrahistoria que parte de una exclusiva oralidad; sí tomo su enfoque propuesto para la historia de la gente y sus eventos comunes, los cuales no siempre ha podido contar la historia y, sumado a ello, implemento la construcción de archivos orales que el autor comenta: Eso es, en gran medida, todo el tercer capítulo de esta etnografía. También tomo, de su exposición sobre lo que es la oralidad, su carácter retrospectivo y fluido para rememorar y olvidar, y tengo en cuenta que, cuando no sólo importan los datos fácticos en las memorias orales, tal vez se puede ver que el pasado no reside sólo en lo ya sucedido y puede traerse al presente y al porvenir para forjar, con suerte, una historia de la memoria.

También inquiero la vida del barrio Bolívar, en el cual mi abuelo y mi familia, pese a todo, fueron felices, para intentar saber cómo han llegado a ser lo que son y cómo han llegado a donde están, es decir: Cómo hemos llegado a ser lo que somos y los lugares que ocupamos en el mundo. Tal vez yo, que ya no niego ni esquivo ni extirpo el amor que siento por él y por ellos, tal vez yo, que ahora sí puedo ver la vida propia y la vida ajena sin idealizarlas y sin morir por los venenos que se incuban cuando nos exceden la misantropía, la melancolía y la nostalgia ─siendo estas últimas un par que tanto solemos confundir─, podré contar esta historia.

*Este trabajo está dedicado a Popayán, especialmente a una parte que, aunque a primera vista no lo parezca, es muy suya: El Callejón y Los Pitingos. Mi vida, en cambio ─y todo lo siguiente considero menester de aclararlo─, está dedicada: A mi tío y a mi mamá, quienes me hicieron partícipe, pese a todo y sin proponérselo, de un milagro: Mi abuelo; y a mi abuelo, claro, que es mi vida entera y una de mis personas favoritas en el mundo; y también a ti, Negra, por las serendipias de conocerte y de volverte a hallar en la vida, aunque no en la que lleva tu otro nombre; y a Bruno y a Paloma que siempre fieles me rondan; y a mis amigos... En conclusión: Mi vida está dedicada a toda mi familia, que no necesariamente es mi parentela, y también a Francisca Guevara, mejor conocida como Pachí, a quien nunca conocí de viva voz, pero hizo posibles las vidas de muchos y la vida de alguien en particular, y, con ese noble e indirecto acto, también hizo posible mi vida. A todos ellos y con amor: Mi vida, pues, es lo que son.*

*Los hombres avanzamos por la vida, como por entre un oscuro bosque, en el cual, de pronto, brillan pequeñas y fugitivas luces…*

*Pero el misterio, la tiniebla que rodea la vida, siempre será más poderosa que el humano trabajo en busca de la claridad…*

*Todos somos herederos, usufructuarios y, en mínima parte, creadores. Con esa tranquila convicción y aceptando el misterio del mundo y de la criatura humana, la exploración en el bosque de la vida, resulta de un atractivo infalible.*

Fragmentos de Hernando Téllez en *Luces en el Bosque*.

## PRIMER CAPÍTULO: LA DROGUERÍA NORTE.

Sé que la noche ha llegado sin ver su penumbra porque oigo los murmullos rituales de mi papá: "… Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros". La culminación del trisagio frente a sus santos, desfigurados desde que recuerdo y que vienen de los tiempos de mamá upa en Julumito, también nos conminan a otro ritual: Cerrar la droguería. Entonces, como en otras noches, funjo mi engaño y prendo la alarma que con su disonancia sólo hace bulla porque hace tiempo que sus sensores y demás artefactos dejaron de funcionar y para lo único que sirve es para el pobre intento de engañar ladrones y, de paso, amargarnos un ratico con su ruido. Claro: Esto no lo saben los ladrones, y, tal vez, jamás lo sabrán, pues, no creo que los de este barrio, el barrio Bolívar, vayan a leer estas páginas. Con las cuentas hechas de lo poco o nada que este negocio deja, y la base dispuesta en la caja para el día siguiente, proseguimos la ceremonia: Cierro el paso del agua, apago algunas lámparas y cargo mis cosas; luego Chucho, un primo que ha trabajado aquí desde siempre, saca su moto, su maletín y sus cascos; y mi papá, trémulo y rígido por esa enfermedad que lo ha segado en los últimos años, se pone el reloj y guarda, en tres de los cuatro bolsillos de su pantalón, la billetera, las llaves del carro, el celular y toca una imagen de San Martín de Loba que tiene una oración para atraer clientes, pero hoy, como muchos otros días, se hizo el loco o se hicieron los locos si también contamos a los del trisagio: "Si no fuera por las prostitutas nos blanquiaríamos en ventas", me dice. Una vez estamos todos afuera, con lo necesario e innecesario del caso, yo bajo la cortina metálica y Chucho la asegura con ocho candados. A nuestras espaldas se quedan las vitrinas viejas de siempre, abolladas en sus marcos, con los vidrios resquebrajados y con las patas ajadas por la constancia corrosiva del uso, manifiesta en el óxido, y el escritorio lleno de fotografías, y también se queda el teléfono fijo, negro y de discado que sorprende a los más jóvenes por no tener teclas y por no ser táctil, y también se quedan los medicamentos y demás productos, en su mayoría vencidos o viejos, que sólo hacen bulto para que los nuevos no se vean tan solos. Nos despedimos y cada quien se va por su lado. Yo me voy pensando que nuestra devota labor de proteger la droguería es innecesaria, pues, qué se van a robar. Bueno, para los ladrones, como para los hambrientos, no hay presa mala, y ellos de cualquier cosa se pegan: En eso, querido lector, nos parecemos a ellos.

***

La droguería de mi papá lleva más de cuarenta y cinco años en este barrio y esa rutina del párrafo anterior ha sido más o menos la misma durante el último lustro, aunque, ahora que la noche apenas empieza, recuerdo que en otros años la droguería se hubiera cerrado a la madrugada y no a las siete y media, como hoy, pues, mi papá, según lo que he oído, tomaba casi todos los días porque el dinero sobraba y no sólo era droguería, también, en la práctica, era cantina. Nunca vi eso de la plata: A la fiesta que es la vida siempre llego tarde, cuando la música ya no suena y todos se están yendo. Sí vi cómo las jumas se redujeron en todos los aspectos y sólo a los fines de semana y también cómo cada cierto tiempo el horario de cierre se redujo: De las once a las diez y media, de las diez y media a las diez, de las diez a las nueve, de las nueve a

las ocho y media, de las ocho y media a la siete y media: Como quien va quitando cervezas de una canasta hasta que ya no queda nada. Hoy el barrio Bolívar es muy peligroso y ya no se vende como antes: Pululan mejores droguerías y con mejores precios, así también ocurre con las peluquerías, los minuteros de las esquinas y los mototaxistas. ¡Claro!, cómo olvidarlos: Los de este barrio se hacen cerca de la galería y son la salvación de los impuntuales; debe uno estar peor que ellos para subirse en esas motos y colocarse esos cascos húmedos y llenos de caspa, mientras se respira el pizquero de ese motociclista que, cuando maneja, parece salido de la Esfera de la Muerte de alguna feria o de algún circo; ese remedo de piloto puede preguntarnos a dónde vamos, pero, casi siempre, parece que entendiera a La Muerte y se las pica de Caronte. Lo único nuevo de esta droguería son algunos medicamentos y el polvo que entra de la calle, si es que no es el mismo que en otros días se ha barrido. Yo dejé de barrerlo inútilmente porque creo entender la parábola del génesis en el sentido más jocoso y religioso. En esos años mejores que comento, la droguería tuvo más sucursales aparte de la del barrio Bolívar: Una en La Esmeralda que luego se pasó a El Recuerdo: Esta última mi papá la vendió hace poco junto con Estela, una de sus mejores y más fieles empleadas. Nunca he entendido a mi papá: Hizo eso y pasó varios años extrañándola. Ella lo cubría cuando mozeaba, hasta le cortaba las uñas y soportaba su temperamento de mierda; ella tenía buen trato con todos, siempre atraía clientes y me cuidaba bastante, además, tiene muy buena suerte para los chances y las loterías. Ahora Estela está mucho mejor que cuando trabajaba con mi papá, aunque, cuando hablamos, veo que le duele haber sido vendida como parte del mobiliario. Papi: ¿Por qué a la gente que se aleja de ti o que alejas le va mejor en la vida?

***

Bueno. Antes de fundar la droguería del barrio Bolívar, mi papá se fue a Bogotá a probar suerte, a trabajar en varias droguerías más y hasta las administró: “Allá me tocó comer mierda y dormir en la calle, luego en residencias de mala muerte; también iba a pedir las sobras en los restaurantes”, es lo que suele decirme cuando rememora esos primeros años cerca de la avenida Jiménez. Sólo regresó para cuidar a su mamá cuando murió su papá. Mi papá y yo tenemos una relación de cordialidad, no de diálogo, así que no sé muchas cosas, como en qué momento empezó a beber tanto; si supe que llegaba a la droguería a desenguayabar tomando Tiamina, inyectándose Complejo B y usando medicamentos como la Ranitidina, para la acidez estomacal, el Betanecrotón, para el hígado, y el Neurobión, que es un multivitamínico y analgésico; luego remataba yendo al gimnasio y en las noches repetía el ciclo etílico. Se pudo dar una buena vida porque en esa época casi no había competencia farmacéutica y él podía vender, casi siempre al precio que quisiera, purgantes, multivitamínicos, antibióticos y medicamentos como el Cytotec. No deja de parecerme extraño que, aun viviendo esas dificultades iniciales y el hecho común que fueron los años de las vacas gordas, él no pensara a largo plazo.

***

Ahora que estoy de vacaciones vengo más a menudo a la droguería. Siempre me pareció extraño que este edificio no tuviera ventanas, aunque, por sus amplias puertas, la visión no es problema. Los gallinazos se arremolinan sobre los basureros y, cuando es seguro, bajan. Desde aquí veo cómo acaba el día y la calle. Para no deprimirme hoy me digo a mí mismo que las calles no tienen huecos: Están craqueladas como las pinturas más viejas; ayer casi me caigo en un hueco: Hoy puedo decir que casi fui uno con el arte.

Hoy, después de varios días, me di cuenta que muchos coetáneos míos y hasta más jóvenes compran mucho el Viagra que viene en sus tantísimas presentaciones: Habrá que llamar a médicos y bioantropólogos, pues, yo creía que a esta edad nuestro problema era que se nos parara tanto.

Muchas de las putas que rodean la manzana no son del todo putas, también venden vicio, aunque, según vaya la economía, pueden llegar a ser ambas cosas. Unas tienen proxenetas y otras no. A veces, entre ellas mismas, se pelean. Su variedad es muy curiosa: Las hay gordas y saturadas de maquillaje, tuertas y perfumadas con pachulí barato, famélicas y otras que, al final de la noche, están tan trabadas que apenas si se sostienen, fornidas y otras con tatuajes que, como sus cicatrices, son callejeros, cadenciosas y barítonas. Ayer, la más grande de ellas, y con una sola mano, sacó un pedazo de guadua de una obra vial porque un señor no le quería pagar y, efectivamente, ese pobre tipo no le pagó porque salió corriendo despavorido; antes de irme a mi casa intenté hacer lo mismo con una mano, pero no pude: De la arrastrada que se salvó ese señor, menos mal corrió. Algunas de las meretrices llevan varios años, otras sólo se quedan por varias semanas y, cuando merma el número de clientes, vuelven a hacer “La vuelta a Colombia”, que para ellas no es el evento ciclístico sino un eufemismo para decir que se van a otras ciudades y pueblos del país a seguir trabajando. Me parece que las putas son inseparables del barrio Bolívar al punto que parecen siameses y, si los separan, se mueren. Y también son inseparables de esta droguería y de mi papá porque, cuando se fue a Bogotá, también se las encontró y en más de una ocasión le salvaron la vida de empleado primerizo, y creo que él, en gratitud, nunca las ha rechazado por pertenecer a tan antiguo gremio de trabajo.

Hoy sólo estamos mi papá y yo. Él está en el baño, así que estoy moviéndome entre las vitrinas y las puertas para hacer bulto y que la gente vea a alguien. No ha entrado nadie a comprar desde las tres de la tarde y falta un cuarto para las siete. A esta hora van cerrando los graneros; las carnicerías lo harán en unas horas: En ellas se congregan los perros callejeros a pedir pedazos de carne o huesos y, con suerte, probarán ambos; en una esquina empiezan a vender comidas rápidas y en otra una señora empieza a vender frito; las panaderías, ya casi sin pan, tienen ese brillo empañado por la harina y por la grasa; las cacharrerías se prolongan un poco más en la noche porque estamos en diciembre. Una zorra pasa con una pequeña familia y su perro, y, por lo menos, su yegua está bien cuidada; unos campesinos rezagados alcanzan a coger la última chiva que los llevará, con suerte, al lugar de donde vinieron; unos guambianos pasan con un bebé enchumbado y vendiendo truchas; pasan los vendedores de chance y lotería de siempre. Al ver a estos últimos me quedo impresionado por la cantidad de gente que día a día y noche a noche

acude a ellos, a los revendedores y a los locales de distribución oficial para hacer chances, comprar lotería y jugar su suerte; esta gente acude de forma similar a las iglesias, ora para pedir perdón, ora para pedir justicia, ora para pedir venganza, ora para pedir cualquier cosa del mundo, aunque la tenga y aunque la ignore, aun la codicia. Además de los corrientes transeúntes y las prostitutas, en la calle veo otros seres que también son dignos de estar en un *Bestiario urbano* del cual no me excluyo: En los semáforos de la esquina veo a unos malabaristas harapientos; en la otra esquina yacen varios seres de una o de dos o de tres extremidades que deambulan por el asfalto o lo que queda de él; otros más cerca de la galería juegan parqués; otros señores ocupan otra esquina y están finalizando y empezando la juma de siempre; otros ya duermen plenamente borrachos al lado de sus sedientos compañeros; a otros les toca dormir donde les coja la noche; y otros, más preparados por la rutina, duermen bien aperados con su pipa debajo de una almohada improvisada; algunos jíbaros tienen sus caletas y hay otros que casi nunca están y sólo vienen a dejar la droga como si fuera servicio a domicilio; unos coteros empiezan a montar su coreografía de cargue y descargue. Junto a mí pasa uno de los pocos emboladores de zapatos que quedan huyendo de un pobre diablo hecho de mugre que pide monedas y cuando le dan comida la bota y que le ha dado otro nivel a la fetidez. Hoy casi no ha habido robos y casi no ha habido ventas porque algunas vías están cerradas y, para entrar a los negocios, las personas deben dar varias vueltas y prefieren no venir.

***

Sobre nuestra jornada otra vez se cierne la noche. La vía ya la abrieron. Un niño entra oliendo un tarro de bóxer y sin hablar me pide dinero; le ofrezco un pan, pero lo rechaza y sale a encontrarse con su papá y su hermana también mendicantes. Mi primo salió a hacer algo peculiar aunque corriente: Pagar unos cheques posfechados a unos vendedores antes de que los cobren; y mi papá está rezando un rosario en la bodega. Yo estoy donde casi siempre: En mí y en la vitrina. Pasa un vecino que es cliente regular ─y que también lo es para pagar─ con su hijo y esperan el bus a un lado de la puerta. En medio de su espera el niño le pregunta a su papá: “Papito: ¿qué hacen esas señoras tan grandotas de la esquina?, ¿por qué se visten así?”. La cara del papá es de pura angustia. Pasan varios segundos incómodos y, aunque el niño sigue preguntándole, no le responde. El niño me mira con la pregunta en sus ojos y yo, que soy un buen samaritano y cuando puedo ayudar, pues, lo hago, le intento aclarar sus dudas: “Ahora quizá no entiendas, pero lo que ves son ‘rameras’, ‘meretrices’, ‘prostitutas’, también llamadas ‘putas’; ellas dan sexo por dinero. Tu papá debería saberlo bien porque es un cliente fiel, aunque, de pronto, a ellas sí les paga, no como a nosotros”. Le quité un peso de encima a ese señor y ni siquiera se despidió. Ojalá a mí me lo hubieran explicado así, sin ambages, sin mentiras y sin tanta mojigatería. Bueno: Hoy puedo decir que hemos perdido un cliente y que la sinceridad es un elemento muy peculiar dentro de las relaciones socioeconómicas.

Oigo a lo lejos dos sirenas ensordecedoras y luego veo dos ambulancias con sus fastidiosas luces estroboscópicas. Ignoro si los auxiliados van más muertos que vivos o más vivos que muertos, pero, en sus chasís, una lleva la imagen de dos culebras enroscadas en el caduceo de Hermes y la

otra lleva la imagen de una sola serpiente enroscada en la vara de Asclepio: Si la vida de ellos dependiera de esas imágenes, pues, la vida casi siempre pende de ciertas imágenes, ¿tendrían más posibilidades de vivir los que van con la imagen de Hermes o los que van con la imagen de Asclepio?, ¿importaría más llegar rápido o llegar bien?

En frente, desde hace pocos años, está el pobre intento de parque dado en homenaje a Carlos Albán y un pobre intento de fuente: En ella se gesta un mucílago hediondo de mierda, orines, vómito y basura que ni el sol de la canícula evapora y ni el vendaval de las cuatro de la tarde puede limpiar sino que lo agranda más: Ni los gamines se bañan en dicha fuente porque podrán ser cualquier cosa, pero no tan estúpidos como para meterse en esa cloaca a cielo abierto. Si Oparin hubiera conocido esa fuente y su mucílago, ¿habría dudado de su tesis sobre el caldo primigenio? Junto a ella alguien ha escrito en una pared: "Chatarra y Paola"… hombre, pienso en todas las posibilidades y probabilidades, pero no sé cuál de los dos estará más llevado, si Chatarra o si Paola.

***

Hace rato mi papá llegó con un libro que llevaba tiempo mencionándome: *Nuestros personajes típicos* de Horacio Dorado Gómez. Lo empecé a leer y al acabar el primer capítulo supe que debía completar los demás entre el barullo del resto de la tarde. El título de ese primer capítulo es "Los "pitingos" del barrio Bolívar". De manera amena, anecdótica y con una bella fotografía, el señor Dorado dibuja parte de los tiempos pretéritos de El Callejón, el antiguo nombre de este barrio y el paso obligado para entrar o salir de la ciudad por la vía del norte y que empieza o termina, y eso depende de si se llega o se va, en el Puente del Humilladero y frente a lo que hoy es la entrada principal de la Facultad de Ciencias de la Salud y antes era el paso a nivel del Ferrocarril. Describe las casas en piso de tierra o de ladrillo y menciona, brevemente, La Estación, hoy inexistente, pero que estaba a menos de 30 metros de la droguería. Recuerda algunos de los apodos que tenían las calles, los que aún tienen algunas familias y los de algunos individuos, que eran, en su mayoría, cerrajeros, herreros, tenderos, carpinteros, albañiles y artesanos y dice que a todos ellos se les conocía como "Los Pitingos", pero que desconoce el origen de esta palabra, aunque, de Los Pitingos, dice que su carácter era pendenciero, camorrista y receloso porque hacían aguardiente chiquito, es decir, aguardiente ilegal fabricado en alambique o serpentín de cobre y con su base de anís, y también porque no les gustaba que sus mujeres fueran enamoradas por gente ajena a El Callejón. Cuenta las argucias y artimañas que ellos hacían para evadir la ley, representada en los guardias de las rentas de aguardiente: Fumaban tabaco o quemaban llantas para confundirlos y que no olieran el anisado característico, o gritaban ¡tiiiiiiiiiieeeeeemmmpooooo! para avisar de la presencia de los guardias. Cuenta que su astucia llegó a ser tal que, una vez, ante la encerrona que les hicieron los guardias y la Policía, fingieron con todas las de la ley una marcha fúnebre y un mar de lágrimas y, en el ataúd, escondieron todo el aguardiente chiquito que tenían, saliéndose así con la suya.

Le pregunto a mi papá y a mi primo si habían oído la palabra “Pitingo” y me dicen que sí, que así se les decía a todos los de por aquí, pero que no saben de dónde viene. Me quedo pensando en lo curioso que es pasar tantos años en un lugar y que se revele un viso que no me debería ser desconocido. Antes de irnos mi papá saluda a alguien, hablan y dicen que ha pasado mucho desde la última vez que se vieron y destacan que mi papá ya lleva mucho tiempo trabajando aquí. De su conversación a mi papá le queda la noción de una virtud que él considera importante y que me comparte mientras, quizá sin saberlo, su mirada se llena de resignación: “Es admirable perseverar en una rutina a través del tiempo, en lo que sea”. Sonrío y asiento, aunque no entiendo. En mi incomprensión recuerdo la “Teoría de la costumbre” de Hernando Téllez y un escolio de su amigo siempre sabio: “Que rutinario sea hoy insulto comprueba nuestra ignorancia en el arte de vivir”; sé que mi papá no los comprendería, pues, su resignación se ha vuelto una lástima acumulada que lo ciega y en su mirada también veo el ya vacío deseo de renunciar, y aunque renunciar es una opción y a veces un derecho que nos negamos o que nos niegan, no deja de parecerme curiosa esa contrariedad entre acción e inacción: ¿Por qué se obliga a seguir haciendo lo que hace en vez de hacer lo que quiere?, ¿o de tanto empeñarse en perseverar confundió ambas cosas y ya no sabe o no le importa lo que sinceramente quiere? Pienso eso y ya no sólo lo veo a él: También estoy viéndome envuelto en esos pensamientos y paradojas, y me siento un tanto hipócrita e ingenuo por la facilidad y el esmero con que suelo sopesar las vidas de los demás y no mi propia vida. ¿Y yo qué es lo que quiero?, ¿obligarme a perseverar hasta confundirme?, ¿o qué cosa?, me pregunto mientras nos despedimos y cada quien sale por su lado a esta noche ocre tan nublada. Antes de llegar al hospital veo que a un estanco, que ya lleva tiempo, ahora le han puesto el nombre de “El Pitingo”. “Así le decían a mi papá”, me dice la señora que atiende y no me da más información de la que ya sé. Mientras tanto le comenta a otra señora que una indigente embarazada fue apuñalada por otro indigente, que ella caminó una cuadra buscando ayuda y se desplomó, que la llevaron al hospital y que no se ha sabido nada más. Cuando acaban de hablar le pido una media de ron porque ya comienza a llover y así me sabe mejor.

Mientras voy bebiendo y caminando hacia mi casa, vuelvo a sentir el sabor de la hipocresía y la ingenuidad de hace un rato. Entiendo que no soy muy diferente de mi papá: He estado yendo a la droguería estos últimos años no sólo para saludarlo, también he perseverado de forma compulsiva y casi maniática en ello. Tomo una larga bocanada de aire y luego un largo trago de ron hasta que se me acaban el aire y el licor; los repongo en el estanco más cercano y, mientras lo hago, decido que no iré más a la droguería; no mientras esas cosas sean las que guíen mi sino.

***

## SEGUNDO CAPITULO: EN BÚSQUEDA DE LA PALABRA “PITINGO”.

Crecer con un abuelo es un milagro. Los niños que hemos tenido esa suerte nos diferenciamos un poco del resto: Si la vida nos alcanza descubrimos en ella, con suerte, la fuerza de su mundo pleno, de su tiempo añoso y de su realidad entera y contradictoria que nos ayudan a crecer cuando apenas nos asomamos en la Tierra; un abuelo es eso y mucho más. No deja de sorprenderme ese hecho: Que todo eso sea posible gracias a la vital senectud de los niños que son y que fueron en todos los tiempos. Sabiendo eso, querido lector, voy a escribir sobre una de mis personas favoritas en el mundo: Mi abuelo.

***

Pocos errores en la vida del hombre cambian su sino de forma radical y para siempre. De todos los errores que cometió mi abuelo quizás el más terrible, para él y para todos nosotros, fue conocer a mi abuela y, pese a todo, seguir a su lado tanto tiempo. Quienes la conocen desde siempre dicen que antes era peor de lo que aún es, que peleaba hasta con su sombra, pero, ¿por qué seguiste con ella, viejo? Eso me inquieta desde que empecé a ver cómo en lo pequeño y en lo grande nos hacía y hace a todos la vida miserable. Y me inquieta más que ella fuese y aún sea así contigo, porque creo que tú la amas; claro, también creo que nuestros seres amados no están en la obligación de retribuirnos ese amor como si se tratara de una transacción y no el acto de fe que es, por lo que ella no estaba ni está obligada a corresponderte, pero, ¿por qué te jodía y te jode tanto? ¡A nosotros qué!, pero a ti, que cuando haces algo mal te disculpas sin excepción y que tienes una amabilidad indiscriminada. No sé. No entiendo. Al principio creí que veías algo en ella que los demás no, como cantó ese escoliasta: “Las perfecciones de quienes amamos no son ficciones del amor. Amar es, al contrario, el privilegio de advertir una perfección invisible a otros ojos”. Con los años he empezado a darme cuenta que sigues con ella porque tienes un miedo terrible a la soledad y para no estarlo pagaste, pagamos y seguimos pagando un precio muy caro: El de nuestro bienestar.

Mi familia llegó al barrio Bolívar por un intento de puñalada: Un hermano de mi abuela, que era un pájaro de los chulavitas, quiso abrirla de un tajo en Barro Plateado ─antigua vereda, pero hoy casi un barrio más─ cuando ella estaba embarazada de quien años después sería mi mamá. Las razones, si las hay, las desconozco: Quizá quedarse con la casa, cosa que logró y que ya no importa. Por eso mi abuelo tuvo que llevársela a una casa entre El Empedrado y Alfonso López. En esa casa nació mi mamá, una tía y también el taller de carrocerías de mi abuelo, que creció tanto que debieron trastearse al barrio Bolívar, cerca del parque Mosquera, primero, y después a un lado de lo que hoy es El Planchón. Una carrocería es el armazón de metal y de madera que tienen los buses escalera, también conocidos como chivas; y El Planchón es un lugar del que anoto más adelante, de forma conjunta y dispersa y con ayuda de varias voces más, sus peculiaridades. El abuelo aprendió el oficio de carrocero en Cali, con Jaime Guevara y Omar Castillo, hijos de Francisca Guevara, su queridísima Pachí. Cuando a mi abuelo su papá lo abandonó y luego también su mamá, una tía suya lo recogió en una vereda, cerca de Quintana, en

el municipio de Popayán, pero le daba mala vida: Andaba descalzo, vendiendo cualquier cosa en la calle y en lugares como la zona de tolerancia de ese tiempo: Allí apareció Pachí; ella lavaba la ropa de las prostitutas y también hacía aseo en las casas. La mamá y el papá de mi abuelo tuvieron más hijos por su cuenta y varios de crianza, pero no pudieron o no quisieron criarlo a él; Pachí sí pudo: Era una negra caderona, cadenciosa y sonriente de Cajibío que ya había recogido a varios niños más, aun criando a sus propios hijos. Apenas pudo ella se lo llevó para Cali y le hizo hacer su primera comunión y allá vivieron varios años. Cuando mi abuelo llegó de Cali iba mucho a Barro Plateado porque allá vivía su mamá: Con ella sanó un poco sus heridas, pero no con su papá. Creo que es a la única persona a la que le guardas odio o rencor, ¿o es puro dolor, viejito? No importa: Fue él quien perdió al no vivirte. La mamá de mi abuela también vivía allá y, como la mamá de mi abuelo, se ganaban la vida cocinando y a veces destilando aguardiente. En el barrio Bolívar nacieron sus otros cuatro hijos y llegó a vivir un hijo de crianza que es sobrino de mi abuela. Mi abuelo trabajaba, sin pereza y de sol a sol, haciendo carrocerías, y se lavaba las manos y los brazos con tíner o aguarrás, por lo que no tenía vellos en esas partes, y pintaba y cortaba la madera y los cueros sin protejerse: Nunca fumó, pero, por ese trabajo, tiene los pulmones de un fumador. Dio siempre a manos llenas y les dio gusto a todos en todo. Mi abuela nunca tuvo que trabajar y, como dice mi mamá, "le bastaba decir: 'Boca, ¿qué querés?', y todo allí estaba"; le faltó tener un trabajo para aprender a valorar los esfuerzos de otros: Si algo del mercado se magullaba un poco, pues, ella lo botaba todo; le gustaba y le gusta derrochar, mandar, humillar y se cree de "mejor familia"; nunca respetó a nadie salvo que fuera por conveniencia; travestía en público a algunos de sus hijos varones, al menor y a su sobrino, especialmente, y, siendo pequeñas, pordebajeaba a sus hijas tratándolas de putas y a todos los castigaba en el cuerpo y en el alma con su exagerada vesania: Con la violencia de un palo o una correa que quiere hallar la sangre y las lágrimas de dolor, con la mezquindad de quien les niega la comida, con la crueldad de dejarlos en la calle y botarles sus cosas: A ti, viejo, te botó las fotos que tomabas de tus carrocerías, los discos de la música que te gustaba y tu ropa: Le faltó botarte, quizás así tu vida hubiera sido más feliz. Sé que, cuando ella no te veía tú los entrabas, los curabas, les dabas comida y les pedías perdón por ella, aunque ella no lo sintiera ni lo hubiera pedido a través de ti. Te faltó carácter, viejo, por ti y por ellos, y no me refiero a que debiste ser violento: Desde que estoy en el mundo y puedo hacerlo nunca he dejado que alguien te haga eso, que ella te haga eso, y salga a su miserable existencia otra vez así como si nada. No joder a los demás debería ser el único mandamiento, ya que los diez de marras nos quedaron grandes. Eso en cuanto a lo más desproporcionado. En el cotidiano, todos ellos debían hacer lo que ella quería por las buenas o por las malas, aunque ambas podían llegar a ser más o menos lo mismo, como reza el adagio: "Palo por si bogas y palo por si no bogas". Con esto no quiero decir que mi abuela es la encarnación de "El Mal", ni tampoco que "El Mal" no está tan llevado como para encarnarse en ella: Mi abuela es una mujer muy inteligente, pero no supo aprovechar esa inteligencia para el beneficio común que su familia demandaba, prefiriendo, sobre todo, enfocar sus esfuerzos y energías para sí misma en un horizonte vital de inmediatez, donde sus virtudes ya no fueron suficientes para disminuir sus defectos y aun los acrecentaron, fallando así en el rol

que debía cumplir como mujer en esa época: Por eso ninguno de sus hijos la ama y lo más lamentable es que ella no se da cuenta de todo esto. Sólo ahora recuerdo mi sorpresa de hace días cuando releí *El desbarrancadero* y me sorprendió poderosamente cómo en su prosa cantaban el odio, el amor y la felicidad, la vida y la enfermedad, la agonía y la muerte; también me sorprendió, con las salvedades del caso, que la mamá de Fernando se pareciera tanto a mi abuela. Cuando murió Moisecito ─un hijo de mis abuelos al cual nunca conocí─ por un tumor en la hipófisis, el negocio del taller se vino abajo, pues, era él quien llevaba las finanzas; a eso se sumó el crecimiento de la competencia y su trabajo que, aunque de menor calidad, era mucho más barato. Todo lo que el abuelo ganó, y que fue bastante –al punto que sus trabajadores, en su ignorancia, lo comparaban con Ardila Lülle, y digo ignorancia porque cómo van a comparar a ese viejo tan feo con mi abuelo–, se volvió plata de bolsillo roto: No pensaron más allá del día a día, nunca compraron una casa o un pedazo de tierra, nunca se pagaron una pensión, nunca ahorraron para su vejez y, al final, endeudados hasta el cogote y sin mucha consciencia sobre el asunto, también hicieron endeudar a los hijos que los recogieron. Y toda la vida les cambió de forma radical y para siempre, y también a nosotros: Como una vuelta de 360 grados porque, en ciertos aspectos, parece que no nos hemos movido nada.

Ayer fue Navidad y la anterior historia es la que todos más o menos me cuentan, a su manera, por estas fechas. Es un pasado con períodos terribles que tuvo instantes brillantes: Brillantes cuando recuerdan a mi abuelo y sus salidas a misa, siempre todos vestidos con la mejor ropa; o cuando iban a ver películas al teatro, donde él se quedaba dormido; o cuando todos o sólo algunos iban a Cali en el tren o en carro para saludar a Pachí; o cuando celebran la Navidad, el Año Nuevo y todas las fiestas con los vecinos, repartiéndose nochebuenas y demás comidas por montones; o, cuando con él, todos ellos iban a ver a los gitanos que llegaban al barrio Bolívar. Pese a todo, mi familia fue feliz en ese barrio: Eso no deja de asombrarme, pues, hoy, ser feliz en un lugar como ese, es algo que me parece imposible. Creo que, mi familia y mi parentela, no saben a consciencia que un hombre pequeño y colorado, de unas orejas enormes y de unos rizos muy bien hechos, un hombre taciturno en la voz y en su andar, que siempre va bien afeitado y limpio, que tiene unos ojos grises siempre atentos y dos manos siempre dispuestas a ayudar a los demás, les da felicidad a sus vidas. Y, por lo menos a mí, proponiéndoselo o sin proponérselo, también me libró de la absoluta misantropía, como lo han hecho otros seres que amo y que me han amado. Ayer también les pregunté por la palabra “Pitingo” y me sorprendió que todos la supieran, pero que nunca me la hubiesen dicho. Hoy toda esa historia adquirió un sabor diferente: Se oye en la televisión y en la radio que el río Molino se desbordó. Salgo con mi cámara y fotografío el desastre de un panorama desastrado que también se me presenta como una reminiscencia del mañana. Camino varias veces el barrio Bolívar y, en medio de El Planchón, viendo todo el barrial que trajo y el mierdero que dejó, encuentro un impulso para contar esta historia.

***

En los diccionarios de mi casa no hallé la palabra “Pitingo”. En mi cabeza recordé algunas palabras parecidas: “Distingo”, “extingo”, “pringo”, “respingo”, “bingo”, “gringo”, “vikingo” y “domingo”. Por eso voy caminando a la biblioteca desde mi casa. Tomo la ciclovía. Por estos días de fiestas el olor a muerte se cuela debajo de los árboles: El estrépito de la pólvora no lo soportan todos los animales. No importa que yo camine en los andenes o en las calles: Voy mirando a ambos lados y cediendo el paso a los transeúntes, a los carros, a las motos y a las bicicletas: La vida de un peatón más o menos sensato consiste en cederlo todo como un intento de preservar su vida. Cruzo lo que queda de la calle, esquivo la esquina de los ebrios, teñida de grasa, de cebo y de sangre, y subo por el Puente del Humilladero y conmigo también van subiendo las cosas que otros dejan: El olor a berrinche y el pizquero. Esquivo a esos seres que extienden sus manos en supino pidiendo limosna, y a unos pobres remedos que con un tarot o con un cigarrillo quieren adivinar la vida y también esquivo al culebrero que se inventa porcentajes y ofrece panaceas para males de todo tipo. A lo lejos, con un talego a sus espaldas, un andar errante y con los huesos de sus piernas torcidos, veo a una mujer envuelta en plásticos y en su vejez. Hecho eso, por fin, entro a la biblioteca. Así he estado durante varios días, leyendo diccionarios y otros libros, pero, no he logrado hallar esa palabra.

En Internet mi búsqueda fue menos infructuosa. En un texto de un blog de Mario Montenegro Montilla[2] se puede leer la historia de su padre, un antiguo nariñense y comerciante que vivió en el barrio Bolívar, y también puede leerse una suerte de etimología de la palabra “Pitingo”: “del ingles (*fet in go*) (pata o salida para ir hacia Cali)”; me parece curiosa, pero, por su ortografía inglesa y los errores de otro tipo en español, además de la pobre traducción, no me convence. Aprovecho y escribo al correo electrónico del señor Montenegro un mensaje, un mensaje que nunca me respondió.

El otro resultado de mi búsqueda fue mucho más inesperado: “Pitingo” es el nombre artístico de un cantaor español de ascendencia gitana y, en una entrevista que hallé[3], dice que su nombre viene de sus abuelos gitanos, que también eran llamados así, y que en su lengua significa “presumido”; en su entrada de *Wikipedia*[4], con algunas variaciones, dice, más o menos, lo mismo, pero, allí se comenta que el idioma al que pertenece esa palabra es el Caló: Sabiendo esto recordé las estadías de los gitanos vividas por mi familia y creí que era posible y más probable que esa extraña palabra viniera del idioma de los gitanos que del inglés, como sugiere el señor Montenegro. En ese momento creía que el caló era el idioma de los gitanos, pero, mucho después leí que el caló o kaló no es ni siquiera un dialecto del idioma de los rom ─a veces llamado romanó o romaní─: Es sólo un conjunto de palabras de su idioma vertido en gran medida dentro de la gramática española (Gómez F., V. Gamboa M., J. Paternina E., H., A., 2000).

[2] Enlace: http://historico-ceharcaucablogspotcom.blogspot.com/2010/02/el-tradicional-barrio-bolivar-y-un.html
[3] Enlace: https://elpais.com/cultura/2011/11/28/actualidad/1322492400_1322500982.html
[4] Enlace: https://es.wikipedia.org/wiki/Pitingo

La búsqueda que hice de la palabra “Pitingo”, en la versión virtual del Diccionario de Lengua Española[5] (DLE), arrojó, a mi juicio, sólo un resultado directo de carácter semántico por coincidir con la acepción dada por el cantante español, pero, si lo que él dice es cierto, me sigue resultando dudosa por estar relacionada con el caló y no propiamente con el romaní: “niño, ña bitongo, ga” o “niño, ña pitongo, ga”: De ellas se anota que son expresiones poco usadas para referirse a una persona joven y presumida. En el mismo DLE se anota que la palabra “bitongo” quizás está relacionada con “bita” y esta palabra, a su vez, está relacionada con el francés a través de *bitte*¸ que, entro diccionario, significa “soporte de amarre”[6], y esta, a su vez, está relacionada con el nórdico *biti*, que significa “travesaño”. Reviso las entradas de esos términos varias veces, pero, no me dicen nada que pueda vincularlas con lo que sé y sospecho. Aunque esta búsqueda no fue del todo deleznable y amplió mi panorama con algunas palabras que, por sus coincidencias ortográficas y por algunas otras acepciones que aquí recopilo, me resultaron curiosas: “pingo” para referirse a un harapo, a una persona casquivana, al muchacho travieso, al ángel rebelado; “pindonga” y “pilingui” para referirse a una meretriz; “tilingo” para llamar a alguien pendejo; “titingó” como la capital del Infierno; “pichinga” para referirse a alguien pequeño, a un recipiente para cargar líquidos, a una juma; “pitanga” como sinónimo de diarrea; “patango” para decirle a alguien que es rechoncho; “potingue” para referirse a un amargo remedio de botica; “pilongo” para decirle a alguien que está demacrado, o que fue bautizado en una determinada parroquia. También intenté con el sufijo “–ingo, ga”, que da valor diminutivo o afectivo, y con “piti”, que es el acortamiento de “piticiego”, es decir, “cegatón”, pero, no coinciden con los significados dados al término “Pitingo” en el barrio Bolívar[7].

A la RAE le escribí una carta solicitándole ayuda para saber más de la palabra “Pitingo” y les expuse lo que hasta ese momento había hallado, y, aunque me respondieron con mucho decoro y detalles, mi petición excedía sus recursos y funciones. Como no quedé satisfecho me propuse a buscar a alguien que supiera romaní y también algún diccionario bilingüe de español-romaní. Ambas cosas y muchas más sucedieron con el tiempo y en desorden, por supuesto.

Encontré cuatro libros sobre la lengua de los gitanos. En ellos busqué las palabras “Pitingo, a”, “pitongo, a” y “bitongo, a”, pero, no aparecieron. Teniendo en cuenta: Las acepciones que tiene la palabra en cuestión en el barrio Bolívar, lo dicho por el cantante español y lo que hallé en el DLE, busqué los siguientes términos clave en los cuatro libros: “Peleón, a”, “pendenciero, a”,

[5] Enlace: http://dle.rae.es/?id=DgIqVCc
[6] Enlace: http://www.wordreference.com/fren/bitte
[7] Sobre estos resultados uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, me anotó una palabra que desconocía: “Pisingo”, la cual él asocia, por algunas de las acepciones que planteo, como sinónimo de “cosa muy pequeña”; en Internet aparecen dos resultados principales: Uno relacionado con el *Dendrocygna autumnalis*, un pato cuyo nombre común en Colombia es “piscingo” o “pisingo”; el otro resultado es referido al “pato pisingo” para orinar. Pueden consultarse estos dos enlaces para saber más de lo expuesto: https://es.wikipedia.org/wiki/Dendrocygna_autumnalis y https://www.hoyfarma.com/mobiliario/pato-pisingo-en-acero-inoxidable-detail.html. Realicé una búsqueda con el término clave “pequeño, a” de la misma manera que ya he expuesto y aunque considero que este hallazgo me permite ampliar el panorama, no me permite aclarar con más certidumbre este asunto etimológico.

“belicoso, a”, “orgulloso, a”, “presumido, a”, “consentido, a”, “joven”, “niño, a”, “bita”, “travesaño”, “poste” y “vara”; la siguiente exposición que hago de los resultados es, en gran parte, intuitiva, pues, carezco de conocimiento en la gramática romaní para formular una hipótesis y un análisis más detallado y no pretendo extenderme más de lo necesario, también presento las acepciones con los errores ortográficos de los libros originales y he omitido algunos de los resultados repetidos entre las cuatro obras:

1. Trujillo E. (1844). *Vocabulario del dialecto gitano*. Madrid, España. Imprenta de D. Enrique Trujillo**:** “Pendenciero”: “*fuñó*”; “vara”: “*yerrán*”.

2. De Sales Mayo F. (1851). *Diccionario del dialecto gitano.* Barcelona, España. Imprenta Hispana: “Batalla, pelea, riña”: “*burolla*”; “pelear, reñir, combatir”: “*chicarelar, a*”; “orgullo”: “*barudiñí*”; “presumir, preveer, conjeturar”: “*bajuchanar*”; “*bedorì*”: “Muchacha”; “*bedoro*”: “Mancebo, mozo de pocos años, muchacho”; “*chavó*”: “Mozalbete, jóven inesperto”; “*chinorré*”: “Niño pequeño, párvulo”; “*chinorri*”: “Niña pequeña”; “*chivato*”: “Jóven inesperto, sin picardías”; “*fustanque*”: “Palo, vara larga y gruesa”; “*gaché*”: “Jóven, mozalbete”; “*gardillo*”: “Muchachuelo”.

3. Quindalé[8] F. (1867). *Diccionario gitano*. Madrid. Oficina Tipográfica del Hospicio: “*bedoró, í*”: “Mancebo, muchacho, mozo, a”; “*gaché*” o “*gachó*”: “Varón, mancebo”; “*gachí*”: “Hembra, muchacha”; “*yerrán*”: “Vara”.

4. Veraldi-Pasquale G. (2011). *Vocabulario de caló-español*. Madrid, España. Bubok Publishing S.L.: “Riña, pelea”: “*billa*”; “*chicarela*”: “Pelea, riña”; “pelear, reñir”: “*chingarar*”; “riña, pendencia”: “*chiaga*”; “bigornia, gente pendenciera que andaba en cuadrilla para hacerse temer”: “*birtandí*”; “petulante, orgulloso, a”: “*gonfalé* o *gonfañí*”; “orgulloso, a”: “*sistiló* o *sistillí*”; “soberbio, a, orgulloso, a”: “*superbio* o *superbia*”; “soberbio, a, orgulloso, a, colérico, a”: “*arjunó* o *arjuñí*”; “arrogancia, orgullo”: “*barudiñi, barundiñí*”; “presumida, vanidosa”: “*bujiñí*”; “vano, huero”: “*bujiné*”; “permitir, consentir”: “*mecar*”; “*chabal, chaval, chabo, chabó, chaboró*”: “Hijo, muchacho, niño”; “*chabí, xavî*”: “Niña, chavala”; “*chais*”: “Niños, muchachos, gitanos”; “*chavala*”: “Moza, joven”; “*chinochillo*”: “Niño; “*churumbeles*”: “Niños”; “*neboró*”: “Pequeño, joven”.

Si no es evidente: no hubo ningún dato que coincidiera o se pareciera un poco a lo que sé de esa palabra. Muchos meses después, pude conocer a una mujer gitana que frecuentó el barrio Bolívar y se casó con un payanés: se llama Cecilia Lupe Churón Jaime, de quien hice una historia de vida, pero, para mi pesar, como anoto en el tercer capítulo, ni ella ni sus hermanas conocían la palabra en cuestión. Por esas mismas fechas, hallé dos hechos registrados en los documentos

[8] Parece que el señor Francisco Quindalé y el señor Francisco de Sales Mayo son la misma personas según el siguiente enlace, aunque las fechas que expongo de los libros no coinciden con el texto de *Wikipedia*: https://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_de_Sales_Mayo

salvaguardados por el Centro de Investigaciones Históricas "José María Arboleda Llorente", pero, aunque eso no es mucho y amplió el panorama, lo abordaré en el cuarto capítulo, en su parte correspondiente dentro de las **Reseñas de los documentos escritos**.

Ahora "Pitingo" se ha convertido en una de esas palabras que siempre busco en los diccionarios o libros con glosarios que llegan a mis manos, mas, no por ser ese un hábito, disminuyó la sorpresa de hallarla, mucho después, en un libro que tanto me sirvió para el tercer capítulo: *Lugares comunes a lo patojo*: "Pitingo: Apodo que identifica a los que nacen o viven en el Barrio Bolívar de Popayán" (López, 2008, p.307).

En un inicio yo no sabía en qué me estaba metiendo; quizá debí intuirlo cuando, durante esas semanas en la biblioteca, estos versos de un poema de Álvaro Mutis me hicieron vibrar el alma:

> Cuando de repente en mitad de la vida llega
> una palabra jamás antes pronunciada,
> una densa marea nos recoge en sus brazos y
> comienza el largo viaje entre la magia recién
> iniciada,
> que se levanta como un grito en un inmenso
> hangar abandonado donde el musgo cobija las pa-
> redes,
> entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan
> un mundo en ruinas, una palabra basta,
> una palabra y se inicia la danza pausada que nos
> lleva por entre un espeso polvo de ciudades,
> hasta los vitrales de una oscura casa de salud, a
> patios donde florece el hollín y anidan densas
> sombras,
> húmedas sombras, que dan vida a cansadas mujeres,
> Ninguna verdad reside en estos rincones y,
> sin embargo, allí sorprende el mudo pavor
> que llena la vida con su aliento de vinagre-
> rancio vinagre que corre por la mojada despensa
> de una humilde casa de placer.
> Y tampoco es esto todo.
> (…) (Mutis. 1953. pp. 37 y 38)

***

## TERCER CAPÍTULO: LAS VOCES DE LOS PITINGOS.

En el puente y en el río que suelen ser la vida ya pasaron varios abriles y con ellos se me presentó la ilusión de sus años. Esta historia de mi familia, que hasta aquí más o menos he venido contado, no me resulta suficiente para inquirir la vida del barrio Bolívar. Así, en este trasegar, con una mezcla rara de paciencia, ignorancia, displicencia y un mínimo de consciencia sustentado ─ojalá, pues, así quiero creerlo─ en mi intuición, he estado hablando con varias personas cuyas vidas, de una u otra forma, están o estuvieron vinculadas al barrio en cuestión. A estas personas las elegí, principalmente, por su disponibilidad para hablar y porque son viejas: Creo que, aunque uno y la vida que le cupo en suerte puedan ser asuntos aburridos a primera vista, las probabilidades del aburrimiento disminuyen mucho cuando se tienen más años: No siempre la cantidad de años implican más vida, pero sí hacen, a mi parecer, que la vida sea más probable, mostrando ya no sólo la regular existencia de los seres. A la mayoría de esas personas he llegado a conocerlas gracias a mi familia y también por las sugerencias hechas durante cada charla con los mismos Pitingos, y a otras las he podido conocer, en menor medida, por mis iniciativas y dudas, verbigracia lo concerniente a la empresa ferroviaria y los gitanos, por mencionar dos casos relevantes. No siempre dispuse del equipo tecnológico para grabar las conversaciones, pero aquí están compiladas todas las voces que logré oír y grabar; también intenté hablar con otras personas, pero no tuve éxito, pues, se mostraron reacias, y, casi al final del trabajo de campo, aparecieron unas cuantas personas más, pero, por mi sueldo de estudiante, es decir, casi sin sueldo, y por mis problemáticas circunstancias, tanto en lo académico y sobre todo en lo familiar, que no son excusas sino razones, debí dedicarme a otras partes de la investigación, de mi carrera y de mi vida. Sea antropólogo o no, quien me lee bien podría tener en cuenta que esta parte y, en general, todo el trabajo, no se desarrolló rápido ni con facilidad: Intentar oír a alguien, una o varias veces, y materializar parte de su vida a través de la etnografía no es algo tan sencillo como algunos podrían creer. Sabiendo esto, las raíces de esta parte de la investigación se extienden a terrenos que, en retrospectiva, ya no me parecen del todo inconexos: Poco antes de la mitad de la carrera se me presentó, a la par y de forma inusitada, la oportunidad de hacer parte, por varios años, de un proyecto musical: La Orquesta Sinfónica Infantil y Juvenil Ciudad Blanca (OSIJCB), y pude explorar un gran amor: La música, y tres hechos que avivan mi curiosidad de manera poderosa: El ruido, el sonido y el silencio. No muy lejos de lo referido, en algunos seminarios universitarios, pudieron latir, con varios ritmos, frecuencias y tonalidades, algunos filones del mundo que no me eran del todo ajenos: Un interés por mi lengua, ahora epifánico, ante lo mucho que la desconocía y la necesidad de oírla y leerla de los demás y escribirla en mí: este interés lo vertí en otro: la etnografía. También el cuerpo y la consciencia, que tanto tienen de inconsciencia, aparecieron en escena y los ligué a la invisibilidad de los escenarios cotidianos y urbanos que no se ven tan privilegiados por lo exótico. Un poco más lejos, y sin mucha atención en un inicio, empecé a sentir el barullo de unas posturas y unos debates, demasiado sesgados en sí mismos, que intentan comprender lo que somos y hemos sido en los últimos siglos. En esos terrenos y con partes de esas raíces empecé a cocer este caldo y logré un primer intento de escritura de este capítulo que no me convenció: Las voces de Los

Pitingos sólo en mi propia voz eran ecos pobres de vida, es decir, no llegaban a ser voces. A la preparación que pretendía le faltaban algunos ingredientes y algo más de cocción. Así que, pese a la presión de graduarme, volví a leer muchas veces mis apuntes y a oír muchas veces más las grabaciones de las conversaciones. Después volví a pasar, otra vez, por ese infierno que suele ser transcribir: A la madrugada el dolor de espalda me vencía de tanto estar sentado, entonces me acostaba y, con la grabadora en mano, seguía transcribiendo en mi celular hasta que me quedaba dormido (dormido si tenía suerte), casi al salir el sol o con el sol de lleno traspasando la ventana; y al mal dormir y despertarme cumplía con mis otras obligaciones y proseguía esa rutina hasta que no podía más, por lo que me alternaba con la escritura de otro capítulo, y así, otra vez, hasta cesar por el cansancio. Después de varias disquisiciones y ensayos, afrontando la práctica y enfrentándome en ella, logré la cocción de esta parte que no necesariamente es una victoria o una derrota, pues, eso lo decide quien lee. Para lograrla he implementado una fidelidad a la sustancia de lo que he oído y una libertad necesaria para cambiar sus formas, verbigracia que cada una de las historias de vida están escritas para dar la impresión de una sola visita ─aunque no siempre fue una sola visita─; o que las he intentado urdir para que ciertas contradicciones vitales, por cierto, muy sembradas en ellas mismas, se puedan notar un poco más, pero sólo ante la mirada del lector paciente; o que dejo en evidencia, por razones cuantitativas, históricas y archivísticas, la reiteración individual y conjunta de un recuerdo o la de un olvido, pese al riesgo que ello implica en el dinamismo de cómo se escribe y de cómo se lee, aunque, es menester considerar que la memoria también se comporta así; o que conservo de las charlas ciertos gazapos discursivos, gramaticales, lexicales, ortográficos, porque para mí son detalles particulares de su habla y a veces también del habla payanesa, pero, sobre todo, porque son las formas en que cuentan, piensan y viven sus vidas. En este capítulo he decidido usar un guion (─) para marcar mi voz y todas mis intervenciones, incluyendo los textos introductorios que, por mi arbitrio, no siempre están presentes para todas las personas; las demás voces e intervenciones estarán aclaradas implícita y explícitamente por los contextos.

Por último, creo que no es muy provechoso que estas voces sólo sean oídas y leídas como verdades o como mentiras de la historia, pues, el valor que de ellas quiero exponer no radica del todo allí y el mismo no hace que se excluyan de ella: Para mí, su valor es que permiten vivir el ambiente común de esa época, un ambiente dilatado en las diferentes fases y faces del tiempo. Cabe agregar que, comparadas con nuestras voces y las de los que vendrán, las voces de las personas viejas y llenas de vida son sustancialmente únicas, especialmente por sus circunstancias (nacieron casi que a la par con el sonido de las locomotoras y los radios, vieron el florecimiento de los periódicos, y las llegadas del teléfono, el cine, la televisión, los carros, y son anteriores a la Internet y los celulares, entre otras cosas), y su cantidad decrece de forma natural, por lo que un archivo de ellas en esta ciudad no sería en balde.

***

## 1. Luis H. Ledezma

─Un nombre recurrente cuando se trata de la historia de Popayán, especialmente la historia fotográfica, es el de Luis H. Ledezma. En su búsqueda llegué hasta la carrera octava, entre calles tercera y cuarta, pues, por mi propia experiencia, sabía de su negocio en ese lugar. Pregunté a desconocidos de esa cuadra por la fotografía y por su fotógrafo ─viejo, alto y blanco, les dije─ sin mayores resultados; no así con sus más antiguos vecinos que me sugirieron preguntar a sus colegas de la calle quinta, a dos cuadras. Ellos sí sabían; aquí en Popayán casi todo se sabe, y casi todos nos conocemos, y quien carezca de vida, para bien y para mal, se la inventamos, contrariando así a un gran escritor y paisano: Porque narradores es lo que tenemos, querido Johann, aunque, claro, no recurren tanto a las convencionales páginas.

Seguí sus instrucciones y llegué a la calle doce A, entre las carreras cuarta y quinta, a una cuadra del barrio Alfonso López. Las personas suelen decir que no creen en los milagros porque los milagros no existen, pero llegué a pie e ileso ─pasando a través de las gentes y lo que hacen y deshacen─ a una calle que era más polvo, huecos y escombros que lo que debería ser por su nombre: Si eso no es un milagro deberíamos buscar rápido en esta vaina que es la vida el botón de *RESET*, como en los *Tamagochi*, y hundirlo para volver a jugar otra vez. Creer para ver, amigo lector. Véame. Allí me atiende el mismo hombre que vi hace algunos años en la calle y a veces en la televisión; me confirma lo evidente y me hace seguir. Posee una amabilidad que hoy a muchos resulta un tanto innecesaria y extraña, pero lo extraño sería no extrañarla en estos tiempos difíciles para el común acuerdo que solía ser la urbanidad y lo que ella podría ser en este presente y en adelante. Pero no es total la desesperanza: En una sala sencilla, rodeada de fotografías, pero no repleta, y en la que se alcanza a oír un partido de fútbol, cosa que ya ocurre sin excepción en todos los lugares del mundo, el señor Ledezma me cuenta algunas cosas de su vida.

***

¡Uf! Yo nací el 1 de abril de 1931. Soy más viejo que el Himno Nacional ─me dice y nos reímos de su curiosa exageración─. Bueno. Nací en el barrio Bolívar, en una casa de don Santiago Figueroa, que tenía una tienda, cerca de donde hoy han hecho una bomba de gasolina[9], por ahí, y en esa misma casa nació un hermano. Mis padres eran Efraín Ledezma y Águeda Velasco. Mi papá era muy querido, muy apreciado en ese barrio, porque, como le digo, vivió ahí, en la casa de don Santiago Figueroa, y don Santiago era mi padrino, y, bueno, nos criamos ahí. A mi padre le decían el Indio Ledezma; él fue conductor de un carro que compró con muchas dificultades; mi madre era de Yanaconas y fue ama de casa, y también criaba gallinas y cerdos: Tiempo después, y gracias a esos trabajos de ambos, pudieron comprar algunas propiedades en El Recuerdo, del hospital para arriba[10], pero antes de eso vivieron en La Pamba. Allá, en El Recuerdo, se hizo una casa y vivimos hasta que nos criamos todos con mi papá y mi mamá. Ya

[9] Esa bomba queda en la calle décima norte entre carreras sexta y sexta A.
[10] Por nuestra posición, él se refiere con "arriba" al norte geográfico.

murió mi mamá, murió mi papa, y éramos tres hermanos, y de los tres, pues, ya murieron dos y quedo yo… Cuatro, cuatro éramos, cuatro hermanos, y ya murieron los otros tres y quedé yo.

Bueno. ¡Yyyyy! Yo le puedo contar mucho del barrio Bolívar porque nací en el barrio Bolívar y me crie[11] en el barrio Bolívar: Y me crie porque yo andaba con pantalón corto de dril, descalzo, tuve una carreta que llevaba maletas en el Ferrocarril del Pacífico y, todos los días que llegaba el tren, nosotros no nos perdíamos, con un hermano, y la consigna nuestra era: "Llevo maletas, llevo maletas", y como existía el paso a nivel, que era arriba donde está el semáforo[12], allá había una cadena y un señor Franco la templaba para no dejar pasar los carros, aunque en esa época no habían muchos carros, pero por seguridad. Sí: Entre los ocho, nueve, diez años yo anduve descalzo, con pantalón corto y llevando maletas en el Ferrocarril. Sí, el Ferrocarril viene del 26, y creo que estuvo como hasta el 47 o 49[13], y se acabó: La última locomotora ya vino poquito; siguió viniendo el autoferro, ese sí llevaba pasajeros: Era un carrito de lujo el autoferro, ahí está en una foto ─y con su boca señala una foto de la pared─, y venía en la misma fecha con el tren. Y me tocó, pues, trajinar mucho porque yo vendía arepas, vendía pan y habían tienditas: La de doña Rosa, la de doña Tulia, la de doña Amalia que quedaban todas en frente del Hospital San José o muy cerca de él. En fin, una cantidad de gente. Y me acuerdo de los restaurantes y del Hotel Estación de don Wenceslao Camayo, porque como llegaba mucha gente en el tren, comerciantes más que todo, entonces ellos decían: "Lléveme a un hotel", y yo los llevaba ahí y me daban propina por el servicio; lo mismo hacía el señor Camayo y me daba dos pesos de propina. Ese hotel quedaba… donde termina hacia arriba[14] la galería, que es la calle esa, antes de llegar a la Cruz Roja[15], ahí enfrente, ahí, ahí, ahí, ahí quedaba el hotel. Muy cerca de allí trabaja Eliodoro Ordóñez, que era peluquero. Habían varios hoteles, habían restaurantes y habían fuentes de soda, cantinitas. Todo eso había por ahí. ¡Había un señor Santacruz con unas almojábanas! Y había el famoso comprimido, que era el pan con queso y la chicha que allí mismo hacían. Eso era una tradición ahí. Sí, tenía fama eso de la chicha en Popayán, pero era con el comprimido. El señor Santacruz, que le digo, vivía donde hace poco estaba Drogas La Rebaja, en esa esquina[16]. No, y había mucho, mucho… cómo le digo… mucho… público que… que se radicó allí y gente que vino de otra parte y se radicó y se amañó ahí en el barrio Bolívar, porque

[11] Querido lector: Para en adelante evitar presuntos errores ortográficos descuidados sobre este verbo: Consulté en el DLE de la RAE la conjugación de "criar" en la primera persona y en la tercera persona del pretérito perfecto simple y son las siguientes: "Crio" [krió] y "crie" [krié]. Enlace: http://dle.rae.es/?id=BFyuWxK.

[12] Se refiere la zona donde hoy hay varios semáforos en frente de la Facultad de Ciencias de la Salud, para más señas las carreras quinta, sexta y sexta A, justo antes de la calle quince norte.

[13] Esa afirmación es un error y lo escribo basándome en otros testimonios que aseveran haber montado en el tren en otras fechas posteriores a esas: Quizá se trata de una confusión derivada de un cambio de nombres en las empresas ferroviarias o un olvido.

[14] Otra vez, por nuestra posición, él se refiere al norte geográfico.

[15] Probablemente, se refiera a la calle novena norte.

[16] Ese negocio estaba sobre la calle séptima norte y la carrera sexta.

era muy agradable. Y creo que es uno de los primeros barrios: Es uno de los primeros barrios y ya después sigue La Pamba, pero, que yo sepa, fue el barrio Bolívar[17].

Como le venía diciendo: Luego ya usamos la carreta para llevar mercados y por eso nos pagaban hasta seis centavos; la mayoría de nuestra clientela vivía en La Pamba, así que los viajes no eran tan largos. Y como yo andaba descalzo, como buen patojo, ¡conocí las niguas y cómo pican! Las niguas desaparecieron casi por completo con la pavimentación de las calles y el cambio de los materiales para hacer los pisos de las casas. Y conocí todo en lo personal, por ejemplo: Don Julio Ramos, también conocido como El Choco Julio, y a doña Flora, que era su esposa y que vendía leche, y ambos vivieron antes de llegar al Hospital San José; los Bernales, que todavía como que viven por allá unos y son hijos de un señor que trabajó en el Ferrocarril; las Chincas y Chelao, que eran hermanos; El Sapo Marcos, quien fue un constructor muy popular; y la Familia Gonzáles, que vivía en frente del Hospital San José, y de estos últimos recuerdo a Abraham Gonzáles, que trabajaba la madera… Cantidad de gente que vivió en el barrio Bolívar y que se les apodaba Los Pitingos*:* Se dice que fue un señor que vino de un pueblo de por allá del sur con ese apodo y los bautizaron así porque se enroló mucho, ahí, en el barrio Bolívar, con todos ellos, hasta que murió[18]. Pitingos… Y hasta ahora, hasta ahora yo me encuentro a un Vidal, y me encuentro al Mocho Santacruz, que trabajaba con caballos, y algunos que yo me encuentro por ahí, a veces en misa o afuera de la Defensoría, y nos decimos: "¡Qui' hubo, pitingo!"… Amigos que todavía quedan, ¡poquiticos, poquiticos!...

Bueno. Para que sepa, el acontecimiento más importante durante la semana era la misa: Mi mamá nos mandaba adelante, muy limpios y bien vestidos, para guardar puestos; la costumbre de ir a misa persiste, pues nuestros padres inculcaron un gran respeto por las creencias religiosas y todo lo que eso implica, como la primera comunión; la mía fue como todas: En el almacén de los Duque[19] me compraron un vestido negro, usé una cinta blanca prendida en el brazo izquierdo, también una vela adornada con alguna imagen religiosa, como un corazón sangrante o una paloma, y toda la demás ropa era blanca. Recuerdo que comulgué sólo esa vez y luego nunca más lo hice.

Estudié hasta el grado cuarto de primaria en la escuela Tomás Cipriano de Mosquera y el ser bueno para pintar me sirvió mucho en Historia y Geografía, porque me la pasaba haciendo mapas, pues, me los encargaban a mí. Recuerdo con aprecio a mis profesores, salvo a un indio

---

[17] Afirmar que el barrio en cuestión es el primero puede ser erróneo, aunque El Callejón sí es un barrio antiguo, pues, en una cita de la primera sección de la *Compilación de imágenes* ─que es, a saber, una parte del cuarto capítulo de esta etnografía─, el señor Jaime Salcedo Salcedo, autor del texto citado, menciona que El Callejón ya estaba surgiendo como suburbio a inicios del siglo XVII.

[18] Esta es una de las pocas hipótesis etimológicas de la palabra "Pitingo" que difieren de lo que me dijo la mayoría de la gente, aunque, carece de un contexto temporal lo suficientemente específico. No hallé más hechos y detalles para corroborarla o para desestimarla, pero, no deja de parecerme curiosa; como explicaré adelante, en una parte del cuarto capítulo de esta etnografía, en unos documentos del Centro de Investigaciones Históricas "José María Arboleda Llorente" aparece un hombre apellidado Torres y que tiene el apodo de Pitingo y que vivió en El Callejón, pero, por lo leído, parece vecino de esta ciudad y no venido directamente de otra parte.

[19] Ese negocio quedaba o queda en el parque de Caldas, por la calle quinta, cerca de la carrera sexta.

atravesado y de malas pulgas de apellido Pacheco: Nos regañaba por cualquier cosa y como que gozaba cuando nos daba reglazos o nos dejaba moradas las nalgas. En general, las conductas inapropiadas, como cuchichear, jugar en las clases y demás, eran reprendidas con jalones de orejas y así nos llevaban en frente del salón y de todos los compañeros. También recuerdo que teníamos una pizarra pequeña y en ella hacíamos las tareas; cuando no estábamos en esas jugábamos con canicas, trompos y los más experimentados jugábamos con *bimbas*, despedazándolas con otras.

Me acuerdo que, de nuestros trabajos, a mi mamá le dábamos las ganancias para ayudar en la casa y ella nos devolvía algunos centavos que usábamos para ir a cine; aunque, como yo era amigo del portero del cine, Pacho Holguín, él me dejaba entrar gratis cuando la película ya había comenzado. En los tres teatros de la época, El Municipal, El Popayán y El Bolívar, no había buen aseo, como en la casa de uno, ni sillas cómodas como en los teatros de ahora. Veíamos películas de Johnny Weissmüller haciendo de *Tarzán*, y películas de *El gordo y el flaco*, además de *Cantinflas*, el favorito mío.

A los once años alargué y, a la usanza, me compraron el primer pantalón largo hasta los tobillos y me compré mi primer par de zapatos de cuero donde el maestro Yanza, en el barrio Bolívar. Ya en la adolescencia me notaba por lo alto, lo mono y lo enamorado: Tuve muchísimas novias, aunque, claro, los noviazgos de ahora son muy diferentes a los de aquel entonces: Difícilmente se pasaba de cogerse la mano y nos mandábamos pequeños y rosados corazones recortados, además, el que podía componía unos versos bien melosos. Por ese entonces, con lo ahorrado de mis diferentes trabajos, pude comprar mi primera bicicleta. ¡Un sueño hecho realidad! Con ella aumentaron mis posibilidades de trabajo. Trabajé como cartero de Avianca, repartiendo todas las mañanas el correo que llegaba en los aviones a Machángara; ese trabajo me dio popularidad aun, y para mi desgracia, entre los chandosos que solían cuidar las casas. Esa primera bicicleta era negra y de marca *Phillips*, hoy llamadas "panaderas", y la compré en frente del Hospital Universitario San José, en un almacén de un señor apellidado Gonzáles; además, en ese entonces habían negocios que alquilaban bicicletas para recorrer la ciudad, luego uno la devolvía, pero a nadie se le ocurría robársela: Eso ya pasó después y acabó esos negocios. También trabajé aforando los rollos de las películas que llegaban a los teatros. Después de eso nació en mí una pasión por el ciclismo, llegando a participar en algunos eventos locales y regionales, donde gané algunos trofeos y algo de reconocimiento: Gané la doble a Timbío, la doble a Silvia y otras carreras a Santander de Quilichao, a El Bordo, a El Tambo, y también participé en una vuelta a Colombia, la de 1951. La llegada de la caravana ciclística al pueblo de turno era algo muy bello: A veces el premio no era una medalla o un trofeo, sino un ramo de flores dado por una bella muchacha. Del ciclismo me retiré a tiempo, cuando vi que ya no llegaba de primero ni de segundo ni de tercero y quedaba ya en los puestos octavo o décimo.

Volviendo al barrio Bolívar: Allí se hacían estas ─señala una vieja fotografía en la pared con personas y algunas casas bajas y de techos de paja─, son unas Fiestas de Pubenza en El Callejón; El Callejón era el nombre anterior del barrio Bolívar. Cuando yo era niño vi muchas de esas

casas, unas con techos de paja, como la de don Julio Ramos, donde vendía leche doña Flora, que hoy viene quedando, de aquí para allá, por esos almacenes agropecuarios, más arriba[20]. No, y era agradable el ambiente que existía en el barrio Bolívar, porque eran muy unidos. Habían las Fiesticas de Negros y Blancos[21]. Estas casas de la fotografía quedaban y empezaban en la esquina, viniendo de allá arriba hacia acá[22], donde hoy hay unos semáforos, en la misma cuadra de la droguería de este Camacho, saliendo de ella hacia la derecha.

─¡Ah! De mi papá.

¿Cómo es que se llama?

─Oliverio.

Oliverio. Mi gran amigo, de verdad. Me lo saluda. Que si se acuerda el día que anduvimos por la calle quinta, en casas de citas ─y suelta una carcajada y nos reímos de recuerdos que a mí me resultan ajenos, pero no extraños─.

─Ahora que usted ha mencionado cosas tan festivas, me gustaría saber: ¿Cuánto tiempo duraban las Fiestas de Pubenza?, ¿y cómo era la movida en las casas de lenocinio del barrio Bolívar?

Bueno, esas fiestas duraban tres días. Mi papá usaba La Vaca Loca, y atrás de La Vaca Loca ponía un ramo, una cola con ortiga. La Vaca Loca estaba hecha como en madera, ¿cierto?, y a veces tenía una forma parecida a la de una carreta para moverla mejor. La persona que la manejaba se metía en medio y hacía así ─y, con los gestos de su cabeza y sus índices, me da a entender los intentos de "falsas" embestidas y corneadas─. Algunas veces le colocaban hasta candela. Y adelante le ponían una calavera, una cara de una vaca o de un animal, pues, ya disecado: El objetivo era jugar. Otra cosa que también salía por la ciudad era La Ánima Sola a pedir plata: Iba con un vestido color uva o azul, parecido al de los cargueros, pero con capirote. En el barrio Bolívar había una casa de citas que se llamaba El Buda, pero esa es posterior a lo que le digo, en esa época casi no existían, casi no existían; cantinas con muchachas, sí, inclusive yo me enamoré de una de ellas: Me iba a casar. Como unos tres meses me duró eso hasta que mi mamá me descubrió y fue y repeló a la muchacha esa; ella era del Huila.

─¿Había muchas peleas en el barrio Bolívar?

No, casi no habían.

---

[20] Es probable que él se refiera a una casa que estaba entre las calle primera A norte y séptima norte, o entre las calles novena norte y décima norte.

[21] Parece que las Fiestas de Negros y Blancos, las de Pubenza y aquellas nombradas casi de la misma forma pero con la palabra "carnavales" son las mismas, aunque, esa rica temática merece su propia investigación.

[22] Es decir, viniendo en sentido geográfico norte-sur; para más señas, sería hoy la carrera sexta con la calle séptima norte.

─¿No?, porque, en un libro que leí[23], el autor comentaba que tenían fama de ser bien peleones.

No. En esa época, no. En la época mía, no. Ya después, ya cuando… cuando se fue, como le digo, se fue poblando de más gente que llegó sobre todo del sur: De Pasto[24] llegó mucha gente ahí. Retomando lo otro… por ahí no habían muchas casas de citas. Habían era cantinas, diga usted unas tres; pero, así, así, ¿casas de esas?, no, no, no. Casi no. Hoy en día, pues, sí existe ahí, en la esquina de esa casa, al lado de donde está Oliverio. Bandido ése. Tuvimos aventuras también. Tres, cuatro de la mañana zanganeando nosotros. Sí. Salúdemelo, hombre; que lo quiero mucho, que lo aprecio. Cuando paso por ahí miro hacia allá. Y hay que irlo a visitar. Muy amable, muy querido es el viejo. Tan luchador que ha sido con el trabajo. Y sinvergüenza. Bueno. No habían muchas… eran casas de familias, y eran restaurantes, algunas dos o tres cantinas, fuentes de soda habían, y peluquerías también habían, zapaterías y tiendas habían, y ya pasando de Drogas La Rebaja, hacia acá[25], a Peces de Mar, esas también eran puras calles de casas. Inclusive, por ahí donde estaba Gon Cheverry, que era un depósito de café de una sociedad, ahí era una un juego de billar del Grato Restrepo[26]. Pero eso fue posterior a lo que yo

---

[23] Me refiero a un libro que ya mencioné en el primer capítulo de esta etnografía: *Nuestros personajes típicos* de Horacio Dorado Gómez. Retomando, la tesis que sostiene el autor en ese primer capítulo es bastante lógica a primera vista, pero vale la pena contrastarla en un panorama general matizado: El autor escribe que la gente del barrio Bolívar tenía fama de ser recelosa, especialmente los hombres con sus mujeres, no permitiendo que fuesen enamoradas por otros individuos ajenos al barrio; también anota, según sus propias palabras, que tenían una fama "camorrista" por el temor de ser sorprendidos destilando y/o contrabandeando aguardiente chiquito. Creo que, de forma parcial, el autor se equivoca en su interpretación o no la desarrolla lo suficiente: Basándome en los intervalos temporales analizados, puedo decir que el carácter receloso hacia las mujeres sí es cierto, pero sólo en parte, y no es algo manifestado sólo de esa forma, pues, no siempre acababan en peleas y, como explicaré después, al final de este trabajo de grado, ese comportamiento debe entenderse en el contexto de una sociedad profundamente matriarcal como lo es la nuestra que, pese a ello, también es machista; a eso debe sumarse que dicho fenómeno podría deberse a una añosa y amplia tendencia endogámica, pues, era muy usual en épocas pretéritas; que el temor de ser descubiertos en su actividad ilegal los llevara a ser camorristas es sólo una de las características de su comportamiento y dada sólo en determinadas circunstancias, como la presión de una fuerza legal, por lo que la misma no llega a ser tan frecuente como sí lo son otras formas más evasivas y esto puede leerse en algunas de las historias de vida, además, comportarse demasiado como un camorrista parece un tanto ilógico y poco práctico, pues, la mayoría de las personas que destilaban y comerciaban el aguardiente eran mujeres, y dicho negocio era de carácter doméstico y también tenía algo de lo que considero es una cofradía, por lo que si se está haciendo algo ilegal, pues, lo mejor es hacerlo todo con cierta discreción.

[24] Quizá, como aún suele sucedernos, él se refiere con el término de "pastusos" a todos los nariñenses y aun gentes venidas de otros sures.

[25] Si no es claro, con "acá" se refiere hacia el sur geográfico.

[26] Sobre ese señor puedo anotar lo siguiente: Usaba sombrero, era mono, ojizarco y tenía dos negocios: Uno de billares y el otro era un prostíbulo; el señor Restrepo era muy unido a la familia de Jesús Salas porque, como él, era un comerciante paisa, siendo dueño de un *grill*, que no es una "parrilla", sino una discoteca donde había prostitutas; los negocios de ambos fueron, muy probablemente, de los primeros en los que se vendió ─con mucho recelo si se lo compara con el tiempo presente─ marihuana, cocaína, bazuco, etc…; es por ello que el dinero de ambas familias resulta ser comentado, con discreción, por la particular ilegalidad de sus orígenes. El señor Salas tenía dos hijos que iban con frecuencia a Estados Unidos y, me cuenta don Marco A. Solarte, en su historia de vida, que uno de ellos se quedó a vivir allá, y, me cuenta mi tío Fredy que el otro hijo o quizás el mismo, se hizo novio de una de las Cajones; Los Cajones es el plural del apodo de una familia del barrio Bolívar que venía de Nariño: Les decían así por un antepasado suyo que era carpintero, pero su apellido era Vega y fueron de los primeros electricistas automotrices en dicho barrio. Lo último que se supo de los Restrepo es que viajaron con destino a Cali y "se perdieron": Gran parte de esto me lo cuentan mi tío Fredy y mi mamá, además, añaden que, aparte de los Restrepo y los Salas, los Cano y

conocí. Eso no existía. Eso fue después de que llega el Grato Restrepo, quien vendió el sitio, que era grande, donde tenía el juego de billares. También recuerdo a don Javier Vidal, que tocaba el órgano de la catedral y a otro señor, Quisoboní, que era comerciante en la galería: Ambos vivían muy cerca del Puente del Humilladero, cerca de esas esquinas donde está la Lotería del Cauca, donde uno cruza a la carrera sexta, por ahí vivían.

─Y del aguardiente chiquito[27], ¿qué sabe?

¡Ah!, pues, que yo sepa, los contrabandistas eran los Chincos: Dos hermanas y Chelao, que era futbolista también; eso estaban por ahí, por donde están esas funerarias, por ahí[28] vivían ellos y eran los únicos contrabandistas que habían por ahí. Y más arriba era mi mamá: Mi mamá contrabandeaba también y a mí me tocaba venderlo.

─Y, ¿cuál era la pena por si los cogían?, o sea, ¿qué les hacían?

No, no, no, no, no: En ese entonces existía algo que se llamaba la tenencia. Era una cuestión como de inspectores, de policías, algo así… les decomisaban todo y les metían una multa, no más. En ese entonces no era sino eso. Una multa y decomisarles todo. Pero a veces, pues, los cogían, pero porque delataban, ¿no? De golpe algún sapo: "Ve, allí fabrican aguardiente". En fin. Pero no era más, no era más. Pero, perseguían bastante eso y hubo bastante aguardiente y comercio. Dicen que era mejor que el de la Licorera… sí, sí. Se ponía un termómetro[29] y eso era de cien. Buenísimo. Mi mamá lo hacía y lo mediamos y daba casi noventa y pico, así ─y me hace un gesto con su mano sobre su cabeza que indica un tope más que alto ─ ¡preciso! Con alambique se hacía… yo ya casi no me acuerdo de cómo se fabricaba eso.

---

los Giraldo también fueron familias paisas radicadas en el barrio Bolívar. Los Cano, inicialmente, eran dos hermanos: Ricardo, que era un señor blanco, grande, acuerpado y tenía el granero más grande del barrio Bolívar; su esposa también era paisa y vivían en una casa al lado del río Molino, cerca de donde hoy está la calle séptima norte con carrera cuarta norte; a don Ricardo lo asesinaron en un atraco en el barrio Bolívar, como cuenta don Hermes Rodríguez Guerrero en su historia de vida; parece que su esposa aún vive; don Ricardo tuvo dos hijos varones, físicamente muy parecidos a él, y desde niños le ayudaban a trabajar, pero, después de su muerte, el negocio se acabó y nunca más los volvieron a ver. El otro hermano es don Roberto: Tenía un granero y una cava de carne; su esposa era payanesa y, dice mi tío que decía mi abuelo que ella, antes de casarse, era de La Zona; tuvo seis hijos y aún viven tres; don Roberto murió de cáncer y su esposa murió poco después por la pena moral. Los Cano eran primos de los Giraldo y de la familia Giraldo puedo anotar lo siguiente: El señor Giraldo y su esposa llegaron de Medellín y varios de sus hijos nacieron allá y otros más nacieron acá, dando un total de dieciséis hijos; ellos comenzaron revendiendo huevos al detal en su casa, que quedaba al lado de la Escuela Garrido, y luego siguieron haciéndolo, pero ya como mayoristas: Llegaban camiones llenos de huevos desde Cali a esa casa; luego, cada uno empezó a hacer su propia vida, siendo la mayoría de ellos comerciantes en esta ciudad y también en otras.

[27] No he podido saber por qué se refieren a ese aguardiente como "aguardiente chiquito", pero sospecho que podría tratarse por su producción doméstica y exigua, claro, si se la compara con la producción industrial de la Licorera; además, ese nombre también podría deberse a esa costumbre tan nuestra de usar diminutivos.

[28] Parece que se refiere a la carrera sexta entre la calle novena norte y el Hospital Universitario San José.

[29] Para ejemplificar un poco mi método de diálogo y posterior materialización en historias de vida: No lo corregí ni cuando hablábamos ni después y tampoco alteré lo dicho más que con esta nota: Debió ser un alcoholímetro y no un termómetro, y, aunque sé que es una exageración de él al afirmarlo y también de mi parte por corregirlo, por el mismo método de destilación es imposible que de facto marcara cien grados de concentración etílica.

─Y en esa época, ¿cómo era manejado el asunto de los otros vicios como la marihuana, el bazuco y demás?

No, en esa época no. No, no, no. Todo era sano. Ya eso de la marihuana fue de un tiempo pa'cá, ya por ahí del 60 para acá, sí, porque yo llegué a los 50, que me acuerdo que me casé, y no, no existía, eso no existía.

─Entiendo. Mi familia me ha contado algunas cosas sobre los gitanos que llegaban al barrio Bolívar y se quedaban muy cerca del río Molino y también cerca del barrio Belalcázar, ¿qué sabe sobre ellos?

No. En esa época poco, poco de gitanos en esa época… Lo que sí se celebraba eran las Fiestas de la Virgen de los Ferroviarios, adentro de La Estación. Esos gitanos vinieron fue después ya. No era constante que vinieran acá, no. Del ochenta para allá, eso fue nuevo[30].

─Vea, ¿y cómo era el río Molino en ese entonces?

Era limpio. Como yo vivía en El Recuerdo nos pasábamos un llano, que hoy en día todo eso lo cogió Emilio Sarria, y allá[31] adentro atajábamos charcos. ¡Eh!, abajo, donde está el puente, de ahí desde las clínicas esas, le llamábamos La Chirria.

─¿Por qué le decían así?

No sé, pero sí hacíamos unos paseos de olla muy sabrosos. Emilio Sarria es el dueño de donde está eso de las clínicas ahoritica. Vendió eso y vive al fondo… aunque creo que ya murió Emilio Sarria. Quedaron los hijos, en Estados Unidos, en Miami. Yo tengo hijos en Miami que le trabajaban al señor Sarria; también recuerdo que él tenía un criadero de caballos de paso colombiano buenísimos; los sacaba en las cabalgatas. En fin. Donde hoy está el hospital era un lote inmenso, de allí hasta arriba, hasta La Estancia, ese lote era de Emilio Sarria. No existía el coliseo**,** pero sí existía la casita de ahí, donde venden los helados, en esa esquina, viniendo de la clínica. De ahí, pa' arriba, todas esas casitas existían[32]; ese ya es el barrio El Recuerdo. Ahora, antes de eso, el hospital quedaba, pues, que yo sepa, primero fue ahí ─señala una fotografía panorámica tomada, en sentido geográfico sur-norte, desde el hoy llamado Museo Nacional Guillermo Valencia─ al lado del Puente del Humilladero. Este era el hospital ─me dice mientras coge la fotografía y pone su dedo en un gran edificio hoy inexistente─. Hoy día ahí es la Lotería del Cauca. Primero fue hospital y después una cárcel. Y luego eso lo quitaron, lo derruyeron, y se construyó el edificio de la Lotería del Cauca.

[30] Si bien datar y cuantificar las visitas de los gitanos al barrio Bolívar es algo dificilísimo y quizás imposible, por otros testimonios creo que gran parte de lo dicho por el señor Ledezma no es tan verosímil, además, debe tenerse en cuenta que él y su familia cambiaron de domicilio al barrio El Recuerdo.
[31] Se refiere a gran parte de lo que hoy es el sector de La Estancia, vecino del barrio Bolívar.
[32] Se refiere a las casas que están junto a la ciclovía, entre la calle quince norte y la calle dieciocho norte.

Qué más le puedo contar. Que pese a mi inconclusa educación académica, tenía una buena caligrafía y aceptable ortografía, y eso me dio la oportunidad de trabajar en la Oficina de Instrumentos Públicos como escribiente, teniendo como jefe al doctor Álvaro Pío Valencia. Pude asentar escrituras, registros de nacimiento, partidas de defunción, matrimonios, sucesiones, etc. Con ese trabajo mi condición económica mejoró. Por esa época ya sentía una atracción por la fotografía, pero sólo como un *hobbie*. Después, poco a poco, gané reconocimiento, hice mi propia clientela y luego puse un local en la casa de mi amigo José Orozco, así fueron llegando las personas para hacerse fotografías a blanco y negro, ya después a color. Al sentir ese gusto por la fotografía empecé a fotografiar a la naturaleza y a mi familia con la primera cámara que tuve: Una de cajón, en madera, con un fino lente de 35 milímetros. Puede que mi gusto por la pintura me hiciera llegar a la fotografía. Me di cuenta que fotografiar paisajes era lo que más me gustaba. Yo tenía un cuarto oscuro propio y hacía todo el proceso de copiar y secar las fotografías con mucho cuidado, pues los químicos y demás cosas del proceso eran muy caros, esos los compraba en la calle sexta, en el almacén del señor Perafán. Una de mis fotos más conocidas es la del volcán Puracé con su cima nevada: La tomé una tarde despejada desde el campanario de la iglesia de San José. Me la publicaron en la primera página de *El Tiempo*. Tampoco me olvido que, en unas procesiones de un 1 de Mayo, salí con mi cámara y tomé siete rollos de 35 milímetros y me gané una cantidad de dinero que hasta el momento la fotografía no me había dejado: De forma individual, a los alumbrantes de la procesión, les tomaba sus fotografías y les cobraba un peso de abono y luego otro al reclamar el trabajo. Así, poco a poco, mejoré mis herramientas fotográficas, una de ellas fue una cámara *Rolleiflex* que obtuve a modo de trueque. Hoy tengo claro que no llegué a la fotografía por vocación, pero, como a las competencias ciclísticas que le mencioné llevaba mi primera camarita de cajón, con la cual le pedía a mi hermano que me fotografiara al llegar, fue creciendo en mí el amor por ese arte. Lo demás también fue suerte, pues, las familias ilustres o de "dedo parado" me contrataban con mucha frecuencia, lo que me generó fama de la buena para mi trabajo fotográfico, y eso me ubicó en el primer puesto entre los fotógrafos y me convertí en el fotógrafo de la *patojay*[33]

Algo que quiero añadir es el cuidado con el que he preservado mis negativos fotográficos desde hace décadas, protegiéndolos de los rayones, de la humedad y teniéndolos organizados por años y meses en mi archivo. A mi amplio archivo sumé copias de fotografías viejas de Popayán que me permitió hacer don Cenón Mosquera a un álbum suyo; sobre eso mismo: Unas señoras de apellido Porras, que tuvieron un almacén cerca de Gasolina Extra[34], tenían unas fotografías antiguas de Popayán muy lindas y bien enmarcadas, y varias veces les pedí el favor de que me las dejaran copiar o que me las vendieran, pero me dijeron que no; eran muy celosas y egoístas con esas fotos. Y, como ya había dicho, puse un local, pero varias veces y en varias partes del Centro; una vez me robaron y me dejaron sin nada, pero no perdí la esperanza de seguir.

[33] Es una palabra derivada de "patojada" (que es usada para referirse a la sociedad patoja) y *high* (que en inglés y para este caso significa "alta"), por lo que podría entenderse su acepción como: "La clase alta de la sociedad patoja".
[34] Creo que está (o estaba) en la calle sexta, entre las carreras sexta y séptima.

Como creo que le venía diciendo: Mi infancia tuvo algo que quizás las futuras ya no tendrán: Los espantos: Perros botando candela por los hocicos, La Viuda, El Guando, El Morrocoy, La Llorona y demás seres extraños y habitantes de la noche. Quizás era una manera efectiva de nuestros padres para que les obedeciéramos, y si eso fallaba, el carácter de mi madre, no, amén de un rejo doble para reforzarlo, pero no faltaron el amor al trabajo, la disciplina y los valores morales. También jugábamos con las canicas, principalmente dos cosas que llamábamos El Cuarto y Pepa y Cuarta. Otro juego era La Vara de Premios que consistía en una guadua muy larga clavada en el suelo y en el otro extremo se ataban los premios; con mi hermano jugábamos y hacíamos de escalones, uno sobre el otro, para llegar y ganar algo. También teníamos un juego de trompos llamado La Arria y lo jugábamos cerca de la carrilera del Ferrocarril. Algo que recuerdo mucho y que me hace mucha falta es el tren. Podíamos viajar entre Popayán y Cali y viceversa, y en el trayecto visitar, o a veces sólo ojear, los pueblos como Mondomo, Santander de Quilichao y Cajibío; de Cajibío recuerdo sus riquísimos pandebonos; y ya con el tiempo uno se acostumbraba al traqueteo de los vagones entre sí y con los rieles, y a sus duras bancas. Aún es una pena muy grande que, por defender a empresas como Flota Magdalena y Expreso Palmira, el Ministerio de Transporte[35] decidiera quitar el Ferrocarril hasta Popayán; hubiéramos podido convertir eso[36] en un museo o en un monumento a lo que era nuestra ciudad en la mitad del siglo XX.

—¿No fue el alcalde Álvaro Caicedo quien demolió La Estación?

También, también. Aunque no podemos desconocer que el quitar el Ferrocarril facilitó el desarrollo urbanístico y comercial y también el de las vías hacia el norte de la ciudad[37]. Aunque, cuando la demolieron me dio tanta tristeza que me fui…

---

[35] Esta afirmación no la pude negar ni corroborar de forma específica, pero, me parece verosímil, aunque la muerte de la empresa ferroviaria, a nivel nacional, no coincide con las fechas de la demolición de La Estación, pues, no fue un fin total e inmediato.

[36] Nótese que el señor Ledezma, como otras personas, suelen confundir el cese de la empresa ferroviaria con la demolición de La Estación y no es necesariamente lo mismo. Para entender mejor esta parte de la empresa ferroviaria en la ciudad recomiendo leer, después de haber leído de este capítulo, la sección respectiva en la *Compilación de imágenes.*

[37] Esta afirmación es bastante discutible, pues, para mí "facilitar" no es el verbo más adecuado y me explico: Para esa época Popayán ya estaba creciendo debido a una clase media más amplia, resultante también de las migraciones que se dieron, a finales de los siglos XIX e inicios del siglo XX, a los pueblos y ciudades más desarrollados y que es cuando la urbanización en Colombia crece ingentemente; además, si no es evidente o no se sabe, mucho de ese crecimiento fue posible por los ferrocarriles. Lo otro es que la demolición de La Estación y la eliminación de la empresa ferroviaria quizá sí sirvieron, pero sospecho que a muchos beneficios egoístas, mas, no "facilitaron", al decir del señor Ledezma, el crecimiento de la ciudad a largo plazo, porque, primero, eliminaron una opción de transporte, aunque ella en sí ya no era eficaz al ser dejada a su muerte, y segundo, porque hizo que la ciudad creciera (salvo por las variantes que fueron hechas en décadas posteriores a la demolición) haciendo subcaminos derivados de los caminos viejos y de algunos originalmente ferroviarios: Así, la realidad hoy nos muestra la ausencia de un elemento crucial en un inexistente servicio de transporte multimodal que, de haberse hecho bien, hubiera facilitado la movilización en varios aspectos, como la carga humana y sus demandas urbanas; la realidad también nos muestra que un cierre estratégico de la panamericana y de la carrera sexta basta para detener gran parte de la ciudad. En menor escala, ese anterior juicio sobre la movilidad en el espacio urbano puede aplicarse al sector del barrio Bolívar, pues, la ampliación de la carretera que permitió la demolición de La Estación resulta, a mi parecer, un simple atajo

También conocí a personas ilustres como el Maestro Guillermo Valencia, aunque vagamente, pues, yo era un niño, pero recuerdo su paso firme y semblante señorial, engalanado casi siempre con una capa de terciopelo negro; él solía regalarnos algunas monedas cuando mis amigos y yo jugábamos cerca del Puente del Humilladero. También conocí a algunos de sus hijos: Álvaro Pío, como ya dije, fue durante un tiempo mi jefe y Guillermo León, el expresidente, fue algunas veces mi cliente. También en mi niñez conocí a Jorge Eliécer Gaitán, pero no lo fotografié por mis circunstancias, aunque años después sí conseguí fotos de su visita; recuerdo que los liberales estuvieron muy bien vestidos para esa ocasión. Años después conocí al general Rojas Pinilla, muy querido por la gente. También conocí al Rey Pelé: En un berlina[38] nos fuimos, mi hermano, unos amigos y yo, a verlo jugar un partido en Cali; al final del partido me logré meter a la gramilla con mi cámara y fotografié varias veces y, al final, le pedí a mi hermano que me tomara una con Pelé, fotografía que aún conservo y es una de mis más preciadas.

A los 23 me casé con una buena muchacha a la que amaba y con ella han sido tres mis esposas a lo largo de mi vida, que me han dado ocho hijos[39], bendiciones de Dios: Son mi alegría y mi ayuda en momentos difíciles, aun en materia económica. Pese a ello no niego y no me duele reconocer que mucho de mi dinero me lo gasté en mis "amiguitas", pues, siempre he dado a manos llenas y he sido muy atento con las mujeres, además, para conquistarlas sólo hay que tener labia y carácter, pues no es necesario ser físicamente bello. Lástima que no ahorré. Una pena más grande me la dio la avalancha del río Paéz que se llevó mi felicidad, a mi hijo, tocayo y colega, pues, también le gustaba la fotografía; él era voluntario de la Cruz Roja y murió mientras alertaba a los habitantes de Belalcázar…

─Se queda en silencio un largo rato, compungido, y cambia una tristeza por otra─

… Después del terremoto del 31 de marzo de 1983, y después de ver a mi familia, salí a fotografiar gran parte de Popayán, intentando contrastar las fotografías que iba tomando con otras que ya había tomado; al término de ese trágico día tenía más de setecientas fotografías, las cuales sirvieron de mucho para la posterior reconstrucción. En mi época nos iniciábamos en este arte a través del blanco y negro y sólo considero fotógrafos a los que lo han hecho igual. Tomé clases con Roger Marino Burbano y algunos cursos de pintura en la Universidad del Cauca. También, algunas veces, debíamos retocar las fotos con lápiz, a diferencia de hoy que se hace con el computador. Recuerdo a otras fotografías de calidad: Foto Ragó, Foto Rodríguez, Foto Ortiz, Foto Jaramillo y la de doña Mina Vargas.

---

en el que suele haber muchos trancones, infracciones y accidentes de tránsito, además, los espacios ocupados por La Estación estuvieron baldíos durante décadas y apenas en los últimos años empezaron a ser usados, aunque con muchas deficiencias.

[38] Es una palabra usada para referirse a un tipo especial de carro, cuyos detalles específicos desconozco, pero que hacía un trabajo similar a lo que hoy hace el taxi municipal e intermunicipal. Uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, me ha dado más información sobre esta palabra: "es una deformación de las palabras, en inglés, *Bird Line* que identificaban la línea del vehículo".

[39] Esta cantidad ha variado en cada conversación, así que decidí dejar esa.

Ahora recuerdo algo que creo ya casi no se ve y que viví muy bien: A los personajes típicos. Conocí a varios: Barberita, El Jorobado, El Pintor, Chispas, Miel de Abeja, Zócalo, y a algunos les puse apodos… me acuerdo de Pablo Morillo, a quien le puse El Poeta, porque escribía versos a Mariano Ospina Pérez. A otro le puse El Millonario porque, durante un atraco en su contra, fue llevado a la Permanente Municipal, yo lo acompañé y cuando revisaron sus bolsillos, que tenía cocidos, hallaron una buena suma de dinero. También recuerdo a Caquiona, pues los muchachos solían decir al verlo: "El Liberal con la muerte de Caquiona" y del mismo modo él les mentaba la muerte de sus madres. Y no olvido a Eulogio, mejor conocido como Guineo, porque solía ambular por la calle con un libro, mas no sabía leer; ya en su vejez lo internaron en un asilo y yo iba a visitarlo… Las monjitas me avisaron cuando murió y les pedí que no se preocuparan: Fui a la Funeraria Hurtado y pagué todo, y en la radio hice lo mismo con unas cuñas. Me llevé una gran sorpresa cuando en el cementerio esperaban su cuerpo más de doscientas personas.

… Bueno, más o menos esa es mi vida de patojo y Pitingo, amigo.

***

## 2. Marcos Realpe

─Afuera de la casa del señor Realpe, justo sobre la pared y a una altura que no le permite pasar desapercibido, está empotrado un aviso pétreo, quizá de alabastro, con dos palabras escritas en negras mayúsculas y sin la tilde respectiva: "EL CALLEJON". Como en otros días golpeo la puerta de la casa, esperando que esta vez sí pueda encontrarlo para hablarle. Estoy de suerte: Sale una muchacha y me dice que espere un momentico y se va dejando la puerta chueca a medio cerrar, quizá por pereza, quizá por confianza. Alcanzo a oír tres voces distintas que salen de la casa, pero me distraigo viendo la calle plagada de huecos y también de los pobres y deficientes intentos para taparlos con basuras o con simulaciones de asfalto. En algunos de esos huecos que han sido llenados por el agua de los aguaceros, y no muy lejos de mí, juegan unos niños a la sutil navegación de barcos de papel, y cuando esa navegación fenece por la muerte de todos sus frágiles navíos, la didáctica cambia, y los mares que son esos huecos llenos de agua se convierten en pequeños pozos de goce no menos oceánicos y que se consumen rápidamente bajo la volición de esos niños, llevándolos al aburrimiento y luego mucho más lejos; cuando ellos se van los huecos se transmutan en abrevaderos para los perros, los gatos, los pájaros y los caballos, amén de otros animales citadinos que también los toman por lavamanos o por bidés si son "descomplicados", y en ese momento me sorprendo en la sorpresa de ver que no parecen maravillados porque pueden tomar para sí pedazos de lo que fuera el cielo en algún momento… también me doy cuenta que no se me puede dejar conmigo mismo por mucho tiempo sin que empiece a procrastinar y a perder la noción del tiempo con cualquier cosa. Vuelvo a tocar la puerta y ahora sí la espera es más corta. Me dicen que siga y sigo. Entro en una casa descuidada y dejada a la voluntad de la desidia o derruida por la común falta de dinero, pero aún habitable, y en ella percibo el olor característico y familiar de las casas viejas hechas con bahareque, caña, ladrillos payaneses, que huelen muy diferente a los ladrillos más recientes y otros materiales.

¿Dónde quiere hacer la entrevista? ─me dice la muchacha─.

─Donde se sienta más cómodo don Marcos y donde no haya mucho ruido, porque quiero grabar lo que hablemos.

Entonces, seguimos a través de la casa, sobre su piso de baldosas raídas, esquivando un sillón de resortes oxidados y sin cojines y, antes de entrar en una de las últimas habitaciones, veo un amplio solar, en el que pareciera que la luz entra más lenta, y que también hace las veces de patio y depósito y desde donde sale un viejo delgado que entra a la habitación con nosotros. Me presento y verifico que es el señor Realpe. Nos sentamos. Le comento la dinámica que pretendo y, sin mayores objeciones, iniciamos. Oigo por vez primera su voz y su respiración jadeante, acompañada de una especie de bufido que me hace suponer algún padecimiento respiratorio, aunque nada de eso parece restarle o sumarle lucidez a aquel hombre viejo; este conjunto de señas inesperadas marcan el inicio y todo nuestro encuentro.

***

─Por favor, hábleme de su vida, don Marcos.

Nací en La Cruz, Nariño, en 1935, el 27 de diciembre. Pues, el asunto fue que yo salí de La Cruz, me fui pa'l ejército, y en el ejército me estuve como seis años allá. Voltié un poco y vine ya como en el 57, a comienzos del 57. Y por eso la cédula mía es de aquí, porque en Bogotá no me la quisieron dar. Entonces, pues, la saqué aquí que porque era menor de edad y no sé qué vainas… Bueno, cantidad de cosas. Pero aquí me la dieron. Desde ese tiempo yo vivo aquí en esta casa.

─¿Y cómo fue su paso por el ejército?

En ese tiempo la cuestión en el ejército era todo el mundo pa'l monte, pues. Eso no había bachilleres ni esas vainas: Tres meses de entrenamiento o cuatro, mientras que le hacen jurar bandera, y ya lo esparcen pa'l monte, pues. Claro, los que nos quedamos allí, pero los demás cumplen 18 meses y salen. Yo anduve casi por todo el Tolima, ¿no? Nosotros corrimos la guerrilla pa'l Huila y todo eso, porque en el Huila era sano, pues. Pero, con todo eso, como nosotros los apretamos, entonces cogieron pa'l Huila. En ese entonces tuve un rebezón[40] de bala, pero muy poquito, porque me escondí detrás de una piedra y resulta que la bala dio en la piedra y se desvió, pues. Luego estuve hasta cabo primero y de ver que a cada rato, pues, medio me mejoraba de la vaina y me echaban pa'l monte, dije: No, yo pido la baja. Y luego me vine porque esta casa ya la había comprado mi 'apá, quien también es de La Cruz.

─¿Cuántos hijos tuvieron sus papás?

Somos cuatro hermanos: Dos ya están muertos, no vivo sino con la hermana aquí; ella estuvo viviendo en Arauca; después de que vivió en Arauca, ya se vino para acá, hará unos cuatro o cinco años. Cuando me vine pa'cá monté un tallercito de tapicería en una habitación de esta casa. Eso lo aprendí con Gilberto Bravo, ¿no? O mejor dicho, como yo aprendí un poco la sastrería, entonces ya me quedaba fácil pasar a la tapicería. Y en la tapicería estuve trabajando cincuenta años[41], poquito más, pues, trabajé hasta 1974.

─¿Y de ahí qué hizo?

De ahí ya me puse a descansar, pues. Y ya como me molestó bastante la espalda, pues, entonces dije: No, no trabajo más.

─Y cuando usted trabajaba, ¿cómo era el barrio Bolívar?

Pues, en el barrio Bolívar eso no había sino esa calle de ahí que va para la galería; para acá[42] no había nada, todo era derecho. Y habían negocios así pequeños, ¿no? Así como ventas de

[40] No he encontrado esa palabra en los diccionarios; la más parecida fue "remezón" de "remecer" que según el DLE es: "Mover reiteradamente algo de un lado a otro"; él se refiere a un roce de una bala.
[41] Dejé esta cifra, pero él se confundía entre su edad de retiro y la cantidad de años que trabajó.
[42] Por nuestra ubicación, con "acá" se refiere al norte geográfico.

cualquier cosa, pero no habían más; lo demás eran residencias, pues. Ya ninguno de los negocios de esa época se conserva.

─Y, ¿cómo vio al barrio Bolívar durante la época del Ferrocarril y después de la demolición de La Estación?

Pues, lógicamente que era muy bueno el Ferrocarril, porque era más barato para ir a Cali y hasta donde llegaba el tren, por Buenaventura o Buga. Era más barato y todo el mundo se montaba en el tren, porque carros casi no habían, pues. Era muy poco los transportes en carro; todo era en el Ferrocarril. Y, pues, eso era tan bien hecho que cuánto batalló el alcalde Caicedo en tumbar esa vaina: Eso lo bloquiaron, después dinamitaron, hizo levantar todos los rieles, porque pasaban por aquí, detrás de esta casa y todo, eso batallaron, pues, que hasta ahora existe La Casona, que era del ferrocarril, y ahora esa parte de Comfacauca, pues, eran bodegas del ferrocarril. Yo monté muchas veces en el tren: Iba sobre todo a Cali porque allá se crio la mujer, entonces, yo iba a cada rato. El pasaje valía tres pesos y el viaje duraba entre cuatro y cinco horas.

─Entiendo, mucho más demorado que ahora, aunque, he oído que, a veces, con los trancones, casi que se parecen los tiempos, ¿no? Y del aguardiente chiquito, ¿qué me puede contar?

Sí, eso he oído porque ya casi no viajo. Pues, en estas casas de aquí en frente, vivía un tipo de Nariño que sacaba zacatín, esa vaina; y eso la tubería la ponía por en medio de las paredes, la tapaba y de modo que chorriaba ahí, pues, en una paila, en una vaina, ahí, para envasar; y por tomar esa vaina se envenenaron ellos y murieron, tanto el papá como el hijo. Tomaban mucho[43]. Eso ellos lo preparaban con anís y no sé qué más le echaban a eso.

─He oído que era mejor que el aguardiente de la Licorera.

Para los que tomaban, claro, porque era más barato y toda esa vaina.

─Claro. Y, ¿cómo eran las Fiestas de Pubenza?

Se celebraban únicamente cuando cumplía años el departamento del Cauca[44], más fiestas así, no… en un tiempo pusieron esa vaina de echar agua el 6 de enero, y también echaban polvos y tierra… hasta aceite quemado echaban y el que salía debía ponerse careta porque si abría la boca, ¡tenga!, le echaban cal. Un peligro.

─Me imagino: A mí me tocó ver, sólo ver, gracias a Dios, cosas como esas, además de las bombas de agua congelada. Por otra parte: ¿Qué sabe de la palabra "Pitingo"? ¿Por qué los llamaban así?

[43] A mi juicio, tal vez sus muertes pudieron deberse a dos causas: Una mala destilación que los llevo a ingerir alcohol de madera o metanol, o, quizá murieron por una cirrosis hepática, pues, queda claro lo mucho que bebían.
[44] Creo que no se celebran por eso, aunque ahora sí están ligados a varias festividades celebradas en enero y en varios municipios del Cauca.

Por el asunto del aguardiente, pues, se les decía Pitingos a los que sacaban, eso sí, nacidos en el barrio Bolívar, claro.

─¡Qué curioso! En ese tiempo, ¿ya estaba la galería en este barrio?

Pues eso no existía, habían puros bares y cantinas alrededor de esa vaina; eso batallaron mucho pa' ponerla acá… y ahora batallan mucho pa' quitarla. Ha sido muy descuidado el barrio Bolívar. Oí que la 14 de Cali iba a comprar la galería para poner almacenes.

─Coincidimos en ello. Eso no lo sabía. Bueno, y, ¿cómo eran las casas del barrio Bolívar?

De un piso eran todas, no habían de dos. Esta casa era hasta allá arriba, casi hasta la avenida[45], después la partieron por medio de adobes y tierra estacada y toda esa vaina.

─Bastante amplia, don Marcos. Y partiendo de su experiencia, ¿ahora cómo ve al barrio Bolívar?

Comercial, ahora sí está comercial. Ahora, mejor dicho, una casa vale mucho por aquí porque la persiguen pa' modernizarla, pa' poner negocios. En cuanto al ambiente sí era bueno, porque cuando yo llegué a mí me recibieron bien y hasta me pusieron a jugar fútbol y todas esas vainas; ahora ya no puedo jugar porque con cualquier agachón ya me duele toda la espalda. En cuanto a la seguridad: Es que antes no había nada: Yo cogía la bicicleta y me iba pa' Chune a tomar guarapo por allá y toda esa vaina, y me venía a la una o dos de la mañana y tranquilo uno podía amanecerse y no había ningún daño; era una rareza que apareciera cualquier ladrón por ahí. Yo diría que el vicio y la inseguridad se empezaron a ver con la llegada de la galería porque ya se amontonó toda esa gente y toda esa vaina, y se aparecieron los pícaros de todo, venían hasta de Cali; y no creo que llegaran en el ferrocarril porque era una cosa sana, era un ambiente sano, eso no había cuestiones dañinas: Por ahí cualquier pelea, pero nada más; ya después llegaron los viciosos.

─Claro. ¿Y qué vecinos suyos recuerda?

Lo que pasa es que ya se le olvida a uno: Todo el barrio Bolívar era conocido, nos la llevábamos bien y todo, pero todos dejaron el barrio Bolívar para irse a vivir a otras partes, otros se murieron… Bueno.

─Y comparando su vida pasada con la vida presente, ¿qué cosas cambiaron, digamos, respecto a su familia y la crianza?

Bueno, salvo mi último hijo todos los demás nacieron con partera, y eso pasó porque no encontré a la partera, pues fue en época de fiestas. Tuve que llevar a mi mujer al Hospital San José que queda cruzando la calle. Ahora que lo pienso, como ese hospital queda en este barrio, todos los

[45] El frente de su casa quedaba sobre la carrera sexta y salía casi hasta la carrera sexta A, es decir, que tal vez, en el pasado, llegó a tener un largo aproximado a los 68 metros y quizá más de 10 metros de ancho. Esas medidas las he sacado a través de *Google Earth*.

que nacen son Pitingos, son Pitingos, aunque no lo sepan. También recuerdo que el Hospital San José quería comprar esas casas de en frente, pero compraron el parqueadero y como que se les acabó la plata y no pudieron. También la alimentación ha cambiado mucho: En ese entonces la comida era muy sana, por eso es que hay gente que vive los ochenta, los noventa años y un poquito más. Aquí teníamos la servidumbre y comíamos con mi 'apá y mi 'amá. Ellos se vinieron de La Cruz porque a mi 'apá el frío le estaba haciendo mucho daño: Él como tenía unas fincas ahí en lo frío, entonces los médicos le recomendaron que cambiara de clima a uno más templado y por eso vino hasta acá a comprar esta casa, a fínales del 53, cuando me fui al ejército, y que le costó diez mil pesos; él vendió un poco de ganado y lo que tenía del negocio para poderla comprar, porque póngale que una vaca bien grande costara doscientos pesos… Costaba trabajo conseguir la plata. Mis papás viajaron mucho en tren porque las demás vías eran caminos de herradura y eso era muy difícil viajar en los carros. También monté en tren y en autoferro, aunque el autoferro era más caro, pero se llegaba más rápido. De esa época también recuerdo que Popayán se acababa en Los Hoyos, Yanaconas y Pueblillo, aunque del paso a nivel pa'llá todo eso era charramascales[46], monte, y hasta había una pozeta de agua donde hoy es el Niño Jesús de Praga, que en ese entonces no existía, y de la cual traíamos agua cuando no teníamos, haciendo fila, claro; toda esa tierra la compraron los Alegría y se llenaron de plata porque vendieron eso para hacer edificios y todas esas vainas.

─¿Y cómo era el río Molino en esa época?

Ahí sí no estuve yo porque hubo una represa en el 37 que pasó por encima de los puentes[47]; aunque sí era muy limpio y nosotros los domingos íbamos a bañarnos allá; ahora ya ni modo de hacer eso.

─Usted mencionó el cambio que ha tenido este barrio al hoy ser más comercial, ¿qué más piensa sobre eso?

Pues, por una parte es muy bueno y por otra abundan siempre los rateros, los amigos de lo ajeno, y por eso uno a las siete u ocho de la noche ya no puede salir porque en la bomba lo atracan, o a la galería uno ya no puede ir porque está lleno de marihuaneros y toda esa cosa. Es terrible.

─Lo es. Y, hablando de cosas más amenas y curiosas, ¿por qué se colocaban apodos o qué recuerda al respecto?

Recuerdo a Los Carramplones[48], que vivían aquí en seguida, eran muy amigos míos: Uno de ellos dirigía el equipo de fútbol del barrio Bolívar que era animado por las porristas de este

[46] Esa palabra sólo la he oído de don Marcos y en su contexto se entiende que se refiere al monte; para mí, tiene un parecido a "matorrales".
[47] Este hecho tiene algo de exageración y puede que su fecha esté errada: En la *Compilación de imágenes* expongo cuatro imágenes de ese fenómeno y algunas consideraciones sobre la fecha.
[48] En el primer capítulo del libro *Nuestros personajes típicos* de Horacio Dorado Gómez, se menciona que Collazos era el apellido de los Carramplones.

mismo barrio, y los futbolistas bebían cuando ganaban y si perdían Carramplón les decía: "Estos hijueputas, malparidos"; él caminaba raro porque tenía una enfermedad en las piernas, también hablaba raro, no modulaba bien. Ya sólo quedan dos Carramplones: Uno que es jubilado de la Policía y una muchacha que vive por allá en La Esmeralda. También recuerdo que a uno de los Torres le decían El Chivo: Porque la mujer vivía con otro ─y se ríe mientras hace cachos con la mano─.

Ahora que lo pienso, antes había una vista muy bonita de día y de noche: Recuerdo los paseos a las Tres Cruces, a El Morro y cómo desde allá podíamos ver a toda Popayán; eso era una belleza; me acuerdo que sobre la estatua de El Morro una vez le preguntaron a Guineo[49]: "¿Cómo subieron ese caballo hasta allá?", y él dijo: "Pues le pusieron una yegua que estaba interesante y ya" ─ambos nos reímos─.

También recuerdo a los Chávez, a las Guacaneses, a las señoritas Galvis: Una de ellas tenía un negocio de leche, otra una prendería, y ambas eran solteronas; los Galvis que todavía viven por aquí son: Virgilio, Marta, Rocío, Italia… Una de ellas fue reina del barrio Bolívar y en esta casa las entrenábamos y todo con las hijas mías: En los reinados se concursaba entre los barrios más reconocidos, y se sacaban comparsas y toda la cosa, y llegaban al coliseo La Estancia, que era más pequeño, y allí se daban los premios; en esa época la Facultad de Medicina no existía.

Si usted se da cuenta, esta casa es de las poquitas que ya quedan de la época de El Callejón, y este barrio tiene ahora ese nombre porque por aquí pasó Bolívar; creo que había una estatua de él en un parque que quedaba antes donde hoy es el parque Carlos Albán. En ese parque estaba la estatua de Bolívar, era una estatua linda y era un parque muy bello, uno se asombraba de todo: Los árboles que había y todas esas cosas, pero después llegó ese alcalde[50] y la hizo pasar[51] por allá por la avenida, cerca de ese romboi[52] del seminario, y aunque brincaron los de barrio Bolívar y que no sé qué, no lograron nada porque ellos son los que mandan.

---

[49] Personaje típico mencionado aquí por primera vez al final de la historia de vida de Luis H. Ledezma.

[50] Se refiere a Álvaro Caicedo.

[51] Este hecho no pude aclararlo con él, pero creo que puede ser una confusión sobre a quienes representan las estatuas, pues, cuando se refiere a la ubicación de la estatua de Bolívar nombra al seminario como referente geográfico, cosa que, por lo que sé, es un desatino, ahora, si bien es cierto que hay una estatua ecuestre de Bolívar en la glorieta donde desembocan la carrera novena y las calles séptima norte y octava norte, no he hallado otros testimonios orales o escritos que corroboren su antigua ubicación en el barrio Bolívar, pese a que eso tendría algún sentido por el nombre del barrio, pero sí sé que en el parque vecino de La Estación, el cual es aludido por el señor Realpe en esta cuestión, hubo un busto inaugural de Pedro Nel Ospina que fue reemplazado por una estatua de Francisco de Paula Santander, la cual también fue removida y ahora está muy cerca de la mencionada estatua ecuestre de Bolívar, para más señas en la glorieta donde desembocan la transversal novena norte y la calle cuarta norte: Creo que el señor Realpe está confundiendo la estatua de Santander, que sí estuvo en el barrio Bolívar y cuyo traslado fue cercano en el tiempo a la demolición de La Estación, con la aludida estatua de Bolívar. El tema de las estatuas y sus ubicaciones en Popayán no es, a mi juicio, anodino, y he anotado algunas cosas más detalladas en la *Compilación de imágenes* de este trabajo, con lo que cubro sólo una parte del espectro.

[52] Es un anglicismo a veces escrito de las formas "romboy", "rompoy" o "rompoi" y derivado de *round point*; en español también se usan los términos "glorieta", derivado del francés *gloriette*, o "rotonda", derivada del italiano con la misma grafía: Para este caso todas ellas se refieren a la plaza circular en la que desembocan varias vías.

Le decía que quedan muy pocas casas de la época de El Callejón. Sólo dos casas: Esta y la que hay aquí al lado, en la esquina, la de las negritas: El dueño de la casa murió y eso quedó en líos por demandas entre familiares, pero como una hija de ella[53] se volvió abogada, le ayudó a su mamá para que les quedara la casa a ellas, y la vendieron y la tumbaron; desde hace años una de ellas se volvió prostituta y también viciosa, y hasta hace poco andaba por aquí en la calle; ella era muy muy bonita y ahora vive en la calle y está mueca, tuerta y la otra vez andaba apuñalada. Tuvo un hijo, se lo quitaron las hermanas y lo criaron. Pobrecita. No la he vuelto a ver.

─… Usted ha mencionado un reinado, una festividad, ¿cómo eran las festividades en diciembre? ¿Qué música oían?

Pues, tranquilo, ¿no? Por ahí uno que otro borracho por el zacatín, entre todos esos recuerdo a Guineo, a los Castro que también eran politiqueros y liberales, de ellos en especial recuerdo a El Choclo, porque lo sacaron mal del trabajo y después demandó y tuvieron que jubilarlo por eso, con ayuda de ese Aurelio Iragorri Hormaza. Sí, tranquilo, y como no habían casas de citas… sí habían muchachas en las esquinas de los hoteles y afuera de algún café. Recuerdo que tuve un taxi y en esa época no había terminal ni nada; ya después, al lado del parque ese, había unas casas muy lindas y allí era el terminal: Expreso Palmira, que tuvo varias sedes en el mismo barrio, la Flota Magdalena, Transhuila, Transipiales. De la música casi no me acuerdo ni de los cantantes: Sé que eran boleros, tangos, salsas, es decir, música vieja que sonaba en las pianolas, donde uno ponía un centavo y sonaba un disco, y a veces habían peleas entre borrachos porque uno quería poner un disco de uno y el otro de otro.

─Y, retomando, para usted, ¿cómo ha sido la relación de las alcaldías con el barrio Bolívar?

Pues, hombre, un descuido, un descuido, por acá los alcaldes nunca pasaban. Ahora se mueve más dinero en este barrio, antes, no, porque eran la viviendita de cada cual y no más, cualquier remiendo de zapatería o sastrería, cualquier tiendita, todo eso ahí y no era más lo que había en el barrio Bolívar.

─¿O sea que usted está o no está amañado en el barrio Bolívar?

La vida era muy sabrosa: Uno podía dejar la puerta abierta, y como le decía, yo me iba a tomar guarapo a la Vereda de Torres y me prestaban un machete y me decían: "Por si acaso te salen"; en ese tiempo no había nada. Y, pues, es que estoy amañado por todo… pero yo estoy que vendo esta casa para irme a vivir por allá donde esté más tranquilo: El transporte es una cosa jodida, pues, por ese lado de allá y por este lado[54] pasan muchos carros y hay muchos trancones, pues, Popayán casi no tiene vías; además, pago mucho de impuestos porque ahora es zona comercial: Esta casa está avaluada en diez mil millones[55], pero nadie los da, salvo un mafioso. En cuanto a

[53] Se refiere a la esposa del señor y a la madre de todas las mujeres llamadas por él "negritas".
[54] Otra vez se refiere a las carreras sexta y sexta A.
[55] No pude corroborar la veracidad de esa cantidad de plata, pero, no sería raro por las medidas que mencioné y por estar en una zona como el barrio Bolívar.

mis hijos, sólo una hija queda y me administra el parqueadero; el resto de mis hijos están por Villa del Viento, por Tomás Cipriano, por La Paz.

Resumiéndole mucho todo este cuento: Yo extraño a los conocidos que se han ido, porque los de ahora ya casi todos son forasteros del Huila, de Nariño, de Neiva.

***

### 3. Cecilia Pinzón

─De las personas que conozco, Doña Cecilia es quien tiene la casa más cercana a El Planchón, justo sobre la carrera quinta, y es una de las partes más feas del barrio Bolívar, porque en ella, como ya escribí en otro capítulo anterior, pero con otras palabras y detalles, se reúnen algunas de sus paradojas más visibles y más invisibles: Gente cuya vivienda es, con suerte, un cambuche callejero improvisado en la mayoría de las noches, o, con más suerte, uno ya instalado con ingenio y muy cerca de las márgenes del río; gente desahuciada por los gobernantes y por otros habitantes de la ciudad, de los cuales unos pocos hacen la diferencia; gente que ha seguido una voluntad de la vida urbana muy extraña, si se la ve desde la nuestra, o gente que a veces no ha tenido otra opción más que hacer su espacio en las calles, los potreros y las casas abandonadas; esa misma gente de la que, a veces, nos olvidamos a conciencia que también es gente: Limosneros y gamines, desechables, pordioseros y mendigos, pedigüeños y menesterosos, mendicantes, pobres e indigentes, para que me entienda.

***

Soy Cecilia Pinzón, de Popayán, del barrio Bolívar, y nací el 24 de agosto de 1941. Mi mamá, Beatriz Pinzón Fernández, era de aquí de Popayán, también del barrio Bolívar, como toda la familia, y mi papá, Manuel Mendoza si quizque[56] era del sur, de Ecuador; a él no lo conocí, porque cuando nací se murió. Tengo dos hermanas y dos hermanos: Viven aún las dos mujeres, pero no los hombres. Tuve dos hijas. Soy ama de casa, el trabajo más duro, mijito.

Bueno. El barrio Bolívar ha tenido muchos cambios, como lo que pasa con todos esos jóvenes en la galería, pues, antes eso no se veía: Porque yo me acuerdo que, en los tiempos de mi mamá, la galería era en una parte del Centro, donde hoy es ese centro comercial, pero no sé en qué año fue ese cambio, después ya me casé, se compró y se hizo esto acá[57], pero eso desde que pusieron la galería fue que se dañó tanto, pues, por los jóvenes estos de la drogadicción, por todo eso de las basuras y por eso del río Molino que a cada rato se desborda[58]; ya van como dos veces. Silvio[59] me cuenta que, quizque cuando el hospital quedaba cerca del Puente del Humilladero, hubo una inundación grande, quizás tan grande como la última que pasó. La alcaldía hasta ahora no ha hecho gran cosa, metieron una draga y nada más. Pero más problema son los jóvenes con eso de la drogadicción y lo que venden, y yo no sé por qué no hacen nada, y eso que ahora es con más fuerza; uno pensaría que en la época del Ferrocarril había más, pero, no, no, no: Yo viví en varias casas, aquí, en este barrio, hasta que me casé y construimos esta casa, y no se veía eso; sí se veía que hacían mucho chiquito y a los celadores de las rentas, los de la tenencia, que perseguían eso. También recuerdo a La Estación y a ese alcalde Caicedo que hizo tumbar todo; lo único que

[56] Es otra forma particular de "dizque", también he oído, en menor frecuencia, "quezque".
[57] Si no es evidente, se refiere a la compra del lote y a la construcción de su casa.
[58] A mi juicio, esa afirmación es una exageración, pues, el río no se desborda a cada rato, pero sí podría ser que las crecidas y desbordamientos estén ocurriendo con más frecuencia; los desbordamientos más recientes, y que yo he presenciado, ocurrieron en el 2013 y creo que otro en el 2010, siendo el del 2013 más grave.
[59] Es el nombre de su primer esposo y que volvió a serlo después de la muerte de su segundo esposo.

quedó fue esa casona. En esa época no habían tantos negocios, sólo pequeñitos y en su mayoría familiares, y cantinas; ahora sí hay cantidad de negocios en este barrio, pero ya no hay gente de la de antes: Unos se han muerto y otros se han ido, ahora es gente de Pasto, de por allá y de otros lados. Las cantinas de antes eran muy parecidas a esa de la esquina[60], pero las de ahora son más feas, aunque Silvio dice que esa es un chochal[61], ¡y los domingos es así, vea! ─y alza y voltea sus manos, entrecerrándolas por las puntas de los dedos, y las empieza a batir, como dos maracas sincronizadas, para darme a entender lo pletórico del asunto─. Casi en frente de donde hoy es San Victorino[62] había uno que se llamaba El Buda y creo que su abuelo iba a jugar billar y a tomarse sus traguitos; Silvio también dice que: "En esos tiempos allí sí traían a unas hembrotas del Huila". Sí, habían varias cantinas, casi todo eso eran cantinas, hasta donde es esa farmacia[63]. Había un café cerca de donde hoy es Peces de Mar y las residencias han mejorado un poco en apariencia, pero porque hay más gente y un poco más dinero, pero, varias de esas las cogen de moteles, para ir con las muchachas que se paran ahí en la calle. Recuerdo otros negocios, como las tienditas: Don Santiago Figueroa tenía una y ese sí vendía de todo, de-to-do: Y en tiendas como la de él, o la de misia Pola, o la de misia Hermencia, le vendían a uno centavos y pesos de lo que quisiera y se encontraba de-to-do, ahora ya no se consiguen tiendas como esas. Hasta el pan de esa época era diferente, sabía más rico, y ahora para poder comprar jabón de tierra hay que ir al supermercado o encargarlo. Y acá también ─me dice susurrando, como si temiera que alguien nos pudiera descubrir─ destilaban mucho chiquito; la familia de Silvio sacaba, la mamá de él destilaba, por ahí tengo las cosas que usaba para eso; a Silvio lo ponían a destilar desde pequeño y de pronto por eso es tan borrachín: A ese misia Sara, la mamá de él, lo ponía para que se amaneciera destilando, y quizque ese se tomaba todo el primero que salía, y cuando se levantaba doña Sara quizque lo encontraba borracho al lado del fogón, porque eso era con leña. Creo que el procedimiento era así: Ponían en el embudo como una gasa y ahí le echaban el anís y, desde la paila de cobre, que tenía agua, por una guaudita[64] salía eso… no me acuerdo bien, pero sí me acuerdo que mucha gente del campo compraba eso, y en esa época habían muchos caballos en las calles, porque eran el transporte de muchos, y también las chivas y las berlinas. A mi mamá, como éramos bien pobres, le pagaban por ir a dejar el chiquito por allá, al lado del consultorio del doctor Cruz; él ya se murió, pero su consultorio quedaba por la parte de atrás del almacén MIL[65]. Eso vendían bastante: Recuerdo a una señora Blanca que a cada rato siempre la cogían. No recuerdo bien qué les hacían después de cogerlas. Ahora ya no hacen; todas se han muerto. ¡Cuál más destiló! ─y sólo cuando exclama deja de susurrarme─.

─¿Sabe por qué les dicen Pitingos a quienes nacen o viven en este barrio?

---

[60] Ese negocio está en la calle novena norte entre carreras quinta y sexta.
[61] Para el lector casto esa palabra quiere decir "prostíbulo".
[62] Es un edificio comercial ubicado sobre la carrera sexta entre las calles primera A norte y cuarta norte.
[63] Se refiere a una droguería ubicada en la calle novena norte con carrera sexta.
[64] Es el diminutivo de "guadua" que con frecuencia lo he oído así como lo trascribo, mal pronunciado.
[65] Se refiere a la parte de atrás de lo que hoy es el Éxito del Centro, por lo que entendí sería la calle sexta entre carreras tercera y cuarta.

Ah, sí: A los Torres es a los que más les dicen Pitingos, quizque porque eran muy jodidos, ¿no será? Recuerdo que, para unas festividades que ahora se llaman las Fiestas de Pubenza, don Salvico, Víctor Vidal[66] y los demás sacaron de mentiras un alambique en una camioneta y daban trago a todo el mundo. En esas fiestas echaban harina, no carioca, porque creo que no había y no había tanto patán. También recuerdo que muy cerca del río, donde hoy hay una cancha, las Guacaneses y las Plata festejaban los San Pedros. ¡Misia Chila Guacanés, ella sí le puede contar mucho sobre eso! Pobrecita: A ella dos hijos se le murieron de cáncer; Francia, una hija de ella, tiene una droguería diagonal al Cementerio Central. También supe que Chila no quiere vender la casa, pero los hijos ya le dijeron que tiene que venderla porque la última vez me dijo: "Ay, negrita, yo no quiero vender la casa: Para tener que estar donde una hija o donde otra; que esperen a que me muera y luego ya que hagan lo que quieran"; y más jodido allá que son nueve; acá si quiera son dos: Alcanza pa' repartirles. Los diciembres eran muy buenos porque hacían casetas y salían las reinas, de aquí mismo, del barrio Bolívar: Recuerdo que una hermana de Silvio fue reina y una de apellido Cifuentes también, y traían orquestas. ¡Ay, hacían una fiestotas! Era muy bueno eso en los diciembres, y los reinados se celebraban en enero, ahora que me acuerdo, pero eso se juntaba lo de un mes con lo del otro. Yo no sé por qué no metieron a su mamá en eso, si la Claudia tenía un cuerpo muy bonito. Donde La Mona Chávez hacían todo eso de los Reyes. Donde una señora que se llamaba Peregrina también hacían buenas fiestas; y Marciana y Moralba eran otras buenas vecinas: La última es la mamá de un exgobernador del Putumayo. También por aquí cerca aún vive otra vecina, la esposa de Álvaro Vega, Isabel Granja: A esa señora parece que no le hubieran pasado los años, sólo tiene el pelo blanco, más vieja estoy yo; claro, como quedó viuda ya no tiene quién la joda, ella dice: "Ahora ya puedo salir a pasiar, me voy pa' una parte, pa' otra", no ve, mijo, que, cuando vivía ese señor, él no la dejaba salir a ninguna parte. Así le cuento, aunque ahora se me han olvidado mucho las cosas.

Bueno. Y del tren le puedo decir que yo sí alcancé a montar en él, cuando tuve a Patricia, aunque yo no monté tanto; mi mamá, sí, ella iba al mercado de Piendamó y también viajó mucho en autoferro. También recuerdo que al lado de la Cruz Roja había un parquecito lo más de bonito, pero eso lo acabaron. Algunas señoras que viven por ahí están peliando eso[67]. Y me acuerdo que mi hermano andaba por acá atrás[68], y había una laguna, y él se pasaba por eso cuando eran potreros; los primeros que compraron fuimos nosotros, después ya compró don José Balcázar, misia Chila sí tenía un lote que salía a la parte de atrás, por esto que hoy es la Avenida de los Estudiantes, y recuerdo que Doña Petuca vivía con ella, era una negrota que lavaba ropa a los estudiantes, y cada que se graduaban ella les hacía unas fiestotas acá, también hacía chicha de maíz; sí que la querían. Y el río Molino era limpio, eso pescaban unos guabinotes muy cerca de la Escuela de Menores, y cerca de la Industrial se hacía como una U y a eso le decíamos La

[66] Ambos eran vecinos del barrio Bolívar, sobre el primero hablaré con algo de brevedad en otra historia de vida, pues, es familiar de una persona con la que hablé; sobre el señor Vidal no he hallado algo concreto: Sólo referencias a él que se pierden y se encuentran en otras hechas a su familia, como lo hizo el señor Ledezma en su historia de vida.

[67] Si no es claro, doña Cecilia dice que sus vecinas buscan obtener la propiedad de ese espacio.

[68] Se refiere a los terrenos más cercanos al río Molino, muy cerca de donde hoy es el CDU.

Pailita y allí nos bañábamos y lavábamos la ropa[69]. También íbamos a Los Dos Brazos, y a una parte cerca de Timbío, y a Río Blanco.

─He oído ese nombre, el de Petuca: Mis tíos le llevaban desperdicios y por eso ella les pagaba con huevos de pato. ¿Sabe por qué esa calle tiene ese nombre?

No sé por qué: De pronto porque muchos estudiantes pasaban por aquí y cruzaban el río para ir al colegio; creo que al inicio iban a conectar esta avenida para que saliera allá[70], cerca de la Industrial[71], pero me decía un señor de por aquí que la vía ya no va a ir así porque hay unos aparatos de luz o de le teléfono y que ahora van a cruzar por otro lado: A mí eso me interesa porque tengo en venta esto, pero el señor me decía: "Espérese, doña Cecilia, que después se van a arrepentir, esto va a quedar muy bueno", porque El Planchón lo van a tumbar, pero es difícil sacar a la gente de aquí, pero también he oído que la galería de La Esmeralda ya se la van a llevar a otro lado y que van a hacer un La 14 cerca de Comfacauca. Aunque no sé qué va a pasar con esa escuela Gerardo Garrido[72]; me acabo de acordar que de allí dicen que han salido hasta médicos, y ahora que lo recuerdo, aunque sus tíos vivían cerca creo que no estudiaron allí, ¿no será porque en esa época había más platica? Porque su abuela manejaba platica, echaba mucho lujo, en la comida, en la ropa. Aunque también antes uno podía andar tranquilo, vivía más rico y la plata rendía y uno podía comprar mucho o poquito, pero conseguía.

─Sí, pero como a mis tíos les colocaban muchos apodos unos vecinos que estudiaban allí, mi abuela decidió meterlos en la escuela de El Chorrito, en La Pamba. En cuanto a la plata también he oído eso, pero no aprovecharon.

Claro. Sí. Eso le digo a Silvio: Cuánto le serviría esa plata ahora que está tan enfermo, ¡porque sí que bebió! Hay que pedirle a Dios que yo no me vaya a enfermar, porque si no cómo…─su esposo grita su nombre de forma rara y ella acude a atenderlo─.

… Ay, él está muy necio: Por eso me hizo poner mal, casi me da un derrame; una de mis hijas le dijo que si seguía así me llevaban para Cali y a él lo meten en un asilo. Todos mis hijos se criaron aquí, sólo una de mis hijas se fue a vivir a Cali, pero ya grande.

─Delicado ese asunto, doña Cecilia. Ojalá la salud de ambos mejore. Por otro lado, ¿qué me puede contar de la música de su época?

Ah, la música era muy sabrosa: En los tocadiscos sonaban los boleros y los tangos, ya no me acuerdo bien de eso; una hermana mía todavía va a bailar a El Bambú, me dice: "¡Huy!, uno se consigue unos viejotes para bailar". Antes íbamos mucho a La Cabaña, eso daban ternera a la

---

[69] Esos espacios en los que se solazaban estarían hoy en el recorrido que hace el río Molino entre el Hospital Universitario San José y Campo Real, antes de llegar a la calle veinticinco norte.
[70] Para mí eso sería hoy, más o menos, la calle quince norte entre carreras segunda y quinta.
[71] Es la abreviatura del Instituto Técnico Industrial.
[72] Puedo afirmar que, si se trata de la misma persona mencionada en el libro *Popayán 20 Años Después…* de Édgar Orejuela Jordán, esa escuela fue nombrada en honor a ese alcalde.

llanera y las fiestas de esos políticos se celebraban allá. Tamales, sancochos, empanadas de pipián, ternero y tantas cosas que uno hacía en la casa. Cuando hago ternero es más lo que boto que lo que le dejo al ternero: Una vez fui a La Trece y le salían un mundo de cosas y no me gustó, aunque de allá sí me gusta el frito y la aloja; mi ternero es más aseado. Eso me molestan y me dicen: "Doña Cecilia: Haga ternero, haga ternero"; un nieto también me decía y me decía: "Abuelita, cuando usted haga ternero me avisa para estar allí con la cámara", pero, ah, yo no voy a estar haciendo eso, le dije, porque a mí no me gusta que me estén viendo lo que estoy haciendo. Pero la demora es en que lo hago y esas de la ferretería se llevan veinte platos, ¡uuuuuh!, eso es en un decir Jesús que yo lo vendo; la otra vez también un amigo trajo a ese señor Velasco[73] y al alcalde y así se meten hasta los que no he invitado. También preparo lengua, a mi hija le encanta. Todo eso se lo aprendí a mi mamá, la cocina y el aseo: Éramos pobres pero aseados y cocinamos bien. Ahora no sé cuándo vuelva a hacerlo porque con Silvio enfermo me queda difícil. Vea que mi mamá vendía frutas en la galería del Centro, trabajó bastante. Como le decía, también habían otros lugares para las fiestas: Cerca de El Niño Jesús de Praga estaba El Carretero y había otro cerca de El Recuerdo. Y en ese tiempo nosotros no dejábamos salir ni a las mujeres ni a los hombres solos a las fiestas: Orlando Torres, que era novio de su mamá, tenía que pedirle permiso a la mamá de él a través de mi hija Patricia, y mi hija tenía que ir con Claudia, su mamá.

—Todo un embrollo lo que me cuenta. Hablando de otra gente, ¿cómo es su relación con los muchachos que viven en la calle?

Ellos nunca se meten conmigo ni con la gente de por aquí, tanto así que voy a mercar y dejo la puerta ajustada. A ellos yo les preparo sopitas, consomés, arroz, huevo frito o cualquier comidita, a veces me dicen: "Mamá, o madre, o mamita, tengo hambre", o también me dicen así para que les dé jabón. Yo prefiero no comer y darles, porque después me duele que ellos estén con hambre. Claudia, mi hija, también me ayuda cuando viene, y en Cali hace lo mismo. De vez en cuando pelean, pero ya no tanto como antes. Acá se ve gente que uno no cree comprando vicio en unos carrotes y en unas motos grandotas, y, como han cogido a esos muchachos para que les vendan, uno se queda aterrado. A veces se la llevan y otras veces se la fuman ahí, al pie de cualquier árbol. Ay, a mí me da una pena cuando veo a esos muchachos que vienen lo más de bien vestidos y a los poquitos días ya están hechos una nada. Se ve todo tipo de gente en esas, mijo: Ricos pobres, no tan pobres, como usted o cualquier otro. Menos mal esa basura, que la tenían aquí en frente, se la llevó la avalancha, porque nadie se hacía cargo de eso, eso el agua levantó ese cajón, ese contenedor de volqueta, que era bote de basura, y eso daba vueltas y vueltas, y el agua también trajo unos palotes inmensos; ese día estábamos muy angustiados, yo creo que por eso a Silvio le dio un infarto después, menos mal le dije que se entrara y que nos subiéramos a la azotea. Del miedo yo intentaba rezar un padrenuestro, pero se me olvidaba. Y eso empezó a sonar y a sonar ese teléfono y me decían que ya me venían a sacar, pero cómo, ¡en helicóptero tendrían que sacarme!; el agua entró hasta la cuarta grada de esta casa y en otras más y más. Eso sonaba fuertísimo y, cuando vi por primera vez, el barro ya había tapado casi toda la

[73] Se refiere al senador Luis Fernando Velasco.

bodega[74]. Mire esa muchacha que está allá con ese cartón verde, no sé si es peruana o de donde es, pero vino súper bien, lo más de chusca, y véala ahora cómo anda; a ella la cogió la avalancha ahí trepada en un árbol y decía: "La furia de mi Dios se oye", y yo le decía: ¡Ay!, por favor, mijita, súbase más o se la lleva.

─Eso fue terrible. Por otra parte, ¿usted alcanzó a ver gitanos por acá?

Ah, sí, de los gitanos sí me acuerdo: Yo les mandé a hacer unas pailas de cobre con otra que ya tenía, pero me hicieron una pailita así ─y usa sus manos y brazos para simularla─ y dos chiquititas, y los demás se lo cogieron. También hacían unas fiestotas y adivinaban la suerte. Ellos eran muy formales y muy vivos, y las gitanas eran muy bonitas; tenían caballos muy bonitos. Y hace años, años, años que vinieron. Ellos llevaban tarros y se bañaban en el río, tenían carpas donde vivían y hablaban en la lengua de ellos.

─Mire que una de las hipótesis que tengo es que la palabra "Pitingo" podría venir de la lengua de ellos.

No, no creo: Eso es de los Torres; pregúntele a misia Chila, ella es bastante lúcida y creo que le puede ayudar.

***

[74] Se refiere al primer piso de su casa que tiene arrendado como bodega.

## 4. Isabel Granja

─Cruzo la ciudad y el jolgorio que hoy la inunda para cumplir la cita que acordé por teléfono. Llego a una de las pocas casas familiares del barrio Bolívar y cuando toco la puerta responde una señora de ojos claros que, antes de presentarnos, me examina y, por lo que creo que me dice su rostro, ve en el mío a mi familia, antiguos vecinos suyos. Me invita a seguir y subimos hasta un segundo piso muy amplio, donde unos niños juegan varios juegos a la vez porque sólo uno nunca basta. Hechos todos los protocolos, ella me hace saber, en su sigilo y con su voz y su acento pastuso, que no tiene mayores impedimentos para lo que pretendo.

***

Mi nombres es Isabel Granja de… no: Sólo Granja porque ya soy viuda ─me dice con una curiosa y breve sonrisa─. Nací el 6 de mayo de 1935, en Pasto. Mi madre se llamaba Rosario Rodríguez y era ama de casa, y mi padre se llamaba Peregrino Granja y era carpintero y también músico: Hacia muebles, como camas, mesas y demás, y también tocaba el bongo en la banda departamental de Nariño; ambos eran de Pasto. Mis papás tuvieron diez hijos: Cinco hombres y cinco mujeres. Y vine a parar acá porque yo era vecina de mi esposo: Nos conocimos en Pasto desde que éramos niños y así nos hicimos amigos y luego fue naciendo nuestra relación. Nos casamos en Pasto y nos vinimos solos ese mismo día y llegamos acá, al barrio Bolívar. Era usual casarse jóvenes: Yo tenía diecisiete años cuando me casé, pero, a veces, también lo hacían casarse antes, aunque, en comparación con estos tiempos, creo que antes la edad de los prometidos variaba más al momento de casarse; aunque ahora no sé si hayan muchos matrimonios. Bueno, llegué a este barrio y le decían El Callejón. Yo llegué a una casa de huéspedes, de familias, y vivía yo con una concuñada y con un cuñado, y, entonces, por ahí ella ya me fue diciendo cómo era la vida aquí, dónde uno compraba las cosas, enseñándome, pues. Recuerdo que había un señor, de donde vivíamos, en frente, que era carpintero; donde vivíamos había uno que era zapatero, y así, por ahí, tienditas de compras, pero negocios grandes no habían. De esos negocios ya casi no queda ninguno, quizás un señor de apellido Vidal que era carpintero y cuidaba una casa, o tal vez ya se murió. En cuanto a mi esposo, él ya había estado aquí a los once años, también estuvo en Bogotá, en Cali y en varias partes de Colombia, y se quedó aquí porque aquí siguió trabajando. Yo llegué en el 52 y el Ferrocarril todavía funcionaba. Luego, cuando ya yo tenía dos o tres niños, viajábamos de paseo a Piendamó y a Cali en el tren; era muy rico y era bien bonito: Ese parque[75] que está allí era distinto, ahí en el centro estaba la Virgen del Carmen[76] y luego ya estaba la gradita para entrar a La Estación y era bastante concurrida: A veces los muchachos se iban hasta Yambitará para venirse montados en el tren, y muchos muchachos más, como ellos, también iban a La Estación para recoger maletas, para vender cositas y así hacer su platica; y aunque fue algo muy importante para el barrio Bolívar y la ciudad, no recuerdo hasta qué año funcionó el Ferrocarril.

[75] Se refiere al parque Carlos Albán.

[76] Esta referencia espacial podría ser errada, pues, otras personas sostienen que la imagen de la Virgen estaba dentro de La Estación y no la he visto en ninguna de las fotografías que he compilado sobre esa parte exterior del barrio.

¿Qué más le puedo decir? Pues que este barrio era muy sano: Casi todo eran casas de familia, no habían negocios grandes, sólo pequeños y en las mismas casas, desde el Puente del Humilladero, pa'cá, hasta donde hoy es el Hospital San José. Las casas eran sencillas y cuando yo llegué ya no habían como esas de la fotografía[77] que me muestra, pero creo que sí habían unas parecidas en otros barrios.

La galería no estaba acá sino en el Centro, y la gente se salía a vender, así como se salen hoy en esta galería, y llegaban hasta San Agustín y casi hasta el parque Caldas, y allí, donde hoy está la galería de este barrio, antes eran potreros, en su mayoría. Cuando pusieron la galería acá estaba bien al inicio, pero cuando llegó la gente del campo, como no cabían, se quedaban afuera a vender, y como los de adentro veían que la gente de afuera vendía más, pues, también se salían; ahora la galería por dentro está llena de restaurantes, mesa larga, como le dicen, pero antes era una que otra persona que vendía comida. Luego ya hicieron ese planchón para cargar y descargar los camiones de papas y demás, pero eso se lo cogieron los ecuatorianos, hicieron casetas, aunque no sé si con permiso. Esa falta de orden de antes aún genera desorden, como se ve en esa calle[78] que está tapada completamente. Todos los gobiernos han prometido que quitan esa galería, que abren esa calle y también la Avenida de los Estudiantes, pero, vea usted. He oído también que van a construir ahí mismo una nueva galería de dos pisos y otras cosas, pero pasan los alcaldes y nada. Y, pues, eso de tanto pensar, uno ya no cree en nada de eso. Hace años pasó algo parecido con el ferrocarril: No sé por qué lo quitaron ni quién lo ordenó, pero le hicieron un mal a Popayán, porque eso era bueno, venía bastante gente y facilitaba los viajes y los hacía más baratos y todo; aunque aquí todos rechazaron eso. Y La Estación tuvieron que dinamitarla; después la gente se llevaba los rieles, los palos, todo lo que quedaba. Después, con el terremoto de 1983 no hubo muchos daños aquí como en el Centro, pero los que se hicieron los afectados fueron los de El Planchón, los de las toldas y todo eso de por ahí en frente.

Yo sé esas cosas que le digo porque nosotros vivimos en todas estas casas de por aquí[79]: Salíamos al río, el río era limpio, hacíamos paseos, íbamos más arriba, los muchachos se bañaban y hacían pozos para nadar y brincaban desde el puente[80], y también pescaban guabinos, la gente también salía a jabonar, uno salía también de la casa a almorzar, a caminar cerca del río que era bonito; eso fue más o menos en la década de los 70 y parte de los 80. Empezaron a ensuciar el río cuando hicieron ese reformatorio[81] y el Hospital San José. Y no me acuerdo bien en qué años, pero allí donde está ese lote, donde trabajaba su abuelo[82], antes todo eso era potrero

[77] Se refiere a una de las fotografías que le compré al señor Luis H. Ledezma, donde se ven varias casas con techos de paja.
[78] Hoy, esa calle referida es la calle octava norte entre las carreras quinta y sexta, y tiene, aproximadamente, más de 9 metros de ancho por 82 metros de largo, según mis mediciones a través de *Google Earth*.
[79] Se refiere a las casas más cercanas al río Molino.
[80] Al parecer se trata del puente de la calle séptima norte.
[81] Parece que ese reformatorio quedaba donde hoy es Emcaservicios, sobre la calle veintidós norte, al lado de la carrera cuarta A, muy cerca del estadio Ciro López.
[82] Se refiere a un espacio amplio que hoy iniciaría en la esquina de la calle novena norte con carrera quinta y tendría lados de, aproximadamente, más de 32 metros y 16 metros: Estas mediciones las hice a través de *Google Earth*.

hasta el río y habían vacas, caballos y demás ganado, y allí no habían las edificaciones que ahora hay acá, y por eso allí, a ese espacio[83], llegaban los gitanos y acampaban; las gitanas leían la mano, eran muy lindas, y ellos tenían lindos caballos, y también tenían mala fama, como de ladrones.

También recuerdo que el barrio Bolívar tenía muchas palmas, hasta el hospital, pero ya casi no quedan, sólo la largota que está en el parque[84]. En la noche la gente salía a la calle a conversar, los muchachos salían a jugar con todos, no había maldad. Para salir uno debía pasar por allí[85], y antes las cantinas eran más o menos lo mismo: Entraban los maridos, los jóvenes a emborracharse, a bailar, pero era más tranquilo, no había tantas cantinas; las cosas se empezaron a dañar cuando pusieron en la esquina esa fuente de soda[86], creo que así está registrada, pero es una cantina, un bailadero, porque se incrementaron las peleas y los robos, porque vienen esos malosos a atracar a la gente buena y sana y también a la gente borracha. Y la música que sonaba en esa época eran los boleros, los tangos, los pasodobles, la salsa, en un aire a veces bohemio, no como esos traqueteos que oyen mis nietos ahora.

En esa época las fiestas se hacían en La Estación, era animado eso de los Negros y los Blancos, pero uno acostumbrado a los de Pasto; me gustan más los de Pasto, aunque han cambiado mucho, hay mucho irrespeto. También arriba de La Estación, cerca de lo que hoy es el barrio Belalcázar, había un bailadero. Los fines de semana nos íbamos a La Cabaña, por donde hoy es el batallón: Allá paseábamos y toda la gente iba para allá a pasar el día a preparar sus comidas, sus fritos y demás; también íbamos a Cauca, a las orillas del río Cauca, cerca del Puente de Cauca. A eso íbamos, a pasear; a bares, no, a bares iba mi esposo, uno no salía a esos lugares. A misas sí íbamos y a las fiestas donde nos invitaban con tarjeta.

Ahora todo ha cambiado: Los barrios, las edificaciones; antes Popayán sólo llegaba hasta La Esmeralda, hasta donde está la Virgen del Perpetuo Socorro, porque uno hacía los paseos hasta allí y eso parecía lejísimos, y para acá eso llegaba hasta Los Hoyos, allí íbamos a comer frito.

—Leí, en un capítulo de un libro sobre Popayán, que la gente del barrio Bolívar tenía fama de ser peleona con personas de otros barrios, además de poner muchos apodos, ¿qué me puede contar sobre eso?

No, conmigo nunca fueron así. Pues, yo casi no tenía amistades porque mi esposo era muy fregado, era celoso y no lo dejaba a uno ni salir a la puerta; él sí tenía algunos amigos, pero era más bien reservado, así que con los vecinos era de "adiós, adiós", de saludo, nada más. Aquí sí que tenían apodos… pero ya no me acuerdo. Uno se olvida. Recuerdo a algunas vecinas: A las Fernández, que tenían una casita acá arriba, y a las Velasco, que vivieron por aquí cerca. Había

[83] Se refiere a las edificaciones contiguas a la carrera quinta o Avenida de los Estudiantes y a los espacios cercanos a las márgenes del río.
[84] Se refiere al parque Carlos Albán.
[85] Se refiere a la carrera sexta con calle novena norte.
[86] La esquina referida es de la misma dirección antes mencionada.

una señora viejita cuyo nombre no recuerdo, pero que cuando era joven, y era bien chusca y vendía papas, tuvo un hijo o dos hijos con el maestro Valencia; el señor Valencia como que fue bastante pícaro. También recuerdo a doña Flora que era alta, buena moza y vendía leche, y por aquí todas le comprábamos la leche: Ella tuvo dos hijas cañengas[87]; ellas como que querían casarse con ricachones y muy estudiados, y, como en la casa de ellas creo que daban alimentación, y, como los hombres venían a prestar el servicio militar por acá, a veces también encontraban mujer: Me parece que una de sus hijas, otra aparte de esas dos, sí se casó con uno de esos militares. Tampoco sé por qué les decían Pitingos a los del barrio Bolívar… creo que era a los que sacaban chiquito. Cuando yo vivía allá arriba[88] había una señora que se llamaba Esther y que sacaba aguardiente chiquito, y casi todas las vecinas de por aquí sacaban aguardiente chiquito. Todas estas casas se comunicaban por los huertos y, cuando ya empezaban a perseguirlos los guardas, las personas desde las casas gritaban ¡tiiieeeeeempooo!, y así podían esconder, botar o regar el aguardiente y esas cosas con las que lo hacían. Yo no aprendí a destilar, pero yo veía eso ahí en donde doña Esther, que era amiga, y era con anís, con una paila, con una manguera, con una botella y eso iba escurriendo ahí, y tendría por otro lado la panela y no sé qué más cosas tendría. Y como que era más rico que el de las rentas. Luego nos fuimos a vivir en una casa al lado de allí de donde doña Esther, y de por ahí también recuerdo a otras dos señoras, viejitas, muy amables, muy buenas personas: Ellas también sacaban chiquito, y también las recuerdo bien porque cocinaban y le servían a uno y le decían: "Venga a tomarse este sancochito, este arrocito, este pedacito de carne", personas muy caritativas, convidaban porque sí, porque así era su forma de ser; y eso era muy común encontrarse gente así, aquí, en el barrio Bolívar, gente muy atenta con los vecinos, con los comensales, con los invitados. En cuanto a los que cogían sacando chiquito, y que vendían harto por lo que recuerdo, les quitaban las cosas. Y en cuanto a la comida que yo preparaba no era muy distinta a la de acá y eso que solíamos estar en la cocina entre pastusos, salvo por las tortillas para la sopa, la carantanta, las arepas, los envueltos y otras cosas que ya no recuerdo.

Volviendo a lo que le decía al inicio: Con mi esposo también tuvimos diez hijos: Cinco mujeres y cinco hombres: Una murió cuando era niña, las demás aún viven, y una trabaja en Servientrega y las demás son amas de casa aquí, en Popayán, y una en Pasto; y mis hijos aprendieron el oficio del papá: Mi esposo era mecánico-electricista y trabajó toda la vida hasta los setenta y cinco, y luego se retiró. Y hace cuatro años quedé viuda. Y ahora, como en los últimos años, veo que ya no hay gente de la de antes, sólo una vecina en esta cuadra que difícilmente veo, pero ya no hay comunidad. Se fueron, vendieron, hicieron otra clase de vida. Yo sí no quiero salir de aquí. Todos me dicen que salga, que venda esto, que me vaya a otra parte, pero los recuerdos, la costumbre y ya para lo que le falta a uno para vivir.

[87] Debe ignorarse el significado dado por la RAE y entender esta palabra en el habla payanesa: "cañenga, s" o "cañengo, s" son palabras usadas para referirse a la persona o personas, tanto de sexo femenino como masculino, que son solteros y ya entrados en años.
[88] Se refiere al norte geográfico, mucho más cerca de la calle décima norte o en esa misma calle.

En cuanto a mi esposo, él se había volado desde Pasto con la talega de los útiles de la escuela y llegó a pie hasta Buesaco y de ahí, ya poniendo la mano, lo trajeron. Tenía once años. De ahí voltió, voltió y llegó a Calarcá, estuvo durmiendo en la calle, en la galería, tampoco le gustó y volvió a arrancar, y luego se le acabaron los zapatos; llegó hasta Cali y Cali tampoco le gustó, entonces se fue a Bogotá, y en Bogotá estuvo lavando carros y no le gustó Bogotá; se devolvió a Cali y en Cali ya aprendió el oficio hasta los veinte o veinticinco años y de ahí se vino para acá. Él les escribía a los papás y ellos le decían que se devolviera, que no fregara en la calle, que no pasara hambre. Mire que él en la casa era rebelde y no comía yuca y cuando se fue de la casa tenía suerte si llegaba a comer yuca; también se paraba en los hoteles, pendiente de cualquiera que dejara un sobradito. Él era muy terco; yo creo que quería volver a Pasto, pero con su buen trabajo, su buena plata y todo. Aunque esos arranques como los de él no eran tan raros y habían bastantes muchachos que se volaban. Ahora la juventud es distinta: La mayoría de los papaces mal que bien tienen algo de plata por sus trabajos, mientras que, en la juventud de ellos, eran pobres y por eso salían buscar la plata, el rebusque por el buen camino; mientras que los muchachos de ahora a veces salen, pero por el camino malo y más fácil. Como le decía, él aprendió a trabajar muy bien y era el único mecánico-electricista aquí en Popayán, eso era como para que estuviéramos millonarios: Pero la mala vida, el trago, las mujeres, los amigotes, la plata mal administrada; a duras penas hicimos esta casa, y él que no que no y que no, pero la hicimos.

─Me asombra casi todo lo que me ha contado, doña Chava, especialmente la vida suya y la de su esposo, sobre todo porque en mi casa, en el caso de mis abuelos, ha sido un tanto al contrario.

Claro, doña Cira era fregada. Su abuelo fue muy trabajador, eso era de sol a sol. Él antes venía por acá, los viernes, y cuando yo a veces estaba en la puerta nos poníamos a conversar, a acordarnos de todo con don Moisés, y también él pasaba a saludar a los vecinos, a los amigos.

─Sí, él se nos volaba hasta acá, pero ya no puede hacer eso porque casi no oye y ve muy poco. Un día de estos se lo traigo para que hablemos.

No ve que mis hijas eran amigas de las hijas de su abuelo Moisés. Sí, como le he estado diciendo, esto está muy feo, y uno ya viejo: Si yo pudiera quitaría la galería, aunque, por otra parte, no me conviene porque yo tengo arrendado esto ─y con su boca señala el local del primer piso─. Dicen que toda la galería, la escuela y lo demás, lo va a comprar una empresa grande de Cali y va a hacer algo. Y claro, claro, tráigalo.

***

─Nunca le pude llevar a mi abuelo, pero ahora ya puedo entender esa sutil sonrisa que al inicio de nuestro encuentro trajo su viudez y lo justificada que fue.

## 5. Aura María López de Chávez

─Mi rutina me hace recorrer algunas partes de la ciudad con suma frecuencia. Ahora sé que las formas en que lo hice, lo hago y lo sigo haciendo alteran, individualmente y en conjunto, mis experiencias de vivir el paisaje y sus detalles; mas no por eso dejo de asombrarme cuando negocios, personas y casas enteras se aparecen ante mí, aunque mi rutina difícilmente cambie, y me siento como cuando, desde el lugar de siempre y desde la constante mutable que soy, descubro nuevas estrellas en el cielo, que ya son muchísimo más viejas que todos nosotros y que lo seguirán siendo hasta sus muertes, aunque nos sigan pareciendo eternas. Algo así me ocurrió esta vez: En los recuerdos que a mi familia suelen traer las fechas especiales aún persisten los nombres de los buenos amigos y los vecinos con quienes compartieron la felicidad ─que es uno de los milagros que hace posible la vida─ y la vida; por ello el nombre de Aura María López, mejor conocida como La Mona, no podía faltar. Así que empecé a conocerla, sintiendo que desde antes ya había empezado a hacerlo aun sin verla.

***

Soy Aura María López de Chávez y nací en Popayán, el 19 de abril de 1945. Mi papá era un pintor y mi mamá era ama de casa, de allá de la costa pacífica, de López de Micay. El papá de ella murió cuando ella era muy niña y por eso no pudo estudiar, pero, ¿sabe cómo estudió, mijo? Como su mamá nunca pudo matricularla, porque se enfermó muy grave, ella iba a la escuela y desde afuera oía las clases, y así se quedó, como no tenía a nadie más, pero ella leía y escribía divinamente, y nos enseñaba muchas cosas: Eso siempre me llamó mucho la atención y lo recuerdo con mucho cariño, pues, aunque nunca pudo estudiar sí que aprendió; y eso me ha servido a mí para decirles a mis hijos que el mejor regalo que como padres podemos dar es el estudio: Prepararse para la vida, pa' defenderse de la vida. Mis abuelos eran también de López de Micay y se llamaban Marcos Salazar y María Burbano, y como antes era común que le escogieron el esposo, entonces, mi abuela no quería casarse con otro señor que no era mi abuelo, porque ella estaba muy niña y ese señor ya era muy mayor, entonces, él de bravo, cuando a mi abuelo lo picó una culebra en el mar, porque él era pescador, no quiso tratarlo y se invadió de veneno, porque el señor que le digo era el único que sabía curar eso de las picaduras de culebra. Cuando murió mi abuelo, mi abuela se entregó mucho a la pena y se quedó así: Se le olvidó todo y nunca más volvió a recuperar la noción del tiempo, de la pena se le fue el mundo para siempre y no pudo seguir criando los hijos y fue mi mamá quien debió criar a sus hermanitos porque era la más grandecita. Mi papá pintaba casas, iglesias y demás, y él era de por allá de la frontera con Ecuador, de Túquerres, Nariño. Él hacía muchos murales en el campo, y pintaba en telas, en cartones, en las iglesias también trabajaba mucho: Le gustaba muchísimo pintar fino, era un pincel fino; y me imagino que aprendió por allá donde nació. Ellos se conocieron porque él era policía y estaba en la Marina, o algo así, y le tocaba estar pendiente de los contrabandistas, entonces, estuvo en Buenaventura y allí la conoció y se casaron al tiempo, siendo ella muy joven. Nosotros nunca vivimos allá, porque poco después se vinieron para acá, a Popayán: Él se retiró de eso de la Policía y se vino a pintar y le iba muy bien, pero no supo, como dicen, aprovechar,

porque le gustaba mucho tomar aguardiente. Mi mamá pescaba para poder vender caracoles y todo eso que saca uno en el mar, pero pequeño, porque ella era pequeña, y pescaba en un potrillo y muy cerca de las orillas, y una vez iban, ella y un hermanito suyo, en el potrillo, y él se le ahogó y nunca lo encontró y le cogió más miedo al mar. Después consiguió un trabajo en Buenaventura y, como sus hermanos ya estaban grandes, se vino a Popayán y nunca volvió, porque no había plata, como mi papá no la administró bien, y por la dura vida que ella vivió allá, mijo. Y, cuando mis papás se vinieron para acá, llegaron a vivir a La Pamba y también vivieron por San Agustín y cerca de donde era la Policía antigua[89], en el Centro, como por el Monasterio: Otro hermano y yo nacimos en una casa-tienda del Cadillal Alto y dos hermanos más nacieron en La Pamba. Y después, cuando crecí y medio estudié, y ya estaba trabajando, conocí a Alfonso; él sí era de aquí, del barrio Bolívar, de los famosos Pitingos. Ah, y mi mamá tuvo seis hijos y viven tres: Dos mujeres y un hombre. Nunca le gustaron los hospitales, así que nos tuvo a todos con parteras; no sé por qué no le gustaban, mijo, para mí un parto en la casa es horrible, es brutal y se lo digo porque yo lo viví. Hay personas muy guapas que prefieren tener a sus hijos en la casa, pero yo sí los tuve en el hospital, salvo el mayor que sí lo tuve en la casa: Fueron ocho días de sufrimiento, porque no me dejaban comer ni tomar agua y en el embarazo da mucha sed, y sólo una vecina, como esto era un inquilinato[90], me pasaba agua a escondidas a las cinco de la mañana, para que nadie viera, pero, ¡imagínese usted ocho días en esas! Claro, cuando la partera daba la orden me daban un caldo, pero con esos dolores que tenía tampoco era que tuviera mucha hambre. Y con el paso de los años tuve siete hijos: Seis hombres y una mujer; se me murió un hombrecito, recién nacido, sólo duró unas horas: Nació a las dos de la tarde y murió a las cinco de la mañana, pero lo alcancé a bautizar en el mismo hospital y en el bautizo le puse el nombre de Jesús Chávez, pero, en la lápida, quedó como Jesús Antonio Chávez, pues, una hermana soñó que así se iba a llamar el bebé, y una enfermera fue la madrina, y alcancé a bautizarlo en el hospital porque, en esa época, había párroco fijo en la capilla del hospital: Tenía su piecita bien arreglada y vivía ahí el sacerdote, quizás porque el hospital era manejado por monjas vicentinas, y cosa que un bautizo, que un enfermo, cualquier cosa, pues, uno podía correr donde el padrecito, no como ahora, mijo: Ahora debo llamar al seminario, porque se me fue el padre Menenciano de La María, y hay uno en Yanaconas, pero es algo reacio a trabajar con nosotras[91], pues, va a hacer sus cosas y ya, no como los otros que podíamos sacarlos a cualquier hora; lo que pasa es que, con los que hemos trabajado, son vicentinos, y ellos son muy humildes y no se ponen a ver el día, la hora, ni nada. Me decían los médicos que le dieron cinco infartos al bebé: Lo que pasa es que yo tuve una caída horrible con él, cuando estaba en embarazo: Me subí a una silla a apagar un bombillo, en esa época habían era unas tiritas que uno jalaba para apagarlas y no esos interruptores, y cuando me bajé, pues, me enredé con la silla; él nació como muy golpeado, como raspado, increíble, como si se hubiera caído afuera de mí, mijo.

---

[89] Si mal no estoy, eso quedaba en donde fue la Casa de la Moneda, o en sus cercanías: Hoy sería, más o menos, la calle cuarta entre carreras once y décima.

[90] El inquilinato era la casa materna de su esposo: Eso es lo mismo que las casas de familias mencionadas por doña Isabel Granja.

[91] La Mona trabaja, junto con otras personas, ayudando a la gente del Hospital San José y de otras partes.

Ah, y mi mamá acá ya se dedicó a lavar ropa: Lavaba mucha ropa, por talegos, y con eso ella nos ayudó muchísimo, hasta que estuvimos grandes. Mi papá llegó derechito a eso de pintar: Y con la plata que ganó él sí se dio buena vida, eso alquilaba caballos, se emborrachaba, en fin, y de eso sí me acuerdo porque nosotros lo veíamos cuando mi mamá nos llevaba a trabajar, no ve que no le gustaba dejarnos solos, y cuando salíamos de la escuela nos íbamos a donde ella estuviera, y, una de esas veces, llegó él en un caballo muy bonito y con una señora atrás; esas cosas nunca se olvidan: Imagínese, alma bendita, que el Señor lo tenga en su gloria, él sí se daba una buena vida y mi mamá sí trabajaba mucho y nos enseñó eso a nosotros, eso fue lo bueno ─y, para mi sorpresa, me dice todo eso y oigo su voz sin odio─. Ahora ya no me acuerdo hace cuánto se murió, pero se enfermó horrible, porque le dio derrame y no hablaba… ah, y él era músico, ahora que me acuerdo: Tocaba todo lo que es percusión, y dos hijos míos tocan instrumentos. Como le decía, él apareció así, enfermo y tirado en un llano. Yo creo que le dio eso de tanto tomar; pero cuando estaba consciente era una persona muy honrada, muy buena, muy trabajadora, aunque cuando él tomaba se iba y sólo lo veíamos ya cuando llegaba. Mi mamá nunca lo sacó de la casa: Mi mamá compró una casita con mucho trabajo y lo tuvo allí, y cuando más se enfermó más lo recogió y lo cuidó. Nos decía que eso uno tenía que hacerlo, porque era mi papá y mi mamá era muy noble. Cuando estuvo enfermo ahí sí se esfumaron todos los amigos de farra, también tenía un hijo en otra mujer, pero él no venía mucho.

─¿En dónde compró la casa su mamá?

Ella iba a comprar la casa pequeña, la casa-tienda, pero una comadre dio más plata y ni modo, entonces, compró un lotecito en El Cadillal Bajo y allí hizo una casita, cerca del río Molino.

Bueno. Como le venía diciendo: Me casé en Belén con Alfonso Chávez y vine a ser parte de la familia Pitinga ─me dice entre risas─. Sí, me casé con una persona que no tenía ánimos para irse de aquí. Con mi suegra y su familia viví riquísimo: Ella fue muy buena gente y yo la supe entender y ella a mí; yo colaboraba mucho, porque me gusta ser acomedida, y me la gané en minutos, y la pasábamos muy rico. Y aquí sigo, en esta misma casa, mientras me voy; llevo más de cincuenta años y quedé viuda hace más de siete años. Mi esposo trabajó con el Municipio, en el almacén municipal, y antes trabajó de portero en el Liceo Nacional, y antes de eso en la Policía, porque él fue policía, y luego, como dije, trabajó en la alcaldía y se pensionó. A él lo conocí en un bautizo de una pariente de él y yo tenía dieciséis años; duramos como seis meses de novios y luego nos casamos. Muy poquito, un poco loca, ¿no? Pero, por mis hijos no me arrepiento, porque, gracias a Dios, el Señor ha sido grande conmigo, y tuve unos hijos muy buenos conmigo, pues, sí, no deja de haber una que otra, porque usted sabe cómo son los muchachos, pero son muy buenos conmigo: Con ellos la vida sí me ha sabido recompensar… sólo una vez he tenido el pensamiento de irme, porque me decía: Esto ya no lo aguanto, pero, gracias a Dios, el Señor me iluminó muy bien y aquí estoy y aquí me quedó ─y se ríe y yo me río de su risa─. De acá lo que más me llamaba a mí la atención era diciembre: En diciembre la gente era como toda amable, las vecinas se repartían platicos de nochebuena y yo también, pues, comencé a hacer mi pailada de dulce para repartir, y eso llegaban muchos platos de nochebuena.

Yo aprendí a hacer todo eso, y a cocinar bien, fue con mi suegra: También aprendí a hacer, tamales, empanadas, rellena, ternero y todas esas comidas típicas; antes no, porque yo trabajaba en un almacén. Todo eso me sirvió mucho.

─¿Cómo se llamaban su suegra y su suegro? ¿Qué hacían?

Mi suegro se llamaba Juan Bautista Chávez y era albañil y también músico, como la mayoría de los Chávez. Él tenía una finca grandísima en Yanaconas, pero, como ya estaba viejo, iba muy poco a sembrar y a cosechar café, aunque yo sí alcancé a cosechar allá algo de café. Esa finca la cogió el hijo mayor de él. Y, pues, no hubo mucho problema con eso, porque a mí nunca me ha gustado pelear y menos por cosas materiales como la tierra, entonces, como él se quedó con la finca, yo les compré las partes de esta casa a los demás hijos de mi suegra: A Josefina, la enferma, le di como un apartamentico que estaba al lado de esta casa; a Alicia, la que no era enferma, le pagué; a Hugo también le pagué; y a mi marido, pues, no, pero casi que me toca. Y qué más le digo: Que Hugo, como sí estudió, trabajaba en el Banco de Colombia; Juan, el que se quedó con la finca, trabajaba en los Ferrocarriles Nacionales; Alicia trabajaba como aseadora en la Gobernación del Cauca; y Josefina, no, pues, no podía porque era enferma. Pepa, como también le decíamos a la enferma, se casó y me tocó lidiar horrible con el marido, que fue un muchacho que me vinieron a dejar acá, y se llamaba Rosalino: Imagínese que como ocho hijos crie. A Rosalino nos lo llevaron porque se quedó sin papás y no tenía a nadie más ni qué comer, y cuando ya se hizo grande se agarró a vivir con Pepa, se agarraron a vivir, y como todavía vivía don Juan, mi suegro, pues, él la dejó y yo tampoco me podía meter en eso; tiempo después, Pepa tuvo un hijo: Le pusimos Luis, pero era hijo de otro señor, porque a Pepa una vez la llevaron de fiesta a una finca y por allá se embolató… y bueno, tuvo su hijito, pero me tocó a mí criarlo porque ella lo regaló dos veces, ¡y yo cómo lo iba a dejar regalar! En esa época él ya tenía como dos añitos. Él es muy buena persona, me quiere muchísimo y me respeta, nunca me contestó y me reconoce a mí como la mamá. A mí me tocaba comprarle los útiles y lo puse a estudiar junto con mis hijos en la Garrido y en el Ulloa, y la van muy bien, parecen hermanos, y lo son, y en esa época mi hijo Fernando me colaboró muchísimo y aún lo sigue haciendo. El nombre completo de Luis es: José Luis Chávez, y es profesor, pero ahora vive en Silvia, y acá en Popayán tuvo una familia, pero la primera mujer lo dejó por otro, y allá en Silvia se casó otra vez y en total tiene cuatro hijos. Nos la llevamos muy bien todos: A veces viene y nosotros a veces vamos y así con todos; cuando voy me molestan mucho y me dicen que he ido a visitarlos para poder ver al viejito de la finca de al lado y ver qué me deja, y yo les hago al son, eso molestamos mucho y la pasamos delicioso. Y mi suegra era ama de casa y se llamaba Josefina Espinosa: Ella era todera, recuerdo que vendía carbón y que lo traían en esas tractomulas y, después de su muerte, seguíamos vendiendo una carga grande que le habían traído; recuerdo que yo vendía el carbón y yo guardaba la plata y una vez la hija de ella, la que no era enferma, le dijo: "¡Ay, mamá!, usted por qué le tiene tanto cariño a su ojiblanca, así me decía mi suegra de cariño, ¿qué tal que su ojiblanca le esté robando la plata?" ─repite con sorna La Mona, haciendo énfasis en su apodo─, y yo oyendo. Mi hermana me dice que por qué es que yo no guardo rencor, pero, ¡para

qué! Yo ya perdoné: Es más bonito vivir sin odio, sin rencor y más feliz estoy así ─me dice con los ojos aguados─. A las hijitas de ella yo las quiero mucho y mi hijo Fernando las apoya y yo soy feliz que él les lleve cuando hacemos algo. Y también recuerdo que, cuando vivíamos en el Centro, conocimos a un señor de apellido Muñoz que nos quería muchísimo, y ellos tenían como un hotel por la Calle de El Cacho, y el señor se llamaba Carlos Muñoz, y años después supe que él era el papá de mi suegra porque ella misma me contó, y aunque no tenía su apellido, la reconocía y le regaló ese terreno en Yanaconas que le mencioné y al final mi suegra lo puso a nombre de su esposo, y ahora que están en pleitos las hijas de Juan, mi cuñado, decían que ese terreno era de la mujer de Juan, ella se llamaba Concha Cumal, pero ella era muy pobre como para tener ese terreno, pero eso dicen la hijas de Concha para que no le den ese terreno a los hijos de Juan. ¡¿Cómo la ve, mijo?! A mí me preguntaron y yo les dije lo que le acabo de decir, y se quedaron aterrados; yo sé muchas cosas, pero yo no puedo hablar ni irme a meter a esa pelea, yo lo dije acá y, si me vienen a preguntar, lo repito, pero nada más. Entonces, cuando murió mi suegro, pues, ya me tocó a mí mandar y ojalá no lo haya hecho mal, mijo. La vida en esa época era dura: Si yo no me hubiera metido en las cosas de Dios el odio que tendría sería brutal. Ya con el paso del tiempo me fui convirtiendo como en el centro de la familia: Todos me extrañan, tengo que ir a todas partes y se nota mucho cuando no voy, yo también era todera, como mi suegra, yo lavaba ropa, hacía aseo en las casas, vendía rellena, vendía tamales y a todo el mundo le gusta mi comida, y es muy limpia y bien preparada.

─¿Y usted no aprendió a hacer aguardiente chiquito?

No, porque mi suegra se encerraba a hacer eso, y ella sí sabía porque lo había hecho toda la vida: Lo hacían con esas ollas de barro, con esos palitos de cañita, de guadua delgada, con eso lo filtraban a través de un túnel que atravesaba toda la casa, y claro, hacían eso por allá, a escondidas, donde nadie viera. Y la mistela también la hacían: Eso era un licor dulce con colorantes rojos, o amarillos, o verdes y, creo yo, alguna esencia; eso era delicioso, como un coctel. Nunca le pregunté a ella quién le enseñó, es que así soy yo, casi no me gusta preguntar, pero me encanta que me cuenten… claro que, cuando hablábamos de eso, ella lloraba, porque a ella sí la pillaron una vez y le tocó irse pa' la cárcel como un año, y tenía un niño chiquito, un bebé, a Hugo, entonces, se la llevaron porque la misma cuñada la delató, como a mi suegra nunca la cogían con eso, le tenía envidia y por eso le aviso a la tenencia. Creo que se destilaba en otras partes, pero la destilación fina y elegante era aquí, en este barrio, y era muy rico y uno no se enfermaba, y se lo digo porque yo sí alcancé a tomar bastantico.

─¿Ese aguardiente era mejor que el de las rentas?

Pues, era riquísimo el aguardiente chiquito y también la mistela, pero no desmerito el de las rentas, pues, también es muy bueno. A ese no podía ponérsele el nombre de chirrincho, porque ese aguardiente sí era muy fino, muy bien hecho, muy rico: Creo que primero se vuelve como amarillo y luego queda como un cristal. Y lo que ellos hacían aquí, aquí mismo lo vendían, de aquí se lo llevaban. Eso todo el barrio vendía y destilaba bastante, desde las casas del Puente del

Humilladero destilaban hasta antes de llegar a donde hoy es el Hospital San José: Me contaba mi suegra que eso desde allá[92] empezaban a gritar: ¡Tiempo - tiempo - tiempo!, y ha dicho "tiempo" el de allá, el primerito, y se iba pasando y se iba pasando; ahí sí había unidad y así sabían por dónde iban los guardas, y como los de acá tenían sus buenos escondederos, los guardas salían sin tiempo, sin nada ─y nos reímos de ese curioso episodio─. Yo tomé bastante mistela y hace poco probé un coctel delicioso y tenía como un… ─y hace con su cara y su cabeza, mientras la balancea, ese común gesto del *no sé qué*─, pero no llega al nivel de la mistela. Hace unos treinta y cinco años que acá no hacen aguardiente y a mí me tocaba irlo a comprar… ¿puedo decir el nombre? ─dice susurrándome─.

─Sí, claro.

A doña Asunción que vivía allá aaarrrriiiiba, en esa esquina, en la calle décima norte, hacia la carrera quinta, antes de llegar al Hospital San José, y allá yo iba a comprarlo para que mi suegra hiciera la mistela, porque, cuando me casé, ella ya no sacaba aguardiente chiquito, por eso yo iba a donde doña Asunción, que tenía un esposo llamado Sergio, y mientras compraba el aguardiente, que venía en unas botellas verdes, nunca pude ver cómo destilaba doña Asunción.

─¿Y ninguno de sus hijos o familiares aprendió a destilar de la mano de su suegra?

No, aquí sólo hacía ella y Juanita, una ayudante que tenía y que ya murió; mi suegra decía que se le dañaba la preparación si dejaba entrar más gente, y como he sido tan prudente en esas cosas y como así lo criaban a uno: Respetando y guardando distancia de los mayores y de lo que hicieran en el interior de cada casa. Antes eso era así en la casa y eso también lo enseñaban en las escuelas con libros como el *Manual de Urbanidad* de Carreño o el *Catecismo* de Astete, donde se explicaba con detalle cómo sentarse, cómo hablar, cómo comer, cómo comportarse con los sacerdotes, con las monjas en la calle, cómo dar el andén a viejos, señoras, niños y gente de la iglesia: Yo me quedé así y aún hoy les doy el andén a los sacerdotes, así sean jóvenes, y ellos me cogen de la mano y no me dejan, pero siempre lo hago; esas clases de urbanidad son necesarias, son necesarias. Y, como le decía: Mi suegra fue una suegra intachable: Yo quiero mucho a mis nueras y cuando me preguntan por qué, les digo que porque a mí mi suegra me quiso con toda la gana: Tanto así que ella, cuando estaba grave, le pidió al doctor que quería estar con La Monita, y ese día él salió a llamarme, entré y rezamos el rosario, a mí me gustaba rezar con ella, y me dijo que me fuera a la casa a ponerme un saco, como ya eran las seis de la tarde, y que le prendiera tres velas: Una para La Virgen, otra para mi Amo Jesús Sacramentado y, mijo, nunca me he podido acordar para qué era la tercera, y también me tomé algo caliente, porque estaba haciendo frío y no había comido nada desde que había entrado a la pieza de ella. Ese día me dijo un poco de cosas: Que nunca dejara a Pepa sola, la hija que era enferma y peliona porque le había dado un derrame cuando era chiquita, y, en resumidas cuentas, me pidió que me quedara ahí, porque Alfonso era mujeriego y parrandero, y mis cuñadas eran crueles conmigo, sobre todo

[92] Por nuestra ubicación y por lo hablado se refiere al sur geográfico, es decir, desde el Puente del Humilladero.

la que no era boba: Me tocó hacerme cargo de todo en la casa, de todo, porque la hija que no era enferma se fue y la enferma, como le conté, consiguió marido, y me tocó lidiar con ambos y con el hijito.

─¿Y quién era Juanita?

A Juanita la habían traído de un campo, mijo, de un pueblo, era blanca y muy buena moza y de apellido Córdoba. Ella le ayudaba en todo a mi suegra y ya al final estaban muy viejitas y lo que hacían era rezar, hacer oficio, hacer sopita y ya no destilaban, pero sí hacían la mistela y eso también lo hacían encerradas, como le dije. Y Juanita Córdoba tenía un hijo y se llamaba Gerardo Córdoba: Yo lo enterré, mijo. Ella lo tuvo acá, cuando trabajaba con misia Josefina, y las malas lenguas decían que el papá era don Juan, mi suegro, porque ella no tenía marido, mijo. Gerardo trabajaba en el Liceo y, una vez, se entró un toro bravo al Liceo y lo corneó y desde ahí no volvió a ser bueno, lo echaron del trabajo porque quedó mal de la cabeza y él vivía aquí, con nosotros. A la gente le daba miedo, pero a mí no: Me decía La Divina Aura y murió como a los sesenta, y fue por la misma época en que me tocaba ir a cuidar a mi mamá: Eso me tocaba madrugar y cooorra pa'llá, yo dejaba acá las ollas puestas en bajo con el almuerzo y, cuando llegaba mi hija Ruby de la universidad, ella echaba el resto de cosas y lo servía y lavaba los trastes y volvía a estudiar; así durante un año, mijo, con mi mamita linda, hasta que murió de un infarto a los setenta: Ella no tenía arrugas, pero se le puso un brazo como negro ─y se señala parte de la muñeca y del antebrazo─: De pronto fue por el trabajo, porque ella se amanecía planchando y a las cinco de la mañana ya se ponía a lavar. Y Gerardo murió antes que ella: Ese día, que fue un lunes, no me olvido, dejé el café hecho y le dije a Ruby: Mija: Hágame un favor y, después desayunar, déjele pasando el cafecito a Gerardo, porque yo ya tengo que irme a donde mi mamá. Y Gerardo, como cuánto papel había en la calle se lo llevaba, era acumulador de basura, pues, vivía en medio de la basura, en un cuarto. Y viera la que se nos vino encima: Mi hija le decía: "Gerardito, Gerardito, el café", pero antes de eso, el sábado yo lo había bañado bien, porque mi hermana cuidaba a mi mamá los fines de semana, y eso era verraco porque él se atravesaba alambres en el cuerpo como ofrenda, como sacrificio a Dios, entonces, ese día que lo bañé, con ropa y todo porque él era muy pudoroso, tenía mucha sangre, y le quité sólo la camisa y le eché harta agua y lo limpié. El médico me dijo que era locura mística y por eso se atravesaba con alambres la cabeza, el pecho, la barriga, la lengua y así, pero eso fue porque el toro lo cornió. Entonces, Fernando, mi hijo, me regalaba sus camisas y demás ropa en buen estado para dárselas a Gerardo, porque yo le botaba esa ropa sucia y llena de sangre sin que él se diera cuenta, aunque él me decía que no, que él la lavaba, pero, era demasiada y no se justificaba, entonces, ¡qué mentirosa yo, ¿no?! Bueno, le dije que se peinara porque tenía el pelo largo y, como la mamá, tampoco tuvo canas, entonces, me dijo: "Quiero leche con mazamorra", y yo le dije: Ahorita se la mando a comprar, mijo, y en eso llegó Juan, mi cuñado, y le dije: Juan, gásteme una bolsita de leche, que Gerardito quiere tomar, y me dijo: "¡Ay!, yo no traje plata". Pero eso me sirvió: Espere y verá. Entonces, le compré la leche y la mazamorra y se la di calientica. Al otro día, cuando le iba a dar el almuerzo, me dijo: "Cómo le parece que no tengo hambre", y yo: ¿Cómo

así, Gerardito?, ¿será que le duele algo?, y a él no se le podía hablar de médico, odiaba todo lo relacionado a ellos, tanto que yo tenía que disolverle las pastillas para las infecciones en la comida. Y me mostró donde se metía esos alambres y tenía muy hinchado eso, y yo le dije que no se atravesara más, porque eso no lo quiere Dios, entonces me dijo: "Tome esta oración, tiene que rezar mucho", y yo le dije que sí y me pasó unos escritos, ¡escribía tan lindo!, y él sabía porque estudió con mi marido y con todos ellos. Y él había copiado un rosario de la misericordia o se inventaba las oraciones y también las repartía en la calle, en las iglesias, a donde le gustaba mucho ir, pero desde la entradita. Y ese día se fue a caminar para calentarse un poco, él caminaba divinamente. Entonces, el lunes, cuando me fui para donde mi mamá, él murió en la tarde, y a mí no me querían avisar, estaban asustadísimos, y eso llegó la Policía, ¡ay, y luego llegó Juan, mi cuñado, a regañar a Ruby, y Ruby no se dejó y él en vez de apaciguar las cosas!, es que me tocó duro con la familia de Alfonso, y decía él: "¡Ah!, ¡qué tal la forma en que tenían a Gerardo!", y esto es lo que le dije hace rato que se nos vino encima: Como Luis, el hijo de Pepa que adopté, pues, ya estaba grande y tenía dos puercos en una pieza, y como Gerardo no se quiso cambiar del nido, así le decíamos a la pieza de él, por más que le insistí y le insistí, entonces, estuvimos tan de malas que cuando pasó todo eso los puercos comenzaron a chillar y la jueza vio ese basurero de Gerardo y esos cerdos y le pareció el colmo, pero esos puercos estaban donde vivió Pepa, la enferma, en una cocina. Bueno, antes de eso Ruby llamó a Rosalino y le dijo que se le iba a hacer tarde para irse a la universidad porque Gerardito no le quería recibir el café. Y Rosalino se asomó y dijo: "Nooo, ese parece que está muerto: Le tiré una piedrita y no se movió. Ya no vamos a tener que tumbar la puerta". Y sí: Estaba muerto, mijo. No le hicieron autopsia, como que confiaron en nosotros. Y, después, Juan volvió a regañar a Ruby, y Ruby le dijo: "¡Y qué tal usted que no le quiso dar a mi mamá el sábado para la leche de Gerardo, sabiendo que es hermano suyo!", y Juan le dio las quejas a Alfonso, que esa niña tan grosera, pero Alfonso lo regañó a él, pues, él sabía que Gerardo estaba así, en medio de la basura, porque así era él. ¡Después de que murió botamos veinte bultos de basura, mijo!

Bueno. Le sigo contando sobre las fiestas. Ya le dije lo de las nochebuenas el 24 y el 31, y que apenas aprendí a hacer tamales, a mí me dio por repartirlos, porque venía a media noche el gentío de por aquí a desear la Feliz Navidad y el Feliz Año y uno ya tenía la comida lista, y el 1 de enero ya era más calmado porque la gente descansaba, aunque seguían bailando y bebiendo, pero en sus casas, esperando al 5 y 6 de enero: Le cuento, mijo, que de esta casa salían los Reyes, y los vestidos los tenía don Juan, mi suegro, y también salían San José, la Virgen, y de El Cadillal salían las adivinas, las pitonisas, las que adivinaban las estrellas y guiaron a los Reyes a Belén: Una vez me vistieron como ellas, aunque, por causalidad, porque yo todavía no era de acá, y recuerdo que para ser Reyes se escogían a hombres adultos, pero las acompañantes, como Salomé, la Sibila y demás, eran jóvenes. Nosotras salíamos con don Arcesio Ruiz, quien era el Rey Blanco, de El Cadillal, y de otro lado que no me acuerdo, y de acá, del barrio Bolívar, salían los otros dos Reyes, entonces, una vecina, Ilia se llamaba, se vestía de Salomé y a mí me vistieron de la Sibila y yo decía: Soy la Sibila, a quien el mundo llama, por gentilicio nombre, la Cumana, pero no recuerdo que decía Ilia, y no sé bien si éramos pitonisas y adivinas o sólo una

de las dos o como que eran lo mismo[93], pero yo era pitonisa, y la ropa que usábamos era bonita: Vestidos largos, negros y anchos. Habían otras personas, pero las únicas mujeres éramos las dos. Bueno. Los Reyes salían de aquí, a caballo, como en una procesión, pero sin velas, y atrás un poco de gente, un poco de gente, y llevaban en un caballito a San José, a la Virgen y al Niño Jesús, y todo con chirimía y muchísima pólvora para todas esas festividades: Mi suegro la compraba cerca de La Trece y a veces también en Timbío. Y a veces subían hasta Belén y se hacía esa ceremonia para representar el Nacimiento de Jesús. De ahí ya se bajaban a rematar con el trago y las tamboras y todas esas cosas volaban a la porra y, al final, las esposas teníamos que andar recogiendo los instrumentos. Y eso lo hacían desde hace añísimos, pero se terminó desde que empezaron a echar agua los 5 y 6 de enero, porque a la gente le daba miedo que se dañaran los vestidos, que eran muy lindos, pero fueron a parar, desafortunadamente, a no sé dónde. Así le cuento, yo creo que el agua acabó con los Reyes, y de eso hace unos… más de treinta y cinco años. Ya después hacíamos eso de los Reyes, pero con los niños, hasta que ya estuvieron jóvenes y no quisieron vestirse; la chirimía sí sigue, por allá en El Cadillal, en Aires de Pubenza. Allá, en El Cadillal, el 6 de enero, también tenían la costumbre de jugar fútbol en la calle y, un 6 de enero, estaban jugando todos los muchachos, y entre ellos mi hermano, David Bolívar López, que jugaba en el equipo del almacén Mil o Ley, no recuerdo bien, aunque trabajaba como albañil por su cuenta, y en el partido de ese día el balón pegó con la puerta de un vecino, y cuando mi hermano fue por el balón y se agachó a recogerlo, el vecino lo pegó dos tiros, porque el vecino no la iba con los jóvenes que estaban jugando con mi hermano, pero sí con mi hermano, no ve que días antes el señor que mató a mi hermano y mi hermano hicieron un contrato para que le acabara la casa que tenía en obra negra. ¡Cómo ve eso! Y la niña del señor, que se llamaba Marcelino Guampe, fue a la Policía a avisar que su papá estaba alistando la pistola pa' matar a alguien porque tenía rabia y estaba peliando con la mamá, pero la Policía no le paró bolas; y el vecino, que nos quería mucho y era muy buen vecino, supo a quién había matado cuando le llevaron el periódico a la cárcel y casi se enloquece, pero salió ligero porque nosotros no le hicimos seguimiento a eso… pues, para qué, con eso no lo íbamos a reponer.

─Horrible esa última parte. Por otro lado también horrible, ¿qué tanto los afectó el terremoto de 1983?

El terremoto del 83 nos afectó bastante, bastante: Tuvimos que hacer varias casas otra vez, porque eran de bahareque y adobe y todo eso, y un lado de la casa se resquebrajó, y, aunque no se derrumbaron, tuvimos que tumbar algunas paredes para volverlas a hacer y uno que otro

[93] Teniendo presente la posibilidad de un olvido, debo decir que, la forma en que yo he vivido esas celebraciones dista un poco por la aparición de esos dos personajes. En su momento, y por un funeral al que había asistido hacía poco, recordé el bellísimo *Requiem* y a la *Sibylla* del *Dies irae*. Parece que, entre todas las sibilas manifestadas en las ciencias y en las artes, La Mona se refiere a la sibila de Cumas, que se caracteriza, en las mitologías griega y romana, por hacer predicciones en verso. Le pregunté a La Mona sobre la otra mujer, pero desconoce a qué Salomé se refiere y no recuerda algún detalle crucial para identificarla: Como si fue o no una discípula de Jesús, entre otras cosas. Los detalles expresados por La Mona y por mí sobre esta figura pueden cotejarse en el diccionario DLE, o, más detalladamente, en estos dos enlaces: https://es.wikipedia.org/wiki/Sibila y https://es.wikipedia.org/wiki/Sibila_de_Cumas.

arreglo; aunque por acá creo que no murió nadie, sí murieron en las iglesias, en la catedral, por acá sólo la gente raspada, ¡aaaaah!, pero al otro día sí se murió una vecina por una réplica: Le dio un ataque al corazón, creo.

─¿Se cayeron casas como estas? ─y le muestro una fotografía que ya mencioné y le compré al señor Ledezma─.

No, chocitas como esas ya no habían cuando llegué, creo que sólo esa casa donde vendían arepas, en la esquina, en frente de la bomba[94]; las demás ya están muy reformadas.

─¿Y qué otras celebraciones tenían?

Pues, en cuanto a las fiestas, volvimos a hacer la fiesta de disfraces del 31 de octubre, después de que unas vecinas dejaran de hacerlas, y cuando digo volvimos me refiero, claro, a mi persona y a un hijo mío: Él ponía la comida y los demás vecinos ponían para una cuota que se usaba para pagar la música y el trago; esas fiestas las hicimos hasta hace poco, porque él se fue, pero eran muy buenas. Y cuando la gente se moría, pues, como no habían salas de velación, se los velaba en las casas de los difuntos y a veces en otras casas si no cabían: Esta casa la prestamos varias veces a los de aquí al ladito para velar al papá y a varios hijos, porque sus casas eran muy pequeñas, y así con otra gente. Rezábamos el rosario, siguiendo a quien mejor supiera hacerlo, dábamos tinto, comida y, desafortunadamente, también dábamos trago: Digo eso porque, ahora que he venido conociendo mejor las cosas de Dios y respetando más, me parece injusto que, mientras uno está sufriendo la pérdida, los otros estén muertos de risa. Eso se ponían a contar cuentos verdes y también se hacían los novenarios en las casas: Nueves días después de que alguien se moría se lo rezaba y había que dar tinto, trago, comida, cigarrillos, y muertos de risa mientras rajaban del muerto: Las mozas, los hijos escondidos, las deudas, lo que había dejado y a veces peleas: Todo eso aparecía con el muerto. Así velábamos a los muertos; en el campo todavía los siguen velando más o menos así, no ve que a mí me llevan a rezar el rosario por allá, como me lo aprendí muy joven, antes de entrar a trabajar al almacén que le dije, y me lo aprendí porque yo cuidaba a una viejita y, para hacerle el colmo, se lo leía y así empecé y me encanta y me parece importantísimo el rosario. Cuando se murió Moisecito[95] a mí me llevaron a rezar el rosario: Ese día me di cuenta que Carramplón rezaba todo raro el Padrenuestro: Él era bajito, pelioncito y decía puros murmullos y sólo repetía la última palabra: “Amén”. Ah, y en el campo tocan mucha guitarra, tocan mucha música y también dan traguito; ahora no dejan hacer eso en las salas de velación. Le sigo contando: Antes se acompañaba al muerto a pie, desde la casa hasta la iglesia, para la vigilia, y luego ya se llevaba al cadáver, cargadito y a pie, no en carro, hasta el Cementerio Central y lo cargaban los hermanos, los primos, los amigos, la familia mientras se turnaban, ya después fue en carro, pero hace muy poco, y también había trago y muchas veces sonaba la música que más le gustaba al ahora difunto.

---

[94] Se refiere a una casa que existió en una de las esquinas de la calle décima norte con carrera sexta.

[95] Si no es claro: Moisesito es el hipocorístico de un tío mío materno, de quien ya escribí en otro capítulo y que murió por un tumor cerebral y, como ya anoté, su muerte afectó bastante a mi familia y de muchas formas.

─¿Y quién o quiénes arreglaban a los muertos y cómo lo hacían?

A los muertos los envolvíamos muy bien en sábanas blancas y usábamos alfileres y ganchos para cubrirlos y sólo les dejábamos visible la cara; también a los enfermos graves o terminales les teníamos mucho cuidado, especialmente, con la ropa interior: No ve, mijo, que, cuando se mueren, se ensucian, se hacen popó. Y así hacían casi en todo lado.

─¿Y no les ponían algo para que no se dañaran sus cuerpos tan rápido?

Que yo sepa: No, mijo; como los velábamos un día y al día siguiente ya los enterrábamos

─Claro. ¿Por qué a las personas de este barrio les dicen Pitingos?

Yo siempre he dicho, y también decían, que Los Pitingos son peliones, belicosos, les decían feo y ya se enojaban, pero no sé por qué nos dicen así: Cuando yo llegué me decían: "Vaya donde la Pitinga" y yo iba y todo el mundo era Pitingo: Uno llegaba al barrio Bolívar y ya se volvía Pitingo.

─¿Y cómo era la política en este barrio?

¡Ayyyyyy, mijo! Imagínese que yo me casé con una persona conservadora, del partido conservador, como se dice: Goda, y yo, pues, soy liberal y nunca me voltié ni me voy a voltiar ahora; él salía a votar por su partido y yo por el mío y siempre me respetó mucho, mucho en ese aspecto, nunca me obligó ni me dijo que votara por los de su partido, a pesar de que él era muy tomatrago, y yo también lo respeté. Pero, ¡ay, Virgen Santísima!, casi la mayoría de en frente eran liberales y acá, salvo yo, eran conservadores: Y eso peliaban estos de acá con esos de allá, venían a pegarle a mi suegro, se daban duro, y yo no sabía qué hacer, porque yo era cogiendo al uno, yo iba a dar por allá, en fin, doña Chepa Balcázar era la más peliona, y doña Moralba, también liberal, sí era muy querida, pero yo no me peliaba con nadie, pues, venían a peliar los míos[96] acá: Eso era increíble, mijo. Mis hijos estaban muy pequeños y ellos no peliaron por política, porque se criaron muy aparte, muy llenos de oficio por ayudarme a mí a trabajar, y cuando ya estuvieron un poquito más grandes sí salían a sus fiesticas, pero casi siempre con otras personas que no siempre eran de este barrio, y mejor por eso de las peleas que le digo. Para que me entienda, eso en esa época se nacía o liberal o conservador, según fuera la familia.

─Eso he oído: Mi abuelo era conservador.

¿En serio? ─me dice sorprendida─ Mire que no sabía; yo creía que él era liberal. Le cuento que él nunca me pelió. Bueno, le sigo contando: De un momento a otro ya salimos siendo amigos y no hubo más pelea. Ay, y de las elecciones recuerdo una vez que el marido de mi cuñada, que era liberal, me decía: "Qui' hubo, Mona: Hoy vamos a ganar, hoy nos va a ir bien", y yo me quedaba callada, para que no me echaran vainas, y así calladita yo sí me iba a votar: Me ponía mi blusa

[96] Si no es claro, con "los míos" se refiere a sus copartidarios, no a sus familiares.

roja y me iba a votar y no me daba miedo, pero dentro de la casa no me gustaba decir que soy liberal, no me gustaba decirlo como para buscar pelea; sobre las elecciones recuerdo que había unos frasquitos con los que uno se untaba de rojo o de azul y a veces la gente por buscarse pelea se hacían gestos ofensivos y mostrando el color que tenían. Y, como le decía, ya cuando los hijos y demás muchachos crecieron, les encantaba hacer los bailes, muchas veces en cada casa, pero, la mayoría de las veces, los vecinos se venían para acá, para esta casa, porque las fiestas eran más buenas, y pedían permiso para entrar a bailar, y allí ya no habían ni liberales ni conservadores, ya se disolvía eso. Menos mal eso de las peleas se ha ido acabando. Aunque le cuento que, cuando yo era chiquita, viví el 9 de abril, eso no se me olvida: Allá en la quinta, donde nacimos, por el Centro, yo tenía cuatro años y vi cómo bajaban volquetas llenas de gente acostada y de esas volquetas escurría como un aguasangre y se oía que se quejaban, entonces, no iban bien muertos, mijo; y yo leí en un libro que enterraron mucha gente herida, o sea, sin morirse, en el Cementerio Central. Eso fue horrible y creo que duró varios días. Nos la pasamos encerrados, aunque yo me volé y vi que sonaban y volaban cosas, como unos brillos, serían los tiros, y como mi mamá tenía la casa-tienda que le dije, nos daba cola y pan ─y, como La Mona dice "pan", su perrito, un *Boston terrier*, sale de la habitación de en frente y se nos acerca a velar, creyendo que comemos─. Hágase acá, hágase acá ─le dice y el perro le hace caso, ella lo carga y entre risas me dice─: "La otra vez un niño me dijo que si el perrito tuviera otros ojos sí sería bonito". Y las elecciones que le dije eran presidenciales, porque a los alcaldes y demás creo que los nombraban por decreto o algo así, no como ahora; pero ya no me acuerdo bien, sí me acuerdo que eran presidenciales por las peloteras y también recuerdo que esa tinta era difícil de quitar.

─Por favor, hábleme un poco más sobre los partos.

Ah, pues, eso era uno acostado, pensando será en Dios, como eso duele tan bueno: Y si es en el hospital, pues, le ponen inyecciones y lo atienden bien y está el médico encima, pero en la casa, no: La señora y no más, y si le gustaba el cigarrillo, pues, se agarraba a fumar mientras uno estaba que se moría del dolor y eso se salía a fumarse su pucho; como le conté, tuve uno aquí, en la casa, pero en el hospital es cheverísimo tener los hijos, porque allá están los médicos, las enfermeras y lo acomodan y lo atienden; acá la señora, primero me sentó, luego ya me acostó, ya después recibió al niño y luego le cortó el ombligo, justo después de eso los bañaban, pero ahora ya no, sólo los limpian, creo que es porque vienen de un calor muy inmenso. Eso de los embarazos ha cambiado mucho. Antes era la dieta con pura gallina: El caldo de gallina durante todos los cuarenta días, casi unas diez o más se alcanzaba a comer, y se preparaba en una ollita de barro con sus buenas yerbas, bien sazonada, e inmediatamente después de todo eso uno mismo cuidaba a sus hijos: Yo bien fajada los bañaba todos los días. Y en torno a eso había muchas cosas: Si el bebé se demoraba en hablar, le dábamos uvillas[97] para que hablara rápido; a los varoncitos se les secaban los testiculitos con un algodón empapado de alcohol y prendido en una vela, ¡y eso era de una!, para que no se le hagan grandotes, para que se le suban y se pongan

[97] También conocidas como uchuvas.

bien bonitos; la mollera se les limpiaba muy bien y se les cuidaba muchísimo para que no les cayera agua ahí, hasta que ya se cerraba: Mi mamá nos decía que sólo se les lavaba la mollera después de que se cerrara para que no se volvieran gangosos, es decir, que no hablen con la nariz; también los enchumbábamos muy bien, desde el cuello hasta los pies, ¡menos mal no se murieron!, a los últimos sólo los envolví. A los hijos se los cuidaba mucho, en el aseo, en las enfermedades, pero, desafortunadamente, como yo tenía que hacer empanadas en la noche para vender y trabajar, a un hijo mío le dio sarampión y casi me lo acaba: El perdió una vista[98] porque salió a llamarme a medianoche y yo estaba fritando empanadas, eso vendíamos hasta la 1 o 2 de la mañana, a mí se me vendía todo lo que yo hacía, gracias a mi Dios, y también lavaba ropa, como le dije, entonces, se le metió ese viento frío y quedó blanquito el ojo, porque se le metieron todas las pepas adentro del ojito y le hicieron estragos. Menos mal fui avispada y en el hospital hablé y todos me ayudaron muchísimo. Y cuando tenían enfermedades también los atendíamos en la casa, casi no se les daban pastillas: Para la fiebre: Pañitos de agua tibia, y también les poníamos mucho esas hojas de la sábila, las abríamos y les untábamos eso que botan por el pecho y la frente; para el daño de estómago y el dolor: Manzanilla, apio, yerbabuena; para los golpes: Los sobábamos con las partes planas del cuchillo o de las monedas, o con Yodosalil: Más brutas que éramos, porque eso es malísimo sobar los golpes hasta bajarlos: El remedio era más duro que la enfermedad, aunque también recuerdo que hacíamos una masa de yerbas con limón para ponerla de emplasto; cuando tenían las lombrices alborotadas: Les poníamos sobre la barriga emplastos de aguardiente y paico, que huele bastante, para que se apacigüen, pero el paico no se les puede dar de beber cuando tienen lombrices, porque se les van para la cabeza. Y muchos remedios más de los que ahora no me acuerdo, pero nos gustaba bastante eso de los remedios. ¡Ay! En el tiempo mío usted iba a un puesto de salud y si le dolía una muela, pues, el dentista se la sacaba, y si le decía que se las sacara todas, pues, eso hacía, porque a mí me las sacó todas, como me dolían tanto, mijo, y la anestesia la ponía con una jeringa de acero inoxidable; ahora es que sí se cuidan los dientes.

—En eso hemos mejorado. Hablando de otra cosa, ¿qué negocios había en este barrio?

Habían tiendas, estancos, y uno de esos estancos era de uno que se llamaba Camilo, pero él no vendía aguardiente chiquito sino adulterado y por eso lo metieron a la cárcel, y al lado estaba el de don Hermes, quien sí vendía trago fino y más allá estaba otro, pero no recuerdo cómo se llamaba. El aguardiente chiquito, a diferencia del adulterado, nunca hizo daño: Si una vez le pregunté a mi suegra: ¿Y eso no hace daño?, y casi me pega, mijo, se enojó mucho. También creo que ella me dijo que eso de la destilación duraba como quince días o un mes, era muy lento eso, porque habían varias ollas en medio de un socavón de 1 metro escondido entre las paredes y eso iba casi desde la entrada de la casa hasta allá atrás, y eso eran unas ollas grandotas de barro, unas con boquillas anchas y otras angostas y también pasaban las varitas, los tubitos delgaditos por donde se destilaba, y eso como que, en una paila de cobre, misia Josefina, mi suegra, echaba el anís con la panela, pero, mijo, la verdad es que, como le dije, yo no aprendí a hacer eso,

[98] Si no es clara esa expresión, ella se refiere a que perdió la visión en un ojo.

porque eso lo hacían con mucho recelo, y tampoco insistí, porque respetaba mucho lo que los demás hicieran[99]. Creo que ya no queda nadie que sepa destilar: Mi cuñado Hugo creo que sabía, pero él murió de un paro cardio-respiratorio, y Juan ya murió de un derrame cerebral, y Pepa ya murió de una hernia umbilical que le dañó otros órganos, y Alicia ya murió de vieja, y todo ellos creo que le ayudaban a sacar chiquito a la mamá. ─El perro se pea y hace una cara de placer inigualable que nos hace reír hasta que llega uno de los hijos de La Mona. El hijo se llama Fredy y lo distingo un poco porque lo he visto en la calle cuando salgo con mi familia y porque trabajó en una droguería en el Centro, cuando mi mamá tenía una peluquería; él es de la misma generación de mis tíos: Entre finales de los años 60 e inicios de los 70. Nos saluda rápidamente y se sienta a ver un partido de fútbol en el televisor─.

─Cuando usted llegó a vivir a este barrio, ¿ya estaba la galería?

Pues, antes era en el Centro y, como pasa en esos casos, al principio a la gente no le gustó, como estaban acostumbrados a tenerla ahí, en el Centro, pero a mí sí me gustó, eso fue como un progreso, pero, en este momento, es una complicación horrible, porque atrás de la galería se vinieron muchas cosas peligrosas, aunque antes no era mucho como ahora: La gente del campo se hace donde quiere, por eso los jueves y viernes usted no halla por dónde pasar, y la escuelita de ahí, la Gerardo Garrido, es la que más ha sufrido ese problema: No ve que todo el mundo riega eso afuera y casi nadie vende dentro de la galería; hace días fui a asomarme y hay puras mesas de comida, comida y comida; y la Garrido es una escuela muy buena, porque, como le dije, allí estudiaron mis primeros hijos su primaria, ahora yo no sé cómo harán esas criaturitas para pasar por ahí. Y también está el problema con los jóvenes que han caído en el vicio, creo que después del terremoto del 83 se disparó eso, porque antes eso se veía, pero muy poco, muy poco; ahora es todavía más complicado, pues, han hecho cambuches como debajo de El Planchón, o eso he oído, que tienen hasta camas y colchones y armarios: Uno no puede bajar para allá, no creo que uno llegue completo, y con la inundación de diciembre se les salió todo eso. Ese día yo estaba donde mi hija y a la medianoche me llamaron al teléfono y me decían: "Mona, ¿cómo le está yendo?", y yo les decía: Bien, muy bien, gracias a Dios, pero ya después me di cuenta de a qué se referían, pero hasta acá no llegó el agua; a una vecina un palo le tumbó la puerta y se le mojaron los colchones y tuvo que botarlos. Eso fue muy difícil, más que otros días, mijo: Si usted viera las niñas tan lindas que saben estar allá abajo, no, no, no: Uno está en la gloria y uno tiene que alabar a Dios; la otra noche ellas vinieron aquí, a la casa, y yo me quedaba aterrada y más cuando Teresa, una amiga, no quiso seguir pasándoles sancocho, que es una de las cosas que aquí hacemos, y me dijo: "No, Aura, no puedo más", y cuando la vi era llore y llore: Claro, ella estaba toda contenta en nuestra labor y no aguantó, en eso también nos ayudan mis hijos. Creo que una de esas niñas se murió en el desbordamiento, porque a ella, un muchacho que tiene un almacén de ropa y es hijo de una amiga de Ruby, le regalaba ropita muy bonita y

[99] Puede que esos tiempos comentados por La Mona estén errados, pero, quizá su suegra destilaba bastante y/o en intervalos de tiempo separados para evitar ser descubierta: Posiblemente por eso sólo la pillaron cuando fue aventada.

ese 24 le dijo: "¿Hoy no me va a regalar un vestido para estrenármelo hoy?". Yo estaba toda triste, mijo, porque creía que todos mis muchachos se me habían muerto ese día, y a mí me duele, no ve que ellos son personas que necesitan amor, como todas, pero salvaron a la mayoría; a la gente se le olvida que ellos sienten, que son humanos y hasta algunos celebran las desgracias que les pasan. Por ahí hacíamos cuentas y se murieron unos siete de los que conocíamos, ¿no, mijo? ─le dice a su hijo─.

Sí, hubo muchas pérdidas, menos mal no llegó hasta esta casa. Y ahora que los oigo hablar de historia y de la galería, acuérdese madre que, un conocido mío que es vigilante me contó que, cuando demolieron esa galería en el Centro, a la gente le pagaban por matar ratas con escopetas de aire comprimido, pues, había muchísimas; no sé si mi conocido siga vivo, pero él iba bastante al barrio Bolívar, era de esa época y de esa clientela que iba a El Buda.

─O, como le dice mi tío a ese negocio: "La casa de mi papito", porque dice que mi abuelo lo hacía cerrar[100].

Cierto, mijo ─me dice La Mona entre risas─.

─¿El tren seguía funcionando cuando demolieron la galería en el Centro? ─le pregunto al hijo de La Mona─.

No recuerdo bien si el tren seguía funcionando, como que sí, pero, sí recuerdo que después, para la inauguración del teatro Anarkos, la primera película que presentaron fue una de Juana de Arco.

Mijo, ahora que Fredy ─ese es el nombre de su hijo─ mencionó eso, recordé que mi papá me contó que hay dos edificios que tienen o tenían el Clavo de Oro[101]: La Gobernación y La Estación, y se los pusieron por estar tan bien hechas. Y eso sí es así, porque a la prueba está que a La Estación, para desbaratarla, tuvieron que meterle dinamita y dinamita y eso traquiaba este barrio al punto de que parecía que iba a desbaratarse también, y allí hubo un muerto, creo que era un obrero que les estaba ayudando. Eso fue durante la alcaldía de Caicedo y creo que él también demolió la galería antigua que mencionó Fredy. Por lo menos en Cali como que tienen guardados los trenes, pero aquí acabaron hasta con el nido de la perra.

[100] En una historia de vida anterior, la de Cecilia Pinzón, se mencionan estos datos: El Buda fue una casa de lenocinio, un prostíbulo del barrio Bolívar: Estaba, más o menos, donde hoy es San Victorino. Para mi pesar, no he podido averiguar más sobre este lugar.

[101] Sólo recuerdo haber oído de algunas personas esa referencia y no creo haberla leído en algún documento, aunque, podría equivocarme en esto último; también deberían tenerse en cuenta las temporalidades de ambas edificaciones, pues, me hacen dudar sanamente sobre ese hecho del *Clavo de Oro*: La Estación fue construida durante los años 20 del siglo anterior y el edificio de la actual Gobernación ha sufrido modificaciones muy considerables, y una de ellas ocurrió, más o menos, durante el mismo tiempo en el que se construyó La Estación, como puede leerse en la página 95 de *Muros de Bronce*, escrito por Diego Castrillón Arboleda en 2007.

Claro, madre. También me acuerdo que nosotros nos íbamos corriendo para subirnos al tren cada vez que iba a hacer los cambios: Todos, todos hacíamos eso, hasta mi mamá, para pichonear[102] ese pedacito de la carrilera y pasear un rato. Y, ahora que hablaron de la dinamitación de La Estación, recordé algo parecido cuando se prendió un carro-tanque ahí, en la bomba de gasolina que quedaba donde hoy es la Lotería de Cauca[103], y eso se regó la bola, ¡que se iba a acabar el barrio!, ¡que se iba a prender todo!, y todos salimos corriendo en pura y hubo gente que llegó hasta la salida al Huila; por esa bomba de gasolina quedaba uno de los primeros bares de la ciudad, era del papá de Juan Guillermo.

Ah, sí, ─dice La Mona─ de noche era un bar y de día era restaurante, ¡y se hacían unos fríjoles!

Y claro, se prendió eso, pero el señor alcanzó a sacar ese camión para evitar que se prendiera la bomba ─concluye Fredy─.

¡Ay, sí, mijo!, ese día, con mi recua de hijos, llegamos hasta el estadio. Este barrio tiene cuento, mijo. ¿Se acuerda de las casas de antes? ─le dice a Fredy─.

Sí, estas casas eran de bahareque y adobe. Estos terrenos ─dice Fredy y señala con sus brazos y sus manos la casa en la que estamos y parte de su área externa─ eran de mi abuelo y el Ferrocarril se apropió de ellos. Esta casa de aquí al lado sí era en ladrillo, en ladrillo antiguo, mientras que la de nosotros era en adobe y bahareque y pegado con barro, sólo una pared, la de la sala y que hicieron mucho después, era de ladrillo.

Sí, mijo, el Ferrocarril le hizo una pared a él y, supuestamente, con esa pared le pagaban esos terrenos, y después, con los años, con los años, unos señores, como que de la alcaldía, me preguntaron si le habían pagado todo eso de atrás, pero yo les dije que no sabía, porque don Juan me dijo que nunca le habían dado nada, sólo le hicieron esa pared pero no le pagaron plata por el terreno. Nosotros desistimos de eso: Nos dijeron que había una casa de allí, de esa zona, me imagino que del Ferrocarril, pero había que meterle mucha plata a un abogado para que nos devolvieran algo de lo de ahí, pero, desistimos para evitar problemas, no vaya a ser que nos maten.

---

[102] La acepción de "pichonear" que recoge la RAE en su DLE no es cercana a la que da el hijo de La Mona, y una locución verbal coloquial recogida en ese mismo diccionario para la palabra "pichón", la cual es "echarle pichón a algo" y su significado es "emprender con decisión y coraje su ejecución", apenas sí resulta parecida por su amplio carácter; mas, en el habla payanesa, "pichonear" y "pichonero, a" son palabras usadas, sobre todo, en el contexto de las celebraciones como la Semana Santa o la Procesión del 1 de Mayo: "Pichonero" es quien carga uno de los pasos brevemente, en el espacio y en el tiempo, por razones de su fe y/o porque aspira a ser carguero; y, siendo redundantemente útil, "pichonear" es la acción que ejecuta el "pichonero". Ahora, los usos de dichas palabras coinciden en la brevedad de sus actos, pero las diferencias más grandes, como anotación personal, son: Los evidentes cambios de contextos en sus ejecuciones y la presencia de mujeres "pichoneras" en los viajes del tren y sus ausencias como cargueras, pues, como se sabe, los papeles que desempeñan en esas celebraciones religiosas son otros.

[103] Quedaba muy cerca de donde hoy está la glorieta de esa zona: En una de las secciones de la *Compilación de imágenes* de este mismo trabajo de grado hay una fotografía que, creo, corresponde a dicha bomba de gasolina.

─Es mejor evitar ciertos problemas. Ahora que usted dijo que "Este barrio tiene cuento", me entró la duda si acá no hay espantos, ¿saben algo de eso? ─y, para mi sorpresa, empieza a sonar, en medio del partido que ya nadie ve, el Adagio de la Sonata número uno de J. S. Bach, pero ni eso logra raptarme del todo─.

A usted lo espantaron, ¿no, mijo?

Sí, a mí me asustaron… lo que pasa es que aquí era un *show*: En esta casa habían muchas piezas y en cada pieza vivía una familia y, al fondo, había una cocina grandísima y allí cocinaban todos los inquilinos, y más allá era la casa de nosotros, aparte; y por eso de pequeños nosotros veníamos mucho acá, donde los inquilinos, y en la mitad de esta parte de la casa, que era para ellos, había una puerta grande y de madera, justo al lado de la sala, y una vecina tenía un sardinelcito afuera de su habitación, entonces, nosotros nos sentábamos ahí, y una vez estábamos hablando y voltiamos a ver allá, y como mi abuelo arreglaba las piezas y colocaba la luz de esta parte[104] a las cuatro de la tarde y a las seis la quitaba, y eso estaba oscuro, pues, y en las piezas se alumbraba era con velas, entonces, nos gustaba por eso, porque jugábamos escondite y nos escondíamos en la cocina, que era oscurísima, y como les decía, el Ferrocarril se apropió de eso y cuando echaron la pared, pues, desde allá se formaba como un hueco de metro y medio de ancho, como un túnel, que salía allá, a la cocina grande, y sólo era accesible desde adentro de la casa, entonces, nos gustaba eso porque allí nos escondíamos, ¡y quién nos encontraba!, entonces, ese día que les cuento, nos sentamos a hablar y vimos la figura de una mujer blanca y como elevada, pero a nosotros no nos asustó, y seguimos hablando y después voltiamos a ver y venía más cerca, y, cuando ya estaba mucho más cerca, nosotros ya nooo, dijimos: "¡Vámonos, vámonos!", y todo el mundo, pues, ¡Tin! ─y choca entre sí las palmas de sus manos, una hacia abajo y otra hacia arriba, para indicar que se largaron─; es que aquí había mucho niño, como habían tantas piezas, y entonces corrimos pa' la sala y nos preguntaban que qué nos pasaba y les contamos. Aunque, me dijo Esperanza Díaz, una vecina, que, una vez, esa mujer que les cuento pasó junto a nosotros y que no la vimos y que cogió para la pieza de Troyano, porque más allá ─y señala hacia el interior de la casa, que ahora está construida de otra forma casi en su totalidad─ había un aljibe y al lado tenía un palo de limón; y resulta que don Troyano, creo que él se llamaba Luis Troyano, era el que se las sabía todas: Ese cucho llamaba[105], lo lavaba a uno en puro aguardiente para quitar sustos, a mí me lavó una vez en puro aguardiente, también una vez me quitó un nuche: Se echaba la nicotina del cigarrillo en la uña hasta que ese coso comenzaba a salir; y con el hijo de él una vez estábamos jugando, y cogimos para la cocina a escondernos, porque era tétrica y oscura y al que buscaba le daba miedo ir solo por allá, y, después de eso, pero ese mismo día, también nos sentamos como siempre en el sardinelcito que les dije, y estábamos bote y bote corriente: Rosalino nos contaba que mi abuelo estaba con churrias y eche y eche risa, y, cuando voltiamos a ver a Nahúm, el hijo de don Troyano que era mucho mayor que nosotros, venía corriendo de la cocina a la pieza de él con el vestido de la

[104] Si no es claro se refiere otra vez al área común de los inquilinos.
[105] Es decir: Que el tal Troyano llamaba espíritus.

primera comunión de la hermana, pasó ventiado y nosotros eche risa, porque el hombre nos quería asustar en la cocina, en cambio al que lo asustaron fue a él: Estuvo como quince días enfermo y el papá le hacía una cosa, le hacía otra y nada: Nahúm no supo dar razón de lo que le pasó, pero como que lo alcanzaron a tocar. Doña María, otra vecina que vivía aquí, tenía una pieza por ahí, y la pieza de Don Joaquín y Enelia estaba por acá: Resulta que Enelia se abrió de don Joaquín, y don Joaquín comenzó a camellarle a doña María, entonces, ellos tuvieron su enredo y todo eso; y resulta que don Joaquín, en las pocas veces que dejaba la puerta abierta y nosotros mirábamos hacia allá, tenía fotos con alfileres, estatuas, velas negras y un mundo de cosas así, de güevonadas, entonces, todo el mundo decía que don Joaquín tenía pacto con el diablo. Bueno, y resulta que, después de que se abrieron, doña María juraba y comía mocos que había visto a don Joaquín cabalgando desnudo en un caballo negro que echaba fuego, y ese era el cuento que ella le echaba a todo el mundo. Y resulta que don Joaquín se murió y ya no vivía aquí, y como en ese tiempo eso se hacía en las casas, entonces, pidieron permiso para velarlo aquí, pero nadie quería acostarse porque, como decían que tenía pacto con el diablo, el diablo iba a venir y se lo llevaba de una vez derechito al infierno.

Qué noche tan tétrica esa, mijo.

Entonces, todo el mundo con ese susto, pues, y el combo de los que nos la pasábamos jugando, los chinos, pues, si íbamos pa' la cocina: Todos juntos; si salíamos de la cocina: Todos juntos; para donde fuésemos a ir lo hacíamos todos juntos, cuidándonos entre todos por el miedo a don Joaquín, sus güevonadas y sus vainas en esa pieza. Una vez a mi papá le dijeron los inquilinos: "¡Ay!, don Alfonso, en la noche están asustando allá arriba"; entonces, como había ese túnel que le digo, y como todas las casas tenían tumbao[106], pues, casi todas se comunicaban y uno podía ir a donde quisiera, menos allí ─y señala la pared sur y contigua a la casa vecina─, porque allí lo frenaba un cerco de caña entre esta casa y la casa de doña Carmen, una vecina, y más allá ─y señala el lado sur-occidental de la casa─ también lo frenaba esa pared de ladrillos que hizo el Ferrocarril después de apropiarse de esas tierras de mi abuelo… ¿Qué era que les estaba comentando?... ¡ah, sí! Bueno, entonces, mi papá sacó el machete y yo siempre salía detrás de él, y subimos una escalerita que teníamos acá y nos metimos a ese tumbao: ¡Era un ladrón que hasta colchón tenía y una vela!, el hombre estaba viviendo allá arriba y, cuando nos vio, salió ventiado… ah, y tenía clavado una especie de alambre y con ese se cogía y se apoyaba para bajar y subir, porque eso era altico ─y nos reímos con asombro de ese peculiar encuentro─. En otra ocasión, cuando a mí me asustaron, yo vi un bulto grande y el terror fue tremendo, tanto que grité y me desmayé y me llevaron a la parte de atrás de esta casa, donde le digo que vivíamos; aunque yo creo que era porque estábamos hablando de espantos. Una señora sí contaba que siempre veía a un niño que entraba al aljibe: Yo no me acuerdo, porque estaba muy pequeño, y

[106] Es la contracción de "tumbado" y significa lo mismo que sus sinónimos "soberado" y "desván", como puede comprobarse en el DLE, cuya acepción principal es: "Parte más alta de la casa, situada inmediatamente debajo del tejado y carente de falso techo, que se destina especialmente a guardar objetos en desuso". En el habla payanesa "soberao" es su contracción.

ella decía, o como que otros decían, que se estaba prendiendo una pieza, o sea, que había un entierro, y por eso ellos se agarraron a excavar y don Troyano usaba azogue o mercurio, como que es lo mismo, dentro de un frasco y con una piola, entonces, usaba eso para ubicar el entierro: Eso excavaron tanto que hicieron otra pieza dentro de la pieza, y encontraron… madre: ¿Qué fue lo que encontraron cuando excavaron?

Una estatuilla de oro bien hechecita, brillante y una olla de barro y otras cosas, pero lo que más nos llamó la atención fue esa estatuilla; yo la dejé en un armario azul que teníamos, pero se perdió, y años después la vi en un museo, creo que en ese de Arte Colonial: Yo creo que mi marido se la llevó allá.

—¿Dónde quedaba el museo al que fue a parar la estatuilla?

En frente de San Francisco, mijo, donde hoy creo que es la Oficina de Instrumentos Públicos. Ese entierro no dejaba dormir: Era como un reloj que sonaba toda la noche tis-tas-tis-tas, por eso será que yo no tengo reloj de pared, eso duró años, y cuando ya sacamos eso no volvió a sonar.

De los espantos se oía mucho, aunque nosotros casi no hablábamos de eso con los mayores: Afuera rondaba el cuento de El Guando, El Duende y La Viuda, pero nunca nadie los vio. Una vez, cuando estábamos ya mayorcitos, casi adolescentes, nos fuimos a acampar a una cabaña en Timbío y, cuando fuimos a la tienda, la dueña se puso a contarnos que La Viuda se llevó a un señor, que a tal otro y a otro también, y que los había ido a tirar al cementerio, a un barranco y nos contó otras cosas, y claro, como aún éramos pelados, pues, nos fuimos llenando de miedo, y ella no sabía dónde nos estábamos quedando o a lo mejor sí lo oyó de nosotros, pero, para rematar, nos dijo: “Saben qué, muchachos: Donde está aposentada La Viuda es en la casa de don Arcesio”, ¡y, claro, nosotros nos estábamos quedando ahí! Más miedo del que teníamos, porque para uno eso era real, no ves que los mayores también creían en eso. Y la cosa no acabó allí: Primero, ¡qué problema para regresarnos a la cabaña, porque ya iba a ser de noche y eran como 2 kilómetros desde la tienda y teníamos que pasar por el cementerio de allá!, entonces, como los adultos decían que para alejar a La Viuda había que tener un cigarrillo y si la viuda venía, pues, uno le entregaba el cigarrillo y ella se iba, entonces, le compramos una cajetilla a la señora de la tienda y nos pusimos a fumar, aunque nuestra familia no es de fumadores, hasta Chicho, que tenía como siete años, y todo el mundo con su cigarrillo. Y llegamos a la casa y bote y bote corriente como hasta las cinco de la mañana para que no nos fuera a asustar La Viuda. También eso pasaba con El Guando: Son de esas historias urbanas en las que todo el mundo afirmaba haberlos visto, pero eran rumores, como a una señora del Cadillal que, por estar chismeando, él le había entregado una vela y al día siguiente se dio cuenta que era un hueso de una persona muerta, entonces, a uno lo tenían entrenado para eso y cuando uno comenzaba a salir le decían que tuviera cuidado y que si escuchaba una procesión, pues, era El Guando, y uno tenía que tirarse en forma de cruz a la carretera y agarrarse a rezar.

─Muy curioso lo que me cuenta. Y, retomando algo de lo dicho, ¿todas las casas tenían aljibe o sólo algunas?

Casi todas tenían, eso era normal; ese aljibe de acá llegó a tener peces, claro, los trajo mi papá y los echaba hasta que se engordaban. El aljibe ya parecía una pieza, tendría unos 3 metros, desde la superficie hasta donde había agua, y uno podía meterse a la parte donde se ampliaba, eso parecía inmenso y a uno le entraba ese miedo. Esa agua era filtrada y decidieron tapar el aljibe porque ya estaba inmenso por el mismo hecho del agua que se iba carcomiendo las paredes. Ese aljibe duró muchos años y cuando la taparon todavía habían peces. Una vez Henry, un vecino de aquí al lado, dijo que lo metiéramos al aljibe, y lo metimos, y casi se ahoga, y nosotros cagados de la risa. De pronto por esos peligros muchos mayores decidieron ir cerrando los aljibes.

─Y, ¿qué me pueden contar de sus vecinos?

Pues, a esta casa venían muchos muchachos ─me dice La Mona─ y venían para acá porque se les daba café, se les daba almuerzo, hasta posada les dábamos. En su mayoría, los vecinos eran buenas personas. Habían vecinos con platica: Tenían finca, tenían carro, vivían bien, prestaban plata, pero plata bastante: A mí me alcanzaron a prestar.

Algunos de los duros del barrio, o sea, los que tenían billete, eran los Balcázar ─dice Fredy─…

Por la política y el papá de ellos era un buen negociante, mijo.

Sí, y por la política ellos eran muy amigos de los Castro y de los Bahos; de los Castro recuerdo que eran politiqueros liberales, especialmente su mamá, y que vivieron cerca de la Cruz Roja, y recuerdo a uno que era bien vicioso y se llamaba Darío: Le pegaron una puñalada en todo el corazón, por donde era una sede del Banco Agrario, por donde hoy es la galería de acá, y muy cerca había una sucursal del Banco del Estado[107]. Pero más de uno en esas familias se sopló la plata con el vicio. A Darío Castro, el que le dije que lo mataron con una puñalada, era un man jarto, pero jarto es jarto: Donde lo viera a uno ahí se la montaba, una vez me iba a cascar: Los de nuestro combito íbamos para un baile al salón comunal y más adelante estaba Leider, mi hermano, y José Luis, mi primo, que eran de la misma edad, y ese loco los iba a cascar, y como el cuento con ese loco y con los que él andaba era que ellos eran malos y que andaban con cuchillo y que eran los duros, entonces, yo me devolví y le dije: ¿Qué queres?, ¡ah! ¡A vos qué es que te pasa! y él tampoco se dejó, entonces, yo saqué una peineta, pero no la mostré, y seguimos en esas y al final dijo: "No, que somos del barrio" y todo ese cuento. Una vez se nos entró acá a la casa y mi papá lo iba a cascar con la tranca de la puerta, pero menos mal se lo llevó a rastras una radiopatrulla. Ese tipo era jartísimo aun hasta que se murió, como les dije, y murió evitando que un chino apuñalara a otro mientras los separaba y le pegaron a Darío la puñalada en el corazón y ahí quedó. A uno de los Bahos lo cogieron a quemarropa y dispararon como siete tiros y sólo le pegaron dos; creo que no lo mataron y como que murió de viejo. Los Bahos tuvieron

[107] Por lo que me dijeron y creo que entendí, eso quedaba entre la calle séptima norte y la calle octava norte.

mucha plata: La casa iba casi desde esa esquina hasta ese hotel[108]─me dice mientras señala con las manos─, y hablaban mucho de plata y todo el cuento, pero se la soplaron, así les pasó a varios que estudiaron conmigo. A John Balcázar, también conocido como Saco de Plomo, marido de Maribel Galvis, le dieron la herencia cuando mataron al papá, que se llamaba José Balcázar, por robarlo, él era comerciante y su papá era Gerardo, y un hermano de John se mató en una moto, y con la muerte del señor Balcázar la familia se dividió, y John ha malgastado la plata que le dejaron, y a veces anda bien y a veces anda mal; Maribel es todera, pero también era un cuento como John.

Mijo: De los Castro, doña Ana era liberal, politiquera, pero no peleaba, y hacía fiestas muy buenas en la casa de ellos por el partido. Y a Maribel la jodí y la jodí hasta que la hice confesarse.

─Que curioso eso[109], y me parece muy curioso eso de los apodos.

Pues, mijo, eso de los apodos es de todo Popayán, y tanto para las personas como para las calles: Están los Cazuela, que eran de El Cadillal; los Birichuzo, que eran los Alegría y que también eran de El Cadillal, y creo que "Birichuzo" es un pájaro; los Brujos, así les decían a unos de apellido Velasco en Yanaconas; los Matapalo, creo que los Matapalo vivían por la calle de El Cacho

[108] Se refiere a casi toda la calle décima norte entre carreras sexta y quinta.

[109] Un hijo de mis abuelos, que se llama David, estuvo en una situación parecida a la de esos muchachos; cuando cotejé mis apuntes y volví a oír las grabaciones y hablé con mi familia, supe con más detalles que mi referido tío se juntaba con aquellos que La Mona y su hijo me habían mencionado; la cosa fue, más o menos, así: Mi tío dejó de estudiar para empezar a trabajar como mecánico en el taller de mi abuelo y, aunque era muy organizado con su aseo, su ropa y su plata, además de muy sagaz, le gustaba mucho el baile, el trago y el cigarrillo porque así era parte del ambiente del taller y del barrio Bolívar: Allí se empezó a torcer con varios de los Cajones, con John Balcázar, quienes conformaron su pandilla: Todos ellos atracaban a la madrugada y con cuchillo en Molanga, una parte de la salida oriental de la ciudad que era muy frecuentada por ser paso obligado para los lugares de fiestas; a eso súmese que empezaron a consumir marihuana y bazuco, y como eran muy peleones ─él aún lo es, pues, me consta─, tenían problemas con otras pandillas. Según me dijo una prima, también llegó a robar a mi abuelo: Por eso y porque se la pasaba detenido casi todos los fines de semana en la permanente a causa de las peleas y de los atracos, lo echaron de la casa, más o menos, a los dieciocho años y se fue a vivir a un hotel del barrio Bolívar. Él empeoró cuando mi familia se trasteó a El Recuerdo. De la permanente salía rápido porque una amiga y vecina de mi familia, que le dicen Chana, lo ayudaba a través de un abogado que era su jefe. Más o menos se ajuició a los veintiún años cuando conoció a Ana Velasco, su esposa, y cuando nació la hija de ambos. Él siempre ha sido muy trabajador y cuando se casó seguía trabajando en las cosas del taller, pero a Ana la trataba mal y le pegaba y, aunque ya no robaba ni se drogaba, sí seguía rumbeando, aun después del accidente en el que ella murió. Quizá con dolor por su viudez, aunque algunos de mi familia recuerdan que "Siguió igual", se bebió todo o una buena parte de lo que pagó el seguro; sólo se ajuició con más notoriedad cuando se casó por segunda vez y, por lo menos en lo laboral, su vida ha ido siempre mejor. En los otros aspectos de la vida me parece que su fuerte carácter se parece mucho al de mi abuela: Lo protege de lo malo que la vida nos da y que le damos, pero no parece darse cuenta que también le impide vivir lo bueno que podemos dar y que ella nos da, además, bajo ciertas circunstancias que yo sí he vivido, suelen salir a flote su hipocresía, su resentimiento y su amargura respecto a las vidas ajenas, pero parece que, quizás a conveniencia, no ve o no quiere ver que podría destilar lo mismo respecto a su propia vida: Como dice el dicho: "La vaca se olvida que fue ternero", pues, desgasta su lengua de fuego juzgando a los demás por errores no tan crasos como sí lo fueron los suyos. Esto es lo que me cuentan y, mínimamente, lo que he visto, pues, con él he hablado varias veces, pero no directamente de esto, porque en varias ocasiones se han roto las comunicaciones entre ambas familias. Y siguen rotas.

─De ellos sí he oído, me ha dicho mi tío que eran jartos, eran odiosos y creían que porque tenían algo más de dinero podían pasar por encima de los demás.

A ellos casi no los conocí, mijo; también estaba Pirulo, que era el borrachito de acá, del barrio Bolívar, y ahora está en un asilo y a veces toma, pero él les ayuda a las monjitas del asilo, y recuerdo que él era muy buen amigo de mi esposo; El Mocho Hernando, que era hijo de doña Marcelita, la que hacía las fiestas con el esposo del Sábado de Gloria: Eso era con guitarras, requinto y otros instrumentos de cuerdas, a ese se lo llevaron a prestar servicio y decía que era sordo, pero llegó un sargento y tiró una moneda y El Mocho la oyó y se tiró a recogerla; y Niñosano[110], a quien lo vestían de Niño Dios el 5 y el 6 de enero, y, aunque no sé bien por qué los nombraban así, pero muchos de ellos heredaban los apodos de su familia. También están muy presentes desde siempre los dichos, las patojadas, mijo. Eso le podemos contar.

***

─Ya es de noche y La Mona no me deja ir con el estómago vacío. Al irme me doy cuenta que estoy saliendo a una de las calles por las que paso casi a diario y de una casa que sólo hoy he visto, y lo hago lleno de los recuerdos y olvidos de otras vidas. Y veo que en esta noche, llena de nubes, pero, sin estrellas, los inesperados rumbos que la vida a veces toma son irradiados por las pacientes luces de estrellas más humanas, pero no por ello menos cósmicas.

[110] Me cuenta mi tío Fredy que: "Niñosano era un señor gordo, acuerpado y usaba ropa grande por su obesidad, era blanco, bonachón, mono, de ojos claros y manejaba un camión Dodge, gris, estilo planchón ─muy usados aún hoy para llevar ladrillos─ y le gustaba ir al taller del barrio Bolívar, porque le gustaba todo barato, y como mi papito le tenía arrendado a la Chucha, y a la Chucha le decíamos así porque tuvo quince hijos con la misma mujer y él hacía de partero, y murió hace poco de cáncer por tanto fumar, entonces, aunque la Chucha era incumplido, le reparaba las latas al carro de Niñosano, porque ese carro era lleno de remiendos: El lado derecho era de un color y el lado izquierdo de otro, tenía soldaduras por toda parte y era gracioso porque, cuando él iba llegando al taller a ese carro le iba sonando todo: Las latas, los guardafangos, la puerta la llevaba cogida con la mano por lo gordo, y mi papito le arreglaba las carrocerías, porque el señor era tan gordo, tan gordo, que dañaba el costado del conductor, pero Niñosano también era baratero y se la llevaba muy bien con todos en el taller, y era descomplicado: A donde uno le dijera le llevaba lo que fuera: Chivos, mercados, trasteos, de todo. Y la Chucha era primo de nosotros y se llamaba Jorge Eliécer Méndez Cañar. Ahora que me acuerdo, mijo, hace poco volví a ver, en Keops ─es el nombre de un negocio de casinos, billares, sapo y demás, ubicado en la calle octava entre carreras quinta y sexta─, a Niñosano, después de muchos años, porque le gusta ir allá a ver jugar billar; le pregunté cositas que le podrían servir para su trabajo: Me dijo que se llamaba Jesús Marcial Fernández Rojas y que nació en Puracé y que tiene noventa años, también me dijo que el carro lo perdió moziando; le di un billete porque el pobre vive de la caridad, está flaco y huele a berrinche y vive en una piecita por La Zona".

## 6. Hernán Gutiérrez Martínez

─Estoy interesado en conocer a gente que trabaje en la galería del barrio Bolívar, así que, el día de ayer, por intermedio de mi tío Fredy, conocí a un señor que trabaja en ella desde hace décadas y, aunque parco de palabras, aceptó hablarme con más detenimiento, pero el fin de semana. Acepté, claro, sin vacilaciones, y le pedí que fuese en su casa, sólo si había menos ruido que allí, en su puesto de trabajo. Me dijo que sí y que vive en la Loma de la Virgen y que no tenía problemas. Hoy, mientras voy en mi bicicleta a la cita acordada, veo que el ambiente de incómoda zozobra derivado de una primera vuelta presidencial es sólo paliado por el Mundial. No soy futbolero ni mucho menos un amargado por el fútbol, pero sé agradecer estas bellas y sanas coincidencias que la vida nos da, aunque, muchas veces, el fanatismo tome a los más estúpidos como su yesca.

***

Le puedo decir mi nombre, Hernán Gutiérrez Martínez, pero no la fecha de nacimiento, aunque tengo setenta y tres años y nací aquí, en Popayán, en el barrio El Hormiguero; eso quedaba de la plaza de toros, pa' arribita[111]. Allá viví con mis papás, que eran de aquí, pero ya fallecieron: Mi papá trabajaba en eso de la construcción y mi mamá era negociante: Vendedora de revuelto en la galería central y luego ya pasó al barrio Bolívar. En la galería central trabajó durante varios años y esa galería quedaba en toda esa manzana donde hoy está el Centro Comercial Anarkos: Como eso lo demolieron en todas las ciudades[112]. Me acuerdo que la estructura de esa galería era en madera y las paredes en bloques rellenos: Una pared gruesa tacleada con muchos materiales: Teja, piedra, escombros y demás, y eso es durísimo, como el concreto, y todo eso lo demolimos parejo y a mano por el alcalde: Él a uno no le pagó nada, pero uno se favorecía del material que uno sacaba, como la teja, la madera y el ladrillo; y en esas estuve como una semana y tumbé con barra y barretón gran parte del frente[113] que daba con lo que hoy es el Éxito, y otras personas también hicieron lo mismo, y el material que saqué lo usé para venderlo y ahí ─y, con sus dedos gruesos de persona trabajadora, señala el exterior occidental de su casa─ pegué varios de esos ladrillos grandes y esa pared ha salido muy buena, pero no los usé ahí mismo: Los vendí y tuve

[111] Con "arribita" se refiere al norte geográfico; no logré hallar más menciones de ese barrio ni en mapas ni en otras personas, pero creo que bien pudo estar entre la calle trece y la calle décima, y entre la carrera once y la carrera octava.

[112] Por todo lo que hasta ahora he oído y leído no sé si dicha iniciativa fue ejecutada sólo en algunos municipios o en todo el país durante el gobierno de esa época, los años 60, o a través de varios gobiernos. El desorden público de esa galería, referido en esta y otras historias de vida, parece que fue la razón primordial o una de las razones más importantes para realizar esa iniciativa. La realidad payanesa hoy nos dice que si fue una iniciativa que pretendía dar algo de orden urbano, pues, lo logró, pero sólo en los primeros años porque no tuvo en cuenta nuestra vernácula falta de planeación y ejecución a largo plazo, y se limitó a sólo trasladar y dividir el problema de la mala administración de la galería; ese hecho crea un sistema reiterativo donde se sigue prologando una planeación ineficiente e imposibilitando sus mejores ejecuciones y correcciones a largo plazo, es decir, sigue impidiendo una verdadera acción política; me sorprende mucho que aún hoy ese sea un rumbo que algunos de nuestros funcionarios públicos pretenden tomar consciente e inconscientemente.

[113] Se refiere a la carrera quinta entre calles sexta y séptima.

que comprarlos después. Si ve bien esta casa no tiene vigas de amarre, no tiene columnas: Sólo las paredes y el terremoto del 83 no les hizo ni una cuartadura. Además, yo le metí 1 metro de profundidad a los cimientos: Los hice de concreto y piedra. A estas paredes usted tiene que meterle clavos acerados porque el repello es muy bueno: Cuatro bultos de arena y una carretada de cemento, pero eso era de cuando había buenos materiales, pues, no como ahora que el cemento no pega porque le echan otras cosas; y antes era duro conseguir la plata para comprar esas cosas, no como ahora, pero eran de muy buena calidad ─y, mientras hablamos, un vecino sube el volumen de su música y nos hace oír tremendo temazo de Los Inquietos: *¿Dónde estás amor? Quiero saber de ti. Ahora que te vuelvo a encontrar sonrío de nuevo. La luz de la bella ciudad nos unió y ese amor que un día se fue lejos*... mientras que la música se acaba y seguimos hablando de algo más─.

Mis papás tuvieron seis hijos y vivimos cuatro: Uno vive en Santander de Quilichao, otro en Piendamó, pero pasa más tiempo acá porque tiene un negocio, en el barrio Bolívar, donde vende chatarra, y el otro se la pasa voltiando y duerme donde le coge la noche, y una hermana vive en Túquerres y tengo otra hermana que ya murió. Yo no viví mucho en El Hormiguero porque luego nos pasamos al barrio Alfonso López, cuando ese barrio era sano, no la plaga que es ahora, aunque físicamente casi no ha cambiado; viciosos creo que siempre han habido, pero no tanto como ahora, y atracadores y matones ni se diga: Cuando yo viví allá eso no se veía, aunque eso ya se está viendo en toda parte. Y en el Alfonso López duré años hasta que con mi señora compramos este lote: Hice una ramadita arriba, hice el plano y ya luego hice la casita, como le dije, y de eso hace unos treinta años, o sea que viví muchos años en el Alfonso López. En mi época uno podía andar a medianoche y no lo robaban, era sano: Un conocido mío que es taxista me contaba que se metió de-dí-a-de-día al Alfonso López y por la calle quince lo robaron, y eso que por ahí hay un puesto de la Policía. Y del aguardiente chiquito sí he oído: Creo que lo sacan de muchas cosas: Hay uno que es dulce, otro que es ácido y que es feo, creo que también lo sacan de la cabuya, y a eso también le dicen chirrincho: En el barrio Bolívar hay uno al que le dicen Pezuña[114] y que todavía saca eso, pero el aguardiente de anís sí lo probé hace años en una primera comunión en el Alfonso López, y era muy rico, era dulce, pero, al rato me volví loco porque me despertó en el estómago y más no sé decirle, joven, porque, me emborraché ese día y aunque ahora me ofrecen esos que beben en la galería, pues, no volví a probarlo. Qué más le digo: Que tengo cinco hijos: Dos mujeres y tres hombres. En cuanto a mi oficio, pues, lo aprendí en Cali: Yo me retiré de la escuela y me puse a trabajar, como muchos, y yo tenía ocho años y le ayudé a dos repelladores, en esas épocas se repellaba con pala y no con palustre, y yo tenía que subir arena a un segundo piso en una escalera y para eso usaba las mismas bolsas de cemento, y luego ayudaba a mezclar todo eso con la pala en un cajón, pero eso tiene su técnica; para Cali me fui y les ayudé a esos dos a hacer un edificio de dos pisos que era bien grande y puse cuidado y les pedí que me dieran trabajo en la parte baja y les dije que yo me defendía solo si me prestaban las herramientas, y me dijeron que bueno y al día siguiente mojé bien dos paredes, repellé la

[114] Al tal Pezuña lo busqué un par de veces, pero nunca lo encontré y después no lo pude seguir buscando.

primera, y luego la acabé, el maestro revisaba y ambos me iban orientando. Luego aprendí a pegar ladrillos y me vine a Popayán y acá era el único que pegaba diez mil piezas de ladrillo diarias, y diez mil son bastantes, como para hacer dos piezas grandes. Y a la galería llegué, pues, en este sentido: Como eso lo estaban demoliendo y había que ir a coger puesto, por lo menos pa' mi mamá que vendía en el Centro, entonces, le cogí puesto y en esas ya iba yo en las tardes a ayudarle a guardar y todo eso y, cuando se quemó un horno de cemento en Cali, pues, no había nada qué hacer aquí porque no había cemento, entonces, en esas me fui pa'l barrio Bolívar a vender por mi cuenta: En esa época uno llegaba y cogía su puesto y nadie lo movía, pero ahora ya cada uno debe comprarse su puesto y todas esas cosas. Y de eso del horno hace años: Lo que pasa es que uno no lleva todo eso presente porque a uno le vale es tener trabajo y no estar pensando en cuándo lo arreglarán. Y hasta ahora sigo en el barrio Bolívar. Con lo del traslado a esa galería eso hubo una rebambaramba la verrionda, porque si usted tenía su puesto en la galería central debía pagar una carreta para que le llevara sus cosas o llevarlas usted mismo y coger puesto ligerito dónde fuera, porque, si no, pues, no alcanzaba puesto en la galería, aunque creo que todos o la mayoría de la galería central sí cogieron puestos en la del barrio Bolívar; y en esa época era adentro, no afuera, y ya con el tiempo, pues, mi mamá y muchos más se salieron, y afuera[115] hacían como sus locales y sus bodegas, y lo de adentro quedó como abandonado. En los primeros años de todo eso había un barrial el verriondo: Uno echaba veinte ladrillos en una carreta y se hundía, y algo parecido pasaba aquí, cuando empecé a hacer esta casa, pero ahora ya es muy distinto. Y el terremoto del 83 no afectó a esa galería, porque está bien hecha: Tiene buena estructura y columnas, de pronto por ahí uno que otro poste caído, pero nada grave, como en el Centro. Y mi mamá trabajó hasta hace más de seis años que se murió, tenía más de ochenta años. Ahora, yo no sé cómo sea el funcionamiento adentro, pero, afuera, donde yo trabajo, pago arrendamiento diario con tarjeta y si quiero hasta puedo vender donde trabajo yo. Y al trabajo me voy de aquí a las cuatro de la mañana y acomodo bien todo y a veces me estoy hasta la una y media o dos de la tarde, según como esté el mercado en la plaza, pero ya no se vende como se vendía antes: Ahora es duro conseguir la plata: Un cliente, que es doctor, antes iba con dos canastas grandotas a mercar y llevaba su buen surtido; ahora va con dos canasticos medio llenos. Es que hay mucha más competencia, sobre todo las placitas, como las que tienen los hijos del alcalde o unos familiares de él[116]. Y lo que vendo allá lo compró ahí mismo y eso lo traen de muchas partes: La yuca viene de Timbío, de esas veredas y fincas de por allá, y también traen mercado de los municipios cercanos y traen cosas de Ecuador.

En cuanto a lo del tren, pues, yo sí alcancé a montar en el tren para ir a Cali: Me acuerdo que uno oye los rieles cuando va rodando, pero cuando demolieron La Estación, pues, no me enteré: Eso era muy aparte de la galería. Hoy la galería y el barrio Bolívar dan mucho miedo, hay mucho vicioso, mucho atracador, pero, ahora está un poco más calmada: Hace unos años eso parecían hormigas, pero han estado yendo a barrer con esa gente: La otra vez cogieron a una gorda con la

[115] Él aún tiene un puesto sobre la calle octava norte y, por lo que comenta, esa fue la que inicialmente se tomaron para hacer locales y pequeñas bodegas.
[116] El alcalde referido en ese momento es Francisco Fuentes.

hija, los yernos, la nuera y los nietos, pero de ellos ya salieron las dos hijas de ella. Son esas operaciones de limpieza y generalmente las hacen por la noche[117]. En cuanto a El Planchón, pues, antes se veía mejor comercio: Habían muchos negocios de venta de revuelto, de ropa nueva y de segunda: Allí vendían ropa los ecuatorianos y también otras cosas, y era bien organizado toda esa parte, pero, ahora esas caseticas están muy abandonadas porque ellos se fueron cerca de Peces de Mar: La vida cambia y no es pa' estar en el mismo sitio y con el mismo negocio. Y de ahí donde trabajamos están que nos sacan desde hace rato, pero no se ha visto nada: Quizque porque estamos ocupando la vía pública. Y dicen que nos van a mandar pa' Las Palmas, pero, ¡quién se va a ir pa' Las Palmas! En cuanto a eso del socavón que le comentaron, pues, creo que no hay eso en ninguna parte: Lo cogieron pa' mentirle… o yo no creo: Yo sólo he visto ranchitos cerca del río, pero no creo que ellos se pongan a trabajar tanto, a lo mucho a veces se roban alguna lata para sus ranchitos, pero no creo que hagan más. Y el río Molino era así como es hoy, porque ahí, donde hoy es el hospital, le caía esa agua sucia; hoy en día es limpia esa agua y ya no cae al río porque la canalizaron a una recámara, una recámara que, creo, es de aguas negras[118].

Bueno: Entre todos los negocios que habían en el barrio Bolívar creo que no habían casas de citas: Sólo residencias, hotelitos y cantinas, y en algunas habían muchachas. Por aquí, por esta casa, antes casi no había nadie, pero sí estaba esa casa de ahí en frente, la de la escalinata, y esa era de prostitución: Allí sí había muchachas y uno a veces pedía tres: Una para cada pierna ─me dice entre risas─; pero eso lo quitaron hace años por un memorial: No ve que esas muchachas, que en su mayoría como que venían de otras partes y se ensayaban a ver si podían o no trabajar, no le miento, salían en calzones a un llanito a asolearse y hablar, y una vez llegó una gorda, bien simpática porque yo la vi cuando me iba a trabajar, y les dijo a las otras: "Hubieran visto a ese negro con el que me fui ayer: Tenía una pichota que casi me mata y quedó de venir hoy, pero yo me voy a ir, no lo voy a esperar", y hasta el sol de hoy no se volvió a ver más, entonces, hicimos eso porque había muchos niños pequeños viendo esas cosas, como esticos ─y señala a dos niños pequeños que juegan en la sala─: Ellos son nietos míos, son sanandresanos porque un hijo mío se fue a vivir allá y ahora están acá para estudiar. Y eso de aquí al frente lo manejaba misia

[117] El señor Gutiérrez parece referir y unir esas iniciativas de carácter legal con otras ilegales y mal llamadas "limpiezas sociales". Sin hacer un análisis riguroso de ese aspecto, pues, no es mi propósito, aquí reseño brevemente dos de los operativos que he conocido después de hablar con el señor Gutiérrez y que fueron publicados en el periódico *El Extra*: El primero es del lunes 22 de junio de 2015, en sus páginas 12 y 13, donde se comenta que, durante poco más de un año, la Policía y la fiscalía ejecutaron un operativo que permitió la captura de "La Banda de El Planchón", conformada por dos mujeres y cinco hombres, dedicada al microtráfico de sustancias ilícitas en esa zona y sus alrededores; el segundo es del domingo 16 de octubre de 2016, también en las páginas 12 y 13, donde se comenta que el CTI de la fiscalía desarticuló a "Los Puercos", una banda criminal conformada por una mujer y ocho hombres, también dedicada al microtráfico de sustancias ilícitas en El Planchón y sus alrededores, pero, las diferencias más relevantes, en comparación con la otra banda referida, son: Que esta banda en cuestión tenía un laboratorio para el procesamiento de sustancias psicoactivas en la vereda La Aguadita, en el corregimiento de Cuatro Esquinas, en El Tambo, y que, en sus haberes, tenían veinte uniformes de la fuerza pública.

[118] Nótese la curiosa contradicción sobre el estado del río. Por mi parte, desconozco si se ha hecho esa canalización o si podría tratarse de una Planta de Tratamiento de Aguas Residuales (PETAR) o algo parecido; de lo único que estoy seguro es que, aunque ese hecho pudiera ser cierto, a mi juicio, ese río hoy no es limpio como sugiere el señor Gutiérrez.

Juana, más allá[119] habían otras dos que manejaban Gualangas y misia Berta, pero hace años que eso se acabó: La mujer de Gualangas murió; misia Berta se fue de allí y puso una cantinita en La Trece, pero creo que ambos ya están muertos. Esos negocios eran muy conocidos: Que vamos pa' donde Berta: Vamos; que vamos para La Casa de La Escalinata: Vamos; que vamos pa' donde Gualangas: Vamos.

─Sabiendo eso: No entiendo por qué este barrio se llama Loma de la Virgen.

Ja ja ja. No: Se llama así porque acá arriba hay una Virgen, cerca de la junta de acción comunal, y tenía su altar, pero ahora la reducieron y ahora está como en un cajoncito, pero antes todos los años íbamos y la pintábamos por nuestra cuenta.

Y para concluir, pues, hoy yo veo que la galería está lo mismo: No le han hecho una organización buena; nos quieren quitar para que quede la vía libre, pero yo no creo que nos quiten… pero, dicen que el alcalde ha dicho eso muchas veces, pero como no le informan a uno y el administrador no se ve por ahí para que informe; claro que él qué va a hacer si es un muchachito, un enanito que vive o que vivía por acá atrás, creo que se llama Roger Jiménez: Una vez fui y le conté lo que nos pasa y me dijo: "Vea, don Hernán, hoy en día yo no me meto en nada porque yo no quiero perder mi jubilación": ¡Póngale cuidado a ese administrador! Lo que yo creo es que él debe cumplir con su trabajo hasta el último momento, pero de pronto sólo está bregando por sus intereses y como todo eso de los puestos es por politiquería.

***

[119] Se refiere a que esos negocios estaban más hacia el oriente.

## 7. Roger Jiménez Chicangana

─Entre los raudales de gentes que trabajan en la galería, desde la madrugada o aun desde el día anterior, y sin importar qué tan fría es esta mañana, me encuentro y me pierdo con todas ellas. Tras breves minutos de espera me atiende, como habíamos acordado, el señor Jiménez Chicangana, mencionado al final de nuestra charla por el señor Hernán Gutiérrez. Esta entrevista está adaptada, más o menos, a la misma manera de las historias de vida, y, como la historia anterior, también nace de mi curiosidad por saber qué me puede contar alguien que trabaja dentro de la galería.

***

─Así las cosas, señor Jiménez: Intento hacer una etnografía sobre la historia de este barrio y para ello he hablado últimamente con la gente de la época en que hacían y bebían aguardiente chiquito.

Ah, Los Pitingos.

─Sí: Esos mismos. Dicho eso, ¿usted qué me puede contar de su trabajo y su relación con este barrio?

A ver. Mi nombre es Roger Gonzalo Jiménez Chicangana. Yo no soy de aquí, de Popayán, yo estoy desde el año 70 viviendo aquí en la ciudad; yo soy de un resguardo indígena de Ríoblanco, Sotará. Y, por cosas de la vida, vine a estudiar aquí, en el Liceo Nacional, luego hice una tecnología en el ESAP, pero nunca me gradué, y en últimas me quedé y no me fui pa' mi tierra. Entonces, desde ese tiempo estoy acá, y aquí formé mi hogar, tengo tres hijos y mi señora. Y ahora tengo este puesto y más que ser el administrador, cargo que no existe en el Municipio, esto más que todo es ser coordinador de recaudos, cosa que hago en el momento; pero, antes de entrarte a hablar de eso, quería hablarte, más o menos, de lo que he escuchado, preguntado y hablado con la gente que sabe el historial de la galería: Cómo llegaron aquí y todo ese poco de cosas, y, pues, la gente me comenta de que la mayoría, los más antiguos, los más viejitos hacían parte de la galería del Centro, donde hoy está el Centro Comercial Anarkos, entonces, los sacaron, tumbaron eso y construyeron el Anarkos y los trajieron aquí. Esa zona, a la orilla del río, era monte y toda esa cosa, entonces, para ellos era lejísimos venirse a trabajar desde el Centro al barrio Bolívar, era como si los hubieran traído a una vereda; ellos hicieron pataleo, pero ya no había forma de hacer nada. La gente se vino aquí y se organizó como pudieron: El piso era en tierra, dizque eran unos barrizales bravos, pero aquí llegaban los campesinos, los indígenas del municipio de Popayán y vecinos: Por eso esta gente defiende esto como si fuera propio, porque imagínese que ellos dicen que tuvieron que aplanar y, después, con el tiempo, el Municipio arregló esa vía, que es la vía de Los Estudiantes, y todo ese poco de cosas. Siempre se han quejado de la ayuda oficial, y en cierta parte tienen razón, porque uno se da cuenta con sus propios ojos que hay muchas cosas que no se hacen o no se cumplen y es lo que la gente verdaderamente necesita, como la comodidad para que trabajen bien. A raíz de todo eso aquí se

han venido presentando muchos daños por las avalanchas con el río Molino: Ellos me comentan de que aquí se les ha salido el río y se les ha llevado los productos y de las que yo más o menos me acuerdo es de una que hubo hace unos dos o tres años y la más dura ha sido la del 24 de diciembre de 2013, porque todo lo que había en la Avenida de los Estudiantes se lo llevó el río y lo que no se llevó eso se dañó, se perdió todo, inclusive se entró el agua en los dos pabellones de la galería, cosa que antes no había pasado, y el agua llegaba al nivel de las mesas de las cocinas en ambos pabellones, entonces, los que dejaron las remesas acá adentro también fue una pérdida. Ellos dicen que, desde hace tiempo, se le está pidiendo al Municipio un tratamiento especial con el río, y el Municipio tiene que ver eso, pero también tiene parte la CRC y toda esa cosa, pero hasta ahora no se le ha hecho un trabajo serio para tratar de evitar estos problemas a la gente[120]. Creo que en la del 24 fue cuando más trabajo se vio, porque el Municipio no tiene maquinaria y tuvo que conseguir maquinaria y tuvieron que dragar el río en varias partes, pero lo más probable es que este problema se vuelve a presentar, tarde que temprano se vuelve a presentar porque, dicen los más antiguos que, aparentemente, el río no pasaba por allá sino que pasaba más acá[121], o sea, se le robaron esa parte al río y el río, cada que puede, la recobra, como venganza. Entonces, eso se han dado cuenta. Y, fuera de eso, no he visto personalmente, pero me han mostrado que, por la vereda Santa Bárbara, por donde pasa el río Molino, yendo hacia allá, como para un sendero que es muy conocido, hay una loma a mano derecha y otra loma a mano izquierda, y los que han ido a ver eso dicen que tarde que temprano eso se vendría y taparía el río, entonces, imagínese dónde se llegara a dar eso: Se va a represar el río y después se viene llevando todo lo que pueda[122]; por esa razón el Municipio quiere sacar a la gente de El Planchón y la Avenida de los Estudiantes y se los piensan llevar para la galería de Las Palmas[123].

---

[120] Aunque las iniciativas no son del todo nulas: En *El Extra* del jueves 9 de julio de 2015 se comenta que, la oficina de Gestión del Riesgo, a través de su representante Hernán Varona Silva, inició un taller de prevención sobre las medidas que los habitantes deben tomar frente a una inundación del río Molino.

[121] Más hacia el occidente geográfico.

[122] El periódico *La Campana* del 29 de mayo de 2015 dedica varias páginas a comentar un estudio técnico de nombre Estructura Ecológica Principal de Popayán, el cual, según se lee, será uno de los soportes para el nuevo POT; la investigación de carácter interdisciplinario fue liderada por Óscar Calvache Rojas, ingeniero, y la misma identificó, según sus criterios, treinta y tres elementos, priorizando diecisiete, y destacando el proyecto de Julumito, el cual contempla la opción de hacer una hidroeléctrica en Julumito represando el río Saté y, tal vez, el río Blanco y el río Cajibío; junto a esto también se comenta la posibilidad de construir una lámina de agua, a 5 kilómetros del río cauca, y 13 kilómetros de playa para construir hoteles, zonas de recreación náuticas, como para la pesca deportiva, amén de un jardín botánico. Ante el reconocimiento de la poca factibilidad de esta ciudad para llegar a competir eficientemente con otras partes del país mucho más industrializadas, ese curioso proyecto intentaría fortalecer el turismo e iniciar la creación de una vocación turística para este municipio. Expuesto gran parte del contexto, casi al final se anota lo siguiente sobre el río Molino:

> El estudio encontró que la extracción de arena y grava en el sector de Pueblillo ha ido variando el curso del río Molino con gran riesgo de avalanchas. Ojalá, dice el ingeniero Calvache Rojas, se pueda cambiar el uso de materiales de río en la construcción por materiales de canteras. Popayán cuenta con minas de arena, pero no se han explotado adecuadamente por tener el río a la mano y sin que cueste obtener esa materia prima. La arena de río es húmeda y puede contener elementos orgánicos. Lo que hace que el concreto sea menos resistente y se desgaste más rápido (página 20).

[123] Hasta el momento en que escribo estas palabras, este tipo de propuestas, que de fondo son más o menos una sola, no se han ejecutado. Viendo y oyendo la Historia parece ser un plan de usanza recurrente e infructuoso: El

—¿Qué sabe de esa iniciativa?

Eso ha de estar en el Concejo Municipal y además creo que el alcalde[124] tiene que firmar un decreto y como que ya está listo, y creo que también se ha metido trabajo en la galería de Las Palmas para acomodar la gente allá, pero la gente no quiere irse. Lo que se pretende es reubicar El Planchón, luego, la carrera quinta y, luego, la calle segunda, que es esta calle de aquí al lado que está invadida[125] y no quedaría sino lo que está techado; entonces, la gente se agarra a analizar y dice: Esa gente se va y todos los negocios que hay acá dentro, sobre todo los de las comidas, pues, se pueden ir a pique. Y en eso están, pues, es un problema social. Aunque, en la administración del doctor Navia, la intención era quitar todo esto de un tacazo, que aquí no hubiera ningún espacio de galería, pero una organización sindical que hay acá adentro colocó una acción popular y se la ganaron y por eso no se fueron. Y aunque la galería articula muchas cosas aquí en el barrio Bolívar, también ocasiona un problema: El desorden, desorden de basura y demás: Falta conciencia en la gente que viene a comprar y la que viene del campo y la que viene a trabajar aquí todos los días. A ellos se les ha explicado más o menos eso del manejo de basuras, pero, creo que eso debe hacerse un trabajo fuerte y continuado, porque de lo contario no va a servir; no ve que eso les dura unos días y después ya tiran la basura en cualquier parte, los de las carnicerías tiran los huesos a la calle o a la orilla del río y eso ocasiona de que haiga roedores, perros e indigentes y malos olores, entonces, eso ocasiona sobre todo un problema a la gente que vive en el barrio Bolívar, porque los otros sólo vienen a trabajar y ya se van en la noche a sus casas. Acá también hay un problema con la venta de alucinógenos, y aunque el año pasado hicieron unos buenos operativos y cogieron gente, pues, eso decayó otra vez y la Policía no continuó como debía hacerlo: Todo el mundo tiene que ver con el desgaste de este sector.

Bueno. Ya hablando de lo que me corresponde aquí, yo te decía que el cargo de administrador no existe, aunque muchos así me digan: Yo soy coordinador de recaudos y tengo tres personas que me ayudan en eso todos los días y todos los días se recauda el arrendamiento de los locales, como la panadería de la esquina; las cocinas, que pagan con una tarjeta y pueden pagar diario, cada diez o cada quince días y a veces de forma mensual, y si vienen o no vienen, los de la tarjeta tienen que pagar, en cambio la gente que paga con una boleta, pues, viene sobre todo los días de mercado y el registro no es tan detallado como el de las tarjetas y a veces eso es un problema porque la gente no guarda el tiquete y así a uno le queda muy difícil saber si pagaron o si no, y uno les dice que también pidan el tiquete, pues, puede darse el caso de que lo vuelvan a vender; hecho eso se hace un acta y va y se consigna al Banco de Occidente. Un error que se ha cometido es que, desde administraciones pasadas, comenzaron a cobrarle a la gente que está en la calle, en el espacio público, y ellos no debían recibir el pago ni dejarlos construir en la

---

mercado, que hace muchos años se hacía en la plaza principal, hoy plaza de Caldas, se trasladó a la inexistente plaza de mercado o galería del Centro, que fue demolida, como se anota en varias historias de vida y en otras partes de este documento, por Álvaro Caicedo, muy probablemente durante alguna de sus alcaldías o trabajando para alguna alcaldía.

[124] Otra vez: El alcalde referido es Francisco Fuentes.

[125] Él usa las direcciones pretéritas: Hoy esa calle sería la calle octava norte.

Avenida de los Estudiantes ni en el separador ni en la calle segunda, porque, a razón del pago, se adjudican derechos legales, pero también entra en juego el derecho a un trabajo digno. Y hay gente de siempre, gente nueva, otra gente que viene un día y se va, otra que sólo viene los días de mercado y hay algunos que pagan y otros que se niegan a pagar, y los que pagan se quejan de los que no pagan, y si nosotros los tratamos de presionar para pagar, pues, habría que decomisarles, pero ellos van a decir que si les decomisan a ellos por qué no le decomisan a todo el mundo, porque estamos en espacio público, entonces, eso es un problema que se le salió de las manos al Municipio hace mucho tiempo. En el momento ya no se ha dejado construir más, pero el daño ya está hecho.

—¿Y los comerciantes de la galería qué pueden vender en sus locales?

Hay un decreto, el 0397 del 2008[126], donde se especifica eso: Si se tiene una cocina no se puede cambiar a otra cosa, como venta de minutos, o si tienes un granero no lo puedes volver cocina, y así con cualquier ventolera; creo que se puede intentar el cambio solicitando por escrito a la Secretaría General del Municipio de Popayán, pues, son ellos quienes pueden determinar eso. Hace unos diez o quince años o más esta plaza era súper buena: Tú encontrabas todo lo que quisieras, esas mesas de carne estaban llenas de vendedores y de compradores y así con muchos otros negocios, pero eso fue decayendo y la gente dejó de venir, pero no sé por qué. La gente de aquí es muy trabajadora: Llegan desde la cinco de la mañana y a veces, a la hora de la salida, es decir, cuando ya vamos a cerrar, hay que sacarlos porque no se quieren ir, pero, no hay mucha organización y a eso se suma que el trabajo ha decaído por la aparición de las placitas[127]. Y la gente no se quiere organizar, en parte porque dicen que desde hace más de cincuenta años, que es lo que llevan los más viejos acá, les están diciendo eso, pero no se dan cuenta la capacidad que tienen para aprovechar y que el trabajo ha disminuido. La otra vez insinuaban ampliar el horario de cierre, como tantos estudiantes vienen a desayunar y a comer, pero falta empuje en la organización para que la galería crezca y mejore. Hubo un tiempo en que la administración de la galería estuvo en manos particulares, creo que durante la alcaldía del señor Víctor Libardo Ramírez[128], y él se la entregó a unas cooperativas: Eso fue el peor error, porque ellos permitieron que hicieran construcciones que no debieron hacerse, como esos locales extramuros que se entran hacia la galería, y las casetas y todo eso que ya mencioné, y al final de esa misma alcaldía se recuperó la galería de los particulares y los ingresos de recaudo mejoraron. Si vos como comunidad estás organizado y le llegás a una administración o a una entidad oficial, pues, vos vas a conseguir muchas cosas; es difícil, porque tienen que poner oficios, derechos de petición, tutelas y todas esas cosas, pero eso funciona: He visto muchos barrios que logran pavimentar sus

[126] No pude hallar ese decreto.

[127] Con "placitas" se refiere a plazas de mercado privadas: Por su auge reciente e ingente, y por cierto halo de ilegalidad comentado por muchas personas del común, creo que ameritan una investigación a profundidad.

[128] Como anotación no tan ajena al tema: Este señor, durante su alcaldía, sugirió la desatinada idea de hacer del Puente del Humilladero un puente automovilístico: Por razones ajenas a mi voluntad he perdido varios recortes de periódicos, entre ellos, aquél que registraba eso; y en otro de esos recortes, pero de años más recientes, también se comentó el robo de una máquina que registraba el volumen del río Molino.

vías y ¡tan!, logran esas cosas. Eso les corresponde a ellos, porque yo no puedo hacer un derecho de petición a mis jefes ni ninguna de esas otras cosas. Porque si los representantes políticos fallan, y si sólo nos limitamos a hacer un cacerolazo y pare ahí, ahí queda, y si seguimos así no lograremos mucho, pero si insistimos organizadamente, tal vez, tal vez, podríamos lograr algo. Pero es muy difícil porque si usted va a denunciar a alguien, ese alguien pega la carrera donde su padrino político y él lo ayuda, y como son tantos los casos y tantas las talanqueras que ponen, pues, organizacionalmente, un grupo mediocre como este de acá no puede hacer mucho frente a ese sistema que tienen ellos. Y yo, como vengo de un barrio popular, pues, en un inicio vengo con deseos de hacer cosas, como de meter la mano, porque yo en un tiempo trabajé en las juntas de acción comunal, pero llego aquí y ¡tan!: Me doy cuenta que la gente necesita capacitación, entonces, nos vamos al SENA y conseguimos unos cursos y la gente y ¡tan!, pero lo único que se logró fue hacer uno de manipulación de alimentos que se hizo acá, al interior de la plaza de mercado, y luego conseguimos una escuela para que la gente fuera y la gente no nos cumplió. Yo voy y le pregunto a alguna de ellas, de las cocineras: ¿Cuánto dinero invierte usted en un plato de sancocho?, y no saben responderme, no saben bien cuánto se ganan en el día y eso es un problema, porque la mayoría de todos los de la galería son muy desorganizados y perezosos para prepararse o hacerse respetar, y si nombran dirigentes para que los representen, pues, los dejan solos, y luego se quejan que no hacen nada, pero esas cosas se tienen que hacer en grupo, eso no se puede hacer individual: Uno solo no hace nada. Como ser humano lo mínimo que usted puede pedir es dignidad en su trabajo, por ejemplo: Usted ve a la gente de La Esmeralda, la gente que está en La Carbonera, cuando llueve es un barrizal completo y ellos bien frescos con las ventas de frutas y todo eso ahí, y eso no es digno y, sin embargo, ellos están felices así, sacan lo del día, y no se preocupan por nada más. En otras galerías la cosa es distinta, como la galería de La Trece, que ha mejorado mucho por la organización de la misma gente: La vigilancia la pagan los usuarios de las galerías, no el Municipio, aquí se contrata una empresa: Los de La Trece es una vigilancia comunitaria y eso fue por iniciativa de un señor que vendía papa y dijo: "Hola: A esto hay que meterle mano", y se organizaron en grupos y ellos mismos hicieron la vigilancia; allá en La Trece cogen a un ladrón robando dentro o cerca de la plaza y le dan es coscorrones todos: Aquí sale un ladrón corriendo y lo que hacen es hacerse a un lado para que el ladrón salga a la calle rápido y se pueda volar, sobre todo los días de mercado; creo que esa vigilancia de ellos o esa iniciativa tiene reconocimiento a nivel nacional, aunque no sé más al respecto y como que ha sido muy bueno también con la Policía, porque llaman y llegan en seguida, en cambio aquí llamamos y llegan cuando ya lo que no tenía que pasar ya pasó.

Como le dije, antes la plaza también tenía problemas, pero funcionaba un poco mejor, pues, cuando yo estudiaba, uno venía a comer el caldo de pescado, el caldo de cola, el sancocho de pescado y todo eso era algo especial, o uno venía a mercar y se daba cuenta que esto era lleno de mucha gente trabajando y vendiendo. Y creo que lo de recaudo no ha cambiado mucho y no sé si había cargo de administrador, porque nosotros, como le dije, no tenemos estudios de administración; uno viene aquí es a recaudar y parece que al Municipio sólo le interesa que uno cumpla con los topes de recaudo, porque cuando uno se está quedando lejos del tope ahí si lo

llaman tres días antes. Si nos organizáramos, embelleciéramos los sitios de trabajo y ellos entendieran mejor cuánto invierten y cuánto deberían ganar, pues, todo sería mejor: En otros países las plazas de mercado sí funcionan bien. La otra cosa de la que siempre se queja la gente es que llegan estudiantes de la Universidad del Cauca y de otras universidades y de carreras como comunicación social, antropología, psicología, sociología, derecho y demás, y hacen trabajos aquí y desde que he trabajado acá, hace unos años, yo les digo que sí, que pueden hacer sus trabajos, pero, les pido el favor que dejen aportando algo, pero muchas veces no lo hacen y a la gente eso no les gusta y eso también les cierra las puertas; se parecen a los médicos que llegan y aprenden con los más pobres y después les cobran para volverlos a atender ─me dice entre risas─; pero hasta ahora no he visto el primero que nos haya traído algo de esos trabajos. Y esos trabajos son muy necesarios, y también algún análisis socioeconómico: Hace tiempo me he estado fijando que acá hay mucha gente de la tercera edad que te vende será lo del almuerzo y he oído propuestas como para darles algunos dineros, para pagarles a ellos porque no pueden trabajar o ya es muy mínimo lo que pueden hacer acá; también hay menores trabajando y madres cabeza de familia, más los problemas que tienen en sus casas, donde a veces los hijos se les han salido de las manos: Son drogadictos, tienen problemas con la justicia: Es un problema que no sólo nace aquí; fuera de eso la gente que viene de las veredas, los campesinos y los indígenas, y lo que uno sabe es que vienen de Totoró, de Piendamó, de Timbío, de El Tambo, del Huila, de Coconuco, de Puracé, de Gabriel López, de Cajibío, de Pasto, y muchos otros sitios. ¿Y quién hace un trabajo que permite aprovechar todo eso? Pues gente como usted: Los sociólogos, los antropólogos, los técnicos, pero si se los dejan al politiquero de turno, pues, ese *man* no va a hacer nada. Creer que vos como ser humano sos importante, que lo que te está pasando no es por ninguna voluntad divina, es por una desorganización, y de pronto tiene la culpa uno mismo y también los otros de más arriba. Uno debe trazarse metas: Yo trabajé en la oficina de Control del Espacio Público, a los vendedores ambulantes me tocaba decomisarles: El trabajo más bravo que hay dentro de las funciones de los empleados del Municipio: A mí me tocó eso; dentro de eso había gente contemporánea mía que vendía en la calle, gente que nos conocimos jugando fútbol en el barrio, y fueron sardinos igual a mí, y uno, por cosas de la vida, no es que haya estudiado, pero en mi familia he dado ejemplo y ella me ha dado ejemplo, porque yo viví en un ranchito, hermano, y yo les digo: Yo nací igual a ustedes, bien arrancado porque vivía mal en un barrio, mi papá no tenía trabajo, entonces, eso era un problema cada que perdía el trabajo, y era duro y todos nosotros éramos como siete hijos, pero veníamos con esa consciencia era de estudiar, aunque a mí se me acabó la gasolina en mitad del camino, pero mis hermanos todos son profesionales y la única manera de salir de ese ranchito en que vivíamos fue cuando ellos fueron profesionales: Ellos se encargaron de tumbar todo ese rancho y hacer una casa y nos acomodamos y la forma de vivir fue diferente; yo le decía a mi mamá: Mirá, en ese tiempo no te podías dar el lujo de ir a la galería, había que ir a comprar un huesito y echarlo unas cuantas veces a la olla para hervir y que le diera sabor a carne, y ahorita, con mis hermanos que te dan, podés ir todos los días si querés ir a la galería. ¿Y cómo nos cambió la vida?: Porque la gente estudió. ¿Qué pasa con los vendedores ambulantes que te digo ahora y varios de los que

conozco? Pues que ellos ya tienen hijos y, como vender en la calle no es tan malo, porque la gente gana su billete, entonces, eso pega en el hijo y la mujer que consiga, y del hijo eso pega en el nieto, y uno les pregunta: Ve, ¿y por qué no los mandás a estudiar?, y me dicen: "No, hermano: En la calle es donde se gana el billete". Eso viene una cadena la verraca y no se va a cortar si uno no estudia. Y uno les dice: ¿Usted por qué bota basura en las alcantarillas y responden: No, es que para eso le pagamos a la gente de Serviaseo. ¡Imagínese! Y hace días tuve esa misma conversación con un guambiano y me respondió lo mismo, y yo le dije: Hermano, cómo ha cambiado usted, porque yo estuve trabajando un tiempo con los guambianos, y la organización de los guambianos es envidiable y ellos allá no van a botar así la basura; ellos sí quieren la mama tierra, entonces, ¿por qué no ves que es la misma tierra de acá?, ¿por qué no la respetás de la misma manera? Se quedó callado y después me dio la razón. El problema es de educación: Querer y amar la naturaleza que es la que nos tiene vivos; y también enseñarles a los vendedores ambulantes que no todo es vender en la calle y que es útil y necesario estudiar.

***

─Acabo la entrevista extrañado de su amabilidad y de un tuteo y un voseo indiscriminados, y también me quedo pensando en sus acertadas interpretaciones de la realidad y en otros comentarios graciosos, por lo genuinamente lógicos e ingenuamente ilógicos.

## 8. Luz Ángela Fernández

─Llevo varios minutos de esta tarde intentando hallar, entre todos estos negocios, la dirección de la señora Fernández y no lo logro. Por suerte una vecina de ella ─quien me dice que se llama Rosa Chagüendo─ me ayuda a encontrarla. Con ella entramos a una casa larga y fresca, que está casi a un lado de una peluquería llamada Fígaro. Allí también están su hija, que se llama Socorro, y una muchacha que les ayuda, pero la conversación será sólo entre doña Rosa, la señora Fernández, quien está delicada de salud y en cama, Socorro y yo.

***

─¿Me puede decir su nombre?

Luz Ángela Fernández, me tiene a la orden ─me dice con la sorpresiva ternura que da cuenta de la vida en todos sus años─.

─Ay, muchas gracias. Y, ¿se acuerda en qué año nació?

En el año de 1925, el 21 de julio, aquí, en Popayán, en el barrio Bolívar, pues, mi madre siempre vivió aquí.

¿Usted no nació en La Pamba? ─le pregunta Socorro─.

Ah, sí: En La Pamba vivió mi mamá y allá nací.

¿Y cuándo se vino a vivir acá, mamá?

Como desde muy niña, como por ahí de siete años sería.

─¿Y sus papás en qué trabajaban?

Mi papá era maestro de albañilería: Se llamaba Salvador Andrade…

Eso, mami. ¿Y mi abuela cómo se llamaba?

Mi mamá se llamaba Hermincia Fernández y era ama de casa. Mis abuelos no viven, ya murieron, y los nombres de ellos eran Aparicio Fernández y Mercedes Medina de Fernández: ellos son de por el lado de Los Anayes, de por allá de un caserío, cerca de El Tambo.

─Y, ¿desde que se vino a vivir a este barrio siempre ha vivido en esta casa?

No, en este barrio hemos vivido en varias casas, como éramos arrendatarios, no propietarios. Yo estudié en la escuelita de aquí, en la Gerardo Garrido, en ese tiempo era mixta.

¿Sí, mami?, ¿no sería en la Filomena Segura?

No, creo que no: Recuerdo a Trinidad Santacruz, muy buena profesora ella, y habían dos o tres profesoras más en la Gerardo Garrido y estudié hasta tercero, y después en… ¿cómo era que le llamaban?, ¿Filomena Segura?

Mamita: Es que yo creí que la escuela Gerardo Garrido era solamente para hombres.

No: Era mixta. Y allí hubo mujeres, allí, en el parque Mosquera, hubo la escuelita que era de mujeres.

La Filomena, mami.

Eso: Allí hice los primeros años hasta tercero, y de allí ya me matricularon en el colegio San Agustín, que todavía existe, y de allí no recuerdo más del barrio Bolívar.

¡Ja ja ja ja, del barrio sí recuerda, mamita!

Ah, del barrio, sí, porque aquí viví y todo eso.

Y aquí en la casa, mamita, ¿cuánto hace que vive?

Más de cincuenta y siete años, hace bastante.

─Sí: Bastantes, doña Luz Ángela. Y, de sus primeros años en este barrio, ¿qué es lo que recuerda con más cariño?

Que aquí toda la gente ha sido muy unida, los vecinos han sido muy buenas personas, como Rosita, que es una de las viejas antiguas de este barrio, y yo.

Ah, ya me dijo antigua y vieja ─dice doña Rosa─ ja ja ja ja, mentiras, mi cachetona, carajo ─y la chocholea como la niña que es─.

Mami: Cuéntenos lo que recuerda del Ferrocarril y las cosas que hubo.

El Ferrocarril estuvo durante años y La Estación… ¿figura o ya no figura?

Ya no figura, mami.

Allí, en La Estación, los primeros muchachos que se levantaron, como mi hermano, Salvador Fernández, y que estudiaban en la Garrido, eran maleteros y eran un poco, la mayoría de los muchachos de por aquí: Los Galvis, los Fernández, los Vidal y muchos más, pero ya no me acuerdo de todos los apellidos, y después de estudiar, cuando llegaba el tren, todos corrían a coger maletas y recibir pasajeros para acomodarlos en los hoteles o residencias de por aquí cerca, y eso hacían como hasta los quince años, porque ya de allí se iban a estudiar al Liceo, o donde pudieran, o se iban para la universidad. Yo tuve dos hermanos del mismo papá y de la misma mamá, pero no recuerdo a los otros hijos de mi papá.

Lo que pasa es que mi abuelo tuvo tres mujeres y con todas ellas tuvo hijos ─me dice Socorro─, entonces, como tuvieron sus propias familias en otras partes, pues, ella se confunde más.

─Entiendo. Y, doña Luz Ángela, ¿usted a qué edad se casó?

Cuántos años tendría…

A los veinticinco, mami.

Ah, sí: Yo me acuerdo de ese matrimonio: Se fueron de luna de miel para Pereira ─dice doña Rosa, mientras los cuatro vemos, ahí mismo, en su habitación, las fotografías de su matrimonio─.

─¡Qué bonitos!

Sí, claro que sí, yo también estuve en la misa ─vuelve a anotar doña Rosa─.

Haciendo un paréntesis ─dice Socorro─: Mi abuelita preparaba comida a los estudiantes.

Ah, sí ─comenta doña Luz Ángela─: Una vez vinieron de Bogotá los que hicieron eso de Bavaria[129] y, el tiempo que duró la construcción, ella les dio la alimentación a los rolos. Y duró años dando alimentación y le pagaban quincenalmente o mensualmente, y también fiaba, daba facilidades y eran muy cumplidos con los pagos. Era usual que hubiera eso en las casas de familia.

─Eso he notado. ¿Qué me puede contar de su esposo?

Ah, él se llamaba Gerardo Gonzáles, yo lo conocí en la casa porque él era comensal y él trabajaba en la Zona de Carreteras, y la familia de él vivía en Palacé, por allá por La Cabuyera, y entonces nos enamoramos, fuimos novios y nos casamos, y tuve mis hijos, y mi esposo salió muy bueno, fue muy buen esposo hasta que murió y ya me quedé con mi mamá.

No, mami: Mi abuela se murió primero.

Ah, verdad: Me quedé con mi hermano, Salvador Fernández, y él se casó con Luz Sánchez.

No, mami: Con Luz Fernández.

Eso: Con Luz Fernández.

Que también era de apellido Zemanate ─dice doña Rosa─.

─¿Y sus hermanos qué hacían?

Ellos trabajaban en albañilería, todos ellos, como mi papá.

[129] Para quien no lo sepa: Bavaria es una cervecera.

Mi tío Salvico trabajó también en el distrito, mamá.

Ay, sí: También en la Zona de Carreteras, como mi esposo.

Eso se llamaba Zona de Carreteras y luego Distrito de Obras Públicas Nacional y luego, creo, Instituto de Vías. Eso quedaba en frente de las Salesianas[130], porque antes quedaba ubicado en frente de la plaza de toros[131], allí trabajó mi papá, y después lo pasaron a donde le dije y ahora como que se llama INVIAS ─nos dice Socorro─.

─¿Y cómo eran las casas aquí en este barrio, doña Luz Ángela?

Las casas eran pajizas y algunas de teja, según fueran pudientes o no.

─¿O sea que había peligro de incendios en las pajizas?

No, en ese tiempo no había gente mala ni nada de eso y éramos muy unidos y no había peloteras; todos éramos muy amigables y cuando algo le pasaba a uno ahí estaba el otro para ayudarle: Todos éramos muy serviciales aquí en el barrio Bolívar.

─ Y, ¿a cuáles vecinos recuerda más?

Me acuerdo de Marciana Guevara, de Moralba Guevara y de Arturo Guevara, que era el hijo, y de Iliana Guevara, que era hermana de Marciana Guevara, y me acuerdo de la abuelita de ellas, pero no del nombre. Y por aquí todos eran Guevaras, Fernández, Andrades, Galvis, Santacruz, Velasco y otros, muchos más que se han ido a otros barrios.

─¿Cómo era el barrio Bolívar antes de que trasladaran la galería?

Pues, este barrio era con La Estación, mijo… ¿eso todavía existe allí?

No, mamita.

Los rieles será que existen.

Noooo, tampoco, mamita.

¿Nada de eso? No, ya no me acuerdo. Pero, en donde hoy es la galería creo que habían casas y hoteles comunes y corrientes.

Acuérdese, mamá, que por ahí estaba eso de los Montenegro[132].

Ah, sí, hoteles, algunos almacenes de ropa, tiendas, graneros, zapaterías, cafés.

---

[130] Se refiere a parte del área comprendida entre las carreras sexta y novena entre las calles veinticinco norte y veintiséis norte.

[131] La plaza de toros queda entre las carreras novena y décima A y entre las calles trece y catorce.

[132] Me parece que se refiere a la familia Montenegro, de quienes ya anoté algo en el segundo capítulo al tratar una presunta etimología de la palabra “Pitingo”.

─¿Y qué tal era la comida en esa época, doña Luz Ángela?

Bien: Aquí ha habido buena comida porque ha venido la gente de Timbío, de El Tambo y de los alrededores, donde tenían sus fincas con sus platanales y todas esas cosas comestibles, y salían a vender aquí, al mercado principal, el día viernes.

Y a veces traían las cosas y la gente en caballo, y a los caballos los amarraban en las mangas cercanas al río y también en las casas que había por aquí ─dice doña Rosa─.

Espere un momentico le damos unas pastillitas a mi mamá.

…

Sí, amarraban los caballos donde le dijimos y no había carretera sino un empedrado ─dice doña Rosa─.

Los amarraban en unos pilares que habían en las calles y nadie se los robaba, y antes la galería era en el Centro, donde hoy es el Centro Comercial Anarkos. Sí, era muy buen mercado: Todos íbamos para allá y tenían sus mesas de cemento muy bien organizadas ─dice doña Luz Ángela─.

Lo que pasó fue que, por ser galería, también estaba como está esto hoy por aquí y los alrededores, sin embargo, esa galería era muy sucia, muy descuidada y eso tenía patios que se empozaban cuando llovía y parecían piscinas. Y al principio la gente no se quería pasar para acá, y ahora este barrio es como lo que sucedió en esa parte del Centro: Muy sucia por los indigentes, por los basureros, por la atracadera y todo eso ─nos comenta Socorro─.

─Curioso lo que dicen. Ligado de alguna forma a eso: ¿En su época podría decirse que no había vicio o no tanto como ahora?

De pronto era algo muy escondido, no como ahora. Sí había cantinas, bebederos y escondites, pero sobre todo para tomar trago y las casas de citas, donde se iban a divertir, a bailar, todo a escondidas ─dice doña Luz Ángela mientras se ríen ente las tres─.

─¿Y allá qué música colocaban, doña Luz Ángela?

Boleros, tangos y música de cantina, música muy alegre.

Y aquí al lado ─dice doña Rosa─ había un bar que se llamaba El Volante: Varias veces saqué a mi marido de allí. En ese tiempo yo vivía donde La Mona.

Eso ponían mesas, asientos y a sonar la radiola ─dice Socorro─.

La radiola que tenía una corneta así ─y doña Luz Ángela hace con sus manos la forma cónica del aparato─.

¡La fonola! ─dice doña Rosa─.

La ortofónica, la vitrola ─vuelve a decir doña Luz Ángela─.

Y unas en las que uno metía una moneda y sonaba un disco[133] y tenían sus colecciones ─concluye Socorro─.

Y allí, en esos lugares, habían señoras que atendían el bar, a los señores ─concluye también doña Luz Ángela─.

En ese tiempo les decían las coperas ─me dice doña Rosa mientras todas se ríen─.

─¿Acá había muchas casas de citas?

No, casi no: Eso estaba ubicado en La Zona, por allá, por las calles once, doce y trece. Sí habían cantinas, como le decimos ─me dice Socorro─.

─Eso de La Zona aún más o menos existe. Por otro lado, ¿cómo era el río Molino, doña Luz Ángela?

Común y corriente, como ahora.

No, mamá: Era limpio, eso se iban a bañar y a lavar ropa.

Sí: Nos íbamos a bañar allá a las cinco de la tarde, con La Mona y varios de acá ─dice doña Rosa─.

Ah, sí, en La Pailita ─apunta doña Luz Ángela─.

Usted, mamá, no nos dejaba ir a bañar ni a lavar ropa.

Ay, sí. Y Salvico, mi hermano, sabía nadar y se tiraba de una parte alta, como que en tarabita, pero en un sitio que se llamaba La Cabaña, por donde pasa el río Cauca.

Ay, sí: Yo tenía siete años ─nos comenta Socorro─ y me daba miedo cuando mi tío, el papá de Maribel, hacía eso. Allá, en La Cabaña, se hacían los paseos de domingo de todo Popayán, y todo el mundo ya tenía su lugar para dominguear.

Y también íbamos a Los Dos Brazos ─dice doña Rosa─.

─¿Y usted a dónde iba a bailar, doña Luz Ángela?

En La Cabaña también bailábamos, allá había bailadero.

¿Y cuándo la invitaban a fiestas, mami?

[133] Los aparatos referidos parecen ser distintos, pero, más o menos con el mismo fin; en mi casa creo que solían decirle "rocola".

Íbamos bien vestidas y el permiso para ir era muy distinto: Si tenía mamá, iba con la mamá; si tenía un hermano, iba con el hermano; si tenía papá, iba con el papá; si tenía un tío, iba con un tío, pero nunca íbamos solas.

Y si le decían a uno a tal hora era a esa hora, no a otra; "Y aquí escupo, y si cuando llegue la escupa está seca es que se demoraron" ─anota doña Rosa su curiosa exageración─.

Yo gocé bastante ─nos comenta doña Luz Ángela─ porque mi mamá me llevaba a las fiestas y mi hermano también y le gustaba bailar y era muy fiestero, pero todo muy decentemente, porque se cuidaba mucho a los hijos en esa época, hasta se les ponía un pañuelo entre las manos cuando bailaban…

Pero, de todos modos ─dice Socorro a manera de intervención─ los hombres y las mujeres solían tener hijos sin estar casados y a veces de varias personas, como todavía ocurre…

Pero hoy nos escandalizamos ─completa doña Rosa─ sabiendo que eso ya pasaba y era bastante frecuente.

─Tienen mucha razón. ¿Y cómo eran las fiestas en diciembre?

Casitas alegres con nochebuenas, rosquillas, manjar blanco y muchas cosas más, y se repartían los platos de vecinos a vecinos y, en las casas, sobraba la comida. Éramos muy unidos, pero con el tiempo ya cambia la gente, se van para otros barrios, para otras ciudades que están en mejores condiciones y ya cambia la vida.

Mami: Cuéntele que doña Rusita tenía un hotel.

Ah, sí: Como a una cuadrada de acá, ella se llamaba Rusita Mera y el esposo Francisco Alcuir, y ellos compraron esa casa, que era grande como para un hotel, y allí se quedaba la gente que venía del Valle, de Cali y de diferentes partes, y los atendían muy bien, era una casa de familia muy decente y ellos hacían todo, y todo era muy aseado, muy limpio y bien arreglado. Y les iba bien como venían estudiantes del Chocó y otras partes: De aquí salió mucha gente bien instruida, como médicos, profesores, ingenieros y demás.

¿En esa época quiénes estudiaban en la universidad, mamá?

Los más pudientes, pues, siempre era costoso.

─Claro. Ahora es un poco más fácil. Y, por otro lado: ¿Usted hasta dónde alcanzó a montar en el tren?

Yo fui hasta Buenaventura y, con unos padrinos, los dueños del hotel que le digo, al Milagroso de Buga: Me llevaban mucho a conocer Buga, y ellos también me llevaron a Las Lajas, pero allá fuimos en carro, había pocos en esa época y les decían berlinas. En tren también fui a Cali y a Pereira.

El que tenía carro era el que más tenía plata ─dice doña Rosa─.

En esa época, cuando usted se iba a pasar la calle, era el carro que antes le hacía la venia para que pasara. Así era ─anota Socorro─.

Ahora, cuando iba una persona mayor por el andén, las personas más jóvenes le daban el andén, no como ahora ─completa doña Rosa─.

Y cuando venían visitas a la casa nosotros, los hijos, no podíamos estar en la sala con la visita ni nada, eso era chao, pa' dentro ─comenta Socorro desde su infancia─.

Ya los tiempos pasan y algunas cosas van cambiando ─responde doña Luz Ángela─.

Mamá: Cuéntele cuando usted trabajaba.

Ah, sí, mijo: Yo trabajé en la Licorera del Cauca con ayuda de un político y me salí de trabajar cuando mi esposo consiguió un mejor trabajo.

─¿Y sabe algo del aguardiente chiquito?

La verdad es que del aguardiente chiquito no sé nada ─me dice con rapidez y un recelo inesperado─.

Pero aquí sí lo hacían: Recuerdo a una señora que se llamaba Tránsito ─anota Socorro─…

Pero ellas ya murieron ─responde, ahora sí sólo con rapidez, doña Luz Ángela─, también estaban Concha, Tránsito y otras, pero dicen que era un aguardiente muy bueno, tan bueno como el de la Licorera. Eso lo hacían con panela y anís, creo, pero no me acuerdo de eso.

Mi abuela hacía eso ─nos dice Socorro para ampliar la información─, pero yo estaba muy pequeña y eso lo volvieron a hacer de mentiras para unas Fiestas de Pubenza en una carroza, pero eso no llevaba nada de químicos, aunque no sé cómo ponían el anís, y también recuerdo que usaban una paila de cobre, tubitos, embudos y otras cosas[134].

Creo que eso se descontinuó por eso de la celaduría de las rentas: No ve que le hacía mucho contrapeso a la Licorera ─concluye doña Rosa─.

─¿Y eso lo hacían en su mayoría mujeres o también hombres?

[134] Omitiendo el yerro de Socorro al afirmar que no tiene químicos, pues, es uno común, quiero enunciar, como juicio personal, dos cosas que se irán comprobando más adelante con todas la historias de vida: Primero, que, para pesar de muchos de nosotros, la destilación de aguardiente en ese barrio, hoy día y hasta donde sé, ya es inexistente; segundo, que los pocos que recuerdan algo de ese proceso evocan más un olvido y por ello, al final de todas estas historias de vida, explicaré en un pie de página lo que he comprendido de la destilación.

No, pues, eso lo hacía la persona que quería ganarse sus centavitos y aquí no destilaba todo el barrio, sólo personas determinadas, pero ya teníamos la fama[135] ─anota doña Luz Ángela─.

Recuerdo también a doña Victoria y creo que ella decía que no lo hacía con anís ─añade Socorro sin más detalles─.

─¿Y de las mistelas qué saben?

No, no, ¿qué es eso? ¿Usted sabe, mamita?

No, mijita. ¿Y usted, Rosita?

Tampoco.

─Es una bebida hecha a partir del aguardiente chiquito a la que le añaden colorantes, según me dijo La Mona.

Aaaaah, vea, pues ─dicen doña Rosa y Socorro─.

Yo creí que era La Flor: La Flor es el primer aguardiente que sale de la destilación ─me comenta doña Luz Ángela─.

─Eso no lo había oído, pero son cosas diferentes. Siguiendo con otro tema: ¿Cómo era la arquitectura de este barrio, doña Luz Ángela?

Pues, tumbaron muchos árboles con la cuestión del parque[136], y eso era bonito porque había guayabos, nísperos, palmeras, guabas, lima-naranja y se conseguían muchos tipos de árboles frutales.

─¿Y usted se acuerda cuando tumbaron La Estación?

No, ya no me acuerdo.

Yo sí me acuerdo ─dice Socorro─: Eso estaba tan bien construido, pero tan bien construido, que a todas las personas que vivíamos aquí, en el barrio Bolívar, nos hacían retirar en horas de la noche, porque tuvieron que echarle dinamita y no pudieron tumbarla ni con mazos ni con barras, entonces, a eso de las siete de la noche u ocho, nos hacían correr hacia el hospital para dinamitarla. Y La Estación era muy hermosa: Amplia y de salones grandes y las palmeras adornaban la calle, y a la siete de la noche el tren llegaba y todo el mundo salía a verlo para montarse en los cambios: Bajaba hasta donde hoy es Olímpica y regresaba: Ese era el paseo, pero allá tampoco me dejó ir mi mamá y me decía: "No porque se llegan a caer o las coge el

[135] Esta afirmación se contradice un poco con otras historias de vida ya expuestas y con otras que vendrán, pero, dicho contraste da cuenta del declive paulatino en la destilación, práctica frecuente hasta bien entrado el siglo XX.

[136] Por cuestiones asociadas a su memoria no logré determinar con exactitud a qué parque se refería: Quizás al de La Estación o a uno cercano a ella y contiguo al edificio que hoy es de la Cruz Roja, o a la cancha contigua al río Molino.

tren”. Recuerdo que en uno de esos patios, en la noche, proyectaban películas, y el 5 y el 6 de enero traían La Vaca Loca, la prendían con fuego y salía a perseguir gente.

─¿Y cómo eran esos 5 y 6 de enero?

Donde La Monita le han de haber explicado que de allí sacaban los vestidos. Y antes sólo se jugaba a Negros y Blancos y no echaban agua: Eso del agua es de hace más de veinte años. Acá en el barrio se ponía una caseta, se sacaba una reina y se sacaba la carroza. Hubo un tiempo en que la suspendieron porque se mató una muchacha ─responde Socorro─.

Ay, sí: Ella iba en una carroza, en una de las más bonitas, de las mejores, y se cayó, pero era de otro barrio ─nos comenta doña Luz Ángela─.

Pobrecita. Las carrozas tenían muchas formas, me acuerdo de una en forma de sirena ─apunta doña Rosa─.

Y se usaba betún para echarse el día de los Negros y harina para el día de los Blancos ─comenta doña Luz Ángela─.

También ahí, en La Cruz Roja, ponían varas de premio: Enterraban una guadua, la engrasaban y arriba ponían los premios ─comenta Socorro─.

Y el 28 de junio cortaban los gallos y los pasaban de cabeza, eso era para San Pedro, lo hacían acá atrás ─y doña Rosa señala los que fueran potreros próximos al río─. Fue el señor Álvaro Caicedo quien prohibió eso.

─Muy curioso todo eso, especialmente lo de Caicedo. Por otra parte, La Mona me contó que su casa tenía aljibe, ¿ustedes también tenían eso?

Pues, hace poquito descubrimos un aljibe aquí en la casa: Esta pieza de aquí al lado, que de seguro fue un patio; y lo descubrimos cuando estábamos pavimentando la pieza, porque eso se hundió, no ve que para taparlo sólo le habían puesto una tablita de madera, ¡y esa pieza fue mía! Cuando se compró esto nunca se supo ─anota Socorro sorprendida de no haberse caído nunca en el aljibe─.

Es que todas las casas tenían aljibe ─anota doña Rosa─.

Este aljibe no era profundo, pues, tenía algunas gradas y nada más ─concluye Socorro─.

─¿Y en ese proceso no se encontraron guacas?

No, pero, en la pieza de aquí al lado, se encontró una máquina de moler enterrada y unas ollitas de barro rotas, claro que allí, antes de todo eso, mi abuela mantenía gansos, cabras, gallinas, también tenía un árbol de chirimoya y no se había construido todo esto que hay ahora ─responde Socorro─.

─¿Ustedes todavía se acuerdan de los apodos?

Ah, sí los Carramplones ─dice doña Rosa─.

Claro, claro, pero yo no sé por qué les dirían Carramplones ─responde doña Luz Ángela─.

Porque el papá les hacía unos zapatos grandotes y, como no había o no tenían para las suelas, el papá las hacía con llantas de carro y creo que por eso caminaban raro ─nos comenta doña Rosa─.

Aaaah, no sabía que por eso les decían los Carramplones ─nos dice doña Luz Ángela─.

Ah, y donde La Mona vivía uno al que le decían El Judas: Era de pelo largo, blanco, con barba y se atravesaba medallas y otras cosas en el cuerpo, y se enojaba y corretiaba con un palo a quien le dijera Judas. Él se volvió loco por un accidente[137] ─concluye Socorro─.

─Sí sé quién es él. ¿Y cómo eran las elecciones y lo de los partidos políticos en esa época?

Eso se persiguieron bastante, hasta se mataban ─responde Socorro─.

Sí, aunque en mi familia hay mitad de conservadores y mitad de liberales: Los que viven por allá en El Tambo, son conservadores, y los que vivimos por acá todos somos liberales; mi esposo era conservador y yo muy liberal, de modo que entre nosotros no había peloteras.

─¿O sea que usted vivió el asesinato de Gaitán, doña Luz Ángela?

Yo ya no me acuerdo…

Pero mi papá sí dice que eso se volvió horrible ─comenta Socorro─. Todo eso era complicado porque a veces no dejaban que se casaran entre liberales y conservadores: Así le pasó a una vecina de apellido Chilito que tuvo un enamorado conservador.

Eso era así: Uno nacía en familia conservadora o liberal y así se quedaba, no se podía voltiar como ahora. Mi marido es conservador y yo soy liberal y ahí lo tengo ─me dice doña Rosa entre risas y sin notar la evidente e interesante contradicción en todo este asunto─[138].

─¿Cómo ha visto al barrio Bolívar durante los últimos años, doña Luz Ángela?

---

[137] Se refieren a Gerardo Córdoba de quien ya escribí en la historia de vida de La Mona.

[138] Declaraciones como estas son recurrentes en todas las historias de vida y, por lo declarado en ellas y por sus propias vidas y por sus contextos, puede verse un contraste contradictorio: Creo que este hecho del bipartidismo y su violencia merece una investigación más detallada y detenida, porque, si bien hubo brotes beligerantes por lo menos aquí, en Popayán, el asunto no se recrudeció tanto y la vida en general entre los liberales y los conservadores fue posible: Léase la cita que hago de Roberto Ayerbe Gonzáles en la *Compilación de imágenes* de este mismo trabajo, en las páginas 288-290. Algo que mencionaré con más detenimiento al final de esta investigación es que la mayoría de los colombianos, por razones históricas que no solemos tener en cuenta, no somos tan violentos como nos creemos y somos más bien seres conformistas y pasivos que, en ciertas ocasiones, dejan actuar a los extremos.

Pues, yo ya casi no salgo, pero me imagino que muy bien y cada cual en su casa.

Aunque, mami, ahora hay muchos negocios, quedan poquitas familias, o sea, antes había negocios, pero no era un sector tan comercial ─responde Socorro─.

Por el ferrocarril sí hubo buen comercio en cafeterías, tabernas, restaurantes, residencias y hoteles, pero no tanto como ahora. Me acordé de don Roberto Sánchez, alma bendita, que tenía hijos y también hijas y todos ellos creo que eran boticarios, y la botica o droguería la tenían cerca del Puente del Humilladero ─nos comenta doña Luz Ángela─.

En el barrio Bolívar, de la parte de Peces de Mar, para allá, funcionaba el Expreso Palmira y Transipiales, y más allá había otras empresas de transporte como la Flota Magdalena, y eso era como un terminal, porque en Popayán no había terminal. Me acuerdo de eso porque yo estudiaba en San Agustín y tenía que pasar por ahí ─nos dice Socorro─. Y la escuela Gerardo Garrido fue una excelente escuelita, con excelentes profesores que sacó a muchos profesionales, y muchos del barrio Bolívar y la Ciudad Jardín estudiaron allí: Mi hermano estudió ingeniería civil y ahora es decano. Desafortunadamente los problemas con la galería y el ambiente de este barrio hicieron que la gente ya no volviera a meter sus hijos en la escuela Gerardo Garrido.

─Eso es una verdadera pena. Ya casi para finalizar: ¿En esa época Popayán hasta dónde llegaba?

… Pues, La Esmeralda no estaba construida y esa Avenida de Los Estudiantes no existía y muchas huertas llegaban casi al río ─responde doña Rosa─.

Ha cambiado mucho esto ─nos contesta Socorro─: Cuando éramos sardinos todos los muchachos salíamos a las siete de la noche a cantar, a oír la radio, a jugar lazo, a jugar rayuela, no había tantos peligros, aunque, en la época mía, peleaban los muchachos del barrio Caldas, los ricachones, contra los de acá, lo del barrio Bolívar, y eso se daban duro con unas frutas, acá atrás, cerca del río, y como que también con pistolas, porque una vez le pegaron un tiro a Rodrigo Bahos y le pusieron de apodo Balazo.

─Y, ¿cómo eran los cuidados de las embarazadas y los bebés, doña Luz Ángela?

Mi mamá y mi cuñado me cuidaron muchísimo: Me la pasé encerrada y bien cuidada a punta de gallina, no me dejaron barrer, ni cocinar, ni levantarme, ni nada de eso hasta que pasaban los cuarenta días y fajada con una faja ancha. Y para cada hijo tuve una niñera: Tuve un esposo y una mamá muy buenos. Me tuvieron muy bien y será que por eso soy tan alentada: Hace poco casi me muero, no ve que me dio una trombosis. Afortunadamente, no me afectó tanto, quedé perfectamente bien, sólo un poquito en las manos. Y los nombres de los bebés se elegían con el consentimiento de los mayores. Mis hijos se llaman: Aldemar, el mayor, que es ingeniero, Javier, Socorro, que es la que está aquí, Cristina, que es la que está en Cali y tiene dos hijos: Natalia y Daniel.

─¿Y qué cuidados recibían cuando se enfermaban, doña Luz Ángela?

Pues, muchos cuidados en la casa y cuando era grave íbamos a la droguería o al médico.

─Y los que no tenían para pagar, ¿qué hacían?

En una época mi abuelita enfermó ─responde Socorro─ y en el hospital había un piso que era de caridad, aunque había que pagar, pero menos que en las otras partes del hospital, y allá murió mi abuela después de tres meses.

Y usted que ha estado investigando ─me dice Socorro─: ¿Sabe por qué a nosotros nos dicen Pitingos?

─Aún no sé de dónde viene la palabra "Pitingo", tengo varias hipótesis, pero he oído y leído que era porque les gustaba la pelea y porque vendían y tomaban mucho aguardiente chiquito.

Sí: Ellos eran muy unidos y se gritaban cuando venían los inspectores, así lo guardaban, lo escondían, lo botaban y yo nunca vi que a alguno de ellos se lo llevaran a la cárcel ─me dice doña Rosa─.

─Aunque La Mona me contó que a la suegra de ella sí la cogieron y la metieron presa porque una cuñada la delató.

Ayyyy, entonces, sí puede ser muy cierto, porque ellos no podían entrar a la casa sin permiso y primero debían tocar ─dice doña Luz Ángela─.

─Claro. También, por mi familia, me he enterado que por acá venían los gitanos: ¿Cómo eran sus llegadas?

Ay, tan rico que era eso ─dice doña Rosa─.

Sí, en esa época que venían los gitanos ponían sus toldas donde hoy es la cancha y ellos traían unas pailas de cobre para vender y a todos los de acá les leían las manos para sacarles la plata y también traían caballos. Eso era muy chévere: A mí me gustaba mucho cuando ellos llegaban, pero hace años que no han vuelto ─nos dice doña Luz Ángela─.

El barrio Bolívar era delicioso y muy unido: Usted va a un entierro o a una fiesta y encuentra a todos Los Pitingos, a todos los de acá, los de la carrera sexta, y uno se pone a acordarse de todo con ellos ─me dice Socorro mientras acabamos de hablar y nos tomamos una gaseosa─.

***

## 9. Ana Cecilia Figueroa de Guacanés

─Me cuenta mi tío que, cuando las Guacanés y La Mona hacían festivales en el salón comunal del barrio Bolívar para ayudar con alguna necesidad del equipo de fútbol o del barrio general, y llovía mucho, cogían un cavo de vela y lo ponían detrás del salón comunal para que no lloviera, y, para recaudar plata ellas preparaban empanadas de tacón alto, papas chorriadas, rellena, frito, carne y otras cosas. Hoy, después de varios intentos he logrado contactar a doña Ana Cecilia Figueroa de Guacanés. Ahora ella vive en un barrio que no me es del todo ajeno: Santa Elena. Como una suerte extraña del humor su sino ha sido muchas cosas, pero no santo, aunque de eso ni el Santoral se salva. Basta cruzar varias cuadras un fin de semana cualquiera, como hoy, para ver un fenómeno bastante entretenido y que no es exclusivo de este barrio: Varios muchachos, en una esquina que sus rutinas han hecho recurrente, empiezan o acaban una celebración: El alcohol los libera y los embarga; los envuelve el humo del tabaco y más tarde también lo harán el de la marihuana, el del bazuco y aun el del hoy escaso opio; música retumbante sale de un carro, mientras se desfogan coreando y bailando algún éxito del ayer o del momento presente; algo de cocaína no muy rebajada y raspada de las rocas que alguno de ellos tiene, porque hace pobremente de su adicción su negocio, hará que se prolonguen un poco más en la noche, y la noche, con suerte, antes acabarse y acabarlos, tendrá algo de estupidez a flor de piel y sexo; los más llevados tendrán una mirada fija y desorientada mientras se pegan y consumen en un tarro de bóxer o mientras trozos de LSD se les deshacen en la lengua o en el lagrimal y en la esclera; y aun sabiendo todo esto creo que la peor droga es la fama: En muchos barrios nacieron parches como esos y empezaron a crecer más y más y a hacer alianzas con otros parches de otros barrios para ser reconocidos, para que supieran quiénes eran, quiénes no eran, quiénes serían y quiénes nunca serán, como si cada uno de ellos y su conjunto nos estuvieran haciendo una pregunta que desde hace tiempo es muy recurrente y que cambia de forma: ¿Usted no sabe quién soy yo? En otra esquina sucede más o menos lo mismo, sólo que la fratría alucinada celebra la vida y sobre todo la muerte de alguno de sus miembros: Increpan y disparan al aire como si en él estuvieran los asesinos ausentes; el muerto no tiene descanso y es usado como excusa para la venganza, la vana venganza; en unos días harán vídeos póstumos con su nombre, sus fotografías, su música y luego, quizá en unos meses o en unos años, vendrá el silencio y con él, el olvido. Como en otros años sucedidos y en otros futuribles todo esto sucede en el ahora del ahora. Junto a mí pasa una muchacha con dos bebés; la reconozco, pero no recuerdo su nombre; ella me reconoce y desvía su mirada y siento su vergüenza y, aunque no entiendo de qué se avergüenza, me ignora de cuerpo entero, quizá para no ser saludada y evitar todo lo que eso conlleva. Otros muchachos, desde su esquina recurrente, me saludan y yo me limito a verlos y sonreír sin desviarme de mi camino que en sí ya es un desvío.

***

Mi nombre es Ana Cecilia Figueroa de Guacanés y nací aquí, en Popayán, en el barrio Bolívar, en un ranchito de paja, el 28 de marzo de 1928.

—¿Qué me puede contar de sus papás?

Mis papás fueron excepcionales, ejemplares hasta donde no más y muy trabajadores, y después resultamos nosotros. Mi papá nació en Medellín, era paisa, pero, por la Guerra de los Mil Días, en esa época se vinieron todas las esposas de los soldados al Perú, a la Guerra con el Perú[139], y entonces, entre ellos vino mi papá, que era el más chiquito entre todos sus hermanos, él tenía tres mesecitos de nacido, y los pasaban en el río Cauca y no en barcos o en lanchas sino en unos pedazos de tablas, entonces, él tenía siete hermanos, y cuando todos los que le digo llegaron a Timbío, pues, los devolvieron hasta aquí, porque no podían pasar para ir hasta el Perú, porque en el Patía había fiebre amarilla y un médico dijo que no dejaran pasar ni una persona más: Por eso mi abuela y los demás llegaron acá y aquí se criaron. Ella se llamaba Eduviges Castro de Figueroa, y, como los demás, era de Medellín y todos ellos se asentaron acá: Unos en el barrio Bolívar, otros en El Cacho, otros en La Pamba y creo que no habían muchos más barrios. Mi abuelo no regresó porque por allá los asesinaron casi a la mayoría, y cuando acá se enteraron, pues, decidieron quedarse todos los que habían venido desde Medellín; a mi abuela le dio muy duro y le tocó criar a todos los hijos, ¡y así los levantó a todos! Entonces, a mi papá, que se llamaba Santiago Figueroa Castro[140], lo crio el padrino, mi papá-abuelito, que era carpintero, y él trabajaba mucho en las iglesias, y aprendió ese oficio, como todos sus hermanos. Luego, cuando ya cogió la juventud, conoció a mi mamá, y ella le hizo hacer la primera comunión, la confirmación y todo, y los padrinos fueron los Olanos, que vivían en frente del teatro municipal, ellos lo cogieron para educarlo y lo pusieron a estudiar y todo para que aprendiera mejor eso de la decoración de iglesias, y luego se fue para la iglesia de San Agustín, luego a La Ermita, a El Carmen y todas las demás. Entonces, las hermanas de San Agustín consiguieron a mi papá y al padrino para que les construyeran los altares de la iglesia y de la capilla, y en esa época mi mamá estaba de interna allá, y no había misa en la tarde sino por la mañana, de seis a siete, y ellos entraban a trabajar a las siete, entonces, mi mamá terminó la primaria allí y siguió de interna, aprendiendo a bordar y a coser y todo eso, y cuando ellos llegaban a trabajar, pues, ellas iban saliendo de la misa, y allí se conocieron y allí inició el matrimonio: ¡Cómo es la vida! Ella se llamaba Clara Bastidas Vidal, ella era de acá, pero mi mamá-abuelita era muy pobre, entonces, a mi mamá la había criado la madrina, una de los Olanos, y Fernando Olano, uno de sus hijos, fue quien le dio el primer puesto de trabajo a mi esposo, y fue gracias a ella que mi mamá acabó la primaria y pudo quedarse de interna, aprendiendo lo que le dije, y también le enseñaron a hacer dulce de guayaba y todas esas comidas domésticas, como las nochebuenas, todas esas cosas las enseñaban allá, con las monjas, y mi mamá siguió en eso y se volvió profesional[141] en eso: Así se conocieron mi mamá y mi papá, mientras ella iba a misa y él a trabajar; entonces, mi papá habló con su padrino, y mi papá-abuelito habló con la superiora, y ahí les hicieron el matrimonio.

[139] Esta confusión ente ambos sucesos bélicos no la logré aclarar totalmente, aunque me parece que, por la edad de su papá, y si la misma es cierta, pues, se trata de la Guerra de los Mil Días y no la otra.
[140] Es el padrino del señor Luis H. Ledezma.
[141] Es una profesionalidad adquirida por la experiencia, no a la académica.

—¿Y cuántos años tenían ellos cuando se conocieron?

Mi mamá tenía veintidós y mi papá tenía veinticuatro. Estuvieron de novios y luego ya la madrina vino a donde la abuelita de nosotros a decirle, pues, que mi mamá había conseguido novio y que era buena persona y que no tenía vicios y que ya tenía su profesión, y, entonces, mi mamá-abuelita la dejó casar con mi papá y todos felices, porque todos dos trabajaron machamente: Mi mamá despachaba las panelas de dulce de guayaba en el tren para Cali, para Buenaventura, para Pereira, para Armenia, diga.

—¿Y dónde hacía todo eso?

En el barrio Bolívar: Cuando se casó se fueron a vivir al barrio Bolívar, en un ranchito de paja, dizque todo el barrio Bolívar era de ranchitos de paja. Ya después fue cada uno armando su casa grande y mi papá fue el primero en hacerlo: Una casa grande con bastantes piezas.

—¿Por la Avenida de los Estudiantes?

No, por la carrera sexta. La Avenida de los Estudiantes la hicieron porque nos quitó ese espacio el alcalde: No ve que las casas iban a dar hasta el río, no tenían lindero, eran huertas y allí uno cosechaba los plátanos, las naranjas, los duraznos, los nísperos, todo lo cosechábamos ahí y todo se nos daba, y donde hoy es la galería todo eso era de los Santacruces. Nosotros nos íbamos por las huertas y en vestido de baño al río a bañarnos y eso era delicioso.

—No lo dudo, doña Cecilia. ¿Y su abuela en qué trabajaba?

Ella también trabajó en la cocina, como mi mamá, pero, más que todo lavando ropa a los estudiantes; la universidad de aquí tenía a los mejores estudiantes de Colombia. Mi abuela vivía en todo en frente de donde hoy es la Cruz Roja, en un ranchito de paja con todas las hijas, y a dos cuadras vivía mi papá.

—¿Y sus papás cuántos hijos tuvieron?

Doce, y yo también tuve doce: Tuvieron seis hombres y seis mujeres.

—¡Huy! Bastantes ¿Y cuáles son los primeros recuerdos que usted tiene del barrio Bolívar?

Sí, mijo: Así era en esa época. Recuerdo que, pues, cuando estábamos en la escuela, nos íbamos como catorce niñitas de la misma edad y a pie por el Puente del Humilladero, con la maletica atrás, mientras cantábamos o echábamos algún cuento, hasta llegar a San Agustín, no ve que en esa época no había colectivo: A las seis y media de la mañana nos íbamos y llegábamos antecito de las siete y salíamos a las once, y luego entrábamos a la una y salíamos a las cinco de la tarde, porque era jornada continua; no como ahora que sólo es una y para dos cuadras se van en colectivo, ¡cómo ha cambiado la vida! Estudié los cinco años de la primaria y ya: No era usual que las mujeres siguiéramos estudiando, después de eso pa' fuera, no como ahora. Y nos enseñaban bien y uno salía muy bien preparado, las materias que dictaban era muy buenas.

Todos andábamos con nuestra pizarrita y, para que no la fuéramos a botar, mi mamá nos la colgaba de la nuca, no como ahora que cogen esos pobres cuadernos y a arrancar hojas y un desperdicio de papel; ya la pizarra no existe.

─Y para usted, ¿qué cosa era característica del barrio Bolívar?

Pues, que casi todo el barrio Bolívar era contrabandista de aguardiente chiquito, eso era delicioso: Mi mamá lo mandaba a comprar para ponernos esos emplastos con yerbabuena cuando estábamos lombricientos y se nos crecía la barriga, y salían vivas las lombrices y era un remedio bendito, no como ahora que son pastillas para todo: A mí, aquí donde estoy, me tienen empastillada: Diez pastillas por la mañana y diez por la noche y, si no, no estaría contando el cuento: No ve que a mí me operaron del corazón hace varios años cuando me llevaron de urgencias, más muerta que viva, a Cali, y allá, figúrese mis piernas, me sacaron creo que unas venas y me las pusieron acá ─y se señala el pecho─ en una cirugía a corazón abierto, aprovechando que tenía unas buenas piernas: Como jugué y brinqué tanto, pues, eso me hizo alentada. Teníamos muchos juegos: La Lleva, Los Ovejitos Perdidos y Las Arracachitas: En ese juego uno se sentaba cerca de una pared y se jugaba hasta la mitad de la calle, porque no habían muchos carros y de rareza pasaba alguno, no había peligro, entonces, extendíamos esteras para no ensuciarnos, no ve que las calles no eran pavimentadas y era puro barro, y nos sentábamos y nos formábamos, y entonces venía otra y arrancaba la primera y luego la otra ─como carreras de relevos─ y a agarrarnos y se nos arrancaba la ropa de tanto jugar eso; pasamos una niñez feliz y como mi papá tenía una tienda grande de tres puertas muy bien surtida, y puso cuatro o cinco bombillos y barríamos bien barrido, pues, allí tendíamos las esteras que le digo.

─En mi caso, de los juegos que usted menciona, sólo alcancé a jugar La Lleva. Por otro lado, ¿cómo se vestía la gente en esa época?

A uno lo forraban todo: La ropa tenía que taparle las rodillas, el cuello y las mangas eran largas, y, para ir a la escuela, medias blancas muy largas y botas; el día domingo sí era con vestido blanco de lujo o ropa de paño que podía ser blanca y azul turquí: Así era el uniforme de San Agustín, el más bonito. Pasamos una niñez muy feliz: Para irnos a la escuela nos íbamos todas reunidas y así arrancaban ellas desde Los Hoyos, mientras cada una esperaba en la puerta de su casa a que pasaran, y llegábamos todas juntas. Fue una niñez muy feliz, muy feliz. Ahora, el día sábado sólo nos daban clases por la mañana, entonces, en la tarde, las mamás nos mandaban a coger escoba, allí, afuerita, al río, y era escoba fresca para barrer bien barrido con esas escobas de monte las cunetas de la calle. Y el domingo, como todos teníamos las ollitas para los paseos, hacíamos paseos debajo de los árboles y había un columpio muy bueno: Creo que lo hizo mi papá, muy cerca de una lomita que había por donde vivíamos, entonces, mi papá puso una viga inmensa como con quince lazos; también íbamos al río a bañarnos cuando quedábamos sucias de tanto jugar, y también bautizábamos a las muñecas. A los niños se los vestía con pantalón bombacho a la rodilla y con las llamadas medias de tarro que les daban en las rodillas y con botas. Y los adultos sí con el vestido completo, con la camisa blanca bien almidonada, aunque

ahora ya no se ponen corbata ni sombrero, antes sí era así como le digo, después de los quince años.

─Sí: El sombrero, la corbata, y creo que también los pañuelos, están cayendo un poco en desuso. ¿Sabe cómo hacían el aguardiente chiquito?

Eso era con panela y de eso sacaban una chicha, y a debajo ponían una agua con media libra de anís en pepitas, que huelen bien rico y eso sí que es bendito para el dolor del estómago, entonces, ponían en el fogón de leña y ponían a hervir todo eso en una olla de barro y aparte un balde con agua sola, entonces, al hervir la chicha, la panela y el anís, eso iba estilando por una cañita zumba y caía a la botella: Ese era el aguardiente, un aguardiente delicioso, de puro anís con panela, eso era de alimento y mucho más rico que el de las rentas que es sólo esencia, sólo esencia; y creo que la botella de un litro valía un peso con veinte centavos y la de las rentas era más cara, como de tres pesos. Todo eso lo veíamos donde dos tías que eran contrabandistas y lo preparaban. Y cuando llegaban los celadores de las rentas con sus ruanas, con sus perros y con machetes, avisados de pronto por alguien, pues, muchas veces, eran vistos por alguien del barrio Bolívar, quien de pronto iba a la galería, que era en el Centro, y esa persona se devolvía y avisaba a los demás gritando ¡tiiieeeempooo!, entonces, se movilizaba todo el barrio Bolívar y cerraba las puertas y se ponían a esconder en los tumbaos, que estaban todos conectados, el aguardiente, y si no alcanzaban le echaban agua al fogón, volteaban las ollas y regaban todo, y así ellos no encontraban nada, era raro que encontraran; y a los que cogían, pues, los metían presos y les ponían multas. Vendían bastante aguardiente y le hacía contrapeso al de las rentas. Eso lo hacían casi siempre en la noche y era en cuestión de horas, si mal no recuerdo. Y la chicha sí permanecía allí en un tarro por dos, tres o cuatro días, y ellas casi casi todos los días compraban, cada una, su media arroba de panela, unas doce panelas, y las ponían en unas ollas grandes de barro y allí se volvía chicha, se desbarataban las panelas y se empezaban a fermentar. Y la mayoría de la gente que destilaba eran mujeres, y desde que me acuerdo todas destilaban y entre ellas se enseñaban, entre las vecinas.

─¿Y a la panela le echaban maíz[142]?

No: La panela sola y el anís que lo echaban aparte.

─Suena rico lo que me cuenta, doña Cecilia. La Mona me contó que hacían mistelas, ¿usted las probó?

La verdad es que de las mistelas casi no sé, casi no me acuerdo: Sí me acuerdo que, cuando íbamos a bautizar a las muñecas, y cada domingo las bautizábamos en una parte diferente y armábamos paseítos, preparábamos era el champús: Banano, naranja, guanábana, el maíz, como es parecido a la mazamorra, y además eso era riquísimo y de alimento.

[142] Le pregunté eso porque no me quedaba claro el uso de la palabra “chicha”.

─Sí, mi mamá aún lo hace y es muy bueno. ¿Y de dónde venían a comprar aguardiente?

Pues, aparte de aquí, venían en caballos de Totoró, de Coconuco, de Cajibío, de El Rosario: Pa' El Rosario despachaban mucho aguardiente y de allá traían la panela y creo que aún hoy traen panela. Fue una vida muy unida: Todos se iban pasando la voz pa' alertarse, como no habían muchos teléfonos, creo que sólo el de La Estación, nada más.

─¿Y usted qué sabe del Ferrocarril?

Ay, sí, pues, en el año que yo nací fundaron el Ferrocarril aquí en Popayán: En 1928[143]. Y nos contaba mi mamá que una algazara, que una propaganda, que una novelería y eso iba gente de todos los barrios a hacer fila para ver la inauguración y cómo arrancaba la máquina, y vino un presidente, pero no me puedo acordar del nombre. Y en La Estación nos daban catecismo los padres y eso era desde que teníamos como siete años hasta los catorce, más o menos, y cuando venían los padres de Campamento a La Estación y a un planchón grande donde hoy es el hospital y en el parque Mosquera era otro planchón grande, se repartían para darnos el catecismo y nos enseñaban todo, y luego, ya cuando llevábamos varios años, pues, les ayudábamos a los padres a darles el catecismo a las niñas. Las misas eran el latín y yo hasta ahora poquito me acordaba cómo era: *"Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis. Laudamus te, benedicimus te…*", y en las misas respondíamos en latín, y yo los hacía reír en la casa cantándoles la misa en latín, y también en las mismas cuando el padre decía: "*Dominus vobiscum*", mis hermanos decían: "*El culo te lo pelliscum*" ─y se carcajea─, pero uno debía responder "*Et cum spiritu tuo*". Y si uno no iba a misa, pues, le quitaban el recreo durante la semana en San Agustín… allá nos educamos todas, nos íbamos como dieciocho niñas del barrio Bolívar, todas cogidas de la mano y cante y cante por el Puente del Humilladero. Y La Estación era muy bonita de salones grandes: Allí bailamos bastante y allí fue la coronación de Lili Campo, de Rosita Caicedo, Nelly Zambrano y todas las reinas *jaylosas*[144] de aquí de Popayán. El Ferrocarril tenía unas casitas, atrás de donde hoy es la Cruz Roja, y allí vivían las hijas de los ferroviarios, y La Estación tenía una plazuela en frente y allí vendían cositas, y, entre la plazuela y La Estación, se cuadraban unos ochenta carros, unas berlinas, porque no había más carros en Popayán, y ellos hacían carreras hasta el parque de Caldas, tanto de ida como de vuelta. Fue una juventud lindísima, muy sabrosa.

─Y, ¿hasta hace cuánto destilaban aguardiente chiquito en el barrio Bolívar?

Pues, todavía una que otra hace, una que otra… en el barrio Bolívar hay una señora que todavía hace… ¡ay!, ¿cómo es que es que llama ella? Es una que vive por El Recuerdo. No me puedo acordar… ah, El Recuerdo, sí, pero ella lo hace si usted va y se lo encarga, pero bien escondidito, que nadie se dé cuenta ni nada, porque el que ella prepara por su cuenta lo manda cada ocho días para Totoró.

---

[143] Este no es el año inaugural de la empresa ferroviaria: En la *Compilación de imágenes*, que ya he mencionado, dedico una sección a analizar parte de la empresa ferroviaria y ese hecho.

[144] Lo dicho en la primera historia de vida, la del señor Ledezma, para la palabra *patojay*, aplica para *jaylosas*.

─¿Y no recuerdo el apodo o el nombre?

No: Ella vive lejos, como por Los Hoyos[145].

─Claro. Si se acuerda mejor, me avisa. Hábleme de sus hijos y de su esposo.

Tengo doce hijos: Tres hombres y nueve mujeres, y se me murieron dos mujeres y un hombre. Yo me casé a los veinte años.

─¿Y cómo conoció a su esposo?

Eso fue más divertido ─me dice entre carcajadas─: Él estaba estudiando en el seminario para ser sacerdote y, entonces, en unas vacaciones, un primo de nosotros, Reinaldo Figueroa, que vivía en El Cacho, era vecino de este muchacho del seminario, porque mi suegra tuvo una casa en frente del hotel Monasterio, y por eso eran amigos y porque jugaban fútbol y tenían un equipo que se llamaba Boyacá y el del barrio Bolívar se llamaba Huracán, entonces, el primer novio que yo tuve fue el capitán del Huracán del barrio Bolívar, fíjese como es la vida, y la hermana de él era huérfana y por eso mi papá y otros iban a representar a los que no tenían mamá ni papá, entonces, ella me hizo poner para que yo también fuera madrina del equipo de fútbol, donde estaba mi novio, pero a mí eso no me gustaba porque yo tenía mi novio allí, entonces, como ella ya era la madrina del equipo Boyacá, pues, cambiamos y ella se volvió la madrina del equipo contrario, aunque allá, en el equipo Boyacá consiguió, creo que después, un novio, y yo quedé de madrina de ese equipo, donde no estaba mi novio, y allá nos hicimos juntas y por esos partidos íbamos a Morales, a Suárez, a Piendamó, pero, en esa ocasión que le cuento, conocí al muchacho y ese muchacho salió enamorándome a mí, y como yo estaba peliada con mi novio del barrio Bolívar, pues, le hice caso al otro ─me dice entre risas─; y, cuando ella viene de Cali, nos ponemos a recordar y me dice que se arrepiente, porque el hermano se les fue del todo de aquí de Popayán, y se casó por allá, cerca de Cartagena; me dicen que él dijo que no se iba a ensuciar las manos con el muchacho que se volvió mi esposo, y, además, yo no sabía que él estaba en el seminario. Y el día que nos casamos fue como a las cuatro de la mañana en Santo Domingo, porque el tren salía a la seis, y nos fuimos pa' Buga y mi exnovio también iba en el mismo tren, y allá estuvimos como ocho días, donde una tía de mi marido, y, como el tren paraba en Cajibío, en Piendamó, en Morales, en Suárez, en Matarredonda y en todas esas estaciones, cada vez que el tren paraba, él se bajaba de su vagón a vernos a nosotros ─me dice entre carcajadas─. Y a mí me dio mucho guayabo: Con mi esposo duré como cuatro años de noviazgo y con el otro desde la primaria, y pa' arrepentirme porque… él, mi esposo, era secretario en el Banco de la República, figúrese, y por el trago se hizo echar del banco, pero, como era tan preparado, ahí mismo consiguió otro trabajo en el Palacio Nacional, pero, luego, yo me contenté con mi primer novio, entonces, el otro, quien fue mi esposo, se puso a tomar, a fumar y cuando ya le pasaba eso, pues, nos contentábamos, y así le pasó con todos los buenos trabajos que tuvo, y así fue la

[145] Después de ver estas confusiones e insistir, pues, no pude hacer mucho porque no se acordó y no encontré a nadie más que la conociera.

vida de él hasta que no consiguió ningún otro trabajo… hasta en el Ferrocarril alcanzó a trabajar: Por eso una hija mía es nacida en Quimbaya, Caldas, y otra en Cali y otra casi nace en Armenia, pero nació acá, y por ese trabajo yo tenía que ir atrás de él y dejar mis hijos con mi papá y mi mamá: No ve que era jefe de estación y lo mandaban a reemplazar a los otros jefes que salían a vacaciones, y cómo lo iba a dejar solo si así no más ya tomaba bastante, por eso conocí todas esas estaciones y la hija mía casi nace en Armenia por esa voltiadera: Yo llevaba como tres meses en Manizales y, en vísperas del Día de la Madre, me encontré a Pancho Birichuzo y me dijo: "¿Y esta negra qué está haciendo aquí?", y le dije: No, si hace apenas tres meses que estoy viviendo aquí, pero, ¡ah!, yo estoy que me voy porque mañana es la fiesta de la madre y yo aquí engrampada: Soy la única que no está allá y este va a ser el primer año que no lo voy a pasar con mi mamá y niensesabe[146] si este será el último año que tengamos a mi mamá, y yo acá con ese borracho, porque Silvio, así se llamaba mi esposo, ya estaba tomando en plena estación; y me dijo el Birichuzo: "Entonces, ¿no vas a ir con tu mamá a pasar el día?", y yo le dije: Pues, si vos me llevas, Pancho, me voy así como estoy, y cogí y me vine así, pero antes llamé a la señora de donde vivíamos, una señora más querida, más buena, y mandó al hijo con las maletas y unas cajas. Luego, Pancho me dejó en Cali recomendada, como yo andaba sin cinco centavos y con la barriga así ─y con sus brazos simula la barriga de embarazada─ y los tres hijos a mi lado y sola, entonces, este Pancho me dejó recomendada como prima de él y sólo me podía dejar en Cali porque tenía que seguir trabajando, entonces, me vine con el que me recomendó. El pasaje en esa época costaba como dos pesos con cincuenta centavos y los maleteros sacaban a veinte centavos una maleta bien pesada desde el ferrocarril al carro. Y llegué a las seis y media de la noche. Y dejé por allá a mi esposo y no volví a estar en esa voltiadera, pero sí alcancé a conocer muchos sitios, como Buenaventura, pero el que más me gustó fue La Cumbre, en el Valle.

─¡Qué curioso todo lo que me cuenta! ¿Y su esposo cuántos años tenía cuando murió?

Él murió de cuarenta y cuatro años y alcoholizado; ya no conseguía trabajo.

─¿Y su exnovio en qué trabajaba?

Él trabajaba en el Palacio Nacional, a veces lo veo por ahí: Como eran uña y mugre con mi hermano y hace poco se graduaron varios de la familia, pues, por eso... En mi familia tuve a dos tías que eran contrabandistas de aguardiente, y mi papá era carpintero, pero luego se puso una tienda grandota en el barrio Bolívar, donde vendía de todo, como en una miscelánea, y mi mamá hacía dulce de guayaba, de coco, de guanábana y mandaba todo eso en cajas por al tren a Cali… ─y esto, que ya me había contado, lo repite hasta que llegamos, más o menos, a este mismo punto de pierde y de partida─.

─¿Y qué me puede contar de los apodos?

[146] Fuera de esta investigación también la he oído; quizás es una contracción derivada de la frase: *Ni en dónde saberlo* o *ni en quién saberlo* y, a mi juicio, equivalente a *ni cómo saberlo*, por mencionar unos ejemplos.

Yo no sé cómo le decían a mi papá, pero ahora recuerdo a don Julio Muñoz, un vecino que era cojo, y le decían: "Una pa' bajo y otra pa' arriba"; él es el papá de una amiga mía muy íntima, éramos vecinas y condiscípulas, se llamaba Candelaria Muñoz, ella quedó solita porque se murieron sus hermanos: Murió Manuel, murió Federico, murió Livia, y casi todas las amigas mías se han muerto; Candelaria ahora vive por Las Américas, ella es hija de misia Flora, una señora que vendía leche; y ahora recuerdo que de las Bernales sólo quedó Aída; y una de las morenitas que vivían en frente de la bomba ya desocupó y tumbaron esa casa, era de las pocas que quedaban de antes. ¡Ah, los recuerdos del barrio Bolívar, mejor dicho!: Tenemos muy lindos recuerdos, como los paseos a La Cabaña desde la seis de la mañana hasta las diez de la noche, y si iba una íbamos todas, pero, ¿ahora quién se asoma a La Cabaña?: ¡Nadie!, eso creo que está abandonado; ahora vamos a Saté, por Julumito.

─Y las fiestas, ¿cómo eran?

Vestidos largos y bonitos y, en diciembre, vestidos de disfraces: Yo tenía fotos vestida de ñapanga, de gitana, de telefonista, porque todos los 18 de diciembre Bavaria hacía un lujo de baile: Imagínese ciento cincuenta parejas de El Empedrado, de Los Lotes, de El Cacho, de El Recuerdo, de El barrio Bolívar, de Belalcázar[147], y tocaban los músicos del batallón pura música de viento, y bailábamos cumbia, porro, bambuco, boleros y con los boleros era que a uno lo enamoraban ─me dice mientras se ríe─. Son recuerdos muy lindos y recuerdos de esos ya no vendrán, como esa amistad del barrio Bolívar, tan bonita y tan unida... Ah, el barrio Bolívar: El barrio iba desde el Puente del Humilladero hasta allá, hasta el hospital y todas ellas eran íntimas amigas y si la una no iba a un baile las demás convencíamos al papá y a la mamá para que le dejaran ir.

─¿Y por qué les decían Los Pitingos?

Por el aguardiente, pues, no ve que Pitingos quiere decir "peliones", porque, en ese entonces, bajaban los celadores y, cuando golpeaban en las casas, a veces, desde las ventanitas chiquitas de las casas, les echaban agua caliente para que se fueran y así no los cogían con el aguardiente chiquito, y no los dejaban entrar hasta que estaba todo limpio: Subían las cosas al tumbao, donde a veces iban a parar los chécheres, y también apagaban el fogón y escondían el aguardiente. También festejábamos los San Pedro y uno de los penúltimos lo hicimos allí, donde su abuelo, porque nos dio permiso. Ay, como don Moisés es tan querido, una belleza de persona: Como éramos casi todos en el barrio Bolívar. Volviendo a lo del aguardiente, cuando venían los celadores como por Vásquez Cobo[148], en la esquina, donde hoy es la galería, vivía don Eduardo Santacruz, ¡que hacía unos bailes!: Como la sala era inmensa cabíamos cuarenta parejas en la sala, y él se subía al techo y gritaba ¡tiiieeempooo! para avisarnos a todos ─… y vuelve a contarme con otros detalles el curioso proceso cotidiano de escabullirse de la ley─.

[147] Si no es claro: Se refiere al barrio Belalcázar, no al municipio.
[148] Se trata de la Calle del Banano: El encuentro entre la carrera cuarta A y la calle primera A.

También le cuento que en el barrio Bolívar estuvo alojado Tirofijo, donde misia Paulina, la mamá de los Caritas, y les decíamos los Caritas porque eran como dieciocho hijos igualitos todos: Los sentaba en el piso de la sala en unos costales con la comidita y usted llegaba a las cinco de la tarde y los encontraba a todos cuchareando y todos parecidos y eran de apellido Collazos… Y creo que Tirofijo llegó en 1947 o 1948, a coger votos, porque ese tipo trabajó mucho y como hablaba tan sabroso, y como él se subía en una mesa allí, en la plazuela de La Estación, y como ese no le tenía miedo a la Policía ni a nadie y aunque le decían: "Señor: Bájese, bájese", él les decía: "Un momentico que yo tengo mi derecho de hablar", y hablaba completa su perorata; y él nunca negó quién era, tanto que les decía: "Váyanse por ahí que, ahora que yo hable, voy y me entrego y no me jodan más", y ellos decían: "Bueno, señor, porque nosotros lo que menos queremos es dañarle las piernas, porque esa fue la orden del coronel", y él les decía que bueno, pero que, por ahí cerca, él tenía quién lo defendiera, pero eran mentiras. Y él los despistaba y donde le anochecía él no amanecía, aunque decía que volvía en una o dos horas: Él no era tan pendejo y en cualquier caballo se volaba.

─¿Y a usted le tocó vivir alguna inundación en el barrio Bolívar?

Claro: En 1938: Eso fue más grande que la que hubo hace poquito, eso llegó hasta el hospital, cuando estaba cerca del Puente del Humilladero, y por todas esas casas que ya no existen, y como en el hospital había capilla y estaban velando a alguien, pues, el agua se entró y se llevó al cadáver como una barca: Yo sólo oí porque estaba muy chiquita, yo tenía sólo seis años; en la última, en la de diciembre, se metió el agua al garaje de la sala y volvió una nada todas las cosas que tenía amontonadas en unas cajas y los muebles, pero, como ya no vivo allá[149], no me fue tan mal.

─Y, ¿qué recuerda de los gitanos?

Ah, esos gitanos ─me dice entre risas─: Yo me acuerdo que mi papá les conectó una manguera a ellos para que no cargaran el agua hasta donde es la cancha de fútbol ahora, porque eso era un llano y allí llegaban ellos cada año o cada seis meses, pa'l verano venían, y me acuerdo tanto de las últimas que llegaron[150]: Una se llamaba Marilín y la otra Lupe, y Lupe fue novia de Jesús, mi hermano, y esa Lupe era loca enamorada de ese negro hermano mío y que también era cojo porque, bajando por Santo Domingo en una bicicleta, se quedó sin frenos y fue a dar a la ventana de una casa esquinera y se dañó una pierna y casi se muere, menos mal los médicos lo salvaron, y Lupe decía que los negros le gustaban porque no desteñían ─me dice mientras se carcajea─; ¡pero qué mujeres tan lindas las gitanas!, ¡ay!, usaban unas ropas anchas y lindas, unas pañoletas divinas y unos zarcillos grandotes; ahora, esa hermana de Lupe se las llevaba a todas: Cómo será que un ingeniero que vivía por allí, cerquita de donde nosotros, ¿cómo era que se llamaba él?... no me puedo acordar, pero era novio de Mariedil, la hija de doña Ligia Granobles, y cómo sería

[149] Su casa queda en la Avenida de los Estudiantes, entre la calle novena norte y la calle décima norte.
[150] Uno de los poquísimos referentes temporales y espaciales sobre las últimas llegadas de los gitanos: No sé qué tan cierto sea.

que él perdió el noviazgo de cuatro años porque se hizo el bravo con ella, con la novia, para irse detrás de la gitana: Él estaba loco por ella, aunque no se casaron. La mamá de ellas también era muy linda: Era una mona acuerpada, con unas trenzas y se movía muy bonito. Cuando todos ellos llegaron al barrio Bolívar venían de Pasto, y a Pasto llegaron desde Ipiales, y a Ipiales llegaron del Ecuador, y al Ecuador llegaron desde el Perú; ellos viajaban mucho. Después de ellos creo llegaron otros gitanos, pero a Los Hoyos… Y mi papá les conectaba una manguera a los gitanos para que no cargaran el agua hasta ese llano… ─y vuelve a andar sobre lo contado y a contarlo─.

─¿Y usted qué recuerda de la demolición de La Estación?

A todo el mundo le andaban diciendo que se retiraran tres cuadras de allí para que no se les reventaran los oídos. ¡El que la demolió fue ese hijue…! alma bendita, ese Caicedo, pues, un chiquitico que fue alcalde.

─Eso me han dicho, doña Cecilia. Y, ¿usted qué tanto aprendió a cocinar?

Yo ya casi no preparo porque estoy muy viejita, pero aquí aún hacemos ternero, tamales, empanadas, rellena y toda esa comida que hacíamos antes en las casas, pero sólo algunas veces.

─Y después de vivir tantos años en el barrio Bolívar, ¿cómo lo ve hoy?

Yo no volví a mi casa desde el día en que enterramos a Luz, hace ya varios años, y el barrio Bolívar hoy, pues… niensesabe: Porque la mayoría es gente que uno ya ni conoce, ya quedamos muy poquiticas, muy poquiticas: Con las que usted me dijo que ya ha hablado; y ahora hay rateros los que usted quiera. El barrio Bolívar se acabó: No ve que ya casi ninguna familia vive ahí. Y con el traslado de la galería del Centro al barrio Bolívar, pues, todos lo vimos mal ni comparación: Allá a veces le meten a uno papas viejas y cebollas viejas y hay mucho robo y mucho mugre y mucho desorden… antes, las indiecitas que vendían en la galería, llegaban a caballo en la noche del día anterior y extendían esteras en algunas salas grandotas de esas casas y allí amanecían y nadie les cobraba la estadía.

─Muy trabajadora esa gente, doña Cecilia. Por otra parte, ¿cómo eran los entierros en esa época?

A mis papás los velamos en la misma casa en que vivíamos y allí también hicimos el novenario: mi papá murió de setenta y dos y mi mamá de sesenta; él murió del corazón y ella sí no nos dio tiro a nada: Se fue al hospital porque tenía un dolor de estómago y dijo "si me dan un purgante, pues, me lo tomo", recuerdo un purgante que se llamaba Quinopodio, eso era bravo, recuerdo que se lo daban mucho a los soldados y a los policías, y también recuerdo que mi mamá era yerbatera, como muchas, y tenía toronjil pa'l corazón y los nervios, como cuando se moría una persona y una iba a comprar dos centavos de toronjil; los cabellos de choclo y también el limoncillo eran benditos para la tos; el descansé pa' la fiebre; yerbabuena y el anís para el dolor de estómago…

—¿Y supieron qué le dio a su mamá?

Pues, primero decían que era mucho frío: como ella madrugaba tanto a bañarse y después se iba a poner esa paila para hacer dulce de guayaba, como ella fue tan trabajadora, y atendiendo a esos ferroviarios, envolviendo las panelas y todo eso que hacía… es que antiguamente trabajaban, el marido y la mujer, parejo; ahora sí no, ahora las mujeres trabajamos, pero en oficinas, en farmacias, de empleadas. Entonces, ¿qué le decía?

—Lo de su mamá.

Ah, sí: A mi mamá nunca le había dolido el estómago hasta ese momento, entonces, se fue para el hospital, ella tenía setenta y cinco años[151], y quezque le pusieron esos rayos equis y ni bien se los alcanzaron a poner y qué hemorragia que le dio y a los diez minutos murió. Buena y sana que estaba, pero se le reventó un tumor: Y varios en mi familia han muerto por cosas al estómago; a ella no alcanzamos a lidiarla, pero a mí papá, sí: Él toda la vida estuvo malo con el corazón, tomó muchas pastillas, como que tenía un soplo o varios.

Mire que antes eran muy estrictos: Mantenían el perrero colgado y daban mucho juete, y en las escuelas también: Eso le dejaban las marcas; ahora ya no se usa eso y antes las mujeres no estudiaban completo, sólo la primaria, pero ahora ya estudian mucho más y tanto como los hombres. Si yo hubiera podido me habría gustado ser militar, cómo me gusta la vida militar, en cambio conseguí trabajo de aseadora en el INEM y allá me pensioné… Mi hermano Jesús está jubilado de la Zona de Carreteras, y Mis otros hermanos, José y Tito, están jubilados del ejército. El mayor de mis hermanos alcanzó a hacer la primera comunión, pero murió de bronquitis y los otros murieron de enfermedades porque no habían remedios como ahora: Antes para la bronquitis eran agüitas de canela con limón en la casa y otras cosas las que se daban… y de los que murieron recuerdo a una hermana muy bonita y sí que se parecía a mi papá: Era bien ojiazul y blanca, blanca, y las tres mujeres que quedamos nos parecemos más a mi mamá, y los tres hombres que quedaron se parecen más mi papá. Mi papá se llamaba Santiago Figueroa y mi mamá se llamaba Clara Bastidas Vidal…

***

—Y desde los olvidos y recuerdos que constituyen su memoria me vuelve a contar, una vez más, toda su historia. Y una vez más la oigo porque a eso he venido.

[151] Decidí dejar esos cambios en las edades para evidenciar cómo recuerda y cómo olvida sus memorias.

## 10. Ana Teresa Ortega

─A Sabogal lo conocí hace años y seguí conociéndolo durante otros tantos: Era un hombre alto, grueso y de gafas que vendía chance y lotería afuera de la droguería de mi papá, y, cuando yo cumplía años, siempre me regalaba un chance con los números que yo quisiera, aunque siempre se me olvidaba averiguar si perdía o ganaba. Pese a que ya estaba canoso, nunca pensé que estuviera casado, aunque sabía que sí tenía hijos. Siempre era amable, sereno y creo que hasta feliz, quizá por ello mis dudas sobre su estado civil. Sabogal murió de diabetes y años después conocí a doña Ana, su esposa, y pude dejar mi sano prejuicio sobre la felicidad y el matrimonio. Para esta ocasión, que a continuación intentaré relatar, también nos acompañó su hijo Guido Libardo.

***

Mi nombre es Ana Teresa Ortega y nací en 1935, el 1 de febrero, aquí, en Popayán, en esta casa que era de mis padres. Mi mamá y mi papá eran de aquí, de Popayán: Mi papá se llamaba Salvador Ortega y mi mamá se llamaba Isabel Díaz; mi mamá era ama de casa y mi papá era trabajador independiente, aunque él trabajó en el Ferrocarril como obrero de línea y los llevaban en unos carritos férreos hasta Cajibío, Piendamó y todo eso. Él arreglaba los polines y los rieles, ya después comerció con ganado y con la leche que les sacaba, y también con gallos de pelea. Mi esposo se llamaba Celso Sabogal Flor y con él tuvimos una casa cerca de lo que fue Carulla[152], pero tuvo que venderla por un mal negocio y nos tocó venirnos para acá, a esta casa, que es mi herencia; esta casa también era de bahareque, como muchas del barrio Bolívar, pero después del terremoto se cayó y tuvimos que hacerla. Todos mis cuatro hijos nacieron aquí y con partera: Ella vivía en Pandiguando y se llamaba Luz Ordóñez; yo tenía seguro, pero preferíamos a la partera. Cállese, Princesa ─le dice a su perrita que ladró en casi toda la conversación, pero no en estas páginas─. Y de mi niñez recuerdo que los muchachos de por aquí eran muy sanos ni comparación con los de ahora. Para allá ─y señala con sus manos el occidente geográfico─ habían unos potreros y allá hacían unos columpios de ruedas, de dar vuelta, en un poste; jugábamos entre todos, hacíamos comitivas. En esta casa de aquí en frente era el tanque de agua del Ferrocarril: Tenía tubos y eso bajaba hasta la máquina[153]. La Estación era grande y muy bonita y quedaba sobre la carrera sexta A, en frente de esa pila de la esquina, y tenía unas bodegas amplias para guardar la mercancía que mandaban para Palmira, pa' Cali y todas esas partes.

Y allá, más arriba de donde hoy es la Cruz Roja ─nos dice su Guido mientras señala con su mano el norte geográfico─, había un embarcadero de ganado.

[152] Eso quedaba entre la carrera novena y la carrera décima con calles diecisiete norte y diecisiete A norte; hoy es una sucursal de Olímpica.
[153] Se refiere a la locomotora.

Sí. Era una estación muy linda: Lo que pasa es que ese alcalde… ¿cómo es que se llama? ─se pregunta así misma doña Ana─... Caicedo, sí, él fue el que mandó a que le echaran dinamita a eso porque estaba muy bien hecho; eso hubiera sido un museo. Y fíjese que el ruido de las locomotoras nunca nos incomodó. Casualmente, cuando se despedía el Año Nuevo, llegaban las dos máquinas: La de pasajeros y la de carga, y ambas lloraban, pitaban a las doce de la noche, lloraban… eso era muy bonito y también era triste. Sí, eso pitaban. Y, cómo éramos todos niños, cuando ya llegaba el tren, a eso de las seis de la tarde, cuando ya se bajaba la gente y todo eso, nos subíamos cuando iba a hacer los cambios, entonces, el tren voltiaba en reversa pa'cá atrás, pa' donde es Lomalinda, cerca del Champagnat, porque por ahí había rieles, y nos montábamos para darnos unos pichones, y eso éramos niños y niñas.

Sí, de ahí el tren llegaba hasta al paso a nivel y se devolvía y se cuadraba ─complementa Guido─.

Y tenían una máquina para que el tren cambiara a la otra carrilera ─comenta doña Ana─…

Luego ya cambiaron a máquinas de diésel, porque las primeras, de las que ella habla, fueron a vapor.

Sí, así le cuento ─me dice doña Ana─. Antes también había una carretera por la que metían ganado al tren y pasaba por aquí atrás, pero nos la quitaron, y aunque eso lo peliamos en la alcaldía, pues, usted sabe que a veces hay plata de por medio, y eso lo construyeron[154].

Esa carretera era fea ─comenta Guido─ y, después de que los camiones de ganado dejaban las reses en el embarcadero, cuando iban a subir, no podían y patinaban.

Y con todo eso el tren llegaba hasta Buenaventura y se regresaba, ─detalla doña Ana─ y en ese viaje pasaba por Morales, Matarredonda y demás…

Piendamó, Buenos Aires, Honduras y todos esos pueblos, porque esa era nuestra línea férrea, la del Pacífico ─nos dice Guido─: Para las demás partes del país eran otras líneas férreas.

El tren era buenísimo: Yo alcancé a viajar, con mi madre, hasta Cali, porque ella tenía una tía allá, y siempre nos íbamos en el tren y nos regresábamos en el tren ─apunta doña Ana─, y nos íbamos en esos vagones de primera categoría, que eran acolchonados, porque los otros eran de madera…

El tren salía a las cinco de la mañana y llegaba, por ahí, al mediodía ─comenta Guido─.

Y también había un autoferro que salía a las tres de la tarde ─destaca doña Ana─.

Le cuento ─me dice Guido─: Los papás de mi papá eran de Cundinamarca, eran comerciantes y en ese tiempo hacían trueques y ellos traían mercancía y la cambiaban por ganado, eran del estilo

[154] Se refiere a que lo que hoy es la carrera sexta B salía hasta lo que hoy es la calle quinta norte.

de los gitanos, pues, y hubo un punto de Morales en el que se radicaron y adquirieron un poco de tierras, pasando el río Cauca en la montaña, en La Meseta[155]: Yo me acuerdo que, cuando niños, casualmente, nosotros nos íbamos en el Ferrocarril todas la vacaciones, y mi papá también pedía vacaciones, y nos íbamos en ese tren hasta Morales, y en Morales nos tenían bestias, porque de ahí, adonde íbamos, habían de tres a cuatro horas, y había que pasar el río Cauca. Eso era muy lindo: uno subía esa montaña y veía para abajo y era como ver desde un avión: Muy bellos esos paisajes, la naturaleza, esos despeñaderos. Todo eso ahorita es coquero, pero toda la familia de mi papá tenía sus fincas cafeteras y ganaderas. Y antes las casas de mis tíos tenían aljibe y muchas de acá también, y en esa época tenían lámparas *Coleman* o velitas porque la electricidad era escasa. Y después de ahí nos íbamos en el tren para Cali, a pasar el resto de las vacaciones adonde la familia de mi mamá. Y en el tren había un vagón-restaurante y venía una azafata ofreciéndonos comida y gaseosas, como Pony-Malta.

Ellos ─me dice doña Ana refiriéndose a sus hijos─ tuvieron una niñez muy bella, porque el papá les dejó muy buenos recuerdos, y fue un buen marido.

Pero así con todo ─nos dice Guido─, porque uno no puede decir: No, que esta época es la mejor porque el que está viviendo esta época es el que más tarde va a recordar esa época y le va a parecer bonita; pero la época de nosotros sí fue bonita, empezando por el estudio: Ahorita usted le pregunta a un muchacho si puede hacer una suma de quebrados y mixtos y no se la hace, porque todo ya es mascadito, o ya está en el computador. Antes el estudio de uno era como mejor, porque para resolver un problema eso era difícil, no como ahora. Y los profesores a uno le pegaban. Y ya la gente no compra libros, incluso eso del Círculo de Lectores como que se acabó. Y uno salía del bachillerato y entraba a la universidad bien preparado. Yo estudié en La Industrial y era duro: cómo será que uno salía de bachiller y lo recibían en segundo semestre de ingeniería. Yo salí sabiendo diseño industrial. Y en esa época se encontraba trabajo, no como ahora, aunque a mí me tocó irme pa' Puerto Tejada a trabajar en un ingenio, como año y medio, y luego me fui pa' Venezuela, y allá estuve como catorce años, desde el 79, hasta antes de que subiera Chávez, cuando tumbó a Caldera, y allí ya me vine. Pero en esa época era bueno porque la moneda valía, aunque lo malo es que dependían mucho del petróleo y todo era importado, y por eso dependían mucho de Estados Unidos. Y ahora soy independiente: Comercio con carpas y cosas de plástico en los pueblos.

Y del ingenio ese lo iban a mandar a Estados Unidos, pero consiguió novia y perdió esa oportunidad, ay ─amplía doña Ana con el tono resignado de las madres─.

No: Era a Panamá, mamá. Luego, pues, me quedé, me casé con una mujer de acá, me fui a Venezuela, allá nacieron mis tres hijos, y luego lo que le conté; ahora vivo allá atrasito, en la casa que de doña Cecilia Guacanés, como yo me separé. Esa casa la están vendiendo, pero piden muchísimo y no tiene salida a la sexta, pero, por otra parte, es bueno porque le queda a uno cerca

[155] Se refiere a una zona entre Morales, La Salvajina y Suárez.

de la galería, pero, por otra, no, por la suciedad, por la mano de gamines y porque ya los policías no les hacen nada. Y, como ve, desde entonces somos vecinos del barrio Bolívar… de Los Pitingos ─comenta Guido con una sonrisa irónica─.

Ha sido una relación, ¿cómo le digo? ─me pregunta y se pregunta doña Ana─, pues, del barrio Bolívar no tengo gente amiga; conocidos, sí… pero no sé por qué les dicen Pitingos, ¿usted sabe, mijo?

No, yo tampoco sé, mamá, no sé de dónde viene esa palabra; creo que a los del barrio Bolívar les dicen Pitingos, pero porque ellos tenían fama de peliones y por eso creo que nosotros no nos juntábamos mucho con ellos: De los Bahos había varios que eran muy peliones y de los Castro a uno lo mataron de una puñalada; esos manes eran muy jartos, aunque ellos tampoco venían mucho para acá.

De la gente del barrio Bolívar me acuerdo de Carramplón ─anota doña Ana─, que dirigía el equipo de fútbol; y de las Dos de La Tarde, que eran las señoritas Galvis, las que tenían una prendería y eran liberales, ellas ya se murieron. Yo también oía que en frente del hospital había una señora que hacía aguardiente chiquito, pero más no sé. También recuerdo a una señora, creo que se llamaba Ana Castro, y era muy liberal, liberal a morir: En esa época Aurelio Iragorri mandaba aquí y la señora Castro y los hijos de ella consiguieron sus trabajos por él.

Y por donde doña Cecilia Guacanés ─detallada Guido─ había una cancha de tejo: Yo fui con mi papá varias veces. También iba donde doña Flora a comprar la leche.

Ella vivía cerca de donde don Santiago Figueroa ─dice doña Ana─.

─¿Qué más me pueden contar de los gitanos?

A donde nos íbamos a columpiar siempre venían los gitanos, era allá arriba, donde jugábamos ─nos cuenta doña Ana y procede a explicarnos─: Eso era una planada grande y allí era donde hacían sus toldas, traían sus caballos y sus pailas de cobre y todo eso que vendían. Ellos venían cada año, como pa'l verano. Se estaban como un mes o mes y medio y allí hacían esas cosas de cobre. Y para el lado de Lomalinda había un club que se llamaba La Arada, y allí venían muchas muchachas de servicio y los soldaditos y ahí hacían sus toldas los gitanos.

Es que todas estas casas de por aquí hasta arriba[156] no estaban encerradas ─nos dice Guido─, así que uno podía salir a mirar cuando llegaban los gitanos. Ese club lo atendía Barrilito: Una gorda que era la dura de eso, ella era la que lo administraba.

Pero eso era arrendado porque era de Álvaro Fernández, un ricachón de aquí, de Popayán ─apunta doña Ana y amplía─: Él tenía su casa allí, pero luego se fue pa'l Centro, y eso se quedó

[156] Se refiere al occidente geográfico.

cuidándolo un señor del barrio Bolívar, pero no me acuerdo del nombre, y a él fue a quien le dijo mi papá que si podían arrendarle todo ese potrero para el ganado.

Sí. Y Barrilito, pues, tenía mujeres ahí: Esa era una casa de citas ─nos cuenta Guido─. Y los domingos bailaban y bebían y comían y jugaban sapo.

Y donde era Comfacauca era la Federación de Cafeteros, aunque luego le cambiaron el nombre a Alma Café ─comenta doña Ana─.

Eso ─nos dice Guido refiriéndose al tren─ lo cargaban entre ganado y café porque en esa época se producía bastante café en el país, aunque, ahora, por el clima, ha disminuido un poco, pero se sigue produciendo bastante. Y allí, donde dice mi mamá, era el centro de acopio de café de todo el Cauca.

Y las bodegas que ahora son Olímpica no llegaron a tumbarlas ─detalla doña Ana─. Y en la Federación de Cafeteros trabajó Celso, mi esposo.

─Le pregunto cómo lo conoció y se achanta─.

Lo que pasa es que mi papá ─me dice Guido─ prestó servicio militar con el hermano de ella en Paipa, Boyacá, entonces, como lo traía aquí, él se enamoró y empezó la relación de ellos. Luego, mi papá estuvo en la Policía como cinco años y en las vacaciones trabajaba en la Federación de Cafeteros, como le quedaba cerca…

Después ─me dice doña Ana ya sin achantarse─, el gerente le cogió cariño, entonces, como Celso quería retirarse de la Policía, fue a pedirle trabajo y se lo dio, pero no querían darle la baja en la Policía, porque había poquito personal y, en ese tiempo, apenas estaba empezando la guerrilla, y eso que el mayor de él le insistió y le insistió, pero él decía que no podían obligarlo a quedarse.

Él se aburrió porque lo mandaron a El Tambo, por Uribe, y también a Buenos Aires que empezaban a ser zonas guerrilleras ─nos detalla Guido─.

─Me sorprende eso porque nunca le vi ese porte militar, como era tan amable y tan respetuoso.

Fíjese. Él era muy calmado para todo y así procedía pa' todo en la vida y también en la Policía ─me cuenta doña Ana─. En la Federación de Cafeteros trabajó por quince años y allá se encargaba de las básculas y de pesar el café y examinarlo con unos chuzos.

Como hay veces que el café viene revuelto y el bueno lo ponen arriba y la pasilla abajo ─me explica Guido─. Aunque no pasa lo mismo con el café de exportación, claro.

Y eso de La Arada duró varios años; luego pusieron el colegio Juan XXIII ─me dice doña Ana, retomando lo mencionado─.

La rectora de eso era doña Asunción Ramírez y ese colegio estaba aquí al frente ─me cuenta Guido─: Yo estudié allí, como casi todos los de por aquí, y en la Junín; también estudié en la escuela José Hilario López: Recuerdo a ese profesor Checa que era bravísimo: Se vestía con botas, abrigo y un anillo; o a Alirio: Un chiquitico que de improvisto le metía a uno un puño. Y también recuerdo que los gitanos venían mucho, pero, luego ya no volvieron. Las gitanas eran muy bonitas y leían la mano: Hubo una de ellas que se casó con uno de por aquí, pero luego se divorciaron: Ella se llama Lupe.

Ah, sí: Lupe vive en Cali ─apunta doña Ana─.

Sí. Y los hijos vienen en diciembre por aquí: Como son de los muchachos con los que uno se crio ─me explica Guido─; no sé bien cuántos son, pero uno se llama Víctor, y son de apellido Cerón por el papá.

Él se la trajo acá, a este barrio ─me cuenta doña Ana─, y al principio ella hablaba en gitano, pero luego ya aprendió bien español. Creo que por esas épocas también vimos una boda entre gitanos en La Arada: La unión de ellos es que se rompen aquí en cada uno ─y simula en su cuerpo cómo se cortaban una pequeña parte de la mano─ y así hacen el vínculo…

Pero la boda no la oficia un cura ─nos dice Guido─ sino uno de ellos, de los gitanos, y eso hicieron fiesta y toda esa vaina. Los gitanos voltiaban mucho y venían de Medellín, de Palmira, de Cali y de muchas otras partes.

Ellos eran muy entradores ─dice doña Ana sonriéndose toda─: Aquí se me venían a meter las gitanas que tenían novios de los mismos y esos locos a mí me querían tanto… una de ellas, que tenía un novio civil, venía a preguntarme si aquél había venido y yo le decía que él estaba en la esquina, como desde hace una hora, mirando, buscándola, porque él estaba muy enamorado de ella, pero a la hora, como se fueron, no sé qué pasó. Las gitanas eran muy bonitas: Se distinguían porque las que usaban bien la pañoleta estaban casadas o comprometidas, y las que no, pues, estaban solteras. Con ellos nos la llevábamos muy bien: Como uno estaba muchacho uno se iba a donde ellos o ellos lo llamaban. En una fiesta nos invitaron a festejar y a comer carne de puerco, como que era lechona, pero yo fui y me devolví; luego ellos me decían que por qué no había recibido y me había ido, y yo, como estaba joven, les dije que mis papás no me dejaban ir sola a cualquier lado ni recibir cosas de la calle. Creo que siempre venía el mismo grupo, pero con otros familiares que tenían de otras partes. Y el matrimonio que comentó mi hijo duró hasta el otro día: Eso cantaban, tocaban guitarra, bailaban. Ahora que me acuerdo, el muchacho que estaba enamorado de esa gitana que le mencioné era del Centro, tenía un almacén, pero, ya no me acuerdo cuál era, y el muchacho estaba enamoradísimo de ella, eran novios, y la quería tanto que venía y me dejaba las cartas que le escribía para que yo se las entregara a ella, y yo las ponía atrás de un espejo y ella cuando venía me decía: "¡Qui' hubo, Teresa!", y, como a veces estaba mi papá, me hacía señas para saber del novio, y yo también le hacía señas para que cogiera las cartas y se iba. Y ella me decía: "Si se dan cuenta que yo tengo ese novio, me matan a mí o lo

matan a él", porque eran muy celosos, y eso que ella era soltera. Y cuando ya se fueron eso vino a llorar, ¡cómo lloraba! Le decía yo: No llore, no llore: Usted va a volver y va a ver que se vuelve a encontrar con él: Como yo estaba muchacha. Él le decía a ella que se volaran, pero a ella le daba mucho miedo. Lástima que Lupe no esté: De pronto ella sí le podría comentar más cosas. Ella a veces viene, pero eso es una rareza, como vive en Cali con una hija y creo que tiene a los papaces o a unos familiares en Bogotá.

Decían que los más ricos llegaban a hoteles y, últimamente, ya no venían para estos lados sino para El Retiro ─nos cuenta Guido─. La otra vez vi unos que leían la suerte en el Puente del Humilladero. Ellos como que vienen de Egipto y eso hablan como árabe. Y la música de ellos no era como la de nosotros, era rara.

Sí, aunque no era música cansona: Era música bien alegre ─complementa doña Ana mientras abre un poco más los ojos─.

Cuando yo era niño ─dice Guido─ mi mamá ponía en la radio una emisora que se llamaba Santa Fe, que eran una emisora de Bogotá, porque aquí no habían muchas emisoras, y sonaba la música de Buitrago, de Escalona, música de guitarra, la de los viejos.

Y los pasillos, los bambucos, los pasodobles, los tangos, los boleros… ─dice doña Ana casi que enumerándolos y quedándose suspendida un rato, como si estuviera bailando en su mente─.

Las fiestas en este barrio eran buenas ─me dice Guido meneando la cabeza y gran parte del cuerpo─. Sí, como había Junta de Acción Comunal y la presidente era una señora negra, todos ellos hacían festivales, y para los diciembres hacían casetas y eso era muy bueno.

Sí, todo en orden, nadie peliaba y todo el mundo era contento ─asevera con ternura doña Ana─.

Sí. Y en diciembre se hacían los concursos de chirimías en La Estación y allí venían a tocar bambucos, pasillos y con eso bailaba la gente de la época de mi mamá; después se oyó a Pastor López, a Nelson Henríquez, pura música guasca, como le decían en ese tiempo, pura música bailable ─nos explica Guido emocionado─.

En diciembre era bonito ─nos empieza a decir doña Ana─ porque en el barrio Bolívar pasaban la Virgen en compañía de los caballitos, y en la plazuela de La Estación recitaban el Rey Blanco y el Rey Negro. Y en Bavaria, que quedaba donde hoy es Empaques del Cauca, había un club, y ahí también hacían fiestas buenas, con orquestas y todo el cuento.

Para acá, para el río Cauca ─me cuenta Guido─, había una chorrera, en La Cabaña: Allá hacían las fiestas los gamonales y allá también íbamos de paseo. Y por El Morro, por donde quedaban las piscinas, también había una chorrera.

Y La Paila era cerca de Tránsito: Una vez fui con Celso ─comenta doña Ana─, y, en ese entonces, el río Molino era limpio y la gente iba a pescar y a bañarse. Me acordé que a la Virgen

de los Ferroviarios le hacían unas fiestas, creo que en julio y en diciembre, desde la víspera, y venían de Pueblillo, de Pisojé, de Piendamó, de Cajibío y de los barrios de aquí de Popayán. Después de que botaron La Estación se llevaron la Virgen a Piendamó. Todo va cambiando. El 5 y 6 no echaban agua sino puro polvo, y el día de Negritos era de Negritos y el día de Blanquitos era de Blanquitos, no como ahora que le echan a uno de todo. Y las reinas salían en unas carrozas, todas muy bonitas: La Federación sacaba su carroza, la Gobernación también, cada barrio sacaba su carroza: Una vez sacaron una de un dragón. Otra cosa que también se jugaba mucho acá, y era tradicional de este barrio[157], eran los gallos: Colgaban los gallos en una cuerda y ponían a la gente a correr para que les arrancaran la cabeza y, cuando ya se la iban a arrancar, subían a los gallos, entonces, como no alcanzaban, iban en parejas; también hacían piñatas, varas de premio y en La Estación también ponían varas de premio: Eso eran unas guaudas engrasadas que tenían los premios arriba, y los premios eran ropa, plata, juguetes y así: Eso las secaban con costales y así iban subiendo, iban subiendo y eran bien vivos y también llevaban arena para eso.

Sí. Y, con lo de las piñatas, una vez por aquí había un loquito y un bobito, y pusieron al loquito a que le diera a la piñata, pero le dio al bobito, ja ja ja ja ─nos cuenta Guido entre risas─.

¡Ay, qué miedo eso! Y le pegó en la cara al pobre ─me asevera doña Ana preocupada─. Y en diciembre también hacíamos chulquín, dulces navideños, desamargados, hojaldras, buñuelos, tamales y todo eso y se compartían con los que llegaban, con los vecinos, eso se compartía todo.

Eso ya no se ve: Si usted hace hojaldras, se las come usted y su familia, si usted hace tamales, también… ahora ya no, ahora ya no ─me cuenta Guido con certeza y resignación─.

Claro que uno todavía tiene ese detalle con las personas que quiere bastante ─apunta doña Ana─.

Ah, claro mi papá hacía pailadas de dulce para el 24. En cuanto al barrio Bolívar, pues, antes tenía muchos bares: Estaba La Estación, estaba El Argentino, estaba El Buda, estaba Mil Delirios.

Sí: Es que antes de la galería eso eran bares y hoteles ─me explica doña Ana─.

Y las empresas de transporte también quedaban ahí ─me dice Guido como complemento─: Expreso Palmira, Expreso Magdalena y otras. Eso fue a la par con el tren, aunque el tren era más viejo, pero la gente, por más rapidez, viajaba en esos buses y no tanto en el tren, así la carretera no fuese tan buena, pues, la gente llegaba más rápido. Y la farmacia más vieja es la de su papá, la única que aguantó.

Y el hotel Londres ─me dice doña Ana como complemento─.

Mi papá molestaba a su papá cuando se accidentó ─me dice Guido sonriente─: “Oliverio va a La Rebaja para comprar la droga más barata”, ja ja ja ja.

[157] Se refiere al barrio Belalcázar.

─Así es. Cuando mi tío Fredy trabajaba allá le decía: “Fredy, vaya a la bodega y mira si hay de este medicamento”, y le daba la plata para que fuera a comprarlo a La Rebaja: Esa era “la bodega”.

Ja ja ja ja. Sí, su papá y los de la droguería, Chucho, Wilson y Carlos, estimaban mucho a mi papá: Lo invitaban y lo llevaban a toda parte y lo venían a dejar todo borrachito aquí. Por ahí he visto a Oliverio: Está enfermo, tiene esa tembladera, ese Párkinson, pero así maneja y por ahí también lo vi tomando trago la otra vez.

Y ahora todos ellos están gordísimos ─apunta doña Ana y no sin razón─.

─Sí, se la pasan tomando. Aunque mi papá toma, pero ya no como antes y muchos menos de lo que dicen que tomaba antes de que yo lo conociera.

¡Qué tal!, ¿no? ─dice doña Ana con sorpresa─. Todo va pasando. Recuerdos inolvidables. También recuerdo que ellos iban a alumbrar. Claro que la mayoría de los que iban a alumbrar tenían el aguardiente debajo del brazo.

Eso siempre ha sido así, mamá.

***

## 11. Aída Marlene Rodríguez Velasco

***

Mi nombre es Aída-Marlene-Rodríguez-Velasco y nací el dos de febrero de 1941, aquí en Popayán, en el barrio Bolívar, en la carrera sexta. Mis papás eran netamente caucanos o popayanejos: Mi papá se llamaba Guillermo Humberto Rodríguez y mi mamá se llamaba Rosa Elvira Velasco y tuvieron tres hijas mujeres y un hijo hombre: Sólo vivimos las tres hijas mujeres; la mayor es Mirian Susana Rodríguez Velasco; sigo yo; luego sigue mi hermano, Carlos Homero Rodríguez Velasco; la menor es Ana Esther Rodríguez Velasco. Mi mamá era modista en el barrio Bolívar y mi papá trabajó con Bavaria, donde hoy día es Empaques del Cauca y luego trabajó con el Ferrocarril en Timba, Cauca, al norte, creo que antes de llegar a Jamundí, eso es una región carbonera; aunque no recuerdo cuánto tiempo trabajó sí me parece que trabajó más tiempo en Bavaria, pero tampoco sé qué hacía allá, porque mi mamá nos llevaba pequeñas a dejarle el almuerzo a donde hoy es Empaques del Cauca, y cuando trabajó en el Ferrocarril ya no vivía con mi mamá: Ellos se separaron porque él tenía otra señora. Y en el barrio Bolívar viví toda una vida, hasta que me casé. Me casé a los veintidós años el nueve de febrero de 1963, o sea que van a ser cincuenta y cuatro años; en ese tiempo era usual que uno se casara y joven, porque uno estudiaba, pero se usaba que el esposo la mantuviera como ama de casa, no como ahora que trabajan ambos o ellas los mantienen. Y yo estudié en San Agustín y luego estuve interna en Silvia, con mi hermana, la mayor, porque nosotras quedamos huérfanas muy niñas: Mi mamá murió de treinta y dos años, el nueve de mayo de 1954, y mi papá también murió ocho meses atrás: El veinte de septiembre del 53, en un accidente ferroviario; y mi abuela, por parte de papá, nos crio a todos, porque mi mamá era hija única y huérfana: Al momento de nacer, ella venía de pie y, en esos tiempos, dijeron las parteras que esa posición desgarró a la mamá de ella y se murió; ella era hija natural y la crio mi tía Susana Velasco, junto con Irma Velasco, la hija de mi tía, que también estaba recién nacida y a ambas las amamantó. Mi mamá murió de cáncer de seno: La operó el Doctor Gómez, un radiólogo que todavía existe y que tiene un consultorio de rayos equis por la carrera tercera, detrás de Santo Domingo, y en ese tiempo no se había descubierto bien eso del cáncer. Y, nos cuentan mis tías paternas, que el accidente ferroviario en el que murió mi papá ocurrió en Timba y no murieron muchos: Él venía en el tren con la querida, con el hijo y con el otro hijo de ella, y ellos dizque venían alegando y ella lo empujo y la máquina del vagón le arrancó un brazo y el murió de seguro por derrame interno. Con la familia de él casi no la vamos, por lo menos yo no. Bueno, y es que nosotros más que todo la íbamos con la familia materna y con mi abuela paterna: Porque mis papás eran vecinos y supongo que así se enamoraron. Mi abuela nos adoraba y nos veneraba por ser hijas de su hijo mayor, nos quiso toda una vida y, cuando mi mamá se murió, ella hizo el deber de internarnos, a Miriam y a mí, para que no nos fuera a pasar nada: Como habían tantos primos que entraban que salían y ella trabajaba en la galería del Centro, con mi tía Susana, vendiendo papas, entonces, nos cuenta misia Carmen, la nuera de mi tía Susana, que por ese ambiente era preferible internarnos. Y a mi

hermano lo mató un carro a los catorce años, cerca de donde fue Telecom: Al dueño de la chiva que lo mató y que era silviano no le hicieron nada. Toda una vida ha sido así.

Nosotros éramos felices en todos los sentidos: Mi mamá-abuela nunca fue una mujer chocha y nos dejaba jugar con muchachos, muchachas y todo, y mi mamá no nos decía nada, tan sólo sí nos ponía horarios, porque estudiábamos en San Agustín, y nos decía que de San Agustín al barrio Bolívar debíamos gastar un cuarto de hora, y como no habían buses ni había nada y eso era mañana y tarde la jornada, nosotras subíamos con mi abuela por el parque Mosquera, subía ella ligero, porque estaba joven, a la galería y nosotras nos íbamos a estudiar, y a las once y media salíamos a almorzar y regresábamos a las dos y salíamos otra vez a la cuatro. Y aprendíamos y éramos muy inteligentes, pero también muy juguetonas, así que casi no me acuerdo lo que nos enseñaron en el colegio; sí me acuerdo que mi abuela nos dejaba que fuéramos a columpiarnos al parque de maderas, detrás de donde hoy es la Cruz Roja, y éramos hombres y mujeres, patinábamos, montábamos bicicleta, peliábamos y cogíamos esas llantas de los montallantas y las empujábamos hasta donde hoy en día es la Lotería, y hacíamos todo eso hasta las nueve de la noche, cuando ya salían a llamarnos para acostarnos, pero jugábamos de todo. Y donde hoy es el parque Carlos Albán había otro parque que era una belleza, tenía muy buenas zonas verdes y una estatua de Santander, y La Estación estaba justo donde hoy es la ampliación de la sexta[158]. También nos íbamos detrás del barrio Bolívar, por donde vivió Cecilia Figueroa, y nos íbamos hasta donde hoy es el Ciro López, aunque antes era la correccional Toribio Maya, y eso por ahí se llamaba La Pailita, y allá nos bañábamos, cogíamos guayabas, zapallos, ¡de todo lo que usted quisiera!, porque todavía no existía Yambitará, ni la Ciudad Jardín ni la galería ni el Hospital San José: Porque todas esas viviendas y construcciones vinieron a contaminar el río Molino; y, allí donde hoy es la Industrial, ¡había un baño!: Uno se podía tirar y también iban lavanderas a hacer su oficio. También íbamos al embarcadero de La Estación: Eso eran como unas casillas para meter el ganado y también tenían sus bebederos de agua bien claritos y nosotros íbamos a bañarnos y todo: Eso quedaba por donde está la bomba de gasolina del barrio Bolívar. Eso había aljibes saltiados, que cada cuatro o cinco casas había uno, y eran hondos, como uno que había en frente de la Cruz Roja: Allí nos metíamos a nadar, como no nos daba miedo de nada, ja ja ja; hoy en día eso ya no hay. En esas épocas el barrio Bolívar comenzaba y finalizaba donde hoy es Gómez-Chara[159], porque por ahí pasaba el Ferrocarril.

Así le cuento, nosotros vivíamos atrás de donde hoy es la Cruz Roja y allí nacieron mis papás, y todo eso era de los Torres-Medina, de los Lozano, de mi mamá, de mi tía, de toda esa gente, pero, como en 1929[160], llegaron a hacer el ferrocarril, esas casas las devolvieron adelante, a donde estábamos nosotros. Y toda mi familia es nativa del barrio Bolívar, claro, a todos no los conocí porque se murieron, pero tengo una tarjeta de invitación a un aniversario en 1945 para mi

[158] Se refiere a la carrera sexta A entre las calles novena séptima y novena norte.
[159] Esa droguería hoy tiene otro nombre y queda sobre la carrera sexta A y la calle trece norte.
[160] Reitero: Esa no es la fecha ni del inicio de la construcción ni de la inauguración; sugiero leer la *Compilación de imágenes* de este trabajo para saber más al respecto.

bisabuela, y eso le va a servir a un familiar mío que está peliando un terreno en Pueblillo que compró, porque aparecieron dizque herederos de ella, pero no eran familia, sólo se quieren adueñar de eso, entonces, queremos esos parentescos, y esa tarjeta va a ser la salvación para él, y mi bisabuela se llamaba Nieves Rodríguez de Paruma; los Paruma creo que son de Yanaconas y de Pueblillo, porque, enfrente de la escuela Carlos Simmonds, hay una casa casi esquinera con unos pilares[161], y los que viven allí son descendientes de Pueblillo y medios hermanos de mi abuela, y la casa está idéntica, no la han tumbado; nosotros íbamos pequeñitos para Yanaconas y esos eran los paseos y eso era lejos, y a Yanaconas no le llamaban Yanaconas sino Nápoles, pero no sé por qué y allá era una columpiadera y cogíamos guabas y de todo, porque nosotros no nos quedábamos quietos. Tuve una abuela muy buena porque se hizo cargo de los cuatro sin reproches. Le cuento que lo más lejos que fui en el tren fue hasta Buenaventura, en el 72, cuando fueron los Juegos Olímpicos de Cali[162]: Viajar en tren era una cosa muy agradable, tenía hasta comedores y tenía de todo, y el autoferro era más fino que el tren, y el viaje se demoraba unas cinco o seis horas, y en esas épocas había telégrafo.

Creo que en las alcaldías de Guillermo Alberto Gonzáles y el doctor Álvaro Caicedo, que fueron una detrás de la otra, estaban pidiendo que quitaran la galería del Centro, y el primero la mandó a tumbar y Caicedo la tumbó para hacer ese centro comercial, pero que no está capacitado para tener toda la gente que tiene; luego, tumbó La Estación, y fue lo peor de lo peor que hicieron, aunque la galería hoy no la podrían tener en el Centro. Aunque, cuando pasaron la galería del Centro pa'llá, pa'l barrio Bolívar, unos ocho o quince días atrás, fueron a donde Álvaro Caicedo y le echaron tomates podridos, le echaron de todo, porque las señoras de la galería no querían que las sacaran de allá, pero eso ya era una realidad. Y lo de la dinamitación de La Estación fue horrible y daba susto porque eso sonaba horrible: Duraron como cinco o seis meses para botar La Estación. La Estación tenía toda una avenida de palmeras: Desde donde están los semáforos[163] hasta donde era Comfacauca y las bancas eran en piedra y muy bonitas. Y el 16 de julio celebraban a su Virgen: La Virgen del Carmen, que era de bronce, y la víspera era con globos, orquesta, la banda del batallón y una especie de serenata, y al día siguiente era una misa; no se sabe a dónde fue a parar la Virgen.

Y le cuento que La Pailita era grande, como el lago del club campestre, por donde había una mina de cantera. A La Cabaña también íbamos a nadar, pero ahí se ahogó un seminarista y nunca lo encontraron.

Ah, cuando yo vivía en el barrio Bolívar no se desbordó el río Molino, pero sí nos contaban que antes había dado en el borde del Puente del Humilladero, y por ahí era el hospital Primo Pardo, menos mal las casas de ahora son más resistentes. En esas casas de antes engañaban y sacaban el chiquito, y mucha gente sacaba eso, yo recuerdo a la señora Ester Bastidas de Collazos, Sara Torres, la mamá de El Chivo, Marcela Sánchez, Carmen La Caneca, que vivía al lado de Josefina

[161] Esa casa está sobre la calle veinticinco norte entre la carrera quinta A y la carrera quinta B.
[162] Quizá se refiere a los Juegos Panamericanos de 1971.
[163] Se refiere más o menos a los que están sobre la calle quince norte.

Balcázar, y sobre todo eran mujeres las que sacaban; el aguardiente chiquito era muy rico, y compraban bastante, sobre todos los hombres, y las rentas eran detrás de ellas, de las que destilaban, y las rentas existieron donde era el hotel de turismo y en el colegio de El Carmen; como éramos tan inquietos nos tomábamos el de misia Carmen La Caneca y ese era el más rico: Eso era con una paila de cobre sobre la leña y encima le ponían otro cántaro de barro y encima le ponía el anís y todo y eso iba hirviendo, iba hirviendo y tenía una especie de manguerita y por ahí iba estilando a otra parte, lo dejaban enfriar y ya lo envasaban. Habían otras más en frente o cerca del Hospital San José, por ahí también estaba un señor de apellido Realpe y El Negro Chantre, él ya murió y forraba muebles, y la mamá, La Negra Lola, que lavaba ropa: Ella salía a sahumar el Jueves Santo, y también venía a sahumar otra que venía del Valle, pero ellas sahumaban porque tenían ganado eso y no las venían a imponer como ahora que es con palanca y eso. Y, sobre lo otro, cuando venían los de las rentas ellas gritaban ¡tiempo!, ¡tiempo!, y se iban por los techos a esconder todo eso o lo echaban al agua, porque si no se las llevaban presas. Y todo eso se acabó por la perseguidera de las rentas, y las rentas se pasaron a donde están hoy día, a la Licorera, y los hijos fueron creciendo, tumbaron las casas, se preocuparon por ellas y todo. Y le cuento que esas pailas las conseguían no sólo con los gitanos, también por La Trece, por Alfonso López. Por ahí mismo, por donde hoy está esa bomba, cerca del Hospital San José, vivían unas negritas que hacían y vendían comida patoja: Pan, arepas, tortillas, mote, envuelto y todo eso.

En esas épocas que le comento habían muchas tiendas, y hoteles casi no habían porque las mujeres de la casa les daban posada a todos los campesinos que venían de Totoró, de Silvia, y a cambio ellos les traían pollos, especias: Recuerdo un hotel que estaba o aún está al lado de la droguería de su papá: Eso era de Telmo López y don Telmo López era hermano de un señor que se llamaba Hernando López Fandiño, él era carnicero en el barrio Bolívar, y tenían platica, un hijo de Hernando se llama Fabián López López y es juez, y ese hotel lo compró un señor que se llamaba Joel Enríquez, que venía de Ecuador, él tenía dientes de oro y ese viejo era riquísimo y siempre usaba vestido completo: Corbata, sombrero y todas las de la ley y bien parado el hombre. Yo no sabía eso que usted me dice: Que cuando una muchacha le gustaba a don Joel conseguía a alguien que oficiara una boda, pero de mentiras, y se la llevaba a vivir al hotel engañada hasta que se daba cuenta de la mentira. Sí sé que los familiares de él ya vendieron eso a otras personas.

Al otro lado, en frente de La Estación, habían unas casas de citas y mi abuela vivía por ahí y a eso le decíamos La Casa Grande, porque eso era como para inquilinato, y colindaba con lo que hoy es la Garrido, y ahí al lado habían unas coperas, pues, hablémoslo así, y después, cerca de donde hoy es la lotería del Cauca, en toda la esquina, también habían más coperas, y eso eran unos escándalos en la calle: Que se le sentaban en las piernas, que tomaban, que fumaban, que se emborrachaban, que se echaban botella y de todo, y El Buda quedaba más o menos por donde hoy es San Victorino. Al otro lado, en La Casona, vivía misia Felisa, que hacía mazamorra, rosquillas y demás, y tenía un hijo que se llamaba Henry, a ese le daban ataques y lo amarraban

para inyectarle una droga que lo dormía, y ella tuvo una hija que se llama Marleni y se casó con un Sarria que es retirado del ejército, y a Marleni también la jodía el viejo Joel Enríquez. No sabía eso que me dice: Que ellos eran vecinos de Abraham Fernández, de El Suegro, y que le decían así porque tenía hijas muy lindas, pero de nombres feos, y que él se emputaba cuando le decían ese apodo y salía a perseguir con el berraquillo que mantenía a quienes le dijeran así. Bueno, la Cruz Roja casi no ha tenido modificaciones y está como estaba antes, y esa esquina donde está la droguería de su papá y donde era el hotel Londres tampoco ha cambiado[164], porque en la otra esquina de esa misma cuadra trabajaban y vivían los Rengifo y ese señor sí era bravo: Lo corretiaba a uno porque le decíamos Canguro y no le gustaba. Ja ja ja ja. Bueno. Y cerca de ahí está el hotel El Viti, que era de don Pablo Restrepo, no sé por qué le dicen El Viti, pero a un hermano de él le decían Caregallo y él se fue a estudiar medicina a Ecuador: Como el barrio Bolívar era lleno de apodos. Mire, usted: Los Pitingos son los Torres, pero todos los del barrio Bolívar llevamos la carga, como Los Pitingos eran muy peliones. De los Torres recuerdo a Irma Torres, que se casó con Mario Medina, ella sacaba chiquito y dizque era una pobreza tremenda, decía mi mamá; ella y las demás Pitingas usaban un mosto que guardaban en unos barriles de cincuenta y cinco galones y echaban una parranda de panela y yo no sé qué tanto, y eso después se hacía una espuma y nosotros retirábamos eso y nos tomábamos lo otro: Haga de cuenta un vaso de chicha, y con eso elaboraban el aguardiente. Y los Juan Chivas aún no han desaparecido porque ahí está La Mona, aunque ella como que se va a cambiar a una casa cerca del SENA del norte. Nosotros peliábamos con don Alfonso y doña Josefina ─los suegros de La Mona─ porque eran conservadores, y nos íbamos a pelear ahí, donde está esa cruz de la Cruz Roja, y también animábamos a los demás, tendríamos unos seis o siete años y el chiste era que se dieran. También recuerdo a los Caritas y eran como doce. Éramos inquietos: Recuerdo a un señor que vivía por El Niño Jesús de Praga y le decíamos Pateyuca, porque era cojo, y por ahí tenía su ranchito de cartón y nosotros se lo desbaratábamos, se la incendiábamos y allí elevábamos las cometas. Y nos íbamos también pa' debajo del Puente del Humilladero y allí también había una loquita, que se llamaba Juliana, y nosotros, cuando estábamos de buenas, pues, le ayudábamos a prender el fogón con carbón de piedra y le ayudábamos a soplar y todo para esas aguas que se hacía, pero cuando ya peliábamos ya le echábamos el carbón y todo eso al río Molino, ja ja ja ja. Luego nos íbamos a culumpiar al parque Mosquera, cerca de la Filomena Segura, que creo que es la primera escuela que hubo aquí en Popayán, porque la Garrido es más reciente.

Ah, bueno, y los gitanos llegaban, armaban sus carpas, sus cojines, y llegaban a esa parte entre el barrio Bolívar y el Belalcázar, por donde vivía Pateyuca, y esos cojines eran una belleza: Rojo, satín, azul, tenían un lujo espantoso esa gente, y, entonces, nosotros llegábamos allí y nos acostábamos toda la tarde mientras ellos negociaban sus caballos, y decía mi abuela que, para que les compraran los caballos, les metían unas pepas de alcanfor por el ano para que ellos anduvieran y anduvieran por un tiempo, porque ya después ellos alzaban carpas y se iban y quedaban bien engañados los que los habían comprado, y también leían la suerte, y a donde mi

[164] Se refiere a la calle séptima norte entre carreras sexta y sexta A.

mamá iban a lavar sus follados y ella no tenía ningún reparo en que entraran, y les daba café con pan, les daba sopa y comida en general, aunque ellos tenían plata, pero así hemos sido con los que llegan, y a veces ellos les dejaban pailas y ella a veces las vendía, porque qué hacía con ese poco de pailas, también le regalaron estribos y monturas y una vez un caballito; a ella le daban de todo lo que vendían. Ellos venían en el verano y se quedaban poco más de un mes y luego volvían a andar, así como son ellos; creo que después de que botaron La Estación no volvieron los gitanos, eso creo que fue después del 67, porque en ese año murió mi mamá-abuela.

Y la que usted dice, Lupe, se casó y se quedó aquí, en Popayán, con Víctor Cerón; ella era muy bonita, aunque creo que no duraron mucho porque él le daba una vida de perros. A mí me han dicho que ella vive por Tomás Cipriano y tuvieron hijos y creo que uno de ellos tiene una negocio de duchas por la carrera octava, por San Agustín. Por La Garrido había un hotel que se llamaba Noemí y ahí también llegaba la mayoría de los gitanos. Y al frente de ellos estaban unos de apellido Domínguez que les decían los Contengues, pero no sé por qué. Y ya en los años 70 nos fuimos a vivir al barrio Belalcázar, cerca de donde es el asadero Cali-Cali.

***

## 12. Marco A. Solarte

─Un bochorno metálico y canicular se mezcla con el ruido del trabajo en este taller; pero el trinar de sus aves es un alivio. Pese a nuestra cercanía con el río Molino no nos llega su fétido vaho, pero sí la sombra de sus eucaliptos. Llegué a este sitio buscando a los Güengue y encontré a uno de ellos. No me puso ningún inconveniente para inquirir sobre su vida. Mi tío suele decirme que los Güengue: "Tapizaban y bebían trago como ellos solos y la mayoría de las veces quedaban mal con el trabajo: Por eso a mi papito no le gustaba darles trabajo, pero les tenía arrendado parte del taller".

***

Ah, sí, esas aves son mías; ya me están llamando pa'que les dé de comer. Bueno. Mi nombre es Marco A. Solarte; la A es de Aurelio. Nací aquí, en Popayán, en el barrio Bolívar, cerca de la Cruz Roja, por la carrera sexta: Hace años no voy, pero eso era por donde Fígaro, el peluquero, aunque él se llama Omar y me contaron que ya está loco, que se lo han llevado pa' Sibaté; él es mucho mayor que yo.

Y en mi familia somos seis hombres y una mujer: La mayoría vivimos, sólo un hombre se murió. Mi papá, Hernando Güengue, trabajaba en el Jabón Inca, eso quedaba allí, cerca del hospital, por esa subida[165] de las Bethlemitas, pero eso se acabó y creo que el dueño ya se murió. Y mi mamá, Laura Solarte, lavaba ropa en el río Molino y tenía mucha clientela, recuerdo a unos gringos que eran clientes de ella y que vivían por ahí. Y yo nací el 19 de diciembre de 1950.

Del barrio Bolívar, lo que yo me acuerdo, es que existían todas esas empresas de transporte: Flota Magdalena, Expreso Palmira, Transipiales, Transportes Puerto Tejada, y todas esas empresas quedaban en la sexta, entre el Puente del Humilladero y Peces de Mar[166]. Tenían muchos clientes, sobre todo los viernes, cuando llegaban los campesinos.

Nosotros vivíamos en el parque Mosquera, por donde está esa iglesia, y vivimos desde el 50 hasta el terremoto, hasta el 86, porque el terremoto nos sacó de ahí, aunque seguimos esos tres años. De ahí nos pasamos al Primero de Mayo, al sur, al lado de la plaza de toros. Y, en el barrio Bolívar, todas las noches, nos íbamos al paso a nivel para montarnos en el tren y nos perseguían para darnos garrote, pero nosotros les mamábamos gallo. De los vecinos sí está difícil acordarse… me acuerdo de don Mario S. Vivas, y de la mamá de los Vargas, y de su familia ─me dice─: Sus abuelos, sus tíos y su mamá. En ese tiempo mi mamá pagaba de arriendo como cinco mil pesos y esa casa tenía como 40 metros de fondo por siete de ancho, y tenía un solar, y ya adentro tenía la casa, y eso era plata, eso era plata porque en el 70 yo trabajaba en la Flota Magdalena y el sueldo mínimo al mes era de seiscientos veinte pesos. Por ahí, por las empresas de transporte, había driles[167]: Cuarto Oscuro, El Buda, como cinco cantinas más, puros

[165] Se refiere a la actual calle dieciocho norte.
[166] Ese espacio hoy estaría, más o menos, entre la calle primera norte y la calle séptima norte.
[167] Quizás esta curiosa palabra, que él a veces también combinaba o confundía con "griles", viene del inglés *drill* "taladro" o *grill* "parrilla", pese a que sus significados no estén relacionados.

tomaderos de trago y recuerdo La Caucanita, de don Chucho Salas; creo que antes habían más y eran más sanos que los de ahora, aunque en ese de La Caucanita ya empezaban a vender vicio: Ese señor Salas tenía dos hijos que iban a Estados Unidos y como que uno de ellos se quedó allá, claro que en ese tiempo no se decía traquetos sino vendedores de vicio, compradores de vicio. Y eso era muy escondido, no como ahora que fuman en la puerta de uno y uno no les puede decir nada. Y con las hembras de los driles se acostaban en los hoteles, como el hotel Roosevelt, que era de tres pisos en el parque Mosquera, valdría unos tres pesos el rato más lo otro. Cuando me salí de la Flota Magdalena trabajé en El Buda como garitero, y en ambos negocios estuve como cinco años, y todos los días bebiendo como un verraco. ¡Huuuuuy!, por ahí también habían muy buenos restaurantes, había uno de un tal Conrado, un paisa, y todo el mundo iba a parar allá porque eso no cerraba y hacían unos fríjoles muy ricos; ese quedaba por donde hoy es la Lotería. Recuerdo a don Julio Mera[168] que era el que gritaba ¡pa' Pasto, pa' Ipiales!; él tenía una voz toda rara, como ronca ─intenta imitarla mientras dice eso─ y se vestía de quepis, camisa blanca pantalón gris y zapatos negros, y también era un buen sobandero, el mejor de aquí de Popayán: En esa época no era que iban a ponerle yeso, no, eso era puro sobandero, aunque yo nunca fui porque nunca me he quebrado nada, gracias a Dios.

La vida de uno fue muy buena, no había peligro ni nada, todo se conseguía, yo podía trabajar lavando carros para ayudarme en la escuela, que era la José Hilario López: Eso era de ocho de la mañana hasta las doce y media y de las dos a las cuatro de la tarde, también había restaurante y yo siempre me ganaba el restaurante porque era muy bueno para matemáticas y me los llevaba a todos, y allá nos daban muy buena comida y gratis. La infancia fue buena: Jugábamos bolas, jugábamos tirando monedas y las apostábamos, también jugábamos con los trompos y luego nos íbamos a Tulcán a coger guayabas, y en las noches nos íbamos a pescar a la bocatoma del acueducto, por las Tres Cruces, había mucho guabino y había mucha sardina; en esa época habían muchas chorreras: Recuerdo una atrás de la José Hilario, otra por El Morro y, todos los sábados, todos los mecánicos y esos manes de por ahí iban a lavar la ropa, a bañarse; ahora por allá va mucho vicioso, pero, en mi época, como le digo, eran más reservados: No sé de dónde sacarían el vicio, pero no creo que, como usted decía, lo hayan traído en el tren. Con mi mamá-abuela Angélica nos íbamos todos los sábados pa' Cali a vender arepas a la galería de Siloé y por debajo ella llevaba aguardiente chiquito para vender: Ella no lo hacía, lo compraba, y allá ya la esperaban y todo se nos vendía; nos íbamos bien madrugados y nos devolvíamos el mismo día. Toda la gente hacía aguardiente po'ahí, en el barrio Bolívar, y era mejor que el de la licorera. Con mi mamá también íbamos a Buga, para visitar a El Milagroso.

Le cuento que mi mamá era de La Unión, Nariño, y mi papá era de El Tambo, Cauca. Y mi mamá se vino a pie, con mi tía y con mi abuela, desde La Unión: Se demoraban como ocho días y era andando, claro que ellas se conocían los desechos[169] y todo. Ellas acá no tenían familia en

[168] Trabajaba en el Expreso Palmira gritando si había puestos libres y el destino del viaje; había muchos más que gritaban eso, pero él era el más conocido.
[169] Es un camino residual y a veces mutable, como una trocha, pero no necesariamente abierta por mulas u otros cuadrúpedos.

ese entonces, eso era “a ver si llegamos…”, y también mucha más gente se vino a buscar otra vida, claro que esa gente no era perezosa: Ahora les da pereza subir al Centro a pie. Y mi mamá se conoció con mi papá en el barrio Bolívar. Mi papá era de El Tambo, de La Laguna: Yo iba bastante por allá a tomar guarapo. Por allá tengo una tía que tiene más de noventa y cinco años: Gente que dura, como uno, que sí le dieron buena comida que producía la tierra. De la familia mi papá no le puedo decir mucho porque no éramos muy unidos a ellos, más éramos unidos a la familia de mi mamá.

Del barrio Bolívar… a ver: También me acuerdo de una partera que se llamaba Ofelia y había otra, una trigueña, pero no recuerdo el nombre, pero ambas eran del barrio Bolívar: Ahí no había necesidad de ir al hospital sino que las parteras iban a la casa; incluso todos mis hermanos y yo nacimos con partera en la casa; eso era con dieta y todo: Tenían que estar encerradas y a uno le iba bien porque también comía sancocho de gallina todos los cuarenta días. En el barrio Bolívar también habían las empresas que le digo, aunque la mayoría de casas del barrio Bolívar eran familiares y los negocios pequeños también, y era seguro porque a nadie robaban por ahí, como ahora. A las empresas de trasporte llegaba mucho contrabandista de Pasto, de Ipiales, de Ecuador, y traían ropa, cobijas, pilas, atún, manteca, galletas. Recuerdo también que en esa época nos daban en la casa Emulsión de Scott, eso era de puro bacalao: Yo por eso hasta ahora aborrezco el pescado ni lo puedo ver. Pero la Navidad era muy buena porque todas las familias preparaban sus dulces y todo, y repartían con las otras familias: Eso se llamaban entre vecinas y se daban la comida de una, de la otra y eso se veía por toda la calle repartiendo las hojaldras, los buñuelos, las rosquillas, el manjar blanco, el majarillo y así. El 31 de diciembre, Marcial Belalcázar, dueño de una tapicería que quedaría hoy por donde es la Lotería, gastaba pólvora la que quisiera, desde las dos de la tarde, y trago el que quisiera. No era aguardiente chiquito, aunque no sé bien hace cuánto se acabó eso; cuando nos fuimos había aún gente destilando, pero como la mayoría de la gente del barrio Bolívar se fue, de pronto por eso, pero ese barrio se acabó y era el mejor barrio que había. Yo ya no voy pa’llá, me da miedo, le tengo pavor, oyó. Allá todos nos decían Pitingos, pero de esa palabra Pitingo nunca nadie pudo saber de dónde vino por más que preguntaron. Y no sé quién les enseñaría a hacer aguardiente, pero, cuando venían los celadores de las rentas se avisaban con un grito, un silbido, cualquier cosa, y salían al río Molino a botar o a enterrar las cosas en sus huecos y luego volvían por ellas.

Yo me alcancé a bañar en La Pailita y en El Caracol: La Pailita quedaba al frente de la Escuela de Menores y era redonda y tenía una piedra y desde allí uno se tiraba; El Caracol estaba al lado de donde hoy es La Industrial; también íbamos a pescar a La Chirria: Eso era bien arriba del río y allá teníamos que ensuciar el agua para que salieran los guabinos.

Después de que salí de El Buda me puse a trabajar como tapicero; tendría unos veintisiete años. Yo aprendí esto ─y señala con sus manos unas sillas en las que está trabajando─ viendo a don Gilberto Bravo, uno que tuvo el taller donde su abuelo Moisés, y que era hermano de José Bravo, uno al que le decíamos Rosquilla, y el hijo tiene el taller ahí, en el Valencia: Con él yo aprendí; y ellos eran de La Cruz, Nariño: La mayoría de tapiceros que vinieron a Popayán eran de allá. En

ese tiempo era bueno el trabajo porque no había tanta competencia y uno cobraba lo que quisiera, pero, ahora aquí estoy, en medio de cinco tapiceros más, y ellos regatean mucho.

Ah, esos gitanos venían aquí se quedaban uno o dos meses y hacían sus picardías, o sea, tumbar a la gente: Ellos compraban esos burros y los pintaban como cebras o como caballos bonitos, o le adivinaban la suerte a la gente y todo, y se iban; volvían, pero, creo que no eran los mismos. Hace muchos años que nos los volví a ver.

Creo que en una empresa de transportes del Huila traían a todos esos locos pa' pasarlos pa' Pasto y en los árboles del parque Mosquera los amarraban mientras salía el bus y uno era feliz viendo a esos manes peliando con la Policía.

Los carnavales de enero eran buenos: Allí hubo una reina, aunque no recuerdo cómo se llamaba, pero le hicieron una carroza con un túnel y un tren; y Chirimías era lo que más había: Carramplón tenía una chirimía; a él le gustaba el trago y murió en su ley: Borracho se cayó y se golpió la cabeza un 1 de enero en el barrio Bolívar.

Una vez se salió el río y nosotros salíamos a pescar sardinas y guabinos con esas latas de manteca, pero nunca se nos entró el agua a la casa, como sí le pasó a muchos con la última inundación: Yo acababa de venir de misa y veíamos a ese verraco como pasaba con un mundo de cosas, a mí me dio miedo, pero hasta acá no llegó el río. Luego de esa inundación de hace años, no de la última, nos pasamos a la calle doce con carrera novena.

El barrio Bolívar fue un muy buen barrio, porque había mucho comercio y estaba el tren, estaban los buses, la galería, las casas y nuestra vagancia era una vagancia sana. Y La Estación pudieron tumbarla, pero no sacar los cimientos: En medio las vigas llevaban un riel para que soportaran el trajín de las locomotoras; ese tipo, por tumbar eso, hizo un contrato como por seiscientos mil pesos, y le metieron dinamita y no pudieron[170].

Eso casi no se iba al hospital porque la gente conocía muchos remedios caseros y preferían ir a las droguerías, como las de don Arturo Sánchez y don Gilberto Cruz; la droguería de don Arturo[171] quedaba cerca de donde hoy es eso de Bavaria[172], pero a él se le quemó en el Terremoto del 83 porque tenía una lámpara *Coleman* de gasolina, y en medio de todo eso le dio un infarto, pero no murió sino que quedó malito; y la mujer de él tenía un hotel y le arrendaba a todas esas vagas de por ahí; y don Gilberto Cruz tenía la droguería en la calle sétima, donde hoy es Apolo 11, ahí él tenía el consultorio, y a los pobres no les cobraba, antes le daba. Su papá ─me dice─ trabajó con don Arturo y creo que su papá vivió en un hotel cuando llegó de Bogotá; yo le he forrado varias veces todas esas sillas de la droguería y son de buena madera.

---

[170] Cuando hablé con mi tío de eso me comentó que, hace pocos años, en unos obras viales, desenterraron lo que parecía un riel de los posibles cimientos de La Estación; el riel se lo robaron, claro. No sé si sea cierto que había un riel en medio de las vigas de La Estación.

[171] Me cuenta mi tío que don Arturo siempre andaba bien peinado y limpio, con una toalla al hombro y que todas las prostitutas de ese sector y sus clientes iban a pedirle que los curara cuando se "pringaban", es decir, cuando les daba gonorrea o alguna ETS; en esa época las jeringas eran metálicas, no como ahora, así que debía desinfectarlas en cada ocasión.

[172] Se refiere, más o menos, a la calle primera norte con carrera sexta.

Nosotros también vivimos por un tiempo al lado del Puente del Humilladero, pero esa casa ya no existe. Diagonal estaba la cárcel, el hospital de las monjas y que también era como un asilo: Ya adulto yo alcanzaba a ver cómo se volaban esos presos; recuerdo que en Semana Santa se recogían en carretas la comida para darles a los presos y adentro hacían fiestas y a uno lo marcaban para poder salir. Al lado estaba la bomba de gasolina de don Humberto. También recuerdo que los del ejército iban al barrio Bolívar a matar gallinazos para hacer el sancocho de la despedida en el batallón. Uno del barrio Bolívar, don Roberto Cano, se curó de cáncer comiendo gallinazos: Eso se lo mandó un indio de la costa y le daban la sangre con remolacha para que no se diera cuenta y luego le daban la carne en la sopa; él se curó con eso[173] y ahora es defensor de los animales.

Al principio, cuando cambiaron la galería, la gente no se quería pasar a la del barrio Bolívar porque les parecía muy lejos, pero, un domingo, desentecharon la galería del Centro, y cuando fueron el lunes les tocó tirar para el barrio Bolívar. Pero eso era sano, porque la galería quedaba adentro. El ternero era lo mejor que había en la galería del barrio Bolívar: Todo el mundo que estaba enguayabado iba los lunes a comer ternero y también el sancocho de gallina: Esos eran los únicos platos típicos de aquí. El almuerzo era común y corriente: Lo que fuera, lo que hubiera aunque a veces ni había y tocaba irse sin nada pa' la escuela porque la situación se ponía dura. Allá buenos profesores sí habían y buen garrote que sí nos daban: Esos manes sí nos daban garrote, y así aprendía uno, llave, uno aprendía por eso y con la aprobación de la mamá y del papá. Y era bueno porque: Diga usted que en el grupo de uno había cuarenta niños, pues, si uno no podía el grupo entero no podía pasar a la otra clase hasta que el que faltaba aprendía. Y todos los domingos, por ley, le tocaba a uno ir a Belén a misa, y ¡ay! donde uno no fuera: El lunes no lo recibían en la escuela y tenía que ir a con la mamá o con el papá a explicar. Y en Semana Santa a uno le tocaba ir a a-lum-brar-o-bli-ga-do-, o-bli-ga-do. En ese tiempo sí enseñaban urbanidad: Era lo primero que enseñaban; ahora ya no.

***

─Me despido. A la salida me espera mi tío Fredy. Me voy pensando en todo lo hablado, sobre todo en aquella violencia de las escuelas: Cómo el señor Solarte la justifica con nostalgia y me asombro al pensar que en algunas ocasiones sí funciona, y que eso es un tremendo problema, y cómo en otras ocasiones su efectividad es una ilusión bastante buena: O no nos hemos golpeado lo suficiente, o los golpes nos dejaron más pendejos de lo que estábamos, me digo a mí mismo sabiendo que el rumbo que creo haber tomado para mi propia educación no me aleja totalmente del dolor ni de la violencia ─al final creo que, para bien y para mal, nada podría hacerlo─, pero sí me permite más probabilidades para que ese proceso sea lo menos dañino.

[173] Según lo que me cuenta mi mamá: A don Roberto también lo llevaban al barrio Belalcázar, a una sede del hermano José Gregorio Hernández, un santo venezolano no canonizado. Allí también llevaron a mi tío que murió de un tumor cerebral: Todos se vestían de blanco y una señora entraba en un trance para invocar al hermano José Gregorio y sacrificaban a una paloma o a un gallinazo envuelto en un trapo blanco hasta que moría.

En la calle un señor paralítico se baja de su pequeño y curioso carro personalizado. Nos saluda y habla con mi tío; él me lo presenta y me dice con una voz muy fuerte que casi es un grito: “Su abuelo era un putas para hacer las carrocerías. El mejor. Siempre le ponía lo mejor de lo mejor. Muy buena gente y muy trabajador don Moisés. Salúdelo y dígale que si se acuerda de Chocolate”. Sonrío. Le da un paquete a alguien de la casa del señor Solarte. Se despide. Arranca el carro y ambos se van. Nos vamos caminando a la casa y de él mi tío me dice: “A Chocolate le gustaba bailar salsa, era un gran bailarín, era de Alfonso López; él hacía los diseños de las chivas y los pintaba y también pintaba camiones. Le pegaron una puñalada en la espalda porque compraba una pelea, como era tan pelión. Él siempre fue muy curioso y se hizo ese carrito cuando quedó parapléjico. Él sí era cumplido y serio para trabajar, no como los otros; otro que también era cumplido y serio es un carrocero al que le decíamos Manuco, y como había tanto trabajo durante todo el año, mi papito les daba contratos a otros, y todo era de palabra y pagaba la mitad por adelantado, y claro que pedía rebaja y negociaba los precios, y ellos, a su vez, contrataban a más personas, y aun así a veces era tanto el trabajo que se daba el lujo de rechazarlo hasta el próximo año, porque no se daba abasto. Por eso les gustaba trabajar con mi papito: Porque él les pagaba cumplido y los convencía de no irse para otros sitios, y todo lo que él colocaba era lo mejor, todo era nuevo: Traía los hierros, la tornillería, los ángulos y los lujos, es decir, los espejos, los retrovisores y todo lo que brillara, de Cali; iba a Pasto a comprar los mejores cueros; las maderas sí las compraba aquí. ‘Vendrán el lunes, los espero’, les decía a los trabajadores, pero llegaban el martes y con guayabo. Ellos dejaban todo pa’ última hora, como será que casi nunca trabajaban los domingos, pero a veces les tocaba porque estaban atrasados. Pero él nunca se enojó con ellos, y ellos en esas hasta le pedían para la gaseosa y él hasta el almuerzo les daba. Y también les daba la plata del trabajo antes de acabarlo y a veces hasta más porque le daba pena de las familias: ‘Les comprarán buena ropa en diciembre a sus hijos, no se van a ir a beber con esas mozas, hagan un buen mercado’, no ve, mijo, que a veces las mujeres de ellos iban a buscarlos al taller a preguntar si mi papito les había pagado. Ellos siempre le mamaban gallo, pero se lo ganaban otra vez con cualquier cosa: Plátanos, una gallina, jugando fútbol, parqués y bingo en el taller, o gastándole cerveza o brandi con leche, o con chanzas: ‘Ve, Moisés, te mandó a llamar La Pianola ─una prostituta─’, pero él les decía riéndose: ‘Yo por allá no voy’. Otros personajes del taller que me acuerdo son dos vigilantes que les gustaba bañarse: Uno era del Huila, tenía una tienda, y a él le cortaron un pie y murió de cáncer, pero no me acuerdo cómo se llamaba: Él nos compartía comida, pero nosotros la botábamos porque nos daba asco. El otro era de apellido Porras y era de Bogotá y murió en el taller, pero mi papito le dio posada a cambio de trabajo y era bueno para trabajar, y murió de viejo y de un infarto mientras dormía: Genaro, el amigo de su papá, le sacó los gases. Hubo otro vigilante que se llamaba Elías, y mi papito le enseñó a hacer carrocerías, aunque a veces ponía los frentes al revés, pero luego puso taller aparte. Recuerdo a Chisquido, que vendía carbón y se bañaba cada quince. También estaba El Vago Valencia: Él era un cerrajero demorado pa’ trabajar y que le gustaba beber bastante. Juan, que era muy buen pintor, pero, por cosas de la vida, ahora vende dulces. Jairo, que era otro buen pintor, pero muy solicitado y por eso se demoraba. Arturo y sus hijos también

hacían carrocerías y eran buenos trabajadores. Y Fidel Hermosa: Era de Mercaderes y arreglaba frenos de aire. Y El Ovejo, que se llamaba Héctor Bolaños, y arreglaba cajas de cambio, transmisiones y fresaba piñones: Él nos contaba que cuando era joven y se emborrachaba se comía las copas del aguardiente. Había otro al que le decían Cachachuy, y era un mecánico bien ordinario porque a todo le daba maceta, creo que murió de cáncer. A mi papito nunca le gustó que nosotros trabajáramos en el taller, siempre nos decía que teníamos que estudiar y quiso lo mejor para nosotros y siempre fue muy responsable: Nos compraba buenas remesas y muy buena ropa y siempre lo mejor y para eso sí no pedía rebaja, pero a nosotros no nos gustaba el estudio: Escondíamos los cuadernos y les pagábamos a los hijos de La Mona para que nos hicieran las tareas, y, pese a eso, nunca le gustó que mi mamá nos pegara ni que nos tratara mal, aunque ella siempre fue así con todos nosotros y con él, pero él nunca nos gritó ni nos pegó, siempre fue muy cariñoso, nunca nos trató mal. Él se ponía como ejemplo: ‘Mírenme a mí que casi no sé leer ni tuve un buen papá. Lean, aprendan para que nos les toque tan duro’, aunque en sus ratos libres cogía la prensa y se ponía a leer lo que podía”.

***

## 13. Irma Torres Vidal de Galvis

─De doña Irma me hablaron algunas cosas antes de verla y siempre cosas buenas. Hoy ella vive en una parte que podría considerarse aún a las afueras de la ciudad, pero hace menos de una década esas tierras eran monte, es decir, los lindes, los mojones entre la ciudad y lo rural; hoy son tierras urbanizadas o en proceso de urbanización: Barrios nuevos, o urbanizaciones como hoy les llaman, torres de apartamentos, parcelaciones o solo casas surgen rápidamente en el horizonte. El barrio de doña Irma ha sido nombrado La Rioja, quizá, como muchos barrios nuevos, para hacerse a un halo extranjero y para darse más caché, pero La Rioja no es un nombre feo, aunque, si sólo fue dado por una razón publicitaria o comercial, pues, fue una elección pobre, pero las hay más pobres: Ucrania, Berlín, Argentina, Las Vegas, Kennedy, y son pobres porque, hasta donde sé y hasta donde me parece, carecen de sentido nominativo, como si hubiéramos perdido el talento de evocar con gracia y naturalidad la vida y parte del destino en un nombre. Esto voy pensando mientras voy en mi bicicleta a La Rioja payanesa y veo de lejos cómo surgen sus casas: Un blanco oscuro las hace homogéneas, pero los pequeños detalles que les dan quienes las habitan permiten diferenciarlas. De cerca se ven menos interesantes: Sus fachadas y sus cantos sólo sirven si se ven de frente, no a sus espaldas, muy parecido a como creo que ocurre con el decorado de algunas obras de teatro. La casa de doña Irma es de las pocas que tienen plantas bien sembradas y cuidadas en el antejardín, y por dentro es muy bonita, pequeña y acogedora, como ella. Me recibe su hijo Dago, muy atento y moderado. Ha arreglado a su mamá como para una ocasión especial, muy especial, demasiado especial, pero sólo va a hablar conmigo. Me parecen curiosos sus modales y el hecho de que sea tan tierna y tan radiante y tan añosa y que su sonrisa sea tan sincera. Pasará el tiempo y descubriré que no sólo son modales: Así son ellos. Su casa está llena de música: Una colección de discos que contiene casi todo lo mejor el siglo XX. Pero hoy no vamos a hablar de eso sino, como ya ha de ser evidente, de su vida en el barrio Bolívar.

***

Me llamo Irma Torres Vidal de Galvis: Vidal, por mi mamá; Torres, por mi papá; y por mi esposo, Galvis: Él se llamaba Miguel Ángel Galvis. Nací el 1 de septiembre de 1921. Mi mamá y mi papá, todos ellos, eran del barrio Bolívar, todos nacidos y criados en el barrio Bolívar. Mi mamá se llamaba Eva Ligia Vidal, y mi papá Pedro Antonio Torres: Ellos siempre vivieron en el barrio Bolívar y la casa era como para cruzar al hospital, cerca al hospital. Ellos vendieron allí y un hermano se los llevó para Cali y allá murieron. Los trajimos a sepultar aquí: Los restos están en los osarios de Santo Domingo. Primero murió mi mamá, después mi papá, pero, las edades no las recuerdo… porque como el libro en el que tenía anotado todo me lo botaron: Usted sabe que eso se pierde cuando meten las manos y botan papeles… ellos tenían bastantes años y se conservaban. Mi papá era albañil; mi mamá y la familia de ella preparaban tamales, ternero, mazamorra, preparaban arroz de leche: Ese una hermana lo vendía en el Liceo, y también preparaban los dulces de las nochebuenas: Manjar blanco, majarillo y todo eso… por allí hay una paila, una paila de recuerdos, vea: una paila de cobre ─me dice señalándola entre risas─. A mis

abuelos no los alcancé a conocer porque ya se habían ido, pero eran de acá, de Popayán y del barrio Bolívar... creo que a mi abuelo sí lo alcancé a ver: Era blanco, mono, bien paradito. Allá, en la casa, preparaban mazamorra, arroz de leche, tamales, ternero… ─ y vuelve a contarme, con su reiterativo y paciente olvido, lo ya dicho ─. En esa casa nacimos todos: Como que éramos cuatro mujeres y ocho hombres… no recuerdo bien: Vea la foto de allí.

─Tomo la fotografía y empiezo a preguntarle sobre esas personas.

Éstos son nietos. Él es mi papá, mi mamá y un hermano: Él ya murió. Éstas son unas hermanas… y esta soy yo. Esta es una hermana menor: Ella murió; esta también ya murió; Jesús murió también; y Laura está muerta. De mi hermano Jesús sí me acuerdo: Era músico y tenía una voz divina; mi hermano Nicolás era albañil; y Laura y Mery, mis hermanas, eran amas de casa, de los demás ya no me acuerdo bien. Los niños eran sobrinitos, pero también ya murieron; a este lo mataron en Cali: Él andaba por La Estación de Cali y yo no sé qué fue que pasó: Iba él en el carro, con la esposa y los hijos, y por la parte de atrás le dispararon y ahí quedó, antes no le pasó nada a la esposa, ni a los niños; esta otra sobrina se casaba ese día, la que aparece con los pajesitos, que también son sobrinitos, y también están muertos; esta sobrinita murió de diabetes. Creo que todo ellos están muertos, y con mis hermanos fuimos muy unidos, pero todos se fueron y quedo sólo yo, gracias a Dios y a la Virgen.

─Por aquí le dejo la foto.

Bueno. Y a Cali me fui un tiempo porque un hermano llevó a mi mamá y a mi papá y también a mí, pero yo ya ni me acuerdo qué edad tenía, todavía estaba soltera. Y en Cali estuve hasta que ellos murieron; murieron ellos allá y los trajimos a sepultar aquí. Están los restos en Santo Domingos, en los osarios de Santo Domingo… ─me repite eso y pienso que la memoria también es olvido─. Ahora estamos viviendo aquí, mi hijo, que es soltero, y yo, porque esta casa es de la hija mía que vive en Medellín; antes de vivir acá vivimos en Las Américas.

A mí esposo lo conocí porque éramos vecinos desde antes de irnos a Cali. Él trabajaba en el Ferrocarril. Cuando volví nos enamoramos. La familia de él tenía tienda y nos veíamos por la reja; allí cocinaban mucho, pan de sal, pan de dulce, pan de bono y vendían cositas. En esa época nos cruzábamos las nochebuenas de cerco a cerco entre los vecinos y comida en general, pero eso se veía más en diciembre. Con la familia de él yo la iba bien, aunque el viejito, mi suegro, era bien fregadito, bien chocho, todo le molestaba: Se llamaba Gabriel, y trabajaba en el cementerio, y mi suegra se llamaba misia Pachita, y ambos ya eran de edad: Una noche misia Pachita se fue para donde la hermana, que era llegando al Puente del Humilladero, y la hermana tenía tienda, y no había quién la acompañara a la casa y se quedó donde la hermana, donde misia Marciana, y al otro día se fue y como que le dio algo al corazón, pero ella era buena y sana, se ponía a cantar con don Gabriel, el esposo, y esa noche ella se quitó las joyitas, las dejó al lado de su cama, y al día siguiente, a la madrugada, don Gabriel la encontró muerta en la cama; y creía una hija de ella que yo me había ido a coger las joyitas: Más avarienta, no respetó el velorio

porque ese día sacó lo más que pudo de una cómoda con las cositas de mi suegra para llevárselo a la casa de ella; lo único que yo hice fue acomodarla para que durmiera bien. Misia Francisca vendía cositas de amasijo, mucha comida y muy rica; mi suegro salía a gritarles a los muchachos, a mezquinarles las frutas de los arbolitos, en vez de explicarles y decirles cojan… ─y vuelve con estas variaciones sobre lo ya dicho─.

Yo estudié en la Escuela Normal de Señoritas, sólo hice la primaria y me casé muy joven. Él manejaba el motor de Popayán a Cali, pasando por Suárez, por Morales, les tocaba ir con el ingeniero a todo eso, creo que el ingeniero era Reinaldo Cajiao Wallis; él trabajaba mucho y llegaba ya tarde, a veces se volcaban los trenes y les tocaba amanecerse allá, a veces llegaban todos sucios de tierra, a veces le tocaba solo y a veces trabajaba todos los días. Él se pensionó en el Ferrocarril y la pensión me quedó a mí, aunque no es mucho porque a él le robaron muchos años: Usted sabe que en toda parte hay maldad; me llega poquito, pero gracias a Dios me llega. Pero, la riqueza está en cuidarse uno mucho y en la salud. Yo me casé muy joven y él me llevaba añitos. Mi esposo fue muy bueno… ¿a él qué fue que le dio? En todo caso fue de una enfermedad en el corazón, pero ya tenía sus añitos, y fue muy buen papá.

La sala de la casa donde vivíamos era hermosa y grande: Mi papá la alquilaba para remates de paseos y allí fue la fiesta de mi matrimonio. Las casas de esa época eran bajitas y de paja o con teja: Mis suegros alquilaban la huerta para guardar caballos y también tenían sembrados: Habían naranjos, habían chirimoyos, habían brevos, de todo. Nosotros preparábamos las brevas caladas para la Noche Buena. Por las huertas salíamos a La Pailita, al río Molino, a lavar la ropa y la poníamos en el llano para que se secara al sol y mientras tanto nos poníamos nadar, a pescar alzando las piedritas y cogíamos sardinas y en la casa las poníamos a fritar, aunque la ropa también se podía lavar en la casa, pero nos gustaba salir y también jugábamos a las comitivas con las muñecas y con las amigas, y antes tejíamos: Uno tejía en bombillo las medias y remendaba así la ropa, y la ropa se planchaba con esas planchitas de carbón ─me dice mientras señala un par de ellas que tiene en la sala─ y la ropa era almidonada.

En la casa de nosotros, que era la paterna, y era de ladrillos y tapia pisada, mi papá ponía una jaula grande y le ponía carne amarradita y cogía a esas chuchas para comérselas y hacía eso en el tejado de la casa: Él las preparaba, les cortaba la cola y me imagino que la mamá de él le enseñó a cocinar: Eran muy ricas. Mi papá también hizo un aljibe adentro de la cocina y era hondo y lo tapaba con una tabla. En esa época era usual eso de los entierros: La gente enterraba pailas, joyas y cositas de valor. Nosotras cogíamos sardinas y en mi casa las preparábamos y allá también hacían empanadas, tamales, ternero, sopas de tortilla, de envuelto, sancochos, fríjoles, ollucos guisados… ─¿será el olvido como el uróboros griego, o, en cambio, se muerde, pero no siempre en su cola?─.

Había un restaurante muy bueno en frente de La Estación, el de misia Crucita Mera, ella murió y la hija vive en Bogotá; y habían otros restaurantes. Antes se guardaba la plata abajo del colchón y cuando se morían uno veía los billetes podridos: Así pasó cuando Crucita se murió. Y

viajábamos bastante en tren con los hijos: Como a mi esposo le regalaban los pasajes íbamos hasta Cali. Tuve quince hijos: Once hombres y cuatro mujeres. Mi esposo me daba serenatas, muy chéveres las serenatas, y eso lo hacía cualquier día, como antes de irse a Bogotá, y así: Él era muy cariñoso y claro que yo lo extraño… ─hacemos una pausa para que ella se tome unos medicamentos─. Nosotros nos casamos y nos quedamos viviendo con los suegros. Mi esposo hasta pa' acostarse tomaba café, era muy aficionado, y así antes de cada comida. Para mí no fue difícil. Todos se criaron bien, se educaron bien y se les deja lo mejor. Todos mis hijos nacieron con partera y en la casa, y todo eso era con mucho cuidado y tapadita la comida y uno también; en la casa hacíamos muchos remedios. Mi esposo tuvo un taller de mecánica por donde hay un portón de la galería, casi en la esquina, llegaban los carros de Flota Magdalena y todos esos buses llegaban allí, era muy bueno.

Y La Estación la mandó a tumbar un loco ahí. Al frente de La Estación también había un restaurante, era de don Evangelista Sanclemente, y allí llegaban los presidentes, como Virgilio Barco[174] y, a veces, cuando venían los presidentes, bailábamos con ellos ─me dice eso y aprovecho para mostrarle las fotografías que he conseguido─. En la plazoleta había una estatua de Simón Bolívar o de Sebastián de Belalcázar, como en la foto, pero no sé bien; allí también vendíamos flores. Ahora que usted me muestra esas fotos me acordé que mi esposo trabajó con el papá de don Luis Ledezma en el Ferrocarril. Cerca de La Estación estaban esas palmeras: Creo que las sembramos con mi esposo y otros vecinos, o como que eran otras. En la parte alta de La Estación hacían bailes y para cada baile un vestido y también hacían las varas de premio: Eso tenía de todo arriba, y como que era el Ferrocarril que daba todo eso, y había tasajo para los pobres: Arroz, azúcar, panela, y a uno le daban cualquier muñequita.

En diciembre hacíamos nochebuenas: Manjar blanco, majarillo, brevas, higuillos, limón calado, rosquillas, buñuelos, las hojaldras y a un vecino se le encargaba la pólvora. Me acuerdo de la familia Castañeda que entraba con pantalones rotos desde La Estancia, eso hacía reír mucho. Me acuerdo de las Guevara, de Moralba Guevara: Ella daba alimentación a niñas de otras ciudades; ella ya murió, éramos muy unidas, como hermanas y estudiamos juntas, ahí donde usted está la tuve la última vez: La mamá de ella y creo que toda la familia también hacían bastante pan y una vez se entraron a robarlas y las amordazaron, a la abuelita la estropearon y al hermano lo encerraron. A Moralba, hasta que no lavaba los trastes y arreglaba sus cosas, la mamá no la dejaba ir a estudiar: Doña Marciana era rígida y ya estaba en silla de ruedas. Ellos eran familia de Miguel, mi esposo. Y el río se subía a ratos, cerca de donde Moralba, cerca de la galería; una vez se salió hasta el hospital viejo, por donde era la cárcel, cerca del Puente del Humilladero: Ese día estaban velando en el hospital a un padrecito que había muerto y el ataúd era pa'llá y pa'cá, pa'llá y pa'cá. En ese hospital había una parte alta para los leprosos y uno tenía que bajarse a la calle para seguir al puente porque lo escupían los leprosos ─luego me cuenta la misma historia de la inundación, pero cambia al padre por una monja─.

[174] Este hecho no lo pude confirmar; cabe anotar que podría haber ocurrido cuando Barco ocupó otro cargo, así como podría ser un lapsus de doña Irma.

Antes había gitanos y las gitanas eran muy bonitas: Nosotras, una amiga que era tocaya mía, nos íbamos a las toldas de ellos cerca del río Molino y mi amiga le decía a mi esposo que nos dejara ir; y las gitanas vendían pailas, anillos, pulseritas y cosas de cobre y vendían de todo allí; también llegaban cerca del barrio Belalcázar y por el Puente del Humilladero también llegaban; con ellas nos poníamos a conversar y las más bonitas llegaban cerca de la casa. Creo que ellos ya no volvieron, siempre se iban.

Me acuerdo que a nosotros nos decían: "¡Ve, Los Pitingos!", pero no sé por qué nos decían así. Y todas las del barrio Bolívar preparaban aguardiente chiquito: Mi mamá y mis hermanas preparaban y eso tenían una cómoda, un guardadero para todo eso, y una hermana preparaba mistela: Como que le ponía al embudo uvas envueltas en un trapito y le quedaba deliciosa y la vendía más cara que el aguardiente chiquito; a mis hermanas mi mamá les ponía unos pantalones de lienzo con bolsillos largos para que llevaran el aguardiente al Centro, y les acomodaba eso bien, porque por allá ya había tratos, como con misia Ester, y los celadores se hacían en el Puente del Humilladero y a veces esculcaban y a veces los pillaban. Para el aguardiente usaban anís… y vi una que otra cosa, pero yo no me acuerdo más porque yo estaba pequeña y yo no aprendí a hacer. Y, para avisarnos cuando venían los celadores uno o varios del barrio Bolívar gritaban ¡tiempo!, ¡tiempo! A veces se atravesaban al otro lado del río Molino[175] a guardar todo para que no los pillaran. Creo que mi papá también ayudaba un poco a hacer aguardiente chiquito, pero sobre todo lo hacían las mujeres; y creo que todos aprendían en sus familias y así con todos. Mi mamá y mis hermanas hicieron aguardiente durante varios años, creo que hasta que mi mamá le arrendó a una señora y ella vio donde tenía guardado todo eso y la denunció, y los celadores llegaron derechito a la cómoda a llevarse todo y mi mamá estuvo en la Magdalena, pero no duró mucho porque le dieron indulto por el contrabando; no sé bien dónde quedaba esa cárcel, porque estaba muy pequeña. Ahora el barrio Bolívar se dañó mucho: Antes mi esposo y los vecinos se amanecían arreglando esas carrozas, pero ahora es muy peligroso: Hay mucho vago, mucho malandro. Antes subíamos con las carrozas hasta el Centro y con las chirimías de los señores y los muchachos, donde La Mona también hacíamos eso y rezábamos, ahora ya no se hace eso porque se fueron los muchachos.

Yo bailaba bastante ─cosa que compruebo más cuando me señala varias fotografías suyas en bailes─ y con mi esposo también porque él era muy alegre. Todavía me gusta la música de Rocío Durcal y Claudia de Colombia. Bailábamos pasillos, tangos, pasodobles, bambucos y boleros, en las casas, sobre todo: Como en mi casa, que la sala… ─y me vuelve a contar esa parte. Para ser algo que ya no es, que ya no está, el olvido regresa con mucha frecuencia, ¿no lo cree, amigo lector?─. También se hacían paseos en La Cabaña, por donde hoy es el batallón, y había que ir con cuidado y nadar en la orillita porque muchos se ahogaron en el río Cauca: Una niñita se ahogó y a un Olano se lo llevó el río cuando pasaba a caballo; los Olano eran esos que vivían en frente del Teatro Municipal; y la niña que se ahogó como que era hija de un Varona y estaba pa'

[175] El lugar de escondite bien podría ser parte de lo que hoy es el CDU (Centro Deportivo Universitario) de Tulcán, y la carrera tercera que se encuentra y convierte en la calle décima norte.

casarse, pero se rodó por una piedra y se ahogó, y la velaron con el vestido de novia; entonces, para evitar accidentes, amarrábamos a los hijos y dejábamos que nadaran así en la orillita.

Y eso de los apodos era muy común: Las Pitingas del barrio Bolívar, nos decían. Las Santacruz tenían ganado cerca al río: Ellos vivían donde hoy es la galería. Abraham Concha hacía pólvora y eso era chévere, pero uno debía encargársela con tiempo; él vivía en frente del Hospital San José con la familia y le iba bien. Ah, recordé a Cecilia Guacanés, mi comadre, ella es muy bonita: Ella casi se muere cuando se le murió un hijo, un hijo que era así como es Dago conmigo, y luego se le murió una hija, antes sigue viva, mi comadre. Éramos muy unidas las familias y también los vecinos.

Una vez mi esposo tenía que hacer unas vueltas para que nos dieran una de las casas del Ferrocarril, entonces, le pidió a un compañero, a Enrique Ordóñez, que lo reemplazara, y él fue con don Joaquín Valencia y no sé bien dónde fue, pero venía una máquina y se chocaron y se mataron. También recuerdo que una vez cayó una granizada y se llenaron esos vagones y mis muchachos salieron a recibir al papá y se subieron a hacer figuras con el hielo. Los recuerdos más felices los tengo de mi casa: Mi papá nos ponía a pisar el barro para hacer el adobe. Y lo que más extraño es todo: Los paseos, los carnavales y mis amigas, aunque ya casi no me quedan, se han ido, son contaditas las que me quedan.

***

—Me sorprendo al pensar en lo raro que es conocer a alguien que ha vivido tantos años sin que se le pudra el alma. Hasta ahora sólo había conocido a alguien así: A mi abuelo. Mientras pienso en eso y en él compro algo de pan en el camino a mi casa. ¿Qué tanto pensará él en mí? Él podría pensarme sólo una vez al día, o sólo cuando me ve, o podría olvidarme para siempre y yo seguiría amándolo como lo amo.

## 14. Ema Lilia Idrobo de Franco

***

Yo me llamo Ema Lilia Idrobo de Franco. Soy de El Tambo. Vine acá, a Popayán, porque, en ese tiempo, don Elvio Muñoz era dueño de un almacén que estaba donde hoy es el Centro Comercial Anarkos, el almacén era de abarrotes, de granos y esas cosas, y fue uno de los mejores almacenes de Popayán; pero luego lo puso en otro sitio, cerca de donde don Luis Velasco, él era dentista, eso quedaba en la esquina de la Torre del Reloj, a mano derecha; y llegué porque él era amigo de una señora de El Tambo y ella mercaba allí, entonces, ella me trajo y estuve yo en la casa de los papás de don Elvio, y allí yo crecí, me formé y ya todo, y luego me fui a la casa de los Simmonds, en frente de Santo Domingo, por la calle cuarta; yo tendría unos doce años en esa época. Mis papás eran de El Tambo, pero yo vivía sola. Y donde los Simmonds a mí me tocaba jugar con misia Estela, que era la última de ahí, ella se casó después con el doctor Perafán, y cuando ya crecí, cuando ya me puse señorita, conocí a quien sería mi marido y se enamoró de mí en la hacienda Calibío, porque allá íbamos a veranear, luego nos quisimos y nos casamos. Mi esposo era de aquí, de Popayán. Yo no sé cómo entró a trabajar al Ferrocarril: Creo que un día lo llamaron para que hiciera un turno, entonces, al jefe de estación le gustó el modo de él y lo dejó de una vez: Él era celador y a veces le tocaba vender tiquetes. Él se llamaba José Vicente Franco y murió hace más de nueve años. Bueno: Yo vine a vivir aquí porque… estas casas eran de gente particular: Aquí vivía misia Susana Velasco, aquí misia Peregrina Pérez, enseguida vivía uno que le decían Mieldeabeja, entonces, el Ferrocarril no quería tener gente particular por aquí, entonces, las sacaron y les dieron esa hilera de casas de allá del barrio Bolívar[176], por donde vive La Mona Chávez, entonces, quedamos sólo ferroviarios después de eso. La verdad no lo alcancé a conocer a Mieldeabeja, no sé quién sería, sólo oí decir que un señor que vendía miel de abeja vivía por ahí, pero no más. Hace más de cincuenta y seis años que vivo aquí, porque yo traje a mi hijo mayor de dos añitos: Él y el hijo que le sigue me nacieron en El Recuerdo, en la casa de un señor que se llamaba Eliodoro Ordóñez, porque allí vivíamos de arrendo, entonces, como aquí vivía un señor que le decían Birichuzo, que era del Ferrocarril, y todas las casas las tenían ocupadas, entonces, el jefe de estación, que era don Luis Ramos, llamó a Vicente y le dijo: "Vea, Franco: No más desocupen esta casa de aquí para que venga y reciba las llaves de esta casa, porque, ¿por qué los otros tiene casa y a usted no le dan?", y así fue, nomás hubo la oportunidad, lo llamaron y le dieron la llave, pero no de esta sino de otra. Creo que en esa época pagábamos setecientos pesos de arrendo, pero, después ya no, ahora no pago arrendo, pero los servicios son altísimos: De luz pago hasta cien y de agua entre sesenta y hasta noventa mil pesos.

Acá tuve otros dos hijos: En total son tres hombres y una mujer. Hoy vivo con una nieta porque la mamá y una compañera de ella arrendaron una casa en Tunía y tienen un restaurante, mi hija se llama Carmen; y en la noche viene el hijo menor a acompañarnos, porque a mí me da miedo.

[176] Si entendí bien, me parece que se refiere a un traslado a las casas de la carrera sexta, contiguas a lo que hoy es La Cruz Roja; esta afirmación difiere de lo que me dijo La Mona, pues, ella no habló de traslado.

─Le paso algunas de las fotografías viejas que he conseguido y, aunque no ve bien, se entretiene intentándolo─. Mi hijo, el mayor, también le compró un mundo de fotos a Ledezma. Desperdiga sus olvidos conscientes e inconscientes en nombres propios que nunca pude ubicar: "Dicen que el barrio Bolívar era empedrado. Mi cuñado, Gerardo Franco, me contaba de esa inundación. ¡Ay!, tan bello El Morro. Del Puente del Humilladero he oído que lo hicieron con sangre y que se está sintiendo porque no lo cuidan. ¡Ay!, ¡qué belleza La Estación!".

Del Ferrocarril me quedó la pensioncita por mi esposo. Yo me acuerdo que nosotros pasábamos con el cadáver de un señor de donde nosotros vivíamos cuando estaban echando dinamita en La Estación, ¡ay, no!, ¡qué pesar!, tuvieron que echarle dinamita porque no podían tumbarla. Eso como que fue Caicedo, un alcalde que murió, pero yo no sé por qué lo hicieron, nadie sabe: Ahí debería ser un puesto de Policía o un colegio, porque semejante estación tan bella, igualita a la de Palmira. En destruirla se demoraron bastante tiempo, quizás meses. Decían que ese alcalde se llevó esa verja que rodeaba La Estación pa' la finca de él; la gente decía: Uno cuenta lo que oye. Todo el mundo decía que los estudiantes en vez de haberse alborotado, pero nadie se frunció. La Virgen del Carmen la tenían en el parque que había para el lado de acá[177] y allí la mantenían, y eso era una belleza de árboles y de flores: Don Ventura era ferroviario y jardinero. Esa virgen se la llevaron para Cali: Todo el mundo reviró. El Día de Negritos hacían fiestas en la plazoleta pa' pintar, pa' bailar y pa' molestar. Lástima que quitaran ese parque y dejaran a todos esos viciosos que se mean todo y se la pasan haciendo daños. Yo sí viajé bastante en tren: Uno iba pa' donde quisiera ir: A Cali, a Pereira, no me costaba casi nada porque mi marido era ferroviario; nos íbamos en vacaciones a pasiar. A El Tambo también iba y cada que puedo voy porque por allá todavía tengo familia, pero en carro porque el tren no llegó hasta allá. Mi papá murió allá y mi mamá sí murió en el hospital viejo, donde hoy es la Lotería

Y en este barrio habían tiendas y estaba el negocio de Ricardo Cano, a él lo mataron, y ellos tenían un granero: Él era acuerpado, creo que la esposa se llamaba Rosario, él era muy buena gente, alma bendita, era muy formal, era paisa. A todos los del barrio Bolívar les dicen Pitingos, pero quién sabe quién se inventó esa palabra[178].

El día del Terremoto del 83 me cogió aquí –y señala un lugar a pocos metros entre la sala y el patio– y sólo se cayó parte del techo, y como mi marido tenía doce vacas en esa manga del Ferrocarril, cerca de donde ahora son edificios, todo eso era pura manga, un mundarrón de manga, oiga, y ese día me levanté y puse la olla del café y me dije: Ve, me voy a asomar a lo que Vicente pase las vacas, cuando yo que iba a salir y se me vino esa parte del techo y como pude tuve ese zarzo y como los dos hijos hombres dormían aquí ─señala una habitación de la casa─, ya cogió mi hijo Carlos y con un barretón alzó eso y me sacó de allí.

[177] Hacia el norte geográfico.
[178] La casa de ella queda en el barrio Bolívar, aunque no se incluya: Quizá por un lapsus o porque llegó ya adulta al barrio Bolívar y vivió en muchas otras partes.

El día que me casé nos vinimos a vivir acá. Susana Velasco era la dueña de esta casa. Mire que a los presos los traían en carro y los sacaban por acá atrás, por el parqueadero, donde descargaban las cosas para el tren, la carga, y una vez trajeron a los presos a cargar, a trabajar, y yo tenía mi gallinero, porque lo primero que le dije al jefe de estación cuando me vine a vivir aquí fue que si me daba permiso para tener yo mis gallinitas, porque a mí me gustaban, y me dijo: "Claro, haga su encierro y puede tener gallinas", y vea: Yo tenía una cantidad de esos pollos blancos y me fui a compararles el maíz y cuando vine esos hombres, los presos, se me habían llevado todos mis pollos.

La mamá del de aquí al lado, de Orlando Rivera, doña Joba, vino a vivir acá porque vinieron del Ferrocarril, como esa casa estaba desocupada y se habían llevado el lavamanos y ya se iban a llevar el sanitario y ya se habían llevado las puertas, entonces, vinieron del Ferrocarril y le preguntaron a Vicente si él no sabía quién quisiera venir a cuidar eso allá para que no acabaran con todo, entonces, nos acordamos que misia Joba, alma bendita, nos recomendó que, cuando hubiera por aquí una piecita, que le avisáramos, entonces, ese día, nos acordamos de ella y yo fui a buscarla, porque ellos vivían por allááá, por el cementerio, y la hija estaba tejiendo afuera y le pregunté: Vea, ¿está su mamá?, y dijo que sí, entonces, le dije eso que le conté y ella vino, habló con los del Ferrocarril y ahí mismo se pasaron allí; desde el setenta y algo. A mí la gente del Ferrocarril no me ha molestado para nada. Aunque este taller de aquí al lado ya lo vendieron y el mismo señor nos quiere comprar esto: Yo no lo conozco, pero una vez me pidió permiso para entrar y ver esto, y yo le di permiso, como esto no es mío. Yo sé que esto lo van a comprar o ya lo han comprado. Estas casas no sé si sean del Ferrocarril o del Municipio.

Y le cuento que yo para la galería casi no salgo y uno a las siete ya tiene que cerrar porque hay mucho vicioso, mucho gamín por aquí: Antes no, antes no era así y había una bodega y esto era como encerrado, así duramos años.

***

## 15. Cecilia Lupe Churón Jaime

─Hojeando y ojeando esos libros de la lengua romaní que conseguí, pude descartar, desde mis límites y con un poco más de certeza, partes de mis hipótesis sobre la vinculación y/o el origen gitano de la palabra "Pitingo". Aun así quise ser más exhaustivo y me dediqué en los intervalos libres de varios meses a buscar a la doña Lupe, de quien mencionaron mucho su origen gitano y su posterior casamiento con un no gitano, el señor Cerón, pero no tuve ningún resultado: No la había visto, tampoco a sus hijos o a su exesposo, tal vez sí a Gonzalo, su excuñado, porque, me cuenta mi familia, que era amigo de mi papá, pero no me ha quedado su rostro; entonces, le pedí ayuda a mi mamá, pues, ella sí lo conoció, y preguntando en varias partes logró averiguar que el señor Cerón, el exesposo, no el excuñado, juega billar todos los días en Keops. Hace unos días lo encontró y la cosa fue más o menos así: "Bueno, mijo: Subí al segundo piso y pregunté por él, lo esperé un rato, pero no apareció, entonces, me dijeron que fuera al día siguiente y ahí sí lo encontré. Cuando pregunté por él, sus amigos lo molestaron diciendo que yo era una hija perdida de él que iba a pedirle plata, y me di cuenta que él sí es de muy mal genio, pero no por eso, sino por su forma de ser, aunque lo bueno fue que me preguntó si era hija de Moisés Bravo, y yo le dije que sí, que él era mi papito, y dijo que nos parecíamos mucho y le cambió un poco el semblante, y luego me dio los datos para encontrar al hijo, que es ingeniero". Hace días hablé con su hijo y con mucha amabilidad me explicó, en su oficina de Ciudad Jardín, parte de la historia: Que sus papás se volaron y se casaron y estuvieron escondidos en otras ciudades[179], y que la familia de su mamá los estuvo buscando y que hasta una balacera hubo, y también me contó parte de su vida como ingeniero aquí y en otro país, y me contó que su mamá y su abuela paterna los criaron, a él y sus hermanos. Sabiendo eso y habiéndole comentado mis propósitos y el estado de la investigación, pudimos acordar una cita con ella lo más breve posible. Es por eso que ahora camino por la carrera quinta hacia la calle treinta y cinco norte, para verla. Ayer fue el día de la madre y, por lo que hoy veo, todos tomaron hasta perderla. La encuentro sin muchos problemas y por el olor sé que está fumando un cigarrillo *Royal*. Me invita a seguir y me dice que la espere; tiene una voz ronca y unos ojos muy atentos. Cruza por la puerta y empieza a hablarme rápidamente y no me da tiempo de sacar oportunamente mi grabadora ni mi cuaderno.

***

¿Sabe quién nos dio vivienda en Bogotá? El presidente que fue de aquí, este Valencia: Dijo que no más toldas por el problema de que ya empezaban a robar y a atracar, entonces, él dijo sálvense y dejen eso. Sí. Bueno. Mi nombre completo es Cecilia Lupe Churón Jaime: Yo nací en Anserma, Caldas en 1944 y mi mamá nació en Cúcuta. En esa época nacía el niño, lo bautizaban, lo registraban y volvían y arrancaban. Nosotros éramos como judíos errantes y si no nos amañábamos en una ciudad, pues, agarrábamos pa' otra. Eso también dependía de si había o no trabajo: Recuerdo que los Gómez trabajaban las bestias y los Churones trabajaban el cobre. Ahora trabajan y usan más las pailas de los chinos: Tengo un hermano en Cali, que vive en el

[179] La señora Churón no mencionó el tiroteo.

Alfonso López, y él hace pailas, pero ya no son de cobre, y con esas que surte a todos los chinos, y también hace y vende estufas; y en Cali sólo estamos mi hermano y yo, no hay más gitanos, y aquí no conozco: La mayoría están en Bogotá y en otros países. Y, como le decía, el cobre lo compraban en cada ciudad. Las mujeres echábamos la suerte: Leíamos la mano y echábamos el naipe; mi abuela y una tía eran un as pa' eso, mis respetos, mis respetos. Y yo le eché la suerte a uno en el barrio Belalcázar y salió tan perfecto que nunca más volvió; también me pasó algo parecido con una vecina de la esquina que me dijo: "¡Échame el naipe, hombre!", ¡y yo que no y que no!, y jodió tanto que al final dijeron las hijas: "No, pues, echáselo", y eso hice y le salió la muerte de un ser querido, y a los cuatro días el esposo, que manejaba un camión de cervezas con el que surtía, dio la vuelta en el barrio Belalcázar, por el romboy, y salió el niño y lo mató. Esa señora se puso muy muy mal, eso fue horrible y por eso yo le cogí miedo a eso y no he vuelto ni a tener uno en las manos.

Y el orgullo de mi infancia y de todas las niñas es que nosotras andábamos mucho: Nos conocemos toda Colombia al revés y al derecho, con sus veredas, municipios, como dónde hacían la panela para ir vender las pailas con mis tíos, con mi papá, y así. La parte que más recuerdo es Cali y es la que más me gusta. Y mi papá era de Francia. Mi mamá murió a los treinta y dos años y dejó diez hijos y fue después de eso que vinimos a conocer más familia Churón, porque nosotros vivíamos en Supía, Caldas, y mi papá trabajaba en las pailas y mi mamá se iba a Riosucio y a todos esos pueblos a vender las pailas, y, en ese entonces, quedó otra vez en embarazo, tuvo un aborto y, como no había un médico, ahí quedó: Por eso vinimos a conocer abuelas, tíos, tías, por parte de mi papá. Mi mamá era de Cúcuta o Boyacá, no me acuerdo, pero ella como que se volvió gitana, no nació gitana. Mi papá era una verraquera, era muy trabajador y crio diez hijos. Varios han muertos del corazón, porque esa es nuestra herencia, aunque yo tengo mi corazón muy bueno. Y empecé a conocer a los Churón y era muy diferente a como me había criado: Era de mucho respeto y uno no podía tener amistades de colombianos, solamente con la misma raza, y si lo veían parquiado con un muchacho de esos pegaban el grito del siglo. Eso era muy duro. Y nosotros hablamos es el catalán, el que hablan en el toreo: Si usted quiere torear debe aprender a hablar el catalán, si no, pues, no puede.

─He leído que ustedes hablan también romaní ─le comento algo confundido─.

No, eso es lo mismo: Lo que pasa es que ahora le han cambiado el nombre, pero catalán y romaní es lo mismo[180]. Yo sí me acuerdo, lo que a uno se le dificulta ahora es la pronunciación, pero, cuando voy a Bogotá con mis hermanas, pues, vuelve y se me pega, pero, vuelvo y lo dejo cuando me voy.

Yo vine a Popayán, al barrio Bolívar, y también al barrio Belalcázar, pero no habían tantas casas, y ahí pusieron las toldas y ahí fue que me encontré con el papá de mis hijos. Y La Estación

[180] Por los libros mencionados sobre el romaní y lo que he oído de las lenguas romances yo ya sabía que sus orígenes y sus vidas no eran los mismos que el catalán como para que eso fuese cierto, pero, por conveniencia, no quise insistir demasiado en ello.

todavía estaba con su Virgen del Carmen. Mi cuñado trabajó en el Ferrocarril; el tren era muy rico, aunque los gitanos viajábamos en puros camiones. Esas fotos que tiene son muy bonitas, ¿cómo las consiguió?

─Se las compré a un fotógrafo de apellido Ledezma.

Ah, nada menos que al cansón ese; yo le decía: Doctor Ledezma, salga de aquí ─y se entretiene viendo las fotos─. Le sigo contando: Yo llegué acá antes de cumplir los dieciocho. A mi esposo lo conocí acá y nos veíamos a escondidas, entonces, ya nos vinimos para Cali y el vino por mí, y como estábamos bien enamorados, pues, me volé con él, y mi familia me andaba buscando como aguja, pero estuvimos escondidos como dos meses en el barrio El Jardín, y de ahí sí ya nos vinimos pa'cá, me casé y vivimos juntos, porque lo que mi familia no aceptaba era que cada uno viviera por su lado. Y allí ya se aplacaron, aunque yo iba a verlos y como no había estos –y señala su celular– nos escribíamos carticas. Luego tuve a mis tres hijos: Una mujer y dos hombres. Estuvimos casados ocho años[181] y vivimos en el barrio Belalcázar. El cambio fue horrible al principio, pero luego uno ya se va adaptando, como también vengo untada de colombiano por mi mamá, y como yo ya hablaba castellano, pero eso no era dificultad para ninguno de los gitanos. Ahí vivimos como treinta años hasta que mi suegra vendió la casa y ella se abrió cuando el Terremoto del 83 y yo también me abrí del parche porque los del banco no me daban casa porque yo ni tenía trabajo fijo, pero, antes de eso, Gonzalo, mi cuñado, se llevó a la mamá pa' la notaría pa' hipotecar la casa, y mi suegra me había dicho ocho días antes: "Venga le dejo esta casa a usted", y yo le dije: No, el día que me la gane que me la gane con esta ─y se escurre de su frente el sudor imaginario─, y le dije a las hijas y no creían, claro, cuando se dieron cuenta ya se iban a quedar en la calle; a tanto pudieron venderla y compraron en La Esmeralda: Allá murió mi suegra, pero yo viví aaaañooos con mi suegra; y, como le decía, yo me fui y, para educar mis hijos, me puse a lavar, a planchar, o me decían: "Cuídeme esta niñita, o láveme este apartamento" y con eso fue que saque a mis muchachos, luego ya me metí a invadir para que me dieran vivienda, por allá en San Rafael, por la vía a Pasto, y me dieron la casa, y vivimos como por tres o cuatro años, pero, después me aburrí, vendí y compré en Cali; al fin gitana: Me quedó ese arte de andar, aunque nunca quise salir del país, pero, por parte de papá sí tengo como cinco hermanos en Estados Unidos que se fueron niñitos, con la mamá de ellos y mi papá. Y mi papá murió allá: Le dio un infarto bañándose.

─Y, cuando usted estuvo en el barrio Bolívar, ¿no oyó la palabra "Pitingo"?, ¿no la ha oído en la lengua de la gente gitana?

Eso me preguntó mi hijo, pero, no, nunca la oí: Y eso que tuve muchas amistades en el barrio Bolívar de nuestra juventud. Incluso a su papá lo conocí: Yo llegaba a esa droguería con las loqueras y le decía ¿ya acabaste de chuzar a la gente que es lo que te gusta?, y nos reíamos. También recuerdo a unos paisas de apellido Cano que tenían una carnicería, luego un granero

[181] Nótese que usa algunos verbos como si en ese momento estuviera en Cali, pero, claro, se debe a que en esa ciudad es donde vive la mayor parte del tiempo.

grande: Cuando me entregaron la casa en San Rafael fui a comprarle unas cosas a uno de los Cano y me regaló una caja de azulejos y buscó un muchacho para que me las llevara hasta allá. Y recuerdo al papá de los Galvis que, cuando me veía pasar, me llamaba y me decía: "¡Vení, vení!", y yo le decía: ¡Ay!, ya va a joder este viejo cansón, y él me decía: "Tomá ─y me pasaba plata─, llevá pa'l desayuno de tus hijos", como él sabía que yo estaba separada y me tocaba duro, ah, yo adoraba a ese señor y soy comadre de uno de los hijos de él.

Y familiares de mi papá llegaron de México a La Arada, que era un bailadero familiar, pero al final eso se volvió, perdóneme usted la palabra, un putiadero; luego, pues, quitaron eso y se lo arrendaron a la familia Churón, pero no estuvieron ni un mes, como no nos amañábamos; ahora es que ya están civilizados y tienen sus casas, sus carros y en Bogotá hay cantidad así; y se sigue conservando la lengua, pero hay unos gitanos que la enredan mucho. A mí nunca me dio por enseñarles a mis hijos la lengua, y mis sobrinos de Bogotá tampoco, aunque ellos sí la entienden, y uno no puede hablar cosas de ellos porque ya la pillan. Mi hermano, el de Cali, tiene tres hijos; y mis hermanas de Bogotá, como son solteronas, las mantienen mis hermanos y mis sobrinos, pero cada vez son más pocos los que hacen eso de las pailas y trabajos en cobre. Y en la casa tenemos los pasaportes de mi papá que nació en Francia.

En cuanto a lo que le venía diciendo, pues, fue riquísimo, riquísimo criar a mis hijos y, como le decía, en ese tiempo había caridad, ahora no la hay: Antes un sacerdote me veía sola con mis hijitos y me daba mercadito, ahora a duras penas ellos tienen mercado, y fue riquísimo criar a mis hijos sobre todo porque tuve una suegra la verraquera: Me los tenía mientras yo iba a trabajar. Mi suegra era una belleza de mujer y adoraba a mis muchachos: Cómo será que decía que los hijos de ella eran los hijos míos, porque ella decía que no tenía hijos, y yo le decía: ¡Ay!, cállese esa boca: Como los hijos de ella eran tan jodidos: Borrachines, mujeriegos y de mal trato.

─Entonces, ¿cómo se enamoró usted de quien fue su esposo?

Pues, uno se confunde con las personas, y uno enamorado, y como en ese tiempo sí existía amor, no como ahora que es tan difícil. Dios tiene que tener a esa señora en el cielo, porque fue muy buena conmigo y con mis muchachos: Ella preparaba mucho los desamargados y toda esa comida navideña: Yo viajaba en el tren a cada rato pa' Tuluá, pa' Cali y en diciembre mi suegra hacía los desamargados y el dulce negro y el dulce blanco en su paila de cobre y, primero, iba a Tuluá, después ya bajaba a Cali y les dejaba eso a los hijos de ella.

─Y, ¿usted no se volvió a casar?

Nooo, ni loca, mijo, ni-lo-ca. Yo decía dejar un caucano y coger otro caucano no aguanta, porque a la mayoría de las que he visto no les ha ido bien con los caucanos.

Así le cuento: En el barrio Bolívar, y todo eso de por allí, antes eran puras casas, casas y casas, puras viviendas, no era más lo que se encontraba, salvo el tren, la droguería de su papá y el

hospital y la gente nunca abandonó la formalidad: Siempre saludaban: "Buenos días, buenas tardes y buenas noches".

Voy a contarle de mi abuela. Mi abuela era de la India: Eso lo vine a descubrir por el registro civil, pero no sé bien de qué parte; ella hace años que murió: Yo tendría unos veintidós años y ella unos ochenta y pico, en esa época vivíamos en Cali, en el barrio Popular. Ella no contaba nada ni mis tías: Eran muy reservadas; sí les gustaba mostrar y usar oro, no plata, los cofres los tenían llenos de joyas de oro. Las mujeres gitanas de mi familia son como yo: Bien alocadas, pero búsqueles el lado del malgenio. En esa época de ellas, y parte de la mía, las casadas usaban pañoleta y el resto se vestía como quería y podía; una vez hicimos una boda en el barrio Belalcázar, eso es más o menos la misma cosa que ahora: Ponen música, pero, más que todo flamenco, y la comida es más o menos la misma, pero la sazón es diferente. Un plato de nosotros es el *sabiaco*[182]: Es una carne de marrano con puro repollo; esa es la cosa más rica y mis hermanas en Bogotá lo preparan: A mí me gusta comer, pero no prepararlo, ja ja ja ja, aunque en eso sí soy más de comer todo lo colombiano. También cuando voy allá, donde ellas, como tienen unos colchones grandes de plumas de ganso, eso es lo más rico que hay, voy y me echo en esos colchones. También está ese caldo rojo de remolacha y carne de marrano que le llaman *zumí lollí*[183]. Hace tres años, cuando murió un hermano, me prepararon ambos, como saben que me gustan mucho. Al año de que murió mi hermano hicimos lo normal: Una cena y se respeta el espacio que tenía el finado, no como ustedes que hacen la misa del año. Y los cumpleaños no se celebran. Y la Semana Santa la respetan mucho, especialmente el Jueves Santo y el Viernes Santo: En esos días no se puede barrer, no se puede trapear, se ponen en la mesa los doce apóstoles, el pan, el vino, el pescado y ensalada y hacen una oración con todos y listo. Mi tío tocaba el acordeón, la guitarra y creo que no era más, pero eso era sólo de los hombres, las mujeres cantaban y bailaban, pero todo en el idioma de nosotros, porque uno a toda hora tenía que estar hablando así como estamos hablando ahora, pero en la lengua de nosotros. Es muy diferente del castellano, por ejemplo, para decirle a alguien: "Te quiero", se dice: "*Kamav tu*[184]"; y para preguntarle a alguien: "¿Qué está haciendo?", se dice: *"¿So keres?";* y para, perdone la palabra, "echarle la madre" con decencia, para decirle "hijuepu…", pues, uno le dice:

[182] No encontré esta palabra en los libros que tengo relacionados al pueblo gitano o rom. En la Internet pueden hallarse unas pocas recetas con las grafías "*sabiaco*" y "*saviaco*", pero no coinciden con la comida que describe la señora Churón; destaco dos: Una en el siguiente enlace: http://mujeresiupc.blogspot.com/ y otra en *YouTube*, que aparece en dos partes, y que puede hallarse en estos enlaces: https://www.youtube.com/watch?v=mOoXHEGEu1o&t=2s y https://www.youtube.com/watch?v=v-eMv0E48VI.

[183] Usé esa grafía basándome en el *Diccionario gitano* de 1867 escrito por Francisco Quindalé; en él pude leer que "*zumí*" es "sopa" y "*lollí*" es "encarnado o colorado". En Internet no hallé mucho sobre esa comida, salvo algunas referencias a una sopa de tomate gitana, que puede verse en este enlace: https://canalcocina.es/receta/sopa-de-tomate-gitana, y a un salmorejo de remolacha que no es gitano y que puede verse en este enlace: https://www.dietacoherente.com/salmorejo-de-remolacha/.

[184] Tuve problemas para rastrear ese verbo en el diccionario ya mencionado, pero logré encontrar una fuente y una grafía confiables en un programa didáctico de romaní que puede verse en este enlace: https://www.youtube.com/watch?v=gv_836Uc-PM.

"*Dabulechada*"[185] ─una muchacha pasa entre nosotros y nos da café con pan─. Hay muchas cosas más entre los gitanos, por ejemplo, cuando el hombre mayor está aquí, como estamos nosotros, yo, como casada, no puedo pasar como pasó esta muchacha, tengo que dar la vuelta, hay un respeto para el gitano-hombre mayor: La mujer vale huevo, pero al hombre hay que respetarlo. Esas son las leyes, aunque eso ya se fue acabando, también lo de las pañoletas y las faldas, por lo menos, yo nunca usé eso, a mí nunca me gustó usar esos follados porque siempre tiré pa'l lado de mi mamá. Físicamente me parezco más a mi papá, y otros salieron monos, gatos[186], otros trigueños, pero las mujeres son muy bonitas: Las hijas de mis sobrinos son unas bellezas. A una de mis hermanas sí le gusta y cotorrear en el idioma, la otra lo entiende, pero no le gusta y le habla en español, como usamos más el español.

Y mi abuela no sabía ni leer ni escribir, pero hablaba cinco idiomas: El francés, el catalán, el inglés, el español[187]. Usted viera la inteligencia de esa viejita. Ellos andaron mucho, conocieron todos esos países, y mi papá cuando llegó acá, a Colombia, tendría veinte años, y llegó acá por la matada de los gitanos de Hitler. Y mató cantidades, cantidades de gitanos. Mi familia alcanzó a volarse y llegó a Cuba desde Alemania, pasando por Francia, también estuvieron en Jerusalén como quince días, como la gente de allá es tan católica y, cuando ya conocieron, arrancaron pa' Estados Unidos, luego a Cuba y llegaron ya después acá: Cuando llegaron acá, pues, en Bogotá les dieron la nacionalidad colombiana a todos. En esa época viajar era más fácil porque no pedían tantos papeles. Y el idioma lo aprendieron rápido, aunque ellos vivían más enredados: Abuela, ¿qué es que me dice?, que le compre qué, y yo también le decía: Esta China sí está fregada, porque yo le decía La China. Pero, ellos eran muy inteligentes, eran muy rápidos pa' aprender. Y mi abuela tuvo cinco hijos y los adoraba ─"chao, mamasota. ¡Ay, eso tan lindo. ¡Muuua!", le dice a su nieta mientras se despide de nosotros─. Toda mi familia se salvó de esa matada, aunque mi abuelo murió de un infarto en Estados Unidos. Recuerdo a un tío que se casó en Pasto con una pastusa y tuvieron hijas, pero ellas están fuera del mapa de nosotros, no hay comunicación: No les gusta la raza de nosotros. Eso ha cambiado mucho: En la época mía sólo se andaba en la calle, adivinando la suerte, trayendo la comida: Era un régimen de andar pa'llá y

[185] Como no era mi propósito indagar más de lo necesario en su lengua, y como en el habla de la señora Churón vi ciertas incongruencias ya referidas, no le pedí que me escribiera lo que dijo en su idioma, así que transcribí esa palabra, o esa frase, o esa oración, como la oí en la grabación y, por lo leído, puedo postular estas hipótesis que no tienen ningún rigor propiamente lingüístico, sólo intuitivo ante las circunstancias y la falta de datos: Según pude leer en el diccionario ya mencionado del señor Quindalé, y haciendo ciertas excepciones, lo dicho por la señora Churón podría venir de las palabras: "*dai*", "*bul*", "*lea*" y "*chala*" (que también puede ser "*chá*" y "*chal*", siendo las tres derivaciones de "*chalar*"), las cuales significan, respectivamente, "madre", "orificio; ano", "puta" e "ir, andar, caminar, marchar; meter; pasar"; también podría ser o estar relacionada con la expresión "*debla eschindai*", que es "madre de Dios" y que viene de "*debla*" que es "diosa" o de "*debel*", que es "Dios", y "*chindai*" que es, con otros matices, "madre"; o podría venir de alguno de los términos anotados que se refieren a Dios, sumado al ya referido verbo "*chalar*", y que podrían decir algo como: "Vaya con Dios", o algo parecido. En el mismo diccionario hallé dos términos que me parecieron familiares por sonoridad: "*Llagulé*", que es "fuego, llama, resplandor", y "*dandulé* o *dandullí*", que es "azorado o sobresaltado, a".

[186] Si no es evidente: De pelo y ojos claros.

[187] No mencionó el quinto: Quizá se trata del romaní, pues, por los ejemplos, ya sé que conoce dicha lengua, aunque ella esté errada al considerar que el romaní y el catalán sean la misma lengua.

pa’cá, pero el hombre trabajaba y ninguna se quedaba sin trabajo, y yo todavía tengo ese no sé qué, ese vicio de andar, y en Cali me dicen: “Oiga, doña Lupe: ¿Usted no se cansa se andar?”, y no. Mi abuela decía que las verracas gitanas robaban, aunque a mí no me consta, a lo mejor robarían, pero a nosotros no nos enseñaron a robar porque trabajábamos siempre. Mi abuela sí nos decía que había una raza de ellos que eran muy tramposos y eso quizque robaban niños, pero eso era mentira: No tenían ni cómo resguardar los de ellos, porque los gitanos sí que tenían hijos, ¡cosa tan bárbara! Por lo menos con los hijos de mi madrastra, que era una gitana que nació en Cuba, y los hijos de mi mamá y mi papá, éramos como dieciséis, y me la llevo muy bien todos: Ellos me llaman, yo los llamo, y así.

En Cali hay un señor que se las da de gitano y compra cosas de cobre, y un día fui, ay, Dios mío: Yo soy la cagada, entonces, entré como particular y le dije: ¿Usted es gitano?, y me dijo que sí, y le dije: No me mienta que a usted lo crio fue un gitano. A ver: Hábleme el idioma, hábleme y le creo, y no supo decirme, entonces, le dije: Ah, entonces no diga que usted es gitano: A usted lo crio un gitano, pero no es gitano, no ve que yo me acuerdo que a usted lo crio un viejo y se abrió cuando él murió. Yo sí lo conozco a usted y usted no sabe quién soy yo, y no le voy a decir quién soy, pero el gitano habla el idioma, si no, no es gitano. Yo, por acá sola, ya no lo hablo, pero lo entiendo. Pongámosle: En la tienda, cuando yo llamo a mis hermanas y hay palabras que no puedo decir delante de la otra gente, pues, las digo en nuestro idioma, entonces, la gente me mira y me dice: “¿Quézque hablás?”, y les digo que inglés, porque en el barrio nadie sabe que yo vengo de esa raza, a mí no me gusta que lo sepan.

Y ya en Cali seguí trabajando y hoy a mí me dan todo, pero me gusta seguir trabajando, planchando, cuidando viejos: Yo adoro a mis viejos, me fascina todo lo que cotorrean y les hago falta cuando no voy. Hace días uno de ellos cumplió noventa y cinco años, y dijo que si no me llevaban a mí que mejor no le hicieran nada; y a una de Pandiguando, que cumplió noventa y nueve años, la llevaron a Cali y me avisaron y hasta allá fui a saludarla, a cogerle las manos y me dijo: “Pensé que no ibas a venir, cansona”, y no usa esto –y señala sus gafas– y tiene un oído el verraco: La alimentación de antes, mijo, la alimentación de antes.

¡Ay!, ¡mi abuela era hermosa!: Andaba bien vestida y entaconada a toda hora. Ella también murió del corazón, como mucha de mi familia, y eso que ellos no tomaban ni fumaban. Le dije al médico, la otra vez, entonces, ¿cómo estaré yo?, y me dijo: “Estás bien, mirá”. Y ya llevo cuarenta y cinco años fumando: Después de la separación me dio por esas y tengo unos pulmones que no los tiene ni el vecino. El que vive aquí y la mayor se parecen más al papá en todo –y hace unas muecas que lo corroboran–; Víctor si se parece más a mí, pero a mí que no me busquen. Un mundo de negritos que tengo en Cali me decían ayer: “No se vaya abuela, no se vaya” y yo les dije: ¡Ay, no me jodan!, y cuídenme la casa más bien: Es que cuando yo hago bastante comida les digo a todos que vayan a comer. Pero los adoro, porque es un respeto conmigo. El barrio que le digo es Ciudad Córdoba. Allá el papá o la mamá los sale a llamar: “Déntresen, déntresen, déntresen” y yo los oigo desde la sala y cojo la chancla y me salgo, y me alcanzan a ver y ¡pam!, ¡pa’rriba!, y todos totiados de risa. Y los papás me dieron autorización

para hacer eso, pero yo no les toco ni un pelo: No toqué lo mío voy a tocar lo de otros. Y cuando vengo con el mercado salen todos ellos, hasta el abuelo de ellos, a ayudarme. Por eso también estoy amañada allá y como digo yo: Mi familia es mi barrio. Cali ha cambiado impresionante: Muchas obras, muchas vías nuevas y el modo de ser es diferente: Todas esas negritudes son de Tumaco, que es un pueblo, entonces, con ellos hay un respeto, hay un saludo, pero el caleño es muy tirano, es muy tirano: Es una persona que todo pa'cá, menos pa'llá; eso es lo que tiene de malo el caleño. Y con todo ese crecimiento también están robando mucho y la gente también da mucha papaya.

Y a la señora que le leí la suerte en el barrio Belalcázar nunca más me habló y un día cualquiera llegué acá y me fui a visitar a un amiga, la exsuegra de mi hijo, cuando entré a misa enfrente del cementerio y vi a todos los hijos de la señora, y me alcanzó a ver uno de los hijos de ella y yo hasta me asusté y me dijo: "Tranquila, Lupe, que no te voy a hacer nada, dejá de ser cansona: Mi mamá está grave y no puede morir por estar pensando en vos" y le dije: ¡Ah, no joda! Yo voy, pero con una condición: Me regalan un tinto, y fuimos. Claro: El cargo de consciencia por haberme quitado el habla, pero sólo ella, los demás entendieron que fue un accidente, pero es que ella duró años detrás de mí para que le echara el naipe español que me dejó mi abuela. Y hablamos: Me dijo que ella había sido ignorante y todo eso y la perdoné; al tercer día llamé y ya se había muerto y fui al cementerio. Y yo tengo un don, no sé si es por la raza o qué será, pero, hace días, cuando fue mi hijo a Cali, vi una bola de hormigas y le dije: ¡Huy!, ¡va a temblar!, y a los diez minutos tembló. Yo también fui médium del Centro Espiritual del hermano José Gregorio Hernández en el barrio Belalcázar: Yo abría las palomas y me tomaba la sangre con vino blanco: Eso es de alimento pa'l cerebro, y nunca me duele la cabeza, y no sabe feo eso. También me acuerdo que aquí, a Popayán, vino el profesor Numar, y una amiga me dijo que la acompañara y yo le dije que sí, pero que ella tenía que pagar porque yo no le iba a estar pagando a ese tipo. Bueno: Entramos y se agarra a echar el naipe, y yo estaba requeteseparada y novio no tenía, que me gustara ir a bailar y a beber era otra cosa, y se sienta y me echa el naipe y me ve y agacha la cabeza y le dije: No me mire porque yo tengo más fuerza que usted, mijito. A ver suelte lo que dice ahí, y lo soltó y le dije: No, profesor, usted no sabe nada de eso, ¡qué pena con usted! Venga le echo el naipe, y lo hice de pura maldad, y le dije qué le iba a pasar, qué le había sucedido y qué le estaba pasando, y se quedó aterrado porque nunca nos habíamos conocido, yo sólo había oído el nombre en la radio. Y le dije: Yo no le voy a pagar porque usted no me dijo nada y el naipe se lee como lo acabo de hacer, y me dijo: "¿Usted por qué no se ha montado un consultorio?", y le dije: Porque a mí me gusta ganarme la platica sudando, no diciéndole mentiras a la gente.

A ver, ¿del aguardiente chiquito?... ¡ayyy!, ¡sí! Yo tengo un amigo que vendía chiquito en frente de la Cruz Roja y yo le decía: Ve, dejá de molestar que un día de estos te caen; él ya murió, y estuvo preso por eso y porque lo aventaron, pero no me acuerdo el nombre de ese vergajo, pero yo era bien charlatana con él, aunque yo nunca probé eso, como me daba miedo al ser chiviado. Mi suegra también hacía eso con el esposo, pero cuando eran jóvenes; ellos eran de La Sierra y

allá lo preparaban. Ella me decía: “Vaya cómprese una mediecita que eso es rico”, y yo le decía que no... No le he dicho, mijo, ella se llamaba María de Jesús Zúñiga de Cerón. Ella es la mamá de Gonzalo Cerón, mi cuñado, que tenía una mueblería que se llamaba Goncermuebles: Él quedó con una mano adelante y otra atrás por la bebeta, las mujeres, como iban a Las Veraneras que, perdone la palabra, era un putiadero, y quedaba como quien va para Totoró, y les decía a todos los empleados: “Pidan que yo pago”, y a ver si cuando quedó en la calle alguno de ellos se acordó de él. Ahora anda vendiendo pólizas de seguro y la última mujer y la hija que tuvo con ella le dan posada por allá lejos: Eso lo supe porque lo llevamos en el carro hace poco, cuando murió un hermano de ellos, pero él también fue muy bueno porque nunca se metió en mi vida, y Gonzalo fue todas esas cosas, pero a él y a mi otro cuñado, los adoro, porque me ayudaron cuando crie a mis hijos y nunca humillaron con plata o con comida; lo que pasa es que a Gonzalo los empleados lo robaron mucho, como no era organizado y les dejaba hacer lo que quisieran. Y le decía: Ese día del entierro, para que se haga a una idea de cómo es Víctor, mi exesposo, llegó otro hermano de él, que ahora está muy grave, y las hijas de él que viven en Nueva York, pero estaban en Cali, entonces, llegamos con ellos y ellas lo saludaron: “Hola, tío: ¿Ya no se acuerda de nosotras?”, y él les dijo: “¿Y ustedes quiénes son?”, con su mala cara y seco como él solo. Y luego alguien le dijo: “Vea, ¿no va a saludar a su hermano?”, y él dijo: “¡Ay!, ¡yo no voy a estar saludando a nadie!”. ¡Qué tal!, ¡más de veinte años sin ver al hermano y todavía no va a saludarlo! Cuando apenas nos conocimos él no era así de patán: A él lo dañó fue la vagabundería, la bebeta, estar metido en esas casas de citas, en esos billares. Y con varias de esas mujeres también tuvo más hijos.

***

─La charla se extiende un poco más porque llega mi mamá a regalarle achiote, adobo, hogao, algunos desamargados y un pedazo de torta, y le dice: “¡Ay, no! ¡pa’ qué se pone en esas!, me dio donde era, en lo que más me gusta. Muchas gracias, muchas gracias”. Nos despedimos y le dejo recomendada la palabra “Pitingo” con sus hermanas. Días después la llamé, pero ellas tampoco conocían esa palabra.

## 16. Hermes Rodríguez Guerrero

─Don Hermes vive en Bosques de Pomona y, aunque hace años yo también viví en el mismo barrio, hoy se me dificulta encontrar su dirección; quizá la copié mal y creo que nunca lo he visto ni tampoco hice amigos, conocidos o vecinos durante mi estadía como para ayudarme en su búsqueda. Del aguacero de esta tarde no me salva mi sombrilla y me empapa los zapatos y también me afana. Después de varios intentos logro encontrarlo y, tras algunas palabras, me sorprende su lúcida vejez.

***

Trabajé aquí como taxista en el sesenta, cuando todavía llegaba el tren y el autoferro: Ese era más pequeño, el autoferro, y era el de lujo, en el que montaban los oligarcas, y era más rápido. En ese tiempo trabajé en Tax-Belalcázar, pero no era cooperativa sino empresa, y no se llamaban taxi sino automóvil; eran automóviles modelo cincuenta, yo tenía un sesenta y uno, y había varios modelos cincuenta: *Chevrolet Dodge*, *Fores* ─el plural de *Ford*─, esos eran. Cuadrábamos ahí, donde era La Rebaja, en la esquina de La Estación: Ahí era el parqueadero.

Me llamo Hermes Rodríguez Guerrero y nací ayer, pues, el veinticinco de mayo de 1924, en Gualmatán. A Gualmatán fui ahora dos años: Yo no había ido hace tiempos a mi pueblo, entonces, yo fui ahora dos años porque le había prometido al Señor de los Milagros de allá de mi pueblo, que lo tengo ahí ─y me señala una réplica en su balcón─, llevarle una placa cuando cumpla los noventa, y así hice, y de allá al único que conocí fue a mi hermano, el último: Es un campesino alto, zarco, blanco. Y antes de eso como que no había ido hace quince años a mi pueblo. Y Gualmatán es frío: ¡Uf!, allá hay que llevar doble pantalón, ja ja ja. Éramos nueve los hijos de mi mamá y mi papá: Cuatro hombres y cinco mujeres; con ellos la relación ha sido normal. Mi padre era de Sandoná: Él llevó el apellido Rodríguez a ese pueblo, porque allá no había ese apellido Rodríguez; cosa que la gente de ahora son felices llamándose Rodríguez Guerrero, ja ja ja. Sí, mi papá era de Sandoná y mi mamá sí era de Gualmatán, de ahí del campo, pues, de una vereda. Ya los recuerdo poco, como yo me volé de mi casa a los doce años: Las ganas de salir: Cuando uno estaba más tranquilo le daba la vaina de salir de la casa. Y me vine por la montaña, pa' que sepa: Un día entero por la salida a Sapuyes, y de ahí llegué a Túquerres, después a Pasto a cargar piedra mijo, pa' ganarse la platica como treinta años: Yo ahí me crie y todo, y conocí a mi mujer; y mi papá ni sabía dónde estaba, como me volé de la casa. Y, entonces, encontré trabajo, en Pasto, en una pastelería grande frente a San Juan Bautista, un parque; y ahí me arrimé y me dieron trabajo, y ya me cogieron confianza y era yo el bodeguero de esa pastelería: Pastelería La Nariñense. Ya no voy con tanta frecuencia a Pasto, pero fui ahora que cumplí noventa: Pasamos por Pasto para llegar a mi pueblo; fuimos a Las Lajas: Yo quedé aterrado: Las Lajas es muy bonito, pero usted va al santuario de mi pueblo, en Gualmatán, y es superior, ¡qué cosa tan linda!: Llega a Ipiales y sigue al occidente 20 kilómetros y la carretera es buena y todo; antes que nos tocaba andar a pie, al suelo… a madrugar, mijo, a las tres, cuatro de la mañana a coger los caballos para ir a comprar ganado a Ipiales, porque mi papá era negociante

de ganado, y allí, yo y mi hermano, mijo, nos tocaba, digamos, las vacas estaban en el potrero, ¿no?, pues, madrugar a meter los pies en semejante barrial que es como pisar el hielo, porque allá sí es frío. De ahí que me gustaba irme a salir por la ciudad. Y volví a saber de mi mamá y de mi papá porque allá en Pasto no había huevos, como ahora, en fábricas, pues, sino que había que recogerlos en el campo. Entonces, había un señor que le gustaba negociar con huevos y llevarlos a las panaderías de Pasto y, entre esas, me había visto, pues, me conoció, y jue a avisarle a mi papá. Eso a mis catorce años… y yo ya estaba enseñado ahí comiendo buen pastel, ja ja ja ja. Después llegaron mi papá y el dueño de la panadería, que era un paisa y me tenía confianza: Yo manejaba las bodegas, la harina, la mantequilla, porque allá sí compraban de la buena, de la mantequilla de Los Ángeles de allá de Guachucal, de la propia, pues, y entonces yo era el encargado de entregar la harina, los huevos, la mantequilla, todas esas cuestiones, cuando llegaron, él y mi papá, y dijo mi papá, pues, que me venía a llevar; entonces, el señor, como ya tenía confianza, ¿no?, y había visto que trabajaba bien, dijo: "Pero a él no puede llevarlo porque él tiene un contrato", y en ese tiempo la mayoría de edad eran los veintiuno… bueno, cuando dijo: "No lo puede llevar; díganle a él si él quiere irse de voluntad, así sí puede llevarlo, si no, no, porque a la brava no lo puede llevar", entonces, le dije que no y me quedé, pero yo iba cada año, a la fiesta del Señor de los Milagros, allá es en enero, y a tomar trago allá con mis hermanos, mis compañeros de escuela, ja ja ja ja. Años después, en Pasto, tuve mi negocio también: Primero tuvimos, con mi esposa, una cantina y tienda, en la esquina del parque Santiago, y luego un estanco, frente a la universidad de Nariño, y aunque me ha gustado beber me ha ido bien trabajando, porque me gusta trabajar. Luego me vine pa'cá, con treinta años, y llegué al barrio Bolívar: En esa época el barrio Bolívar sólo era ranchos, cantinas y hoteles. Mi negocio estaba al lado de Multiagro, por la carrera sexta. Ah, pero antes, en Pasto, me había casado: A los dieciséis años; ella tenía quince; éramos niños. La conocí porque al frente de la pastelería había una casa del dueño de la hacienda El Carcajal, y allá vivían y trabajaban los papaces de ella, y ella vivía en la casa que le digo con una prima y los patrones: Así nos conocimos. Ellos no me pusieron problemas: Hasta las argollas nos prestaron; cuando cumplimos cincuenta años de casados, las bodas de oro, le di las argollas que le estaba debiendo. Entre Pasto y Popayán tuvimos seis hijos, pero tres murieron: Dos niñas y un niño: Se murieron porque creo que les dio infección y en esa época era muy difícil tratarlos, todo era con hierbas. Bueno, llegué al barrio Bolívar pagando arrendo y monté mi negocio porque a mí toda la vida, desde niño, me ha gustado negociar, trabajar y eso es lo que me ha servido, y empecé de ceros pa'rriba porque casi que dejé botado el negocio en Pasto, y puse una tienda porque lo único que había era ranchos, cantinas y hoteles, y seguí trabajando; pagaba cuarenta pesos de arriendo a Samuel Paz, pero, perdón la palabra, me empecé a dar cuenta que los de aquí son muy envidiosos, porque nos hacían la guerra… Bueno: Yo andaba con vestido de paño, corbata y sombrero, y así iba con mis canasticas a la galería, y a mí no me daba pena ir a hacer compras, y los vecinos decían: "Ve: Este no ha de ser de aquí, ha de ser pastuso". Claro: Ahora me pongo corbata y todo eso y sí me hace calor. Ahora que recuerdo: En Pasto trabajé como chofer porque me empeñaron un carro por seiscientos pesos, aunque también había cosas baratas, entonces, valía cincuenta centavos la carrera y veinte

centavos el galón de gasolina bien medidos. Y acá el negocio, que era tienda y estanco, lo manejaba mi mujer y yo trabajaba en Tax-Belalcázar. Después del terremoto del 83 empezamos de ceros, porque todo se nos fue al suelo, con créditos en el banco y luego volvimos a levantar los muros que se cayeron y a surtir, porque yo tenía muchos licores extranjeros y los vendía sobre todo para Semana Santa: Porque vendía más que en diciembre, pero en ese tiempo no se llamaba así: Se llamaba Parranda Santa, entonces, tenía que surtirme muy bien para esa Parranda Santa, así que pedí un mundo de créditos a mayoristas que eran amigos y a los conocidos. Ese día salí a la calle y vi cómo se zarandeaba la tierra: Ese día salía el arzobispo a pedir socorro a la Policía, pero la Policía estaba peor que ellos. Pero así seguimos. Una amiga bien buena, Graciela, ella tenía una funeraria que se llamaba San José, en el barrio Bolívar, y puso los cajones en otra habitación y me prestó la parte de afuera para que yo sacara a vender lo que tenía en bodega: Puse un andamio y a seguir trabajando… Y por esto le dije hace rato que la gente de acá es muy envidiosa: Me pasé a 6 metros de donde estaba antes y cuando los clientes llegaban a preguntar a los vecinos: "Oiga: ¿Usted no sabe a dónde se ha pasado don Hermes? Ellos decían: Yo no sé, yo no sé"; me negaban, y eso que estaba a tres puertas.

Como le decía, antes del terremoto, cuando estaba trabajando allí en la tienda, me pasé donde vivimos, yo era cliente de don Aniceto Ruiz, un boyacense y yo le compraba y le fiaba bastante y le pagaba cuarenta pesos, y como la envidia es grave, el señor Paz me pidió la casita, que tenía dos dormitorios, una pieza, una cocinita, la salida a la calle y un solar, y me le pidió por envidia, como vio que yo estaba vendiendo y tenía clientela, y me dijo: "Vea, me la compra o me la desocupa porque allí va a poner el negocio don Aniceto", y le dije a don Aniceto que no tenía plata pa' comprarla porque ricién estaba trabajando, entonces, él me dijo: "Vaya a ver cuánto vale y en cuánto se la dejan", y fui y creyó que se la iba a comprar y me dijo que valía diez mil pesos y le avisé a don Aniceto, y cuando ya íbamos a firmar la escritura, pues, se dio cuenta que era don Aniceto y no yo quien iba a comprar la casa, y firmaron, eso era plata, y atrás de la casa, desde el parque Mosquera hasta el hospital, era todo monte, y sacaban mucho aguardiente chiquito y era hasta sabroso y era de anís y hasta panela, y en ese tiempo también estaba el de las rentas que sí usaba anís, no como ahora, y cerca de donde vivimos había cuatros fábricas y eso, cuando llegaban los perros, los guardas de las rentas, decían los de acá, para avisar a los demás, tiempo, tiempo, así escondían en el monte y cerca del río lo que tenían. Y don Aniceto me ayudó mucho, me dijo: "Voy a cobrarle doce mil pesos y me los paga de a ochocientos pesos mensuales". Yo me asusté porque de cuarenta pesos a ochocientos mensuales, ¡cuánto pa' pagar los doce mil pesos! No hay ochocientos en la tienda y eso fue durísimo. Entonces, cómo le parece que llegué a donde la mujer y le conté que nos daba la casa en doce mil pesos, pero que le paguemos ochocientos mensuales, ¡de dónde vamos a sacar ochocientos mensuales!, le dije, pero ella me dijo: "No, pues, voy a comprar uno de esos puercos de barro y metemos de a centavo, de a dos centavos, de a cinco centavos y reunimos los ochocientos", y ella hizo el esfuerzo, y cuando ya faltaban tres meses… ─llora mientras recuerda a su esposa─… y cuando ya faltaban tres meses nos dijo: "Les voy a dar la escritura", y ya hicimos sancocho de gallina y yo lloraba de gusto. De ahí seguimos trabajando. Nos tocó duro, tanto que a ella ─y señala a Soyla, su hija,

que nos acompaña desde hace varios minutos─ no la pudimos educar: Ella estudió bachillerato cuando ya estaba trabajando en la Transtambo. Después de que acabamos de pagar, empecé a hacer dos piecitas para ampliar y después ya iba bien porque tenía nueve piezas por allá adentro… y no quedó mucho porque todo eso se derrumbó en el 83 con el terremoto que le conté, y esa vez también me ayudó don Ricardo Cano: A él lo mataron por robarle dieciocho millones de pesos, por el parque Mosquera, por el puente, porque había que parar pa' pasar el carro… Bueno, como quería saber mi historia, sigo con el resto: Eso del negocio se derrumbó y el crédito del banco popular no me cobró por seis meses…

No, papá: Fue el banco central hipotecario, porque la mayoría de casas quedaron hipotecadas al banco y todos pagaban los créditos de urgencia.

Ah, sí, yo pagué todos los créditos, hasta a John Restrepo, que me amenazaba. Entonces, don Ricardo Cano me dijo: "Haga el local, hágalo que yo le ayudo, que lo haga Galileo", que era albañil muy bueno y lo traje desde Cali, porque estaba trabajando allá, entonces, en ese tiempo no daban permiso para construir una plancha, como todas las casas eran del mismo tamaño y se comunicaban por los soberaos, y un secretario o inspector de esas cosas y que era medio conocido nuestro, pues, nos ayudó porque vio que quedamos en la olla, y a tanto pudimos hacerla; para ese tiempo seguía arrimado donde Gracielita y empezaron a derrumbar y a construir, entonces, le decían a Galileo: "Hola: ¿Y ese pastuso no era que estaba en la olla?, ¿cómo va a hacer?", y seguimos construyendo y también decían: "Semejante localote y ese no tiene con qué", y cuando ya estuvo eso puse el andamio de madera en el centro, uno chiquitico, entonces, le decían a Galileo: "Oiga: ¿Cómo va a hacer este si no tiene en qué vender?", entonces, como yo ya era conocido en esos almacenes de vidrios y de aluminio en Cali, hice hacer esas estanterías ─y señala una fotografía donde aparecen las estanterías y parte de su familia en su negocio─, todo eso fiado, claro, entonces, esos mismos le decían a Galileo: "Bueno: ¿Y qué va a vender si no tiene nada?": Es que ellos estaban en todo… bueno, ya llegaron las estanterías y uno de los Galvis me ayudó a armar las estanterías y acabamos casi a la madrugada. Ahora sí: A surtir, entonces, don Ricardo me fio mercancía, me decía: "Hágale que yo le ayudo", y le debía como tres o cuatro cheques, pagaba uno y quedaba debiendo el resto, pero no me desganaba, y le consignaba los lunes, aun después de muerto él yo pagué todo lo que le debía. Al banco le debía quince millones y todos los meses le pagaba cumplidito y sacaron ese invento del UPAC[188], porque Popayán estaba endeudada hasta los pelos…

[188] No entendí bien cómo funciona ese concepto, pero puedo brindar el siguiente contexto sobre qué es: UPAC son las siglas de la Unidad de Poder Adquisitivo Constante, que de orígenes brasileros y fue implementada en nuestro país durante el gobierno de Misael Pastrana Borrero, específicamente en el año de 1972. Para el contexto de esta historia de vida es menester destacar que la UPAC permitía y hacía viables los créditos hipotecarios de largo plazo para comprar una casa y también era usada para ciertas cuentas de ahorro, pues, ambas se podían ajustar al índice de inflación sin superarlo y con ello determinar los respectivos intereses, haciendo que el dinero mantuviera su capacidad de compra o que por lo menos no disminuyera, cosa que también incentivó el ahorro y con ello la cantidad de recursos en determinadas instituciones. Empero, tras una reforma de 1994, la UPAC dejó de regirse con el IPC (Índice de Precios al Consumidor) y pasó a hacerlo con el DTF (Depósitos a Término Fijo), el cual se regía

Todos estábamos endeudados con el UPAC ─comenta Soyla─.

Y por eso sacaron la ley de alivio, aunque por ahí hay locales que son parqueaderos, porque no tenían plata y qué se iban a encartar con tanta plata. Y pagué y pagué y pagué, y de los quince millones ya iba en treinta y tres millones por el UPAC; gracias a Dios que, cuando subió Pastrana, el joven, hicieron una modificación a todos los deudores y me bajaron los dieciocho millones, sino hasta hoy estaría pagando eso.

Esa es la primera parte, ahora sí diga: ¿Qué más quiere saber?, ja ja ja.

─Muy curiosa su vida. A mí me gustaría que me hablara de Los Pitingos.

Sí. Y a mí sí me ha gustado leer la historia de Popayán, ya ve. Por el barrio Bolívar pasó Simón Bolívar y por eso se llama así. ¿Usted sabe la historia del Puente del Humilladero? Bueno, antes tenían que pasar por El Humilladero, a pie o a caballo, para ir al barrio de Los Pitingos, que era El Callejón, y una vez, en un aguacero, como siempre se enlaguna eso, un sacerdote tenía que pasar a dar la comunión en el barrio Bolívar, y un rico, creo que don Jacinto Mosquera, que vivía cerca al río, vio que el río ya se lo llevaba al curita con el caballo y la custodia, ¡es que ya se lo llevaba porque iba muy duro!, entonces, se le ocurrió hacer un puente y por eso se llama el Puente de la Custodia, aunque no es que el agua aquí sólo dé problemas, porque las casas del Centro tenían sus chorritos bien bonitos y muy útiles.

─Sí, y La Mona me decía que en su casa, como muchas otras, tenía aljibe.

Claro. A veces mis hijas iban allá cuando se iba el agua. Y, ¿sabe por qué hicieron el otro puente grande?

─Porque eso era un despeñadero muy difícil de subir.

Sí, y en esa subida había un descansadero porque la gente del campo venía caminando o a caballo con sus bultos, entonces, ese puente fue también un descansadero. En cuanto a lo otro, yo también tenía esa duda de Los Pitingos, y antes de morirse el Zambo Arturo le pregunté: Bueno, yo ya quiero saber, porque he vivido aquí más de treinta años, ¿por qué le dicen, a los de barrio Bolívar, Pitingos? Porque todos éramos Pitingos, y había sido por una familia, por los Torres, porque eran bravos, peliones, tomadores de trago. Yo conocí al último de ellos, uno altote, borracho, trigueño y hermano del peluquero, de otro delgadito que era Torres, y a mí me compraban aguardiente, pero eran más borrachos que el trago y peliones, porque ese que le digo parecía un boxeador, y por ese apodo de ellos se empezó a decirles a todos los del barrio Bolívar

---

por el sistema financiero, aunque los ingresos de los colombianos seguían regidos por el IPC: A mediados de los noventa el DTF alcanzó valores mucho más altos que los del IPC, por lo que la UPAC aumentó y con ella todo lo que regía, pero no aumentaron los ingresos de los colombianos, generándose así una crisis en los créditos de vivienda y en el sector de la construcción, lo que dejó a muchas personas excesivamente endeudadas y sin casa y sin la oportunidad de comprar una. De esas crisis nació la UVR (Unidad de Valor Real constante). Para más información, sugiero que el lector consulte el siguiente enlace, donde está el documento en el que me basé: http://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/UPAC_y_UVR.

así: De eso me enteré a los treinta años de vivir acá, porque nadie me daba razón; y los Torres son propiamente de Silvia y llegaron al barrio Bolívar.

─¿Y todos Los Pitingos eran así o alguno se salvaba?

No sé, porque yo conocí de último al que le digo, a Orlando que parecía boxeador y era borracho y a El Chivo, que era otro borracho, y como Orlando era tan grande cogía a El Chivo, que era tan chiquito, y se lo llevaba así ─simula con el aire como quien carga un bulto en un hombro─ para la casa.

No, todos no eran malagente, pero sí envidiosos: El Zambo Arturo era envidioso, que en paz descanse, ese una vez me mandó a la Policía porque yo vendí en tiempo de elecciones una media y como él pasó por ahí, me los aventó. Ahora, ¡las vecinas de ahí al lado!

Las señoritas Galvis ─dice su hija─.

¡Eh, ave María! Yo les iba a dar correa una tarde, de verdad, era joven y no me daba miedo, menos mal no metí la pata: Esas eran como enemigas y se pusieron bravas porque pedían fiado y cuando iba a pagar, por ahí al mes y eran cincuenta pesos de deuda, pagaban diez o doce pesos, y así como dos o tres años, digamos, comiendo a costillas mías, y una vez ya tuve como cuidado, ah, ese día fueron a pagar veinte, pero como dos o tres años comiendo gratis, entonces, ese día me pidieron poquito y le dije a Sarita: Anote bien lo que están llevando esas viejas, porque como que nos están robando, entonces, siguió anotando ella en centavos, porque todo era centavos, y al mes me fueron a pagar como veinte o treinta pesos, pero yo ya sabía que no era eso sino más: Pero no son veinte pesos sino son ciento veinte y aquí está el cuaderno, y decían: "¡Ay, no, vecino, eso no hemos llevado!", y desde entonces le cogieron bronca a la hija y no pagaron, pero no volvieron a ir, aunque después nos insultaban, pero yo siempre he sido franco. Y así empezaron a echarnos sátiras del otro lado. Del otro lado también el finado Chepe, él se llamaba José María y era el esposo de Ordulia, nos tenía envidia porque vendíamos, y la envidia de Chepe era tanta que si iba algún cliente donde nosotros y no teníamos lo que quería, cuando iba a donde él le decía: "No, no tengo", aunque tuviera la mercancía, y hacía eso sólo porque había ido primero a donde nosotros. Y esa viejas Galvis también nos echaban la Policía y todo, y una tarde casi hago lo de la correa en plena calle: La había embarrado, así como me tenían bronca hasta última hora. Una vez un ecuatoriano nos traía de ese cigarrillo *Lucky*, y adentro, en el huerto, teníamos un montón de arena y allí los guardábamos, entonces, mi mujer fue a desenterrarlos para que no se dañen, y las viejas estaban viendo al otro lado, como ellas tenían terraza, ¡ayyy!, cuando al otro día llegó el resguardo derechito al montón de arena y sacaron los cigarrillos como contrabando. Y ellas tenían una prendería y hacían la quebrada: Se robaban joyas que les empeñaban; eran malas como ellas solas. Otro día, cuando yo ya tenía más piezas adentro, llegó un paisano que quería comprar un aguardientico y dijo que fuéramos a la Licorera y compró cien cajas, porque él tiene hasta ahora negocio allá, en la terminal, me acuerdo tanto que eso fue un miércoles, entonces, para no dar la vuelta, entramos por atrás, por el garaje, y al otro día el

resguardo llegó por lado y lado, bueno, entonces, yo le dije al paisano, déjeme la factura del aguardiente, y ya abrí la puerta y no se lo llevaron como contrabando, aunque uno de los del resguardo sí me dijo: "Don Hermes: Lo aventaron". Después, como ya compramos el lote de atrás de la casa, era bajito y no tenía división, y eso también fue para problemas; me tocó hacer un muro de 1 metro, pero nos robaban los tomates, las papayas, las chirimoyas que tanto me gustan: La mejor chirimoya es de Funes; después hice el garaje y lo tapé y me dijeron que les comprara la parte de ellas, la medianera, y no, hice mi muro, entonces, Soyla le hizo un baño al garaje y ya tenía bodega y la alquilaba a todos los de El Tambo que llegaban, pero eso era una friega porque tenía que levantarse desde la tres o cuatro de la mañana para entregarla, claro que le pagaban, pero, pues, centavos, y esa fue la última sapiada: Fueron a la alcaldía, porque nosotros teníamos bodega y no pagábamos impuestos, así con esas lambonas, entonces, el empleado de la alcaldía fue el miércoles a revisar, pero no había nada, entonces me dijo que nos habían aventado con la famosa bodega, pero yo le explique: La verdad es esta, vea: Yo fui fundador de la Cooperativa Rápidotambo, me cabe la honra, y Soyla, mi hija, trabajó como secretaria general de la Cooperativa Transtambo como por veinticinco años, entonces, vienen los de allá con carguita y lo que hacemos es prestarles para que guarden ahí y a veces vienen a dejar los jueves, para el día de mercado, eso sí es cierto, pero es que nosotros les damos permiso para que carguen y descarguen; claro que ellos nos pagaban, pero yo no le dije. Lo bueno es que esa bodega no era permanente como otras. Cuando ya hicimos todo eso la casa salía de lado a lado[189] y tenía huerta, como le digo, ahora las casas ya ni tienen antejardín; yo extraño mi huertica: Teníamos cuatro árboles de papaya, varios de tomate de árbol arrimados donde esas viejas y se los robaban, teníamos dos matas de chirimoya, teníamos matas de café y tomábamos cafecito de ahí, teníamos un árbol de aguacate, teníamos cilantro, lechuga, gallinas y todo eso me ha hecho falta. Ya los problemas con ellas se acabaron cuando se fueron… cuando se fueron al otro mundo, ja ja ja ja ─Soyla se va un momento─.

La galería fue después, eso ahí antes era una bomba de gasolina de un ecuatoriano, y el finado Castro, marido de Ana, arreglaba llantas y tenía su taller de mecánica, ya después hicieron la galería y a mí me ofrecieron un puesto ahí, pero yo ya tenía un puesto en la galería del Centro, en la entrada, vendíamos granos la hija y yo; y así he sido desde pequeñito, bien trabajador, y así ha sido mi hija: Yo le digo que es mi mamá porque ella me ha cuidado mucho. Bueno, y, como le digo, yo vendía últimamente licores y surtía a todos esos driles del norte, comenzando con uno frente al estadio, y también para el sur, pero, luego, ya todo era fiado y ya me quedaba duro: Bavaria era el único que me fiaba y me recibía el cheque los jueves y todo eso y lo demás lo vendía los sábados y domingos. Y aunque, como le dije, había muchos hoteles y cantinas y había peleas en las cantinas, el barrio Bolívar era vivible. A mí nunca me trataron mal en el negocio, eso sí, y yo les decía que se fueran lejos a darse sus trompadas cuando se emborrachaban. El tren era muy bueno para las cantinas, además, había varias empresas de transporte, como Transipiales y más allá la Flota Magdalena y como cuatro empresas de transporte más: Él que le dije que tiene

[189] Se refiere a que su casa tenía dos frentes: Uno que daba a la carrera sexta y otro que daba a la carrera quinta, todo eso entre la calle novena norte y la calle décima norte, y con un largo de más de 62 metros.

un negocio en la terminal, Jorge Pineda, tuvo su negocio en esa esquina de esas empresas, y ahora también tiene su buseta bien bonita en la Tax-Belalcázar. Y tuvieron que echarle dinamita a La Estación para tumbarla. Y a los gitanos se los llevó el río, ja ja ja ja.

─Regresa Soyla y me dice: "¿Ya le contó que nosotros tuvimos un negocio en la galería del Centro? 'Sálganse que vamos a tumbar la galería', nos decían y nosotros buscando abogado porque no queríamos salir, y ese Álvaro Caicedo cuando anocheció ni dejó amanecer para eso y cuando fuimos a ver ya no había tejas y nos sacaron y ya nos habían adjudicado un puesto acá en el barrio Bolívar, y otros a La Esmeralda, otros a La Trece, pero desistimos y trajimos las cositas a la casa, a la tienda, pero eso había muchas cucarachas, ratas y chinches, y en esa época mi papá ya trabajaba en la cooperativa y tenían una chiva que le decían El Galancito, esa cooperativa se fundó en abril del 67".

Ahora vaya a ver: Tienen carros, locales propios, buenas oficinas y les ha ido bien. Bueno. Y nos fuimos del barrio Bolívar porque en ese entonces, entre a quienes vendía, salió una gallada de borrachos malaclase y cochosos, y empezaron a comprar de ese aguardiente barato que era a mil pesos la media, y se vendía mucho, creo que se llamaba La Corte, y uno les vendía y se pasaban frente a la Cruz Roja, al lado, en ese llano, a tomárselo, y entre ellos había gente de mala clase, y, entonces, llegaban los clientes a comprar su aguardiente, su ron, su whisky, y los otros se pasaban a pedirles plata o trago, y eran hasta veinte que se reunían, entonces, la gente que compra bastante se fue y por ganarme un peso, pues, dejé de ganarme cinco, y empezó a retirarse la gente y al otro día iban con la razón: "Ay, don Hermes, no pudimos arrimar porque había mucho borracho ahí", y yo defendía a lo cochosos, porque nunca los habían robado ni tratado mal a nadie, pero para ellos era maluco que se les arrimaran. Así le cuento: En mi negocio vendí buenos licores y tomé buenos vinos y brandis y wiskis, porque tomé bastante: Dubonett, que era un vino francés, La leche de la mujer amada, ese era alemana y muy rica, tomé Casillero del Diablo, que era chileno, vinos de California, ese Grand Imperial, que creo que era inglés, ese ron Havana, que era cubano y ese Ron 100 fuegos, que también era de allá, ese brandi Felipe II y todo eso se vendía y con ese brandi fue mi última borrachera, tanto así que me quedé dormido en el escritorio de la empresa y desde entonces, hace cuarenta años, que no volví a tomar, por la sencilla razón de que me trajeron remolcado de la rasca a la casa y yo era malo pa'l guayabo y estaba mi nieto viéndome: "¡Huy!, mi abuelito en qué borrachera que llegó!", ¡y ni más, mijo! Y con todo eso que no se vendía, pues, yo ya estaba cansado y llegó un comisionista que se llamaba Camilo para que vendiera mi casa o para que hiciera un cambio, y les dije a Soyla y a Guillermo que fueran a verla y era esta casa y les gustó y decían: "¡Huy, papá! Ahí cabemos todos: Doce piezas y tres pisos", y me vine también a verla, ja ja ja ja, y me gustó e hicimos el cambio a inicios de los dos mil, y eso porque ya no está mi mujer, porque ella no me hubiera dejado hacer el negocio; la hubiera arrendado y hubiera ganado más plata, pero, en ese tiempo nadie daba un peso por ahí. Y gracias a Dios estoy bien, aunque extraño la huerta, pero en la esquina del barrio tengo sembradas algunas cositas.

─Hábleme de la fundación de la Cooperativo Transtambo.

Yo fui uno de los veinticinco fundadores, quedamos cuatro vivos, y eso fue hace más de cincuenta años; recuerdo que el gerente dijo: "Esta empresa que vamos a fundar es para el futuro porque serán otros los que van a gozar". Y esa empresa estaba por el Ulloa[190]. Yo quedé como fiscal, pero a mí me faltó fue estudio, porque a mí me ofrecieron la gerencia, pero yo no quise aceptar y en el segundo año hubo votaciones y me eligieron a mí como presidente y, pobremente, me defendí, ave María, durante cuatro años consecutivos. Ahora, ¡qué lucha para comprar el lote del edifico de la cooperativa en La Esmeralda! Todo eso eran potreros. Nos vendían un lote en sesenta y otro en noventa millones, pero el de noventa nos lo fiaban, y yo les dije: El futuro de la empresa está pa'llá, pa'l pueblo, y no me quisieron hacer caso y se demoraron como un año en aprobarme el crédito y ya compramos el lote y luego construimos un edificio de tres pisos y me decían que hiciera una placa, pero a mí no me ha gustado la propaganda. Y a mí me tocó echar a un gerente porque hizo perder una mercancía y a mí no me temblaba la mano, después me tocó echar al secretario, y después fuimos a buscar gerente y fuimos a la gobernación y ahí estaba don Mario Polo García, y ese sí sabía de cooperativismo porque había estudiado en Israel, y empezamos a acordar el sueldo de él, empezamos en seiscientos, pero él decía que sí iba sólo si le pagábamos mil pesos, y así fue, y eso era plata, y lo nombramos de gerente, y en esos tres años él me ayudó, me enseñó y me encarrilaba, porque con él tuvimos que ir a Bogotá, y yo abrí la ruta de bus cerrado pa' Bolívar: En ese tiempo no había transporte de buses en la ciudad sino que todos eran entre municipios, la ruta a El Tambo era obligada porque de allá eran los socios, y eso era complicado llevarlos. Yo trabajaba en eso y allí me pensioné y mi mujer trabajaba en el negocio del barrio Bolívar y luego, como le conté, ya entró mi hija a trabajar conmigo y ella también se pensionó. Luego abrimos la ruta a Almaguer, La Vega y La Sierra con bus cerrado, y lo último que hice fue abrir la ruta a Florencia, Cauca, y a San Pablo, Nariño. Lo demás ya lo hicieron los otros. El gerente de ahora es uno al que yo le vendí la buseta y yo trabajé hasta hace más de treinta años, después pasé a Taxbelalcázar y ahí tuve primero el taxi, después compré la buseta y daba plata porque no había tanta competencia, pero ahora hay mucho carro. Después, como ya hicieron la terminal, pues, las empresas se pasaron pa'llá.

***

[190] Se refiere al colegio Francisco Antonio de Ulloa, que hoy queda en la calle séptima entre la carrera tercera y la carrera cuarta.

## 17. Carmen Torres

─Se sabe que somos territorios transitados por las muchas formas que tiene la ignorancia, pero pocas veces lo comprobamos en la claridad de una noche estrellada, mientras nos chocamos con el cotidiano. Hace unas semanas fui a Silvia por vez primera y hace unos días regresé por la segunda y ojalá pueda ir una tercera. Como a otros lugares a Silvia me llevaron los chismes. ¡Ah, los chismes! Nunca me ha gustado la totalidad de ese oficio y creo que eso es malo para alguien que estudia antropología, pero, para mi buena y mala suerte, he de tener algo que llama a la confesión de asuntos propios y ajenos; o quizá, aunque no lo parezca, soy más de oír que de contar y voy contra natura. Y fui a Silvia porque, preguntando y preguntando sobre la palabra "Pitingo", don Hermes Rodríguez, un antiguo Pitingo y de quien ya hice una historia de vida, me dijo que la familia Torres, antiguos habitantes del barrio Bolívar, fueron los primeros en ser conocidos como Pitingos, y que luego, por extensión, así se les empezó a decir a todos sus vecinos, y a eso sumó que los Torres llegaron a Popayán desde Silvia: Ahora sé que esto último no es así y pasó al revés: Algunos de los Torres llegaron a Silvia desde Popayán. Gracias a que mi mamá tiene muchos conocidos pude contactar a Hilda y a Rodrigo, una pareja de esposos muy amable que me confirmó que en Silvia viven varias personas apellidadas Torres, en especial dos mujeres de gran edad, a quienes también les dicen Pitingas. Con su ayuda pude hablar por teléfono con una de ellas, con Carmen Torres, también apodada La Gata. Hablamos de todo un poco. Intenté decirle quién era yo y qué quería; ella también hizo lo propio y a su manera. Al final acordamos varias citas. Sabiendo eso, con la curiosidad en el alma, viajé apenas pude.

En el bus empecé a cavilar. El que iba sentado atrás del volante quería probarnos que él era un potencial desperdiciado fingiendo su oficio y que lo suyo estaba en la fórmula uno: Me hubiera venido en bicicleta ─me digo a mí mismo sin ingenuidad─. Los buses de ahora tienen hasta Internet, pero, ya no se pueden abrir las ventanas, muy para mi mala suerte, pues, junto a mí estaba uno de esos luchadores antimperialistas que las bendiciones de los tiempos modernos van acabando y que hoy espero se halle perdido en su lucha contra los desodorantes. Las numerosas curvas no distrajeron mi malestar: Lo entretuvieron. Ah, pero nada de eso se compara con el horror de la música que nos obligaron a oír, y eso que, gracias a los avances tecnológicos en esa materia, el *Autotune* y compañía hacen milagros, pero si no se tiene talento para ser músico no hay que contrariar ese sino y mucho menos hacerse famoso. Mareado, irritado y abrumado durante minutos que me parecieron horas, llegamos a Silvia y en una parte de su entrada vi un letrero que decía: "La Suiza de América" y me pregunté: ¿Acaso en Suiza habrá uno que diga "La Silvia de Europa"?; ese es el sesgo contradictorio de las comparaciones. Llegamos al parque principal. Me bajé de último y una vez vi el paisaje todas mis molestias se desvanecieron: Las peculiares montañas, la tranquilidad general de las personas, el aire frío en medio de una mañana brillante y cálida, además, Doña Carmen vive en barrio El Porvenir y Las Delicias: Fueron esas coincidencias plenas de calma en sí que lograron devolverme la mía. Mientras camino voy recordando las veces que oí y leí algo de Silvia: La Silvia adjudicada a un hijo de Sebastián de Belalcázar, la otrora llamada Guambía, la emparentada con *silva*¸ la que estaba en Las Tapias y

fue destruida por los paeces, la que se halló en Buchitolo. Quiero creer que estoy pasando por todas ellas. Llamé a doña Carmen y le dije que la estaba buscando y que me parecía estar cerca y, mientras hablamos, ella me hace señas desde la puerta de su casa. Desde adentro pude ver que casi toda su casa hecha de bahareque es un jardín: Perdí la cuenta de las materas después de las sesenta. Nos acomodamos en la sala y tomando café y comiendo pan, empezamos lo que vinimos a hacer: Hablar. Roto el hielo y entrados en el calor de la conversación, le explico el protocolo y le pido su permiso para grabarla e incomodarla un poco.

***

Mi papá sí es de Popayán y del barrio Bolívar: Se llamaba Benjamín Torres. Él era de una familia de… ¿cuántos hermanos serían? A ver: Belarmino, Florentina, Edelmira, Abraham, Rubén… Jesús y Odulia, pero a Belarmino y Florentina no los conocí por pleitos que ellos tenían, y todos ellos de Popayán y nacidos en el barrio Bolívar. Yo no conocí a mis abuelos, pero mi papá, que llegó acá como a los dieciocho años, decía que se llamaban Mercedes Escobar y mi abuelo era José Torres: Ellos murieron acá y están enterrados en el cementerio. Y a ellos los sacaron de Popayán porque vendían aguardiente chiquito y, por lo que me decían, como que era toda una cuadra, toda una familia la que fabricaba aguardiente chiquito: Eso ponen un mico, un tarro, pues, y lo ponen en la hornilla, y encima del tarro ponen una olla, y después de la olla ponen una paila de cobre, y en la paila de cobre ponen un tubito de carrizo, entonces, comienza sudar y la pailita va estilando el aguardiente, y le echan como media arroba de anís encima del guarapo ese[191]. Yo nunca vi cómo lo preparaban, pero aquí en Silvia, sí: Una prima mía lo prepara, pero a uno ya no le gusta: Aunque a eso se le echa lulo o manzana y se lo toma bien caliente. Eso nos cuenta mi papá: Que los de la tenencia entraban a las casas para ver eso del aguardiente y como ellos no se dejaban quitar el aguardiente, pues, los sacaron y por eso mismo les pusieron Los Pitingos: Que esos Pitingos muy guapos, que no se dejaban quitar el aguardiente, que peliaban y todo eso, pero yo no sé quién les puso ese nombre. Dicen que era de la familia de Camilo Torres, porque en Popayán hay muchos Torres[192], y dicen que en Popayán

[191] Ahora que, con las certidumbres e incertidumbres del caso, ya he expuesto todas las menciones que Los Pitingos hacen del aguardiente chiquito, su fabricación y comercio, puedo inferir, a partir de lo que he oído, que, en esencia, pese a sus olvidos y sus contradicciones, el proceso de destilación en el barrio Bolívar consistió en: El calentamiento, usualmente en un recipiente de cobre, de una mezcla de panela fermentada, aprovechando los diferentes puntos de ebullición que tienen los elementos que la conforman, para luego evaporarlos y condensarlos a través de un serpentín sumergido en agua para enfriar la destilación. Como anoté en otra parte, puede que, con muy poca frecuencia, en una destilación descuidada, confundieran metanol con etanol, siendo metanol lo que primero sale del serpentín y que puede ser altamente tóxico al punto de poder causar la muerte a quien lo beba. Creo que el gran olvido de todos ellos sobre esta práctica recae, sobre todo, en la mezcla, en el mosto: Para ello la panela se fermentaba en un período de tiempo, que no pude determinar con certeza, y con algo, quizás alguna levadura, que ya nadie recuerda. Tampoco pude saber si en el proceso calculaban la temperatura de la mezcla de forma empírica o si contaban con algún instrumento para ello, sobre todo en años más recientes. Tampoco pude saber si el anís era agregado en el mosto o en la boquilla por la cual pasan los gases al serpentín. Por las circunstancias de todos ellos creo que estos vacíos son comprensibles, pero no deja de parecerme curiosa esa tradición que, según su etimología en el DLE, fue traída de otras tierras y, por lo que veo, sembrada en esta, dando frutos tan peculiares.

[192] Por lo que he leído en algunos libros y documentos específicos del Centro de Investigaciones Históricas José María Arboleda Llorente, dudo razonablemente del parentesco entre ambos Torres, pero alguien más versado en

hay una cantina que se llama *Los Pitingos*[193]. Y ellos se vinieron para acá y se organizaron todos, recuerdo a mi tía Edelmira y a todos ellos que eran muy blancos, pero de todo da la mata: Aquí hay unos muy blancos y otros muy negros en la familia, porque, por parte de mi mamá, el papá era morocho, era negro, y mi mamá era de Inzá, y mi papá la encontró aquí, porque ella era sirvientica, de trece años, en una casa, era criada de ellos; y mi mamá y la mamá de ella se vinieron de Inzá por la Guerra de los Mil Días, y decía ella que a su papá lo quemaron vivo en esa guerra y dizque era un negrito hermoso, pero de ojos azules, y así han salido algunos bisnietos; y ellas dos se vinieron a pie desde Inzá y también tenían a mi tía de brazos y llegaron a pedir posada, y mi tía creció, se casó, se fue a vivir a Santander de Quilichao y por allá se murió. Mi abuela se llamaba Mariacruz Quijano y era de Silvia y era partera, pero mi abuelo se la llevó pa' Inzá y por eso mi mamá nació allá; mi abuelo se llamaba Melitón Andrade, el negrito que le digo, de pronto lo mataron por negro, como antes eran tan racistas, él era de Inzá, y mi mamá se llamaba Ana Joaquina Andrade Quijano y las hijas de ellos fueron: Juana, Blancanieves, Marta, Herminia y mi mamá; y sus hijos, o sea, mis tíos, fueron: Jorge, Nabor, y creo que esos eran todos. Pero sólo Herminia y Ana Joaquina son hijas de Melitón. Nosotras nos criamos en la casa materna, era grande y de paja, yo me acuerdo. ¡Ay!, sí, como las de esa foto, ¡qué bonitas estas casitas de paja!, se parecen a esas de aquí abajo; ¡ah!, el Puente del Humilladero, lástima que no lo cuidan: Le cuento que a una sobrina y a mi nieto los robaron en ese puente─ me dice, si no es evidente, mientras ve algunas de las fotos que he conseguido─.

Bueno, de mis hermanos le puedo decir más o menos quiénes son: Jesús Torres: Él se fue muy joven a trabajar a Cali y a Palmira, pero estudió y se quedó en Florida, Valle, allá era jefe de personal en el ingenio y allá murió; María Torres: Murió de treinta y cinco y murió por una fiebre horrible que le dio y duró sólo cuatro días, pero ella fue muy trabajadora, buena ama de casa y buena hermana: Me enseñó a ser mujer; Leonardo Torres: Era gallero a morir y tomaba mucho y a él le dio cirrosis y se le puso el estómago hinchado: Dicen que es por tomar tanto trago y, como les da tanta sed, pues, toman mucha agua y eso les desbarata el hígado…

─Yo creo que eso fue más por el alcohol, ¿no?

…Ah, no sé, mijo, pero también está José Torres: Murió en el hospital de Popayán, era comerciante y también le dio cirrosis; y Sady Torres, al que también le decíamos Chalingo: Era constructor y murió de la emoción de tanto tomar ─me dice mientras se carcajea─: Había un festival equino y le dio un infarto; Bárbara Torres: Murió de coma diabético y derrame y con demencia senil; Mariela Torres: Ella me dijo que de pronto viene más rato; Beder Torres: Trabaja como constructor en el Municipio y saca arena del río y toma bastante: Se gana un millón de pesos y se bebe dos con los hijos; Nely Torres: Vive acá abajo: Llegó aquí con sus hijitos de Belalcázar, donde vivían, porque al marido se lo mató la guerrilla, los chusmeros;

---

genealogías debería dictaminar si es cierto o falso, teniendo en cuenta algunas cosas expuestas en el cuarto capítulo de esta investigación.

[193] Como ya anoté en el primer capítulo: El negocio se llama *El Pitingo* y queda sobre la carrera sexta y cerca de la calle décima norte.

Jaime Torres: Es un militar veterano de la Guerra de Corea y sus hijos son profesionales; Mary Torres: Vive en Chimal, cerca de la laguna, y, aunque es separada, crio a sus hijos verracamente.; y yo, Carmen Torres: A mí me dicen La Gata porque mis papás me pusieron así, será por los ojos azules, y así me quedé, así eran los viejos: Le ponían apodo a todo. También hubo otros dos hermanos: Mi mamá tuvo primero una niña, la mayorcita, y le puso Marleni, pero ella no le pudo dar seno porque casi no tenía, no ve que mi mamá estaba muy muchachita, como el sinvergüenza de mi papá se la sacó de donde estaba trabajando, y la bebé creo que se murió de hambre y duró sólo dos días; el otro se llamaba Simón y nació con labio leporino y varios bisnietos han salido así, pero a ellos sí los operaron, y Simón duró como diez días y creo que también murió de hambre, porque la comida se le salía por la nariz. Y tuve otros dos hermanos sólo por parte de mi papá: Hermes Guerrero: A él lo crio mi mamá cuando me tenía de brazos, porque la mujer que lo tuvo de rabia se lo regaló a mi mamá, y él todavía vive y trabaja como constructor: Tiene un hijo que es enanito: De pronto porque se casó con una prima; el otro se llamaba Carlos Guerrero y lo mataron en Cali. A veces los hijos sólo tenían el apellido de la mamá, otras veces del papá y otras veces ambos: Eso dependía de si era hijo natural o no. Los hijos de mi mamá nacíamos cada dos años y a mí dicen que mis hermanas y yo somos igualitas. La familia está regada, creo que también hay unos Pitingos en Canadá, y para Cali se fueron muchos más Torres, familiares míos, muchos Pitingos: Y todavía les dicen así, porque ellos se fueron a invadir una manga grandísima y ese barrio se llama El Diamante[194], yo no sé bien dónde es porque no he ido, pero allá usted no puede peliar con nadie porque allá todos son Pitingos, pues, es una sola familia, son como ochenta personas; hoy están en entierro porque se ha muerto una prima de nosotros y ellos vienen aquí, a Silvia, en los puentes y montan caballo, echan pólvora y ya nadie pelea, sólo somos escandalosos, porque hablamos muy duro. A mis familiares de Cali también les dicen Los Pepes, pero más no sé y no somos muy unidos, porque como uno tiene sus penas acá, pues, ellos casi nunca se acuerdan de uno, sólo cuando vienen a tomar trago y a zalameriar y pasan diciéndole a uno: "¡Qui' huuubooo, Pitiiiingaaa!", porque andan borrachos: Todos ellos son sobrinos de mi papá. Claro que la familia sí es muy grande, como muchos de ellos se han ajuntado entre primos, y eso era muy común antes, y todos ellos se aparecen cuando hay entierros y todo eso.

Y la familia de mi papá se vino asustada y unos pegaron pa' un lado y otros pa' otro, y allá en Popayán quedó una abuelita, una hermana de la mamá de mi papá, a la que conocí cuando yo tenía como diez, once años, ella se llamaba… Carmen o Carmelita: Era jodida y blanca, blanca y de trenzas largas: Me hacía levantar a las tres de la mañana a hacer trenzas para hacer alpargates de cabuya. El pelo de ella parecía cabuya, por el color, y no era tan vieja cuando la conocí: Un hermano mío, Chalingo, pues, desde los quince años tenía esa cabeza blanca, parecía albino. Yo no voy a Popayán porque yo me mareo: Allá tengo a mis nietos que son policías, pero con los Torres de Popayán ni los distingo ya, como casi nunca fui donde ellos ni ellos vinieron donde uno. Aunque sí recuerdo a una prima de Popayán, que vivía por El Ortigal, pero no me sé el

[194] Por lo que vi en *Google Earth* podría tratarse de un barrio en la comuna trece de Cali.

nombre de ella, y decían que ella se metió con mi hermano Jaime, el de la Guerra de Corea, y que tuvo unos mellizos con él, pero ella consiguió marido y nunca más supimos de ella.

Bueno y acá ya mi papá se puso a cortar adobe en ladrillos y la familia se regó así, unos haciendo una cosa y otros otra. Mi papá me contaba que Belarmino, un hermano de él, tenía un buey, y, como se pegaba unas jumas, ese buey duraba con él encima como ocho días; es que a esos Pitingos sí les gusta mucho el trago, ¡a mí sí me gusta mucho el trago! Nosotros nos emborrachábamos con mi papá, pero acá ellos ya no hacían aguardiente chiquito, y, como llegaron de posada en un principio. Esta casa sí es mía, la hicimos con mi marido y con él tuve tres hijos y otro aparte: James Torres, John Pablo Quijano, Cielo Alexandra Quijano y Andrea Rocío Quijano. Y se murió mi marido y me quedé con la casa, y me mataron a mi hijo y ya las mozas vinieron a quererme sacar de aquí, y eran bastantes porque él decía que: "El que come de todo no se muere de hambre" ─y suelta una carcajada─.

Uno ha sufrido: Yo me agarré a vivir con el que tuve los hijos y me dejó, me pegaba y me sacaba pa' la calle de noche y me jalaba con lo que encontrara y si él cogía una peinilla, pues, yo también y no me dejaba, y tenía que salir con mis hijos corriendo por allá a pedir posada, hasta que por fin me aburrí de él y me fui a vivir aparte, ya después comenzó a traerme otra vez y eso me volvía con mis chiquitos y uno pobre, porque no tenía ni en qué acostarme, y mal, mal, mal; él era carnicero y tomaba mucho y también era mozero y muy vago y muy jugador de gallos. Y vivimos voltiando de arrendo en arrendo, hasta que por fin conseguimos esta casita con un préstamo. Él era un tipo que no compraba ni una cobija, y como yo he sido negociante vendiendo y revendiendo cualquier cosita, y cuando recién me dejó me llamaron de la Casa de Turismo para trabajar en la cocina, pero fui a aprender, porque no sabía cocinar: Dios bendiga a María Eugenia, la encargada de ese sitio, porque me ayudó mucho, pues, allí conocí gente, sobre todo del Valle, y les dije que yo tenía una casa grande, esta casa, pues, donde podían dormir, aunque yo ni tenía camas, pero poco a poco venían amigas que traían colchonetas y cobijas y las dejaban aquí y así también hice amistades y me hice a mis cositas, y así le compré esta salita a una vecina, pero pidiendo rebaja, claro; y ya mi marido se agarró a vivir con la prima mía, luego con la sobrina y por aquí cerquita y a ellas también les pegaba. Ahora las cosas han mejorado: Esta casa se llena de gente en vacaciones: "Que mi tía, que mi abuela, que doña Gatica, que no sé qué, que yo duermo en el suelo, que bajemos los colchones, que desarmemos las camas, que queremos cocinar para que usted no cocine", así me dicen todos los que vienen, y cuando se van me dejan buena remesa y me pagan: Para los últimos carnavales me hice setecientos mil pesos. Lo bueno es que aquí pago poco de servicios: De agua pago dos mil pesos mensuales, pero estoy alcanzada dos años, ja ja ja ja.

Y por acá esa guerrilla extorsionaba mucho, pero ya no joden como antes desde que mataron a ese Cano y a ese Joaquín, pero ellos acá volaron la Caja Agraria y la Policía: Ese día mi hermano Chalingo venía de jugar fútbol y vio que un policía estaba leyendo la prensa y Chalingo también vio a la guerrilla y les dio aviso, pero los policías no hicieron caso y les aventaron una granada y la cabeza de un policía fue a dar a un árbol y las tripas de otro en un poste de luz y otro muy

herido quedó en un soberao. A un muchacho que era informante lo cogieron por una ventana y le sacaron la lengua. Al hijo de misia Margarita le arrancaron las uñas, le cortaron la lengua, le sacaron los ojos, le arrancaron los oídos, y lo partieron con un hacha, lo llenaron de bóxer y lo prendieron en fuego y esos malnacidos lo grabaron en un video: Él manejaba un carrito y se lo llevaron engañado. Como le cuento: Ellos aquí hicieron lo que les dio la gana: Paseaban de día y esas muchachas se estiraban a asoliarse; esa gente fue muy mala, muy mala, ¡ah!, pero oían un helicóptero y salían a esconderse como ratas. Un amigo profesor de Mosoco dice que ya no hay tantos como antes, que les está tocando comer mierda y están sufriendo bastante, y entre ellos se matan también cuando se tuercen en algún negocio: Como a una muchacha que extorsionaba y no daba la plata completa. Ellos le pedían plata a mi hijo, como él hacía licitaciones de ganado a los cabildos y esas cosas, entonces, como le empezó a ir bien, pues, usted sabe que la envidia se hace ver y comenzaron a sacarle platica, especialmente una mujer, y que ganado pa' comer, y que cajas de whisky pa' diciembre, y que platica suelta, diga usted un millón o quinientos mil pesitos, y eso hacían con varios, hasta que a mi hijo le pidieron cuarenta millones, y él dijo: "Yo no tengo pa' darles esa plata', entonces, le dijeron: 'Nos das veinte', y él les dijo: 'No tengo esa plata', y ellos le dijeron: 'Entonces, te matamos', y él les dijo: 'Pues, mátenme: Prefiero dejar a mis hijos con un seguro y no darles la plata a ustedes"; entonces, cuando fue en la moto por un ganado que tenía en una manguita por aquí cerca, unos pedacitos de gente le pegaron cuatro tiros por la espalda a las doce del día. Eso nunca se los voy a perdonar, al padre se lo he dicho varias veces… Si yo hubiera sabido le salgo adelante a esa gente y me hago matar. A mí me han dicho que meta papeles para eso de víctimas, pero qué tal yo comerme un plato de arroz a costillas de mis hijos… él les dejó el seguro a los hijos: Uno que vive en Popayán y una niña que vive aquí. Por ahí apareció otra hija de él con una guambiana: Usted la ve y no parece guambiana porque es blanca y de ojos claros; y así ha pasado con varias de ellas: Ven a hombres como mi hijo, los buscan, los prueban y les queda gustando ─me dice mientras se carcajea─. A mi otro hijo, James Torres, lo crio su abuela, él era policía y lo mataron en Medellín el mismo día que jugó Camerún contra Colombia: Eso fue cuando Pablo Escobar mandaba a matar policías; la mujer de él me hizo firmar un papel, ya después supe que era para que eso de la pensión le quedara sólo a ella, pero ella crio a los hijos muy bien criados, nunca me dijo: "Vea, Gata, mis hijos se están muriendo de hambre: Regáleme", y ella se fue pa' Popayán y me decía: "Allá la Policía tiene que darme trabajo", y fue y se sentó en el comando de la Policía con los niños y le dieron trabajo en la cocina, y luego estudió un curso de enfermería y trabajó y se pensionó, porque acá no la iban a ayudar, y los hijos también están en la Policía; así no me haya ayudado por lo menos sacó a mis niños adelante y ellos vienen a verme y me quieren mucho y lo poquito y nada que a veces me traen son bendiciones. Vea todo eso. Aunque a mí me toca verraco: No me lo está preguntando, pero, lo que usted me regaló lo voy a usar para pagar las flores de llevarle a mi hijo al cementerio y las que aún debo… ─deja de hablar y llora─… Ahora sí les van a dar plata y beneficios a los guerrilleros, pero a uno que le pueden dar si ya le quitaron lo más importante de la vida.

Ahora, Silvia ha logrado mejorar en ese aspecto porque la gente de los cabildos se reunió y, como son tan unidos, ellos dijieron que incluían a Silvia en ese pacto y sacaron a la guerrilla y

evitaron que se siguieran robando las cosas y haciendo sus males; claro que también incrementaron a los soldados: Qué guapos esos soldados porque se trasnochaban dándose bala de monte a monte. Eso uno ya puede salir de noche y sin miedo, no ve que uno oía una petaca y eso era corra a esconderse; si uno sabía estar desayunando y comenzaba el traqueteo y se entraban: Una vez la guerrilla se subió a la capilla de Belén y aventaron una pipa, y como la pipa iba en el aire, los policías estaban en la garita que estaba recién hecha, y un policía llegó y le disparó y reventó en el aire a la pipa esa y salvó mucha gente, aunque a ese policía le pegaron un tiro en una pierna. Y en la época del narcotráfico esos indios hicieron su buena plata cultivando amapola: Eso la tenían amontonada, la ordeñaban y la vendían, y para eso también venía gente del Valle y de Antioquia a enseñarles cómo rayar esas pepas de la amapola, ahora como que ya no, pero algunos dicen que tiene sembrado eso arriba, en el páramo. Entre los torcidos también está ese del senado, ese Birry, se robó como doscientos millones… como que era ese Birry o como que era ese Piñacué el que dijo que él se castigaba metiéndose a la laguna por tres horas, y como la laguna es tan fría, y el que estaba en el senado y se robó 200 millones dijo que lo castigara el cabildo con juetazos, o sea, que no los meten a la cárcel sino que los castigan con juetazos y siguen disfrutando lo que se robaron[195]. Por eso también creo que eso de la paz es mentiras, si hace poco secuestraron a una periodista[196] o periodistas y el presidente ya está hablando por los periodistas para que la liberen, pero no habla por un señor que hace cinco meses está secuestrado y la señora de él le pide que hable por su marido, pero como la señora es pobre, pues, no habla por ella. Pero uno ya puede salir, aunque uno vive con esa rabia hacia ellos, y uno ya puede hablar de ellos sin temor de que lo maten, de pronto hasta con más miedo estarán ellos; ahora los policías pueden salir de noche y uno también. Aunque ahorita, me faltan mis hijos, pero el resto es bien: Tengo a mi hija, vivo sola, pero vivo tranquila, no me amargo la vida porque los últimos años que me faltan por vivir voy a esperar lo que Dios quiera y resignarme a lo que Él me tenga designado. Pero tengo mis buenas amistades, aunque hay unos que por un lado dan la mano y con los dedos de los pies le hacen pistola. Ahí se vive la vida, suavecito, mientras nos llega la pelona…

Ayer me estaba acordando del tren: Recuerdo que iba a Cali desde Piendamó y en ese tiempo el tiquete valía cuatro pesos con sesenta y cinco centavos, y eso se viajaba sabroso y comía

[195] Por lo que pude oír y después leer, me parece que doña Carmen tiene una confusión que tal vez pueda aclarar un poco para el lector: El señor Piñacué, un político indígena paéz, por no cumplir con su pueblo una votación pactada hace años para unas elecciones presidenciales, se enfrentó a las reacciones de su gente, tanto así que renunció a su curul en el senado y se puso a disposición de la justicia de su pueblo, como puede leerse en el siguiente enlace: https://www.semana.com/opinion/articulo/el-gesto-de-piacue/36739-3. En cambio, y resumiendo mucho, el señor Francisco Rojas Birry es un embera de notable carrera política en sus inicios y corrupta en los últimos años, siendo condenado a prisión y a la extinción de dominio por crímenes asociados a DMG, al carrusel de la contratación y a las irregularidades en un contrato para unas ambulancias en Bogotá. Con muchos más detalles puede leerse lo que he consultado en los siguientes enlaces: http://lasillavacia.com/historia/rojas-birry-el-primero-en-caer-de-la-piramide-de-la-dmgpolitica-31548, https://www.semana.com/nacion/articulo/cinco-anos-de-carcel-para-rojas-birry-por-carrusel-de-contratos/400716-3, https://www.semana.com/nacion/articulo/nueva-imputacion-franciso-rojas-birry/377915-3 y http://www.eltiempo.com/justicia/delitos/a-extincion-del-dominio-pasaron-bienes-del-expersonero-francisco-rojas-birry-236644.

[196] Se refiere al secuestro de Salud Hernández.

chicharrón en Timba: Eso había como quince paraderos y se comía sabrosos en cada uno. La última vez que viajé en tren fue cuando mi hermano estaba en la base aérea y nos regalaba las cajas de tiros para desvararnos. Mi hermano estuvo dos años en esa Guerra de Corea, vino traumatizado, malito con los oídos y la rodilla, pero gracias a Dios vino. Él se fue siendo cabo y allá sí que le tocó duro: Por eso es que aquí nos da rabia porque aquí dicen: "¡Ay, que hay que hacerle honores a no sé quién y cómo a mi hermano no le han hecho ni un honor ni nada, sabiendo que él fue el único que fue a representar a Silvia y ni un recibimiento ni nada!"; hace ocho días vino porque se murió una hermana de viejita y le dio un derrame. Él acabó de trabajar en la base aérea y se jubiló, y todavía tiene el porte y el vozarrón militar.

Allá al barrio Bolívar no sé si iban los gitanos, por lo que le he dicho, mijo, pero aquí sí vinieron: Yo estaba muy pequeña y pusieron sus carpas por allá por Comfandi, cerca del parque, y eran unos hombres y mujeres hermosos: Mi hermana, la que se murió, tuvo un novio gitano como por tres años, pero eso era con respeto, no como ahora que les dicen siéntensen y ya se acuestan, pero ninguno se quedó aquí: Los sacaron, como la gente era tan recelosa. Ellos hablaban español y también su idioma. Ellos son bien errantes y también son muy cochinos: Vienen con esas tradiciones como la brujería y todo eso, y huelen como a caraña…

Buenas tardes ─dice una mujer vieja y con ectropión muy parecida a doña Carmen─: Yo soy Mariana Torres.

─Buenas tardes, le decimos. Y me doy a la tarea de resumirle todo lo que ya hemos hablado y también en lo que va mi investigación. Llegamos a este mismo punto, haciendo un recorrido en el que ella, más bien reservada y alegre, me cuenta en menor proporción más o menos lo mismo sin grandes cambios.

…Ah, sí: Las gitanas eran muy lindas, usaban unas faldas largotas y unas trenzas bonitas y eran adivinas: "Venga le leo la suerte", le decían a uno ─nos dice doña Mariana─, y voltiaban mucho, y casi no se peinaban.

Antes de que me olvide, mijo: Todos los hijos que tuvo mi mamá fueron con partera y yo también y la mamá de mi mamá era partera, había otras, como misia Margarita y misia María de Jesús, y todavía hay, pero poquitas, creo que una viejita… no recuerdo su nombre

Doña Griselda ─dice doña Mariana─: Ella anda cargando su manojo de hierbas para hacer aguas o para sobar a la embarazada y también inyecciones, y trabaja cuando la llaman, y cuando ella puede, pues, las atiende, y si no puede, pues, las manda al hospital. Creo que así era mi abuelita Mariacruz que murió de vieja: Ella vestía unas faldas largas y anchas y un encaje blanco y no le gustaban los zapatos: A donde fuera iba descalza. Y usaba esos pañolones finos y esas faldas bien prensadas y no las aplanchaban sino que les ponían prenses y ladrillos encima, entonces, así amanecían bien bonitas, como para ir a misa. Ah, pero ya a los jóvenes ni les gusta ir a misa.

Una vez ─dice doña Carmen─ mi hermana estaba lavando ropa en el río y como que se metió en una pelea, y le dijeron: “Ah, vos pareces Pitinga: No te dejás y sos toda escandalosa”, entonces, Pitingo quiere decir que alguien es muy escandaloso y no se deja joder de nadie. Hay mucho Pitingo aquí en Silvia. Hay un sobrino mío que es negrito y ese sí que es Pitingo: Qué verraco pa’ gustarle el pleito: Ese le ha pegado a la Policía, ese le ha pegado a todo el mundo y lo han metido a la cárcel, ¡no!, ese es un verraco, ese es muy guapo, ese se pone de ruana a la Policía y también es muy vergajo: Se aprovecha del sobrenombre para joder, ¡como es Pitingo no se deja joder de nadie!, pero también hay Pitingos buenos y Pitingos malos. En fin. Yo sí le agradezco que haga estas cosas, porque esto es historia, y que Dios lo bendiga y que le vaya muy bien.

Sí, mijo, que me le vaya muy bien con todo eso ─me dice doña Mariana─.

***

─Y me voy, no sin antes ver que tiene un patio trasero inmenso y con muchas más materas.

***

—Si bien he hablado con algunas viudas de los ferroviarios, encontrar a la gente que trabajó en el Ferrocarril ha sido más difícil. Oí que tenían un sindicato y encontré su sede, pero no me fue de tanta ayuda como pensé: la mujer que vive en el lugar no tiene direcciones y números telefónicos actualizados, además, según ella, los jubilados ya no suelen reunirse con la frecuencia de antes, siendo la última vez que los vio hace más de un año. El caso es que, durante varias semanas, después de preguntar por aquí y por allá y hablar con la gente vieja que veía en la calle, logré hallar información más esperanzadora: Pude saber que un señor jubilado por el Ferrocarril del Pacífico vive en Bello Horizonte y también conocerlo gracias a un vecino de mis abuelos. Subimos, él, mi tío y yo, hasta una de las casas cercanas a la galería de ese barrio. Entramos. Su apellido es Sarchi. En la senectud de sus ojos vi su locura viva y la contrariada calma que trae el olvido del alzhéimer. Mientras hablábamos con su familia, cayó un espléndido aguacero que bañó todo con su agua inconmensurable y con la luz y el sonido de sus rayos, por suerte aprendí de pequeño, cuando mi mamá trabajaba en una peluquería que era el puro barullo del trabajo y del chisme, a leer de forma aceptable los labios, y estaba yo lo suficientemente cerca de ellos para leer cómo esa enfermedad lo segó y lo enclaustró en los últimos años, y también para oír varias historias de su esposa: que su padre fue un cura y su mamá fue una barragana; cómo en una locomotora pequeña llevaban a los trabajadores y a los materiales para la reparación de las vías y también los almuerzos de muchos, como el que ella le mandaba al señor Sarchi; cómo en algunas partes de la vía férrea había almacenes en los que las familias ferroviarias mercaban y tenían facilidades de pago, además de varias actividades auspiciadas por el Ferrocarril; también me contaron que cerca de allí hay tres construcciones ferroviarias aún en pie, además, que una de ellas está habitada por una familia[197]. Antes de irnos me aconsejan que vaya a la entidad de salud que los atiende y que está muy cerca de la Licorera: "Allá de pronto le dan los nombres". Y, efectivamente, tuve esa suerte: Una doctora me dio varios nombres y teléfonos: Varios estaban fuera de uso, otros ferroviarios vivían muy lejos y habían trabajado en otras partes, o, como el señor Sarchi, ya estaban muy enfermos. Sólo dos nombres quedaron: El de Jesús Navia, quien me habló un poco ayudado por su mujer, pues, el alzhéimer lo ha comenzado a segar; y el de Delfín Camayo que, a juicio de la doctora, está bastante lúcido y tiene más de ochenta años, aunque, para mi mala suerte, ese número ya no está en uso.

***

[197] Las tres ya las he fotografiado y están en la *Compilación de imágenes* y son: Una bodega ahora usada como polideportivo, una zona al lado del motel de Bello Horizonte, en la cual se hallaba otra pequeña estación y/o campamento, y un campamento entre la variante y un asentamiento vecino de Bello Horizonte.

## 18. Jesús Navia y Aura Nelly Orozco

***

El nombre completo mío es Jesús María Navia Gonzáles. Nací en Julumito, aquí en Popayán, el 5 de agosto de 1929. Mi papá y mi mamá eran de allá de Julumito: Mi papá era albañil, se llamaba Genaro Navia, y mi mamá era ama de casa, se llamaba Rosario Navia. Tuve tres hermanas y sólo quedo vivo yo. Yo conozco a su papá, era un gran amigo. Y no recuerdo cuánto tiempo viví en Julumito, pero, me tocó irme a pagar el servicio militar, me presenté aquí y me mandaron para Cali, y allá estuve dieciséis meses, luego me fui a trabajar al Ferrocarril: Como tenía alguna idea de carpintería, pues, me presenté en el taller y allá me hicieron unos exámenes y dentré a trabajar en Chipichape por varios años y luego ya me vine, por la familia, pero no me enseñé, así que volví a irme para allá: No salía a hacer trabajos en las vías sino en el taller de carpintería: Se pintaban, hacían y arreglaban todas las cosas de madera.

─¿O sea que ustedes dos cómo se conocieron?

La historia de nosotros es reciente ─dice doña Aura─: Hará unos treinta años, porque él estaba casado con otra señora que murió hace unos cinco años, pero, vivimos juntos hace más de treinta años. Después de eso a él le faltaba un tiempo para pensionarse y logró vincularse nuevamente y fue a terminar en Armenia y allá pudo cumplir el ciclo para pensionarse.

─¿Y usted tiene o tuvo hijos, don Jesús?

…

¡¿Que si usted tuvo hijos?!

…No, no tuve.

Sí, tiene tres hijos: Jesús Eduardo Navia Lame: Él es magistrado.

No, si ese no es hijo mío.

¡Ay, sí! Eduardo es hijo suyo; el otro se llama José Uriel Navia Rivera: Es periodista en Bogotá y viene continuamente a verlo; y la hija mujer es María del Carmen: Ella trabajó en Cedelca y ya está pensionada. Y los dos no hemos tenido hijos.

─Entonces, ¿usted de dónde es?

Soy de Cajibío. Nací en 1939, el 28 de abril. Allá me casé, pero antes estuve estudiando en Silvia: Allá hice dos años de bachillerato, y luego ya me casé y tuve cuatro hijos con el esposo que murió hace tiempos, y por la educación de los hijos nos vinimos acá, a Popayán; mis hijos se llaman: Benjamín Aranda Flor: Ese se graduó de antropólogo; mi hija se llama Gloria Aidé Aranda Orozco: Ella tiene un taller de manualidades y dicta cursos en diferentes partes y ahora

está trabajando en Bogotá; Janio; y Sandra: Ella también trabaja en manualidades en el SENA… ─un vendedor de pandebonos con tremendo vozarrón nos interrumpe─. Sí, uno va saliendo de la tierra de uno por las oportunidades; hace cincuenta años estoy viviendo acá y hace mucho no voy a Cajibío, pero tengo ganas de ir porque mi hija dice que está cambiadísimo, como los de la guerrilla eso lo tumbaron, pero dicen que ya está muy bonito.

─¿Hace cuánto dejó de trabajar en Armenia, don Jesús?

Ya no me acuerdo.

Jmmm, pues, hace más de treinta años, porque cuando nos conocimos ya estaba pensionado. Alcanzó a disfrutar su pensión, aunque ahora está enfermito. Nosotros también vivimos en Julumito y, aunque hay buen transporte, pues, nos vinimos por cuestiones de salud: A mí me operaron del corazón en Bogotá, y a él le hicieron varias cirugías y le recomendaron reposo los médicos y una moto lo cogió cerca del palacio de justicia y le dañó el pie y se demoraron en operarlo porque tenía las plaquetas muy bajas. Ahora lo molesta mucho la artrosis la espalda, el hombro, tiene marcapasos, y tenemos esa casa arrendada, aunque ahora hay mucho vicio. Y nosotros nos conocimos en las juntas de acción comunal y en la política: Nosotros siempre estábamos en el directorio del partido conservador.

─¿Cuáles cree que fueron las razones para que se acabara el Ferrocarril?

Porque la gente empezó a tener carros y carros de carga y a pasar cerca de las estaciones: Eso empezó con el acabose del Ferrocarril, y llegó un tiempo en el que ya no había por donde dentrar el Ferrocarril y ahorita sí que es cierto… ─y me repite esto dos veces con su olvido de ritmo pausado─.

La cuestión política también tuvo mucho que ver: Porque muchos de los ferroviarios eran conservadores y luego hubo un cambio y entraron los liberales y empezó la pulla y se dividió eso y la política empezó a hacer cosas que no debía hacer.

─En la época en que demolieron La Estación estaba de alcalde Álvaro Caicedo, que era conservador: ¿Qué saben ustedes al respecto?

Él en realidad hizo muchas cosas, él ayudó a la comunidad, pero no gratis, como se dice, claro, pero él era ingeniero y construyó muchas casas y se las daba con facilidad a la gente: Se lo digo porque mi hermana le alcanzó a comprar una casa cerca de la plaza de toros, en una urbanización que él hizo por allá, pero lo malo para terminar su mandato fue la demolición del Ferrocarril, y desafortunadamente no hubo nadie que lo atajara, y decían que había que darle otro viraje a la ciudad y demolió esa casa, pero terminó mal. La gente no deja de decir cosas y a nosotros no dolió mucho que tumbaran La Estación, pero al final no supimos cuál era la intención de él porque eso estuvo vacío muchos años. Y creo que después el señor no volvió a trabajar más en eso de la política. Y, para esos lotes de ahí, él ─y señala con su boca a su esposo─ solicitó a una

entidad, no recuerdo cuál, que le vendieran uno, como para hacer una casa, y le dijeron que no: Y mire la cantidad de casas que ahora hay por ahí, lo mismo La Casona. Los ferroviarios tenían muchísima fuerza y si no les gustaba algo llamaban a paro y lograban hacer cosas. La política, sabiéndola llevar, es buena, pero hay veces que no, entonces, ahí entraron los liberales, y como vieron que muchos de ellos, de los ferroviarios, venían recomendados por conservadores, pues, les daban el trabajo a los de su partido así no supieran hacer las cosas. Por ahí decían que el tren lo iban a volver a organizar, pero yo no creo, aunque sería muy bueno.

Todo el mundo se quejaba, pero nadie reviró en forma, pero más no sé ─dice don Jesús─.

Como que la orden venía desde Bogotá ─añade doña Aura─.

Eso nos tocará sólo si usan los huesos nuestros para hacerle cualquier remiendo al tren ─dice entre risas don Jesús─.

La mayoría están muertos y ya están muy viejitos, muy malitos ─me comenta doña Aura─: Tenga el número de Delfín, de Delfín Camayo, que ahora vive por la variante norte: Él está más lúcido.

***

## 19. Delfín Camayo Salazar

─Nota: El señor Camayo es un ferroviario muy amable y particular: Goza de una buena memoria y una imaginación muy activa y es el único que me ha hablado de muchas fechas y sucesos históricos que no son del todo acertados o errados: Por ello intentaré aclarar lo que más pueda, pero de forma somera.

***

Mi nombre de pila es Delfín Camayo Salazar. Soy oriundo de la ciudad de Palmira. Nací un sábado 16 de diciembre a las diez de la mañana de 1933. Hace cuarenta y cinco años vivo aquí, en Popayán, ya estoy jubilado, trabajé catorce años en Santiago de Cali, propiamente en los talleres de Chipichape, pues, soy mecánico industrial, y luego trabajé otros catorce años en Bogotá y creo que allá me jubilé en 1976. Yo quiero hacerle un recuento histórico de los que fueron los ferrocarriles y cómo comenzaron los ferrocarriles acá en Colombia: Siendo presidente de Colombia Tomás Cipriano de Mosquera, en su cuarto período, porque él fue presidente cinco veces, creo que unas fueron por toma militar y otra por elección popular, y creo que los períodos eran de dos años, él hizo el Ferrocarril en el istmo de Panamá, cuando aún pertenecía a Colombia, hasta 1902, entonces, ese Ferrocarril fue construido por los colombianos[198]; luego ya se interesaron en eso y vieron que el Ferrocarril era importante y necesario para el desarrollo del país, y siguieron en la mira de construir los ferrocarriles, entonces contrataron a un ingeniero… ¿cómo es que se llama?...

─¿No sería a Francisco Javier Cisneros?

Creo que era Pedro Justo Berrío[199] y Cisneros los que se interesaron mucho con el gobierno colombiano, creo que ya era el de José Vicente Concha en 1910 a 1912, entonces, le expusieron el proyecto de los ferrocarriles y se lo pusieron a la orden, y empezaron a construir en Buenaventura, y allá llegó el Ferrocarril en 1918, casi en 1919[200], de ahí ya vieron que llegó el Ferrocarril a Santiago de Cali, entonces se interesaron por ir ampliando la línea férrea, entonces, empezaron a construir la línea férrea de Santiago de Cali a Popayán, y el Ferrocarril llegó a Popayán en junio de 1926, siendo presidente de Colombia el general Pedro Nel Ospina y era ministro de obras públicas el señor Laureano Gómez, y gerente de Ferrocarriles Nacionales el

---

[198] Toda esa afirmación no es del todo errada, pero sí es históricamente inexacta; recomiendo el documento del siguiente enlace para aclarar el panorama: http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-102/ferrocarriles-colombianos-en-el-siglo-xix.

[199] Si se trata del mismo señor mencionado en el artículo de este enlace: http://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/Pedro_Justo_Berr%C3%ADo_Rojas, don Delfín estaría un poco errado, pues, él sí se interesó en los ferrocarriles, pero, murió en el siglo XIX, como Cisneros, además, como se leerá después, el señor José Vicente Concha fue presidente entre los años 1914-1918. Ambas cosas pueden leerse en los siguientes enlaces: http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-102/centenario-de-un-pionero-del-desarrollo-el-ingeniero y https://es.wikipedia.org/wiki/José_Vicente_Concha.

[200] Esto es, en gran parte, falso, pero comprensible, pues, como fue usual, hubo muchas rescisiones de los contratos durante esos años iniciales; recomiendo leer las páginas 42 y 43 de *La mula de hierro* de Gustavo Arias de Greiff, en ellas puede leerse, entre otras cosas, que las paralelas llegaron a Cali en 1915.

general Vásquez Cobo[201], y el primer maquinista que llegó a Popayán se llamaba Abel Ramos y fue una fiesta celebradísima e hicieron la misa en la catedral… ─se le corta la voz y empieza a llorar─ y la gente emocionada porque llegaba el Ferrocarril; entonces, ¿quién conducía la máquina cuando llegó a Popayán?, pues, el general y presidente Pedro Nel Ospina, y llegaron a una estación bellísima... lastimosamente, los payaneses, no supieron aprovechar esa obra, porque en los últimos los mismos payaneses ayudaron a destruir el Ferrocarril, entre ellos, los concejales, los diputados y el alcalde que, en ese entonces, era el ingeniero Álvaro Caicedo, y fue él quien comenzó a demoler La Estación y no se opusieron los de rancio abolengo payanés, como queriendo acabar con el Ferrocarril, entre ellos el doctor Aurelio Iragorri Hormaza: Como en esa época empezó el auge de los camiones y traían toda la mercancía y se lo dejaban en la puerta de los negocios, por eso eran enemigos acérrimos del tren; el pueblo, la clase popular fue la que se opuso para que no acabaran los ferrocarriles y a muchos el alcalde les mandó la Policía y el ejército para dispersarlos: El último viaje de Popayán a Santiago de Cali fue en junio de 1975 y ahí comenzó a morir el Ferrocarril. Salían dos trenes de ambas partes en la mañana y se encontraban a mitad del camino y otros, o los mismos, no recuerdo, salían en la tarde y llegaban en la noche: Cada viaje de ida o de vuelta duraba unas cinco horas; también había autoferro. El Ferrocarril era una empresa grandiosa y si se hiciera en estos momentos una empresa como esa habría mucho trabajo, sería una fuente de desarrollo y de progreso para la región, porque hoy en día están los combustibles muy caros, el tonelaje es muy caro, es deficiente; además, hicieron carreteras paralelas a los ferrocarriles para contrarrestarle movimiento a los mismos, luego, los mismos gerentes de los ferrocarriles, hicieron que se acabaran los ferrocarriles, porque no hicieron nada y dejaron que se metiera la politiquería, no gente política sino politiqueros, y ese es el atraso del país aún hoy día, la tal corrupción que se ve en casi todo lado, desde los grandes, los poderosos, hasta en los pequeños, los del pueblo. Y hubo varios ferrocarriles: En Antioquia, en Magdalena, el de Bogotá a La Dorada, y el de los Santanderes que creo que iba a la Guajira, el de El Espinal a Neiva, el de Timba a Santander de Quilichao, el de Palmira a Pradera, y lo iban a seguir de aquí a Pasto. Y en esa época, señor Camacho, le cuento que no había volquetas, ni retroexcavadoras, ni buldóceres: Hicieron a pico y pala los ferrocarriles y los trabajos eran muy bien hechos, tanto que muchos de ellos aún se conservan, como el puente de Comfacauca, el de La Rejoya, el de El Cofre, otro por Piendamó y todo eso está en una abandono total, y todo lo de los ferrocarriles, como la línea férrea, se lo robaron y muchos de los rieles se los llevaron en tractomulas a la siderúrgica del pacífico, porque creo que el principal accionista era Alfredo Vega Córdoba y él fue gerente regional y luego nacional de los ferrocarriles. Cómo será que Chipichape era un taller inmenso de maquinarias alemanas y todo eso estaba muy bien hecho, pero no se supo a dónde fue a parar todo eso: Yo, hace más de quince años, mandé un oficio para que investigaran qué había pasado con eso, pero no me contestaron nada; desafortunadamente, las cosas buenas la acaban.

[201] Este dato no pude verificarlo, aunque, en ese año, el señor Vásquez aún estaba vivo, según este enlace: https://es.wikipedia.org/wiki/Alfredo_V%C3%A1squez_Cobo

El Ferrocarril venía cargado en la Semana Santa: Veinte vagones o más cargados de gente en cada viaje: Venían muchos turistas a Popayán. ¿Qué tal en este momento un transporte masivo como ese? El café de la Federación lo transportaban en los trenes y la Federación tenía sus bodegas junto a La Estación[202]. Y unas locomotoras funcionaban con leña y agua, otras con carbón y agua y hubo muchas locomotoras que las despedazaron, que las desvalijaron nuevecitas, allá, en Chipichape; y en el taller de Chipichape hacíamos todo, menos los chasís: desde un tornillo, una tuerca, una chaveta o lo que fuera. Y esas locomotoras eran norteamericanas, belgas, alemanas y después las fueron cambiando.

Café, ganado, gente, mercancía: Lo único que no hacían las locomotoras era dejarlo en la puerta de la casa: Por eso es que Popayán vive como vive, Popayán hubiera sido la capital de la república, amigo Camacho, porque Popayán le ha dado más de la mitad de la historia al país, de donde ha salido gente muy importante, entre ellos varios presidentes. A Popayán, con todos los problemas sociales que ya tiene, le han cortado tajantemente el progreso, el desarrollo. ¿Sabe a Popayán qué le sirvió?: El terremoto del 83, porque se vino una cantidad de gente que no era de aquí y que no supieron qué fue el terremoto y los de aquí, que sí sufrieron, no consiguieron ni un grano de arena: Todo fue para la gente de afuera[203]; gente como la de El Tambo dejaron sus fincas abandonadas para venirse acá, y allá sólo se da coca, marihuana y todos los vicios que pueden haber; además, Popayán no tiene industrias, por eso la falta de empleo y que muchos se dediquen al rebusque, hay una pobreza absoluta. Y la gente de Popayán tiene la culpa porque es muy conforme, muy conforme y a Popayán la dominan muy fácil, hay gente muy leguleya y prometen una cantidad de cosas que no pueden cumplir, claro, mientras cautivan los votos. Popayán vive de la cuestión histórica, eso está bien, lo comparto: La historia es el eje de una ciudad o de una región, pero si usted quiere hacer algo en el sector histórico debe hacer un mundo de papeleo y hay muchas trabas: Ese también es el atraso de Popayán; la única industria que tiene es la Licorera, para embrutecer la gente, y como que es del gobierno y como que está quebrada. Así con los servicios públicos y la privatización de ellos y las triquiñuelas. Popayán es una buena ciudad, es hermosa, pero vea todos esos problemas y los payaneses no han sabido aprovecharla. Y aquí han venido empresas y han querido venir empresas, pero se van porque los servicios públicos son malos.

El gobierno se prestó para acabar con los ferrocarriles: A Virgilio Barco se le metió en la cabeza o le llenaron la cabeza de ideas, porque era un testarudo, una marioneta, fue él quien liquidó la empresa y mal liquidada. Yo pertenecí al sindicato de ferroviarios y fui fiscal del sindicato nacional, y cuando se estaban muriendo los ferrocarriles yo le dije al presidente del sindicato de la división pacífico, que era el señor José Edgar Pabón Quijano, en una reunión que tuvimos, le dije: Edgar: Vamos a Bogotá, reunámonos con todos los ferroviarios de las otras divisiones y

[202] Esas bodegas son hoy la sede de Olímpica, que hasta hace unos años fue Comfacauca, muy cerca del barrio Bolívar.

[203] Me parece que si bien estas aseveraciones de don Delfín no son desacertadas, hace falta un análisis más cuidadoso y que ayude a contrastar el proceso de urbanización de Popayán antes y después del Terremoto de 1983.

hablamos con el ministro de obras públicas y con el doctor Barco, que era el presidente de la junta directiva de los ferrocarriles y del ministerio de transporte; vamos y le solicitamos y que nos dé los ferrocarriles en comodato a nosotros, a los jubilados. Él me dijo: "¿Vos estás loco? ¿Con qué vamos a pagar la empresa?", y yo le dije: Nosotros la pagamos, tenemos lo más importante: El material humano: Todos sabíamos qué era lo que hacíamos. Pero no quisieron.

─¿Y otros países influyeron en eso?

No, eso fue interno y los intereses que había de por medio: Muchos politiqueros, muchos altos funcionarios de los ferrocarriles y otra gente empezaron a comprar las primeras tractomulas: Recuerdo que en Santiago de Cali había un médico en los ferrocarriles que se llamaba Carlos Calero y él compró quince tractomulas.

A ver, en cuanto a mi vida: Mi'amá era palmirana y maestra, y mi papá era de aquí de Popayán: Por eso soy Camayo. Somos diez hermanos y nacimos tres en Palmira, pero quedamos cuatro, y a mí me trajeron aquí de cinco años a estudiar, y estudié en Villamarista, donde hoy son los juzgados y esa universidad, ahí hice mi primaria con los Hermanos Maristas, luego, a los diecisiete años me fui de Popayán a trabajar a los ferrocarriles. El bachillerato lo hice en Santiago de Cali, ya trabajando, en la Normal de Varones, en la noche, y me gradué en el año 59 como maestro, y no volví a estudiar porque me gusta leer mucho y, no es que me jacte, pero se la pasaban moviéndome de una lado para otro porque era buen trabajador: Con tres ingenieros, uno era francés y los otros polacos, hicimos un trazo de la línea férrea de La Dorada a Santa Marta, por esas selvas de Carare, El Opón y Lebrija, cerca del río Magdalena, y había unos muy buenos puentes en esa zona y para todos los ferrocarriles; había uno, creo que sobre el río Cauca y construido por lo ferrocarriles, específicamente por Justo Barrero, y que se habría y se cerraba sobre el río Cauca para pasar de Aguablanca a Palmira, para permitir el paso de las locomotoras o de los barcos, y una vez el operario se quedó dormido y un tren de carga se fue al río; creo que no murió nadie de milagro, pero lo echaron. Todas esas construcciones se perdieron y sólo queda la breve historia… y eso. En otros países, como Canadá, Estados Unidos, Bélgica y otros países de Europa, hay ferrocarriles muy buenos: Y se lo digo porque yo tuve la oportunidad de ir a varios países de Europa en el 2012, con los padres redentoristas de Buga, gracias a un concurso y eso fue una sorpresa porque se demoró varios años en salir el premio. Y en otras partes del mundo hay trenes muy buenos, por lo que he leído. Otro gran error, creo yo, es que usaban los ferrocarriles como prenda en créditos internacionales, créditos que eran para los mismos ferrocarriles, pero nunca le invirtieron ni cinco centavos, eran para otras cosas.

Esa pintura de Yambitará[204] me la hizo uno de Julumito, no recuerdo el nombre del muchacho, pero ahora está en Bogotá, ahí está pintada la historia del Ferrocarril en el barrio Bolívar.

Bueno. Sigo. Mis papás se conocieron por la Guerra de los Mil Días: Mis abuelos maternos eran antioqueños: Mi abuelo era de Bello y mi abuela era de Yarumal, entonces, ellos eran de origen

[204] Se refiere al campamento de Yambitará.

español, de esos españoles que colonizaron esa zona y que venían de Jamaica y Centroamérica y esas islas, y por esa guerra recogieron mucha gente, muchos soldados, y se los llevaron a Palonegro, y allá el abuelo paterno también llegó con un hermano de él, y allá mataron al hermano, aunque lo auxilió mi abuelo materno, que se llamaba Juan Nepomuceno Salazar, y mi otro abuelo se llamaba Delfín Camayo Mera, entonces, se conocieron allí y se hicieron amigos y le propuso, mi abuelo materno al otro, que se fueran para el Valle de Cauca a conseguir una finquita y trabajar en ella, y eso hicieron, y allá se conocieron mi mamá y mi papá el 5 de agosto de 1928. Nosotros vivimos en la vereda de Torres, aunque mi papá, que se llamaba Hernando Camayo Campo, nació en La Granada, donde hoy es Lomas de Granada, y mi mamá se llamaba Guillermina Salazar de Camayo.

¿Usted sabe quién fundó Popayán? Pues, Sebastián de Belalcázar, pero a él le dicen así, aunque su apellido era Moyano, no Belalcázar: Él tomó el nombre de una provincia del norte de España[205], y Belalcázar era un presidiario y como castigo lo habían mandado a cuidar cerdos y aguantaba hambre, entonces, él comía billota, de la comida de los cerdos, entonces, él se vino para acá, porque los que eran perseguidos por la justicia lo primero que hacían era sacarlos de España, pero, le cuento que los ciento veinte marineros que vinieron con Colón eran presidiarios[206] y era usual que los mandaran para América por orden de Isabel la Católica, y venían tuberculosos, con tifo y llenos de pulgas, y los trajeron, y ella le recomendó que, cuando encontrara tierra, los dejara allí y se hiciera el loco, y como vieron a las indias desnudas, se embelesaron, pues, y luego quemó La Pinta y La Niña, mientras estaban distraídos, y se fue en La Santa María con algunos indiecitos de regreso a España y los otros hasta España no podían irse nadando[207]. Por eso nosotros aquí en América tenemos todos los vicios: Por culpa de esos zánganos, y los que vinieron a fundar las ciudades eran zánganos: Él único personaje intelectual eran dos: Rodrigo de Bastidas que fundó a Santa Marta en 1525 y Gonzalo Jiménez de Quesada, que fundó Bogotá, el resto se mataban de envidia por fundar y descubrir.

Y mi abuela paterna se llamaba Dolores Campo Quijano y mi abuela materna se llamaba Carmen Bernarda Castro. Mis abuelos paternos tuvieron dos hijos: Mi papá y una tía que murió. Mis abuelos maternos tuvieron doce hijos y varios de ellos también tuvieron doce hijos cada uno: A una prima el gobierno de Alfonso López la premió porque tuvo diecinueve hijos. En cambio yo soy soltero, libre y sin compromisos.

Cuando estudié con los Maristas conocí a un tío suyo: Benjamín; él era buen estudiante: Vivía en Julumito y venía a estudiar acá, y eso era de siete a once y de una a cinco y al mediodía se regresaban empujando una rueda con un palo, como jugando. A su papá y a Israel los conocí, pero después. Benjamín tenía letra muy bonita, como todos los que estudiamos allá, era letra

[205] Basta ver un mapa de España para saber que eso es falso.
[206] Esto y varias afirmaciones más de ese párrafo son, por lo que ahora sé, errores muy propagados: En la parte de las *Conclusiones y consideraciones* de todo este trabajo haré una disertación sobre ese período de la Historia.
[207] Lo que yo recuerdo de mis clases de Ciencias Sociales es que La Santa María encalló y con sus maderas hicieron un fuerte, y las otras sí sobrevivieron un poco más.

palmer. Yo iba a estudiar para ser Franciscano, pero exigían mucho: Si el papá tenía una choza, debía dar la mitad de la choza a ellos, eso era muy difícil. A Benjamín le iba bien en idiomas, en filosofía: Él salió del seminario y se destapó a beber y buscar novias, se volvió un diablo completo ─me dice entre risas─.

En el 84 me metí a la Antonio Nariño y me gradué como comunicador social. Hace poco vendí esa finca de la vereda de Torres y me compré esta casa porque me aburrí: Un cabildo indígena me quería invadir y eso que eran vecinos; además, me estaban robando las cositas: El ganado, las piñas, los plátanos y se los robaban viches, luego me robaron dos veces: Cincuenta millones y luego quine millones; acá vivo con mis sobrinos.

Y cuando me fui a trabajar, como era menor de edad, me fui con permiso de mi mamá, de mi mamá y del Ministerio de Trabajo, porque no tenía cédula ni libreta militar ni nada, y llegué a Cali, a los ferrocarriles, recomendado por un señor, y me dieron trabajo de una: Era muy fácil conseguir trabajo, y allá fui ayudante de mecánico, y luego estudié en el SENA.

Yo manejé la iglesia de la vereda de Torres treinta años y jui presidente de la junta de acción comunal durante treinta y cinco años, y uno de sus fundadores, y yo antes trabajaba en Santiago de Cali con los Cuerpos de Paz, con los comités cívicos, con la Cruz Roja como voluntario y como bombero, y, entonces, acá hice más o menos lo mismo; y acá, una vez, en la vereda de Torres, un sacerdote estaba haciendo un bautizo y le estaba poniendo John Narváez a un bebé y el padre le dijo a la mamá: “Oiga, señora, ¿y usted por qué le pone John a ese niño?, ¿usted sabe qué quiere decir John?’. ‘No’, dijo la mamá, ‘dijeron que le pusiera John’. ‘Es para que vean: Le ponen unos nombres que ni los mismos papás saben qué significan; el nombre de él es Juan. Y busquen unos padrinos que sí ayuden, que sean de la misma familia, que sí se preocupen por el niño’. Luego dijo: ‘A ver, ¿quién vive aquí que sí sepa su historia, de dónde viene y para dónde va?’, y se paró uno de esos que maman gallo: ‘Aquí el único que sabe es don Delfín, pregúntele a él’. ‘¿Verdad? Venga para acá”, y desde el altar le dije toda mi historia, como más o menos se la he contado. Y le cuento, amigo Camacho, que yo me acuerdo de cómo se vestían mis compañeros de primaria y cómo se llaman, aunque algunos ya se han muerto: Yo me fui todos esos años de Popayán y cuando regresé era prácticamente desconocido y yo me sentaba en el parque de Caldas, y compraba El Espectador y El Siglo y me agarraba a leer ahí, y yo veía a mis compañeros de estudio que pasaban ahí y ni me voltiaban a mirar y a veces los llamaba para ver si se acordaban de mí y no. Y yo no me olvido de nada, yo mantengo todo preciso. Y yo vine a esta ciudad otra vez después de que mi papá murió de cáncer en 1973, y a los tres años de haber muerto mi papá me pensioné, y también yo vine a acompañar a mi mamá. Mi mamá murió en el 98 de noventa y nueve años y ocho meses y era lúcida.

Y no: Yo no estaba para la época de la demolición, creo que fue después de que yo me jubilé, creo que fue en el 85 al 90: Yo estaba en Santiago de Cali, y fue la única que tumbaron en el país[208].

─Para acabar le muestro varias de las fotografías que he traído, y que están en la *Compilación de imágenes* de este trabajo, y también vemos el último libro fotográfico que el señor Ledezma ha publicado y me dice: "Ese libro lo sacó este año. Ah, sí, yo le compré otro, pero me falta ese, aunque la mayoría de esas fotos están colgadas en las paredes de la sala. De estas palmas queda sólo una. La gente le tenía miedo al tren y se metían debajo de los puentes, debajo de las alcantarillas. A Ledezma lo conocí en el Ferrocarril y era maletero. En el barrio Bolívar habían zacatines, ¿y qué hacían los del barrio Bolívar con la tenencia, que eran los que vigilaban eso del trago?: Cogían y conseguían unos periódicos y ponían a los muchachos con esos periódicos en la sexta y en el Puente del Humilladero y cuando veían a los de la tenencia empezaban a decir: '¡Tiempo, Liberal y Siglo!, ¡La Patria!': Los nombres de los periódicos eran la seña. Lo que sí no hay es fotos de la galería del Centro: Tenía columnas de pilares de madera, madera traída de Julumito. Yo alcancé a ver eso de la Flota Magdalena y las demás empresas por ahí, cerca del Puente del Humilladero, por la sexta, luego, como construyeron el terminal, se pasaron allá, eso como que fue en los 70 porque cuando el terremoto del 83 ese terminal estaba nuevecito: Pero si dura dos segundos más el terremoto, eso se cae porque el Cuerpo de Bomberos se la cayó un piso de la torre y esos Bloques de Pubenza se vinieron y, en uno de esos bloques, el segundo piso quedó de primero. Eso eran barriales y las casas eran de paja y sobresalientes y eran de bahareque y la mayoría de la gente andaba descalza y con los dedos levantados por las niguas: Por eso les dicen los Patojos. Popayán tenía muchos nacimientos de agua, muchos ojos de agua y muchos aljibes".

Ah, los gitanos: Ellos tendían unas toldas y le leían la suerte, le decían a uno que se iba ganar la lotería o que se iba a morir, ja ja ja ja; también hacían fundiciones en cobre, como esa paila ─y me señala una pequeña paila que está atrás de él─: Esa la conseguí en La Esmeralda, mi mamá tenía tres pailas de esas, pero grandotas, para hacer dulces, como manjarblanco y majarillo, pero se las llevaron en los robos que le dije, y esas ollitas las saqué de una guaca en la finca y las mandé a pintar; ese radio tiene setenta años; ese televisor tiene cincuenta años; esa máquina de escribir es una *Royal*; ese cuadro tiene ciento catorce años y era de mi abuela y se lo entregaron el 5 de julio de 1902, cuando estaba por terminar la Guerra de los Mil Días: Una vez para una exposición en la vereda de Torres, querían que se las prestara, pero les dije que no: Luego me la embolatan; esa lámpara *Coleman* era para cuando se iba la luz.

En Julumito también sacaban bejuco verao y, desde Julumito, muchos se venían a la escuela con un sombrerito, pues, y con un morralito para echar los cuadernos, y la pizarra y descalzos y los esperábamos a que salieran y les decíamos: "Caña, bejuco, paja: Material de Julumito", y se enojaban y echaban carrera, ja ja ja ja.

[208] Esos no fueron los años ni fue la única que tumbaron: Recomiendo, otra vez, leer la *Compilación de imágenes*.

A mí me gustaría agregar la importancia de la religión católica en la cultura de la gente: Hasta los años 50 aquí la gente era muy culta y no tanto por la universidad sino por el trabajo de las parroquias, cosa que ya no se ve porque no interesa a los jóvenes, incluso hace años desterraron a los dominicos que enseñaban a tener una moral, y Popayán ha sido, sobre todo la alta sociedad, de un poco de morrongos: Tenían un bailadero donde bailaban desnudos en Calicanto, yendo pa' los Dos Brazos, entre ellos el maestro Guillermo Valencia: Una vez estaban baile y baile y, el maestro Valencia y uno que se llamaba Benjamín Iragorri, se salvaron porque se fueron como a las tres, cuatro de la mañana, y a las cuatro y media de la mañana se deslizó esa montaña y cayó donde estaban bailando: Murieron los demás, pero no ellos.

—¿Y usted cómo se enteró de eso?

Porque mi abuela me contó eso[209].

Y, para acabar, Popayán llega el momento en que desaparece: Porque con el último terremoto lleva casi nueve terremotos[210] y acá eso tiembla que parece una hamaca, pero no nos damos cuenta. Si el terremoto del 83 hubiera sido en la noche aún hoy no acabarían de enterrar los muertos.

***

Me voy pensando que ya no sólo los recuerdos y los olvidos forjan la memoria: ¡Ay!, el engaño, querido lector: El engaño, si se ve o si no, es fundamental.

[209] Mi abuela, que nació y vivió por esa parte, una vez me contó algo parecido sin los personajes notables: Que algunas mujeres de La Zona iban a bañarse desnudas a un chorro de agua y yo le dije: "Claro: Ni que fuera una piscina para que se bañaran con ropa", se rio aunque yo lo dije muy serio.

[210] Don Delfín no aclara el contexto temporal, pero, son muchísimos más: Recomiendo el capítulo de Diego Castrillón Arboleda dedicado a los terremotos de esta ciudad en el libro *Popayán 470 años de historia y patrimonio*.

## CUARTO CAPÍTULO: ALGUNAS DE LAS COSAS ESCRITAS SOBRE EL BARRIO BOLÍVAR.

Inicialmente, como no encontré aquello que desconocía y que quería conocer, creí, con ingenuidad, que casi no se había escrito sobre el barrio Bolívar. Menos mal esa ingenuidad murió de asombro al ver cómo las páginas aumentaban sin cesar y siguen haciéndolo, aunque podrían estar mejor recopiladas en un fondo de memorias e historias urbanas y no llenándose de polvo en los estantes de la bibliotecas o perdiéndose de ellos. La tarea en cuestión no es sencilla, pero sí es necesaria y se puede implementar con otros barrios existentes y con los que existirán. De las páginas aludidas escogí algunas y, basándome en ellas, a continuación presento el último capítulo de esta etnografía.

Este capítulo tiene tres partes: En la primera reseño algunos documentos escritos como fragmentos de periódicos, libros, trabajos de grado, ensayos, documentales, signaturas, etc.; la segunda parte, que ya he mencionado en otras páginas, es una *Compilación de imágenes* detallada, extensa y compuesta por grabados, fotografías y colajes; la tercera corresponde a las *Conclusiones y consideraciones*.

***

**Reseñas de los documentos escritos**

1. Astaiza M., J. (1987). *"El Sacatín"*. En *El Liberal*, p-2.

En ese escrito, publicado el sábado 14 de febrero de 1987, el autor cuenta que su mamá le había hablado durante años de ellas, de unas mujeres muy trabajadoras y, por consecuencia, también sacadoras de aguardiente chiquito. Dizque, donde ellas vivían, cuando venían los celadores de la Licorera, por el Humilladero, un primer espía quemaba cohetones o comenzaba a gritar ¡Tieemmpooo!, ¡tieemmpooo!: Si era uno, o ¡Tiempooo y Liberal!: Si eran dos; y así la noticia llegaba aún más allá de El Recuerdo. Misia María era una de esas mujeres con fama de sabiduría y astucia. La primera vez que los celadores fueron a su casa no logró esconder el aguardiente ni las demás cosas, pero, ayudada de su hija más bonita ─que distrajo y enamoró a los guardias mientras escondía la paila debajo del oval de su cintura─ logró, solícita y taimada, quebrar los envases en el patio y guardar los restos para que no tuvieran pruebas de lo que allí se producía. En otras ocasiones, los celadores sí encontraron los pedazos de vidrio, pero misia María guardaba los culos de las botellas y así no podían saber la cantidad producida y sacrificada. Pero, "tanto va el agua al cántaro que al final se rompe" y los sustos se acumularon con los años, como una enfermedad que se agrava con el tiempo. Y un día, una vecina envidiosa aventó a misia María con las autoridades; ese día llovía y quien debía dar aviso no pudo hacerlo porque se escampaba debajo de uno de los arcos del Puente del Humilladero o porque dormitaba por los tragos de la noche anterior. Sin mayores impedimentos llegaron los celadores durante plena destilación. A voces pidieron que les permitieran entrar, pues, había una denuncia de por medio. Atendió su esposo ya entrado en años, se llamaba Pedro, quien siempre había estado temeroso por la llegada de ese día y no le gustaban los negocios que hacía su mujer, y tanto se asustó que, según oyó el autor, don Pedro se orinó; empero, hizo caso a los consejos de su mujer y les dijo a los celadores: "¡esperen un momento porque se envolataron las llaves!". Les mamó gallo y, antes de que tumbaran la puerta, abrió. Saludaron a la usanza y fueron rápido a escarbar en el solar, luego voltearon las materas, se subieron al techo, examinaron la cocina al derecho y al revés, y al revés la dejaron, y, por último, registraron las piezas y buscaron debajo de las camas y en los armarios, hasta que al final sólo quedaba por revisar la pieza de la vieja María. En ese momento el viejo casi sufre un patatús, pero sacó valor de donde no tenía y con ira y amenazas se les opuso, pero insistieron tanto y fue tanto el pereque, que lo obligaron a dejarlos pasar. Cuando entraron lo que vieron fue desgarrador: La vieja María estaba tendida en su cama y se quejaba de una forma muy fehaciente. Sus hijas la atendían: Una le ponía vinagre en la cabeza y la otra le amarraba una pañoleta con mentolato; el ambiente estaba cargado de incienso y eucalipto. Los celadores se excusaron y retiraron sin atreverse a hacer nada más. Su esposo los llevó hasta la puerta y, cuando se fueron, miró a ambos lados de la calle. Sus vecinos lo vieron temblar por el miedo, aunque él decía que era por la ira. Cerró y fue a ver a su esposa que seguía en la cama: Cuando le retiró las cobijas se sorprendió al verla "completamente cubierta por canecas y medias de aguardiente hirviendo y la paila humeante sobre el vientre". Ella se lamentaba, ahora sí, de sus intentos por conservar la honra de su casa y de sus hijas casaderas. La madre del autor le

cuenta que, poco tiempo después del susto y las quemadas, la vieja María enfermó y murió al no poder burlársele a la muerte.

Finaliza su relato diciendo que un flaco espiritista del barrio[211] dice haberla llamado varias veces y que es muy probable que ella esté en el cielo, pues, "habiendo tanto patojo en el infierno ya era hora de que alguien hubiera dado razón de ella".

**2.** Fernández T., R. (1987). *Crónica con Trazos de Historia del barrio Bolívar*. En *El Liberal*, pp 8-9.

De dicho texto, publicado el 17 de febrero de 1987, también se anota que "fue el ganador del Concurso Cuento La Historia de Mi Barrio", realizado por la Junta Cívico Cultural de Popayán, con ayuda de otras organizaciones y "con motivo de las Fiestas de Pubenza de 1986-87 y el Trisesquicentenario de la fundación de la ciudad".

El autor anota que el nombre de dicho barrio es un homenaje a Simón Bolívar, quien pasó por su calle principal durante sus viajes a esta ciudad. Es por esa misma calle larga que entró la civilización y el progreso a esta ciudad: Primero con los campesinos y patojos que, a pie o a caballo, se disponían a comerciar sus productos y sus oficios como hicieron durante tantos años; luego se abrió una primera carretera hacia el norte y llegó el Ferrocarril[212] y con ello empezó a crecer todo: Se construyeron las bodegas, La Estación, los desembarcaderos, el patio de máquinas, la casa para los ferroviarios, el triángulo para la conversión de trenes y, por otra parte, pero también durante el siglo XX, el parque Mosquera y las zonas verdes.

Quienes vivieron en el barrio Bolívar durante esos tiempos recuerdan que tenía una seguidilla de casuchas pajizas, todas ellas con solares, donde se cultivaron plantas y árboles frutales y medicinales que, como a sus antepasados, satisficieron sus necesidades precarias; luego, en esos solares, se hicieron construcciones elementales y después muchas más a cada lado de la calle que comenzaba desde el Hospital reciente y terminaba en el estribo norte del Puente del Humilladero[213]: Por eso y por su vía larga y terrosa a ese lugar se le dio el nombre de El Callejón. Esas casas referidas eran de bahareque, piso de tierra y techo de paja o de teja, pero luego pasaron a ser, a través de las décadas del siglo XX, de ladrillo, de cemento y de zinc. Por esos años también llegaron el acueducto, el alcantarillado y la luz eléctrica que reemplazaron a las letrinas, a la bacinilla y a las velas. Y con la referida llegada del Ferrocarril y la posterior llegada de la terminal de transporte hubo desarrollo multilateral en los negocios de toda índole

[211] En el documento original no se menciona de forma explícita al barrio Bolívar, pero, por los detalles espaciales, se entiende implícitamente.

[212] No pude averiguar la veracidad de la conjunción de ambos hechos, es decir, que la apertura de dicha carretera coincidiera con la llegada de la empresa ferroviaria, aunque, parece algo verosímil si se tiene en cuenta que no necesariamente dicha carretera implicó el uso común y cotidiano de carros con motor de combustión interna, los cuales, supongo, eran un lujo en los primeros años.

[213] En el documento original de la crónica hay una foto del Puente del Humilladero: En dicha foto se anota que ese es un puente colonial, pero eso es falso. Para más información recomiendo la sección respectiva a dicho puente en la *Compilación de imágenes*.

como hoteles y cantinas, además, se generaron muchos empleos formales e informales: Maleteros, carretilleros, que sustituyeron a los terciadores, vendedores de periódicos y muchos más que entraron a crear y satisfacer las necesidades del sector.

Los habitantes de este barrio fueron muy dados a las festividades religiosas, patrias, políticas y de cualquier tipo: Hacían encierros de toros, los Santos Reyes, el tasajo para los niños pobres, corridas de gallo a las que también iban personas de otros barrios, desfile de disfraces con motivo del Taita Puro, carrozas y chirimías en los tiempos del carnaval, tiempos en los que se oía la pólvora, la música de cuerda y las chancacas y también la entrada de la Familia Castañeda[214], además, atajaban charcos durante el verano para bañarse y, muchas veces y por pudor, se bañaban con un pañuelo amarrado, y la muy conocida destilación de aguardiente chiquito.

Las gentes de este barrio eran talentosas e inventivas y por ello consiguieron su lugar como individuos y personificaron a cada una de sus familias. Familias como: Los Muñoz, los Figueroa, los Torres, los Galvis, los Chinco, los Fernández, los Sanclemente, los Lazano, los Santacruz, los Chantre, los Chávez, los Betancourt, los Concha, los Quintero, los Guevara, los Pastrana, los Domínguez, los Rodríguez, los Vidal, los Velasco, los Pinzón, los Rengifo, los Restrepo y muchas más que aquí no caben, y dieron fama a la culinaria criolla con sus empanadas, sus tamales, su champús, su aloja dulce, su pan, sus pandebonos y sus colaciones, todos estos últimos elaborados en horno de leña, además del frito de sus vecinos de Yanaconas. Hubo exorcistas, invocadores del diablo, cartomantes, tenderos, peleadores interbarriales, magos del trompo, de las canicas, del balón, proselitistas políticos y demás; como Arístides Lozano: Artesano de máscaras de personajes políticos y típicos de la ciudad; Antonio Quintero: Intérprete del curioso instrumento que es la chirimía; Germán Vidal, también conocido como Mieldeabeja, que hacía de pastor en los desfiles de las Fiestas de Santos Reyes; Gregorio Betancourt, también conocido como Patuleco, hombre servicial a sus vecinos y muy notorio en las actividades folclóricas; Nicolás Santacruz: Alegre tomador de licor, residente diurno de andén y crítico agudo; Marcos Torres, también conocido como El Sapo, dipsómano, enamorado y pendenciero y también pandillero y muy popular por su fuerza física; Jaime Agredo Santacruz: Diestro en la forja común, amén de inventor y metalmecánico; Julio Ramos, artista forjador, hábil herrero y dueño de La Herrería; Zócalo: Ejecutante del mate ─instrumento muy parecido a las maracas, pero lleno de maíz seco─ en la chirimía; Humberto Rodríguez, también conocido como Puerquito, alegre hincha de los equipos de fútbol, tomador de trago y con ciertas luces de repentista; Carramplón: Patojo, todero y furibundo futbolero; Laurentino Escobar, también conocido como Cucharita, quien se parecía a un loro y era temible, pero murió en su juventud; El bobo del barrio: Eloy N.N, también conocido como Ababá Troliche, quien era grande y fiero

[214] Doña Irma Torres Vidal de Galvis relata con brevedad, en su historia de vida, ese suceso que ya hace más parte del olvido, pues, no lo pude aclarar del todo: Parece que se trató de una determinada familia o una simulación de familia que era pobre o que también lo simulaba y entraba en esas festividades quizá para representar su condición con motivos aleccionadores o quizá sólo para ambientar y entretener. Uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, me ha anotado que: “esta comparsa se monta en fiestas patronales en la gran mayoría de los pueblos del Eje Cafetero, llega hasta Nariño”.

pero muy dócil, y muchos más con más apodos: Los Chorizos, los Guascalargas, las Vaquitas, los Contengués, los Buchones, los Diablos, los Chincos, los Calzones, los Caritas, y también Vergo, Chulla, Chiripa, Patacón: Todos ellos eran conocidos como Pitingos. Y Los Pitingos le imprimieron al barrio su personalidad lugareña y el fuerte apego a las tradiciones, y así, desde inicios del siglo XX, ya era uno de "los sectores que legó más historia menuda a Popayán". Historia menuda en la que caben los espantos: El Guando pasmador de jumas; La Mula de galopar chispeante sobre los empedrados; El Fraile del antiguo hospital; El Duende y Las Brujas; La Patasola frustradora de amoríos y La Lechuza mensajera de la muerte. Pero, estas cosas y más empezaron a ver su fin, pues, el autor anota que, para el año en que escribe la crónica en cuestión, ya quedaban muy pocos habitantes raizales en dicho lugar: Imagínese, lector, cuántos se han ido ahora. Parte del ánimo lo cuenta así el autor:

> El ambiente nuevo desanimó a los más pudientes que no pudieron atemperarse a esa manifestación bullosa de los tenderetes atendidos por muchachas casquivanas, ni a la llegada de gentes heterogéneas que constituyeron una población fija y flotante con vicios y malas costumbres. (Fernández, 1987, p.9)

Por ende, muchas familias completas se fueron a otros barrios de la ciudad para preservar las bases nucleares de su crianza y añorar el barrio en el que sus antepasados nacieron, vivieron y envejecieron "rodeados de afectos y de la consideración de sus semejantes".

Comenta que tampoco están los edificios ferroviarios a causa de un proyecto de edificaciones que estimó el Municipio para el progreso de esta ciudad, pero que se estancó por el terremoto de 1983[215]. Y que hay miseria palpable en un asentamiento de casuchas hechas[216] por personas de otras partes que aprovecharon la tragedia sin ser sus víctimas.

Luego, el autor menciona lo que en ese presente estaba pasando y lo que él cree que pasará, y con ello nos da la oportunidad de ver el futuro pasado que hogaño contrasta mucho:

> El Barrio Bolívar acosado también por el traslado de la Galería Central y con la plaga polucionista de su río tutelar, El Molino, y por la extensión de sus entornos hacia el norte, quedó relegado a un sector que entrelaza la pujanza habitacional entre el sector histórico de la ciudad y otros barrios que se extienden hacia el norte.
>
> (…)
>
> Muchos nos tememos que el Barrio Bolívar perderá su nombre por razones de la transformación de la ciudad. Allí aparecerá un conjunto multifamiliar, seguramente un centro de comercio que alimentará y servirá a densos grupos humanos que lo están

[215] En la *Compilación de imágenes*, en la sección respectiva a la empresa ferroviaria, mencione que investigar los años finales de dicha empresa en esta ciudad es algo que aún está pendiente, teniendo en cuenta eso: La afirmación del autor de la crónica en cuestión debe sopesarse sabiendo que, en 1983, ya habían pasado casi ocho años desde la demolición de La Estación.

[216] Este hecho también es referido con brevedad, en su historia de vida, por Ema Lilia Idrobo de Franco.

circundando, todavía más cuando la Plaza de mercado será trasladada hacia un sitio ya señalado en los Altos de Cauca. (Fernández, 1987, p.9)

***

1. Calvo M., y Sandoval C., A. (2017). *Popayán en 1926*. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=9mJLycQPCjs[217]

Es un video publicado el 5 de agosto de 2013 y, como se anota en el mismo, fue realizado por Máximo Calvo y las ilustraciones por César Augusto Sandoval. Ese documento salvaguarda preciados minutos en los cuales nuestra ciudad de antaño brilla hogaño, y, para mi particular curiosidad, en él hay segundos filmados que permiten ver a la lozana y concurrida Estación del Ferrocarril y al Puente del Humilladero transitado por carros. Ante lo usual que ahora es grabar o fotografiar la vida, tal vez, esto parezca poco importante, pero, poder ver unos cuantos segundos lo que ha tiempo fue no deja de parecerme sorprendente. Por pertinencia contextual, este documento lo desgloso y contrasto con más detenimiento en la *Compilación de imágenes* para tratar la empresa ferroviaria en esta ciudad.

2. GPG (Grupo de Investigaciones Sobre el Patrimonio Gastronómico del Departamento del Cauca). (2005). *Comer ternero en Mesa Larga: gastronomía urbana de Popayán*. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=Tqkt7DU9N5U&t=745s

Para esta producción participaron, de dicho grupo investigativo, las siguientes personas y sus respectivos cargos: guion y dirección: Carlos Humberto Illera Montoya; cámara: Leonardo Burbano; asistente de Cámara: Eduardo José Pérez; edición digital: Jesús Efrén Palechor Palechor y Gerardo Martínez Martínez; asistente de edición: Basem Abed Safa; fotografía: Basem Abed Safa y Samuel Leandro Sepúlveda; narración: Victoria Eugenia Moncayo Yepes y Carlos Humberto Illera Montoya; puesta en escena: José Reinaldo Salazar y Basem Abed Safa; actores: Luisa María Claros, Samuel Leandro Sepúlveda y Eduardo José Pérez.

Este documento es una muestra de la gran labor que el GPG ha logrado no sólo en estos formatos de investigación audiovisual. En el documento se narra el acontecer de un elemento culinario sin el cual no se podría pensar a cabalidad Popayán, sus plazas de mercado y su riqueza culinaria: El ternero, que se prepara en la galería del barrio Bolívar y también en otras, así como en varios hogares, y que goza de bondades y prejuicios inquiridas en esa investigación. Este trabajo, como otros que ha realizado el referido grupo de investigación, devela parte de las relaciones en dos campos que tanto necesitamos explorar: Lo urbano y lo rural. También es una muestra de cómo en los últimos años ha crecido el apoyo e interés por conocer la cocina colombiana y ─más allá

[217] Hace poco comprobé que el enlace está roto, pero, en la *Compilación de imágenes*, ya había hecho una descripción muy detallada del video; además, cuento con un respaldo del video mi computador, pero no lo subo a *YouTube* porque pueden reportar mi cuenta por derechos de autor o alguna otra razón. Quien quisiere una copia puede escribirme a este correo electrónico: ocamacho@unicauca.edu.co .

de lo que dictan las recetas─ están las vidas que en ella se cuecen: Este video deja entrever eso con gracia y belleza.

3. A la Carta (2012). *Los propietarios de nada*. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=BKM-RcAt6NU y https://www.youtube.com/watch?v=3JWtVQL4IVE

Los integrantes del grupo que hizo este documento no aparecen mencionados en los mismos, pero, se puede ver que son estudiantes del programa de comunicación social de la Universidad del Cauca. El documento en cuestión no se encuentra en un sólo video y está segmentado en dos partes en un canal de *YouTube*. Lo malo, para los interesados, es que más de la mitad de la segunda parte no tiene sonido e imágenes coherentes. Intenté contactar al creador del canal para pedirle una copia, pero fue en vano. Aun así es un documento que debo destacar, pues, considero que logra transmitir, coherentemente, una multiplicidad de enfoques que a veces sólo se nos quedan en la cabeza o en el aire. Abarca los recorridos de las chivas, partes de la vida de los conductores, sus pasajeros, o sea, los campesinos, compradores, revendedores, y hace lo mismo con los demás trabajadores de la plaza de mercado del barrio Bolívar, o sea, los carretilleros, los coteros, los funcionarios públicos, las cocineras, un peculiar vigilante y algunas de sus familias. Con ellos logra exponer los posibles inconvenientes de una reubicación de la plaza de mercado, los problemas sociales de este barrio que ya he descrito y que uno ve o ignora en plena calle, las dificultades emergentes entre la relación edad-trabajo y las vidas de los que a veces vienen de tierras más lejanas y se encuentran y se pierden en esta plaza: Todo eso tiene más fuerza cuando son sus propias voces las que hablan y las que callan.

***

1. Ruiz Ñ., M. (2015). *Dinámicas socio-culturales de la plaza de mercado del barrio Bolívar*. (Tesis del pregrado de antropología). Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Ese trabajo logra mostrar algo que no es tan evidente para algunos: La vida de la plaza de mercado no ocurre sólo en el terreno en el cual está, pues, las vidas de quienes la habitan están entrelazadas con otros lugares y personas; también expone cómo la plaza de mercado es un escenario privilegiado, pero desaprovechado, pues, aunque en ella emerja la fuerza del rebusque por la voluntad y necesidad de muchas almas, sin que importe mucho la legalidad o ilegalidad de sus asuntos, ese empuje y esa verraquera no implican que exista un sentido de pertenencia fuerte a ese lugar. Por ello el autor arguye que el panorama de la plaza de mercado no es el más alentador y el auge de los centros comerciales, los supermercados y las placitas campesinas han hecho que la plaza de mercado se aproxime a lo que parece ser su disolución al estar corriendo una carrera con demasiadas desventajas, pese a que estas sean puntos de encuentro entre el campo y la ciudad. En ese contexto uno de los problemas que el autor plantea es el de la sucesión: Mucha gente llega y está en la plaza, pese a todas las adversidades, con la esperanza de

que su vida y la de sus hijos sea mucho mejor y, con suerte, lo logran, pero, el problema empieza a aflorar cuando los trabajadores llegan a una edad avanzada y no hay un relevo para los mismos, pues, los que logran salir adelante no vuelven y aprenden bien porque las condiciones no animan al retorno sino a la huida. El problema no es que la gente progrese: El problema es que no haya continuidad para que ese progreso ocurra en la plaza de mercado. Para ello, y de forma general, el autor propone una relación más práctica, responsable y orgánica que ayude a forjar un sentido de pertenencia por este lugar entre la ciudadanía y los empleados públicos de turno y, claro, no sólo en épocas electorales.

**2.** Bravo C., F. (2000). *Propuesta de reorganización de la plaza de mercado del barrio Bolívar, en la ciudad de Popayán*. (Tesis del pregrado de administración pública). Escuela de Administradores Públicos (ESAP) en convenio con la Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Esa investigación se expone como una alternativa fundamentada en la ley 388 de 1997 o Ley del Plan de Ordenamiento Territorial. Dicha investigación arguye que, para un mejor manejo de la plaza de mercado, es viable la opción de la concesión a particulares. Esta alternativa se respalda en: Las desventajas que tiene la irregular economía de subsistencia de la mayoría de los vendedores y sus ubicaciones en la jerarquía social, sumado a su bajo grado de escolaridad, cosa que influye directamente en lo ya mencionado y en su relación con el espacio público. El autor amplía el contexto económico destacando que el dinero recaudado por los arriendos es importante, pero insuficiente, y esto se devela en las pobres condiciones de este lugar y en que los encargados directos e indirectos no cumplen con sus debidas funciones. Entonces, la alternativa que propone consiste en darles a quienes participen en la concesión una transferencia del 30% del recaudo mensual y que cumplan las condiciones legales que la misma concesión implica. Sumado a esto se proponen futuros convenios entre el Municipio y la administración de la plaza de mercado con las instituciones gubernamentales de salud, el SENA, la Red de Solidaridad, la CRC y demás entes para educar en capacitación comercial, educación ambiental, atención al público y convivencia ciudadana. Esto implicaría campañas constantes para atender la salud de los trabajadores con: Jornadas de vacunación, de aseo, de atención médica general y específica, servicios odontológicos y peluquería, entre otros. Creo que esas propuestas son amplias y no pierden vigencia, pero no desarrolla metodologías específicas para su cumplimiento, salvo, claro, la concesión. Hoy se sabe que la concesión dada a COPROMERCA por esas fechas no funcionó, pero, según me cuenta el autor, eso se debió a la corrupción de la gente que participó en ella.

**3.** Sarzosa F., Y., L. (2012). *Y el sueño se hizo realidad: el Ferrocarril del Pacífico en Popayán, una esperanza de unión y progreso material 1915-1930*. (Tesis del pregrado de historia). Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

La investigación se desarrolla en tres áreas temáticas: En la primera se contextualiza al lector sobre la empresa del Ferrocarril en general y luego en el contexto colombiano, sumado a ello

también se presentan los marcos legales que rigieron en esos tiempos y las modificaciones en los sistemas administrativos y económicos junto con sus aciertos y desaciertos: Un ejemplo de esto es parte de la implementación del sistema de concesiones. En la segunda área aborda, detalladamente, el enrevesado proceso de construcción del Ferrocarril en el enrevesado departamento del Cauca. En la tercera área expone y analiza los movimientos económicos y políticos que se hicieron para que el Ferrocarril llegara a Popayán, esto ceñido a los complicados contextos municipal, departamental, nacional y mundial, no en ese orden y no siempre simultáneamente. Al final comenta los últimos años previos a la inauguración de la empresa ferroviaria: Desde 1925 se empezó a determinar el lugar para construir la Estación del Ferrocarril con las características deseadas: Una edificación amplia, de más de 80 metros, de dos pisos, dos salas (una para la primera clase y otra para la segunda clase), un pasillo de 2 metros entre ambas, un andén de más de 60 metros con acceso a los ferrocarriles, oficinas, almacenes y despachos: Una estructura que bien podría albergar, aproximadamente, a doscientas personas. En cuanto al lugar para construir esa edificación, de la cual ya se tenían los planos, dos fueron las opciones más relevantes, pero, no sin problemas, se optó por el llano cercano al Hospital. Al estar enrielados los 36.120 metros desde Piendamó hasta Popayán, la espera terminó y la primera locomotora llegó a nuestra ciudad el 27 de junio de 1926: Sobre esta fecha inaugural hago varias disquisiciones en la *Compilación de imágenes*.

**4.** *Plan parcial del sector del barrio Bolívar*. (2006). En: Capitulo III. Componente urbano. Estrategias de crecimiento y reordenamiento de la ciudad. Recuperado de: http://crc.gov.co/files/ConocimientoAmbiental/POT/popayan/3%20COMPONENTE%20URBANO.pdf

En dicho documento se destaca al barrio Bolívar como un lugar que ha quedado inmerso y apretujado entre el Centro de la ciudad y su crecimiento hacia el norte. También se mencionan dos construcciones notables en el desarrollo urbanístico de este barrio: El edificio Negret y el centro comercial Estación. También se reconoce gran parte de los demás problemas que tiene dicho barrio, problemas ya dilatados en el tiempo, y se postula el plan parcial como método de solución; junto a esto hay que destacar que, en un contexto más amplio, el del POT, se proponen, entre otras cosas, la generación de subcentralidades[218], un crecimiento más ordenado hacia el norte y hacia las zonas interiores de la ciudad que aún están disponibles y sin invadir los cerros tutelares. Con este conjunto se proponen una serie de objetivos: Mejorar el ambiente y la sanidad de la plaza de mercado y de los espacios cercanos a la misma, así como la generación de nuevos espacios públicos. De forma más específica: Se propone brindar a la sociedad en general un espacio adecuado para la plaza de mercado y las condiciones necesarias para que el comercio sea dentro de ella y no afuera, que es lo que suele ocurrir; esto se concatenaría a una recuperación

[218] Con esa palabra se refiere a una descentralización del Centro a través de otras centralidades: Eso permitiría que la ciudadanía, entre otras cosas, se movilice mejor. Quizá me equivoque, pero, teniendo en cuenta la fecha del documento que estoy reseñando, sólo este año he sabido de la ejecución de una obra parecida, como puede leerse en este enlace: http://www.popayan.gov.co/ciudadanos/sala-de-prensa/noticias/Alcalde-de-Popay%C3%A1n-inaugur%C3%B3-Centro-de-Atenci%C3%B3n-y-Vivero-Empresarial-en-la-Comuna-2

del espacio público cercano a la plaza para que así pueda haber una mejor movilidad peatonal y vehicular; además, la recuperación del parque Mosquera, la generación de un nuevo espacio en su parqueadero y la unión de estos espacios públicos con el río Molino, harían una red paisajística más eficiente.

En cuanto a los servicios y usos comerciales: Se impondrá una nueva regulación bajo lo establecido para la zona comercial y de servicios número 6. Haciendo un paréntesis: Dicha zona comprende, geográficamente y en sentido norte-sur, más de 30 barrios ligados a la carrera sexta, desde Vega de Prieto, pasando e incluyendo barrios como Villa Mercedes, Alicante, Palacé y más alejados de la carrera sexta como Bosques de Pomona, Pomona y El Liceo, y, claro, el barrio Bolívar, además de incluir al barrio Vásquez Cobo y al barrio Caldas. Esta regulación tiene en cuenta que los usos y comercios de dicha zona, tanto para mayoristas y minoristas e incluyendo aquellos negocios relacionados con las actividades de la plaza de mercado, se han dado, sobre todo, de una forma espontánea y desorganizada; partiendo de eso, esta parte del documento destaca las tipologías de usos de tres corredores viales del barrio Bolívar: La carrera sexta hasta la calle quince norte, la carrera sexta A y la calle primera norte; luego intenta que la realidad *de facto* de esos lugares pueda acoplarse con la realidad *de iure* del proyecto y viceversa, proponiendo conservar el comercio minorista, tanto cotidiano como frecuente, así como el comercio industrial de vehículos y de máquinas y equipos, mediante una estructura vial holgada. Esto va ligado al plan parcial para tratar las actividades económicas, los conflictos y la transformación a futuro de la plaza de mercado de este barrio y lo relacionada a ella, y todo esto se articulará con lo que se tiene pensado para el resto de la ciudad. Cierro el paréntesis.

Al final de esa parte del documento ─y téngase muy presente lo siguiente─ se propone la reubicación de los mayoristas en su central respectiva comentada en el Plan Parcial de la Hacienda Chuni. Abro otro paréntesis para explicar esta última mención: La Hacienda Chuni es un área de más de 86 hectáreas al occidente de la ciudad, en la comuna nueve. Ese plan parcial se ejecutaría en una zona no consolidada dentro del perímetro urbano, de bajas pendientes y muy apta para la construcción de viviendas de interés social, la central de sacrificios, la planta de tratamiento de aguas residuales y la central de mayoristas, además, cuenta con zonas verdes, la Loma de Los Naranjos, la presencia del río Cauca, la quebrada Pubús, algunos humedales y afluentes menores: Todos estos elementos requerirían un plan de tratamiento especial. Así, este plan parcial generaría en la comuna nueve un desarrollo urbano adecuado que se concatenaría con el desarrollo estimado para el resto de la ciudad y el cual es imposibilitado por la degradación ambiental, las invasiones y demás formas de desarrollo desarticulado. Cierro el paréntesis.

Retomando el documento y lo concerniente al barrio Bolívar: Se proponen algunos tratamientos urbanísticos y, para ello, se identifican dos polígonos: Uno ─que debe tenerse muy presente─ para la plaza de mercado en el que se haría "una actuación integral de toda la estructura, que permita un adecuado funcionamiento y un mayor aprovechamiento del espacio" (2006, p. 396); el segundo retoma, sin muchas variaciones, lo expuesto sobre la zona del parque Mosquera, el

parqueadero de la plaza y el río Molino y sus zonas cercanas, además se anota que este polígono ayudaría a conectar, de forma peatonal y vehicular, los sectores que presentan fallas de movilidad con el norte de la ciudad y El Centro.

Luego se exponen los parámetros de manejo de la estructura de la plaza de mercado y ─también téngase muy en cuenta─ se destaca que:

> En la actualidad la estructura presenta un fuerte deterioro como consecuencia del tiempo de utilización y la falta de mantenimiento, lo que amerita la implementación de un programa de adecuación de las redes sanitarias así como de la estructura en general, que permita una transformación espacial para aprovechar al máximo la asignación de los puestos de los vendedores, recuperando el espacio público exterior que actualmente se encuentra invadido. (2006, p. 397).

Luego, se comentan los parámetros de manejo vial y del espacio público: Se mencionan las ampliaciones de varias calles, la continuación de la carrera sexta A entre la calle octava norte y la calle quince norte[219]; vuelve a proponerse la recuperación de las zonas aledañas al río Molino y se postula la Avenida de Los Estudiantes, como una vía de integración con las zonas universitarias. Vuelven a reiterarse las propuestas sobre las zonas verdes y el río Molino.

Luego, se justifica este proyecto en la necesidad de hacer algo a corto y a mediano plazo ─pero no a largo plazo─ para renovar la zona y afrontar los deterioros ambientales y espaciales causados por los desórdenes urbanos. Así, se concreta más la intencionalidad de la propuesta urbana de este barrio para que resurja y continúe la trama urbana interrumpida, la renovación inmobiliaria y el control de los usos de los suelos y sus ocupaciones; todo ello se respalda en tres estrategias: Primero: Un plan vial de transporte para la ya referida zona comercial y de servicios número 6, con énfasis en el barrio Bolívar; segundo: La generación de espacio público estructurante que sea un eje ambiental y paisajístico; y, tercero ─el cual, como otros señalados de esta forma, debe tenerse muy en cuenta─: Un análisis que permita saber si es necesario adecuar:

> … las instalaciones de la plaza de mercado a mediano plazo, de tal forma que sea funcional y que se aproveche al máximo el espacio al interior o si por el contrario resulta mejor trasladar esta plaza de mercado a otro sector, dandole a este predio un uso comercial o de servicios que contribuya a la renovación de esta zona de la ciudad. (2006, p. 398).

El documento finaliza anotando que, a corto y a mediano plazo, todo esto se gestionará con el erario y que el polígono "correspondiente al mejoramiento integral de la estructura de la plaza de mercado se planteará mediante concurso de licitación pública con el fin de dar mayor participación a los gremios involucrados" (2006, p. 398).

[219] Creo, sólo por mi experiencia como peatón, pues, el documento en cuestión ya tiene varios años, que esas obras o unas parecidas se están haciendo en esa zona desde el 2017 y este 2018.

Bueno, leí ese documento y, aunque no es el fin directo de mi investigación, me parece que está bien fundamentado y reconoce gran parte de qué es lo que se debe hacer y también me parece razonablemente concatenado a otras iniciativas de ese tipo. También me parece que gran parte de su presunta efectividad radica en el papel y, con las ejecuciones de las obras que he visto y destacado, especialmente, las de los últimos años, y teniendo en cuenta que el documento está fechado en el año 2006 y, doce años después, la ejecución de lo propuesto ha sido muy reducida y, teniendo en cuenta lo que destaqué para usted, querido lector, en varios de los párrafos anteriores y, que la plaza de mercado es el elemento que más se menciona en esa parte del documento, pues, siento un tufo contradictorio; un tufo que puede volverse un efluvio pestilente. Me explico: Si se tiene en cuenta el carácter con el que se ha asumido el manejo de la plaza de mercado del barrio Bolívar en las últimas décadas, la cual es, como otras, resultado de la demolición de la anterior plaza de mercado del Centro, y esta fue, a su vez, el resultado del traslado del mercado de la plaza principal, hoy parque de Caldas, pues, creo que se entiende mejor el tufo contradictorio que mencioné; además, se presentan con más énfasis los traslados y reubicaciones de la galería, que un tratamiento más dedicado, directo y detallado dentro de la misma zona, porque gran parte de lo escrito sobre ella en el documento me parecen sólo promesas generales y nada concretas: En vez de afrontar a largo plazo y de forma sincera y detallada los problemas, parece que los anotan y también las medidas de cuidado de esa zona como diciendo: “Que quede ahí en el papel y luego le hacemos”, pero ese “luego le hacemos” se da sin continuidad y, muy probablemente, dará los resultados de siempre: Es allí cuando saltarán los mismos seres abominables de siempre con su “se les dijo” y con ello incitarán a otro traslado. No soy tan ingenuo y creo que entiendo parte de las dinámicas urbanísticas y también sus estancamientos: El problema es el carácter de la gente y en la gente, ¡oh paradoja!, también radica la solución. ¿Por qué no se prueba hacer un cronograma como mínimo bienal con unas metodologías semanales que involucren a la ciudadanía y a la universidad en la limpieza del río Molino por cada barrio que pasa? ¿Por qué no hacer algo parecido con la construcción de una nueva plaza de mercado? En otra ciudad más ordenada y con otra historia, o consciente de su historia, esas propuestas del plan parcial, probablemente, no me generarían desconfianza, pero, como anoté, en esta ciudad, esas iniciativas ya fueron implementadas varias veces y sólo dieron resultados a corto plazo, pues, gran parte de los problemas que tenemos hoy son derivados, en gran medida, de esas mismas iniciativas y de la actitud con las que fueron ejecutadas mediocremente. No sólo hay una deuda histórica: Hay una necesidad que puede satisfacerse, pero, preferimos hacer lo mismo de siempre con otras variantes. No hay un sentido de continuidad lógica que sea lo suficientemente verosímil para llevar a cabo ese plan y no lo digo sólo por el pasado; además, hay un abismo de inacción entre el Municipio y la misma ciudadanía. Pero siempre que haya vida humana será posible cambiar ese sino.

***

Cuando entro en una crisis de esas que ponen a tambalear la vida, la procrastinación suele sacarme a flote o hundirme más en ella. Llevo meses leyendo reseñas de los catálogos e índices virtuales que me facilitaron en el Centro de Investigaciones Históricas José María Arboleda Llorente. Creí que sin los filtros y prejuicios de los autores de libros de historia podría acercarme mejor a la vida y a la historia de esta ciudad, pero, la verdad es que entiendo muy poco y mi lectura de la historia era muy ingenua y no niego que aún lo sea, pero, quizá ya no tanto. Pese a ello, creo que algo me va quedando, como pequeños destellos que serán rescoldos. Me sorprende que la fabricación y el comercio de aguardiente en la ciudad y los aliños, aderezos y composiciones de los callejones o camellones y de El Callejón, hechos por la misma ciudadanía y los gobernantes, sean temas que tengan tantas apariciones. Explícitamente, en esas reseñas, no hallé ninguna mención del comercio de aguardiente chiquito en El Callejón: Por eso, y porque las menciones generales son muchísimas, no las abordo, pues, eso haría que las páginas de toda esta investigación se duplicaran o triplicaran con facilidad y siento que los rumbos y desvíos que he tomado se dilatarían mucho más. Así que me limito a una serie de hechos curiosos y notables que presento a continuación.

**1.** El hecho más antiguo que he hallado de forma explícita sobre lo que sería El Callejón está fechado en el año de 1719. Se trata de la signatura: 2887 (Col. C I -17 t). En ella se menciona que, en la Estancia del Callejón, se hizo un censo de indios de Chapa, Pulindara, Pandiguando, Piagua y Calosé, contando con la presencia de caciques (a quienes, si leo bien, tratan de "don"), gobernadores y curas doctrineros; los indios fueron encomendados a doña Juana del Campo Salazar y fue juez comisario Antonio Vallejo.

**2.** La reseña de la signatura: 8680 (Col. J I -13 cr) trata del asesinato de un santafereño llamado Manuel Martínez Méndez a manos de José de Velasco en el barrio del Callejón. El hecho sucedió el 17 de abril de 1769 a la una y media de la mañana y la causa fue Magdalena Calbache, alias Gamarra. El asesino se refugió en sagrado en el hospital, donde, al parecer, por fallo del obispo, pudo permanecer seis años y aprendió medicina. Después de eso, salió, se entregó y, como el asesinato fue premeditado, lo condenaron a pena de muerte, pero, por sentencia del alcalde ordinario se lo desterró de la ciudad por cinco años, amenazándolo para que se fuera en menos de treinta días y que no intentara volver antes porque sería enviado a las bóvedas de Cartagena. No salió en el plazo de los treinta días y se lo redujo a prisión y allí enfermó, por lo que se lo trasladó al hospital y de allí se fugó.

**3.** La reseña de la signatura: 7755 (Col. J I -8 cr), fechada en el año de 1776, está conformada de los autos que se siguen contra Víctor de Velasco por herir a Lucrecia de Vargas, quien estaba defendiendo a una conocida suya, en El Callejón, mientras iba a caballo a las nueve de la noche. El agresor es condenado a pagar cien cargas de piedra para Cauca, pues, allí se está fabricando un puente.

**4.** La reseña de la signatura: 7779 (Col. J-I 8-cr), fechada en el año 1778, está conformada de los autos seguidos por don Joaquín de Mosquera y Figueroa contra Miguel Laso de la Vega, quien

ha inquietado el orden con sus frecuentes peleas en El Callejón, perturbando a los vecinos y al tránsito con espada en mano y aun ha osado a renegar de los santos.

**5.** La reseña de la signatura: 8001 (Col. J I -11 cr), fechada entre los años 1801-1803, es una causa contra José Benalcázar, natural de Sonso, Buga, pero que de sonso no tenía nada: salió con un compañero a Santander de Quilichao y allí trabajó como arriero; después fue contrabandista de tabaco por el río Cauca; en la hacienda de Quilcacé, de los Padres Camilos, cometió con frecuencia robos que lo llevaron a la cárcel; después vino a Popayán y trabajó como peón por cinco años y también llevó, por encargos particulares, esclavos a Santander de Quilichao. Por líos con una tal Josefa Ponce, con quien pretendía casarse, se lo encarceló. Después, cuando quedó libre, y a eso de las siete de la noche, cuando las personas estaban rezando al Señor de la Plaza (un óleo que hoy, según leo, está en San Francisco), al lado de lo que hoy es la Gobernación, Benalcázar robó a don Francisco de Rodayega, quien estaba distraído frente al mostrador de su tienda: Favorecido por la noche y arrebozado en una ruana azul, le dio con un garrote y lo dio por muerto; dos vecinos del señor Rodayega dieron voces y Manuel José Molano, que pasaba por allí y tenía su tienda en Los Portales, oyó los lamentos del señor Rodayega, quien había cerrado la puerta, pues, el ladrón quiso recuperar un chumbe que llevaba en la faja y se le había caído. Al día siguiente las autoridades determinaron que el chumbe era de María Rosa Rojas, pero que ella se lo había prestado a José Benalcázar y él le había dicho que lo había perdido en una riña. Con ese testimonio y un interrogatorio se redujo a prisión al señor Benalcázar. Pero, Benalcázar se fugó de la prisión que estaba en Los Portales, se pasó por el tejado a la casa del Gobernador y, desde allí, llegó a una casa en frente de Santo Domingo para llevarse consigo a Josefa Ponce, pero, como no pudo, se quedó merodeando la ciudad hasta que, una noche, después de muchas peripecias, lo sorprendieron dormido en el Puente de Cauca. Por las preguntas de las autoridades, confesó sus hechos. El fiscal pidió la pena de muerte, pero, la sentencia que confirmó la Audiencia de Quito lo condenó a doscientos azotes públicos y a diez años de prisión en Cartagena, a donde se lo envió después de azotarlo. La razón para destacar todo este hecho, aparte de lo peculiar que me parece, es que, al final, se anota que eran amigos de Benalcázar: Lorenzo Luna, alias Tomico, Mariano Migajas, las Bolaños, llamadas las Francos, que lavaban y cosían y tenían su casa por El Callejón. Así parece que acabó la vida del señor Benalcázar: Sin Josefa, sin libertad y sin poder volver a El Callejón para departir con sus amigos.

**6.** La reseña de la signatura: 11976 (Col. J I -11 cr), fechada en 1806, es una causa criminal seguida por el alcalde de barrio don Elías de Tejada y Gutiérrez contra Juan José Rengifo por haber herido de gravedad a Fernando Ladrón de Guevara, a Asunción Cometa y a Asunción Córdoba en El Callejón. Con las declaraciones se supo que, la noche del sucesos, el ahora reo y los heridos estaban jugando baraja en la casa de Tomasa de Paz: Rengifo, Ladrón de Guevara y Manuel José Torres con una hija y una sobrina de la dueña de casa: Asunción Córdoba y Asunción Cometa; terminado el juego, Rengifo se recostó en la cama de Tomasa, que estaba enferma y tres o cuatro días antes la habían sacramentado, por lo que fue sacado a la calle por las dos muchachas y por Ladrón de Guevara, dejándose en compañía de Torres, para volver al rato

armado de una espada con la que cortó las amarraduras de las puertas para entrar en la casa y herir a los que en ella estaban, salvo a la enferma.

**7.** La reseña de la signatura: 8036 (Col. J I -13 cr), fechada entre 1808 y 1809, está conformada por una causa contra Justo Rojas, Vicente Reinoso, El Calvo Ordóñez, Joaquín Betancurt, Joaquín Valenzuela, Ignacio Betancurt, Ana Valenzuela, Agustina la Paca y Ventura Torres por participar en juegos prohibidos en casa y con aquiescencia de los otros. Reynoso y Rojas, quien no tenía oficio y era siempre el ganador, fueron sorprendidos en casa de este, en El Callejón, por don Juan Manuel García, el alcalde de barrio. Por declaraciones del fiscal se sabe que: Rojas había pagado su pena en los arsenales durante cinco años; Reinoso pagó una multa y Ana Valenzuela y Ventura Torres, por haber consentido el juego pagaron una multa mucho más grande; pero, al concluirse la causa, sucedieron los hechos revolucionarios de agosto en Quito, lo que alteró sus condenas.

**8.** En la signatura: 5151 (Ind. J I -6 cr), fechada en 1810, y en el folio 26v, tomo 65, de 1826 del catálogo global del cabildo, aparece el nombre de José Joaquín Torres, alias Pitingo. En el primer documento es mencionado porque su mujer, Trinidad Lucano, fue herida por Agustín y Manuel López en una reyerta: Ella, en defensa de su marido, se interpuso y recibió la puñalada en un brazo. La autoridad del caso declaró inocente a Pitingo, además, por haber manifestado con anterioridad sus intenciones de ir a las milicias, se dio aviso al Comandante Gregorio de Angulo para que lo destinara a ellas. Años después, en el otro documento, el señor Torres pide unos solares desiertos del Barrio del Callejón y se anota que las aguas para el servicio del hospital inundan el paso de El Callejón y se precipitan hacia el lado de la Estancia.

Muy probablemente ese señor Torres fue quien heredó su apodo a su descendencia y luego a todos los habitantes de El Callejón, pero, ¿de dónde sacó ese apodo o cómo lo obtuvo? Eso no he podido saberlo; sí pude saber que él no fue su primer portador, porque, para mi sorpresa, hallé otra mención de la palabra “Pitingo”, aunque, en alguien de otro barrio. En el siguiente párrafo explico esto último.

**9.** En las signaturas: 10243 (Col. J II -14-cv) y 8861. (Col. J II -2 cv), fechadas entre los años 1770 y 1777, se menciona a María Rosa de la Torre y Vellasco (o Velasco), quien tiene el alias de La Pitinga, pero, su nombre tiene una aparición anterior en el tiempo en la signatura: 10444 (Col. J II -16 cv), fechada entre 1752 y 1768, por unos autos promovidos por el presbítero don Manuel Valentín de Tolosa, quien pidió que se dividiera en dos partes iguales un solar situado atrás del Convento de las Carmelitas Descalzas, siendo este propiedad de las payanesas María Rosa de la Torre y su hermana Margarita, difunta; esta división del solar, sobre el cual María Rosa fundó una capellanía, se da con el fin de convertir una de esas partes en un bien espiritual, pues, así lo dispuso la mencionada Margarita en su testamento. En el proceso, Tolosa acusa a la señora de la Torre de rebeldía por vender algunas varas de dicho solar a Gregorio Constantino de Bargas, entre todo eso, se anota que ese solar estaba muy cerca de la casa de doña María Rosa y que ella no sabía escribir, pues, firmó por ella Basilio Joachin Morales y Bonilla, siendo así que

ese proceso llegó a su fin. Retomando las otras dos signaturas: Son unos autos seguidos por el ya mencionado presbítero don Manuel Valentín de Tolosa ─quien en adelante mostrará su calaña─ contra Eugenio, Domingo e Ignacio de La Torre, esclavos de la ahora difunta María Rosa, quien, en su testamento, dispuso que, a su muerte, estos esclavos quedaran libres, con la sola obligación de mandar a decir cada mes una misa por el alma de doña María Rosa. En este testamento se basan los tres hombres mencionados para justificar la libertad que el señor Tolosa quiere arrebatarles, pues, él arguye que fue nombrado albacea y heredero universal en un posterior testamento inconcluso de la señora de la Torre y que los esclavos le pertenecen, pues, el mismo anula el anterior. Durante varios años el señor Tolosa reúne testimonios que aseveran el sano juicio de la señora de la Torre en sus últimos momentos y a la hora de decir su testamento inconcluso, por lo que se pueden leer los nombres de: Ramón Murgueitio, los esclavos de María de Santa Cruz (alias La Pichilonga), un pardo o mulato de nombre Diego de la Torre y Joseph Antonio de la Peña. En esas dilataciones se consumen varios años más y durante ese tiempo se da a conocer que: Doña María Rosa murió el 23 de febrero de 1770 y su deseo era ser sepultada en la iglesia del Monasterio de Nuestra Señora del Carmen; también se anota que ella heredó los esclavos de su tío y presbítero Juan de la Torre, quien tuvo por padre y homónimo a Juan de la Torre y por madre a Isavel de Vellasco, y esto se da a conocer porque los tres negros libres arguyen, en pro de su discutida libertad, que el tío y presbítero liberó a su mamá antes de concebirlos, aunque, ya en otro contexto, también se anota que doña María Rosa los crio a los tres. Al final se decide que sólo tiene validez el primer testamento fechado en 1759, en el que se nombra por heredera universal al alma de doña María Rosa y en el que ella da la libertad a sus tres negros. En una parte que no logro comprender del documento original se afirma y/o sugiere que, durante todo el proceso, Eugenio, Domingo e Ignacio de La Torre ya no vivían en esta ciudad.

Por las lecturas de los documentos originales puedo decir que no sé si doña María Rosa y José Joaquín fueron parientes cercanos o lejanos, aunque sus apellidos se parecen. Como ya anoté, la señora de la Torre vivió muy cerca de lo que hoy es El Claustro de El Carmen y es claro que el señor Torres hizo lo propio en El Callejón. No sé si sus apodos tienen un mismo origen o si fue una suerte de coincidencia o de adopción. Lo demás que pueda anotar sobre la etimología de la palabra “Pitingo” son meras especulaciones sin hechos que las sustenten, aunque, sí es cierto que las menciones de dicho apodo en esos documentos amplían su presencia en nuestra lengua a varios siglos, cosa que yo no esperaba. Esto no será todo lo que diré sobre esa palabra, querido lector: Al final de las *Conclusiones y consideraciones* habrá algo más.

***

## Compilación de imágenes

La siguiente compilación, como ya he anotado, es una extensión del cuarto capítulo de este trabajo de grado, mas no por ello deja de ser un documento exhaustivo que, a grandes rasgos, pues, así fue pensado en un inicio, también puede entenderse de manera independiente.

Las razones para compilar las siguientes imágenes, aparte de las razones ecdóticas, son: Sacar sus mejores provechos cuantitativos y cualitativos; contrarrestar esa tendencia ─ojalá en declive─ que hace de los anexos visuales meros elementos decorativos o el ripio para llenar páginas; y, por último, avivar la memoria, la historia y nuestras historias, brindando contextos, desmintiéndolos, y aclarando ciertos datos y también creándolos, pues, algunas tergiversaciones y olvidos son habitantes constantes de nuestra vida urbana y, por ende, de las memorias resultantes que nos quedan y que dejamos. Por ello, en este caso, la estética imperante busca, a partir de las certidumbres e incertidumbres, cómo nos hemos contado parte de la realidad y cómo la seguimos contando, es decir, cómo nos estamos forjando como payaneses o habitantes de esta ciudad, para nosotros mismos y también para los demás, todo ello a partir de la vida en un lugar concreto.

Las imágenes que aquí presento están antecedidas de textos que pueden enriquecer el panorama vital de esta ciudad y del barrio Bolívar, así como el de sus lectores. Para mejorar la calidad, y por las limitaciones monetarias y espaciales, he editado individualmente todas las imágenes y también he puesto la mayoría en escala de grises y en el formato más apropiado para la impresión y para la pantalla, a lo anterior añado que los colajes fueron ideados por mí y realizados por Camila Córdoba Mesa y por Daniela Adrada Solarte, la primera, bajo mis instrucciones, también fungió como fotógrafa para este documento, aunque también hay unas pocas fotografías tomadas por otras personas a quienes en su momento nombro.

Esta compilación tiene las siguientes seis secciones en orden de aparición: *Sobre El Callejón*, *sobre los Puentes del Humilladero*, *sobre la empresa ferroviaria*, *sobre otros lugares del barrio Bolívar o vinculados al mismo*, *sobre el desbordamiento del río Molino en el 2013* y *sobre algunas fotografías sugerentes*.

### Sobre El Callejón.

Las siguientes tres imágenes de las páginas 209, 210 y 211 son las más antiguas representaciones de este tipo que hasta ahora he hallado sobre El Callejón, hoy llamado barrio Bolívar. Las tres están compiladas en el libro *Colombia en Le Tour du Monde 1858–1898* y el *Le Tour du Monde*, como se anota en el prólogo de la obra en cuestión, fue un semanario francés sobre viajes publicado en dos series entre los años 1860 y 1914, siendo 52 los fascículos publicados sobre Colombia y todos ellos entre los años 1860 a 1898.

La primera imagen es un anexo del texto “VIAJE A LA NUEVA GRANADA POR EL DR. SAFFRAY, DE CALI A BOGOTÁ”, en donde se anota que ese viaje fue realizado en 1869; las

otras dos son los anexos correspondientes a los textos siameses “LA AMÉRICA EQUINOCCIAL, DE CALI A POPAYÁN (CAUCA)” y “DE POPAYÁN A PASTO (CAUCA)”, en los que se anota que todo ese viaje fue realizado entre los años 1875 a 1876. Basado en la sección biográfica de esa obra anoto que, pese a ser poco conocido, Charles Saffray fue un médico y explorador francés que, en 1861, llegó a Colombia y pasó la mayor parte de su tiempo con los indios en Antioquia, más específicamente en Río Verde, cerca de Frontino, para satisfacer su interés de conocer las propiedades curativas de las plantas nativas; en Santa Marta vio el comercio de hojas de coca y de ellas extrajo y aisló un alcaloide con forma de cristales de agujas; y en Caldas dedujo que la sal de Burila tenía un contenido elevado de yodo porque era usada de forma efectiva para tratar el coto. A causa de los conflictos de la época debió servir como médico en las tropas de Julio Arboleda y llegó al Cauca cuando el levantamiento de Mosquera. En esa misma sección biográfica se anota que Édouard-François André (1840-1911) fue un activo arquitecto, paisajista, botánico, profesor y también intrépido viajero francés que, entre otras cosas, diseñó parques en Liverpool, Luxemburgo, Montecarlo y Montevideo, por mencionar algunas ciudades, y que, además de dejar una amplia obra, también recopiló un gran herbario de plantas ornamentales durante su viaje entre Barranquilla y Quito, haciendo una valiosa colaboración en la identificación y clasificación de la misma.

En las tres imágenes pueden verse los caminos de herradura, los animales viajeros y, a modo de lontananza, parte de una casa que, podría decirse, aún hoy está en pie; también pueden verse el río Molino, cuando era vitalmente un río y no la cosa extraña que ahora de él hemos hecho, la vegetación, el ambiente pretérito con sus casas bajas y techos de paja, y un pequeño puente que hoy no existe y en otras imágenes aquí compiladas también está presente y que tiende a confundirse con su reemplazo aún en pie y que fue edificado en el siglo XX.

Si los payaneses y las demás personas que viven o han vivido aquí miramos las imágenes en vez de sólo verlas, podremos notar que, a diferencia de la primera, son la segunda y la tercera más próximas al panorama actual y mucho más al registrado en algunas fotografías que luego aquí mismo se verán; eso se debe a varios hechos y circunstancias particulares explicadas también en el prólogo de la obra mencionada y deducibles en su conjunto: La primera es que el método base usado para ilustrar las imágenes del *Le Tour du Monde* fue el grabado en madera y no la litografía, eso debido a las circunstancias estéticas de la época y las facilidades industriales para producir papel, y ese mismo método involucró a los viajeros y a sus acompañantes, quienes (a veces valiéndose de los artistas locales y cuando la tecnología lo permitió también con fotografías, pero en menor medida) hacían representaciones que ya en Europa eran dibujadas por ilustradores de profesión que también podían ser dibujantes y/o grabadores muy buenos, a ello súmese que toda esa labor también podía tener o tiene el influjo de sus númenes que llevaron consigo a las exageraciones en sus obras, como puede verse especialmente en la primera imagen, pues, como representación, se aleja mucho de la ciudad de antaño; lo segundo debe sumarse a lo anterior, pues, considero que Édouard-François André, a diferencia de Charles Saffray, sabía dibujar mejor al ser paisajista y arquitecto, empero, en la página 211, no deja de ser extraña la

ausencia de la edificación que hoy conocemos como el Puente del Humilladero, pues, para la fecha del viaje del señor André, dicho puente ya estaba en servicio: Esa ausencia bien puede deberse a la pereza y/o a las dificultades de representarlo, pues, es muy probable que por uno de los dos puentes debió pasar el señor André, así que, si las fechas son acertadas, es seguro que vio y recorrió ambos puentes: El hoy llamado Puente del Humilladero y el original Puente de la Custodia, el cual sí aparece representado en la imagen de la página 211.

Algunos de los siguientes nombres aparecen en las tres imágenes y en sus márgenes: Delauney, Barbant y Édouard Riou, pero, por su relevancia, la obra referida sólo da datos del señor Riou: Nació en 1833 y murió en 1900, estudió pintura bajo la dirección del conocido Gustav Doré y, como otros artistas relacionados al *Le Tour du Monde*, el señor Riou ilustró algunos libros de Julio Verne, entre otras cosas.

Por otro lado, pero concatenado a lo anterior, en un libro que lleva por título *Popayán, 470 años de historia y patrimonio*, el señor Jaime Salcedo Salcedo, en su capítulo "Popayán: La ciudad de Belalcázar", expone muy bien, entre otras cosas, esa ceremoniosidad tan nuestra y tan presente desde las fundaciones de las ciudades, hecho que amplía y detalla con una serie de razones astrológicas y astronómicas que, antes de leer esas páginas, me eran desconocidas; amén de otras cosas curiosas y necesarias para el discernimiento de esta ciudad, y como ya he abierto las puertas de la vida de dicho barrio, cito algo que el señor Salcedo apunta al sintetizar de forma eficiente parte del crecimiento de Popayán:

> La traza se había ampliado. El convento de San Agustín (fundado antes de 1607), San Camilo y la carnicería habían jalonado la expansión de la ciudad hacia los ejidos del sur; y el convento de San Francisco y la Casa de la Moneda (1748) hacia el occidente, entre los caminos de Chuni y Pandiguando; la Ermita había atraído su propio vecindario, al oriente, y los acueductos del siglo XVIII propiciaron el desarrollo del barrio de La Pamba, al norte, a espaldas del convento del Carmen, fundado en 1729. Al otro lado del río Molino, se estableció en 1711 el hospital, en el mismo lugar donde había estado un pequeño hospital de caridad desde 1618, y se generó un suburbio de camino a Cali: el barrio del Callejón. (Salcedo, 2006, pp. 97 y 98)

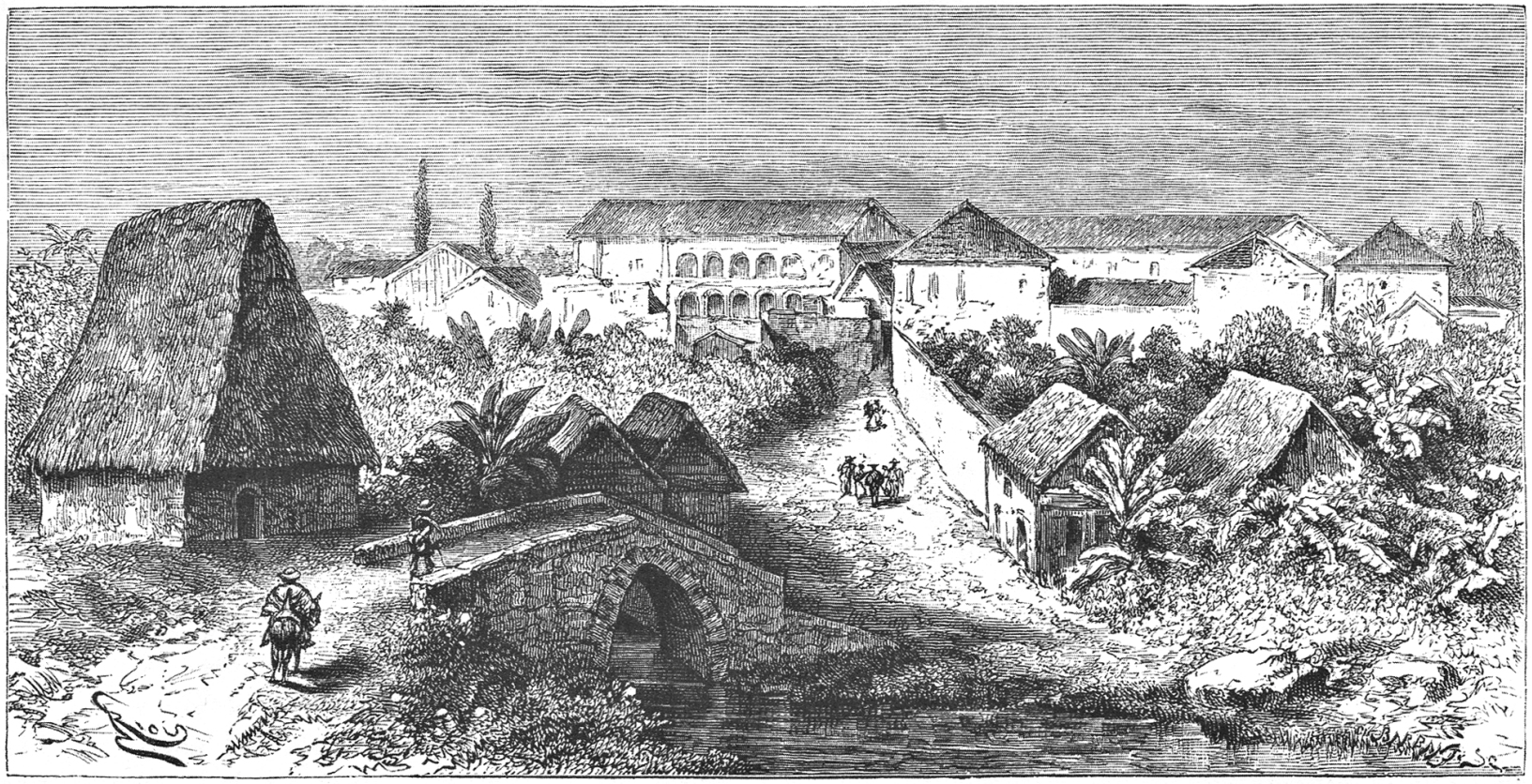
Así, pues, con lo expuesto hasta ahora en estas páginas y que también se relaciona con las posteriores, puedo empezar aseverando que la vida, específicamente la vida urbana, ha transcurrido en El Callejón desde hace varios siglos.

Vista de Popayán. – Dibujo de Delauney según bosquejo del autor.

Imagen número 1. Extraída del libro *Colombia en Le Tour du Monde 1858–1898*, volumen I, página 146. Anexo a un viaje hecho por Charles Saffray en 1869.

Llegada a Popayán. – Dibujo de Riou según bosquejos de É. André.

Imagen número 2. Extraída del libro *Colombia en Le Tour du Monde 1858–1898,* volumen II, página 150. Anexo a un viaje hecho por Édouard-François André, entre los años 1875 a 1876.



Casas a la entrada de Popayán. – Dibujo de Riou según bosquejos de los señores Gauthier y André.

Imagen número 3. Extraída del libro *Colombia en Le Tour du Monde 1858–1898,* volumen II, página 151. Anexo a un viaje hecho por Édouard-François André, entre los años 1875 a 1876.

## Sobre los Puentes del Humilladero

El título está plural: Como en el capítulo del libro *Muros de Papel* del señor Diego Castrillón Arboleda.

Una vuelta no tan apresurada por Popayán dejará ver que es una ciudad con una cantidad considerable de puentes. Los hay bellos, feos y otros ocultos en apariencia a simple vista. A continuación escribiré sobre dos de los más distinguibles y que hacen parte, a mi juicio, del conjunto de puentes ubicados en el hoy llamado barrio Bolívar: Los Puentes del Humilladero. Una razón para escribir sobre ellos es que nuestras vidas cotidianas tienden sobre los mismos un halo de ignorancia e indiferencia generalizadas, esto inferido a partir de los usos recurrentes y descuidados que hacemos de ellos.

Para lograr mi propósito en esta sección, y también en otras, me resultan imprescindibles dos libros de Diego Castrillón Arboleda: Sus ediciones de *Muros de Bronce*, de los años 1994 y 2007, y el libro *Muros de Papel*, que no está bien datado, pero, al parecer, es de la década del 80 y posterior al Terremoto de 1983. En adelante intentaré sintetizar, concatenar y colegir principalmente lo que escribe en sus capítulos 18 y 19 y en el capítulo 4 de las respectivas obras mencionadas, pues, en ellos se ocupa de ambos puentes, además incluiré a otros autores para lograr explicaciones más amplias y detalladas.

La imagen de la página 214 es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Hasta ahora desconozco el autor y el método originales de esa imagen, mas, en mi ignorancia, sospecho que fue un método más cercano a la fotografía química: Bien pudo ser la calotipia o la daguerrotipia o cualquier otro; pero, si esta imagen se tomó en sentido geográfico sur-norte, y si el espacio ocupado por la fachada de la estructura más visible de la izquierda correspondería hoy, más o menos, a la parte trasera de la Lotería del Cauca y quizá también a la parte trasera del Edgar Negret, y si sobre el puente de la derecha hay tres hombres difícilmente distinguibles, pero de vestimentas similares y aunque no se ven viejos de ellos quizá ya no queden ni sus nombres ni sus huesos, y si todo lo referido resulta ser cierto, puedo poner en consideración del lector las siguientes cosas: Primero, que aunque las tres imágenes de la sección anterior parecen ser las representaciones visuales más antiguas que he hallado de El Callejón, esa imagen compilada en la página 214 sería, hasta ahora, la más antigua representación visual hecha a través de un método químico harto diferente de las tres imágenes de la sección referida y también una de las más antiguas de todo Popayán; segundo, y si lo anterior es cierto[220], esa estructura de la derecha sería el otrora Puente de la Custodia, aludido en la sección anterior, y que hoy ya no existe, pero

[220] Planteo la duda sobre la ubicación del lugar fotografiado porque comparé la imagen en cuestión, la de la página 214, y una fotografía panorámica del último colaje de esta sección en la página 241, y no logro aclarar o desmentir cada detalle o hacer lo propio con un detalle crucial. He elegido, bajo la sombra de la duda, creer que sí se trata de Popayán, especialmente por la orientación del puente pequeño y su similitud con la orientación vista en otras imágenes, pero invito al lector a hacer este curioso ejercicio teniendo en cuenta la lógica de las hipótesis, amén de que, si se tratara de Popayán, el puente pequeño y todas las estructuras del fondo ya no existen y que no he hallado más material visual sobre esas estructuras como para compararlas.

sí tiene un reemplazo más o menos en el mismo sitio y más o menos con el mismo nombre, por ende, el terreno de la izquierda visiblemente trabajado sería donde hoy está parte del extremo norte del Puente del Humilladero, lo que nos daría una aproximación espaciotemporal que, al finalizar este documento, el lector podrá más o menos estimar; así, sumado a eso, podría aseverar que ninguno de esos hombres era el señor fray Serafín Barbetti, uno de los artífices más importantes en la construcción del Puente del Humilladero, pues, las vestimentas, aunque similares, no parecen de la orden franciscana, y para la época de dicha construcción él ya era un fray anciano a diferencia de esos tres hombres que no lo parecen.

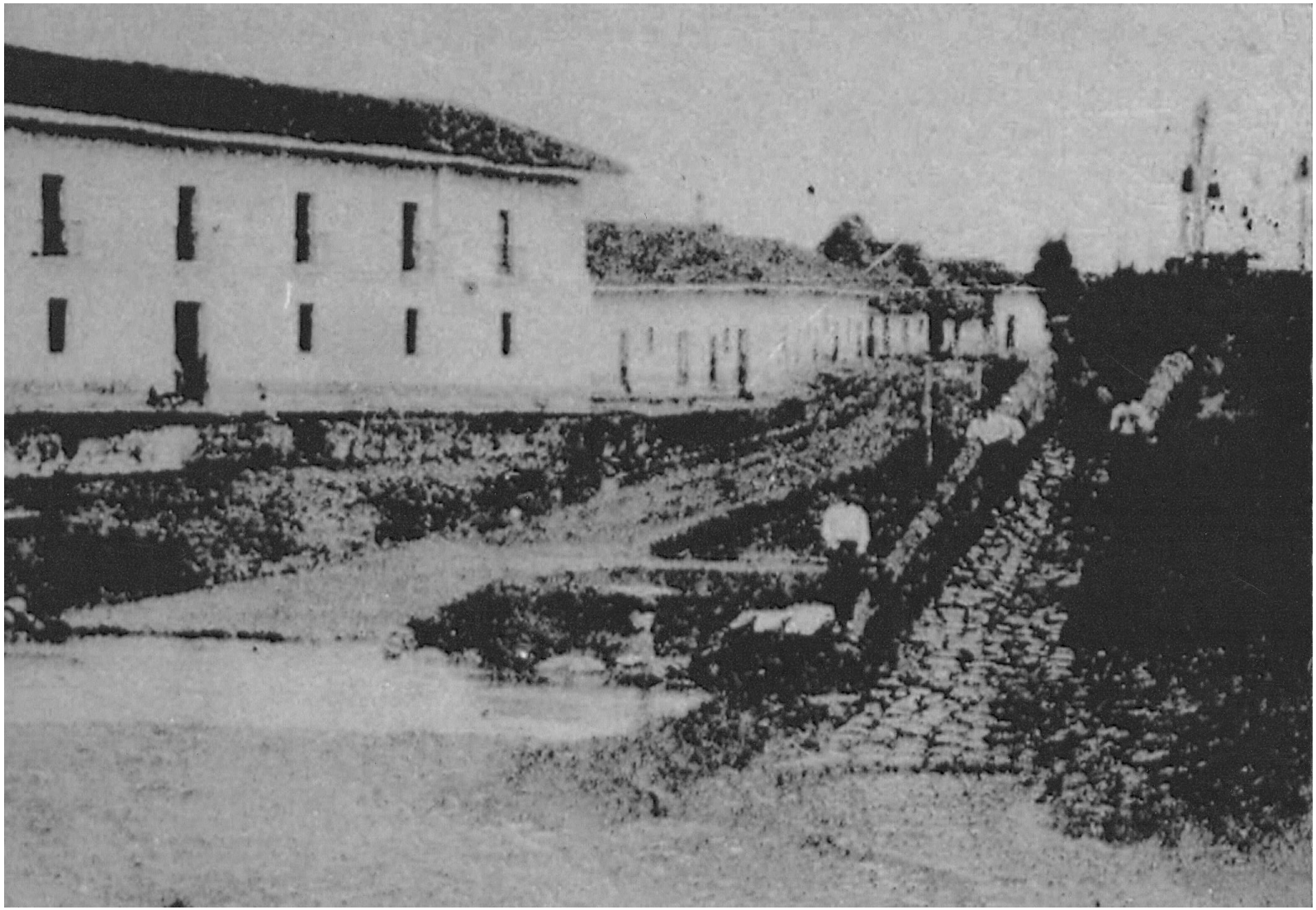


Imagen número 4. Copia, quizá fotográfica, comprada a Luis H. Ledezma. Por lo expuesto en este documento, y si se trata de Popayán, quizá la imagen fue hecha en la segunda mitad del siglo XIX, antes de 1873 (año de la inauguración del Puente del Humilladero). Se desconocen sus fuentes originales.

En *Muros de Papel* el autor cuenta que todos aquellos que venían a Popayán desde el norte, a través del Camino Real, debían vadear el río Molino y luego subir con mucha dificultad un empinado quingo y, por lo difícil que se hacia este recorrido, el lugar se denominó El Humilladero; esos hechos y las fuertes crecientes del río constituyeron problemas de movilidad constantes, los cuales se solucionaron en dos ocasiones distantes en el tiempo: La primera con la construcción del Puente de la Custodia, auspiciada por el acaudalado don Jacinto Mosquera y Figueroa y Silva, y la segunda con la construcción del hoy llamado Puente del Humilladero, el cual no hubiera sido posible sin la gran ayuda del ya mencionado fray Serafín Barbetti. A su vez, en ambas ediciones de *Muros de Bronce*, el autor cuenta que por esa tortuosa vía, derivada del Camino Real, pasó Simón Bolívar en cuatro ocasiones, y por eso en esa época el Municipio renombró El Callejón como Barrio de Bolívar, mas eso es un tanto falso, pues, no fue en esa época sino en 1910, según una anotación hecha en esa misma obra al pie de la página del capítulo "El Callejón de los Hoyos y barrio de Bolívar".

Retomando *Muros de Papel* y la parte sobre el río Molino, el autor anota que pasaba muy cerca de las casas ubicadas en las calles del Humilladero y San Francisco, y con sus crecidas ahondaba los terrenos contiguos, por ello, en 1920[221], fue desviada esa parte de su cauce, permitiendo después construir los parques Arboleda y José Hilario López, además alude que el nombre del río, probablemente, está asociado a los molinos que había en sus riberas y en los que procesaban el trigo cultivado en las inmediaciones y que, al parecer, don Jacinto poseía uno de ellos cerca de su cabecera. También comenta que la palabra "quingo" viene del quechua "quingu" o "cuencu", en español "torcido", "curvo" y, por lo que leí, en el diccionario de la RAE también es "recodo", como puede verse en el siguiente enlace: http://dle.rae.es/?id=Utjc0ag; sobre la etimología de la palabra "Humilladero" anota otras opciones, como que ese nombre pudo deberse a la instalación de cepos para castigar a los negros, aunque, por mis lecturas de las dos ediciones de *Muros de Bronce*, puedo decir que ese dato no aparece en ellas y, ligado a esto, también he oído de algunos paisanos que ese nombre puede deberse a que en ese lugar hubo una pequeña edificación religiosa, común en las ciudades de la época, y en la cual la gente se humillaba ante Dios antes de viajar, cosa que parece coincidir con la anotado en el diccionario de la RAE, como se puede ver en el siguiente enlace: http://dle.rae.es/?id=Kozqyip.[222]

Retomando: Las razones de don Jacinto para contribuir con su dinero en la fabricación del puente quedan expuestas en ambos libros, pero creo que en *Muros de Bronce* se exponen mejor y las cito, además, sobre esto último, tenga en cuenta, lector, que, si no resulta evidente y si las fechas son ciertas, a partir de las acciones del sacerdote, referidas en la siguiente cita, se puede corroborar lo escrito y ya citado por el señor Jaime Salcedo Salcedo sobre el surgimiento de El Callejón, un surgimiento, a mi parecer, bastante silencioso, pero no carente de vida implícita:

[221] Esa fecha, como se verá en este documento, variará según la fuente.
[222] Uno de los jurados que ya he mencionado, a saber Carlos Humberto Illera, anota otra explicación a este conjunto: "subir la cuesta con carga en las espaldas hace que el carguero se 'humille' o encorve demasiado".

> El acaudalado don Jacinto de Mosquera y Figueroa dio el nombre de La Custodia a este pequeño puente de mampostería, construido a sus expensas en 1713, por haber presenciado cómo un sacerdote que cruzaba el vado montado en una mula con el Santo Viático para un enfermo del callejón, se debatía para no dejarse arrastrar por las aguas del río Molino que bajaba crecido. Como testimonio quedó un piedra de cantera con la custodia, tallada por los indios Yanaconas, colocada en la clave del arco. Se lo denominó también Puente del Humilladero y, 160 años más tarde, éste asumió el nombre Humilladero, y el de la Custodia el de Puente Chiquito. (Castrillón, 2007, p.56)

En *Muros de Papel* el autor menciona que el Puente de la Custodia se lo llevó una crecida en 1933 y el actual es un reemplazo reconstruido en 1940, durante la alcaldía de Édgar Simmonds Pardo, con ayuda del Club de Leones y otras entidades, además comenta que la creciente mencionada se debió a los deslizamientos de tierra y el embalse en el sitio de Santa Bárbara, por lo que el agua alcanzó a subir la mayoría de los arcos del Puente del Humilladero; pero en la en la edición de 1994 de *Muros de Bronce* menciona una crecida del río Molino en 1938 y en la de 2007 menciona que fue en 1928: Creo que esta diferencia podría ser un error de datación, pues, en imágenes posteriores se ve escrita a mano la fecha de 1928 como la del desbordamiento, en cuanto al año de 1933 me hace pensar que, o bien el error de datación se extendió a ese año, o se trató de dos crecidas, o quizá de tres. Pese a estas incertidumbres, y basado en varias de las imágenes aquí compiladas, sí es un hecho que el Puente de la Custodia de hoy es un reemplazo y que esto se debió, muy probablemente, a un desbordamiento o a varios que comprometieron la integridad de la estructura.

En ambos libros se hace una descripción física del Puente del Humilladero: En *Muros de Bronce* el autor anota que es una obra de mampostería construida entre 1868 y 1873, de 240 metros de largo y 5.26 metros de ancho, su piso empedrado (que en algunas imágenes posteriores no siempre se ve empedrado) tiene un desnivel del 5% y con él se unió El Callejón y el sector del Humilladero, tiene 12 arcos de medio punto: Los dos centrales de 12 metros entre sus bases y con una altura de 9 metros de la clave al nivel del río, y un arco falso apoyado en el barranco de El Humilladero, además es vecino de La Herrería de Julio Ramos, hoy ambos inexistentes o sólo existentes en las memorias de algunos y en unas cuantas páginas; en *Muros de Papel* es más o menos lo mismo, salvo que se anotan las fechas en las que se inició y abrió al público la obra: 16 de noviembre de 1868 y 31 de julio de 1873, además se modifican algunas medidas: El largo anotado para dicho puente es de 200 metros y su ancho de 5 metros, y se anotan cosas como las gradas contiguas al hoy Museo Nacional Guillermo Valencia y sus dimensiones respectivas. También se comenta otro nombre que tuvo o que hubiera podido tener dicha estructura, pero que no caló en el habla cotidiana: “Puente de Bolívar” como homenaje, claro está, a Simón Bolívar; otros nombres del puente son: Puente del Molino, Viaducto de Bolívar y Viaducto sobre el río Molino; hechos que resultan muy peculiares si se suman a lo anotado y ya citado de *Muros de Bronce*, pues, parece que el Puente de la Custodia original tuvo el nombre de Puente del Humilladero y la obra de Barbetti tomó para sí ese nombre debido a su importancia. En ambos

libros se aluden los daños causados por el Terremoto de 1983 en dicha estructura y, aunque no fueron relevantes, en *Muros de Papel* se describen mejor. Casi para finalizar con esta parte, en *Muros de Papel* el autor cambia algunas grafías como "Himilladero", para Humilladero y "Barbety" para Barbetti. Por ende y por las dudas sanas, invito al lector a leer a Jorge Galindo Díaz, quien aborda con mucha más propiedad y amenidad este y otros asuntos, como el de las medidas del puente, en su artículo: *Serafín Barbetti: constructor de puentes de bóvedas en el sur occidente de Colombia (S. xix)*, y que puede hallarse en el siguiente enlace: http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revApuntesArq/article/view/8895.
De las dos obras del señor Castrillón Arboleda, sólo en *Muros de Papel* es mencionada la vida del fray Serafín Barbetti, aunque de forma muy general, pero la fuente original usada por el autor es más pertinente y más detallada en ese asunto, me refiero, pues, al *Papel Periódico Ilustrado* del 1 de marzo de 1884 que puede hallarse en este enlace: http://babel.banrepcultural.org/cdm/compoundobject/collection/p17054coll26/id/410/show/310/rec/1. Referido eso, a continuación reseñaré, sintetizaré y uniré parte de lo expuesto en ese *Papel Periódico Ilustrado* y en el artículo ya referido del señor Galindo Díaz.

Antes de iniciar es menester destacar que las páginas del *Papel Periódico Ilustrado* aludido, y que aquí nos ocupan, tienen unas características especiales: Primero, parece que el autor del documento conoció personalmente a este extranjero singular: Ingeniero civil, arquitecto, médico y religioso llamado Serafín Barbetti; segundo, el autor deja explícito su interés de dar a conocer su discreta e interesante vida en el contexto de las benevolentes influencias de los seres de otras tierras, sin caer, a mi parecer, en la adulación nociva a lo foráneo; tercero, este documento de notable prosa fue publicado cuando el señor Barbetti aún vivía.

El señor Barbetti nació con el nombre de Juan, el 16 de mayo del año 1800, en Osola, provincia de Novara, en Italia, donde recibió una esmerada educación gracias a la buena posición de su familia. A los dieciocho años viajó a Roma con dos de sus tíos para colaborarles en sus negocios mercantiles, labor a la que se dedicó por seis años. A sus veinticuatro años sintió el llamado religioso y se presentó y fue bien recibido en el convento de franciscanos de Araceli en Roma; luego de un año de noviciado fue nombrado Fray Serafín. Embarcado en lo que fuera su nueva vida religiosa, aceptó a cabalidad el nuevo sino que la orden le dio y se convirtió en practicante del hospital del convento y junto a ello comenzó a estudiar medicina, labor que no le impidió usar su tiempo libre para estudiar, práctica y teóricamente, la arquitectura, arte de su preferencia, que al poco tiempo puso en servicio para su comunidad reparando una parte ruinosa del convento. Su versatilidad en varias áreas del conocimiento humano lo hizo idóneo para una misión en Tierra Santa y, sin demora, se fue a Jerusalén, aunque su estadía fue corta y lo redestinaron a Egipto para que se encargara de varias obras: En cuatro años terminó la Catedral de Alejandría, luego edificó la Catedral del Cairo, luego un hospicio y su respectiva capilla en Damieta y al final un colegio en Alejandría. Creyendo sentir cerca la muerte, Barbetti pidió permiso para volver a su tierra natal y esperarla, mas, aunque se lo dieron y llegó a Italia, duró poco su estancia y en menos de seis meses el padre provincial lo eligió para venir a Popayán a

dirigir la obra de la Catedral iniciada por el fray Fernando Cuero y que iba a continuar el señor Pedro Antonio Torres; Barbetti no contrarió esos inesperados designios y los aceptó junto con el honor de ser vice-comisario de Tierra Santa (cargo que no entiendo del todo pero parece estar muy vinculado a la orden franciscana, cosa que puede verse en una reseña en este enlace: http://tierrasanta.ofminmaculada.org/index.php/tierra-santa).

Barbetti llegó sano y salvo en mayo de 1859 y conoció al señor Pedro Antonio Torres con quien acordó, basado en su propia experiencia en Egipto, que cinco años sería tiempo suficiente para culminar la obra y que al finalizarla recibiría del obispo el viático necesario para regresar a su tierra natal: Sólo eso pidió por su trabajo, pues viviría en el convento de su orden durante su estancia en Popayán; así lo hizo por cuatro meses, tiempo en el cual, pese a la escasez de recursos económicos y por ser un lugar de constantes terremotos, formuló un plan de orden dórico para la nueva Catedral que sólo tenía sus cimientos; además, para cumplir a cabo y con mayor facilidad esa labor, dejó el convento franciscano y se trasladó a la casa episcopal, vecina del terreno de la Catedral, por petición del señor Torres que así lo requería, pues, gozaba de su compañía al ser aficionado a las bellas artes que Barbetti bien conocía. Allí, con su energía, empeño, diligencia y economía dio ejemplo a obreros y albañiles a todas horas y, además, esa construcción no le impidió ayudar en otras dos: Reparar la bóveda de la iglesia de los jesuitas y retechar el gran templo de San Francisco. Pese a la laboriosidad del señor Barbetti los cinco años acordados para completar la Catedral fueron insuficientes, pues, se detuvieron las obras al suceder la guerra de 1860 y las diversas calamidades que padeció el Cauca durante esa época. Pasó el tiempo y, parece que por la muerte del señor Torres y a través de Carlos Bermúdez, quien al parecer lo reemplazó, en 1869 se retomó la construcción.

Durante ese gran cese Barbetti propuso al gobierno del Cauca varias obras, como el puente de Juanambú para facilitar las comunicaciones entre el centro y el sur del Estado, aunque esta empresa presentaba dos grandes problemas: Primero, los materiales para realizarla estaban a no menos de tres leguas del lugar de construcción y gran parte de la zona montañosa se imponía; segundo, el difícil clima espantaba a los obreros y dificultaba hallar sus reemplazos; mas todo lo venció el señor Barbetti: Halló la mejor manera de transportar los materiales y de su propio bolsillo compró un botiquín e hizo las veces de médico, boticario y practicante, haciendo así que las desgracias previstas fueran mínimas; pese a la buena racha, y mientras dirigía la obra, Barbetti tuvo un accidente y se quebró de gravedad la pierna derecha, quedando afectado y usando muletas durante varios años hasta su muerte. Con este panorama sería razonable pensar que abandonó la obra, pero parece que no fue así: El contrato estimaba que dicho puente tendría 30 metros de longitud, pero, por las condiciones del terreno, Barbetti debió ampliar la longitud con 29 metros más, aumentado el trabajo y los costos, mas, fiel a su palabra, no exigió remuneración y con su experiencia e ingenio lo completó.

Otra obra fue el puente del río Palo, el cual el autor califica como temible, pues, como su hermano el río Saldaña, ambos nacen en el Huila, y el primero baja precipitado de la cordillera, dividiendo al municipio de Santander, y cada año a su paso arrasaba con muchas vidas y

mercancías; para cruzarlo con un puente de calicanto la estructura debería tener sólo un arco y su diámetro medir 22 metros, pero su costo excedía el erario, así que el gobierno propuso a Barbetti hacerlo de madera, y así lo hizo en poco tiempo, dando al pueblo una sólida y bella obra, mas fue borrada en una ingente inundación de 1880 que explicó el instruido señor D. Liborio Vergara dos años después: Un pedazo de una montaña se desprendió en la parte superior del río, obstruyendo su cauce y represando sus aguas, las cuales luego rompieron esa forma de dique y sobrevinieron en el puente, quizás el doble de lo que Barbetti estimó sobre las más fuertes crecidas de dicho río a partir de las memorias de los habitantes de la zona.

A la lista de los puentes que construyó se agregan dos más: El de Palacé Alto y el de Ovejas; el primero, camino a La Plata, lo inició en 1874 y lo terminó en cinco meses; poco después y casi en el mismo tiempo, terminó el otro, camino a Santander. Ambos puentes son de un solo arco y miden 23 metros de largo y 3 metros de ancho.

Con apoyo de D. Rafael García Urbano, jefe municipal, el señor Barbetti también dio gratis su orientación para reparar el Callejón de Cauca (ya lo he mencionado en otra parte de la etnografía y no está de más reiterarlo: De ese nombre surgió, por antonomasia, el primer nombre del hoy llamado barrio Bolívar, es decir, El Callejón), construido un siglo atrás a expensas de D. José Marcelino de Mosquera, quien no cobró lo gastado, pues lo cedió al Municipio para ayudar a los prisioneros pobres; a ello súmese que Barbetti dirigió la composición de las calles de Popayán, obra iniciada en 1809 por D. Miguel Tacón y suspendida por la guerra de Independencia, pero retomada sesenta y dos años después por el ya mencionado señor García Urbano.

La obra más reconocida de Barbetti es el Puente del Molino (ya sabemos que es el hoy llamado Puente del Humilladero) sobre el cual el autor anota que, pese a ser una obra del Municipio, la Legislatura del Estado (órgano que desconozco y del que sólo puedo aportar esta mención) se inmiscuyó en dominios que no eran los suyos durante las últimas sesiones del año 1883 para darle el nombre a la obra de "Puente de Bolívar" y colocar una losa conmemorando los cien años de su nacimiento[223]; dicha proposición parece que se dio varios años después de abrir al público dicho puente, y también demostró el alto criterio que tenían de la obra, tanto como para darle ese nombre; parece que el nombre aludido le fue dado oficialmente, por suerte no caló, y es que, como opinión personal, considero que, casi siempre, el nombrar o renombrar las calles, los barrios, los parques y demás cosas con los nombres de los dizque políticos es salarlos, darles mala suerte, infortunarlos, verbigracia para esta ciudad barrios como: Tomás Cipriano de Mosquera, El Libertador, José María Obando, Alfonso López, Jorge Eliécer Gaitán y el barrio que aquí nos ocupa, por mencionar algunos. Retomando, y por si no ha quedado claro: A diferencia de su puente vecino (el Puente de la Custodia que ya abordé), este no sólo empezó a permitir el cruce del río, también eliminó la subida de El Humilladero; además, la economía de Barbetti permitió realizar la obra por un valor de 18.000 pesos, aspecto relevante si se tiene en cuenta que la misma obra fue estimada, en esa época, por conocedores de ese campo entre los

[223] Me parece que la losa está en el muro contiguo de las únicas gradas de dicho puente.

70.000 pesos como cifra mínima y como cifra máxima los 85.000 pesos. Adjunto a eso comenta el autor en un pie de página que, después de la construcción del Puente de la Custodia y antes de la obra de Barbetti, hubo un intento para facilitar la entrada a la ciudad: Un señor llamado Vicente Cárdenas, durante su gobierno de la Provincia, instó a otro llamado E. Sawaski a la elaboración de planos y de un presupuesto, mas, pese a que todo estaba listo para comenzar la obra, el señor Cárdenas tuvo que dejar su cargo y los cambios políticos que sucedieron impidieron el comienzo de la obra hasta que el ya mencionado jefe municipal D. Rafael García lo hizo.

Ligado al contexto biográfico de Barbetti hay dos anécdotas recopiladas que muestran mejor su carácter: La primera ocurrió cuando alguien destacó esa cualidad tan suya para ahorrar, a lo que respondió: "Cuando hay escasez de rentas se hacen estas obras costosas que no se intentan siquiera cuando sobran los recursos; porque quien tiene mucho despilfarra, y quien tiene poco economiza" (Arboleda, 1884, p.185). Y transcribo gran parte de la segunda sobre la construcción de su obra más notable:

> Cuando se cerraba el último arco del puente de que hablamos, un ingeniero, profesor del ramo en el Colegio Mayor de Popayán, creyó, sin duda, de su deber informar al señor Jefe Municipal (al que había reemplazado en ese destino á D. Rafael García) que al retirar las cerchas el edificio vendría á tierra. Dicho empleado dió fe, como era natural, á aquel concepto emitido por una persona á quien debía suponer competente en la materia; ordenó, en consecuencia, que se suspendiese el pago de la suma mensual apropiada por la Municipalidad para la obra, y comunicó su resolución á nuestro arquitecto. Este, sin manifestar disgusto, ni decir una palabra de censura contra el informante ni contra la autoridad, contestó sonriendo: "Yo vendré á almorzar bajo del arco mientras se quitan las cerchas;" y acto continuo procedió á esta operación que se llevó á cabo sin novedad alguna. El hecho se hizo del dominio del público, y los vecinos de la ciudad se apresuraron á firmar la manifestación, fecha 31 de Julio de 1873, que abajo insertamos, la cual fué presentada á FRAY SERAFÍN en testimonio de gratitud, y sirvió, además, de desagravio á la ofensa que se le había irrogado, dudando de sus aptitudes como artista. (Arboleda, 1884, p.185)

La misma anécdota cambia un poco en *Muros de Papel*, pues, por lo que leo: (Castrillón, 1986, aprox, p.52) "… él se sentó a almorzar en una mesa colocada encima" y no debajo del arco.

Como breve paréntesis es válido afirmar que la manifestación mencionada en la cita sólo arroja tres datos desconocidos hasta el momento y todos ellos son verificables en las últimas páginas del documento que he venido abordando: Primero, dicha manifestación fue escrita en un retrato de Barbetti, y dicho retrato fue copiado a través de un dibujo al carbón por H. Dueñas, y luego enviado a Alfredo Greñas, quien lo usó de base para el grabado de la página 181 del *Papel Periódico Ilustrado* referido, y ese grabado es el mismo que he recopilado en la página 222; segundo, se comenta que el mencionado Rafael García Urbano fue jefe municipal entre los años

1864 a 1871; tercero, cuando se lee que “los vecinos de la ciudad se apresuraron á firmar la manifestación” se refiere a un grupo de más de cincuenta personas que, aunque amplio, es poco específico ya que los firmantes y el mismo documento no dejan explícitos sus barrios o sus cuadras, cosa que a mí me importa mucho, pues, me hubiese gustado saber quiénes eran de El Callejón, asumiendo que los hubo.

Retomando: En esta ciudad transcurrió la laboriosa vida de Barbetti bajo el voto de la pobreza de su orden, pues los escasos recursos que de ella obtuvo fueron dados a los cristianos en Palestina como el vice-comisario de la Misión de Tierra Santa que fue. Y en su senectud y pese a su cojera y a su ceguera y ayudado muchas veces por un lazarillo, dirigió a viva voz la obra de la Catedral, teniendo presente en su alma no sólo aquello que se ha expuesto aquí, también el final de su sino que no es otro más que el de todos: La muerte. Con ella en sus pensamientos, y a través de un memorial, pidió en caridad que, al morir, sus restos fuesen enterrados en San Francisco, junto a los de sus hermanos religiosos; después del protocolo requerido, dicha petición fue aceptada y, además, se dispuso que su cadáver fuese embalsamado, todo ello a costa del erario. El texto finaliza con una reflexión del autor sobre la última voluntad de Barbetti frente a su muerte y la misma la dirige y la contrasta con:

> … este mundo insensato, que reserva sus fúnebres honores, sus estatuas de mármol y de bronce, y sus suntuosos mausoleos para los guerreros afortunados, azotes de la humanidad, que pasan sin dejar en pos de sí otra gloria que la de haber bañado en sangre inocente el suelo que les vió nacer. (Arboleda, 1884, p.185)

Por último, el texto es firmado por su autor, Sergio Arboleda, y es fechado en Bogotá el 1 de marzo de 1884.

Anoto que, hace tiempo, en una conversación con Guido Enríquez Ruiz, conocedor como pocos de Popayán, me aseveró que las momias expuestas en el templo de San Francisco fueron halladas, vestidas y puestas después del Terremoto de 1983; para quien desconozca este hecho curioso, en el recorrido turístico que suele brindarse para conocer dicho templo se refiere a una de esas momias como la del difunto Barbetti. No estaría de más que se determinara su identidad con un examen osteológico que tenga en cuenta su pierna rota, su edad y su probable embalsamiento, pues, de ser Barbetti una de las momias, estaríamos desaprobando, a mi juicio, consciente e inconscientemente, su última voluntad.

Imagen número 5. Al parecer es una representación hecha por Alfredo Greñas a un retrato dibujado al carbón y en Popayán por el señor H. Dueñas al retrato original; la imagen copiada en cuestión fue extraída de la página 181 del *Papel Periódico Ilustrado* del 1 de marzo de 1884.

El señor Jorge Galindo Díaz, en su artículo ya referido, empieza comentando que, entre 1718 y los últimos años del siglo XIX, en gran parte del suroccidente de lo que hoy es Colombia, se construyeron aproximadamente 34 puentes de arco de ladrillo, en su mayoría edificados por personas anónimas pertenecientes a un gremio de artesanos constructores que, durante ese tiempo, dotaron a esa región con sus obras para poder comunicar a sus pueblos entre sí y también para comunicarse con el resto del país. Junto a ello destaca que la más antigua de esas obras fue construida, en 1739, sobre el río Molino en la vía que de Popayán conduce a Cali y viceversa, y que estuvo a cargo de Cristóbal Mosquera; si con eso se refiere al Puente de la Custodia, que ya he abordado, pone en duda las fechas expuestas, además, en la página 122 de su artículo, da más razones para ello, pues, se refiere a una pequeña estructura levantada en 1718 sobre el río Molino en el sector de El Humilladero y que podría ser otra vez el susodicho Puente de la Custodia; pero podría no pasar lo mismo con la mención del señor Cristóbal Mosquera, pues, en beneficio de la duda, don Jacinto Mosquera y Figueroa y Silva pudo dar el dinero y el otro Mosquera pudo encargarse de la construcción. Prosiguiendo, el autor comenta que la segunda obra más antigua aún está en pie y se construyó entre 1769 y 1773 en esta misma ciudad sobre el río Cauca, y por ello recibió el nombre de Puente de Cauca, pero esas fechas no concuerdan con las dadas en ambas ediciones de *Muros de Bronce* en su capítulo correspondiente a dicho puente; hoy en día y desde hace décadas ese puente se encuentra y se pierde por sus descuidos, pues, pese a que un puente más moderno fue construido hace poco en esa zona y por ello el flujo de carros cesó en el viejo ─no así con los motociclistas perezosos que sortean los bolardos provistos e improvistos─, el puente tiene una gran abertura en uno de sus barandales y lo habitan plantas que amenazan su integridad, a esto debe añadirse que, por ser una estructura superviviente, hoy es el puente colonial más viejo de todo Popayán y el Cauca, por lo menos hasta donde sé, pues, el Puente de la Custodia actual, como ya escribí varias veces, es un reemplazo del siglo XX.

El autor continúa y comenta que, pese a la construcción de esas dos relevantes obras para sus tiempos y aún para los nuestros, la tradición de construir puentes de arco de ladrillo cesó casi un siglo en esta región a causa de las dificultades económicas vividas durante la Colonia y las crisis económicas locales de los años primeros de la República. No es hasta la llegada de Barbetti a esta región que ese proceso de construcción revive, dotando a las poblaciones caucanas de estructuras físicamente capaces de unirlas con los centros mineros, con los de producción agropecuaria y con las plazas comerciales más relevantes; a partir de su presencia, y pese a las dificultades ya expuestas y las que expondré:

> … los puentes dejaron de ser anécdotas edificadas sobre el territorio o producto de simples iniciativas locales y pasaron a ser piezas clave en la difícil misión de conformar un sistema de caminos apto para la movilización de pasajeros a lomo de caballos o carros tirados por bestias. A continuación se describen la génesis y el proceso de consolidación de una rica y vigorosa tradición tecnológica que renació en la región y se consolidó a través de varias generaciones de artesanos y maestros de obras que, a su vez, legaron en

> los primeros ingenieros colombianos las reglas y preceptos de un oficio. (Galindo, 2010, pp. 116 y 119)

El autor añade algunas cosas de Barbetti que hasta ahora las demás obras aquí expuestas no contienen. Anota que Barbetti acabó la construcción del Puente de Juanambú en 1868, y con ella empezó a obtener admiración y éxito que respaldaron sus posteriores trabajos en ese campo, pese a su destrucción ocasionada por una erupción del volcán Doña Juana y por un represamiento en La Resina, quebrada afluente del río Juanambú; por ello, en 1893, un sacerdote filipense, llamado Juan Bautista Bucheli, se encargó de la construcción de un nuevo puente hecho sobre el mismo río, pero aguas más arriba, el cual estuvo en servicio hasta mediados del siglo XX, por lo que el puente de Barbetti no se reconstruyó.

Sobre el Puente del Humilladero anota varias cosas que amplían su panorama: Como que el 11 de diciembre de 1867 el Concejo Municipal decidió su construcción y comisionó para ello a un hombre llamado Joaquín Castro, y que en el siguiente mes de enero la Comisión de Obras Públicas debatió la estructura de la obra por segunda vez a partir de un plano probablemente hecho antes de 1867 por un ingeniero llamado E. Zawadski (a quien ya he referido, aunque con otra ortografía), al parecer durante el gobierno de Vicente Cárdenas entre los años 1846 y 1849. También menciona que la ordenanza del 13 de enero de 1868 estipuló la construcción del puente, dejándola a cargo del ya mencionado Rafael García, y la misma se inició en la fecha ya referida por otras fuentes: 16 de noviembre de 1868; también se menciona que el señor Barbetti fue contratado, algo que, aunque evidente, será necesario tener en cuenta más adelante. A partir de una carta del señor García, fechada en 1871, donde se refiere a su trabajo y lo concerniente a él, el señor Galindo concluye algo que casi no se conoce de esa obra: La lentitud en su realización se debió a los escasos recursos asignados a través de la ordenanza 80 y menciona que varios de los ladrillos usados en el puente fueron obtenidos del edificio conocido como “cuartel viejo” y dados por un ciudadano de nombre Emigdio Palau. Como hizo Sergio Arboleda en el *Papel Periódico Ilustrado*, el señor Galindo, a partir de la referida carta del señor García, también hace referencia a la inestabilidad de uno de los arcos, aunque en ambos casos no se refieren al mismo arco: Recordemos y usemos la deducción del sentido común: Es muy probable que Arboleda se refiera al último arco en sentido geográfico norte-sur; a su vez, Galindo cita con nombre propio a Mariano Moreno, quien opinó que el séptimo arco se hizo mal y por su moción parece que se suspendió la obra hasta el regreso de Barbetti, aunque la numeración de ese arco parece chocar con lo escrito por él mismo en la quinta figura de su artículo, pues, es presentada de forma consecutiva y el señor Galindo muestra la imagen de un arco y lo refiere como el octavo en sentido norte-sur. A la lista de detalles agrego algunos otros: Diariamente Barbetti tenía una remuneración de un peso y los peones recibían 30 centavos, además de contar para esta obra con una considerable participación de los reos; también se menciona que el señor García fue reemplazado por Manuel Camacho y fue sobrestante Francisco Olave, además se mencionan a Inocencio Hidalgo y Baltazar Cuéllar por su intervención, pero nada más. Para acabar esta parte, y teniendo en cuenta algo que antes de buena fe destaqué como evidente, es decir, la contratación

oficial de Barbetti como arquitecto de la obra, menciono una cosa que aún no me queda clara: La posible influencia de los planos de Zawadski en lo que hizo Barbetti.

Finalizado el Puente del Humilladero, el Estado Soberano del Cauca encargó a Barbetti dos puentes ya referidos: Uno sobre el río Palacé y otro sobre el río Palo, y da varios datos desconocidos hasta el momento: Del primero afirma que es muy poco lo que se sabe, pues, ni siquiera hay una certeza detallada de su ubicación, dando a entender, de forma un tanto contradictoria por lo que ya ha escrito y el orden y la forma en que lo ha expuesto, que dicho puente no necesariamente fue levantado sobre el río Palacé, pues, el ya referido Sergio Arboleda escribe que dicha obra estaba en el camino que de Popayán conduce a La Plata, o sea, no necesariamente sobre dicho río, y, junto a ello y me parece que para sustentarlo, alude a otro puente, pero de madera, que existía vía al Valle en 1878, aunque luego cita a otro señor de apellido Arboleda quien describe el trabajo de mampostería de Barbetti, mas su ubicación no es determinada; del segundo puente sobre el río Palo su investigación le permite deducir que:

> … tenía una cubierta a dos aguas con tejas de madera, que su estructura se apoyaba en dos tijeras maestras y viguetas dispuestas sobre el piso con sobresalientes de 1 m de longitud a cada lado y que la cimentación estaba hecha de cal y canto. (Galindo, 2010, p.121)

Sobre el puente del río Ovejas, ubicado en la vía que de Popayán conduce a Cali y viceversa, el autor anota que Barbetti inició su construcción sobre un terreno difícil, carente de playas para cimentar y cuyas corrientes impedían colocar una pila en el lecho, además, data el inicio de su construcción en 1877, difiriendo de la fecha dada en el *Papel Periódico Ilustrado*; omitiendo algunos detalles que no vienen tanto al caso, el contrato de la obra mencionada estableció como plazo de entrega el 8 de diciembre de 1878, y en el documento aparecen Barbetti y el señor Yacundo Nannetti como su fiador, y del cual el autor anota que no ha podido hallar nada más que aclare su papel en esa obra y en obras posteriores; sobre este último nombre, que en los demás documentos que he expuesto nunca aparece, y del cual yo tampoco he hallado nada más, el lector y quien quisiere hacer una investigación sobre este tema, bien podría considerar la posibilidad de su ascendencia italiana a causa de la ortografía de su apellido y además de algunos posibles cambios ortográficos en su primer nombre, quizá *Giacundo* o *Giacondo* en vez de Yacundo[224]. ¿Acaso ambos serían parientes o amigos?, ¿o quizá para Barbetti el señor Nanetti era lo único o lo poco que, aparte de su memoria, le quedaba de su madre patria Italia, a la que nunca regresaría, o sí y quizá sólo en su memoria?

Concluido el puente sobre el río Ovejas, Barbetti y Nannetti asumieron la construcción de otra obra, pues, figuran en un contrato del 4 de noviembre de 1878, para un puente sobre el río Amaime, entre Palmira y Buga, aunque el contrato fue modificado un año después para que el Estado costeara ochenta mil ladrillos. La obra inició como era usual: Seleccionaron el lugar,

[224] Uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, me sugiere un nombre que yo no había pensado: “Facundo”.

contrataron a los obreros, compraron algunos de los materiales y edificaron una sencilla casa-campamento dotada de dos sirvientes, pero una severa ola invernal flageló la región y el ambiente político llevó a una guerra entre los estados de Antioquia y Cauca, a eso súmese que veinte mil ladrillos necesarios para la obra no llegaron en el tiempo requerido, generando costos inestimados para los contratistas, quienes demandaron la cancelación del contrato en 1880 y obtuvieron la liquidación en 1884.

El autor finaliza haciendo referencia al sabor amargo que a mal pudo experimentar Barbetti por su última obra inconclusa, aunque, al mencionar la ya conocida última voluntad de Barbetti, especifica una fuente bibliográfica que a algunos podría interesar y con la cual no sólo se ratifica el compromiso a cumplir dicha voluntad, también se reconocen sus importantes trabajos realizados; dicha fuente es la ley 23 del 24 de septiembre de 1883.

Como la vida de todos los hombres, la de Barbetti llegó a su fin en esta ciudad el año de 1886, no así su obra que, en el caso de esta ciudad y quienes la habitamos, aún vive y late.

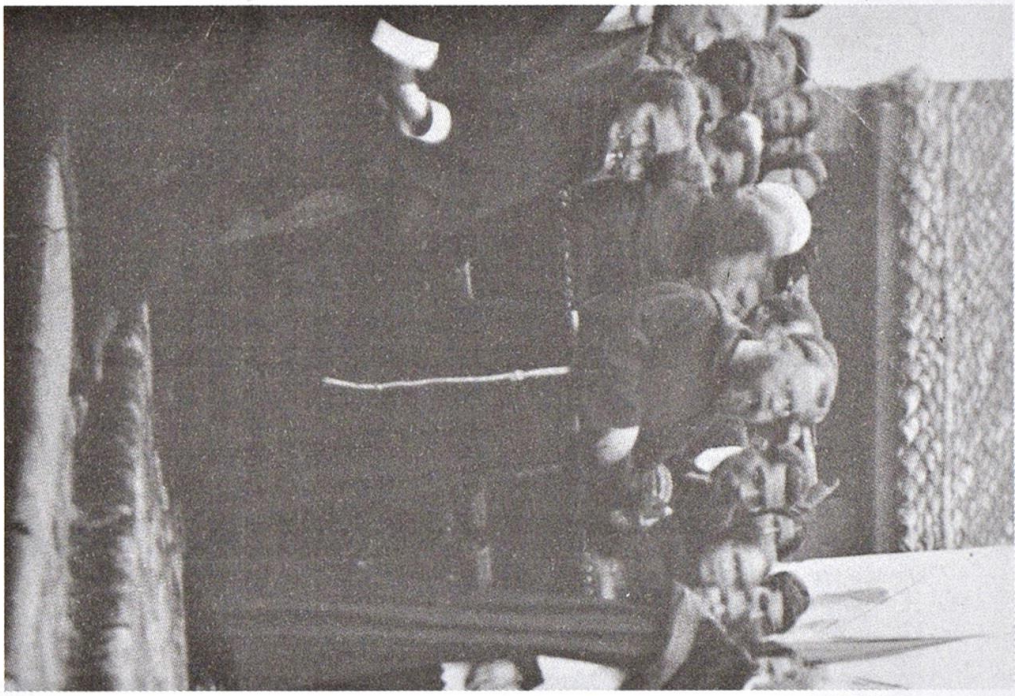
Retomando parte de lo referido al iniciar el análisis de este artículo, el autor expone que, a partir de la inauguración del hoy llamado Puente del Humilladero, hubo un renacimiento en la construcción de los puentes de arco de ladrillo al ser vistos y vividos como una de las formas del progreso; su fabricación y los elementos concernientes a ella se incorporaron efectivamente en el quehacer de ese gremio anónimo de artesanos constructores, pues, en tres décadas, contadas a partir de la inauguración del Puente del Humilladero (aunque, no es este el único mojón catalizador de la práctica que refiere en su documento como se leerá después) fueron construidos aproximadamente 30 puentes de esas características en una región escasa de arquitectos o ingenieros formales, pero que contaba con los materiales necesarios para realizarlos: Bosques de buenas maderas para la cimbras, buenas arcillas para hacer ladrillos, piedras resistentes y cales de gran calidad. Expuesto este curioso y rico panorama el autor concluye lo siguiente:

> No es fácil precisar con exactitud cuál fue el último de los puentes de arco de ladrillo que se levantó en la región del alto Cauca como fruto de la tradición constructiva que reviviera Serafín Barbetti a partir de la construcción del puente sobre el río Juanambú entre 1866 y 1868. Todavía en 1907 se construían dos puentes de este tipo en inmediaciones de Popayán: uno sobre el río Cauca en el camino hacia la población indígena de Coconuco, otro en la vecina Julumito. Se sabe también que en los años siguientes se erigirían otros en las poblaciones de Timbío y Santander de Quilichao, de los cuales no se tienen fuentes documentales que permitan detallar su génesis. Lo que sí es completamente claro es que, con el advenimiento del nuevo siglo, muchas cosas habían cambiado. Por una parte, para el año de 1900, los ingenieros colombianos –formados principalmente por dos grandes instituciones: la Universidad Nacional afincada en Bogotá (1867) y la Escuela Nacional de Minas radicada en Medellín (1887)– habían adquirido una fuerte presencia y protagonismo en el ámbito de las obras públicas nacionales, desplazando de los grandes contratos con el Estado a los maestros de obras y

artesanos del oficio de la construcción e incluso a muchos ingenieros extranjeros que habían llegado al país durante la segunda mitad del siglo XIX. Para estos nuevos profesionales formados en centros académicos, los puentes de arco de ladrillo eran cosa del pasado: los libros de texto –casi todos impresos en Estados Unidos, Francia e Inglaterra–, dejaban ver que eran los puentes metálicos –rígidos o colgantes– las estructuras idóneas para las obras públicas en virtud de su durabilidad, su poco peso propio y la rapidez de su construcción. Además, eran piezas clave en la expansión de la red ferroviaria, un anhelado sueño nacional que se asociaba fuertemente con la imagen del progreso de la República. A todo ello se sumaba la enorme presión que sobre las autoridades ejercieron las casas fabricantes extranjeras para reemplazar viejas estructuras de madera o albañilería por armaduras metálicas importadas desde Estados Unidos e Inglaterra, principalmente. El papel que en la transformación técnica de los puentes caucanos jugaron los representantes de las casas United States Steel Products Co. y Fox Bross Co. de New York, junto con David Rowell Co. de Londres y Schuette Bunemann de Bremen, ha sido reseñado por Galindo (2003).

De otra parte, estaban las condiciones de carga: de un tráfico conformado por bestias, carros y peatones, se fue pasando a otro en el que los vehículos automotores empezaban a poblar las carreteras nacionales demandando nuevas y precisas pendientes, ángulos de giro y, por supuesto, puentes. Y aunque hoy en día sabemos que las estructuras de arco de ladrillo son tremendamente resistentes a elevadas cargas vivas (Galindo y Paredes, 2007), en la primera mitad del siglo XX los nuevos sistemas constructivos se asociaban claramente a factores de mayor resistencia y estabilidad. También hay que señalar, como factor que condujo a la crisis de la tradición constructiva, un conjunto de condiciones internas propias de la débil estructura gremial que los maestros de obras caucanos nunca llegaron a constituir con solidez. El carácter oral y gestual de las prácticas del oficio, asociado a una ausencia de saber secreto –en un período pre-industrial– a la manera de las organizaciones medievales europeas, junto a la falta de mecanismos de aprendizaje en la secuencia aprendiz-oficial-maestro, atentaban contra la capacidad de constituir el saber constructivo como una fuente de autoridad y poder. Por último, parece fácil deducir que el aparato administrativo, en manos de una burguesía urbana en ascenso de ancestros rurales –al menos en el caso caucano–, no podía ver con buenos ojos los onerosos contratos que se hacían con artesanos analfabetas pero diestros en el arte de la construcción. Se puede hablar entonces en el caso que nos ocupa de racionalidades dominantes –los ingenieros– y dominadas –los maestros de obras–, que en los años subsiguientes se irán organizando a través de una férrea división social del trabajo que les permitirá coexistir en aras del buen funcionamiento del aparato productivo. Al menos en el alto Cauca, estos dos mundos –el gremial y el académico– participarán en la construcción cotidiana de las ciudades, sin graves conflictos, hasta bien entrado el siglo xx, cuando uno vence definitivamente al otro. (Galindo, 2010, pp. 127 y 128)

Con todo este panorama expuesto retomo la explicación de las imágenes. Las imágenes que conforman el colaje de la página 229 fueron extraídas del libro *Muros de Bronce*, edición de 2007. El pie de la primera imagen es una verdad a medias que ya he destacado: "Retrato de fray Serafín Barbetti, constructor del puente de El Humilladero", eso es un hecho, pero el hombre de la imagen no es el señor Barbetti, pues, si miramos la otra imagen podremos ver que, pese a pertenecer a otro capítulo del libro referente a otros hechos, es la imagen original de la cual el autor extrajo la primera a través de un recorte. En el pie de la segunda imagen se anota que ese día de 1906 se celebraron dos eventos en la Catedral Metropolitana de nuestra ciudad: La inauguración de su cúpula y la consagración del primer Arzobispo de la Arquidiócesis, Monseñor Manuel Antonio Arboleda. Los eventos parecen bastante verosímiles, pero no he hallado más fuentes que un texto en el siguiente enlace: http://www.geocities.ws/pachajoa2000/arbo2.htm, donde se dice, entre otras cosas, más o menos lo mismo, salvo que la fecha no es 1906 sino 1907; también cabe aclarar algo evidente: En 1906 o en 1907 el señor Barbetti ya llevaba varios lustros muerto; quizá la confusión del señor Castrillón Arboleda se debió a que él también leyó el *Papel Periódico Ilustrado* del 1 de marzo de 1884 y vio el grabado que ya he referido sobre el señor Barbetti y se percató del parecido físico de ambos.



*Retrato de fray Serafín Barbetti, constructor del puente de El Humilladero.*

*Catedral Metropolitana. La cúpula fue inaugurada en 1906, el día en que se consagró el primer Arzobispo de la Arquidiócesis, Monseñor Manuel Antonio Arboleda. Aquí lo vemos, revestido para entrar al templo, rodeado de algunos representantes del clero y personalidades que acudieron a la ceremonia.*

Imagen número 6. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Imágenes extraídas del libro *Muros de Bronce*, edición de 2007, páginas 58 y 118, respectivamente. Por lo expuesto en este documento quizá la fotografía fue tomada en 1906 o 1907, no necesariamente así su recorte. No se anotan sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

La imagen de la página 233 es un colaje de dos imágenes. De la primera, como ocurre con otra imagen anterior, desconozco qué proceso químico fue realizado, aunque no hay duda que se trata del lugar en cuestión. Si no resulta evidente, en la fotografía aparecen escritos los tres nombres de las personas que se ven más claras de izquierda a derecha: El general Mosquera, el doctor Usuriaga y don Joaquín Negret; desconozco los últimos dos nombres, mas no el primero; nótense sus barbas decimonónicas, las sombras ahora fantasmales sobre y entorno al mismo puente y también en la casa contigua y también la que parece una multitud de ellas a lo lejos; también puede apreciarse uno de los tantos nombres ya referidos que se le dio al hoy Puente del Humilladero y que no calaron, o sea, Puente del Molino. Esta imagen carece de año, pero, si Tomás Cipriano de Mosquera aparece en la fotografía, tuvo que tomarse entre 1873: Año ya mencionado y en el que se abrió al público el Puente del Humilladero, y 1878: Año en el que murió el señor Mosquera. La otra imagen es muy similar: Ese bello grabado muestra a unos personajes sobre el puente y su irrepetible escena cotidiana. Cotéjense esas imágenes con otras de esta compilación y véanse algunos cambios, como las tejas en los techos antes pajizos y algunas aparentes ampliaciones.

En los colajes de las páginas 234 y 235 puede verse un evento en particular: El desbordamiento del río Molino anotado en dos de esas imágenes con la fecha del 20 de noviembre de 1928. También aparecen de nuevo las inusitadas casas tan cercanas a los puentes y a la ribera del río Molino, con sus extrañas puertas y claraboyas, más unos cuantos letreros que me resultan ilegibles. Al fondo pueden verse El Morro sin la estatua pero con una estructura indistinguible, la eme en el Cerro de la Eme y un gran número de curiosos viandantes sobre el largo viaducto, entre los cuales vale la pena destacar que unos pocos están aperados con sombrillas. Muchos de mis conocidos más viejos comentan que el clima de Popayán ha cambiado mucho y ya no llueve cuando llovía, y ya no ventea cuando venteaba y ya el verano no llega cuando solía llegar, pero, a mi juicio, si llegase a ser cierto que el desbordamiento retratado en las fotografías ocurrió a finales de noviembre de 1928, entonces, el mismo ocurrió durante los meses lluviosos de esta ciudad, que suelen ser los últimos meses del año, y el desbordamiento del 2013 ocurrió a finales de diciembre; lo que puede pasar, o pasa, es una exageración, pues ─si bien el clima ha fluctuado y esa es parte de su naturaleza inherente, la cual nos influye y también resulta influida por la nuestra─, mis conocidos suelen ser exagerados y tres o cuatro días de sol o de lluvia ya los consideran inverno o verano.

La imagen de la página 236 es un colaje de cuatro imágenes. En las de la izquierda pueden verse algunas personas, niños en su mayoría, y la parte trasera de lo que fue una casa y también una herrería, también un cruce que hoy está contiguo al Edificio Negret, además nótese que, probablemente, ambas fotografías fueron tomadas desde el Puente del Humilladero. Es válido anotar que, en las referidas fotografías del señor Arboleda en *Flickr* y también en otras aquí compiladas de esa misma fuente, aparece anotado que esas imágenes son de unos viejos negativos salvaguardados por su abuelo y que podrían haber sido usados en 1930 por el padre Diomedes Gómez, sobre el cual hallé mucha más información, como que nació el 25 de junio de

1879 y murió el 3 de febrero de 1946; en el siguiente enlace podrá leerse más sobre su vida: https://historiografica.wordpress.com/2011/02/02/3-de-febrero-de-1946-guillermo-diomedes-gomez-guzman/.

La imagen de la página 237 es un colaje de dos imágenes. Muy curiosas me parecen esa tubería sobre el puente y la montura y su jinete; también esas dos personas viviendo lo que parece una luminosa tarde herbácea junto a esa vieja casa de El Callejón.

La imagen de la página 238 es un colaje de dos imágenes. Como ya he referido, al fondo hoy se halla la Lotería del Cauca y no el "Hospital de San José", como alcanza a leerse en la esquina de una fachada.

En los colajes de las páginas 239 y 240 pueden verse padres, militares, transeúntes y demás animales viviendo sus cotidianos en los puentes y en las calles del barrio de Bolívar. Frente a los problemas derivados de los espacios públicos y las estrategias para afrontarlos, sugiero que tengamos en cuenta los colajes como elementos contrastantes, pues, más que intentar implementar sólo medidas conservacionistas y más que tornarnos atávicos o futurísticos o indiferentes, ese acto simple y raro que es vivir me resulta clave para intentar hallar parte de una posible solución. Varios letreros curiosos se escapan a mi vista, pero en ambas imágenes viejas alcanza a distinguirse la palabra "Hotel" y en la otra se lee con más claridad "TALLER EL RADIADOR"; destaco eso, pues, las imágenes más recientes muestran un hotel, uno de tantos, casi en la misma posición y ese letrero aún aparece en un taller a unos metros más hacia el norte geográfico. Nótense los carros sobre el puente, los postes sobre sus barandales y, donde hubo casas visibles en anteriores fotografías, el parque Mosquera.

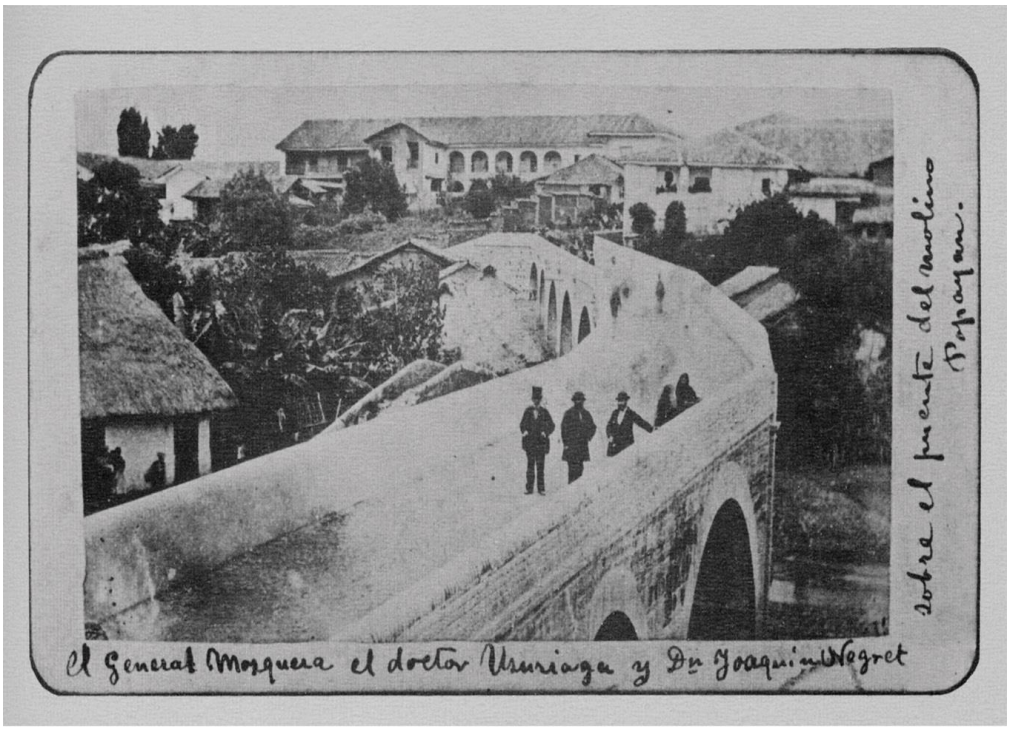
La imagen la página 241 es un colaje de cuatro imágenes. Nótense las ausencias: Del empedrado y del muro de la derecha y los cambios en algunas edificaciones, así como la extraña fachada interna del puente, y de forma más clara los postes ya aludidos. En el edificio blanco contiguo al puente alcanza a leerse "Centro de Rehabilitación El Proceso".

La fotografía de la página 242 es de mi autoría. En ella pueden leerse lo que para mí son dos letras: "O S", y como su posible significado o sus posibles significados desconozco, hipoteticé varias cosas en su mayoría a partir de una desambiguación[225]: En ella, entre otras cosas, se refería que el "os" es una parte del útero, o que es el caso dativo de *vosotros*, o que también son unas siglas para *Oculus Sinister*, pero por el contexto las descarté rápidamente; luego leí en el diccionario de la RAE, como puede leerse en el siguiente enlace: http://dle.rae.es/?id=RMqSbDP, que "ox" u "os" es una interjección de origen árabe usada para espantar aves y la consideré un poco verosímil porque pensé en la posibilidad de espantarlas si quisieran defecar sobre él, pero esa hipótesis no me ha convencido del todo; tercero, también consideré que podían ser otras siglas o iniciales de algún nombre, pero ninguno de los nombres

[225] Enlace: https://es.wikipedia.org/wiki/Os

relacionados parece coincidir con esas letras[226]. Dejo planteada esa duda quizá banal, pero que no pude pasar por alto al ver la gran cantidad de esas letras repetidas: Dejé de contarlas después de la cincuentena; quizá en otros puentes hechos por Barbetti podría verse este fenómeno, o quizás es un hecho sin mayor importancia.

[226] Uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, me comenta algo que yo también había pensado, pero que no incluí por falta de fuentes contrastantes: Las dos letras pueden ser una "'marca de fábrica' de la ladrillera", y anota que eso no es algo inusual. Además anoto que sólo he visto esas marcas en los ladrillos curvos de los barandales.



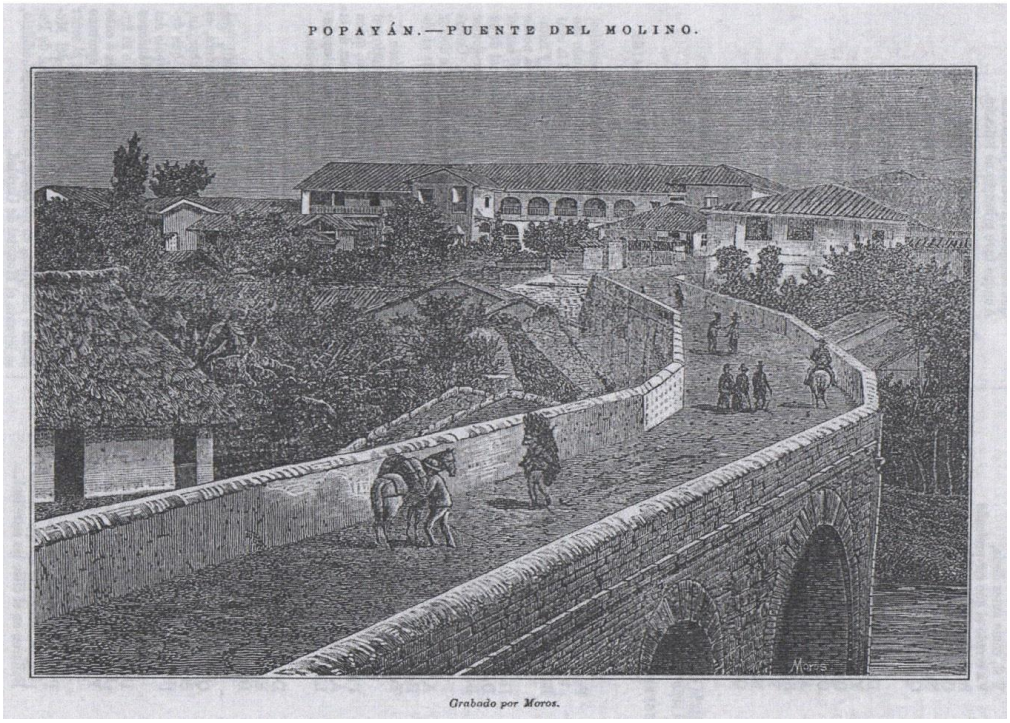




Imagen número 7. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. La primera imagen fue extraída del archivo de Juan Pablo Negret en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jpnegret/2720907845/in/album-72157625439344973/. Por lo expuesto en este documento la imagen fue hecha, aproximadamente, entre 1873 (año de la inauguración del Puente del Humilladero) y 1878 (año de la muerte de Tomás Cipriano de Mosquera). Se desconocen las fuentes originales. La segunda fue extraída de la página 196 del ya mencionado *Papel Periódico Ilustrado* del 1 de marzo de 1884 y se destaca al señor Moros como el grabador encargado de realizarla. Lugar: Popayán.

Imagen número 8. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba, quien, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda fue extraída de *Facebook:* https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73876624022&set=a.73873764022.77043.508379022&type=3&theater. La segunda imagen de la izquierda es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Año: 1928, probablemente, por lo expuesto en este documento. Se desconocen las fuentes originales. Lugar: Popayán.

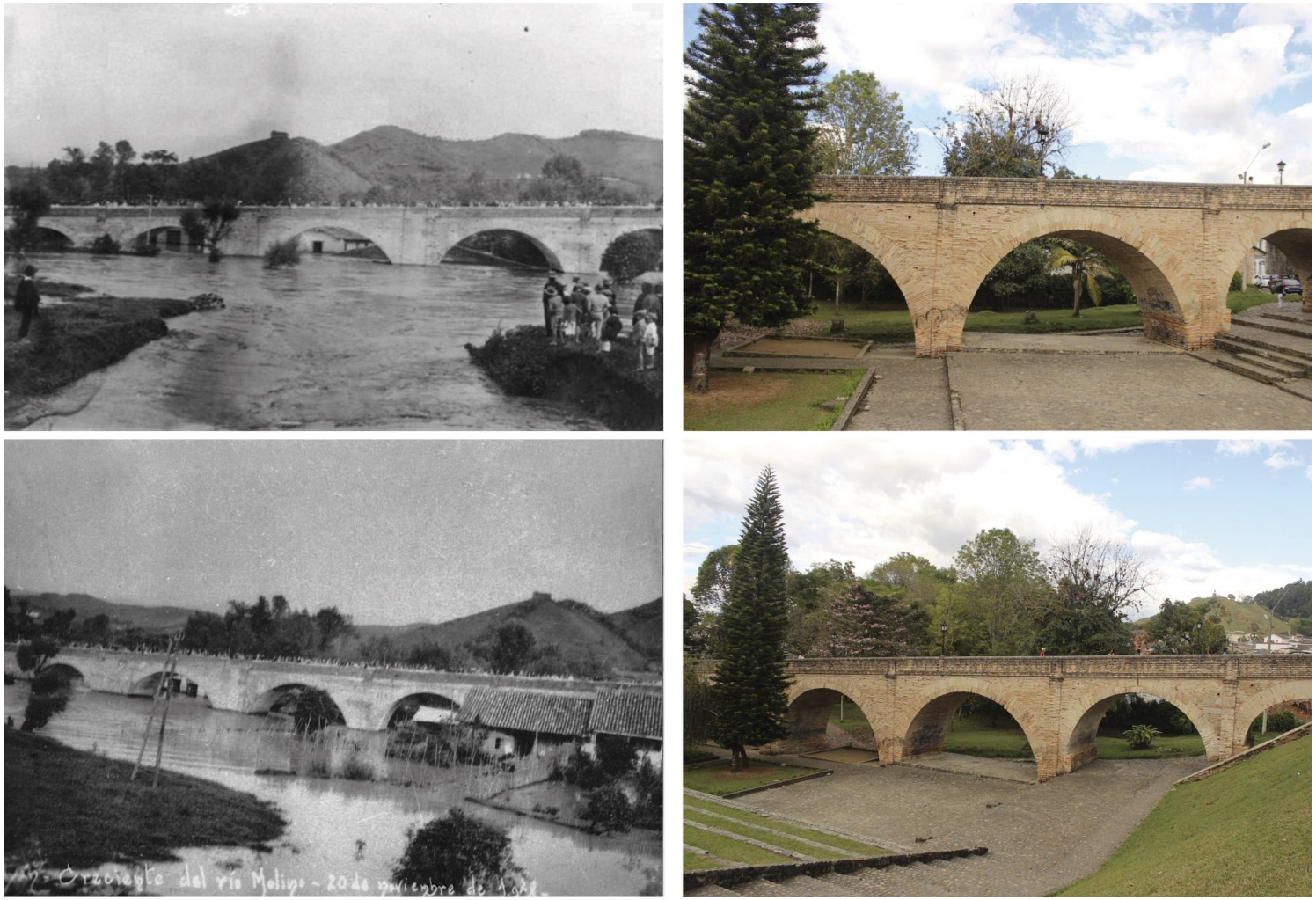



Imagen número 9. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba, quien, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda fue extraída de Facebook: https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73878969022&set=a.73873764022.77043.508379022&type=3&theater. La última es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Año: 1928, probablemente, por lo expuesto en este documento. Se desconocen las fuentes originales. Lugar: Popayán.

Imagen número 10. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba, quien, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda fue extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547310818/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. La segunda es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma y de su autoría. Año: Desconocido. Lugar: Popayán.

Imagen número 11. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. La primera imagen es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Se desconocen el año y sus fuentes originales. La segunda fotografía fue extraída de *Facebook*: https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73871779022&set=a.73776069022.76982.508379022&type=3&theater. Se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

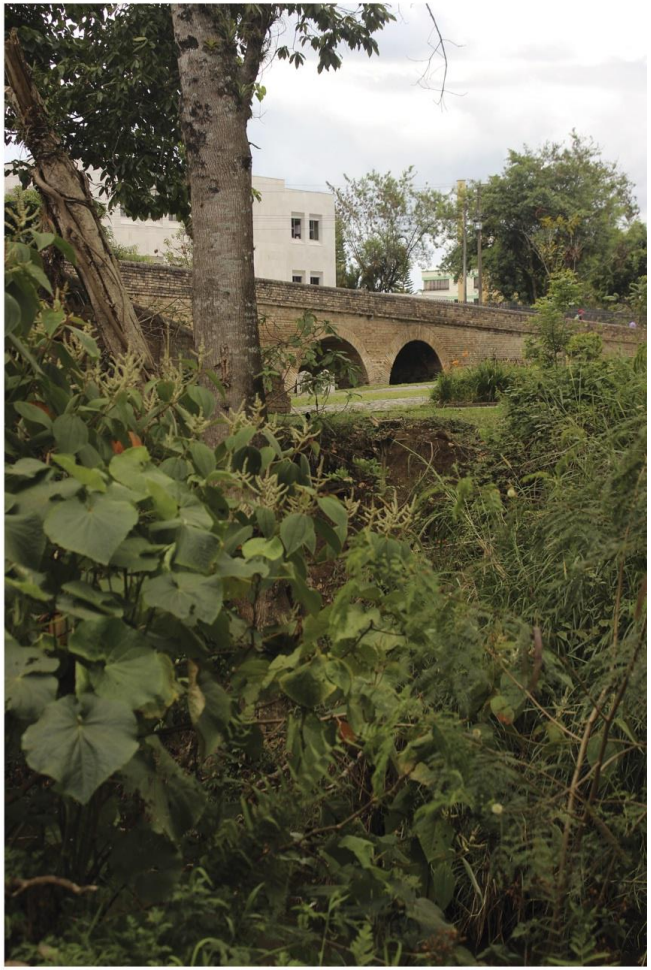


Imagen número 12. La fotografía a color y de la derecha fue tomada por Camila Córdoba bajo mi supervisión y el colaje fue ideado por mí y realizado por ella. Año: 2017. La fotografía de la izquierda fue extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549348247/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. Lugar: Popayán.

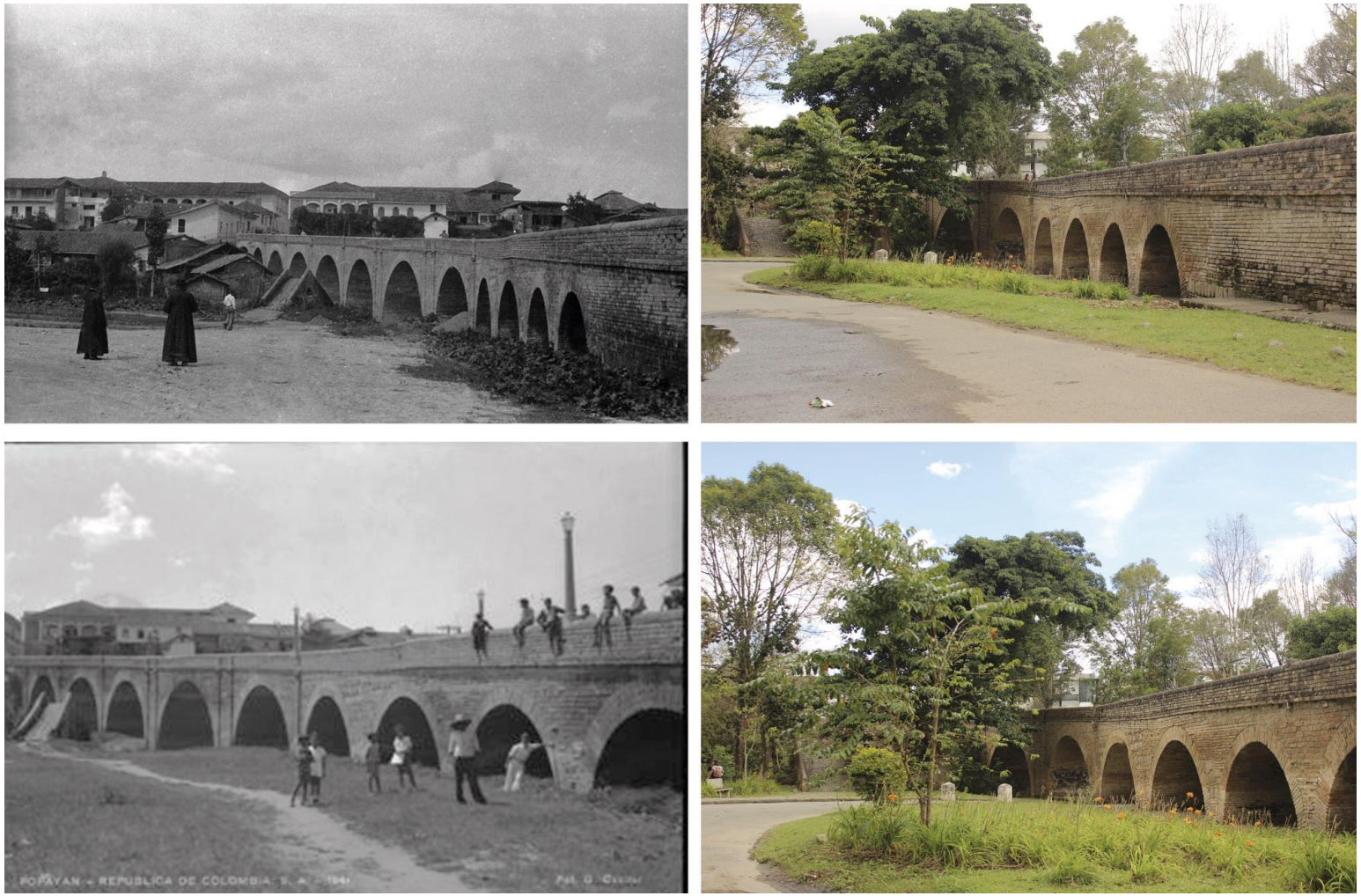



Imagen número 13. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba, quien, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda fue extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4546675467/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. La segunda de la izquierda fue extraída de la colección Gumersindo Cuéllar Jiménez: http://www.banrepcultural.org/node/101300/zoomify. Año: 1941. Lugar: Popayán.

Imagen número 14. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba, quien, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda fue extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4546676175/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. La segunda de la izquierda es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma y de su autoría. Año: Desconocido. Lugar: Popayán.

Imagen número 15. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba, quien, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. Las dos copias fotográficas de la izquierda fueron compradas a Luis H. Ledezma y son de su autoría. Año(s): Desconocido(s). Lugar: Popayán.

Imagen número 16. Fotografía de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

**Sobre la empresa ferroviaria.**

La razón de incluir en esta compilación a la empresa ferroviaria no es sólo porque su edificación principal, a nivel municipal y departamental, estuvo en el barrio Bolívar, también porque nuestros olvidos y desconocimientos, como los habitantes que somos de esta ciudad, crecen cada vez más sobre dicha empresa. La imagen de la página 248 es una copia de un colaje comprado a Luis H. Ledezma. Nótese que el señor Ledezma ha colocado dos años en el siguiente título: "ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DEL PACÍFICO 1.929-1.972"; asumo, por el contexto de las imágenes, que él quiso delimitar tanto el inicio como el final de la empresa ferroviaria y/o la demolición de La Estación, mas ambas son desacertadas. A algunos esta aclaración podrá parecer un asunto banal, pero teniendo cuenta la profesión del señor Ledezma y la amplia difusión de su trabajo, esa fotografía y sus copias están implicadas en una creciente cadena desinformativa sobre ese hecho histórico, cosa que, en adelante, pretendo corregir aunque sea un poco.

La imagen de la página 249 es un colaje de cuatro imágenes. En la primera imagen, sin las abreviaciones, se ha escrito lo siguiente: "Popayán. El arribo del excelentísimo Señor Presidente de la República con motivo de la inauguración del Ferrocarril del Pacífico". Sólo eso, porque visualmente en esa imagen no hay forma de corroborar o ampliar los detalles del hecho, aunque sí se puede aseverar que fue realizada sobre lo que hoy es la calle cuarta del Parque de Caldas y se distinguen una multitud de soldados sobre el suelo empedrado, algunos sombreros de copa y visos de vestidos elegantes, además de un hermoso carro con un escudo colombiano en su frente y la pompa del ambiente, pero nada más asociado a lo anotado sobre la imagen. Mas el mismo señor Ledezma me aclaró un poco la imagen arguyéndome que el presidente en cuestión fue Pedro Nel Ospina, basándose para ello en una cartilla escrita por Daniel Vejarano V. y titulada *TEATRO MUNICIPAL GUILLERMO VALENCIA / SU HISTORIA*; dicho documento, que me facilitó el mismo señor Ledezma, contiene la bibliografía más sintetizada, sincera y genial que he leído hasta ahora, además de un pequeño párrafo extraño, si se tiene en cuenta el nombre del libro, pero muy oportuno para mis intereses y titulado *Llegada del Ferrocarril* en el cual no sólo corroboré lo dicho por el señor Ledezma sobre el nombre del presidente, también una descripción de la inauguración del Ferrocarril del Pacífico en esta ciudad:

> Siendo las dos de la tarde del día domingo 27 de junio de 1926, llega por fin el primer tren a Popayán, deslizándose con el peculiar golpeteo de sus ruedas, sobre las paralelas férreas de la reciente vía; entre el multitudinario regocijo de las gentes, la intermitente sonoridad del silbato, y el alegre pregonero y retintín de la campana, de aquella inaugural locomotora, que entró a la ciudad halando seis coches de lujo colmados de pasajeros y de ilustres personajes que venían en solidario gesto de amistad a celebrar el histórico suceso. Sin embargo lo más sorprendente de este episodio fue el hecho de que quien se hallaba en la cabina del maquinista y accionando las palancas de mando, tenía las manos, la cara y el cabello, salpicados con partículas de cisco; mas al observarlo con detenimiento, resultó ser nadie menos, que el Presidente de la República de Colombia, General Pedro Nel

> Ospina, acompañado del Ministro de Obra Públicas doctor Laureano Gómez, y del Gerente del Ferrocarril del Pacífico, General Alfredo Vásquez Cobo. -El maquinista titular que condujo el primer tren de Cali a Popayán, fue el payanés Abel Ramos Realpe. (Vejarano, 2003, p.10)

Por la presencia del señor Laureano Gómez en ese evento de inauguración ferroviaria cabe anotar algo que, a mi juicio, parece un caso verosímil de injusticia poética y que, hasta ahora, no he leído en otros textos más que en el escrito titulado *Recuerdos de Popayán* de Eduardo Rosero Pantoja y que puede hallarse en el siguiente enlace: http://eduardoroseropantoja.blogspot.com.co/2012/05/recuerdos-de-popayan.html:

> Sabido es que Laureano Gómez, durante su presidencia, en los años 50, se empeñó en desacreditar los ferrocarriles y, para ello dio la orden de que la distancia entre los dos rieles no fuera de 1.20 m., sino de 0.85 m., con lo cual logró que los trenes empezaran a descarrilarse, inmediatamente, al perder estabilidad por la disminución brusca de la distancia que debe separarlos. Este asunto me lo contó el doctor Gonzalo Rincón, quien fungiese en esos años como alto funcionario del Ferrocarril de Antioquia. Sabido es que el susodicho presidente era abogado de firmas estadounidenses a cuyos intereses trabaja él, lo mismo que su reemplazo en la presidencia, el también abogado Roberto Urdaneta Arbeláez. (Rosero, 2012, sin paginación)

Ahora, varios de los hechos referidos en la anterior cita son ciertos, otros verosímiles y algunos de difícil confirmación: Uno de difícil confirmación es lo dicho por el mencionado Gonzalo Rincón al autor del blog, además, una duda razonable puede partir de la anterior cita, pues, como se verá después, el señor Gómez fue ingeniero de profesión, no abogado, aunque por su larga carrera como funcionario público eso podría ser refutable; dos hechos ciertos son que el señor Laureano Gómez sí fue presidente entre los años de 1950 y 1951 y dejó su cargo por problemas de salud en un ambiente político ya convulso que empeoró mucho más durante el mandato del presidente encargado Roberto Urdaneta Arbeláez[227]; además, es viable y verosímil pensar que, aprovechando ese mismo ambiente convulso, uno de los dos presidentes en cuestión, o ambos, pudo o pudieron cometer esos actos viles; mas, sobre esa modificación en el ancho de las vías férreas surge un matiz que dificulta su confirmación: La escasez de datos específicos sobre una empresa poco investigada como lo es la ferroviaria; pese a ello logré hallar dos cosas, entre muchas otras contenidas, en uno de los libros que he consultado, *La mula de hierro* de Gustavo Arias de Greiff, y las destaco porque una de ellas podría estar relacionada con la disminución de las vías férreas referida y la otra podría estar relacionada con el contexto temporal; primero se lee:

[227] Para más información en los siguientes enlaces se pueden leer los dos textos biográficos sobre el señor Gómez y el señor Urdaneta: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/gomelaur.htm y http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/urdaalbe.htm.

> El panorama en 1950 (de la empresa ferroviaria a nivel nacional) seguía siendo el de una serie de empresas inconclusas y desconectadas entre sí, mal dotadas para responder a la competencia de las carreteras. Ya habían sido abandonados los ferrocarriles de Barranquilla, Cartagena, Cúcuta y Nariño y se suspendieron los que estaban en construcción… (Arias, 1986, p.24)

En segundo lugar puede leerse sobre el Ferrocarril del Norte, sección 2a y sobre el Ferrocarril del Nordeste que en 1953 "se angosta de 1 m a 1 yarda para unificar la trocha de todos los ferrocarriles de la nación" (Arias, 1986, p.42), lo cual no coincide exactamente con lo escrito por el señor Rosero Pantoja, pero la falta de más fuentes contrastantes impide corroborar o refutar con amplia certidumbre ese hecho. Ligado a esto, también es menester aclarar que, a inicios del siglo XX, el señor Laureano Gómez se graduó como ingeniero y trabajó en el Ferrocarril del Antioquia.

Retomando el acto inaugural: Sobre ese mismo suceso Arcesio Aragón escribe, en el segundo tomo de *Fastos Payaneses*, que el 7 de junio de 1926 llegó la primera locomotora a nuestra ciudad y el 23 de ese mismo mes se realizó el viaje inaugural con la presencia del entonces Señor Presidente Pedro Nel Ospina. Por su parte, Diego Castrillón Arboleda, en las dos ediciones de su libro *Muros de Bronce* de 1994 y 2007, y en su libro *Muros de Papel*, comenta que dicho evento sucedió en el año de 1926 y coincide también en la mención de Pedro Nel Ospina. Guido Galvis Torres, un Pitingo que aún vive en el barrio Bolívar, en su capítulo "El tren llegaba llorando" del libro *Visiones Alternativas del Patrimonio Local, Popayán una ciudad en construcción*, también anota el año de 1926 como el año inaugural de la empresa ferroviaria en nuestra ciudad, pero menciona, erradamente, que dicha inauguración fue realizada por el presidente Enrique Olaya Herrera, quien sí fue presidente, pero de 1930 a 1934[228]. Por otro lado, un video de *YouTube* titulado *Popayán en 1926* que ya mencioné y que podía hallarse en este enlace: https://www.youtube.com/watch?v=9mJLycQPCjs, y que fue realizado con tomas visuales de la época que probablemente eran mudas, muestra por ello en su secuencia de imágenes varios letreros: Un letrero en el que se indica que la visita duró desde el sábado 26 de junio hasta el miércoles 30 del mismo mes y, además, que distinguidas mujeres en nombre de Popayán visitaron las cárceles para dar regalos a los detenidos: Eso coincide en parte con lo expuesto por Yaqueline Liced Sarzosa Fletcher, en la página 99 de su trabajo de grado titulado *Y el sueño se hizo realidad: el Ferrocarril del Pacífico en Popayán, una esperanza de unión y progreso material 1915-1930*, pues los días programadas fueron 27, 28 y 29 de junio, pero las celebraciones empezaron con alboradas desde el sábado 26; en otro letrero del video también se lee que la gente se congregó el 27 de junio de 1926 a la espera del tren presidencial (escena tal vez retratada o por lo menos muy parecida a una imagen posterior y aquí mismo compilada en la página 252); también aparece otro letrero que muestra los nombres de los señores Pedro Nel Ospina, Presidente Nacional, y Julio Manuel Ayerve, Presidente del Consejo, además, luego se

[228] Léase el siguiente enlace para más información: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/olayenri.htm.

los puede ver dando sus discursos en La Estación; luego, en otro letrero, se lee que hubo un desfile del señor Ospina y su comitiva al Palacio de la Gobernación y aunque la primera secuencia de imágenes posterior no me parece que coincida mucho con ello, pues son sólo algunas pocas personas y algunos carros sobre el Puente del Humilladero, la posterior secuencia de imágenes y el siguiente letrero sí coinciden más; luego aparece otro letrero que anota el lunes 28 de julio de 1926 como el día en el que se les rindieron honores al Señor Presidente Pedro Nel Ospina y a su comitiva: Lo primero es un error llano, pues, por sentido común y por lo ya expuesto, estimo que se alude al día siguiente y no al mes siguiente, ya que el 28 de julio de ese año cayó miércoles; además, en una de esas secuencias de imágenes puede verse con claridad que la primera imagen del colaje que estoy tratando es de ese día antes mal fechado: 28 de junio de 1926; luego se lee un letrero referente a la inauguración del busto del General Pedro Nel Ospina en La Estación y la intervención oratoria de Guillermo Valencia, y aunque no veo el busto sí veo al señor Ospina, al señor Valencia y otras personas en ubicaciones muy similares a las que tenían al inicio del video cuando llegaron el presidente y su comitiva, y también puede verse la escena de la segunda imagen del colaje en cuestión, sobre la cual se ha escrito lo siguiente sin las abreviaturas y, a mi juicio, con la misma caligrafía de la primera imagen: "Popayán. Valencia pronuncia su magistral discurso ante el excelentísimo Señor Presidente, al inaugurar el Ferrocarril del Pacífico"; también pueden verse a Valencia sobre el atril, a algunos curas tonsurados, a hombres y a mujeres y a niños muy bien vestidos, y también puede verse lo que parece una antigua cámara fotográfica, además, si no queda claro, resulta evidente que aquella celebración se realizó en el barrio Bolívar, y gracias al milagro que son los libros y por la labor del Instituto Caro y Cuervo que en 1973 publicó tres tomos de sus discursos, hoy podemos conocer los discursos que este personaje payanés escribió y pronunció en vida, y entre ellos destaco uno de los dos sobre Pedro Nel Ospina, pues, fue el que pronunció en La Estación, según lo anotado en su introducción, el 27 de junio de 1926 (aunque, como anotaré más adelante, esa fecha podría estar errada); no me referiré mucho al discurso en cuestión para no alargar más este asunto, pero destaco dos cosas curiosas: Primero, me parece que Valencia cultivó, en varios de sus discursos, el panegírico amplio y encomioso como un género literario que no se limitó sólo a sus filiaciones políticas y estéticas, como algunos con ignorancia suelen estimar toda su obra; segundo, considero que un discurso como ese no sólo dice mucho de él, también de sus auditorios, de aquellos payaneses que, según rumores de oídas, completaban los versos de su poema *Anarkos* cuando él los olvidaba en público, a diferencia de hoy que en el habla cotidiana dizque *Anarkos* es, la mayoría de las veces, un centro comercial y nada más. Retomando: La forma sucesiva en que ha sido expuesto ese evento inaugural en el video, los errores y los espacios físicos repetidos me llevaron a dudar aún más de las fechas y, por ende, bien se podría pensar que, a causa del montaje secuencial del video y su edición y otros detalles expuestos, los discursos de los señores Ospina, Ayerve y Valencia fueron leídos el 27 de junio, mas considero que eso puede ser falso, y que dichos discursos sí fueron leídos en La Estación, pero de forma consecutiva los días 27 y 28, o por lo menos eso me atrevo a escribir después de ver, pese a la baja calidad de sus secuencias visuales, que se cambiaron algunas cosas presentes al inicio del

video (es decir, lo grabado a mi parecer el 27 de junio) y al final del mismo (el 28 de junio): Como las vestimentas de la señora que acompaña al señor Pedro Nel Ospina y también el mantel y una mesa contigua a ellos. A todo esto también sumo una duda razonable que nace del referido escrito del señor Arcesio Aragón, pues no sería sensato que alguien tan importante como un presidente realizara un viaje sin que antes los encargados probaran a cabalidad la vía, así que, fácticamente, es posible que la primera llegada de una locomotora por la vía férrea ocurriera antes del 27, quizás el 7 como lo refiere el señor Arcesio Aragón, mas, al final, son sólo minucias mías que para algunos rayarán en la manía. Y sí, mi burla sobre la fechas es así de seria. Siguiendo con las otras dos imágenes del mismo colaje, pueden verse otra vez hombres militares uniformados y otros con sus buenos trajes, además de algunas banderas distinguibles y algunos otros bellos carros muy parecidos a los de la anterior foto, verbigracia sus placas, y también es distinguible el lugar donde fue capturada la imagen: Se trata del frente de la Catedral de Popayán, y en los detalles que se dan sobre esas dos imágenes en sus fuentes originales reza: "Presidente Miguel Abadía Méndez en la inauguración del Ferrocarril del Pacífico – 1926". Por lo que he expuesto se puede determinar que es un error de catalogación; además, el señor Abadía Méndez, quien es mejor recordado en la memoria nacional, si es que esta ya no es más olvido que memoria, por sus nexos con la Masacre de las Bananeras y porque su gobierno fue el último de la hegemonía conservadora, ocupó su cargo como presidente desde el 7 de agosto de 1926 hasta el 7 de agosto de 1930 y Pedro Nel Ospina lo ocupó desde el 7 de agosto de 1922 hasta agosto de 1926 cuando, sin contendor, el señor Abadía Méndez fue elegido presidente[229]. Y aunque la calidad de las dos imágenes no es la mejor, puede que uno de los hombres que aparece en ellas sí sea el señor Abadía Méndez, ya que comparé varias imágenes suyas que aparecen en *Google* y *Wikipedia* y creo que ciertos anteojos y una frente amplia de entradas notorias parecen coincidir con las de un hombre en las imágenes mal catalogadas; de ser él, desconozco las razones de su visita, probablemente consecutiva a la del señor Pedro Nel Ospina y, ligado a esto, en *Wikipedia*, la única fuente más o menos fiable en la que encontré datos sobre sus cargos, se lee que el señor Abadía Méndez fue, durante el gobierno del señor Pedro Nel Ospina, Ministro de Gobierno desde el 2 de enero de 1924 hasta el 8 de junio de 1925[230], sabiendo eso es posible que no lo acompañara en su visita durante junio de 1926. Es válido aclarar este detalle porque la cuenta de *Flickr* del señor Arboleda es bastante conocida y alguien desinformado podría llegar a pensar, entre otras cosas, que el señor Abadía Méndez reinaugura lo ya inaugurado por Pedro Nel Ospina, su predecesor en el cargo de la presidencia, pues, eso es un asunto que en nuestro país no resulta raro ya que las inauguraciones y reinauguraciones, fundaciones y refundaciones, tienen unas presencias interesantes en nuestro devenir, empero y como escribí, es un error lo anotado en las fuentes originales de las susodichas imágenes.

[229] Para más información pueden leerse, respectivamente, estos dos textos biográficos sobre los presidentes Miguel Abadía Méndez y Pedro Nel Ospina texto salvaguardado en los siguientes enlaces: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/abadmigu.htm y http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/ospipedr.htm.

[230] Enlace: https://es.wikipedia.org/wiki/Miguel_Abad%C3%ADa_M%C3%A9ndez.

Imagen número 17. Copia fotográfica de un colaje comprado a Luis H. Ledezma y de su propia autoría, no así todas las imágenes que aparecen en él. Año: Desconocido. Lugar: Popayán.

Imagen número 18. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Las fotografías fueron extraídas: Del archivo de Luis H. Ledezma, como una copia comprada a él mismo, y del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625139417/in/album-72157623807499003/, https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625744034/in/album-72157623807499003/ y https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625743878/in/album-72157623807499003/. Las primeras dos fueron tomadas en el año de 1926; las otras dos fueron tomadas, probablemente y por lo expuesto en este documento, durante la presidencia de Miguel Abadía Méndez (1926-1930). Se desconocen sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

En la imagen de la página 251 puede verse la evidente construcción de lo que hoy es un fantasma: La Estación. Nótense las largas escaleras y andamios de guadua y un temerario personaje sobre el borde del segundo piso, también la multitud de niños, mujeres y hombres descalzos y un curioso coche halado por un caballo blanco y lo que parece la parte delantera de un carro.

En la imagen de la página 252 se ve a una multitud de personas con rostros asombrados e irrepetibles contemplan encaramados, descalzos, fumando y muy bien vestidos con sus trajes, chalinas y sombreros, probablemente, la llegada inaugural de una locomotora a La Estación aún inacabada. Para más señas fue tomada desde la parte trasera del edificio. Sobre este suceso cito un fragmento del libro *Lo que el viento no se llevó* de Juan José Saavedra:

> A Popayán la primera locomotora llegó, echando humo, en 1925[231]. "La estación" era un punto de referencia local, y cómo sería la falta de televisión que la gente iba a ver la llegada del aparato. La entrada al andén costaba cinco centavos y la campana enteraba a la concurrencia del lugar en dónde se encontraba el tren: tres golpes indicaban que acababa de salir de Matarredonda; dos, que estaba en Piendamó y uno que había llegado a Cajibío. Los muchachos ponían la oreja sobre el riel para calcular, a través de la vibración, qué tan lejos estaba, y ponían una moneda para que la mole la aplanara.
>
> El cargo de "jefe de estación" era de lo más importante; se cuenta que uno de ellos se quejaba de que los hijos le habían resultado borrachos y jugadores, y un amigo le dijo:
>
> —Si trabajás en los ferrocarriles nacionales, ¿cómo querés que los hijos no te salgan vagones?
>
> Se tardaba cuatro horas de Popayán a Cali, en bajada, y cinco de Cali a Popayán, en subida. El viajero podía llevar libros breves como *La puñalada*, pero los más previsivos, en vista de que podía haber derrumbes, llevaban *La guerra y la paz*. La decadencia de los trenes empezó en la segunda mitad del siglo XX. Los sindicatos se comieron la empresa; a los dueños de buses, busetas, camiones y tractomulas no les convenía la competencia, y un alcalde estúpido voló con dinamita la estación de Popayán, para dejar un lote que fue invadido cuando el terremoto del 83. (Saavedra, 2015, pp. 49 y 50)

[231] Como ya sabemos, pese a ser muy probable que el viaje del señor Pedro Nel Ospina, en 1926, no fuese el primero de facto, el año de 1925 podría ser una fecha demasiado precoz y por ende errada para un primer viaje hasta esta ciudad.

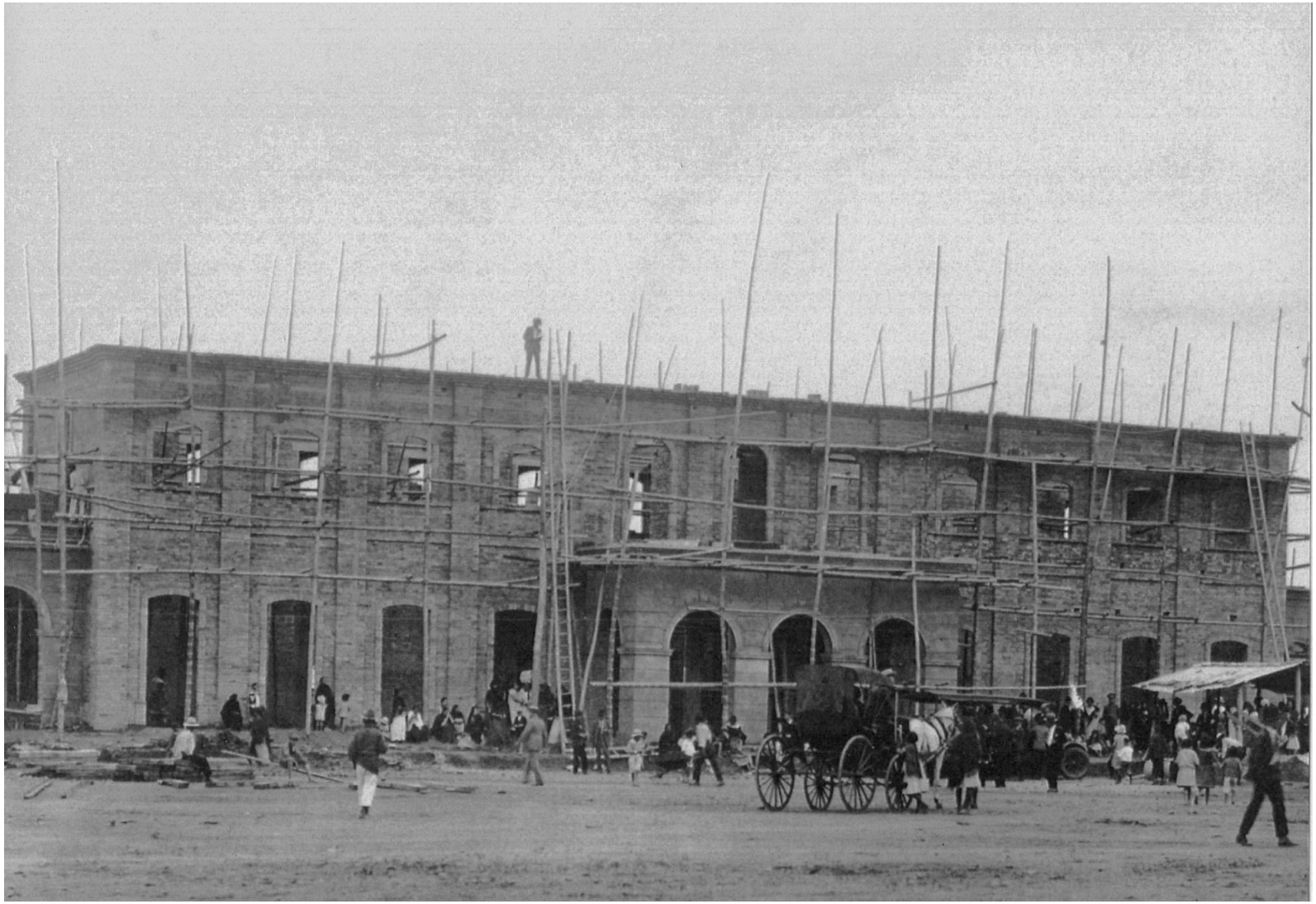


Imagen número 19. Copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Por lo expuesto en este documento es probable que fuese tomada en el segundo lustro de los años veinte del siglo pasado. Se desconocen sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

Imagen número 20. Copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Por lo expuesto en este documento es probable que esta fotografía fuese tomada en el año de 1926. Se desconocen sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

La imagen de la página 257 es un colaje de cuatro imágenes. En casi todas las imágenes se alcanza a leer: "FERROCARRIL DEL PACÍFICO", y también alcanza a verse, en la fachada del edificio, un escudo que quizá corresponda al de nuestra ciudad. Del frente de La Estación casi no he conseguido fotografías y estas imágenes son algunas de las pocas que lo retratan. Uno de los cambios más perceptibles en estas imágenes, aunque con algo de dificultad, es el de los monumentos que se ven en tres de ella porque no son los mismos: En dos de ellas se trata de una estatua del General Santander que hoy yace en la glorieta de la vía Panamericana, contigua a la terminal de transporte y, quizá por su pretérita presencia la avenida de Las Palmas también era y es conocida, aunque por unos pocos, como avenida Santander, aunque hoy esa calle tiene varias placas y letreros que la nombran como avenida Mosquera, quizá por el general Mosquera; y el monumento de la otra imagen es el busto del señor ex presidente Pedro Nel Ospina, pues, en esa misma imagen, junto a las cuatro mujeres, alcanza a leerse con dificultad: "Al presidente / Gral. Pedro Nel Ospina / Popayán agradecido / 27 de junio de 1926"[232]. Este asunto, quizá también banal, se une a lo ya expuesto y, además, tiene relevancia en el contexto planteado por Diego Castrillón Arboleda en un pie de página que puede hallarse en ambas ediciones de *Muros de Bronce*, en el "Capítulo 15. Cruz Roja. Estación del Ferrocarril" y que aquí transcribo:

> Pero la política también tuvo su parte. En 1916, la estatua del sabio Caldas desalojó de su sitio hacia la población conservadora de Timbío la antigua pila de cantera colocada allí en 1805 por el alcalde ordinario Antonio Lemos, que era realista; el gobernador liberal de 1942 erigió la estatua del general Santander para reemplazar el busto del presidente conservador Ospina el cual fue trasladado a la plaza de Timbío y canjeado por la pila de cantera que regresó a la plazuela de Santo Domingo, a instancias del rector que era liberal; finalmente, derruida la estación del ferrocarril por un alcalde que era conservador, Santander quedó sin plaza y debió ser removido a la glorieta del terminal de transportes, por un alcalde liberal, representado ad hoc a través de un discurso pronunciado por un historiador conservador. (Castrillón, 2007, p.54 y Castrillón, 1994, p.41)

Sería absurdo y errado de mi parte descartar de tajo que las filiaciones políticas tuvieran influencias en esos actos, pero, respecto a esos últimos y teniendo en cuenta un sano matiz refutatorio, también deberían tenerse en cuenta sus límites al momento de interpretar e hipotetizar, pues, tanto el ex presidente Pedro Nel Ospina que inauguró La Estación como el alcalde que secundó la demolición de la misma eran miembros del partido conservador, mas no por ello dejo de estimar que las filiaciones políticas tuvieron sus influjos en el devenir de la empresa ferroviaria payanesa.

La imagen de la página 258 es un colaje de tres fotografías. En la primera imagen, al fondo, alcanza a leerse "Cooperativa de Caficultores del Cauca", y en las dos imágenes de la izquierda también pueden verse parte del resto de La Estación, algunos vehículos: Carros, camiones, lo que

[232] Recuérdese que atrás ya diserté sobre esta fecha.

parece una chiva y dos bicicletas, además de las personas expectantes y las sencillas zorras; en la imagen de la derecha puede verse una tarde de festividades retratada desde La Estación.

La imagen de la página 259 es un colaje de cuatro fotografías. En todas ellas puede apreciarse la parte trasera de La Estación, o sea, su zona de abordaje. En una aparece Belén distante y borroso; en las demás pueden verse a algunas personas y al fondo el autoferro, ocultando, según me dijo el señor Ledezma, una particularidad (que fue puesto con un fotomontaje), y parte del templo de San Francisco. Todas esas fotografías fueron tomadas no sólo desde lo que aún hoy es el barrio Bolívar, también muy cerca de donde hoy es el barrio Belalcázar.

En los colajes de las páginas 260, 261 y 262 puede verse la vía ya referida y conocida como avenida Las Palmas o avenida Santander o avenida Mosquera, en sentido sur-norte en los dos primeros colajes y en sentidos norte-sur en el tercero. Véanse las curiosas escenas cotidianas: El cerco de La Estación, la ausencia de palmeras en un inicio, las cuales irán creciendo en cada imagen hasta su casi total, o total, desaparición hogaño. Hoy, grandes partes de lo que fue La Estación y su corredor férreo dentro del área urbana, son segmentos de las carreras sexta y sexta A, la carrera séptima, algunos lotes que hasta hace poco estuvieron desocupados por mucho tiempo y la ciclovía.

Como anotación destaco dos cosas: Primero, hace poco me hizo saber un empleado del Instituto Agustín Codazzi de la existencia de seis fotografías aéreas en las que aparece La Estación, mas, lamentablemente, no pudo vendérmelas por lo demandante que resulta ese particular trabajo de buscarlas en un archivo fotográfico tan inmenso y su poco tiempo libre para ello; segundo, en varios sentidos es muy curioso y muy lamentable que, hasta ahora, yo no haya logrado hallar fotografías y/o videos de la demolición de La Estación pese a que existió durante varias décadas del siglo XX; por otro lado no tan alejado de todo esto, me resulta curioso que haya más fotografías sobre sus inicios que sobre su fin. Gustavo Arias de Greiff explica de forma concisa algunas de las razones que llevaron al fin de la empresa ferroviaria en un texto que hallé hace poco, y que lleva por título “El ferrocarril a Popayán y otras divagaciones” compilado en el libro *Popayán, 470 años de historia y patrimonio*, en el cual anota:

> En 1930, subió a la presidencia el partido liberal, después de un largo período conservador. Naturalmente, todo lo hecho por este estaba mal y, respecto al énfasis puesto durante los gobiernos de “la hegemonía” en los ferrocarriles, se criticaron fuertemente las inversiones en la construcción de vías. Hubo amargos debates en el congreso y, con cifras inexactas, se acusó a los gobiernos de Pedro Nel Ospina y de Miguel Abadía Méndez por inmensos despilfarros.
>
> Para desgracia de los ferrocarriles (y de los colombianos actuales), a la actitud anterior se sumó la crisis mundial de 1929, que obligó a detener las construcciones en marcha y a cancelar contratos e inversiones futuras. Por lo tanto, el gobierno de Olaya Herrera decidió centrarse en la construcción de carreteras. La decisión en sí no era mala; pero

condujo a casi suspender las obras en ferrocarriles ya comenzados o a no iniciar aquellas de importancia fundamental para el país. En efecto, no se continuó la línea del Pacífico que iría hasta Pasto y a la frontera con Ecuador, trazada en 1928.

La aparición de los primeros vehículos automotores, a finales del siglo XIX, con los desarrollos de Otto y de Diesel y sus ventajas de la flexibilidad en el transporte, impusieron cambios en los ferrocarriles mundiales. Los colombianos, incompletos y nunca modernizados, sufrieron un impacto mayor por estar sometidos a grandes costos fijados por el gobierno (como transportar gratis la carga y los pasajeros oficiales, que llegaron a representar el 30% de los ingresos de Pacífico hacia finales de los años veinte, o como tener que trabajar con tarifas "políticas", administrar o construir obras ajenas a sus fines de transporte –el Palacio Nacional de Cali, el acueducto de Buenaventura, la planta eléctrica de Dagua- etc.).

Además, la competencia de la carretera en el país fue desleal con aquiescencia del gobierno, pues fue usada por los particulares sin contribuir a pagar los costos de construcción o de mantenimiento que, en el caso del ferrocarril, eran cubiertos por las empresas ferroviarias con sus ingresos operacionales.

¿Por qué en Europa, Estados Unidos, China o Brasil y Argentina los ferrocarriles se consideran fundamentales en la economía? La respuesta a ese interrogante se resume en que allí las vías férreas se terminaron de construir y se modernizaron a la par con la carretera. Aquí no las completamos y, después de 130 años de comenzado el ferrocarril de Antioquia con las pobres especificaciones dadas por Cisneros, seguimos con los mismos trazados e idénticas características de bajas capacidades de transporte y de velocidad, adecuadas a la época en que se comenzaron, pero, ciertamente, no para el día de hoy.

Retomando el asunto del ferrocarril a Popayán, puntualizamos que, al principio y a juzgar por las estadísticas, su operación constituyó un éxito y, hacia 1930, la estación de la ciudad manejaba casi tanta carga y pasajeros como la de Cali. En el trayecto se construyeron estructuras notables como los puentes sobre Cauca en Suárez, el de Palacé y el de Piendamó, el viaducto de Piedra Gorda en Cajibío, de 30.75 metros de luz y 24 metros de altura o el túnel del kilómetro 124.

Pese a ello, su auge fue breve: bien pronto se mejoraron y pavimentaron las carreteras paralelas a la vía férrea, las cuales desde su inicio se hicieron de doble vía, mientras el ferrocarril continuaba de vía sencilla. La velocidad de los automóviles, buses y camiones pronto superó las de los trenes y este único factor contribuyó a la rápida decadencia del transporte férreo. No importa que la carretera resulte más cara, si ofrece ventajas en ahorro de tiempo, flexibilidad, capacidad de prestar servicio puerta a puerta o en la emoción de viajar a 150 kilómetros por hora cuando el límite de velocidad es de 80.

> A partir de 1945, el país experimentó, como todos en el mundo, el increíble desarrollo del transporte aéreo que, desde el primer momento, desplazó pasajeros del tren y de la carretera a pesar de su alto costo.
>
> En el caso del ferrocarril a Popayán, sin embargo, fue la carretera la que causó que paulatinamente se perdiera el tráfico por rieles. Hacia 1970, se movían tan solo 100 toneladas diarias de carga entre Cali y Popayán, y menos de esa cantidad en sentido inverso. En consecuencia, el ferrocarril desapareció del panorama.
>
> El ferrocarril del Pacífico generó utilidades continuas hasta 1946 y empezó a registrar pérdidas desde 1947. De hecho, las toneladas de carga transportadas, que llegaron a más de 1 millón 230 mil en 1950, descendieron poco a poco. Así, en 1967 se movilizaron 916 mil toneladas y en 1974 ya la cifra se había reducido a 623 toneladas. Este año se suspendió el servicio a Popayán y el ferrocarril funcionó exclusivamente de Cali hasta Suárez, en la línea Sur. Posteriormente, en alguna fecha que pasó desapercibida, se demolió la estación de Popayán. (Arias, 2006, pp. 173-175)

Más adelante, sobre esto último que escribe el señor Arias de Greiff, expondré algunos de mis hallazgos.

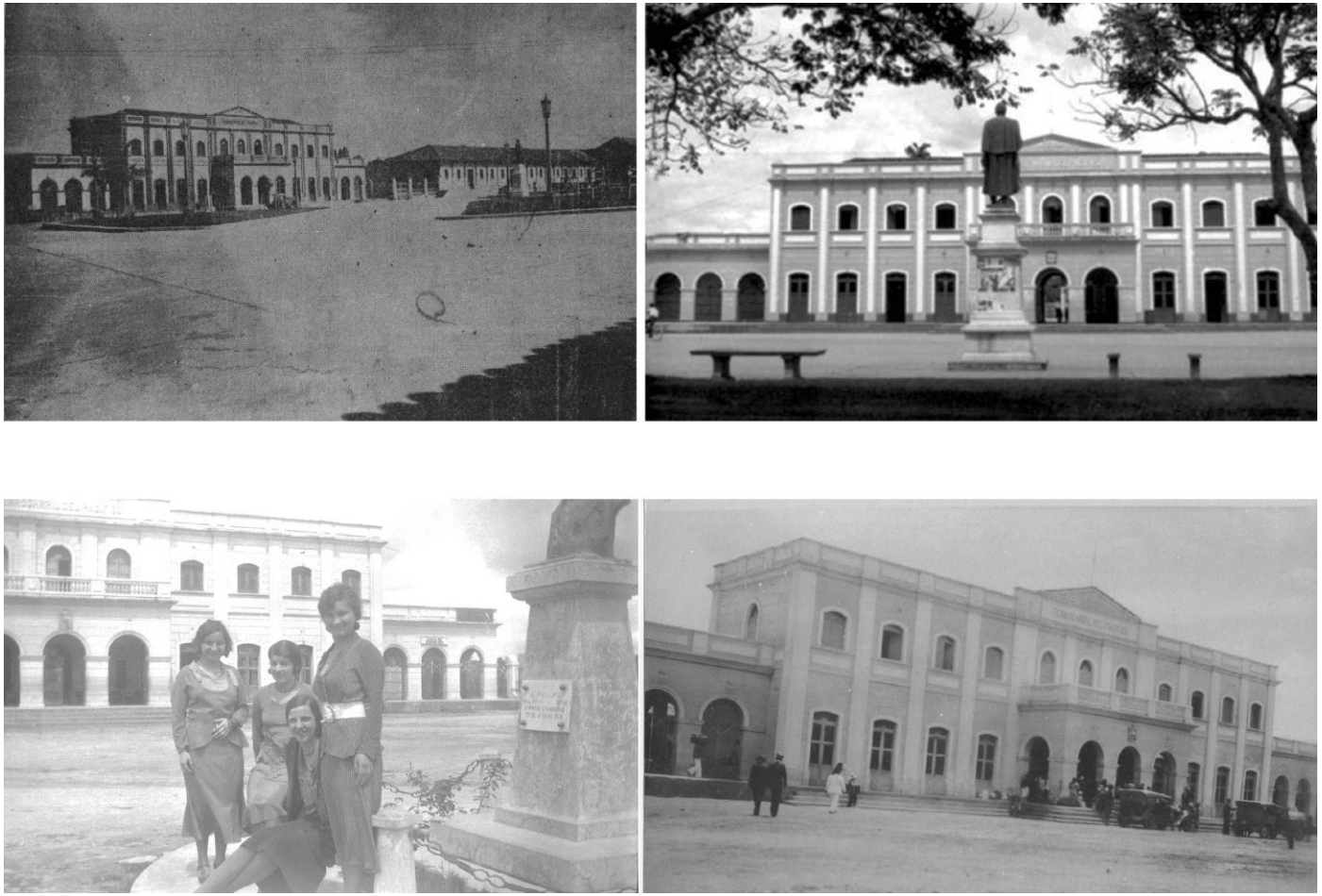
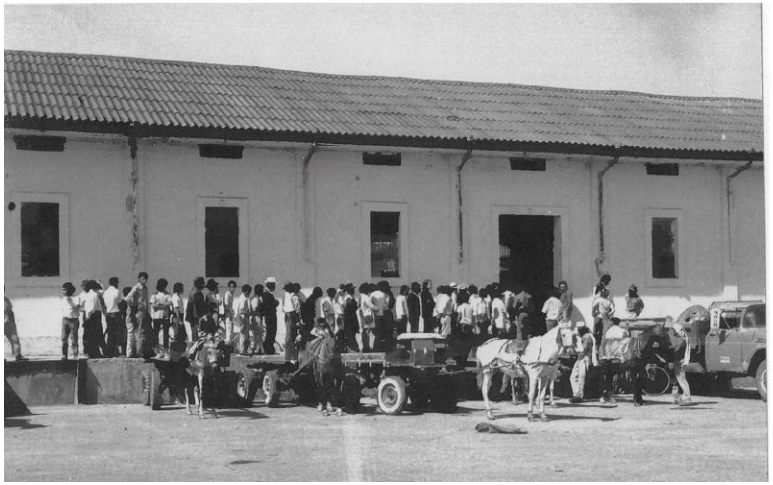


Imagen número 21. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Las fotografías fueron extraídas: Del archivo fotográfico de Luis H. Ledezma, como copias que le compré, la primera y la cuarta, siendo sólo la cuarta de su autoría y la primera de autoría desconocida; la segunda fue extraída de Internet: http://elnuevoliberal.com/memoria-grafica-de-popayan/estacion-del-ferrocarril-del-pacifico-de-popayan-1-930/ y se desconocen el año y sus fuentes originales.; y la tercera fue extraída del archivo de Juan Pablo Negret en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jpnegret/2674851819/in/album-72157606209964263/ y también se desconocen el año y sus fuentes originales. Parece que la madre del señor Negret aparece en esa fotografía. Lugar: Popayán.



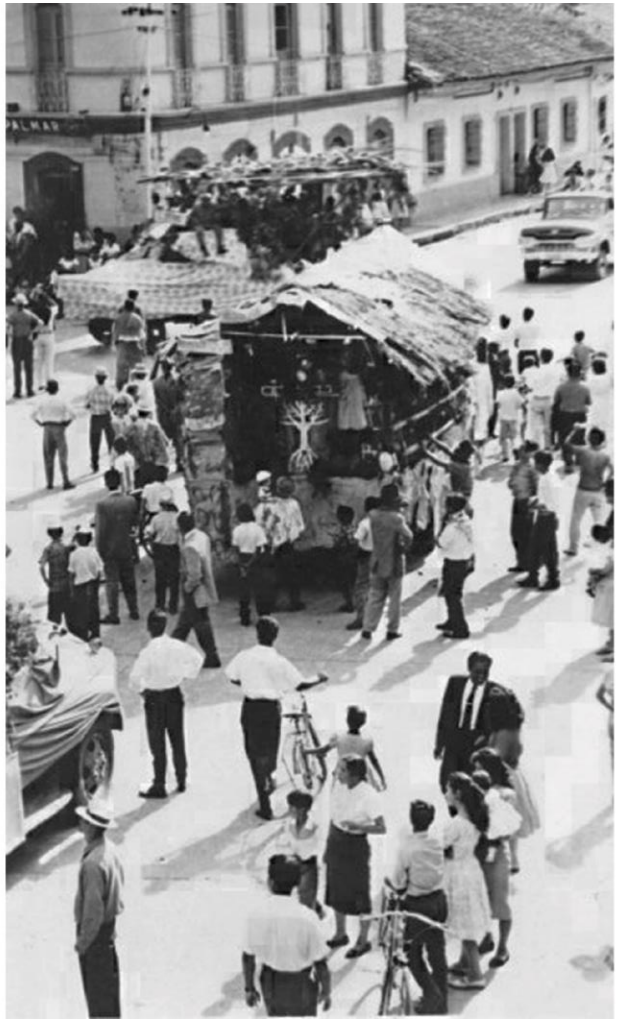


Imagen número 22. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Las dos de la izquierda son copias fotográficas compradas a Luis H. Ledezma y son de su autoría. Año(s): Desconocidos(s). La de la derecha fue extraída de *Facebook:* https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73855559022&set=a.73776069022.76982.508379022&type=3&theater. Se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

Imagen número 23. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Las dos primeras y la última son copias fotográficas compradas a Luis H. Ledezma, quizá de su autoría la mayoría de ellas. Año(s): Desconocido(s). La otra copia fotográfica fue extraída de este enlace: https://twitter.com/twiteroscali/status/696696465918337026. Se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

Imagen número 24. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Camila Córdoba, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda fue extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549985780/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. La segunda de la izquierda es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

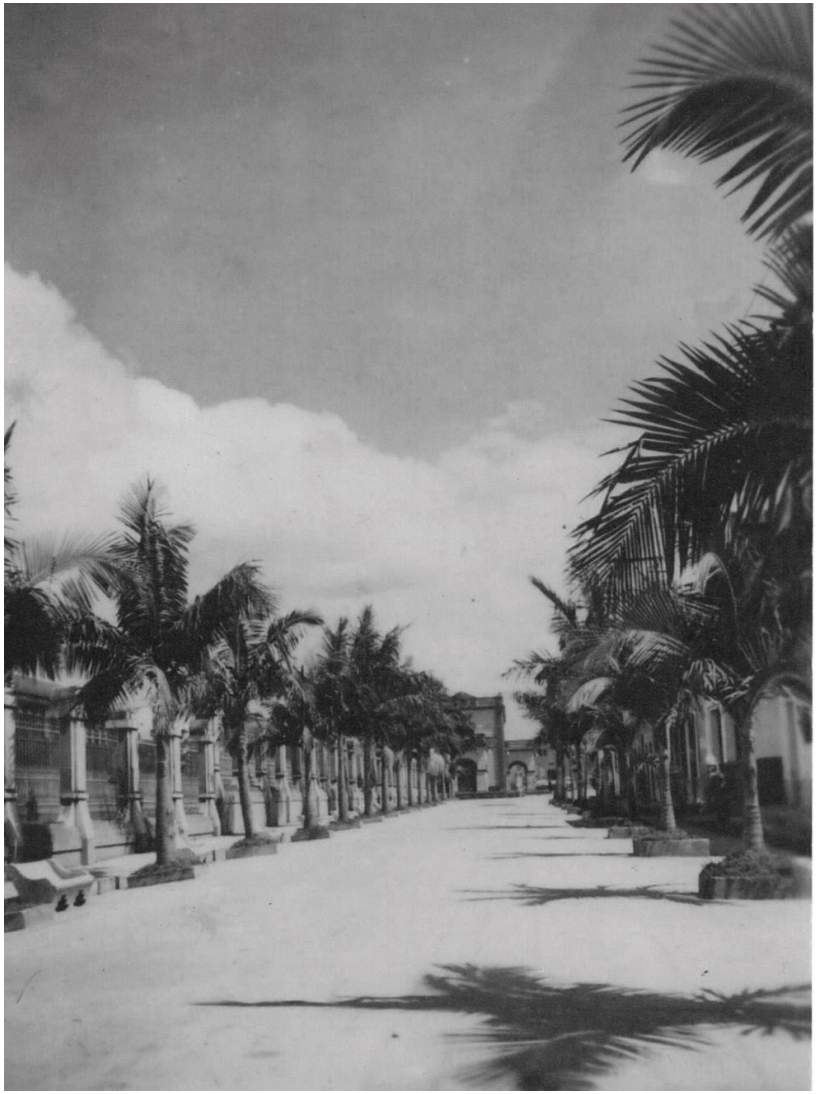


Imagen número 25. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Camila Córdoba, bajo mi supervisión, tomó la fotografía a color de la derecha. Año: 2017. La fotografía de la izquierda es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma y de su autoría. Año: Desconocido. Lugar: Popayán.

Imagen número 26. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Camila Córdoba, bajo mi supervisión, tomó las fotografías a color de la derecha. Año: 2017. La primera fotografía de la izquierda es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma y de su autoría. Año: Desconocido. La segunda de la izquierda fue extraída del archivo de Juan Pablo Negret en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jpnegret/3730326169/in/album-72157621612073274/. Se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

La imagen de la página 265 es un colaje de dos fotografías. Pueden verse dos edificios de origen ferroviario: La Cruz Roja y La Casona del Ferrocarril, oculta entre palmeras; ambos aún están en el barrio Bolívar.

La imagen de la página 266 es una fotografía en la que pueden verse varias mujeres y niños cargando madera a un lado de la vía férrea y el templo de San Francisco al fondo. Esta fotografía fue tomada muy cerca desde donde hoy está la estación de gasolina del barrio Bolívar, en la calle décima norte entre carreras sexta y sexta A.

La imagen de la página 267 es un colaje de dos fotografías. Son dos de las pocas imágenes que he hallado de las locomotoras. Según el mismo señor Ledezma, la fotografía de la arriba fue tomada muy cerca desde donde hoy está ubicada la ya mencionada estación de gasolina del barrio Bolívar, tal vez unos metros más hacia el norte geográfico; la otra es una locomotora viajando desde Cali a Popayán, según lo anotado en la fuente original.

Las fotografías de los colajes de las páginas 268, 269, 270, 271, 272 y 273 son de mi autoría. Respectivamente pueden verse en la página 268: El Campamento de Yambitará a un lado de la ciclovía y nótese, entre tantos garabatos, el mural representando a La Estación y la posible fecha de su creación: 13 de diciembre de 2007. En las imágenes de las páginas 269 y 270 puede verse un puente de origen ferroviario sobre el río Cauca que comunica con la vereda Gonzáles y está contiguo al Centro Recreativo Comfacauca: Nótese su falta de mantenimiento en el óxido, en las barandas dobladas y en las faltantes que comprometen las integridades de la estructura y de los viandantes que la hemos usado muchas veces con fidelidad nociva durante décadas, esa misma estructura ha tenido sólo una modificación relevante: El paso peatonal que no está tan deteriorado; también, por lo expuesto hasta ahora y basado en las posibles fechas del primer viaje de una locomotora a Popayán y la fecha actual, estimo que ese puente puede ya ser nonagenario. En dos fotografías de la página 271, según me dijeron algunos habitantes del sector, pueden verse un pequeño túnel y un puente sobre el mismo, ambos de orígenes ferroviarios, entre la vereda Gonzáles y el barrio Bello Horizonte, además, sobre el mismo túnel se halla un tramo la vía Panamericana; mas, de esa afirmación no estoy tan seguro, pues, aunque sí creo que esa vía sobre la cual está el túnel hizo parte del corredor férreo y por ella pasó el tren, el tramo de la vía Panamericana me hace dudar sobre los posibles orígenes ferroviarios del túnel y del puente, aunque, como refutación a esto último, bien pudo existir parte de una vía, quizá del Camino Real y, desde que se planteó la empresa ferroviaria en esta ciudad, se hicieron necesarias las construcciones de dicho túnel y de dicho puente; en otra fotografía puede verse una casa contigua al motel Bello Horizonte: Me dijo una de sus habitantes que antes del Terremoto de 1983 allí se hallaba un campamento ferroviario que fungía como pequeña estación y que funcionaba junto a la bodega de la otra fotografía de ese mismo colaje, que es la misma bodega de las dos páginas siguientes, las 272 y 273: Dicha bodega, al parecer otrora ferroviaria, hoy hace parte del barrio La Cruz Roja, vecino del barrio Bello Horizonte, y es usada, pese a su fachada derruida, como un tipo de polideportivo cuyo interior está mejor conservado. Lamentablemente, y por si no ha quedado claro, en torno a las edificaciones de orígenes

ferroviarios y la vida de dicha empresa, los descuidos y los olvidos son las características y los patrones más presentes.

En la fotografía de la página 274. Puede verse en ella un campamento ferroviario que conocí hace poco por los comentarios de algunas personas cercanas. Se halla sobre la calle sesenta y cinco norte, entre una invasión y la variante norte. Nótese que su diseño es muy similar al del campamento de Yambitará y, probablemente al que tuvo el campamento de Bello Horizonte, aludido antes y hoy inexistente. Aún hoy, y desde hace varias décadas, casi cincuenta años, en ese campamento, que ya hoy es una casa, vive parte de la descendencia de Luis Alfonso Tulande Vivas y Rosa Elvira Vergara de Tulande, oriundos de Los Anayes Pequeño. Ellos llegaron a Popayán después de la muerte de sus padres. El señor Tulande se encargó de las reparaciones de ese campamento, tanto las anteriores como las posteriores al Terremoto de 1983, y durante algunos años pagaron arriendo, hoy ya no. El colaje de la página 275 está compuesto por dos fotografías, aunque la primera es una fotografía que hice a otra fotografía. En la primera imagen pueden verse a Carlos Tulande Vergara, Luis Elvio Tulande Vergara y Luis Alfonso Tulande Vivas, además de lo que parece ser la parte de un riel junto a las plantas; en la otra imagen pueden verse a doña Rosa Elvira Vergara de Tulande y su nieto.

El colaje de la página 276 está compuesto por cuatro fotografías. El señor Ledezma me comentó que había planes inacabados para conectar Popayán y Pasto a través de la empresa ferroviaria y fue por ello que llegué a dos veredas para comprobar la existencia de algunos vestigios que sí existen y al parecer sí podrían pertenecer a la empresa ferroviaria y que en su momento fueron adelantos de esos planes inacabados. Los vestigios son dos: El primero es esa estructura visible desde diferentes ángulos en tres imágenes; el segundo es un esbozo de túnel difícilmente visible. Creo que el plan era hacer la vía asumiendo con rodeos la pendiente del terreno y atravesar el resto a través del túnel. Y aunque hoy ese túnel resulta inexistente, le dio los nombres a las dos veredas: El Túnel Alto y El Túnel Bajo. Para más señas: La parte oscura y profunda de la última fotografía es lo poco que puede percibirse del túnel y, por lo que me dijeron algunos vecinos de la vereda El Túnel Alto, hace algunos años podían verse, aunque a medio acabar, ambos lados, mas, para mí fue imposible fotografiar el otro lado por las condiciones del ambiente.

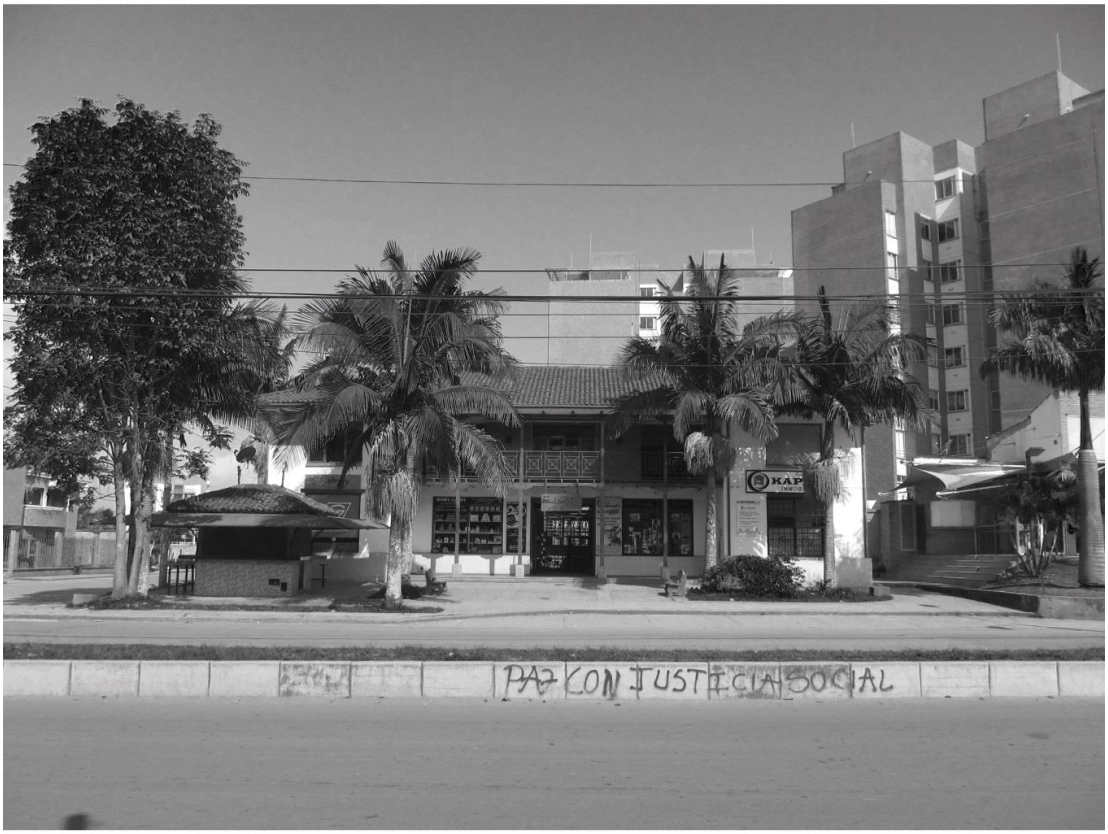



Imagen número 27. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Camila Córdoba, bajo mi supervisión, tomó la primera fotografía. La segunda fotografía es de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 28. Fotografía extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4546676023/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. Lugar: Popayán.

Imagen número 29. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. La primera es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán. La segunda es una fotografía extraída de la Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero: http://expovirtuales.bibliovalle.gov.co/project/el-ferrocarril/. Autor(es): Desconocido(s). Lugar: Paso del tren en la vía férrea de Cali a Popayán. Según la fuente original esa fotografía fue tomada en 1917, año que me parece un tanto inverosímil, pues, fue en 1926 cuando se inauguró la empresa ferroviaria en Popayán, aunque, para esa fecha, ya se empezaba a construir la vía férrea hacia Popayán, como escribe Gustavo Arias de Greiff en la página 43 de *La mula de hierro* de 1986.

Imagen número 30. Fotografía de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 31. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

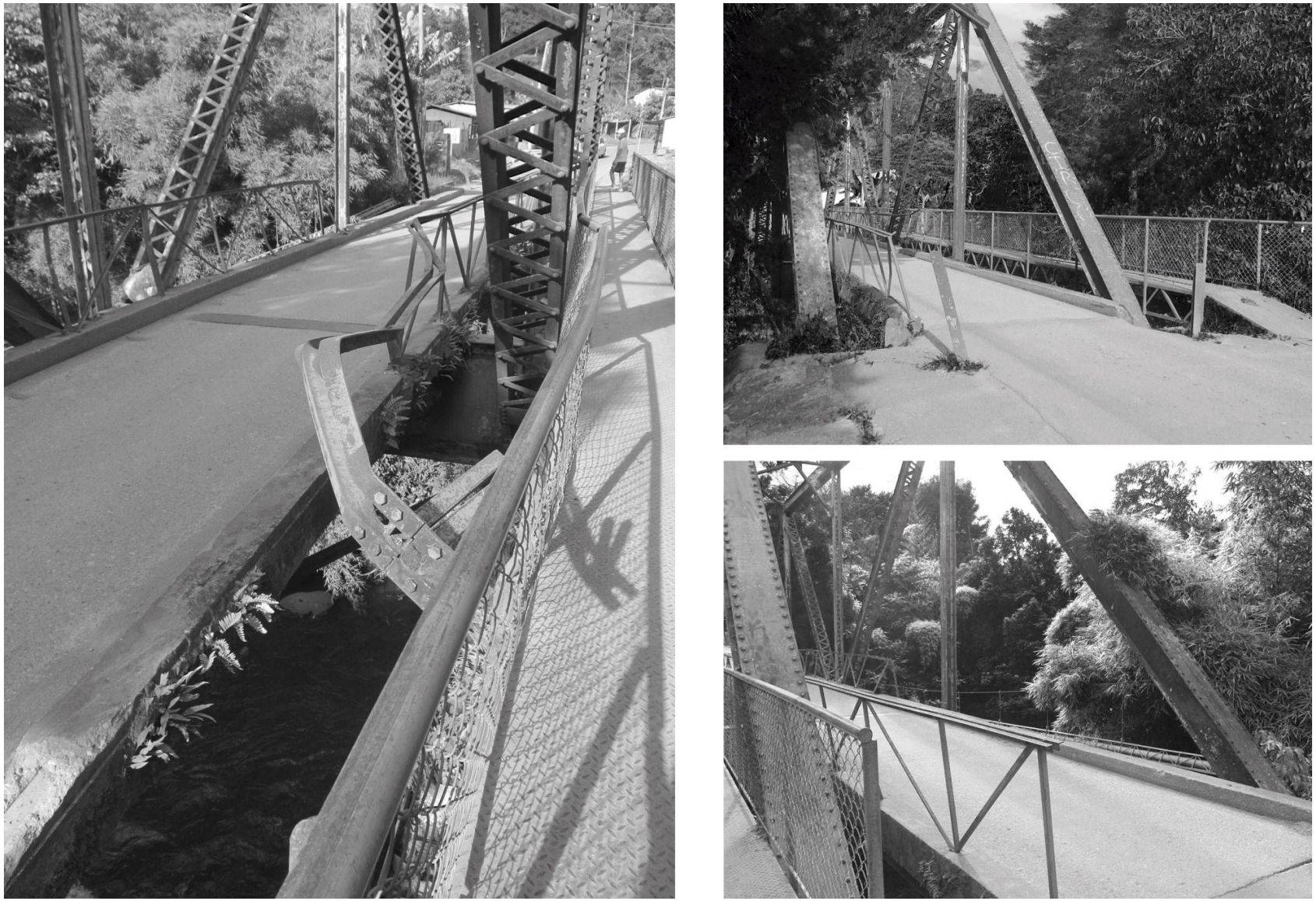


Imagen número 32. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

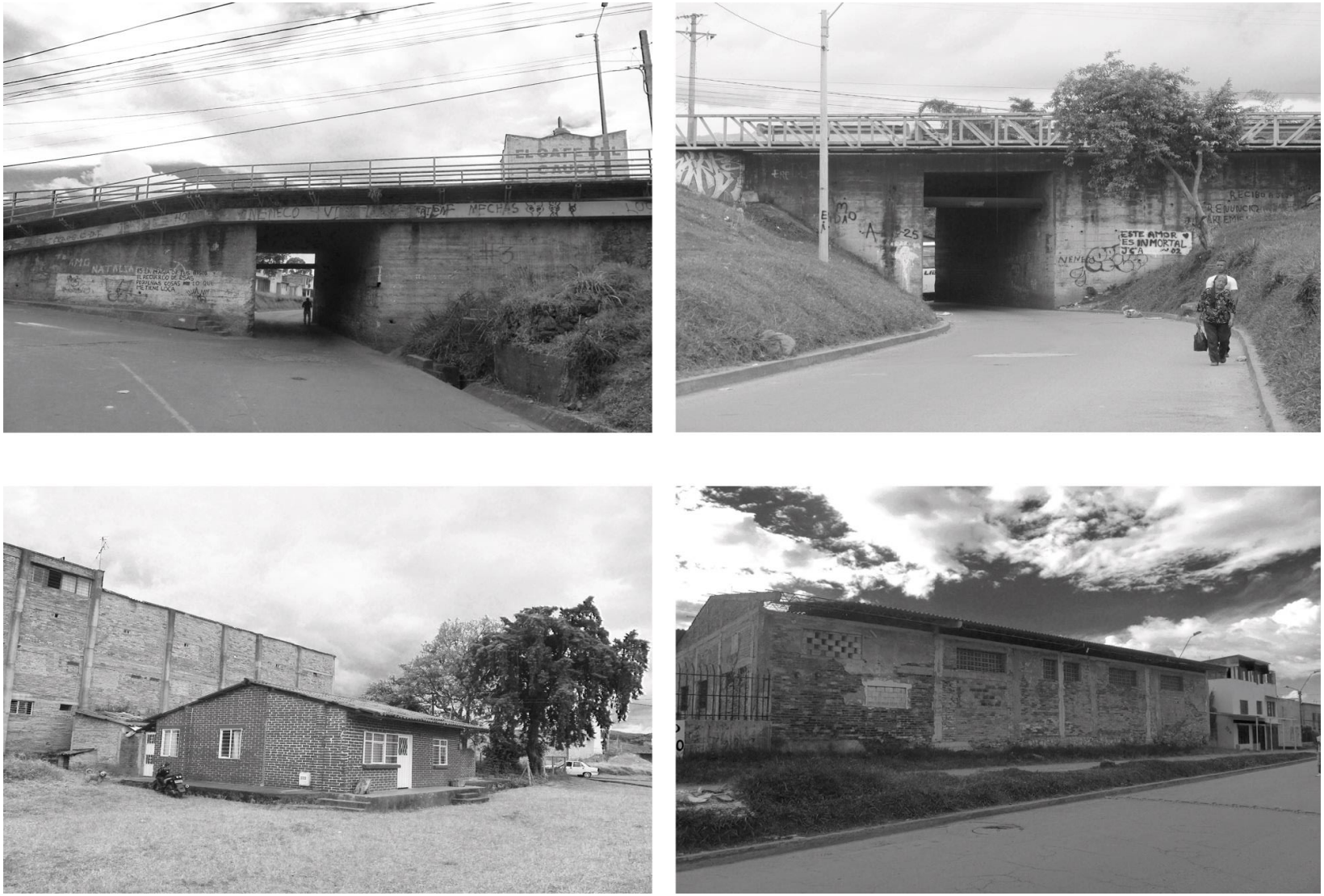



Imagen número 33. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 34. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 35. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 36. Fotografía tomada, bajo mi supervisión, por Kenny Ledher Gualteros. Año: 2017. Lugar: Popayán.

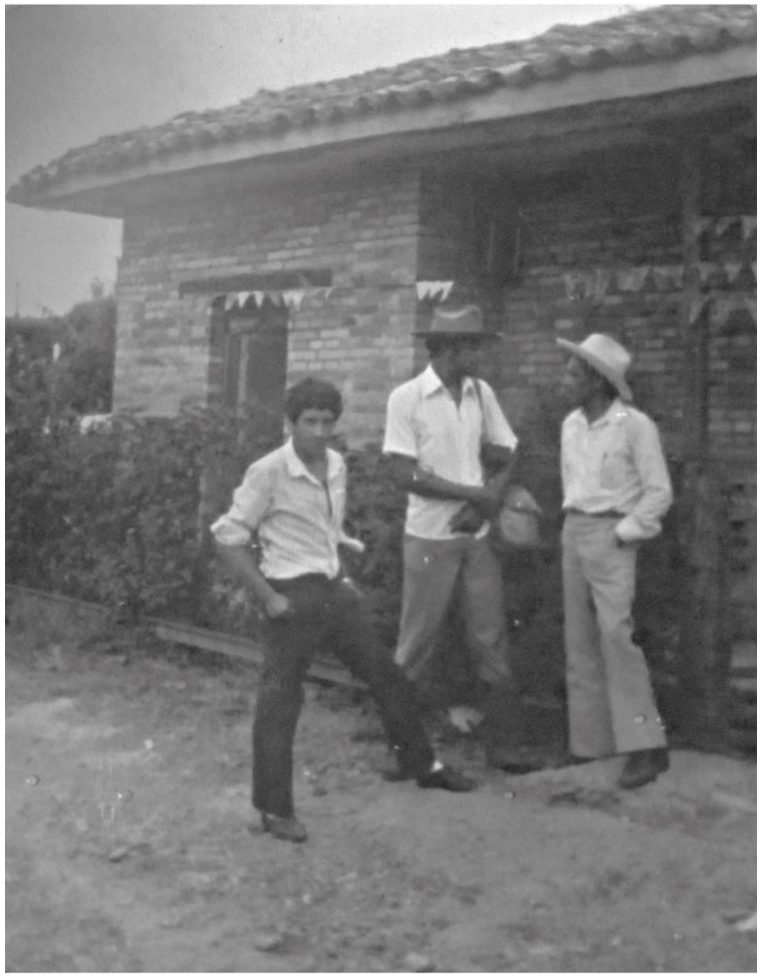


Imagen número 37. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. La primera es una fotografía que hice a otra fotografía, de la cual se desconocen el año y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

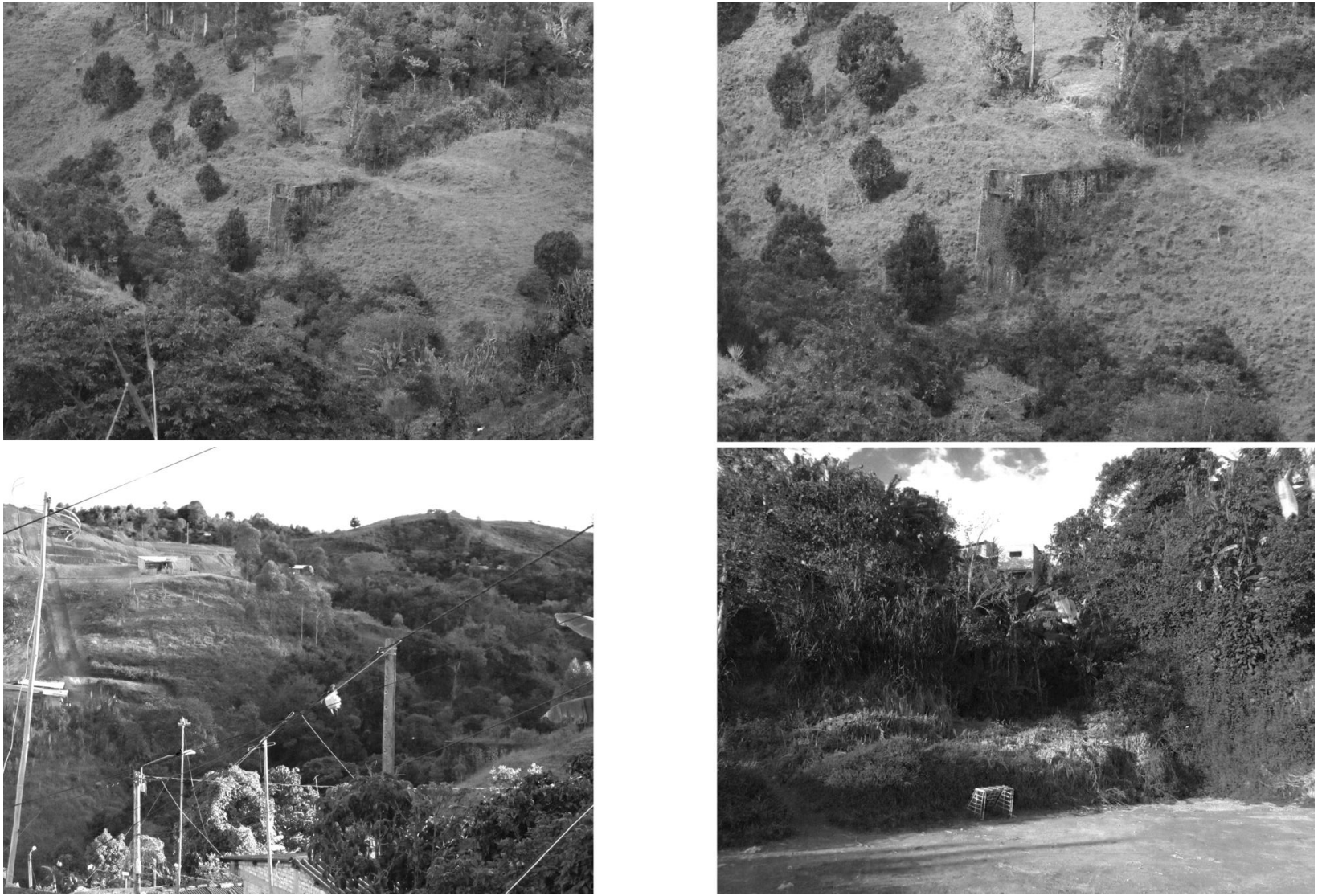


Imagen número 38. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Fotografías de mi autoría. Año: 2017. Lugar: Popayán.

En la imagen de la página 282 se ve al señor Álvaro Caicedo, ex alcalde de Popayán y a quien se le considera culpable por la demolición de La Estación y la Galería Central. Lo anterior, especialmente lo relacionado con el primer edificio, pues, es el que de momento aquí nos ocupa, es una verdad poco investigada que amerita otra investigación y que quizá yo realizaré en un futuro, así que, en adelante, sólo daré los detalles cruciales hallados en los últimos meses.

Veamos qué tiene de cierto esa verdad poco investigada: En las ediciones de 1994 y 2007 de *Muros de Bronce* y en su libro *Muros de Papel*, todos ya referidos, el señor Castrillón Arboleda no menciona el nombre del señor Caicedo, sólo una alusión, en el caso del primer libro, sobre su partido político, pero en ambos sí menciona dos fechas para la demolición de La Estación: 1976 y 1978, diferencia que las hace inverosímiles, además, ninguna de ellas es la acertada; por otro lado, Guido Galvis Torres, en su capítulo ya aludido "El tren llegaba llorando" del libro *Visiones Alternativas del Patrimonio Local, Popayán una ciudad en construcción*, menciona al señor Caicedo como el culpable y data la demolición en 1974, mas, esa fecha también es errada; recordemos también que, al inicio de esta sección, destaqué como errada unas fechas que el señor Ledezma puso en uno de sus colajes para datar la vida de la empresa en cuestión, estableciendo su fin y/o la demolición de La Estación en 1972, año errado para la demolición y al parecer también para datar el fin de la empresa ferroviaria; por otro lado, en un video de *YouTube* titulado *Trenes de Colombia Documental DE LA ESPERANZA AL OCASO* y que puede hallarse en este enlace: https://www.youtube.com/watch?v=bD2kfSh1XGU, dice la voz narradora, entre los 32 minutos con 55 segundos y 33 minutos con 22 segundos:

> Por su parte Popayán, en una paradójica actitud que contradice su tradición de conservar el patrimonio arquitectónico, destruyó su estación en 1970 para dar paso a la ampliación de una calle. En la actualidad una gran parte del espacio que ocupó el edificio se encuentra sin construir y nada parecer justificar su destrucción.

Seguido a eso en dicho video se exponen varias de las demás estaciones demolidas o derruidas por la falta de cuidados[233], mas, en lo que respecta a la de nuestra ciudad, la fecha comentada en ese video también es errada; a todo esto súmese que algunos de los Pitingos con los que he hablado también recuerdan al ex alcalde Caicedo por dar la orden para demoler La Estación, sin mucha oposición, a mi parecer, y también le atañen cierto arbitrio al cometer ese acto nefasto, y junto a eso también se refieren a sus propias y mucho muy inesperadas sorpresas como los individuos más próximos y afectados de la ciudadanía payanesa, que es lo que son, por esa demolición, y a ese conjunto de sucesos algunos pocos Pitingos también suman la muerte de alguien, hasta ahora anónimo, ocurrida durante la dinamitación; pero, para mi desgracia, no recuerdan otros detalles, como más nombres, o el contexto del asunto, que más bien les resulta algo distante, o las fechas de algo que, a mi juicio, es históricamente reciente y violento e importante, por lo que, para este caso, el olvido es una deshonra repartida en varias partes, y

[233] Otro video titulado *Estaciones férreas de Colombia* y que puede hallarse en este enlace: https://www.youtube.com/watch?v=AqOEmUJ9C4U, resulta más esperanzador porque se muestran actividades de recuperación arquitectónica bastante recientes sobre los edificios ferroviarios, principalmente, en las estaciones.

aunque las fechas en la Historia no me resultan siempre cruciales, creo que en esta ocasión permitirán detallar mejor el panorama.

Como resultado de esos olvidos inicié una búsqueda de varios meses y mis hallazgos recientes en el periódico *El Liberal* demuestran que, efectivamente, fue el señor Caicedo, perteneciente al partido conservador, quien en su segunda alcaldía ejecutó la destrucción de La Estación, pero creo que no lo hizo por su mero arbitrio o por lo menos no sólo por ello, cosa que no le resta culpabilidad, ni fue el único implicado, amén, como ya aludí, de la ciudadanía que al parecer muy poco hizo para evitarlo; también logré hallar, después de mucho buscar, una aproximación a las fechas de la demolición: El 1 de agosto de 1975 anuncia *El Liberal* que fueron entregadas formalmente las bodegas de los Ferrocarriles Nacionales al Municipio, luego, se destaca que la mayoría de los involucrados disfrutaron de un agasajo en La Herrería realizado por el señor Caicedo, y allí mismo también se anuncia que el lunes 4 de agosto comenzarán a levantar los rieles y a demoler La Estación; mas, ojeando y hojeando, no vi noticias relacionadas a dicho evento sino hasta el martes 19 de agosto en una nota o quizás una columna firmada por las letras A. J. M., y titulada *Buenos, días, Popayán* y de la cual transcribo un fragmento:

> … Largo rato he permanecido frente a la vieja Estación del Ferrocarril. Se van cincuenta años de historia payanesa y principia otra etapa, en obedecimiento al progreso y ensanchamiento implacables. Allí quedan, para la memoria de los tiempos, los nombres de quienes para su tiempo realizaron la magna obra de ingeniería que significó arrimar la locomotora hasta nuestras goteras. (…) Frente a los ladrillos que caen, el esqueleto de lo que va quedando del edifico a donde tantas eces (veces) arribé confundido con el grito de los vendedores de periódicos y de viandas, y el levantamiento de los rieles, se me ocurre una oración por quienes le abrieron una ventana a nuestro progreso. El polvo del tiempo todo lo cubre y todo lo reduce al silencio y a la nada. Nuevas avenidas cruzarán por lo que fue un día el centro de la vida progresista de la ciudad. No quedará ni un muñón del edificio de la Estación que hoy se resiste fieramente al piquete de los obreros del nuevo progreso. Bajo esos escombros provocados por las urgencias de nuestro tiempo quedan muchas historias. Nos vamos muriendo un poco con los golpes de las barras de acero contra la Estación del Ferrocarril. Yo he sentido algo así como si una de esas barras tratara de partir el enfermo corazón de un hombre enamorado de la más bella ciudad de la tierra: POPAYÁN. (A.J.M., 1975, *El Liberal*, p.7)

Ese escrito me sorprende por su bella prosa, su carácter retrospectivamente profético y porque el escritor ligó dos sucesos, el fin de la empresa ferroviaria y el auge de la empresa automovilística, como dos formas de la *modernidad*, pese a también destacar su extraña relación repulsiva; aunque a mi parecer no puedan serlo, pues, la *modernidad* no puede existir a cabalidad destruyendo la memoria: El nacimiento de la *modernidad* como forma efectiva de alteración de la vida tiene otro rumbo, truncado en este caso y hasta el momento, al privarnos de la posibilidad de tener un sistema de transporte multimodal, cosa que no aplica sólo a nuestra ciudad.
Es probable que lo narrado en la cita ocurriera el día anterior, el lunes 18 de ese mismo mes,

pues, a veces algunos escritores de dicho periódico parece que cuentan la fecha de publicación y no la de escritura, aunque otros no lo hacen. Como escribía, he ojeado y hojeado las páginas de ese periódico de forma virtual, pero no sé ciertamente si ese fue un preludio del final del procedimiento anunciado y aludido o si se demoraron y no empezaron ese lunes 4 sino el lunes 18 o cualquier otro día o días entre esos dos referidos, pero el martes 26 de agosto *El Liberal* anuncia un informe que les fue dado y en el que se dice que la demolición se prolongará a lo largo de esa semana y que trasladarán la estatua de Francisco de Paula Santander a donde aún hoy está (cerca de la terminal de transporte, como ya escribí), y además dicen que, una vez hecho el traslado de la estatua, el terreno quedará casi desocupado en su totalidad para empezar a hacer el Centro Comercial que reemplazará a la Galería Norte (o sea, la del mismo barrio Bolívar). El jueves 28 de agosto se comenta que ya se tiene la ubicación para la nueva Estación (ubicación que no entiendo, pues, son señas patojas de la época y no direcciones) y que en el espacio donde estaba la anterior se construirá el Centro Comercial ya mencionado. Como es evidente, dichas construcciones nunca se realizaron.

Si no se ha inferido, algo necesario de aclarar es que la demolición de La Estación sucedió dentro del contexto de una reubicación que se planeó durante años aun desde la primera alcaldía del señor Caicedo y durante las que le siguieron hasta su renombramiento para ser alcalde, es decir, y omitiendo muchos detalles, se planeaba hacer otra estación ferroviaria más al norte de la ciudad y se demolió la del barrio Bolívar porque ella, a juicio de varios funcionarios públicos, algunos de ellos ingenieros egresados de la Universidad del Cauca, como el señor Caicedo, impedía que la ciudad creciera y tuviera una mejor movilidad: Ese hecho nos muestra la talla de algunos ingenieros de esa época, que ojalá fueran pocos, y su ingente y diligente falta de ingenio: Qué tal si Barbetti al hacer el Puente del Humilladero hubiera demolido el original Puente de la Custodia, mas no lo hizo y lo dejó ahí, con uno de sus inicios o finales casi debajo de un arco. Ligado a todo esto me he enterado de dos hechos sorprendentes:

1) En un video publicado en *Twitter*, y que puede hallarse en el siguiente enlace: https://twitter.com/twitter/statuses/951181170410221568, se comenta que, en Bogotá, el 6 de octubre de 1974, un equipo de cuatrocientas personas movió un edificio, construido en 1955, y que en ese momento pesaba cuatro mil ochocientas toneladas, una distancia de 29 metros, trabajo que duró nueve horas, además a eso se añade que movieron 20 centímetros por minuto[234]; todo eso ante una multitud agolpada en la carrera décima. La razón para realizar ese traslado es que, en esa época, Bogotá empezó a crecer y se debía conectar el occidente con el centro. El ingeniero Antonio Paéz, al parecer encargado de la obra, entró a las páginas del Libro Guinness de récords mundiales por esa hazaña, la cual se mantuvo durante treinta años.

[234] Aplicando de dos formas la sencilla y eficiente regla de tres en ambientes hipotéticos e ideales, mis cálculos iniciales no coincidieron con lo afirmado, aunque hay un elemento no dicho a tener en cuenta y es que en esas nueve horas referidas no sólo debió moverse el edificio, también debió instalárselo en su nuevo terreno, cosa que quizá tomó el resto del tiempo.

Ese hecho, que a algunos podrá parecer inconexo, me hace preguntarme si hubiera sido posible haber hecho lo mismo con La Estación, pues, los tiempos de su demolición no son alejados del traslado referido, y el terreno del parque, que La Estación tenía en frente, lo hubiera permitido; claro que, dando el beneficio de la duda, debemos tener en cuenta algo que se escapa a mis conocimientos y es si el conjunto de las demás características (condiciones del terreno, peso y estado de la estructura, etc…) lo hubiera permitido[235].

2) En el capítulo 28 de un programa llamado *La Tele Letal* ─curioso palíndromo─ y que parecer ser una prolongación de otro emitido hace algunos años, y que puede verse en este enlace: https://www.youtube.com/watch?v=vzNGAzNpcAU, se dijo, entre uno de los presentadores y uno de los invitados, lo siguiente, más específicamente entre los 32 minutos con 40 segundos y 34 minutos con 19 segundos:

> ─Martín de Francisco: Una curiosidad, doctor Robledo: ¿Por qué se bloqueó el tren en Colombia, años cincuenta?
>
> ─Jorge Robledo: Esa es de esas decisiones históricas profundamente reaccionarias, que por lo menos la cúspide de la élite tenía que saber qué hacía. Es obvio que los trenes son un sistema… O sea, lo voy a decir de otra manera: Después de la mula no hay transporte más costoso que el transporte en camiones: Es más barato por mar, es más barato por río, es más barato en trenes, es más barato en lo que sea; y aquí, en una decisión consciente de quienes nos mandan, tomaron la decisión de acabar con el sistema férreo del país, y a punta de mentiras. Claro, le echaron la culpa a los trabajadores…
>
> ─Martín: Un negociante de los camiones…
>
> ─Robledo: Todo fue un negociante de los camiones…
>
> ─Martín: Un negociante, sí.
>
> ─Robledo: Y del petróleo y de la gasolina.
>
> ─Martín: Claro.
>
> ─Robledo: Bueno, fueron capaces de dejar acabar el Ferrocarril del Magdalena, sí, que es un ferrocarril por plano, casi todo desde La Dorada hasta allá, que es, digamos, el ferrocarril perfecto el de la tierra plana. No fueron capaces de subir un buen ferrocarril a Bogotá porque aquí nunca ha habido una mentalidad de verdad de desarrollo: En Colombia no ha habido un solo gobierno, les cuento a los dos, que haya diseñado de verdad un plan para desarrollar a Colombia, para desarrollar, repito, la economía de

[235] Uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, anota que, a su parecer, sí hubiera sido posible ese traslado y añade que el edificio en cuestión se llama CAPRECOM y el hecho fue transmitido en directo por televisión, pero, volví a ver el video y al inicio puede leerse, en un plano que sostiene la entrevistadora, que el nombre es CUDECOM.

> mercado. Aquí les pareció una genialidad, empezando el siglo ─yo eso lo explico en un libro mío sobre café─, decir que Colombia se iba a desarrollar por lo que permitiera el café, y claro, el café generó algo de mercado interno, algún desarrollo, pero cuando usted dice que un país se va a desarrollar a partir de que su renglón principal de producción es una pepita que hay que coger una por una a dedo en las montañas, usted lo que hace es renunciar al desarrollo.

Escribí al señor Robledo a través de *Twitte*r para saber quién era ese "negociante de los camiones, del petróleo y de la gasolina", pero no tuve respuesta. Aclaro, pues, que por sus circunstancias, este posible hecho entra en esta discusión con ciertos grados de incertidumbre, no sólo por su extraña condición de anonimato (todos los miembros visibles de ese programa parecen saber quién es, pero no lo nombran), también porque me resulta difícil creer, a la luz de los hechos y demás asuntos expuestos, que una sola persona tuviera tanto poder y tanta influencia como para con ellos acabar la empresa ferroviaria a nivel nacional; aunque podría ser una exageración y en cambio que el susodicho anónimo sólo tuviese un papel relevante en todo este embrollo, pero no por ello estaría exento de culpa.

Como ya aludí, me estoy ahorrado muchos detalles que apenas estoy comenzando a vislumbrar, pues, creo que hay suficiente sustancia para analizar y contar una historia sobre los últimos años de la empresa ferroviaria en esta ciudad, ligada a la transformación urbana de la misma; con ello quizá podremos ver y entender lo que nos muestra la realidad: Un olvido grande que contiene nuestra forma actual como ciudad y las ausencias de ambas estaciones ferroviarias: La demolida y la que nunca se construyó.

Imagen número 39. Fotografía tomada, bajo mi supervisión, por Lorell Adriana Enríquez Bravo a otra fotografía. Año: Desconocido. Lugar: Popayán.

**Sobre otros lugares del barrio Bolívar o vinculados al mismo.**

La imagen de la página 287 es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma; aclaro que él no me pudo decir quién fue el fotógrafo original, pero sí otros datos que aquí comparto: Me dijo que la imagen fue tomada sobre lo que hoy es la carrera sexta y cerca de la calle séptima norte, en sentido geográfico norte-sur, y esto parece corroborarse porque al fondo se ve parte de un templo, probablemente el de San Francisco, además, el sentido de dirección que tiene la calle no ha cambiado mucho a lo que sería actualmente, y, de ser todo esto cierto, para más señas de la ubicación, hacia el sur estaría el Puente del Humilladero; también me dijo que fue tomada el Día de los Negros, el 5 de enero, y él mismo ha escrito, en la parte trasera de la fotografía, el año de 1916, en el cual asegura que fue tomada, aunque carezco de evidencia para corroborar o refutar esa temporalidad. Como ha ocurrido con otras imágenes muy antiguas y de este tipo, no puedo determinar el método químico original con el cual se hizo. En ella se retrata una gran escena cotidiana de El Callejón: Nótense a la mayoría de las personas con sus fieles sombreros, mientras muchos de ellos caminan sobre la calle y otros yacen sobre el andén de piedra, a la vez que algunos de esos patojos evidencian la razón de su nombre; véanse también las monturas urbanas, algunas armas y otra vez las casas bajas y pajizas y algunas de teja, y en muchas de las cuales destilaron aguardiente, elixir singular en el sino de todo este barrio, el cual, según el señor Horacio Dorado Gómez en su libro *Nuestros personajes típicos*, también recibió los nombres de "chiquito", "chirrincho" y "tapetusa"; véase como muchas de esas casas son de formas arquitectónicas bastante diferentes a las variopintas y abigarradas construidas en las últimas décadas, pero muy similares a las expuestas en las imágenes antiguas de esta compilación, algunas de las cuales aún pueden verse en varias partes de la ciudad y tienen semejanzas con muchas otras de nuestro país. Sobre la arquitectura colonial de dichas casas y lo que considero concerniente a ellas disertaré a continuación.

Antes yo creía que las casas viejas del barrio Bolívar, pero no sólo de ese barrio, que habitaron muchas personas del pueblo llano y que hoy en menor medida quedan y son habitadas, no fueron bien preservadas, como sí ha ocurrido en otros casos con otras construcciones, por una serie de prejuicios arraigados en la ciudad y quienes la habitamos, los cuales privilegian las vidas de ciertas personas, lugares y memorias; a ello súmense dos cosas más: Primero, una idiosincrasia muy versátil y prolongada por años, pero carente de proyección a largo plazo, como se puede ver en los tiempos presentes y pasados que en algún momento fueron los futuros, y que estimó innecesaria la conservación e investigación de esa arquitectura: Aunque esa actitud, hasta ciertos límites, es comprensible; segundo, la ubicación del barrio Bolívar, entendida en su momento como parte de las afueras de la ciudad y también como una de las entradas y salidas principales de la misma: Son todas esas cosas algunas de las que condicionaron de forma particular sus poblamientos y construcciones a lo largo de los siglos, especialmente en el siglo XX, y esas mismas características son aún recurrentes en otras partes de la ciudad que también fueron entradas y salidas, como Chune, Barro Plateado y Los Hoyos, por mencionar algunas.

Y si bien las cosas aludidas influyen y conforman tanto los dilemas como las respuestas sobre la vida de la arquitectura referida, sólo lo hacen en parte: Una aproximación al resto del panorama arquitectónico de la ciudad nos deja ver que no todo es tan favorable para la arquitectura que, se supone, ha sido mejor preservada y, salvo por algunas excepciones, muchas de las obras que conforman el aludido panorama y las acciones e inacciones de los gobernantes y el resto de la ciudadanía demuestran una pobre cultura de uso, fomento y cuidado arquitectónico: Hoy, como ya escribí en otra sección, el Puente del Cauca se resquebraja, y el Puente del Humilladero, pese a no pertenecer al tiempo colonial referido, tiene un destino similar, además de ser usado como concha acústica y como baño público; y nuestra plaza central, la plaza de Caldas, tiene gran parte del suelo de sus árboles en un estado de erosión que aumenta día a día, y aunque la peatonalización fue sin duda una buena iniciativa que debe ampliarse a otras partes, detalles más pequeños, como sus más o menos recientes, inarmónicas e incómodas bancas causan lamentos; y a todo ello súmese la pobreza creciente de los espacios verdes, pese a que algunas almas caritativas siembran árboles y, en menor grado, otras de esas almas, pero ignorantes, siembran especies que pueden resultar dañinas para las vernáculas y muy cerca de las estructuras, cosa que pone en riesgo su integridad futura, etc., como ocurre con los Puentes del Humilladero que tienen varios árboles que están levantando sus cimientos y aun un eucalipto, en el puente más grande, que está creciendo debajo de uno de sus arcos.

Pero no quiero que la aproximación referida acabe sólo en eso: Para nuestra fortuna e infortunio podríamos considerar nuestras vidas, memorias y olvidos, recientes y de hace siglos, con las vidas de los edificios en cuestión, tanto suntuosos como sencillos, en un contexto histórico que no sea sólo aquel generalizado y simplificante batiburrillo en el que se nos ha hecho y nos seguimos haciendo partícipes de nuestra Historia de formas victimizantes y vergonzantes, las cuales nos dejan, casi siempre, con la sensación de una derrota inexorable. Lo anterior no es cantaleta ni carreta y, entre otras cosas, es evidenciable en nuestra grave carencia de una identidad nacional y ciudadana, que deriva en otra carencia, la de un proyecto de Estado-Nación; esas referidas carencias surgen y se retroalimentan por la desasimilación de lo que fuimos, aún somos, seremos y podríamos ser y de la cual renacen viejas heridas que están lejos de ser cicatrices, verbigracia el desprecio y la saña, por decirlo menos, respecto a lo *europeo* y lo *español* (y aun de lo *indígena* y lo *negro*), echándolos, y a todo lo que a ellos concierne, en un mismo costal que va a dar a la basura o es usado como porra flagelante; o verbigracia, en el caso de lo *español* (que desde la antropología es mucho menos investigado que lo *indígena* o lo *negro*¸ por mencionar dos de los más paradigmáticos intereses), cuando algunos se refieren de forma plana y taxativa a esta ciudad como una cárcel de paredes blancas edificada por mojigatos conservadores[236]. Respecto a esto creo que debemos tener presente que, si no tenemos un

[236] El nombre de *ciudad blanca*, que también recibe esta ciudad, podría discutirse bajo lo anotado por el señor Germán Téllez Castañeda en su libro *CASA COLONIAL: ARQUITECTURA DOMÉSTICA NEOGRANADINA* y que a continuación cito:

> El color, un aspecto vital del lenguaje arquitectónico de las casas coloniales, ha sido tema polémico desde hace algún tiempo, al comenzar la época de la restauración técnica de las superficies murarias. Prontamente resultó aparente que el simple revestimiento de cal blanca estaba complementado o alterado, muy

conocimiento sensato, exhaustivo y sopesado de nuestra identidad, es decir, quienes a grandes rasgos somos, no podremos hacer lo propio con las identidades de otros pueblos, por más que compartamos con ellos unas geografías y por más que *de iure* se predique la variedad y el respeto entre los referidos, y sin todo eso el proyecto de Estado-Nación referido resulta, a mi parecer, imposible de realizar a cabalidad; también resulta necesario no temer el asumir una identidad, como hace tiempo lo vienen haciendo algunos otros pueblos de nuestras mismas geografías, pero debemos estar alertas ante cualquier fanatismo, que nacen casi siempre de la ignorancia, y no tolerar la intolerancia.

Retomando: Frente a esos dilemas entrelazados hartamente con la ignorancia de nuestra propia Historia y la deficiente comprensión de la misma, pongo a consideración del lector dos textos de Germán Téllez Castañeda que, entre sí y con lo referido hasta ahora, se complementan: El primero titulado "Casas urbanas y rurales en Popayán y sus alrededores", compilado en el libro ya mencionado *Popayán, 470 años de historia y patrimonio*; el segundo es un capítulo titulado "Carácter y ambiente" del libro *Casa colonial: arquitectura doméstica neogranadina*: Ellos avivan una serie de diálogos pendientes y a la vez brindan un panorama sustancial muy enriquecedor que permiten un entendimiento, a mi parecer, inusitado en un inicio, o por lo menos en el mío. Las exposiciones del señor Téllez Castañeda son muy bien logradas en el lenguaje y manifiestan una noción de la arquitectura más vital que aquella que había leído en algunos de los libros de historia payanesa que aquí he referido, dejando labrados y muy bien insinuados los rumbos hacia unos hechos que retomo y abordo, por pertinencia, en la otra parte de esta etnografía dedicada a las *Conclusiones y consideraciones*, en donde trato algunos aspectos sobre

---

frecuentemente, en la construcción colonial, no sólo por acentos de color de muy antigua tradición hispánica, y usanzas andaluzas, tales como zócalos exteriores e interiores, bandas o franjas cromáticas en torno a vanos de puerta y ventanas, frisos o cintas pintadas en la parte alta de los muros, sino también por el uso de cal coloreada con tintes vegetales o minerales, aplicada en superficies completas y en la totalidad de los espacios interiores de las viviendas. Ante la evidencia técnica de estudios realizados en varias ciudades colombianas respecto del uso comprobado y extensivo del color en la época colonial, la reacción fue tajante: En Cartagena, los descendientes de españoles (o franceses), vestidos de blanco de pies a cabeza, negando de plano las tradiciones cromáticas islámicas y andaluzas, le asignaron un significado y un origen étnico y de clase social al color arquitectónico, diciendo: El color es cosa de negros. La Colonia, según parece, no ha desaparecido por entero en la Colombia del final del siglo XX.

En Popayán, el asunto tomó otro rumbo: Allí la alta burguesía "blanca" contra-atacó: El color es cosa de indios. Esto corroboraba las tradiciones cromáticas propias de los grupos indígenas del occidente de la Nueva Granada, pero, ¿qué decir de la sorprendente historia del color arquitectónico revelada con ocasión del terremoto de 1983, por fraccionamiento de las capas de cal superpuestas a través del tiempo a los muros fracturados? El color, proscrito una y otra vez en las casas coloniales de Cartagena, Santa Marta, Bogotá, Popayán o los pueblos de Boyacá y Santander, existió, como elemento calificador el espacio interior y las fachadas a las calles, en forma de acentos cromáticos o superficies completas, en mucha mayor proporción de lo que cabría imaginar. Es un engaño pseudo-cultural el mito de una arquitectura doméstica colonial y exclusiva y fantasmalmente blanca. Cualquier pintor de brocha gorda de los siglos XVII o XVIII habría sonreído con sorna ante ello, sabiendo bien que una "mano" de lechada de cal sólo es blanca durante unas horas, luego de ser aplicada. La luz solar, el aire marino o de páramo, la lluvia o las impurezas químicas u orgánicas intervienen luego para darle toda suerte de tonalidades. Y que unas de las "mañas" de maestro pintor de la época colonial fue la de "hacer pasar" cal de mala calidad mediante el recurso de añadir azufre u otro componente químico que disimule todo mediante una coloración intensa. (Téllez, 1996, pp.165 y 167)

las personas que habitaron durante siglos este país, esta ciudad y el barrio en cuestión, lo que también es decir, sobre las personas que aún somos. Me resultó imposible parafrasear o sintetizar las siguientes citas sin el riesgo de omitir detalles o partes cruciales, por lo que estos dos textos serán anexos, pero, pese a su longitud, paciencia, lector, que no será del todo tiempo desperdiciado si logra confiar y ver la vida, ya no sólo de este barrio, en el conjunto de cosas aquí expuestas; además, las fuentes originales, especialmente la primera, son libros de pocas ediciones, lo que dificultaría las lecturas derivadas de esta. Sabiendo eso el primer anexo está en las páginas 369-379; el segundo está en las páginas 379-383.

Imagen número 40. Copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Se desconocen sus fuentes originales, aunque, el señor Ledezma ha anotado, en la parte trasera de la fotografía, el año de 1916 y también asevera que fue tomada el Día de los Negros (el 5 de enero), mas no tengo pruebas para corroborar o refutar esa afirmación. Lugar Popayán.

En la imagen de la página 291 se ve esa larga y curvada palmera que aún se mantiene aupada sobre el barrio Bolívar y, entre las pocas que quedan, quizá sea la más alta; al fondo Belén y más al fondo la cordillera.

En la imagen de la página 292 se ven algunos Pitingos dispuestos a vivir una tarde futbolística en lo que hoy es una de las canchas del CDU (Centro Deportivo Universitario) de Tulcán, aproximadamente, a mediados de los años setenta del siglo XX[237]. Mi abuelo es el primer señor de la izquierda y algunos de sus hijos en la fotografía están señalados con flechas dibujadas a mano y a lapicero sobre la imagen original.

La imagen de la página 293 es un colaje de tres fotografías. En los detalles de la primera fotografía se menciona que la misma retrata un dragado del río Molino, realizado a su paso por la zona urbana, tal vez en 1930 o cerca de ese año; en los detalles de la tercera fotografía comenta el señor Arboleda que quizá fueron tomadas entre lo que hoy es el Hospital Universitario San José y el CDU referido, y amplía la información anotando que por esa época se llevó a cabo la canalización y la rectificación del río a su paso por la ciudad.

La imagen de la página 294 es un colaje de dos fotografías. En ambas imágenes puede verse parte de la Galería Central que fue demolida y se hallaba donde hoy es el Centro Comercial Anarkos: Su pertinencia en esta compilación se debe a que la actual galería del barrio Bolívar es una de las galerías resultantes de aquella demolición. Ambas imágenes son muy singulares, pues, hasta el momento, son las únicas fotografías que he podido hallar de dicho lugar. Por lo que he oído, y como ya aludí, sé que en la demolición de esta edificación también estuvo involucrado el señor Álvaro Caicedo. Nótense los recurrentes pies descalzos, los puestos de venta, las vestimentas, un letrero ilegible, el suelo empedrado y la mayoría femenina. Un singular fragmento de la obra titulada *Mi libro* de Roberto Ayerbe Gonzáles describe parte de la vida en ese cotidiano lugar:

> **LA PLAZA DE MERCADO.** Entonces se llamaba simplemente "La Galería" y estaba ubicada exactamente en el centro de la ciudad, entre las carreras 5 y 6 y las calles 6 y 7, como quien dice en pleno corazón de la urbe. Adentro tenía cuatro patios y su desaseo y porquería eran comparables a los ghettos de "Los Miserables". Sus tejados permanecían llenos de gallinazos listos a abalanzarse para disputar, con algún atrevido perro, vísceras que los carniceros habían desechado por viejas; y en ese denigrante ambiente se adquirían todos nuestros alimentos pues no existían los supermercados. También dentro de la Plaza y en algunos de sus costados, se encontraban los graneros y algunas ferreterías. El "día de mercado" (viernes), era casi imposible caminar entre una multitud de gentes cargadas de

[237] Por lo que he escrito uno de los jurados, a saber Carlos Humberto Illera, me interroga si acaso, cuando se tomó la foto, ese lugar no era el CDU, y me parece que no lo era: Con vaguedad recuerdo haber leído hace varios años, en el archivo del periódico *El Liberal*, que, por esa época se celebraron unos juegos deportivos de carácter nacional y esa estructura fue construida para realizarlos; partiendo de eso mi interpretación es que pasaron a ser parte de la Universidad del Cauca una vez celebrados los juegos, aunque yo podría estar errado o mi interpretación podría estar incompleta.

canastos, carretillas de mano, vendedores que pregonaban remedios y menjurjes mágicos para curar desde los piojos hasta el "mal de amor", mendigos y demás personajes que conformaban un verdadero mar humano, que lentamente se iba desplazando entre empujones y pisotones, a cumplir sus propósitos.

Varias veces asistí a ese mercado, cuando en los veraneos bajábamos de la finca los viernes, para comprar las provisiones de una semana; al terminar, mi mayor deseo era darme una ducha, para deshacerme del pegajoso mal olor que generaba esa Plaza y sus rutinarios habitantes. Aproximadamente a finales de los años sesenta, se demolió esa plaza y se trasladó a dos plazas satélites, la del Barrio Bolívar y la de la Esmeralda. La desocupada de ese antro fue de película. Había tal cantidad de ratas, que la Alcaldía nos llamó a los miembros del Club de Tiro para que fuésemos una noche a matar esos roedores y así se impidiera su propagación por el resto de la ciudad. ¡Quien dijo miedo! Esa noche con rifles y pistolas de aire y de calibre .22 hicimos una fenomenal y dantesca cacería con la entusiasta asistencia de cientos de curiosos espectadores. Yo llevé mi revólver Hi Standard calibre .22 con unos cartuchos especiales cargados con una munición menudita, que había traído de los Estados Unidos y di espectáculo, pues esa munición permite disparar al estilo "vaquero", desde la cintura. Las ratas corrían por unas mallas de alambre que servían de cierre y cielorraso a los graneros interiores, y allí quedaban engarzadas, pataleando, gracias a mi buena puntería.

El traslado de la Plaza trajo otra inesperada consecuencia. Los gallinazos que la habitaban, anidaban y dormían en sus tejados, desprovistos de ese cómodo hábitat quedaron despistados y empezaron a anidar en las araucarias del Parque de Caldas. Y otra vez la Alcaldía acudió a los "beneméritos ciudadanos" del Club de Tiro. No faltaron los ecólogos de pipián que sentenciaron que los gallinazos también destruían los nidos de los gorriones del parque y se comían sus polluelos; y que además en el parque había "horribles" lechuzas y búhos, que era necesario exterminar. Todo eso, en una época donde la ecología conservacionista no había nacido aún. La "fiebre" de cacería que teníamos, dió como resultado unas matanzas espectaculares de gallinazos, que a partir de las 5 de la tarde venían de la Plaza de Ferias y el Matadero Municipal a buscar "cama" y nido en las araucarias.

Con mi tocayo Roberto Lehmann, Alberto Castellanos, Oscar Prada, Guillermo Lehmann, Marquitos Paz y unos cuantos más, cuyos nombres momentáneamente olvido, nos colocábamos estratégicamente distribuidos en las esquinas de la calle 5. Así las cosas, los pobres gallinazos se encontraban con un nutrido fuego antiaéreo de las escopetas calibres 12 y 16, cayendo mortalmente heridas al pavimento entre (otra vez), el gozo y el regocijo de un centenar de curiosos y los choferes de los "carros plaza". El "Café Alcázar" situado en la esquina de la carrera 6 con calle 5, sitio de reunión de hombres de negocios, estudiantes y comerciantes, quedaba vacío y todos tomaban puesto de observación en el andén para premiar con aplausos, como en cualquier estadio o plaza de toros, los más

espectaculares disparos. Mi gran amigo el odontólogo Lucio Guzmán Wallis, con un riflecito calibre .22, certeramente desgajaba los "chulos" que habían podido escapar al fuego antiaéreo de nuestras escopetas y habían llegado milagrosamente ilesos, o heridos, a las ramas de nuestras centenarias araucarias.

Pero ahí no paraba la cosa: finalizado el "gallinazicidio", y llegada la noche, entrábamos tranquilamente al Alcázar con nuestras armas y municiones, nos tomábamos un buen chocolate con queso; con gran algarabía comentábamos las incidencias de la cacería y ya a eso de las diez íbamos en busca de las lechuzas, ayudados por poderosas linternas. No creo que hubiera más que una pareja de esas pobres aves en el parque, y ya ejecutadas, en el colmo de los colmos, nos íbamos al cementerio a proseguir su exterminio. Ni para qué contar las bromas que sucedían en ese tétrico lugar en altas horas de la noche.

Todo esto tiene un fondo sociológico y es comprender cómo en Popayán podían hacerse esta clase de eventos, sin que pasara ningún problema ni accidente y las armas podían mostrarse con toda tranquilidad. En el resto del país, ya la violencia política azotaba vastas regiones del Valle, el Eje Cafetero, los Llanos y los Santanderes. Los matones, sicarios y pistoleros a sueldo, que usaban las mafias políticas, eran denominados **"pájaros"** y por esta razón, haciendo un gracioso calambur, el periódico El Tiempo publicó en primera plana una información con el título de **"CACERÍA DE PÁJAROS EN POPAYÁN",** donde relataban con pelos y señales nuestro singular acontecimiento. El comentario general era que Popayán y sus habitantes seguían siendo una ciudad y una comunidad muy especiales, demasiado civilizadas o demasiado primitivas, en donde podían suceder, con toda tranquilidad, cosas inauditas. Este es un indicativo retrato de lo que era el Popayán de la primera mitad del siglo XX. (Ayerbe, 2008, pp. 430 y 431)

Imagen número 41. Fotografía extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/5063027363/in/album-72157625700184613/. Parece que el autor es el mismo señor Arboleda y la foto es anterior al terremoto de 1983. Lugar: Popayán.

Imagen número 42. Fotografía extraída de un álbum de la familia Bravo-Cañar. Autor(es): Desconocido(s). Año: 1975, según se anota en la parte trasera de la fotografía. Lugar: Popayán.

Imagen número 43. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Las fotografías fueron extraídas del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549985036/in/album-72157623807499003/, https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549347291/in/album-72157623807499003/ y https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549985310/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. Lugar: Popayán.

Imagen número 44. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Las fotografías fueron extraídas del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547311190/in/album-72157623807499003/ y https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547311236/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. Lugar: Popayán.

La imagen de la página 297 es un colaje de cuatro fotografías y en él pueden verse a dos cocineras de mesa larga; a algunos niños contando historias dominicales en la plaza de mercado; y a una figura de la Virgen María. Hasta el momento y por lo que sé, el barrio Bolívar sólo cuenta con una iglesia muy cerca del Parque Mosquera y es católica, asunto que me parece peculiar, pero es todavía más peculiar que no haya una iglesia protestante, teniendo en cuenta el ingente crecimiento de la misma.

La imagen de la página 298 es un colaje de cuatro fotografías. Nótense parte del paso del río cerca de una cañería; un pájaro pequeño y solitario; y otra palmera superviviente en el Parque Mosquera.

La imagen de la página 299 es una colaje de cuatro fotografías. Véanse los dos profundos durmientes en plena mañana ruidosa; el hermoso parque, pese al descuido y a quienes lo frecuentan; y una de las pocas casas de un piso, o bajas, similares a las de El Callejón y que al parecer salía a ambos lados de la cuadra.

La imagen de la página 300 es un colaje de cuatros fotografías. Véanse parte del barrio Bolívar desde El Morro, en especial, la calle octava norte que ha sido invadida desde hace décadas por vendedores dizque ambulantes aunque ya no ambulan; una mañana cotidiana; una de las chivas con sus curiosas carrocerías, como las que mi abuelo hacía; y la estatua del general Tomás Cipriano de Mosquera.

La imagen de la página 301 es un colaje de dos fotografías. El puente de las imágenes está ubicado sobre la carrera quinta norte, al lado de la glorieta del barrio Bolívar y de una estación de Policía; para más señas, cerca del CRIC, misma institución que, con lo que a ella concierne, estuvo en una situación de peligro y de amenazas beligerantes a inicios de noviembre del año 2017, como lo prueba una cadena de *WhatsApp* que circuló por esos días, incitando a la agresión, al odio y a la muerte y que, al final, resultó en una deyección entre los bandos fanáticos e ignorantes. Ese hecho singular, pues adquirió cierto volumen que en mi corta vida nunca había visto, prueba parte de la tesis que al inicio de esta misma sección he intentado señalar a través de la arquitectura y de nuestra historia común, historia en la que habitamos y cultivamos un olvido muy cómodo; como ya anoté, por pertinencia, este hecho también lo desarrollaré más en las *Conclusiones y consideraciones*. Al fondo se ven algunas casas con sus huertas y también se ve, otra vez, el Santuario de Belén.

La imagen de la página 302 es un colaje de cuatro fotografías. Fueron tomadas en lo que hoy es la calle séptima norte entre carreras cuarta norte y quinta. Nótense a aquella pareja que me resulta tan inusual en ese bello carro, algunos muchachos y/o señores al fondo y unas mujeres de largos atuendos negros y dos niños. Al fondo pueden verse parte de Belén, de El Morro y hoy, en el potrero de la izquierda, según la primera fotografía, está parte de la galería: El señor Arboleda anota que a ese lugar donde hoy está parte de la galería se le llamaba El Caracol, por la forma en que el río y la tierra se tocaban. Para más señas, en la otra vieja fotografía, la señora de blanco

está viendo hacia un potrero donde hoy está dicha galería y, por ende, creo, El Caracol; nótense también al señor con varios niños dando un paseo matinal; también al ya común jinete urbano con su montura y parte de lo que parece ser el segundo piso de La Estación.

La imagen de la página 303 es un colaje de cuatro fotografías. Nótense parte del abigarrado y congestionado panorama actual; la Droguería Norte, fundada por mi papá, según sus apuntes, el 12 de abril de 1969 y que sigue abierta hasta la fecha; también algunas de las torres de apartamentos recientes; esas mismas torres que, como muchas otras edificaciones del sector, tienen nombres que aluden a la extinta empresa ferroviaria y a La Estación.

Imagen número 45. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 46. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Las dos primeras fotografías de la izquierda y la fotografía de la derecha son de mi autoría. Año: 2013. La última fotografía de la izquierda, la de la chiva, fue tomada, bajo mi supervisión, por Camila Córdoba. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 47. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

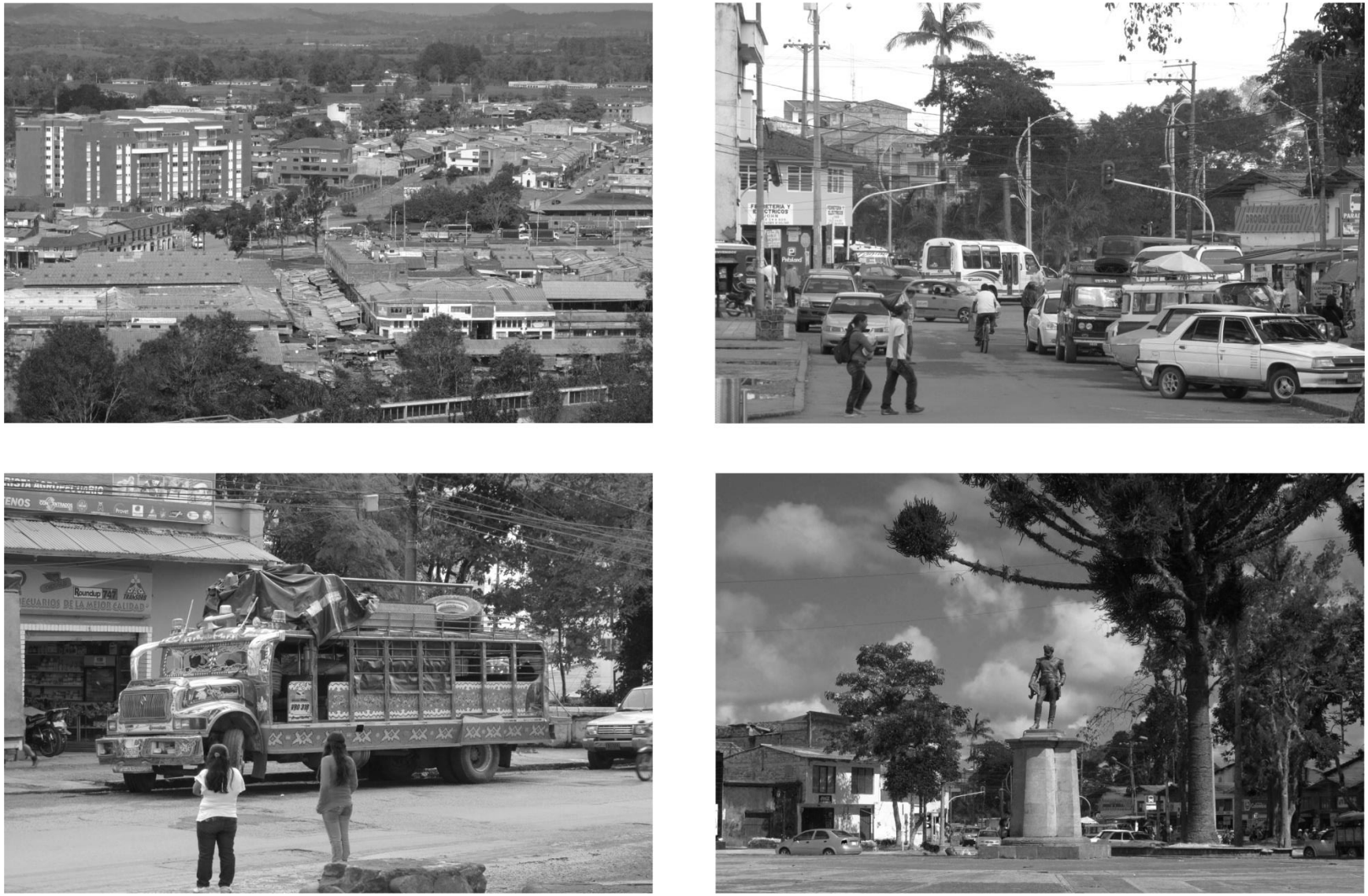



Imagen número 48. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2012. Lugar: Popayán.

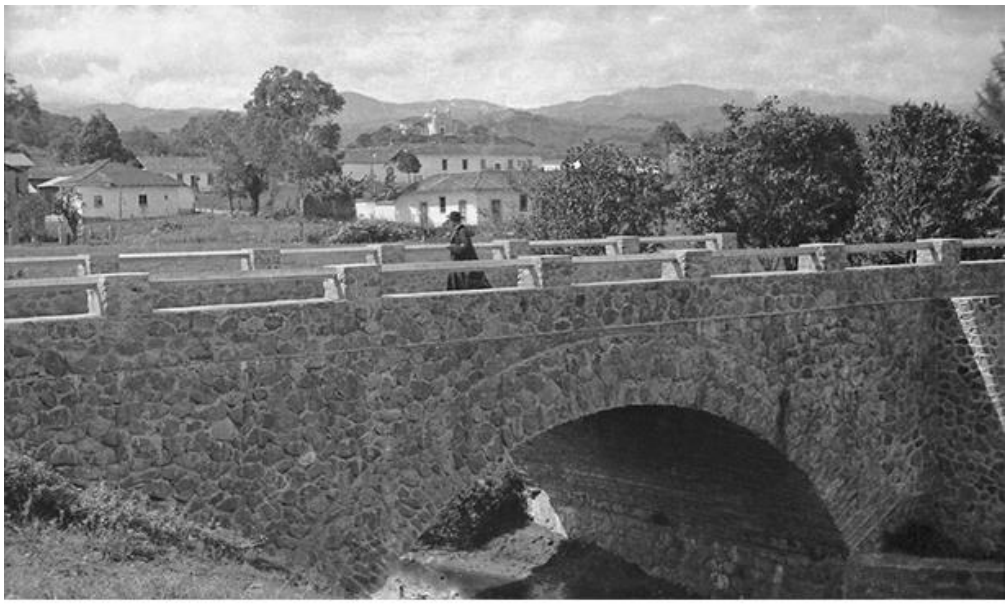


Imagen número 49. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. La primera fotografía extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547310936/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. La otra fotografía fue tomada, bajo mi supervisión, por Camila Córdoba. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 50. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. La primera es una copia fotográfica comprada a Luis H. Ledezma. Se desconocen los años y las fuentes originales. La segunda fue extraída del archivo de José María Arboleda en *Flickr*: https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547311620/in/album-72157623807499003/. Año: 1930, aproximadamente, según el señor Arboleda. Autor: Tal vez el padre Diomedes Gómez, según el señor Arboleda. Las dos fotografías a color de la derecha fueron tomadas, bajo mi supervisión, por Camila Córdoba. Año: 2017. Lugar: Popayán.

Imagen número 51. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Las fotografías fueron tomadas, bajo mi supervisión, por Camila Córdoba. Año: 2017. Lugar: Popayán.

**Sobre el desbordamiento del río Molino en el 2013.**

Los desbordamientos de dicho río no son totalmente extraños, pues, por lo vivido, por lo leído y por lo escrito en otras páginas de este trabajo sé que tienen cierta recurrencia, mas, a mi juicio, no han sido tan bien registrados como creo que se debería hacer para un río que cruza y habita gran parte de la ciudad; pese a ello, y a la dificultad de la tarea, creo que es algo que deberá hacerse y que merece un trabajo prolongado y constante, pues, la vida de un río suele ser ─ojalá─ más larga que la de nosotros los humanos y ambas están entrelazadas[238].

El desbordamiento que aquí se trata ocurrió en la noche y en la madrugada de los días 24 y 25 de diciembre de 2013 y ha sido, en los años recientes y hasta la fecha, el más devastador, pues, afectó varias partes de Popayán y zonas aledañas, mas, sólo haciendo referencia al barrio Bolívar, fue gran parte de su sector oriental el más afectado, por ejemplo, usando mal que bien *Google Earth*, pude establecer que, entre las calles séptima norte y diez norte (escojo el espacio ubicado entre estas calles por ser de manera visible uno de los más afectados) el río se desbordó entre 58 y 182 metros, aproximadamente; su altura no la pude establecer con mucha exactitud, pero varía en determinadas áreas como podrá verse en las imágenes de esta sección, verbigracia donde aparecen las marcas de humedad en el Puente del Humilladero y en las que la gente saca escombros y agua del primer piso de sus casas y negocios; por ello sí puedo establecer que superó en varias partes y por mucho 1 metro de altura, pues, las marcas referidas y el barro indican que fácilmente podrían tapar a alguien de más de 1 metro con 50 centímetros de estatura. Testimonios aseguran que varias personas indigentes desaparecieron entre el torrente de agua y de tierra y de todo lo demás que el río pudo arrastrar.

Si bien la alcaldía y los habitantes de ese barrio, y también de otros, colaboraron para remediar esa tragedia, la ayuda del gobierno resultó muy limitada ante las necesidades y se enfocó en las áreas más visibles, dejando el resto a la buena de Dios, a los gallinazos y a las mismas aguas del río, tanto así que los vestigios de las festividades del enero siguiente y de la tragedia referida duraron meses en muchas partes del barrio.

Nótense en las treinta y nueve imágenes, desde la página 306 hasta la página 344, la magnitud del suceso en los escombros, en lo arrasado, en lo perdido, en las caras locas, amargas y tristes, en los tenaces esfuerzos de la gente, en los profundos sueños de la ebriedad, en las fracturas del ambiente, en la desolación, en la vida que queda y su pericia persistente, como en la de esa perra para encontrar alimento días después en medio de las aguas de la tragedia, imagen que, dicho sea de paso, y sin sobre interpretarla, me recuerda a cierta parte de un poema escrito por alguien que vivió muy cerca de ese barrio, y que cito a continuación:

[238] Uno de los jurados que ya he mencionado, a saber Carlos Humberto Illera, me comparte algo que desconocía: "la explotación maderera en la parte alta del curso del río" como una de las probables causas del represamiento que causó la avalancha.

Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
como un ave de luz se despereza
ese perro nostálgico y lanudo
sacude soñoliento la cabeza
y se echa a andar por la fragosa vía,
con su ceño de inválido mendigo,
mientras mueren las ráfagas del día
para tornar a su fangoso abrigo.
Hundido en la cloaca
la agita con sus manos temblorosas,
y de esa tumba miserable saca
tiras de piel, cadáveres de cosas. (Valencia, 1914, p.99)

Imagen número 52. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

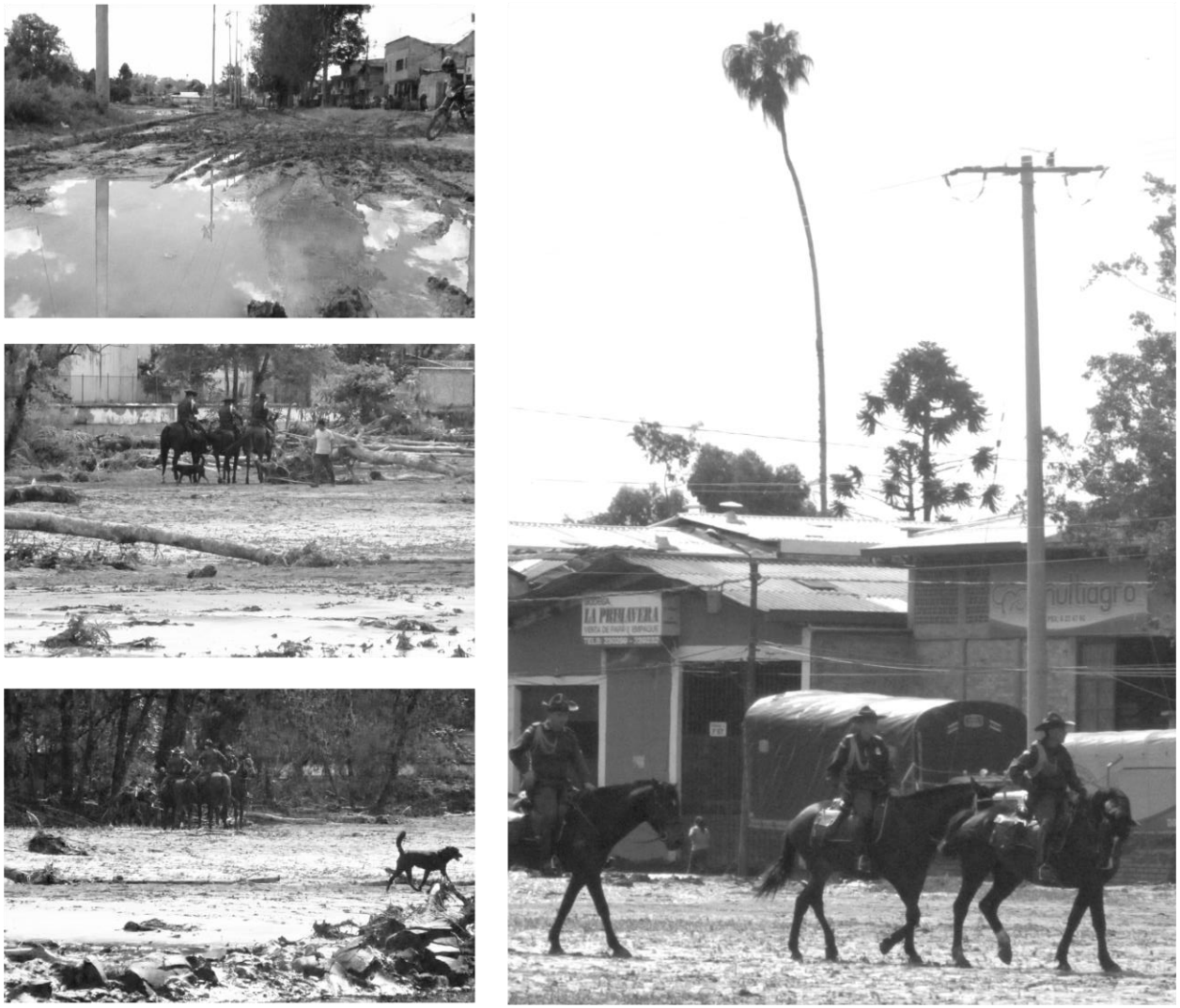



Imagen número 53. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

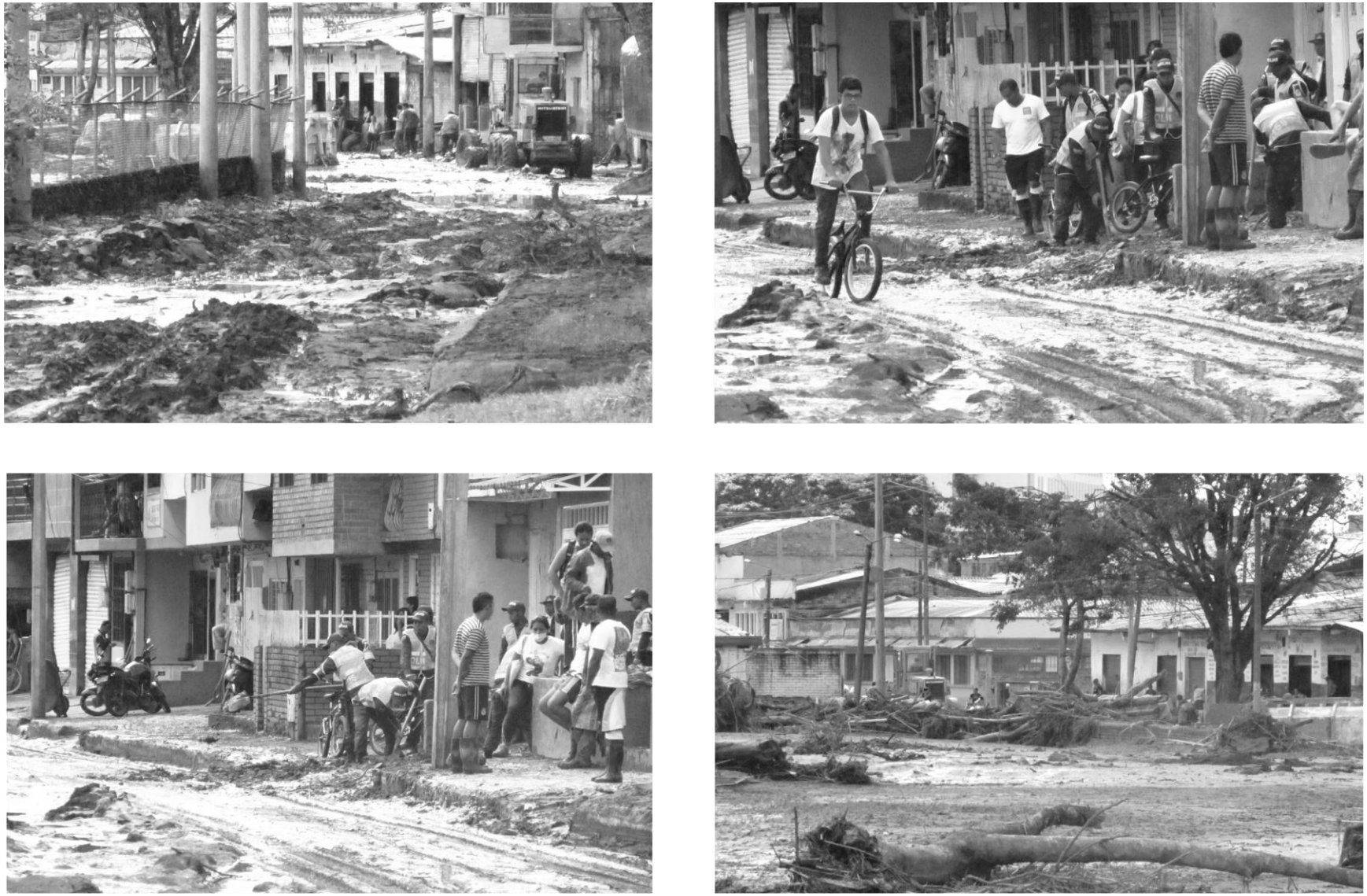


Imagen número 54. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

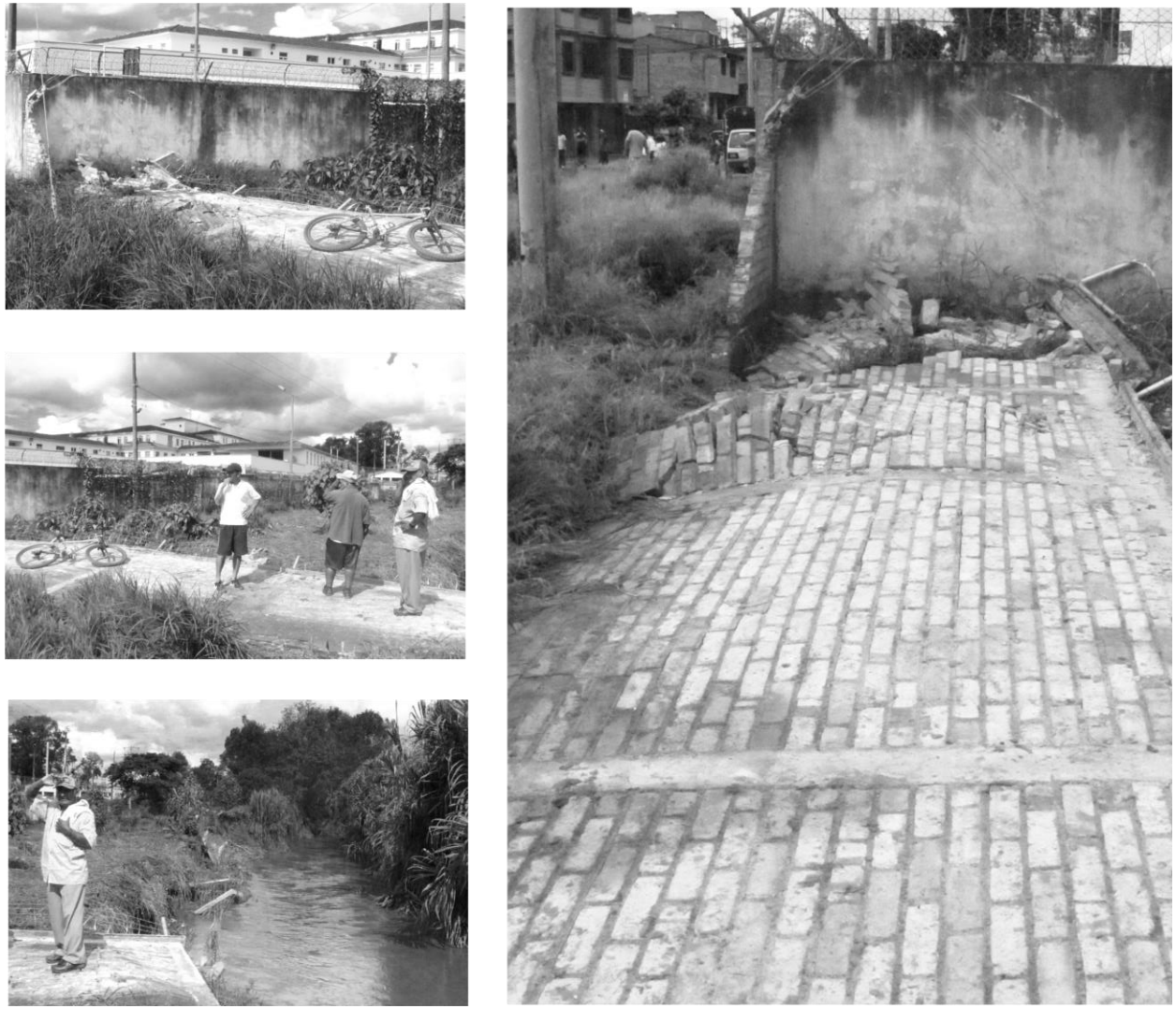


Imagen número 55. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 56. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

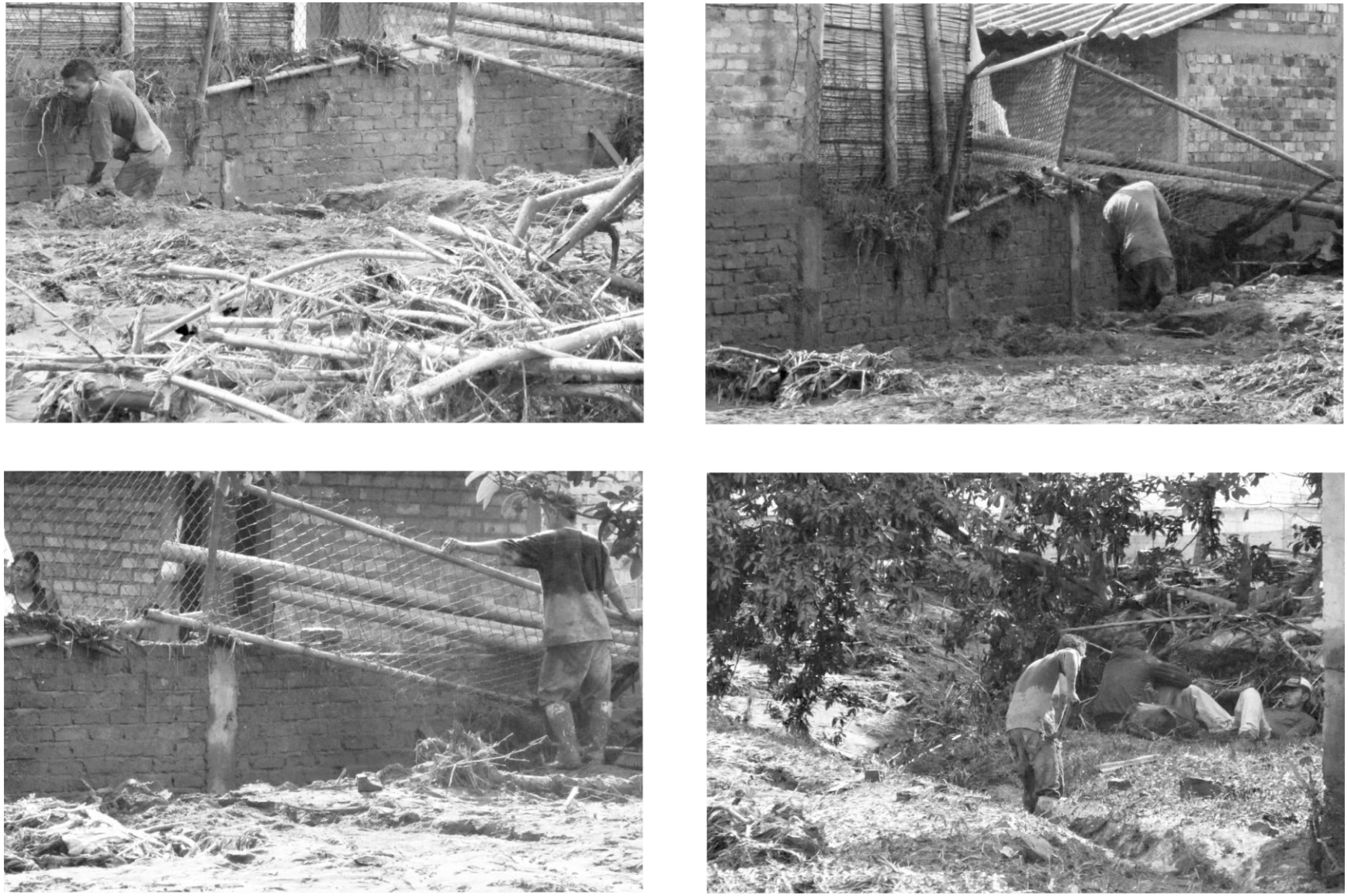


Imagen número 57. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 58. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 59. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

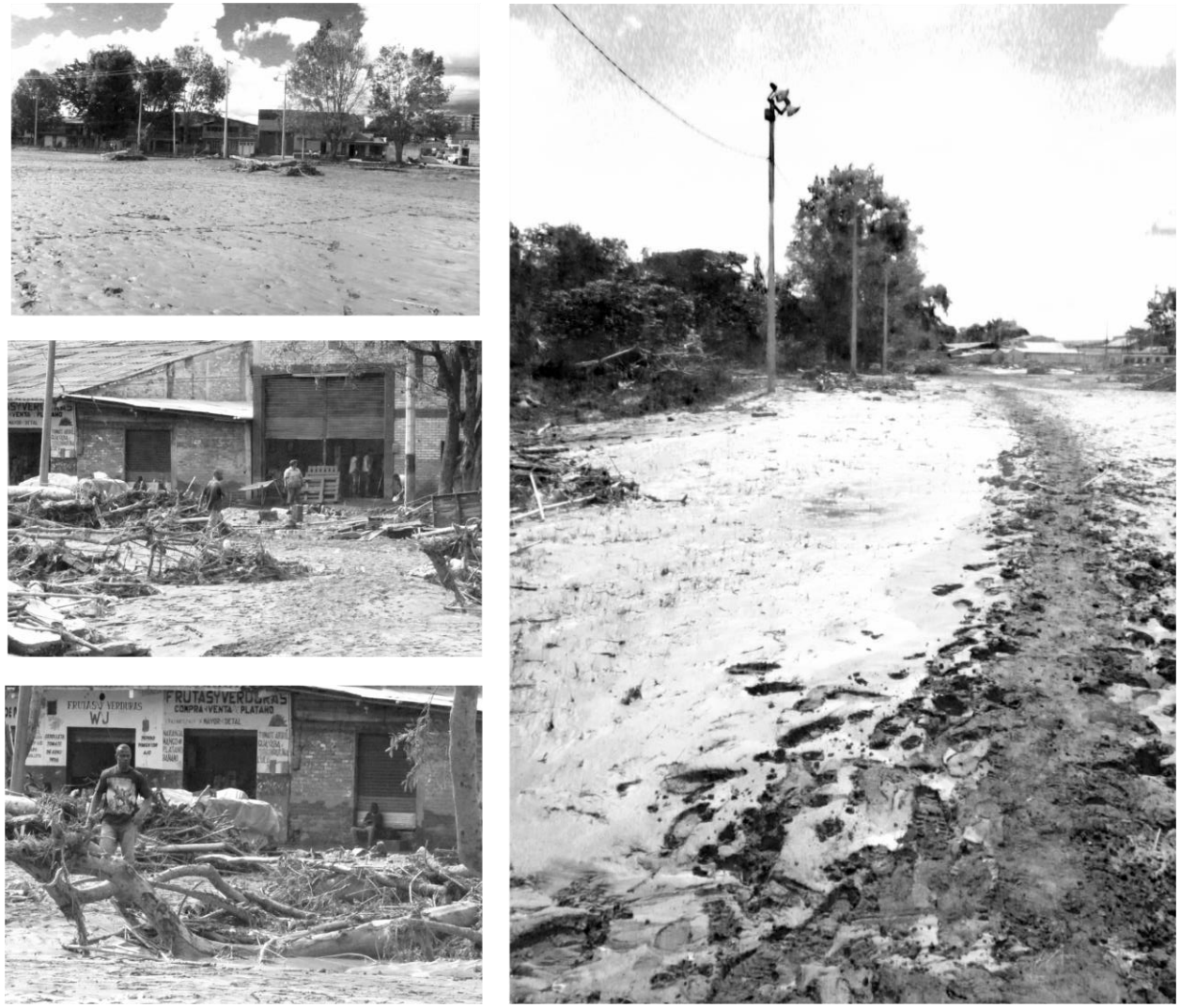



Imagen número 60. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 61. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

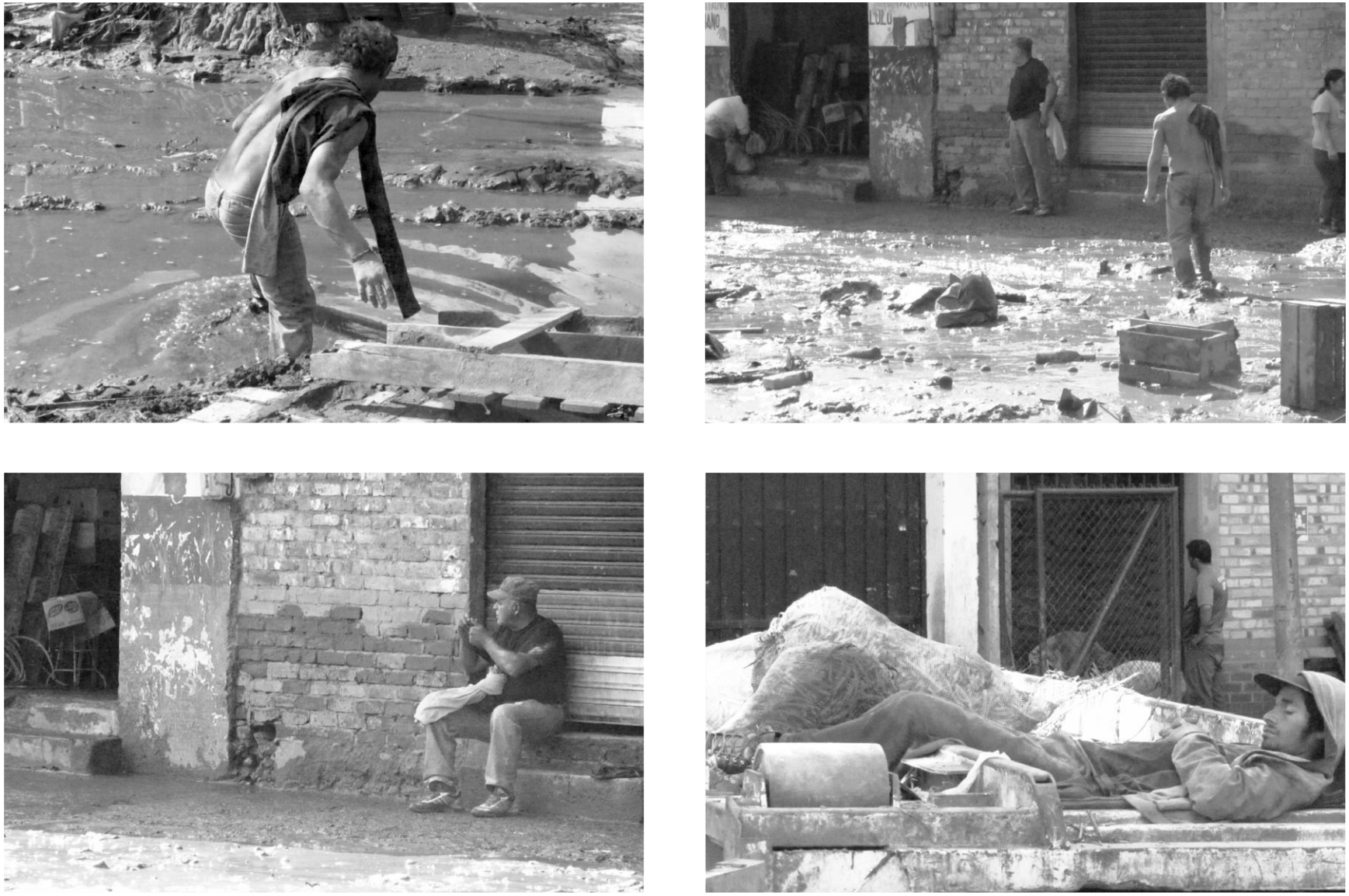


Imagen número 62. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 63. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 64. Fotografía de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 65. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 66. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 67. Fotografía de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 68. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

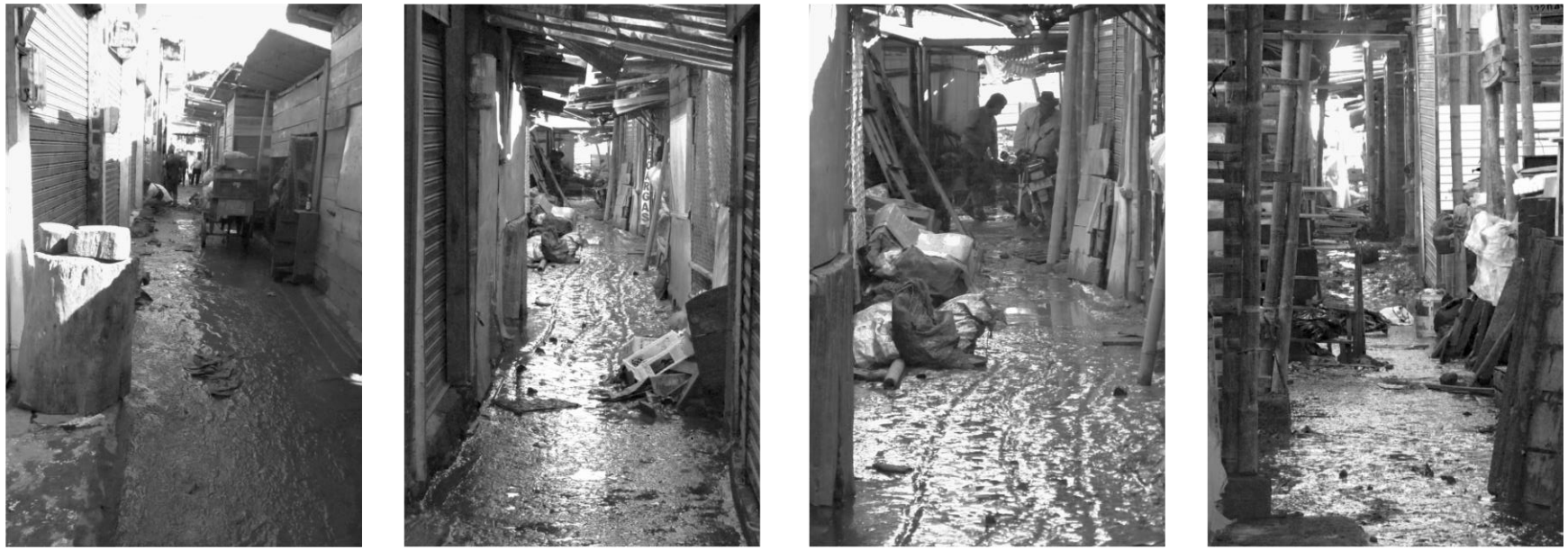


Imagen número 69. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

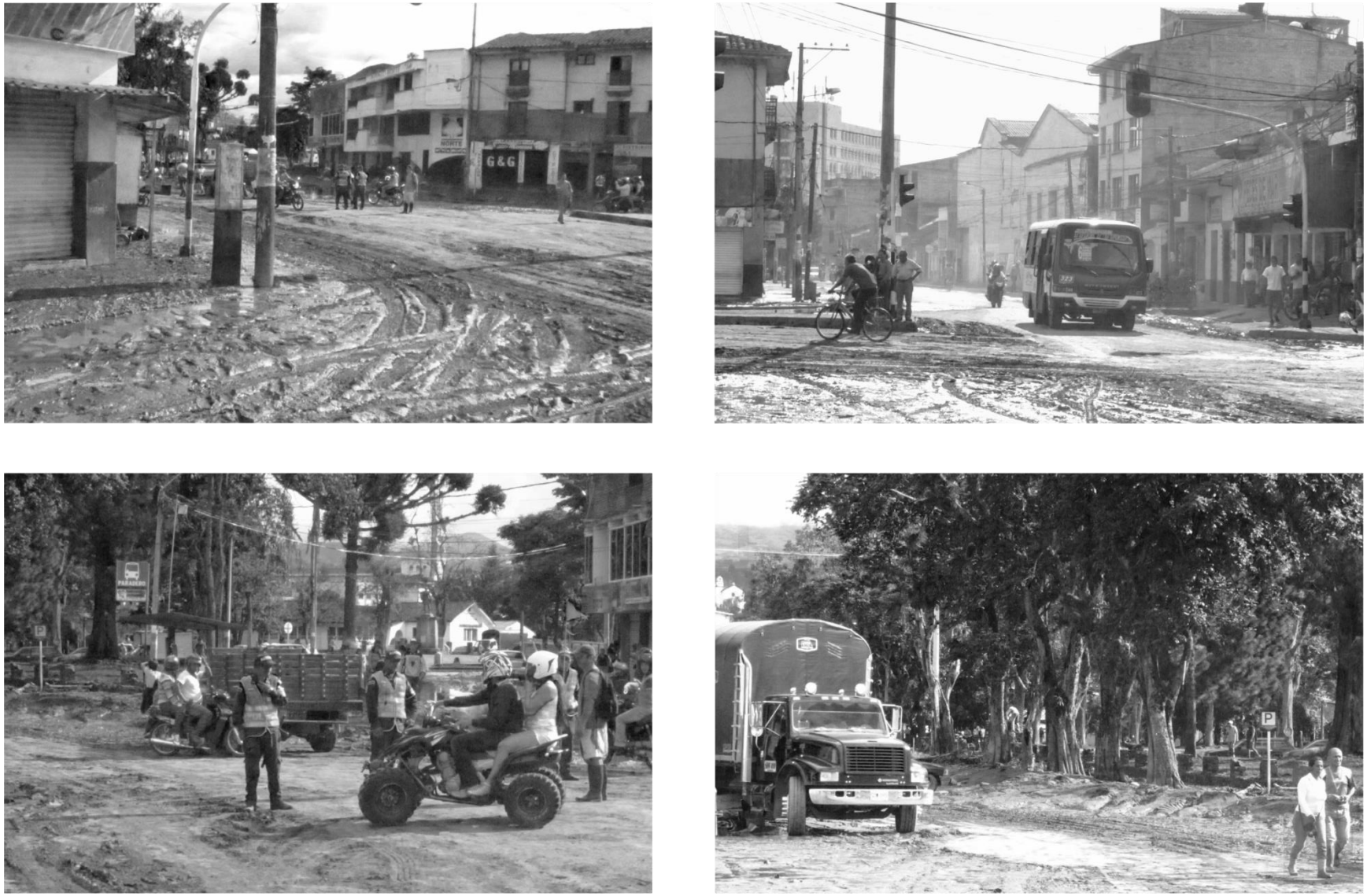



Imagen número 70. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

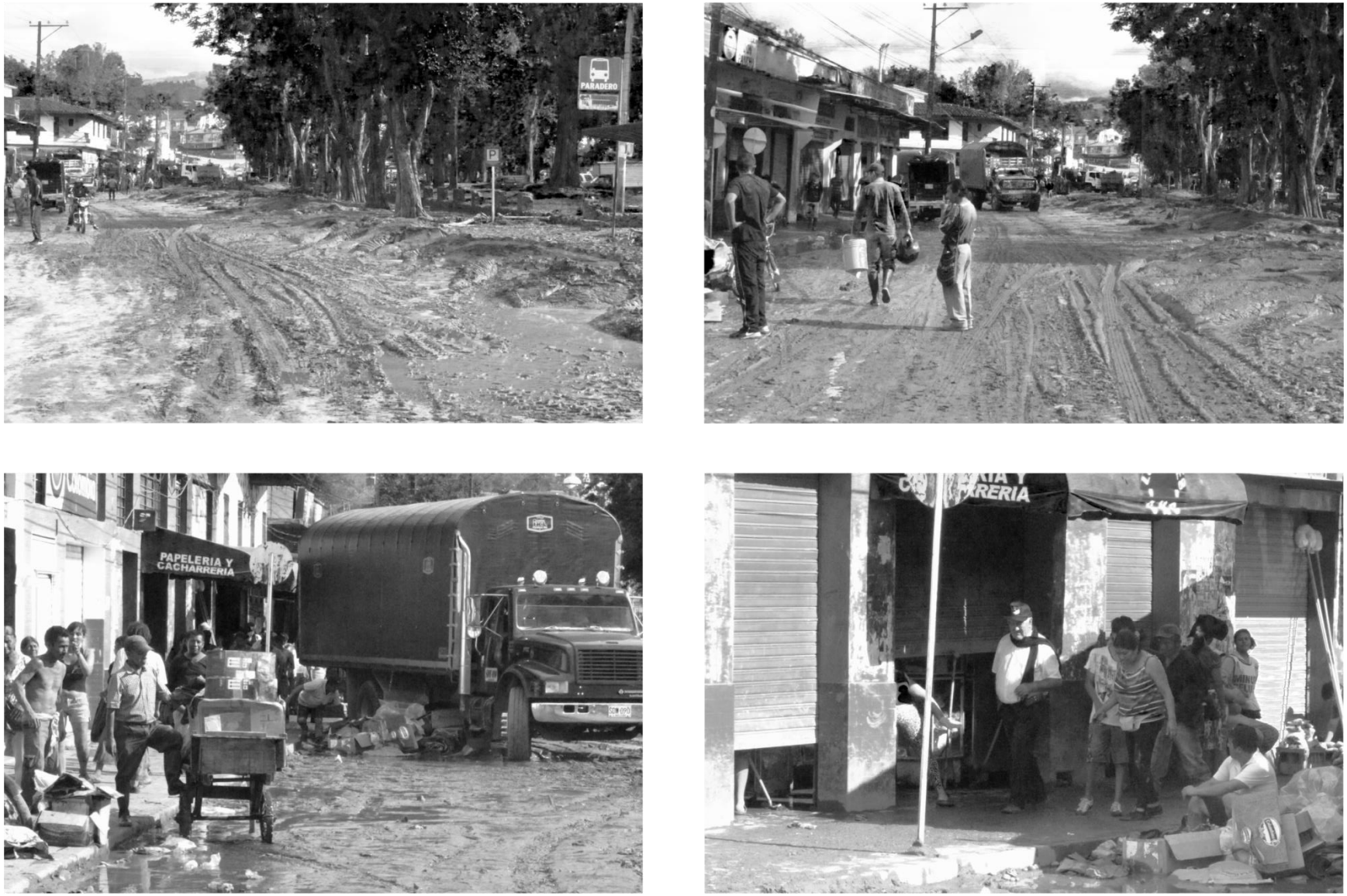



Imagen número 71. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

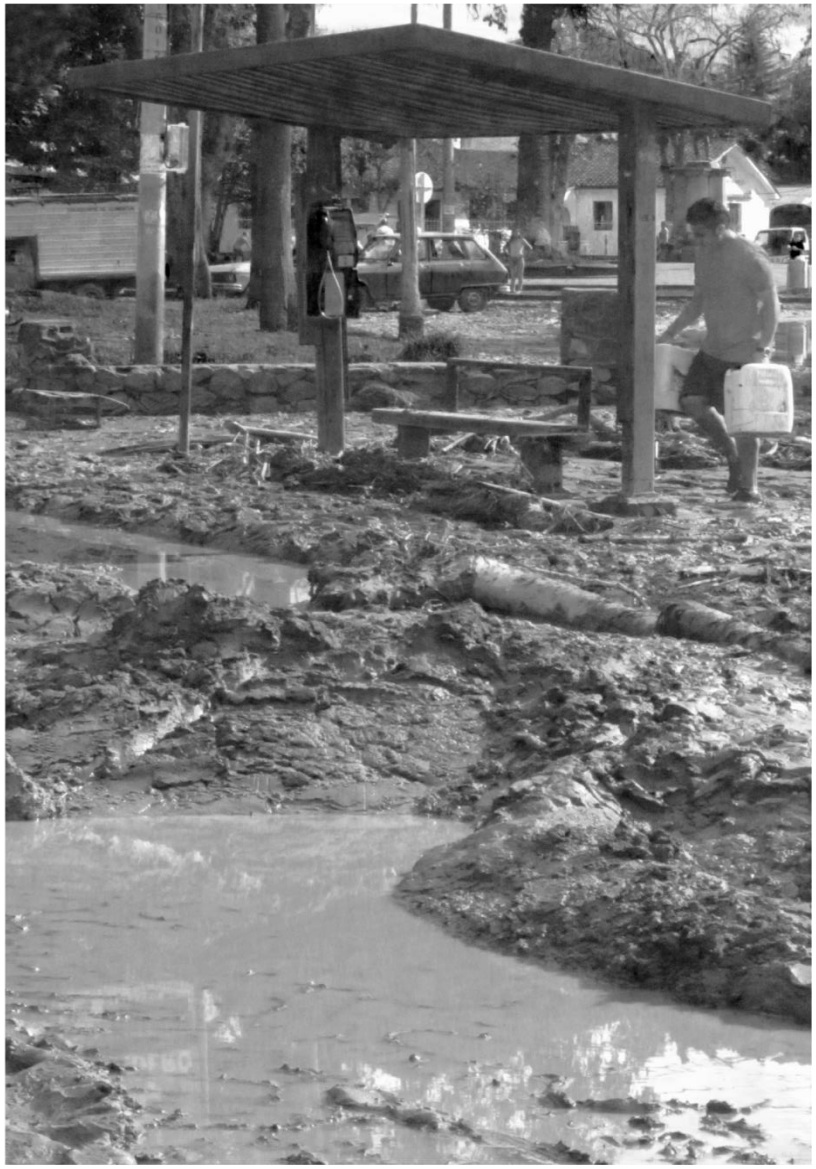


Imagen número 72. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 73. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

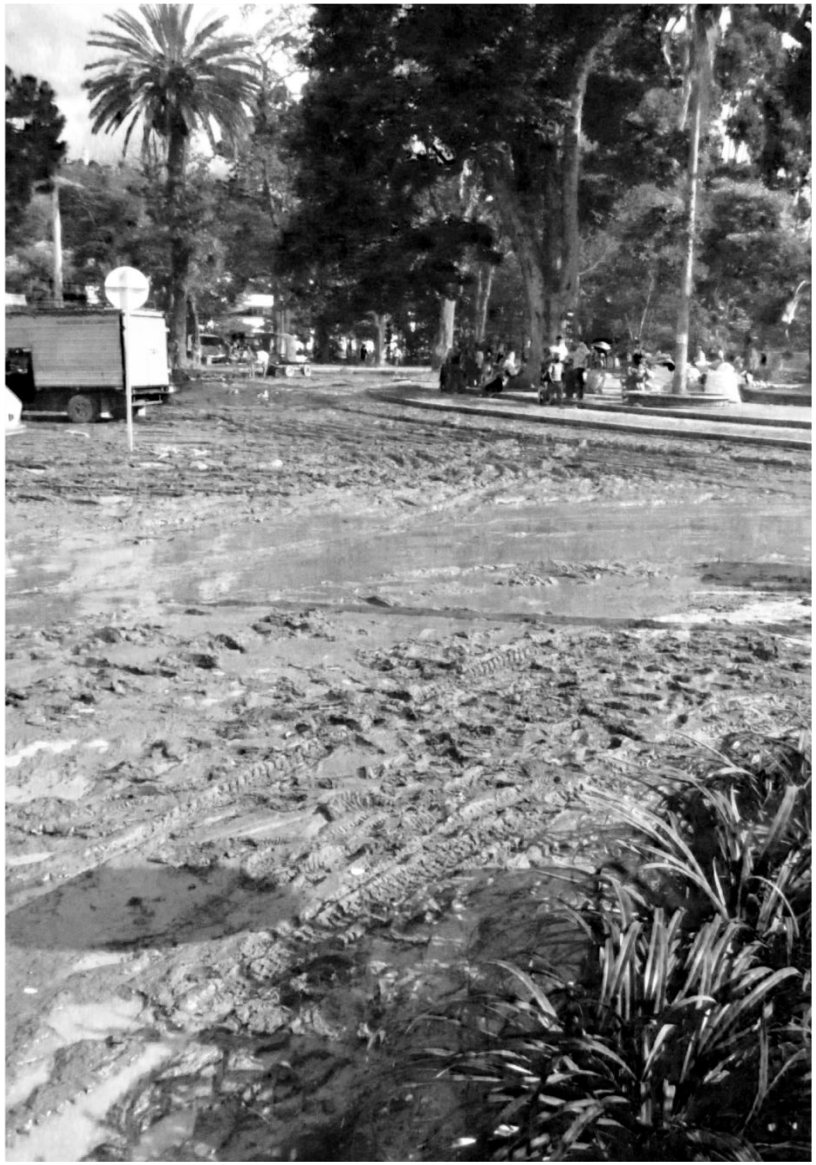


Imagen número 74. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 75.Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 76. Fotografía de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 77. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

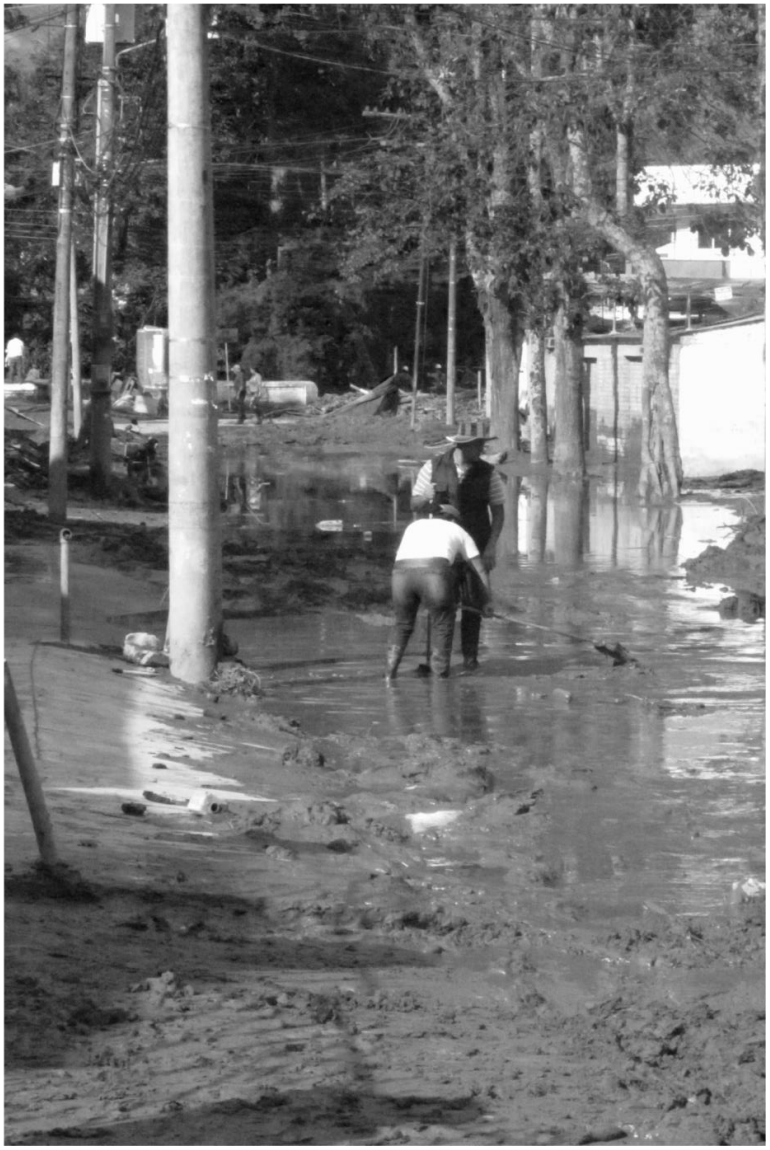
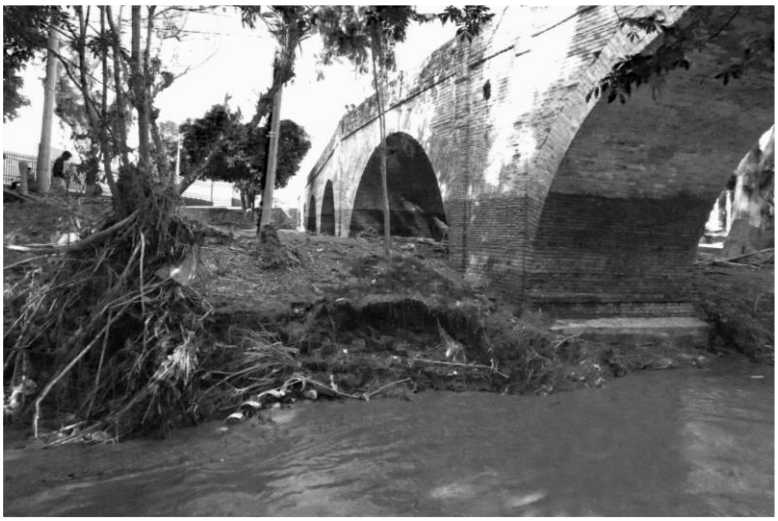


Imagen número 78. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 79. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 80. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.



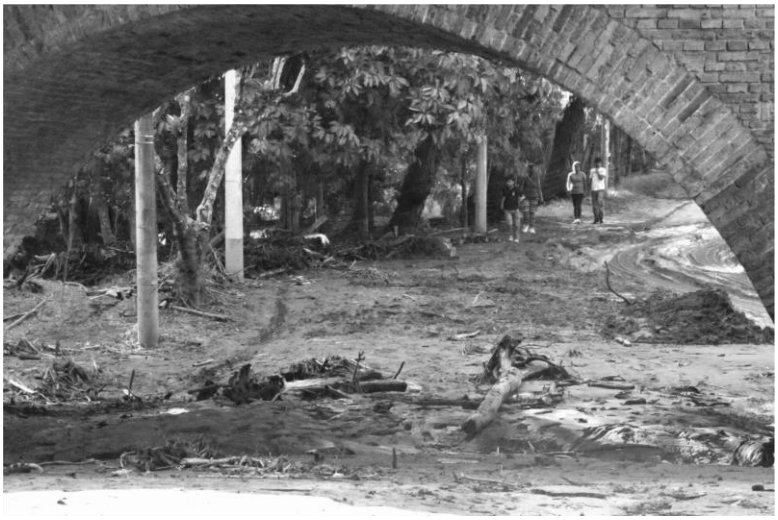


Imagen número 81. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 82. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

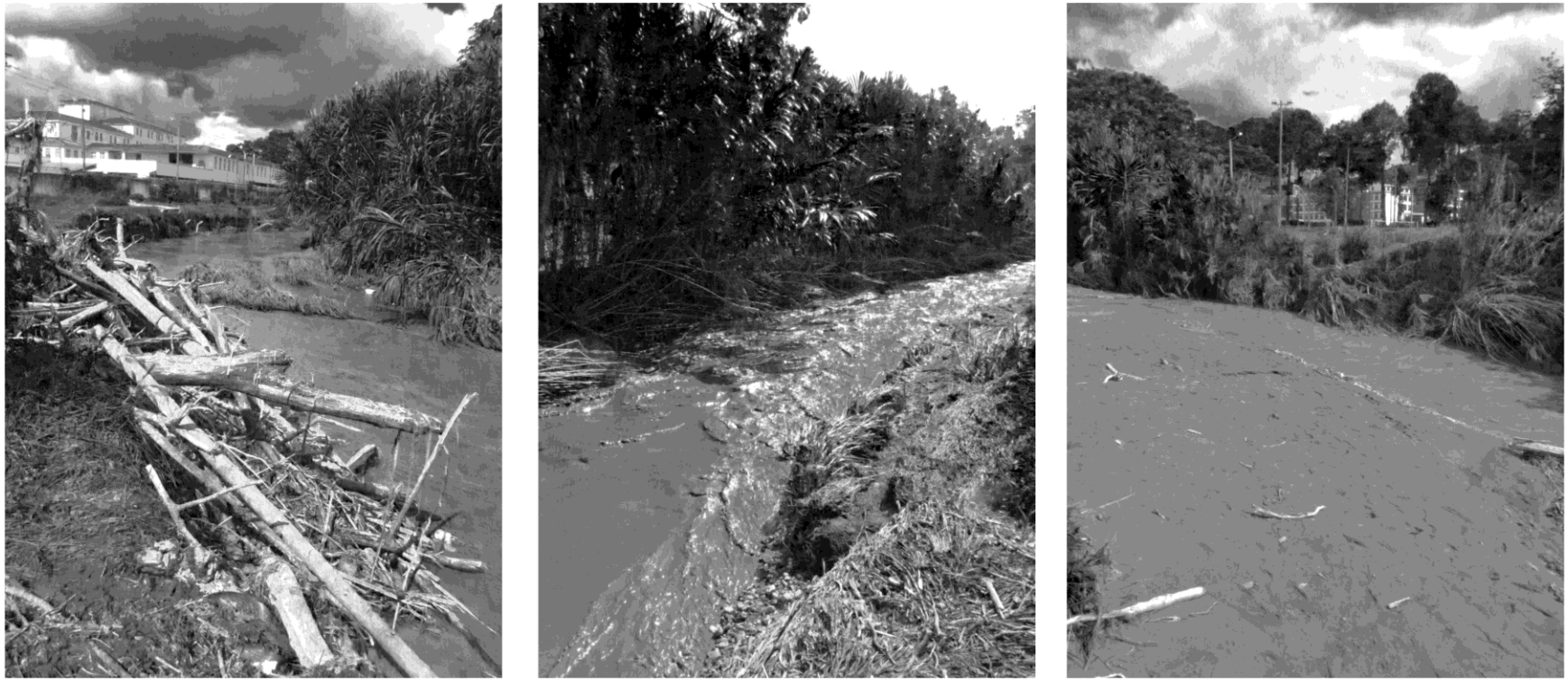


Imagen número 83. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 84. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

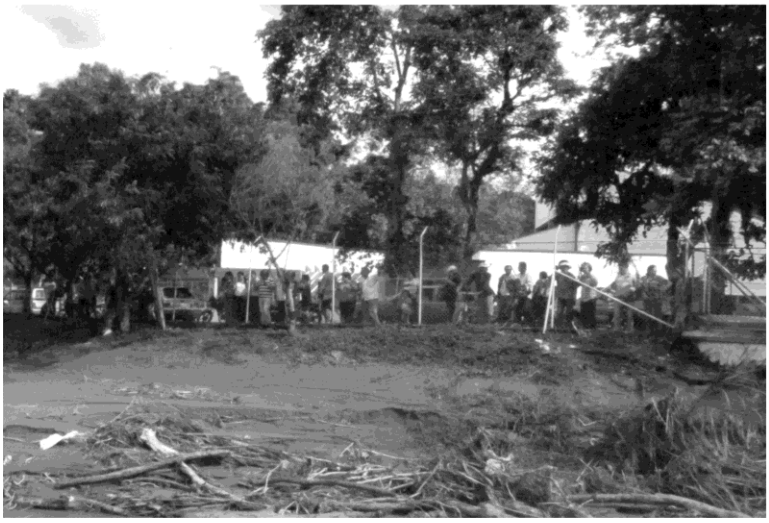


Imagen número 85. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 86. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 87. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 88. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 89. Colaje ideado por mí y realizado por Camila Córdoba. Fotografías de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

Imagen número 90. Fotografía de mi autoría. Año: 2013. Lugar: Popayán.

**Sobre algunas fotografías sugerentes.**

Ese título se debe a que muchas imágenes como estas reposan en álbumes familiares, entre papeles viejos y en cuadros escasos casi desconocidos, así, cuando escribo lo de *sugerentes*, quiero que quede clara mi sugerencia amable para que, aquellos que tienen partes de la vida payanesa en fotografías y demás representaciones visuales o de otros tipos, nos las compartan.

El colaje de la página 346 muestra, principalmente, a los Puentes del Humilladero: Carros estacionados, empedrados inacabados y un jinete y su montura; el pueblo arremolinado sobre el suelo embarrado; las gentes bien vestidas siguiendo a un señor cubierto con un palio y los techos de El Callejón a lo lejos y unas hojas de lo que parece ser una mata de plátano en lo que fuera una huerta; una casa hoy inexistente, una de tantas, y el amplio panorama con la gente caminando y montando bicicleta.

El colaje de la página 347 está compuesto por dos bellas fotografías de un viaje en tren fechado en el año de 1953; en ellas se puede ver a una pasajera junto a la ventana y su reflejo; en la otra puede verse a la bella locomotora en una curva exhalando su vaho oscuro hacia el amplio cielo.

El colaje de la página 348 está compuesto por dos curiosas fotografías: La primera es muy singular porque muestra los colores de la fachada de La Estación, asumiendo que no sea un fotomontaje, y los cuales, antes de verla, me resultaban desconocidos, pues, en las fotografías aquí recopiladas y en las memorias de las personas con las cuales hablé, el detalle de los colores de su fachada resultó algo desconocido, o dado por sabido, pues, asumí su blancura ya que ese es el color que parecía registrado en las fotografías en escala de grises (en ese entonces no había leído los libros de Germán Téllez Castañeda ni sus disertaciones sobre el color en otros contextos traídos al presente), aunque también pudo ocurrir que en el transcurso de los años tuviese varios colores en su fachada; la segunda fotografía es, originalmente, a color y muestra a algunas personas, a un vagón deteriorado y a una parte del corredor férreo bastante descuidada, tanto así que quien publica las imágenes asevera que están quitando los rieles después de dinamitar La Estación; sabiendo esto último y que la fotografía original es a color y que no parece un fotomontaje, pienso otra vez en lo raro que es no tener un registro fotográfico más cuantioso y con algunas fotografías a color sobre ese evento y sobre los edificios demolidos y las personas involucradas; aunque, según me contó el señor Ledezma, las fotografías a color se demoraron en llegar a esta ciudad, sobre todo por su inicial dificultad para conseguir los químicos y por sus costos; quizá los carros den, a un conocedor de ellos, un referente temporal más certero.

El colaje de la página 349 muestra una noche cerca de La Estación; también una probable escena cotidiana muy escasa y más poblada de la zona de abordaje del mismo edificio: Aclaro que no he podido corroborar o descartar la veracidad de la última imagen de dicho colaje, quizás alguien de la época o conocedor de los vagones podría hacerlo: Yo sólo alcanzo a leer parte de la palabra “Nacionales”, quizá de “Ferrocarriles Nacionales”, sobre un vagón, y más arriba se ven unas palmeras, y más abajo el número 548.

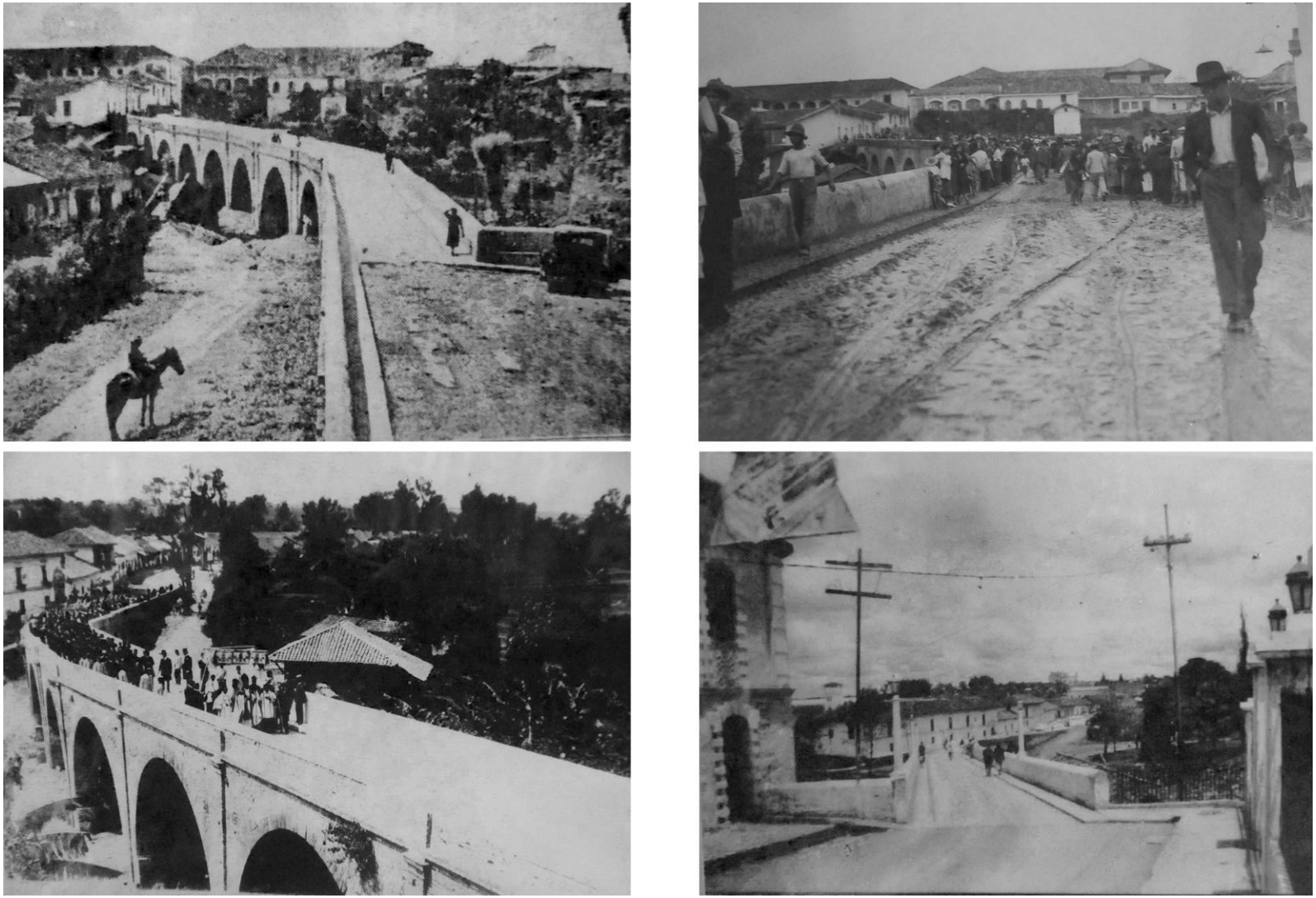


Imagen número 91. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Las fotografías fueron tomadas por mí a otras fotografías: La primera y la segunda están expuestas en un restaurante sobre la carrera novena, entre la calle séptima y la calle octava; la tercera y la cuarta están expuestas en una sastrería de La Esmeralda. Se desconocen los años y las fuentes originales. Lugar: Popayán.

Imagen número 92. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Las dos fotografías fueron extraídas de *Facebook*: https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1638113579817224&set=pcb.1202759549811157&type=3&theater. Quien publica las fotografías no anota las fuentes originales, pero sí un año: 1953. Lugar: Algún tramo de la vía férrea entre Popayán y Cali.

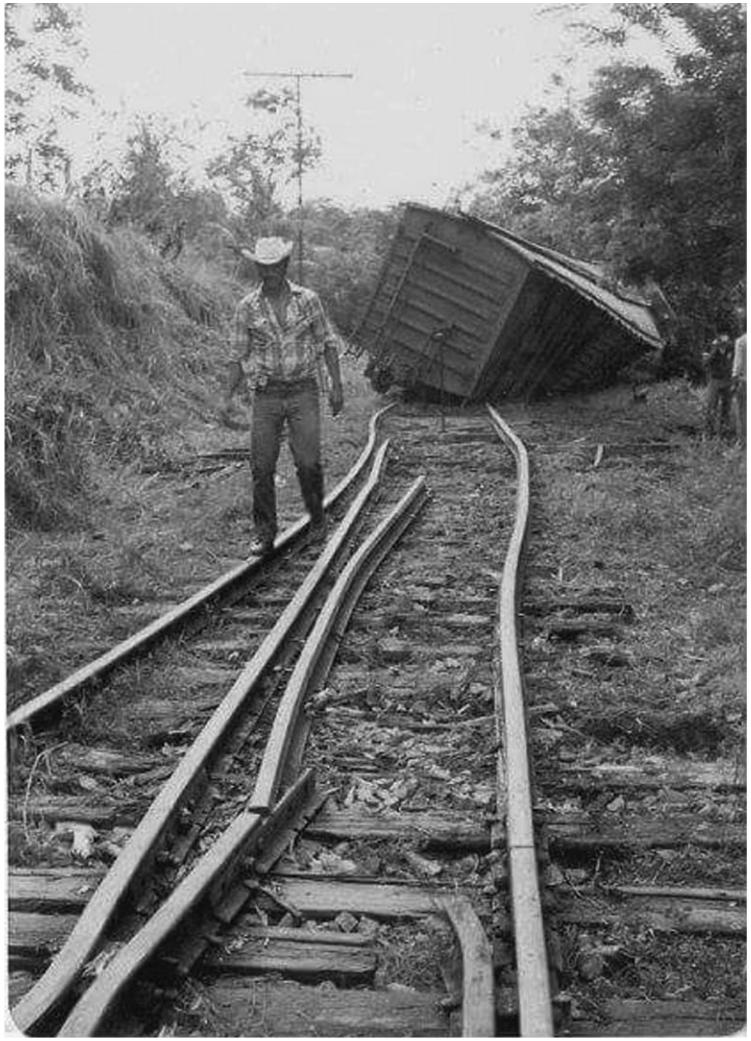


Imagen número 93. Las dos fotografías fueron extraídas de *Facebook*: https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1587560761273630&set=p.1587560761273630&type=1&theater y https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1589002421129464&set=p.1589002421129464&type=1&theater. Se desconocen los años y las fuentes originales. Este colaje fue ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. Lugar: Popayán.

Imagen número 94. Colaje ideado por mí y realizado por Daniela Adrada. La primera fotografía fue extraída por Victoria Ayerbe de un grupo secreto de *Facebook* de nombre "POPAYÁN HISTÓRICO", y la otra fue extraída de *Facebook*: https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1807397249292370&set=pcb.1807397629292332&type=3&theater. Se desconocen los años y sus fuentes originales. Lugar: Popayán.

## Conclusiones y consideraciones

Creo que por su propia volición esta investigación ha mutado, impulsándonos, a mi libertad y a mí, para que la intentemos sondear aún más.

***

A partir de los libros y demás documentos que he consultado y de los hechos e interpretaciones que he expuesto puedo postular una serie de eventos históricamente relevantes para el barrio Bolívar: La creación del Antiguo Hospital; la creación del Puente de la Custodia; la creación del Puente del Humilladero; la creación de La Estación y la llegada del Ferrocarril; un desbordamiento del río Molino, probablemente, en 1928, que, al parecer, averió el original Puente de la Custodia; la creación del Centro de Rehabilitación El Proceso en un tiempo que no he podido determinar; el establecimiento de la terminal de transporte en el barrio Bolívar a mediados del siglo XX; la demolición de la galería central y su traslado al barrio Bolívar en la década del 60; la destrucción de La Estación en 1975 durante una de las alcaldías de Álvaro Caicedo y la posterior partida del Ferrocarril; el traslado de las empresas de transporte desde el barrio Bolívar hacia la terminal actual, al parecer, a finales de la década del 70; la mala administración y el deterioro de la galería durante las últimas décadas y el desbordamiento del río Molino el 25 de diciembre de 2013 que reavivó las iniciativas para el traslado y/o demolición de esa galería.

A partir de las voces de Los Pitingos puedo destacar este conjunto de hechos comunes a la mayoría: Sus familias y vecinos desarrollaron de forma notable la fabricación y comercio ilegal de aguardiente chiquito, hecho que influyó como uno de sus elementos de identidad barrial; las influencias del Ferrocarril y la terminal de transporte en las generaciones de nuestros abuelos y nuestros padres, pues, facilitaron las migraciones y con ello el proceso de urbanización: Así se modificaron, de una forma que no había ocurrido en siglos, el rango de sus aspiraciones sociales como individuos y los límites de sus mundos posibles[239]; los influjos bucólicos del río Molino les ayudaron a tener, con ese barrio y con la ciudad, un sentido de pertenencia aún mutante entre la vida rural y la vida urbana; las estadías de los gitanos demostraron que Los Pitingos no eran exclusivamente belicosos y les era posible convivir con otros grupos diferentes a ellos sin mayores inconvenientes; la presencia de la galería les trajo conveniencias a corto plazo, pero, por sus descuidos y mala administración, también les trajo inconveniencias a un plazo más dilatado que aún no acaba; las celebraciones religiosas y todo lo que a ellas concierne fueron el centro de sus vidas individuales y familiares: La Novena de Aguinaldos, la Navidad y el Año Nuevo, la Fiesta de los Reyes Magos y el Carnaval de Pubenza, las misas, los bautizos, la primera

[239] A esto debe sumarse algo que ya insinué en la introducción del tercer capítulo de esta investigación y que en parte repito a continuación: El crecimiento de la radio y sus emisoras, además del notable y curioso consumo de películas en la sociedad payanesa, sin olvidar, claro, la llegada de la televisión: Estos temas bien podrían ameritar más investigaciones.

comunión, la confirmación, los matrimonios, los cumpleaños, las velaciones, los entierros y demás celebraciones que aún perviven, o que mutaron bastante, o que ya no volverán a verse.

Pese a que las voces de Los Pitingos son ricas y también los libros y demás documentos consultados, siento que el panorama vital que con ambos conjuntos he tejido está incompleto y aunque ahora entiendo mucho mejor la vida del barrio Bolívar y también entiendo mejor una parte de cómo quienes amo han llegado a ser lo que son y a estar en donde están, y lo mismo para otras personas, hay algo que falta, pero no sé qué es.

***

Meses después, cuando acabé por segunda vez todas las historias de vida ─pues, el primer intento era un eco pobre de vida de esas voces en mi voz─, me sorprendió algo: Dejando de lado las particularidades son más las semejanzas que mi familia y yo tenemos con todos ellos en nuestra forma de ser y de estar en el mundo. Creí que eso se debía al hecho de nacer y criarse en el mismo barrio, en la misma ciudad: Una suerte de identidad barrial ─como ya anoté─ y popayaneja, pero, vi que personas de otros barrios y también de otras ciudades comparten varias de esas semejanzas. ¿Por qué ocurre eso?

Cuando releí los libros y demás documentos escritos, y no sólo vi con ligereza lo anecdótico o los hitos históricos, pasó algo similar: A diferencia de hoy, y guardando las proporciones, me sorprendió no ver tantos crímenes registrados durante los años anteriores al siglo XX; pude empezar a ver que lo que hoy es el barrio Bolívar, desde los inicios de la Colonia hasta bien entrado el siglo XX, fue un proyecto de urbanización un tanto tácito, pero eficiente y destacable, como pocos en Popayán, y que le permitió a muchas familias vecinas de esta ciudad y de otros pueblos, durante todos esos siglos, una vida mesurada, casi imperceptible, sin rayar en la pobreza absoluta, siendo esta más bien moderada; un barrio en el cual ciertas formas de la modernidad, muy palpables en el fenómeno de la urbanización, pudieron ejecutarse, como ya reseñé algunos párrafos atrás, aunque no mantenerse.

La duda que me habitaba se convirtió en una epifanía en tres momentos cercanos y concatenados entre sí:

1. Cuando releí a Bertaux en *Los relatos de vida en el análisis social* y a Nathan Wachtel en *Memoria e Historia*: Con el primero me pregunté si mi duda late en lo que él llama el corazón de los fenómenos; también me cuestioné sobre su propuesta de a quién va dirigido el mensaje sociológico: A cierto lector futuro, pero, le pregunté y me pregunté: ¿Qué hacer ahora cuando ese lector futuro también soy yo? Con el segundo también vi algo que antes no: La memoria individual no solo existe y es posible al articularse a un pasado colectivo de una sociedad: Es uno de los elementos que permiten forjar un pensamiento social común que sigue cultivando a esos individuos para que lo modifiquen, se modifiquen y dejen huella en otros y en los espacios que habitan: Lo que a su vez permite que otros tengan esas posibilidades, y, aunque se mantengan o se alteren o se borren partes de las sustancias de esas memorias, según vaya el destino de esa

sociedad, y pese a que el grupo se disperse, este intentará verterlas, reconstruirlas y con ellas gran parte de la vida que tenían en su ámbito originario, pues, aunque no haya una memoria universal para todos los humanos, toda memoria colectiva de una sociedad está sustentada en un grupo de personas que estuvo limitado en el tiempo y en el espacio.

2. Los textos de arquitectura de Germán Téllez Castañeda, y que cito en la *Compilación de imágenes* y que añadí en los **Anexos**, a diferencia de los libros de historia que leí, cuentan mejor los contextos de la vida común de esos siglos pretéritos de la Colonia y rondan sobre una pregunta que no es respondida totalmente, pero sí sugerida y rondada: ¿Qué tanto se parecía la gente venida del otro lado del mar a nosotros?

3. En la primera semana de noviembre del 2017, me llegó una cadena a mi *WhatsApp*, es decir, un mensaje reenviado muchas veces; en dicha cadena se convocaba a la gente al parque Carlos Albán del barrio Bolívar para marchar de forma beligerante contra el CRIC y sus miembros a causa de los recurrentes cierres de las vías. Me sorprendió porque, si bien hay ciertos resquemores entre los indígenas y una parte de la población payanesa, las cosas no habían adquirido ese tono convulso, pero, por suerte, el asunto no pasó a mayores. Por motivos familiares no pude salir a ver ese peculiar encuentro, así que lo seguí en Internet. Lo que más me sorprendió fueron los comentarios que leí en *Facebook*: En su mayoría ─luego lo supe─ fundamentados en odios, en olvidos, en confusiones y en tergiversaciones de hace varios siglos: Se trataban de blanco hijueputa, de indio marica y de negro malparido para arriba (aunque, me parece que los negros no tenían velas en ese entierro, pero se las pusieron). ¿Por qué somos como somos?, ¿qué rumbos han recorrido las sustancias que hoy nos conforman y otorgan un lugar en el mundo, lugar que aún no vemos?: Me dije a mí mismo con un poco de claridad para formular esas dudas.

Hoy puedo decir que la mayoría de esas personas de los comentarios de *Facebook* están en los extremos de nuestra propia incomprensión histórica y ven y viven sus vidas según la "leyenda negra" o la "leyenda rosa" de lo que fue el Descubrimiento, la Conquista y la Colonia. Esto lo afirmo partiendo de un libro de un grupo de investigación de la Universidad del Rosario titulado *La llave de las Españas: estudio sobre tradiciones e identidades políticas hispánicas*. El libro es una joya y sugiero, principalmente, la lectura de dos de sus capítulos si se quiere saber con más rigor sobre este tema: "El papel político y filosófico de los judeoconversos en la formación del pensamiento hispánico" escrito por Énver J. Torregrosa Lara, y "Evolución y desarrollo de la teología conversa en la formación de la hispanidad" escrito por Enrique Serrano López. Encontré más libros de este último escritor y leí tres que van por las mismas vertientes: *La marca de España* (que es un libro de cuentos muy bien hechos), *¿Por qué fracasa Colombia?* (que es un ensayo con algunos errores ecdóticos, pero provocador, ambicioso y necesario) y *Donde no te conozcan* (que es una novela histórica genial y de una prosa poderosa). ¿A qué viene todo esto? Que las formas en que ellos comprenden e interpretan esos momentos de la historia no se quedan ni en patriotismos, ni sectarismos, ni en venias a la Corona, ni en la dualidad de la "leyenda negra" y "leyenda rosa", ambas insuficientes para explicarnos: La primera expone a todo lo que

tenga la marca de España como algo que debemos abominar y que no merece análisis, pues, al decir de muchos, nos violaron, nos robaron, nos vejaron y se fueron dejándonos peor de lo que estábamos; la segunda es la oposición radical de la primera y presenta el encuentro de España con las tierras y sociedades precolombinas como el inicio de una empresa sólo civilizadora y bienhechora. Y fue tanto el ruido que hicieron ambas en su momento que aún hoy siguen resonando de forma perjudicial en nosotros. Entendernos en nuestra historia sólo como víctimas y/o victimarios es no entendernos. Creo que uno de los mayores aportes de esas obras es que interpretan y explican los elementos de una identidad cultural mucho más amplia de lo que yo intuía, es decir, cierta forma de hispanidad colombiana o colombianidad. Esto puede chocar un poco con lo que se nos explica u omite durante toda la vida escolar y académica y con los olvidos que cargamos. En la antropología eso también podría ocurrir, pues, los antropólogos no hemos indagado lo suficiente en las mayorías como sí lo hemos hecho con las minorías. Esos libros mencionados son o se aproximan mucho a una suerte de historia antropológica colombiana. Con esto no se trata de centrarnos sólo en los crímenes o milagros que ocurrieron entre todas las partes: Se trata de ver y vivir los matices, los influjos, las tensiones y entender que el Descubrimiento, la Conquista y la Colonia no ocurrieron igual en todas las partes del mundo y que, como muchas cosas de la vida, es más lo que como mayoría desconocemos que lo que conocemos. Para entender esto y entendernos resulta crucial ver quiénes eran los cristianos nuevos, también llamados indianos o conversos, como, más o menos, puede leerse en el siguiente capítulo de *Donde no te conozcan*:

> Capítulo XXV
>
> La Inquisición metía miedo a los cristianos nuevos, verdaderos o falsos, que permanecieron en las Españas, obligándolos a mudar muchas costumbres y a olvidarse de la mayor parte de sus tradiciones. Es cierto que seguían siendo judíos, pero la costumbre de ocultarse, de callar o de sentirse traicionados por un gesto, dejó en ellos una huella imperecedera; la poderosa marca del sigilo.
>
> Conservaban algunas costumbres ancestrales, pero generalmente reducidas a sus expresiones más externas, olvidando el sentido y la historia que las había hecho nacer. Fueron éstas las que llevaron judíos y conversos a América. Más estando allá establecidos y pretendiendo hacer una vida nueva al margen de toda sospecha, les fue difícil conservar aquello que sus ancestros tan diligentemente habían preservado durante milenios. No pudieron circuncidarse ni cocer los alimentos como lo prescribe el rito del Levítico ni guardar siempre y en todo punto la vigilancia de las ceremonias.
>
> En esta nueva tierra en la que vinieron a morir los mayores, los jóvenes tuvieron que hacer alarde de prodigiosa adaptación. Se desvanecían con aquellos ancianos algunas de las más tutelares tradiciones y sus palabras y herramientas se perdieron entre los ecos de un mundo nuevo que imponía los rigores de la supervivencia antes que las formas de la tradición. Aunque no quisieran dejar de ser judíos y se empeñasen en respetar los

requerimientos hechos por sus padres, la enorme distancia y la luz de esas tierras no permitían medir el tiempo como en Sefarad. No había estaciones que hicieran precisa la medición del calendario y el celo puesto en no despertar ninguna sospecha les impidió cumplir con los preceptos y las fechas del calendario judío. Como no era posible medir el tiempo, tampoco lo fue observar el desarrollo de las fiestas en los días debidos.

Era preciso trabajar todos los días para terminar de levantar, de la nada, las villas y pueblas que habían dado en fundar. Los encuentros con los indígenas y la obligación de usar armas de fuego y espadas los habían familiarizado con el acto de matar y apenas quedaba tiempo para la exigente oración y la elaboración cuidada de genealogías.

Después de algunas generaciones no tuvo ya sentido guardar la mayor parte de las prácticas de sus mayores, puesto que ya no valían las condiciones de antaño que les dieron origen. Comer cerdo en público, frente a todos, sin recato alguno y sin pensar que con ello se ofendía al Dios de los antepasados, se volvió moneda corriente, al igual que cortar la cabeza del pollo y cocinar con aceite como habían comenzado a hacerlo ya sus abuelos en España.

Por último, olvidaron la lengua hebrea y hasta la forma de leer las inscripciones de las tumbas o los rollos de Torá. Si eran judíos o moros, moriscos o mozárabes, mudéjares o muladíes, lo cierto es que ya no lo parecían, fundidos todos en una misma caldera. Muerta la lengua fenece también dolorosamente el espíritu y el talante de un pueblo, como los regatones que incapaces ya de aparejar el todo, venden al mejor postor los trozos y las partes. La lengua es el vehículo del mundo y allí donde ella viaja, viaja entero el cosmos que su espectro ha perfilado; quien la olvida muere sin saberlo y hace morir a sus hijos en el marasmo, incluso antes de haber nacido.

El mundo se había ensanchado tanto que las costumbres de cristianos, moros, judíos e indios se referían preferentemente al sitio en el que estaban viviendo y no a la usanza del lar del que fueran nativos. (Serrano, 2007, pp. 325-327)

A continuación, para no acabar de forma engorrosa y abigarrada con muchas citas, presento una síntesis con la que parafraseo los aspectos más relevantes de esos cuatro libros ya mencionados y un documento audiovisual complementario de Enrique Serrano que fue subido hace poco y dividido en dos, siendo sus títulos: *Colombia, historia de la violencia: desde la Guerra de los Mil días hasta Gaitán y el Bogotazo* y *Colombia del Bogotazo al acuerdo de paz*[240], y en los cuales las voces de Los Pitingos, y ya no sólo de ellos, se explican en nuestra historia, especialmente nuestra historia con España, desde una perspectiva menos dual y más rica por su sentido humano: Ya no son sólo "los buenos" y "los malos", los hitos históricos y los nombres

[240] El documento puede hallarse respectivamente en los dos siguientes enlaces: https://www.youtube.com/watch?v=S8T0RuoDskw&t=27s y https://www.youtube.com/watch?v=s4IKNpQv3kA&t=3204s

notables: Son los ambientes y las intenciones humanas que forjaron y forjan nuestra vida y nos constituyen, muchas veces, sin que los notemos:

Las raíces de nuestra nación en el mundo son más largas de lo que creemos y no surgen con el rompimiento de un florero o en la Independencia y anteceden, aun en buena medida, al Descubrimiento, a la Conquista y a la Colonia. El carácter que ha florecido de dichas raíces se decantó en otras tierras durante siglos, y, cuando la gente no pudo seguir cultivándolo con la vida que había tenido en suerte por un conjunto de circunstancias históricas, debieron empezar a mudarlo, pero no enteramente, y huir por los problemas que les generaban sus ascendencias, principalmente, judías y moras. Durante muchos años, algunos como ellos huyeron por el Mediterráneo y también a las tierras del norte hasta agotar esas opciones para los demás, por lo que, en el ambiente convulso de finales del siglo XV que se vivía en las Españas, esa ruta que se abría a lo que después llamaron la Tierra Firme se volvió un escape.

Si bien nuestro mestizaje genético es evidente, nuestro mestizaje cultural ha recibido más influencias de esa gente que tuvo que huir del sur de las Españas; esa gente que huyó humillada, expoliada, quebrada y fue perseguida por la Inquisición: Podemos ser de muchos colores y tamaños, pero, gústenos o no, y con sus virtudes y defectos, la cultura dominante que aún hoy persiste la heredamos de ellos. Ellos: que atravesaron el inmenso océano de forma ilegal y muchas veces rondaron por las islas del Caribe hasta penetrar, a través del río grande de la Magdalena, las recónditas montañas del norte de lo que hoy es Suramérica: Llegando a zonas lo suficientemente alejadas de las autoridades inquisitoriales, zonas que carecían de grandes minas, como las que sí halló la Corona en lo que hoy son México y Perú ─cosa que determinó en gran parte su vocación─, y zonas en las que, además, no hallaron grandes sociedades indígenas que tuvieran un mando centralizado y un poder militar constitutivo como los imperios azteca e inca, por lo que algunas de esas sociedades indígenas, con el tiempo, fueron asimiladas en lo que hoy es Colombia y no tan bárbaramente a como sí ocurrió en otras partes, y aunque influyeron culturalmente, como en algunos préstamos de sus lenguas, no fue en gran medida, y las demás sociedades indígenas quedaron como minorías aún importantes y muy necesarias para la actual nación.

El viaje de los colonos conversos fue sólo de ida, pues, no podían regresar por sus ya aludidas ascendencias; huyeron de su pasado, debieron olvidar sus orígenes ─y lo hicieron muy bien y para siempre─ en pro de la supervivencia; fueron ellos quienes hicieron este país y no los conquistadores. Esos conversos ya tenían el conocimiento para levantar villas[241] que serían ciudades y preferían, para su salud, los climas templados y favorables que los alejaran de las endemias; así nacieron aldeas muy separadas y muchas veces recónditas y pobladas de forma irregular ─sobre todo en la zona que hoy es conocida como la región andina─ en las que vivieron generaciones de ellos discretamente y durante siglos. Esos conversos conservaron parte de la

[241] Si le interesa más este tema de las fundaciones, querido lector, vuelvo a recomendarle el escrito del señor Jaime Salcedo Salcedo que cité en la primera sección de la *Compilación de imágenes.*

manera en que ya vivían: Hacían casas como las que ya habían hecho en Andalucía, Extremadura, Sevilla, Córdoba, etc. Ellos debieron cambiar a una religión en la que eran advenedizos, pero lo hicieron muy a su manera, aprovechando que la distancia y la geografía impedían que su comportamiento fuera severamente regulado por la Corona: "Se obedece pero no se cumple", es una frase que suele atribuírsele a Sebastián de Belalcázar, y ese comportamiento ha devenido como ejemplo de nuestras muy curiosas leyes culturales e intuitivas para autorregularnos frente a esa ausencia de lo que hoy se asemejaría a un Estado.

Esos conversos también debieron cambiar sus apellidos: Sánchez, Rodríguez, Fernández, Martínez, Hernández (plurales de nombres propios muy comunes) predominan hartamente en Colombia a causa de los bautismos colectivos en los que tomaban, a su manera, los apellidos de quienes fueran sus vecinos, patrones y conocidos, esto con el fin de "limpiar su sangre" e ingresar de mejor manera al catolicismo: Esto también queda en evidencia porque esos apellidos muchas veces difieren de su uso en las Españas, pues, carecen de los toponímicos, demostrando así que comenzamos a llamarnos de esa manera hace poco; este hecho también explica que tener este o aquél nombre aún importe tanto: El apellido como herencia inconsciente que nos devela: "¿Usted no sabe quién soy yo?", suele oírse y leerse aún ahora y con mucha frecuencia, y también de otras formas, como he anotado en alguna historia de vida. Los nombres personales también cambiaron y muchos de ellos fueron tomados de la biblia, especialmente del antiguo testamento. También caben en esta herencia las costumbres de apodar y decir adagios: Con ellas Popayán destaca como pocas.

Junto a esos colonos, fueron las autoridades eclesiásticas ─también conformadas por muchos conversos─ las que forjaron y educaron a la gente de la nación colombiana antes de la ya referida existencia de un Estado: Gran parte de esto ha recibido el nombre de la teología de los conversos; esto también explica nuestro peculiar catolicismo: Bastante laxo, pues, "El que peca y reza empata", y la fuertísima religiosidad que ha influido en tantos aspectos de la vida durante siglos y hasta bien entrado el siglo XX; también explica que el protestantismo colombiano sea tan efectivo al compartir ciertos matices con él.

Los elementos constitutivos de la forma de ser de los conversos se cultivaron y heredaron mejor que otros: Por una endogamia muy fuerte y no sólo genética, pues, en algunas zonas casarse entre primos o vecinos ─que muchas veces eran primos lejanos─ era muy usual; también por el papel fundamental de las mujeres: Cuando ellas migraron la crianza y la formación de las familias fue más que eficiente, pues, durante los primeros años de la vida de los niños y las niñas, las mujeres determinaron, durante siglos, cómo hablar de determinada manera o de otra, cómo comportarse en el hogar y en lo público, cómo era la relación con el cuerpo, cómo debía hacerse la higiene, cómo y qué cosas debían comer ─lentejas, fríjoles, garbanzos, arroz, etc.─, y también orientaban el rumbo de la familia y sus individuos en el presente y a futuro: Cómo y con quién debían casarse y relacionarse, y así con la progenie siguiente, lo que llevó a un crecimiento de una población aceptablemente sana y parecida en su forma de ser, una población que sabía curarse en sus casas y prefería no correr riesgos en ese y otros aspectos de la vida: Esto nos ha

hecho la segunda nación hispanohablante con más habitantes, y también explica que nuestro país sea hondamente matriarcal y también machista, y también conformista, entre otras cosas que iré abordando.

En el contexto expuesto, esos individuos, que pertenecían a familias casi siempre grandes, cultivaron esas características y también estas que aún hoy son tan palpables en nuestra sociedad: Una visión estrecha, prevenida, desconfiada y conservadora del mundo, o, en un término más antropológico, una visión muy etnocéntrica ─aunque demasiado ligera, pues, no repara con detenimiento en sí misma─, una visión autocomplaciente en los extremos de lo bueno y de lo malo, cuando no es ni tan buena ni tan mala como piensa, una visión enfocada en el malsano y falso punto intermedio del conformismo; una postura recelosa que se cuida de no mirar a los demás para no ser mirado o de mirar de reojo y en la que poner en duda la honra era y es algo gravísimo: Una marca profunda y derivada de las sospechas que ha dejado su desconocido y recusado origen, además, esta es una postura que, junto con otras cosas referidas, no permite la juiciosa autocrítica ni la comparación con otros pueblos. Es la nuestra una sociedad que prefiere "Hacerse pasito", que no quiere figurar demasiado, que prefiere "Pasar de agache", que prefiere decirse "Mejor no digamos nada", "Mejor dejemos las cosas así como están", "Mejor no nos arriesguemos" para no meterse en problemas y que para ello también habla su lengua de una forma especial: Con muchos diminutivos y dando mucho las gracias, por lo que no caer mal a los demás, "Llevarlos en la buena", es fundamental. Es la nuestra una sociedad en la que prima "Ser vivo", "Ser avispado" y "No dar papaya", en la que se necesita ser más astuto que los demás para arreglárselas en el día a día, cosa que deriva en un excesivo individualismo y fomenta más la ya presente desconfianza. Es la nuestra una sociedad donde sus personajes más relevantes tienen una labia excesiva y desmesurada como las cosas que prometen, y son ellos, generalmente, incapaces de cumplir con lo que dicen. Es la nuestra una sociedad con un humor singular que nos permite reír en la tragedia cotidiana. Es la nuestra una sociedad en la que durante siglos lo que hoy sería la oferta laboral tuvo grandes influjos de los que otrora eran llamados "oficios viles": carpinteros, alarifes, albañiles, herreros, sastres, zapateros, etc... Es la nuestra una sociedad que, con las palabras de hoy, tendría un carácter muy resiliente, que no es otra cosa que la verraquera de la vida: Una verraquera muchas veces refleja o inconsciente y, por ello, deficientemente empleada. Es la nuestra una sociedad cuya versatilidad y capacidad de adaptación son más que notables y a la que se le facilita hacer negocios de forma peculiar (siendo siempre muy persuasivos y pidiendo mucha rebaja y ñapa) aunque, casi siempre, esto se vea en el contexto de una provisionalidad que también está presente en su arquitectura colonial, en su economía de pan coger y en el rebusque. Esto también fomenta una cultura de la mediocridad, del camino corto y fácil y del atajo, y también nos hace una sociedad a la que se le dificultan los consensos, el trabajo en equipo y los proyectos a largo plazo, y que es muy dada a las excusas y a los pretextos para faltar a la resolución de su propia voluntad.

Para los violentólogos, que nos estudian sobre todo en los últimos cien años, y para una mayoría exagerada, ruidosa y desinformada, hemos sido, somos y seremos siempre una sociedad

intrínsecamente violenta; pero, por su carácter mayoritariamente converso y las características de los mismos, esta es una nación generalmente pacífica, como puede evidenciarse durante los primeros trescientos años, y, aunque hay gente violenta y ha habido actos y momentos violentos que son imposibles de negar, la nación sigue siendo de más víctimas que de victimarios, y también es una nación demasiado pasiva, a veces de una pasividad pasmosa, y aislada que, aproximadamente en el último siglo, ha preferido dejar actuar a los extremos, como la guerrilla y el paramilitarismo, que son minoría, en una guerra que ha sido luchada por una determinada porción de la población colombiana. Algunas de estas características y circunstancias expuestas han hecho y hacen del narcotráfico un fenómeno tan complejo y nocivo para la nación, el cual se incubó en la urbanización del siglo XX.

No saber ─ya sea por negligencia, capricho o vano deseo─ de dónde venimos, cómo hemos llegado, dónde estamos, para dónde vamos y para dónde más podríamos y deberíamos ir nos priva de conocer nuestro sentido vital, nuestra identidad y la importancia de tenerlas sin caer en el fanatismo, y todo esto, a su vez, impide que valoremos y nos interesemos en saber cómo son los otros pueblos, aun los de nuestra propia geografía. Todas esas marcas culturales, y posiblemente más, son accesibles a las ciencias sociales, como la antropología, a través de la historia.

Y, aunque Colombia todavía es un conjunto de regiones, gracias a la urbanización y sus migraciones del campo a la ciudad, y a los medios de comunicación, esos límites se han ido cerrando. Hoy nuestro perfil es el de una nación joven, adolescente y confundida que carece de un proyecto común que le dé más sentido.

Creo que los barrios existentes y futuros serán uno de los elementos esenciales para cerrar la brecha nociva entre el mundo rural y el mundo urbano, pues, como ya anoté en la Introducción de este trabajo, sin barrios no hay ciudades, y estos son elementos que se pueden autorregular con más facilidad y eficiencia. Esa hipotética y necesaria urbanización nacional podría ser el proyecto que nos convoque como nación: Fundar nuevas ciudades y barrios con la tenacidad de nuestros antepasados para poblar el occidente cercano al océano Pacífico y hacer lo propio con las planicies orientales, por mencionar algunas zonas; revivir la navegación fluvial por el río Magdalena y por otros ríos; también revivir el Ferrocarril de cargas mercantil y humana para los tiempos presentes y futuros, no como ocurrió con el de antaño que fue dejado a su muerte rezagada en buena parte por nuestro carácter aquí comentado; aumentar la competencia en el transporte aeronáutico, esto debido a las circunstancias presentes; e intentar con los demás elementos ─como el transporte automovilístico y el marítimo─, ahora sí, un sistema de transportes multimodal que nos permita vivir y conocer de verdad nuestro territorio y ver de frente esos dos mares. Quizás así, conociendo honesta, mesurada y coherentemente nuestras virtudes y defectos, podremos saber cómo y qué lugar ocupamos y podríamos ocupar en el mundo. (Serrano et al. 1997, 2007, 2008, 2016, 2018).

***

El pertinaz y hoy tergiversado Colón abre, muy probablemente sin saberlo, pero quizá no sin intuirlo, unas rutas a tierras desconocidas por sus ojos, pero no por otros, y el mundo nunca será el mismo. Por esas rutas se diseminan las sustancias de unos mundos plenos que adquieren formas, pero serán ignorados durante varios siglos que aún no acaban: Así, en El Callejón, una mujer y su hija destilan en su alambique con una maestría que hace sonreír al polímata y viajero Al-Razi. Hoy, aunque el panorama de la palabra "Pitingo" me resulta más amplio y he podido descartar cosas que a ella conciernen y otras que no, y, aunque desconozco los detalles específicos de cómo se vertió inicialmente en nuestra lengua y cómo llegó a esta ciudad, desde ahora y en adelante, quien lea estas páginas podrá saber que Los Pitingos son, a mi parecer y por todo lo expuesto, una variante barrial de esa hispanidad colombiana que floreció y aún florece en Popayán.

***

## ADENDA.

Desde hace meses, y después de años que se nos volvieron cada vez más difíciles, el abuelo falleció; se fue como vivió: En un silencioso último momento sin que lo notásemos, y, con su rara generosidad del alma, me dejó para siempre, en medio de tanto ruido que enturbia la vida, su solaz silencio. Antes yo creía que el exordio a la muerte, esa agonía final que al final de la vida suele hacerse más manifiesta, era un arrasamiento repentino y vertiginoso, pero es también una fluctuación intempestiva y prolongada que difícilmente excluye a alguien y que no excluyó a mi papá ni a Bruno, un amigo de cuatro patas y siempre presente. Como en otros momentos de mi vida, esta vez sospecho, de forma más propincua, a qué sabría la muerte: A lo imprevisible, aunque de alguna forma seguro para todos, o a un descanso más que merecido, pero dilatado en el dolor, como lo fue para mi abuelo, para mi papá y también para Bruno; pero son sabores que sólo sospecho y que desconozco.

Desde hace unos meses tengo dos primos nuevos y, como todos los bebés, me parecen milagros. Hoy, durante toda la tarde, debieron soportarme, aunque no parecieron disgustados: Reflexionamos sobre lo que siento y recuerdo las siempre sabias palabras de aquel escoliasta: "Hay que vivir para el instante y para la eternidad, no para la deslealtad del tiempo", "Las palabras no descifran el misterio, pero lo iluminan" y, modificando un poco el original, "Amar es comprender la razón y el sueño que tuvo Dios para crear a lo que amamos"; también me meto en *YouTube* y oímos la música que me gusta, la que me disgusta y les explico qué es oír, qué es el ruido, qué me maravilla del sonido, por qué es tan necesario el silencio para la vitalidad que requiere la vida y que no todos los silencios sirven para ello, y, mientras tanto, oímos al genial Charlie Puth en su último álbum titulado *Voicenotes* y a la magnífica Clara Schumann en su opus siete: Un concierto para piano en la menor. Satisfechos por la música, reviso mi celular y, en *WhatsApp*, Loaiza, un amigo, me ha transcrito unas palabras sobre todos estos asuntos, pues, es de lo que también hablo con mis amigos: "Edades del mundo ha de mover el hombre para poder pintar, y hasta para poder hacer el gesto más simple". W. Benjamin. Teniendo presente eso y que, como dijo Oscar Wilde: "*The one duty we owe to history is to re-write it*"[242] (con la Historia el único deber que tenemos es reescribirla), les cuento a mis primos, más o menos, toda esta historia: Quiénes somos, dónde estamos, de dónde venimos, cómo y por qué somos como somos, quiénes nos han amado y cómo nuestra memoria está hecha de olvidos, de recuerdos y les señalo los posibles venenos futuros que sobre ella y sobre nosotros pueden correr si nos embriagamos mucho de la melancolía y de la nostalgia, y también les señalo la posibilidad latente de la misantropía, por lo que les cuento algo que he estado pensando en estos últimos años: Que la Regla de Oro del cristianismo, que pretende dar orden a la vida y a las acciones del cuerpo y del alma, está rota o es insuficiente: Les pongo como ejemplos a mi papá y a mi abuelo, dos personas de éticas muy diferentes ─aunque dudo que mi papá tuviera algo parecido a la ética─, y sustentándome en ellos les digo que a veces la vida nos da más de lo que merecemos y nos quita más de lo que tenemos, a veces no cosechamos lo que sembramos, y muchas veces ni siquiera

[242] *The Critic As Artist* en el siguiente enlace: http://www.online-literature.com/wilde/1305/

sembramos, y aun así otros frutos y otras condenas, ajenos a nuestras acciones e inacciones, nos son dados o sólo los tomamos, y, claro, no es una relación unilateral de la vida hacia nosotros, pues, nos comportamos de formas parecidas con la vida: Quizá las ilusiones del balance que pretende dar esa Regla de Oro y las promesas del cristianismo ─a saber: el salvamiento junto a Dios en su reino, o la condena junto Satán en el infierno, o una estadía en el purgatorio─ se desvanecen porque la vida y los seres que de ella hacemos parte compartimos un conjunto de cualidades entre las que está la entropía. Hacemos una pausa para jugar. Del escritorio tomo un libro y mientras ojeamos y hojeamos esa tremenda novela titulada *Lo que no aprendí*, de la estupenda Margarita García Robayo, les cuento que al vivir esa historia he sido Caty montando bicicleta y también he sido ella cuando se da cuenta que suele andar por los bordes de la vida, intuyendo los abismos ─que también pueden ser y son donde está la vida misma─, pero, como todo niño, sin saber bien dónde están y dónde se está: ¿En sus cantos?, ¿cayendo a lo más hondo?, ¿o ya en las abisales superficies de lo profundo?, y también soy ella cuando se da cuenta que no ha aprendido la lección que intenta darle su madre ya no sólo sobre la memoria y el olvido sino sobre la vida; es así como, de paso, les intento mostrar a mis primitos que si hay algo útil para la vida, como ciencia y como arte, eso es la literatura. Me suena el celular: Es una amiga pidiéndome que le envíe unas fotos; cuando le hago el favor veo que en su imagen de perfil puede leerse: "*All we need is love*" (Lo que todos necesitamos es amor), pero les declaro a mis primitos que, por lo menos para mí, amar no es una necesidad ni un deber imperativo en la sociedad: Amar es un acto de fe y un milagro porque da la vitalidad que requiere la vida para que esta no sea sólo la mera existencia y permite que los problemas del *ser* también sean los problemas del *estar*, así, con liviandad, pero no con ligereza, pienso que a veces para salvarse no hay que salvarse, que no hay que dar sólo para recibir y que sin, ser un deber, se puede amar sin esperar algo a cambio, intentando oír lo que dicta el canto del alma ─asunto que no es fácil, pero tampoco imposible─ pues, sólo así he podido vivir la vida y contar, en todas estas páginas, esta historia que, sintetizada en cinco palabras, es un acto de amor. A lo anterior les añado lo que dijo un gran amigo: "Repudiemos la recomendación abominable de renunciar a la amistad y al amor para desterrar el infortunio. Mezclemos, al contrario, nuestras almas como trenzamos nuestros cuerpos. Que el ser amado sea la tierra de nuestras raíces destrozadas". Y, por esa peculiaridad que tiene la memoria para enlazar y desenlazar la vida, también me meto a *Facebook* para que, teniendo en cuenta todo lo referido, podamos oír las palabras de la genialísima Andrea Marcolongo[243], palabras que explican de forma precisa, como sólo la poesía puede hacer con lo impreciso, el por qué, aunque los sospecho, desconozco los sabores de la muerte y por qué ella no es tan definitiva como sí lo son el amor y la vida; a continuación, querido lector, trascribo y traduzco esas palabras con mi pobre italiano y mi raro español, así que me excuso de una vez si hay errores en ambas partes:

> L'amore è tutto, ed è vita. La parola "amore", nel medioevo, veniva fatta ricondurre a *a-mortis*, con alfa privativo, ciò che toglie, e *morte*: L'amore quindi è assenza di morte,

[243] Enlace: https://www.facebook.com/andrea.marcolong/videos/2037330776591300/

perche quando si ama si è inmortali nel pensiero e nel quore di qualcuno. E nessun amore è mai sprecato, ce lo insegnano gli argonauti. C'è sempre abbastanza amore da dare. Innamorarsi è: Salvarsi, sfuggire alla condizione umana di mortali e diventare infiniti, entrare en qualcuno e quindi uscire allo stesso tempo dalla morte, perché dentro quel qualcuno, attraverso l'amore, resteremo per sempre. (Marcolongo A. 2018.)

El amor es todo; es vida. La palabra "amor" fue traída de vuelta, en la Edad Media, de *a-mortis*, donde *a* es el prefijo negativo, o sea, que elimina, y donde *morte* es "muerte": Entonces, el amor es la ausencia de la muerte, porque cuando se ama se es inmortal en el pensamiento y en el corazón de alguien. Y nunca ningún amor es desperdiciado, como nos lo enseñan los argonautas. Siempre hay bastante amor para dar. Enamorarse es: Salvarse, escapar de la condición humana de mortales y devenir infinitos, entrar en alguien y, entonces, escapar al mismo tiempo de la muerte, porque dentro del ser amado, y a través del amor, permaneceremos siempre.

***

## REFERENCIAS VISUALES.

*Antigua estación del ferrocarril de Popayán.* (2017). En *Twitter*. Recuperada de: https://twitter.com/twiteroscali/status/696696465918337026

Archivo fotográfico de la familia Bravo-Cañar.

Archivo fotográfico de Luis H. Ledezma.

Archivo fotográfico de Oliver Eduardo Camacho Bravo.

Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero-Valle del Cauca. *Ferrocarril del Pacífico*. (2017). Recuperada de: http://expovirtuales.bibliovalle.gov.co/project/el-ferrocarril/

Castrillón A., D. (2007). *Muros de Bronce*. Popayán, Cauca.

El Liberal. (2016). *Estación del Ferrocarril del Pacifico de Popayán 1.930*. Recuperada de http://elnuevoliberal.com/memoria-grafica-de-popayan/estacion-del-ferrocarril-del-pacifico-de-popayan-1-930/

Fotografía de Kenny Ledher Gualteros tomada bajo mi supervisión.

Fotografía de Lorell Adriana Enríquez Bravo hecha a otra fotografía bajo mi supervisión.

Fotografías de varios álbumes de *Facebook*. (2017-2018). Recuperadas de: https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73876624022&set=a.73873764022.77043.508379022&type=3&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73878969022&set=a.73873764022.77043.508379022&type=3&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73871779022&set=a.73776069022.76982.508379022&type=3&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=73855559022&set=a.73776069022.76982.508379022&type=3&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1638113579817224&set=pcb.1202759549811157&type=3&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1587560761273630&set=p.1587560761273630&type=1&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1589002421129464&set=p.1589002421129464&type=1&theater, https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1807397249292370&set=pcb.1807397629292332&type=3&theater.

Fotografías de varios álbumes de *Flickr* pertenecientes a Juan Pablo Negret y otras pertenecientes a José María Arboleda (2017). Recuperadas de: https://www.flickr.com/photos/jpnegret/2720907845/in/album-72157625439344973/,

https://www.flickr.com/photos/jpnegret/3730326169/in/album-72157621612073274/
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547310818/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549348247/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4546675467/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4546676175/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625139417/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625744034/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625743878/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jpnegret/2674851819/in/album-72157606209964263/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549985780/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4625139417/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/5063027363/in/album-72157625700184613/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549985036/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549347291/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4549985310/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547311190/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547311236/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547310936/in/album-72157623807499003/,
https://www.flickr.com/photos/jmarbol/4547311620/in/album-72157623807499003/.

*Papel Periódico Ilustrado* del 1 de marzo de 1884. (2017). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://babel.banrepcultural.org/cdm/compoundobject/collection/p17054coll26/id/410/show/310/rec/1

## BIBLIOGRAFÍA.


*Alcalde de Popayán inauguró Centro de Atención y Vivero Empresarial en la Comuna 2*. (2018). Recuperado de: http://www.popayan.gov.co/ciudadanos/sala-de-prensa/noticias/Alcalde-de-Popay%C3%A1n-inaugur%C3%B3-Centro-de-Atenci%C3%B3n-y-Vivero-Empresarial-en-la-Comuna-2

*Alfredo Vásquez Cobo*. (2018). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Alfredo_V%C3%A1squez_Cobo

*Algunas expresiones.* (2018). En CHAVO TV ROMANI SKOLA. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=gv_836Uc-PM

*Al-Razi*. (2018). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Al-Razi

Aragón A. (1941). *Fastos Payaneses II*. Bogotá, Colombia. Imprenta Nacional.

Archivo de *El Liberal* 1970-1975.

Arias D., G. (1986). *La mula de hierro*. Bogotá, Colombia. Carlos Valencia Editores.

Astaiza M., J. (1987). *"El Sacatín"*. En *El Liberal*, p-2.

Avendaño S. (Comp.). (2015). *Viajeros, de paso por Popayán.* Popayán, Cauca. Utopía Textos.

Ayerbe. G., R. (2008). *Mi libro*. Popayán, Cauca. (Edición limitada y personal, no comercial).

Bertaux D. (2018). *Los relatos de vida en el análisis social*. En *Scribd*. Recuperado de: https://es.scribd.com/doc/57606254/Los-Relatos-de-Vida-en-El-Analisis-Social

Bravo C., F. (2000). *Propuesta de reorganización de la plaza de mercado del barrio Bolívar, en la ciudad de Popayán*. (Tesis del pregrado de administración pública). Escuela de Administradores Públicos (ESAP) en convenio con la Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Calvo M., y Sandoval C., A. (2017). *Popayán en 1926*. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=9mJLycQPCjs

Canal Capital. (2018). *¿Cómo movieron en Bogotá un edificio de 4.800 toneladas?*. En *Twitter*. Recuperado de: https://twitter.com/twitter/statuses/951181170410221568

Carmona A. (2018). *SOPA DE TOMATE GITANA.* Recuperado de: https://canalcocina.es/receta/sopa-de-tomate-gitana

Castrillón A., D. (1994 y 2007). *Muros de Bronce*. Popayán, Cauca.

Castrillón A., D. *Muros de Papel.* Popayán, Cauca. Editorial Universidad del Cauca.

*Centenario de un pionero del desarrollo* (2018). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-102/centenario-de-un-pionero-del-desarrollo-el-ingeniero y

Centro de Investigaciones Históricas José María Arboleda Llorente: Signatura: 2887 (Col. C I -17 t), signatura: 8680 (Col. J I -13 cr), signatura: 7755 (Col. J I -8 cr), signatura: 7779 (Col. J-I 8-cr), signatura: 8001 (Col. J I -11 cr), signatura: 11976 (Col. J I -11 cr), signatura: 8036 (Col. J I -13 cr), signatura: 5151 (Ind. J I -6 cr), folio 26v, tomo 65 de 1826 del cabildo, signatura: 10243 (Col. J II -14-cv), signatura: 8861. (Col. J II -2 cv) y signatura 10444 (Col. J II -16 cv).

*Cinco años de cárcel para Rojas Birry por 'carrusel' de contratos.* (2018). En *Semana*. Recuperado de: https://www.semana.com/nacion/articulo/cinco-anos-de-carcel-para-rojas-birry-por-carrusel-de-contratos/400716-3

Colección Gumersindo Cuéllar Jiménez. (2017). En *Banrepcultural*. Recuperada de: http://www.banrepcultural.org/node/101300/zoomify

Constaín C., J., E. García F., M., R. Restrepo P., M. Serrano L., E. Torregroza L. É., J. (2008). *La llave de las Españas: estudios sobre tradiciones e identidades políticas hispánicas*. Bogotá, Colombia. Editorial Universidad del Rosario.

Cornejo, M. Mendoza. F. Rojas, R.,C. (2008). *La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico*. Psykhe, 17(1).

*Dendrocygna autumnalis.* (2018). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Dendrocygna_autumnalis

De Sales Mayo F. (1851). *Diccionario del dialecto gitano.* Barcelona, España. Imprenta Hispana.

Diccionario de Lengua Española (DLE). (2017-2018). Recuperado de: http://dle.rae.es

Diccionarios de *WordReference*. (2018). Recuperado de: http://www.wordreference.com/fren/bitte

Dorado G., H. (2012). *Nuestros personajes típicos*. Popayán, Cauca.

*Enrique Olaya Herrera*. (2017). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/olayenri.htm

*Entrevista con Pitingo.* (2013). En *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2011/11/28/actualidad/1322492400_1322500982.html

Escovar A. (Ed.), Reyna M., S. (Ed). (2006). *Popayán, 470 años de historia y patrimonio*. Bogotá, Colombia. Letrarte Editores Ltda.

*Estaciones férreas de Colombia.* (2015). En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=AqOEmUJ9C4U

Fernández T., R. (1987). *Crónica con Trazos de Historia del barrio Bolívar*. En *El Liberal*, pp 8-9.

*Francisco de Sales Mayo.* (2018). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_de_Sales_Mayo

*Ferrocarriles colombianos en el siglo XIX. Inicio de una mentalidad moderna y tecnológica en el país.* (2018). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-102/ferrocarriles-colombianos-en-el-siglo-xix

García R., M. (2014). *Lo que no aprendí*. Barcelona. Malpaso Ediciones.

Galindo D., J. (2010). *Serafín Barbetti: constructor de puentes de bóvedas en el sur occidente de Colombia (S. xix)*. En: *Apuntes 23* (2): 118-131. Recuperado de: http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revApuntesArq/article/view/8895

Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica, S. A.

GPG (Grupo de Investigaciones Sobre el Patrimonio Gastronómico del Departamento del Cauca). (2005). *Comer ternero en Mesa Larga: gastronomía urbana de Popayán*. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=Tqkt7DU9N5U&t=745s

Gómez F., V. Gamboa M., J. Paternina E., H., A. (Eds.) (Comps.) (2000). *Los rom de Colombia: itinerario de un pueblo invisible*. Bogotá, Colombia. MJ EDITORES LTDA.

*Google Earth.* (2017-2018).

*Gypsy saviaco.* (2018). En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=mOoXHEGEu1o&t=2s y https://www.youtube.com/watch?v=v-eMv0E48VI.

Hernández L., S. (Ed.), Díaz L., Z. (Ed.). (2003). *Visiones Alternativas del Patrimonio Local, Popayán una ciudad en construcción*. Popayán Cauca. Fundación La Morada.

*José Vicente Concha.* (2018). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/José_Vicente_Concha

Kundera, M. (1986). *El arte de la novela*. Barcelona. España: Tusquets Editores, S.A.

*La Tele Letal con Jorge Enrique Robledo - Capítulo 28 por RED+*. (2017). En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=vzNGAzNpcAU

Lewin J., E. (2018). *Rojas Birry, el primero en caer de la pirámide de la "DMGpolítica".* En *La Silla Vacía*. Recuperado de: http://lasillavacia.com/historia/rojas-birry-el-primero-en-caer-de-la-piramide-de-la-dmgpolitica-31548

López E., V. (2008). *Lugares comunes a lo patojo*. Primera edición por el autor.

*Los millonarios bienes que la Fiscalía le ocupó a Rojas Birry*. (2018). En *El Tiempo*. Recuperado de: http://www.eltiempo.com/justicia/delitos/a-extincion-del-dominio-pasaron-bienes-del-expersonero-francisco-rojas-birry-236644

*Los pecados del exconstituyente Rojas Birry*. (2018). En *Semana*. Recuperado de: https://www.semana.com/nacion/articulo/nueva-imputacion-franciso-rojas-birry/377915-3

*Los propietarios de nada*. (2017). En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=BKM-RcAt6NU y https://www.youtube.com/watch?v=3JWtVQL4IVE

Marcolongo A. (2018). *La misura eroica*. En *Facebook*. Recuperado de: https://www.facebook.com/andrea.marcolong/videos/2037330776591300/

*Miguel Abadía Méndez.* (2017). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/abadmigu.htm

*Miguel Abadía Méndez*. (2017). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Miguel_Abad%C3%ADa_M%C3%A9ndez.

Montenegro M., M. (2013). *EL TRADICIONAL BARRIO BOLIVAR Y UN PAYANES POR ADOPCCION, DON LUIS MONTENEGRO DELGADO,Q.E.P.D.* (2013). En *Blogspot*. Recuperado de: http://historico-ceharcaucablogspotcom.blogspot.com/2010/02/el-tradicional-barrio-bolivar-y-un.html

Mutis A. (1953) *Los elementos del desastre*. Buenos Aires. Editorial Losada, S.A.

Navas S., P. (Ed y Comp.). (2013). *Colombia en Le Tour du Monde 1858–1898 I y II*. Bogotá, Colombia. Villegas Editores.

Orejuela J., É. (2003). *Popayán 20 Años Después*. Popayán, Cauca. Fundación Emtel.

*Os*. En *Wikipedia*. (2017). Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Os

Pachajoa B., M. (2003). *MANUEL ANTONIO ARBOLEDA SCARPETTA. Recuperado de:* http://www.geocities.ws/pachajoa2000/arbo2.htm

Pantoja R., E. *Recuerdos de Popayán*. (2017). En *Blogspot*. Recuperado de: http://eduardoroseropantoja.blogspot.com.co/2012/05/recuerdos-de-popayan.html

*Papel Periódico Ilustrado* del 1 de marzo de 1884. (2017). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://babel.banrepcultural.org/cdm/compoundobject/collection/p17054coll26/id/410/show/310/rec/1

PATO PISINGO EN ACERO INOXIDABLE. (2018). En *HOYFARMA*. Recuperado de https://www.hoyfarma.com/mobiliario/pato-pisingo-en-acero-inoxidable-detail.html

*Plan parcial del sector del barrio Bolívar*. (2006). En: Capitulo III. Componente urbano. Estrategias de crecimiento y reordenamiento de la ciudad. Recuperado de: http://crc.gov.co/files/ConocimientoAmbiental/POT/popayan/3%20COMPONENTE%20URBANO.pdf

*Pedro Justo Berrío Rojas.* (2018). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/Pedro_Justo_Berr%C3%ADo_Rojas

*Pedro Nel Ospina.* (2017). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/ospipedr.htm

Periódico *El Extra*: lunes 22 de junio de 2015, jueves 9 de julio de 2015 y domingo 16 de octubre de 2016.

Periódico *La Campana*: viernes 29 de mayo de 2015.

Periódico *El Liberal*: miércoles 15 de febrero de 2017.

*Pitingo.* (2013) En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Pitingo

Pombo R. (2018). *EL GESTO DE PIÑACUE*. En *Semana*. Recuperado de: https://www.semana.com/opinion/articulo/el-gesto-de-piacue/36739-3

*¿Quiénes somos?* (2018). En *Comisaría Tierra Santa*. Recuperado de: http://tierrasanta.ofminmaculada.org/index.php/tierra-santa

Quindalé F. (1867). *Diccionario gitano*. Madrid. Oficina Tipográfica del Hospicio.

Rodríguez B., J. (2009). *Metafísica del asesino y otros cuentos*. Cali, Colombia. Universidad Icesi.

Ruiz Ñ., M. (2015). *Dinámicas socio-culturales de la plaza de mercado del barrio Bolívar*. (Tesis del pregrado de antropología). Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Téllez H. (1946). *Luces en el bosque*. Bogotá, Colombia. Editorial Litografía Colombia.

Téllez C., G., Villegas B. (Ed). (1996). *CASA COLONIAL: ARQUITECTURA DOMÉSTICA NEOGRANADINA*. Bogotá, Colombia. Villegas Editores.

Trujillo E. (1844). *Vocabulario del dialecto gitano*. Madrid, España. Imprenta de D. Enrique Trujillo.

Valencia. G. (1914). *Ritos*. Colombia. Carvajal S.A.

Veraldi-Pasquale G. (2011). *Vocabulario de caló-español*. Madrid, España. Bubok Publishing S.L.

Villegas B. (Ed.). Villegas M. (Ed.). (2005). *NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA. ESCOLIOS A UN TEXTO IMPLÍCITO. Obra completa*. Bogotá, D. C, Colombia. Villegas Editores.

Saavedra. J., J. (2015). *Lo que el viento no se llevó.* Santiago de Cali, Colombia.

*Sabiaco.* (2018). En *A la mesa con el Rey*. Recuperado de: http://mujeresiupc.blogspot.com/

*Salmorejo de Remolacha*. (2018). En *Dieta Coherente*. Recuperado de: https://www.dietacoherente.com/salmorejo-de-remolacha/

Sarzosa F., Y., L. (2012). *Y el sueño se hizo realidad: el Ferrocarril del Pacífico en Popayán, una esperanza de unión y progreso material 1915-1930*. (Tesis del pregrado de historia). Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Serrano L., E. (2007). *Donde no te conozcan*. Bogotá, Colombia. Seix Barral Biblioteca Breve.

_____ (1997). *La marca de España*. Seix Barral Biblioteca Breve.

_____ (2016). *¿Por qué fracasa Colombia?* Bogotá, Colombia. Editorial Planeta.

_____ (2018). *Colombia, historia de la violencia: desde la Guerra de los Mil días hasta Gaitán y el Bogotazo*. En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=S8T0RuoDskw&t=27s

_____ (2018). *Colombia del Bogotazo al acuerdo de paz*. En *YouTube. Recuperado de:* https://www.youtube.com/watch?v=s4IKNpQv3kA&t=3204s

*Sibila*. (2018). En *Wikipedia*. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Sibila

*Sibila de Cumas*. (2018). En *Wikipedia*. (2018). Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Sibila_de_Cumas.

*Trenes de Colombia Documental DE LA ESPERANZA AL OCASO*. (2018). En *YouTube*. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=bD2kfSh1XGU

*UPAC y UVR*. (2018). En *Banrepcultural*. Recuperado de: http://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/UPAC_y_UVR

Vallejo, F. (1983). *Logoi: una gramática del lenguaje literario*. México, D. F. Fondo de Cultura Económica.

_____ (2001). *El desbarrancadero*. Colombia. Alfaguara.

Vejarano. V., D. (2003). *TEATRO MUNICIPAL GUILLERMO VALENCIA / SU HISTORIA*. Popayán, Cauca.

Vivas S., A. (2011). *65 aniversario de la muerte de Guillermo Diomedes Gómez Guzmán*. Recuperado de: https://historiografica.wordpress.com/2011/02/02/3-de-febrero-de-1946-guillermo-diomedes-gomez-guzman/

Watchel, N. (1999). *Memoria e Historia*. Revista Colombiana de Antropología. Vol. 35.

Wilde O. (2018). *The Critic As Artist*. En *The Literature Network*. Recuperado de: http://www.online-literature.com/wilde/1305/

## ANEXOS.

Las casas construidas durante las seis últimas décadas en Popayán pertenecen, obviamente, a la modernidad arquitectónica, lo que equivale a inferir que sus formas y espacios son de todas partes y de ninguna en particular. Decimos, en cambio, "casas de Popayán" aludiendo tácitamente a las que fueron *originalmente* edificadas allí durante el período colonial. Estas últimas pertenecen, gracias a su origen y a las vicisitudes de la historia local, solo al lugar de la provincia de ultramar de Nueva Granada donde se detuvo Sebastián de Belalcázar, o mejor Bel-al-Qusar (el de la grande y hermosa casa, en árabe), para fundar un trasunto más de los pueblos que recordaba de Andalucía, Extremadura o la Mancha, tierras que fueron de la provincia romana colonial de Iberia.

Las casas payanesas de ciudad y campo, muy transformadas por el paso del tiempo, son calificables hoy –con todas sus virtudes y carencias- como esforzada construcción, es decir, artesanía dura de manos y generosa de corazón, pues les tocó en suerte escasa arquitectura propiamente dicha tal como ahora se entiende. Faltó en todas ellas el giro sensible capaz de enriquecer el resultado del simple oficio, el adorno de la teoría que, según se dice, proveen los arquitectos para las formas construidas, para darles algo de fantasía o de magia. Sin embargo, ni un solo verdadero arquitecto español, del modelo profesional de los siglos XVI a XVIII, nombrado como tal por un consejo formado por sus *pares*, o, a partir del siglo XVIII, titulado por la Real Academia de San Fernando en Madrid, puso sus pies en el territorio neogranadino durante todo el período colonial. Uno solo de ellos, Fray Domingo de Petrés, comenzó a estudiar la carrera, pero la abandonó a mitad de camino y llegó a Santa Fe ya en la agonía de la colonia. En las ciudades y pueblos de la Nueva Granada, actuaron maestros constructores con buen talento y conocimiento de arquitectura –lo cual es diferente–, así como alarifes (*al-arif*, en árabe, el que sabe el oficio de construir), albañiles (*al-banyul*, en árabe, el que trabaja en mampostería o que levanta muros), carpinteros, pintores y entejadores, empíricos, aficionados de todo pelaje, frailes y sacerdotes que sabían leer, escribir y hacer cuentas aritméticas y hasta poseían y usaban algún tratado del arte (Vignola, Vitrubio, Serlio, Villalpando, Sagredo, etc.), lo cual les permitía ejercer como "practicones", según el término popular de la época. Nada impedía que alguno que otro de ellos tuviera algún real talento de arquitecto, mas esto se vino a destacar, ante todo, en la construcción de iglesias, conventos, edificios institucionales u obras públicas.

Las casas fueron, por tradición, el dominio de los alarifes y de sus grupos familiares de trabajo. Aquellos colonizadores españoles que, derrotados por el clima feroz del litoral del Pacífico, se marcharon río arriba por el Cauca con sus esclavos y olvidaron el sueño del oro de aluvión para crear en Popayán, en su lugar, una realidad agropecuaria más grata como hábitat, no tenían lugar en sus vidas para la teoría compositiva de la arquitectura, algo tan ajeno al oficio de crear espacios habitables en un "pueblo de españoles". Sabían de sobre qué era y cómo se hacía una vida, una familia o una casa y

con eso bastaba. Para fabricar un lugar para vivir, habría entre propietarios, usuarios y constructores un consenso social, una sólida unanimidad respecto del contexto urbano que resultaría del número de casas que conformaría la villa de Nuestra Señora del Reposo de Popayán. A tal punto que así lo oficializaron las leyes de Indias, esto es, el mandato del Rey de 1573: *Ordenanza 134: Procuren en cuanto fuere posible que los edificios sean de una forma por el ornato de la población*[244]. Esta no era una orden real, sino la aceptación oficial de un antiguo convenio tácito y tradicional entre pobladores y vecinos. Esa "una forma" era, en lo material, cierto convenio espacial, unos muros y unas techumbres capaces de albergar la vida familiar, las costumbres sociales, las creencias y los sueños. La suma de la sempiterna similaridad y simultánea y sutil variedad de lo que, en el siglo XVIII, aún no llegaba a 400 casas en todo Popayán, era la prueba fehaciente de que esa "una forma" era ciertamente posible y conformaba un contexto de discreta hermosura y elástico orden, así fuera este último reiterativo también, como ocurre en el cante flamenco, la música árabe o la copla popular. En el conjunto de la ciudad nada era sobresaliente o excepcional, pero no había allí mediocridad construida ni mediocridad arquitecturada. Ese orden urbano y constructivo, generoso y estricto a la vez, posibilitaba variaciones e identidades discretamente señaladas entre una y otra casa, sin contrastes escandalosos ni excepciones arbitrarias.

No hubo, en la Popayán colonial, palacetes o mansiones sino casas algo más amplias o mejor amobladas que otras. Tampoco se vio la ciudad rodeada de barriadas de subhumana miseria. Viviendas de pobre condición sí las hubo, como en cualquier otra ciudad o pueblo colonial, mas no en el atroz nivel alcanzado en épocas recientes. La jerarquía colonial neogranadina de clases sociales, según los historiadores y la documentación conocida sobre la vida ciudadana en Popayán durante la colonia, se mantuvo incólume en sus particulares modalidades, estableciendo las diferencias socioeconómicas que eran de esperar y segregando de raíz a los descendientes de españoles, a la gente mestiza o mulata, a los indígenas y esclavos de origen africano. Frente a esa realidad, ¿cómo *arquitecturar*, decorar y amoblar, entonces, si la encumbrada aristocracia económica que lo podría pagar no llegó a existir en la ciudad? Faltó, en esa encrucijada histórica, la aristocracia minera, dependiente de la explotación del oro o la plata. Al otro extremo de la escala social, no hay tampoco testimonios documentales de hambre y miseria absolutas en Popayán y sus alrededores durante la colonia, puesto que la condición agropecuaria regional permitía dar trabajo y sustento razonables, para ese tiempo, a quienes lo requerían. Un desarrollo socioeconómico menguado, lento, pleno de altibajos sería el precio que la sociedad esclavista de Popayán pagaría por su existencia tranquila y mesurada.

[244] *Ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación de las Indias* Dadas por Felipe II en 13/07/1573. Archivo de Indias de Sevilla, España.

Sobreviven hoy algunas de las casas de “familias pudientes” payanesas, más o menos en la forma y aspecto alcanzados al cierre del siglo XIX, a los cuales se agregaron los resultados de reconstrucciones y restauraciones ocurridas luego del sismo de 1983, aparte de todas las transformaciones sucedidas a partir de alguno de los siglos de la época colonial. Es un hecho que solo muy tarde, ya en el siglo XVIII, al final de la colonia, las casas de ciudad y de hacienda en Popayán y su entorno alcanzaron la volumetría y forma que en nuestros días asociamos con una idea preconcebida de la arquitectura colonial en la región caucana. Se sabe que la mayoría de ellas tuvo un modesto comienzo y que, poco a poco, creciendo por tramos en torno a uno o varios patios interiores, o bien superponiendo un piso alto al original a ras del terreno, al ritmo de la expansión familiar y de las crecientes necesidades habitacionales generadas por aquella, llegaron a tener la volumetría que ostentan en la actualidad.

Ninguna de las casas coloniales en el centro histórico de Popayán retiene más que vestigios de sus formas originales construidas y ordenación espacial. Algunas conservan apenas el nombre de algún ignoto propietario o personaje de la historia sociopolítica de la ciudad. Las más han sido objeto de subdivisiones y reformas internas que impiden vislumbrar cómo pudo haber sido su carácter dimensional y ambiental en otros tiempos. Si a esto se suma la acción destructora de movimientos sísmicos y de “renovadores” urbanos o agentes del “progreso” del siglo XX, se concluye que lo que sobrevive del patrimonio payanés en arquitectura doméstica es una mínima fracción de lo construido durante el período colonial.

Carece de sentido el intento clasificatorio o identificativo actual de casas payanesas por presuntos estilos, basándose en la apariencia o elementos compositivos de portadas, columnas o cornisas. Una portada presumiblemente barroca, añadida tardíamente a la fachada de una casa iniciada en el siglo XVII, continuada en el XVIII y reformada en el XIX, no convierten a la casa en “barroca” también. No hay en Popayán arquitectura barroca, existen solo algunos barroquismos decorativos adheridos a la arquitectura religiosa, pero no los encontramos en construcción doméstica. Rasgos tales como las molduras, sobremarcos y pedimentos que bordean vanos de ventanas son superposiciones o adiciones que datan de los comienzos del siglo XIX y XX. Otro asunto radica en que algunos historiadores en trance clasificatorio los hayan apodado “neoclásicos”, lo cual es tan confuso como discutible. La modesta, pero vigorosa, artesanía constructiva de las casas de Popayán no resulta “de mejor familia” mediante etiquetas estilísticas prestadas a la historia formalista de la arquitectura. Tal como está hoy, el *conjunto* de casas coloniales de Popayán, sin nombres ni apodos, con todas las cicatrices ganadas en la lucha por la supervivencia, se considera lo suficientemente hermoso, evocativo y coherente para tener un lugar de preferencia en el inventario de la memoria patrimonial colombiana y en el corazón de todos aquellos que hayan recorrido las calles de la ciudad, con procesiones de Semana Santa o sin ellas de por medio.

Las calles que conformaron el trazado vial de la ciudad, en juiciosa y tradicional ortogonalidad, quedaron delimitadas por la narración rítmica de una tras otra secuencia de viviendas, ordenadas en una trama de manzanas más o menos cuadradas y uniformes, vale decir, de "una forma" en lo general. A la vez, casas y calles resultaron sutilmente variadas en lo particular, como las manos y las huellas digitales de los seres humanos. Por ello, constituyen un apropiado escenario teatral –discreto y mesurado─ que se esfuma ante el intenso drama visual del espectáculo que recorre cada año tan modesto y trajinado espacio urbano: las procesiones de la Semana Santa. En la que fuera una humilde aldea neogranadina, la íntima relación entre formas construidas y ritual religioso engrandece las unas y el otro. En efecto, Popayán les daría a sus creencias espirituales el marco físico de construcciones modestas, reticentes, poco alegres, a manera de telón de fondo blanco, con escasos acentos de color; además de un sudario de muros y cal, para una simbología recordatoria del sufrimiento, la pena y la soledad.

No bien se inició, a mediados del siglo XVI, la fabricación de casas "altas" (de dos pisos) o "bajas" (de un piso), en materiales duraderos y estables ("en teja y calicanto"), la ciudad comenzó a sufrir los efectos de sucesivos terremotos, que comenzaron en 1566. Cada uno de estos sismos, con la subsiguiente reconstrucción o reparación de las viviendas, fue alterando la fisionomía o índole de aquellas. La más destructiva de estas catástrofes, la de 1736, provocó un abandono generalizado de técnicas de construcción tradicionales, el cual se prolongó hasta las postrimerías del período colonial, el siglo XIX y, con otro terremoto, hasta 1827. Características tales como portadas, balcones, ventanas, galerías en poste y dinteles de madera fueron alterados, simplificados, reemplazados o reforzados empíricamente, con la consiguiente degradación y desfiguración. Los artesanos de la construcción en la ciudad olvidaron cómo montar una armadura de cubierta en par y nudillo o cómo rematar correctamente un tejado sobre un muro de soporte. Así nacieron los desmesurados aleros payaneses "de caja", de pesada e irregular apariencia, para ocultar la torpeza técnica y estética de quienes ya no sabían o no les interesaba hacer un gracioso voladizo curvado sobre una elegante cornisa para rematar un tejado.

Solo cuando, llegaba la relativa prosperidad del siglo XVIII, los burgueses y hacendados de Popayán acumularon recursos para pagar las reformas, la decoración y la moderada elegantización de algunas de sus casas, surgieron los que se podrían llamar "decoradores" de interiores o exteriores, actividad en la cual el máximo exponente sería Marcelino Pérez de Arroyo, clérigo y arquitecto aficionado y culto, del final de la colonia. Pérez de Arroyo, sin embargo, nada tuvo que ver con el proceso creador del orden espacial de las casas coloniales payanesas, sino con la relación existente en estas entre las formas construidas y el ámbito socioeconómico de la ciudad. Lo suyo fue el "buen vestir" de una excluyente clase social alta, el paso de las casas altas de patio central, con galerías perimetrales de postes y dinteles en madera, el lujo de las arquerías en ladrillo y revoque

de cal; la adición de una pretenciosa portada en piedra ante la puerta principal, molduras neoclásicas en torno a vanos de puertas y ventanas, así como cielorrasos planos o abovedados.

Vendría luego, a raíz de la Revolución Industrial europea del siglo XIX y el "libre comercio", la importación de materiales y técnicas que iban a invadir la piel de las casas primero y luego su espacio interior: el hierro acerado para fabricar rejas de costo y gusto cada vez más bajos; el latón, es decir, el bronce del pobre; el yeso, o sea, el mármol del que no se lo puede pagar; el papel de colgadura francés, en lugar de la humilde cal coloreada con azufre; el cielorraso plano en argamasa sobre guadua para ocultar la manufactura cada vez más pobre, técnica y estéticamente, de las armaduras de cubierta y los tejados soportados por estas.

La hibridación de la apariencia y del ambiente de las casas payanesas, les otorgó, irónicamente, un carácter singular, en el contexto de las ciudades colombianas de origen colonial. Si bien el orden espacial y funcional de las casas payanesas, grandes o pequeñas, no evolucionó a lo largo de los siglos –como tampoco lo hizo durante ese lapso la vida familiar de sus ocupantes-, el aspecto de las caras o fachadas residenciales a las calles, plazas o patios interiores fue cambiando epidérmicamente luego de cada reforma o construcción posterior a un movimiento sísmico. Por último, en la segunda mitad del siglo XIX, el fenómeno internacional de la moda continuó superponiendo, sobre el cuerpo de las casas payanesas, las usanzas estéticas o formales –puertas, ventanas, rejas, molduras, cornisas, etc.-, eclécticas y vulgarizadas por la producción industrial masiva, que era el hecho fundamental de la Revolución Industrial y de la irrupción masiva de los Estados Unidos en el comercio internacional. Esa mescolanza, en la cual los elementos arquitectónicos producidos de forma mecánica reemplazaban a las "manualidades" artesanales, le concedió a la arquitectura doméstica payanesa el extraordinario tono que desconcertó a los expertos internacionales de la UNESCO, en los años noventa del siglo XX, y creó en ellos la duda de cómo identificar lo "auténtico" o lo presumiblemente "original" en una suma de arquitecturas superpuestas en la cual todo parecía ser transformación o cambio. De ahí que Popayán, en una decisión de muy discutible purismo esteticista, no fuera candidateado como parte del Patrimonio de la Humanidad. Aparentemente, no había, en el catálogo de la UNESCO, cabida para una ciudad que era una muestra auténtica de una singular cultura arquitectónica y urbana, conformada por accidentes naturales, superposiciones formales aleatorias y reparaciones o refacciones las más de las veces improvisadas a la buena de Dios.

De hecho, las casas payanesas, urbanas o rurales, pertenecen al único y especial concepto ordenatorio del espacio construido que en verdad dominaban a fondo los habitantes de las provincias de ultramar del imperio hispánico. Así como sus existencias y pensamiento estaban orientados fundamentalmente hacia el propio interior, también lo fueron los espacios creados que enmarcaron sus vidas y su organización social, una experiencia que

venía, de lo más lejano en el tiempo, de las culturas que rodeaban el Mediterráneo y el Medio Oriente. La casa, el caravanserai, el mercado, el ágora, el foro, el zoco, la plaza mayor, giran alrededor de una extensión abierta central, un interior, una vida íntima. El poblador español de la Nueva Granada puede hacer otros esquemas; pero domina a la perfección solo ese: el patio de la casa, el claustro del convento, la plaza del pueblo, todos con la misma idea espacial, entendida a diferentes escalas físicas o dimensionales. El patio cabe dentro del claustro y uno y otro dentro de la casa, telescópicamente. La casa payanesa, urbana o rural, como la de Cartagena, Mompox, Santa Fe o Tunja, podía ser fabricada por tramos sucesivos, a través del tiempo, en torno a un virtual espacio central que, un buen día, sería cerrado en su totalidad por ellos. Se podía, luego, superponer la "casa alta" sobre la "casa baja", ya no para hacer la residencia de verano y la de invierno –puesto que no había estaciones anuales en Popayán–, como en Sevilla, Granada o Córdoba, sino repitiendo de nuevo el modelo urbano de las ciudades romanas: el piso al nivel del terreno para el comercio y la relación con la ciudad; y el piso alto para la vivienda de la familia de los señores. Únicamente en el campo, cuando se levantaba, al vaivén del destino, un solitario tramo de construcción, a modo de casa de hacienda primeriza, se invertía totalmente lo anterior: en el centro del esquema estaría el espacio cerrado y en la periferia de este, el espacio abierto, las galerías hacia el campo.

La casa payanesa de campo o de ciudad es construcción minimalista. No incluye componentes superfluos. El proceso histórico mediante el cual desciende de las más antiguas culturas urbanas del Medio Oriente hizo de ella un producto altamente refinado, el cual resulta, así mismo, intemporal, perteneciendo en cierta medida a todas las épocas cronológicas por las cuales ha pasado. El imperio colonial romano estableció, en la península ibérica, los arquetipos residenciales que, después, el imperio español utilizó como productos de exportación al Nuevo Mundo. La casa payanesa, como la cartagenera o la santafereña, se ubica en un género no evolutivo, como corresponde un producto cuyo refinamiento ha llegado a su fin. Una casa construida en Popayán a comienzos del siglo XVI y otra levantada en los primeros años del XIX tiene las mismas características básicas, idéntica ordenación espacial y tecnología constructiva similar, aunque, en ocasiones, su decoración accesoria o aplicada muestre diferencias menores. Un bargüeño o una mesa "Luis XVI" no tornan un salón o toda una casa a "estilo sevillano" o "renacimiento francés". Son anécdotas transportables de ahí a cualquier otro lugar. Los "estilos" utilizados como herramienta identificativa y clasificatoria, son nociones obsoletas. Las casas, por su naturaleza misma, tampoco se pueden datar por "siglos", sino –en el mejor de los casos– por épocas muy elásticamente delimitadas. Una casa construida a comienzos del siglo XVII, por ejemplo, estaba destinada a pasar por una serie de adiciones, reformas o demoliciones al vaivén de las sucesiones y vida familiar de sus habitantes y de sus variables necesidades, no teniendo, por lo tanto, "forma final" propiamente dicha. En ellas no hay un "estilo" sino un acontecer. Otra cosa es que el

conservacionismo cultural de hoy se empeñe en momificar en ellas el proceso de cambio que la historia plantea para toda forma edificada.

Las casas payanesas, de campo y de ciudad, incorporaron rasgos constructivos característicos del occidente de la Nueva Granada. En común con el resto de la provincia colonial, habría en ellas una extensa utilización de materiales modestos y de fácil obtención, como serían la tapia pisada y el adobe. No obstante, como una excepción, aparecería en Popayán la elaboración de ladrillo cortado y moldurado, material sensiblemente más costoso que el ladrillo plano o "tolete" corriente y apto solo para acentos arquitectónicos, tales como: cornisas, cintas, molduras, basas, zócalos, capiteles, corbeles, etc. En ninguna otra ciudad neogranadina se intentó desarrollar durante la colonia la industria de ladrillo cortado o moldurado, quizá porque tanto la demanda para este como la mano de obra especializada para sentarlo de modo correcto eran inexistentes. En la casa de hacienda de "Antón Moreno", en los alrededores de la ciudad, fue posible hallar once variedades formales y dimensionales de ladrillos, destinadas a la fabricación especializada de pisos, muros, columnas y revestimientos.

Más importante aún para la evaluación de las casas payanesas resulta la incorporación del agua como elemento arquitectónico básico, a mayor escala cuantitativa y cualitativa que en ninguna otra parte del Nuevo Reino de Granada. Esta es una tradición de origen islámico venida al Nuevo Mundo a través del filtro cultural de Andalucía. En las casas de hacienda y en las urbanas, revistió gran importancia el suministro de agua dulce, mediante atarjeas (canales abiertos en ladrillo o piedra), las cuales alimentaban el lavadero de ropa y la cocina, por un lado; y el baño familiar o chorro, por otro. El agua se tornaba así en un elemento visible y dinámico, presente en toda la vida familiar. En las casas de hacienda, la presencia del agua fue siempre espectacular, en forma de acueductos de complejos recorridos mediante atarjeas y tanques de almacenamiento.

Se puede suponer que, prácticamente, todas las casas de alguna importancia en Popayán tuvieron un chorro, como lo han demostrado las restauraciones realizadas en su centro histórico. El chorro era una caída de agua por gravedad a un pozo excavado en alguno de los espacios abiertos de la casa y encerrado por muros para asegurar su privacidad visual. La forma de estos, combinando las más de las veces un pozo circular con un rectángulo ocupado por las gradas para bajar al fondo del primero, tiene las mismas proporciones que ofrecen los ejemplos de baños al aire libre descubiertos y restituidos en las zonas habitacionales de la Alhambra granadina, por ejemplo, y que datan de la época de los reinos nazaríes (siglos del XII al XV). Se trata, en efecto, de una tradición social, religiosa y arquitectónica islámica retomada de manera excepcional en la región payanesa y vallecaucana, tanto más rara si se considera que los castellanos y gallegos que reconquistaron Andalucía, a tiempo con la conquista del Nuevo Mundo, se bañaban muy poco o no del todo y usaron los baños públicos de Granada como depósitos.

Algunas residencias dignas de observación incluyen, en el marco de la plaza de Caldas –es decir, la plaza mayor colonial–, como sede de entidades oficiales, la llamada Casa del Fundador (esquina nororiental, lado occidental de la plaza), la cual no presenta diferencia alguna en fachadas con la sede de la Gobernación del Cauca, adyacente a la misma, pero reconstruida *ex novo* en el lapso 1985-86. El observador actual debe recordar que más de la mitad de todo lo que vea con aire "colonial" en Popayán es bien reciente, de 1938 en adelante, con énfasis en la reconstrucción masiva de la ciudad a partir de 1984 en adelante.

Otras casas de cierta antigüedad, pero muy reconstruidas luego del sismo de 1983, comprenden, en la manzana del Centro Administrativo Municipal, al oriente de la plaza de Caldas, cuatro de ellas, incorporadas a este durante la restauración ocurrida entre 1984 y 1986. Todas ellas fueron el resultado de la subdivisión de otras de mayor tamaño en los siglos XVIII y XIX: casa Paredes, casa de la Caja de Previsión, casa de la esquina suroriental de la manzana y vestigios de la casa de la Marquesa de San Miguel, en la esquina suroccidental de la misma llamada "de los portales". Todas albergan en el presente funciones oficiales. En el costado occidental de la plaza de Caldas, subsiste, correctamente restaurada, la casa de propiedad de la Cámara de Comercio de Popayán, que conserva el hermoso tratamiento constructivo de su patio central en columnas y dinteles de madera, siendo por ello indicativa de lo que fue la fisionomía interior *realmente* original de una "casa alta" payanesa. Cabe señalar que esta casa escapó, por alguna afortunada circunstancia, de los tratamientos "elegantizadores" realizados a porrillo en Popayán desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XIX.

En ese aspecto del interior de casas urbanas o de hacienda en Popayán, conviene señalar el caso sorprendente de un espacio claustral en medio de la ciudad, el de Santo Domingo (actual Universidad del Cauca), que conserva sus galerías perimetrales en columnas y dinteles de madera. Ese bello espacio es un patio central de casa de hacienda que se equivocó de lugar y fue a dar a la ciudad. Por añadidura, es una prueba de cómo, para los artesanos de la construcción colonial, no existía ni la necesidad ni los recursos para "cargar la mano" en gesto estilísticos elegantes, ni mucho menos un modo de construir en el campo y otro en la ciudad, sino una manera única, clara y vigorosa de pensar y levantar estructuras para delimitar espacios de estricta funcionalidad, mas de poético aspecto, y dejar que la vida transcurriera en ellos. Eso era lo poco que sabían hacer con la máxima destreza, pero ese poco lo ejecutaban a maravilla.

En cambio, en la llamada "Casa del Regente de España" (calle 5ª con carrera 8ª), la subdivisión y desfiguración de su interior ocasionó que de esta únicamente tenga algún interés su fachada exterior, la cual luce una portada en ladrillo cortado y moldurado,

dejado aparente[245]. La casa que aloja los posgrados de la Universidad del Cauca (calle 4ª, carrera 3ª y 4ª) fue, muy probablemente, trabajada en su interior por Marcelino Pérez de Arroyo, entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, a juzgar por el reemplazo de sus galerías interiores de madera por arquerías de ladrillo y la relocalización de su escalera principal. Lo mismo se puede decir de la actual sede del Hotel La Plazuela, frente a la iglesia de La Compañía (San José). No obstante, la obra con la cual Pérez de Arroyo llegó al ápice de su actividad como diletante de arquitectura en Popayán es la actual sede del Museo de Arte Religioso, intervención realizada, al terminar el siglo XVIII, por aquel para la residencia de sus padres con una calle de por medio con la iglesia y convento de Santo Domingo. Lo más probable es que Pérez de Arroyo haya hecho alteraciones considerables a una casa colonial preexistente en el sitio, tales como la relocalización de la escalera en un volumen saliente que invadió, alterando incómodamente el patio central (efecto presente también en el caso citado del Hotel La Plazuela), o la disposición de la fachada principal en una doble simetría inexistente en el resto de la ciudad, con la anomalía de mostrar tres ejes y dos portadas principales, una de las cuales inevitablemente resulta falsa, además de proveer el "vestido" sofisticado de sobremarcos, pedimentos, molduraje y cornisas de rigor para esta misma fachada. Esto sería el principio de cierta arbitrariedad o rebeldía arquitectónica con respecto a los cánones de apariencia formal preestablecidos por los constructores de la época colonial, además de un ingrediente de cosmopolitismo estético impensable en otros períodos de la ciudad. En la casa que es hoy la sede de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca (calle 4ª con carrera 3), la acción de Pérez de Arroyo consistió en la elaboración de portadas en ladrillo, visiblemente llamativas más de discutible calidad compositiva, amén del usual reemplazo de las galerías en madera en el patio central por arquerías en mampostería de ladrillo.

Se podría señalar, como representativa de los extremos cualitativos de la arquitectura doméstica payanesa, la casa natal de Francisco José de Caldas, es decir, la actual sede de CaucaTur (calle 3, carrera5), un ejemplo relativamente bien conservado de una modesta casa "baja" desprovista de embellecimientos "neoclásicos". Otra vivienda baja del mismo género es la del actual Museo Negret, con características similares a las anteriores y un hermoso chorro al aire libre. El actual Museo (Guillermo) Valencia, construido a finales del siglo XVIII, tuvo arquerías al patio principal sobre pilastras de mampostería en ladrillo y piedra. En la segunda mitad del siglo XX, le fueron añadidas más y más arquerías en otros lugares de la casa, pervirtiendo así la originalidad de las que se edificaron primero en el interior de la casa. Un segundo espacio interior, con seguridad resultante de alguna reforma hecha durante el siglo XIX, sería el patio ovalado y rodeado de columnatas "neoclásicas" en la residencia del "poeta - soldado" Julio Arboleda.

[245] Un examen de las superficies del ladrillo cortado en la época colonial revela que este no parece haber sido destinado a ser dejado al desnudo. Destinado a recibir una lechada de cal o un delgado revoque o revestimiento, le llegó, en los siglos, XIX y XX, en cambio, toda suerte de barnices, tapaporos y "raspados".

En cuanto a las casas de hacienda coloniales alrededor de Popayán, hay que reconocer que son de muy buena familia arquitectónica, de gran abolengo tecnológico y estético. Para que ellas surgieran en el Nuevo Mundo era necesario que existieran antes la villa campestre romana, la alquería árabe, la hacienda olivar y el cortijo andaluces. Pese a ello, la casa de hacienda de trapiche o de ganadería neogranadina no es ya ninguna de estas antiguas especies arquitectónicas, así guarde algún parentesco tecnológico y estético con ellas. El cortijo y la hacienda de olivar pertenecen a sistemas socioeconómicos muy distintos de aquellos que gobernaron la existencia de las haciendas surgidas en torno a Popayán. El encomendero, antecesor neogranadino del hacendado, era una especie socioeconómica inexistente en tierras hispánicas. Cuando aparecen en la región las casas de hacienda, tal como las conocemos en nuestros días, ya transcurre la mitad del siglo XVIII y le resta poco tiempo al período colonial. Las casas de hacienda caucanas alcanzaron una plenitud en sus formas construidas en forma tan tardía como evocativa; aunque no hay que olvidar que, durante más de un siglo previo, lo que existió en el campo neogranadino rara vez fue más que modestos ranchos de bahareque o tapia y techo de paja o palma. Así, el mérito e importancia de las casas urbanas de Popayán reside en sus virtudes como conjunto, en la suma física de todas ellas; en cambio, en el campo caucano, las casas de hacienda se cuentan y valoran de una en una, aisladamente, dependiendo solo de su relación con el lugar donde fueron edificadas.

La casa de hacienda más notable de los alrededores de Popayán es, sin duda, la de "Calibío", levantada entre 1790 y 1801, probablemente como una sobrelevación superpuesta a una casa preexistente desde unos ochenta años antes o como un reemplazo total de esta. En verdad, "Calibío" representa un ejemplo excepcional de espléndida y refinada carpintería estructural, en galerías y armaduras de cubierta. Al igual que en las casas de "La Ladera" y "Yambitará", "Calibío" está en proceso de quedar englobada en el crecimiento urbano de los suburbios de Popayán y no exactamente con los mejores de estos. Se trata aquí de la desaparición del entrono espacial, un componente de gran importancia para la localización de las casas de hacienda coloniales.

La casa de "Antón Moreno" lleva el nombre del fundador de la hacienda, quien la estableció en el siglo XVII, pero lo más probable es que, a finales del siglo XVIII, fuera construida o terminada en la forma que ostenta hoy, por los mismos artesanos que levantaron la de "Calibío", en razón de las similitudes tecnológicas y formales entre ambas, incluyendo sus acueductos y capillas exentas. Sin discusión, el acueducto más notable es el de "Antón Moreno", formado por un curso de agua traído desde los cerros vecinos y conducido, por atarjeas de ladrillo y piedra, a un hermoso sistema de tanques sucesivos que alimentan los varios servicios domésticos, con un chorro o baño al aire libre de bellas proporciones y un jardín decorativo con cursos de agua a la manera andaluza. "Antón Moreno", como "Calibío", es una casa de planta mixta, esto es, que combina galerías abiertas al paisaje con varios patios interiores.

La casa de “La Ladera”, rodeada en la actualidad de barrios nuevos y por una escuela pública adyacente, es, al igual que la de “El Troje” y “Pisojé”, de planta concentrada, lo que significa configurada por un núcleo central construido y rodeada perimetralmente por galerías en dos pisos. Esto es el revés conceptual de las viviendas organizadas alrededor de un patio central. Igual se podría decir de “Yambitará”, hecha, como la de “la Ladera”, a finales del siglo XVIII y, al igual que esta, englobada en la actualidad en otro suburbio de acelerado desarrollo urbano y todavía con una parte de un acueducto similar al de “Antón Moreno”. “El Troje” y “Pisojé”, casas de hacienda de un solo piso, levantadas, como “Antón Moreno”, en espléndidos parajes, han corrido con variada suerte en los tiempos recientes, pasando del uso normal al abandono –en el caso de “Pisojé” – o al maltrato por razones ajenas a sus propietarios.

El caso típico de la arquitectura patrimonial colombiana, amenazada o destruida por situaciones de orden público o vandalismo de grupos subversivos, es el de la casa de “Coconuco”, situada en una zona más lejana de Popayán que todas las anteriormente mencionadas. “Coconuco”, datando de la segunda mitad del siglo XVIII, es una casa de planta concentrada y provista de un volumen realzado a dos pisos, a manera de mirador.[246]

Lo que vino desde España hasta el altiplano de Popayán, en la memoria y en el alma de pobladores y alarifes, fue lo que se podría llamar el sentido de lugar. ¿Y cómo definir este concepto? En 1995 escribí[247]: “No se trata aquí de ciertos rasgos formales o espaciales en particular sino la razón profunda en virtud de la cual, aun hoy, el dominio ejercido por las casas de hacienda de la época colonial en el paisaje colombiano hace imposible imaginar los lugares donde fueron levantadas sin la presencia de estas allí. Las casas coloniales de campo parecen haber sido parte de los sitios desde siempre, junto con los árboles, los ríos y las puestas de sol. El sentido de lugar consiste, además, en extraer de modo misterioso, ciertos significados implícitos del espacio natural y, con estos, crear una forma artificial armoniosa con los elementos ambientales del sol, el viento, la oscuridad nocturna, la lluvia, las sombras, el vuelo de las aves y la vegetación… Debe quedar establecido un diálogo intangible, pero no imperceptible, entre el lugar y la presencia de la arquitectura… Si el paisaje titánico de cordilleras, volcanes, tormentas, sol implacable, tenue neblina del amanecer o crepúsculos como del fin del mundo, es ciertamente de los dioses, el hombre lo recobra para sí al sembrar en el campo la semilla prodigiosa de las formas construidas.”. (Téllez, 2006, pp.189-209)

En torno a los dilemas referidos en otra sección sobre los espacios públicos y también para los espacios privados de la ciudadanía, y sin dejar de lado las edificaciones pretéritas del barrio

[246] Uno de los jurados que ya he mencionado, a saber Carlos Humberto Illera, me comenta que, hoy por hoy, esa edificación ha sido reconstruida por sus propietarios.
[247] Téllez, Germán, *Casa Colonial. Arquitectura doméstica neogranadina*. Bogotá. Villegas Editores, 1995, pp. 177 - 197.

Bolívar, y teniendo en cuenta las presentes y las que en el futuro habrá, cabría destacar, recuperar y construir ese *sentido de lugar* referido por el autor, pues, me parece vital para nuestra vida urbana. Retomando: La siguiente cita enriquece un poco más la percepción de ambos influjos culturales:

> Son claros los orígenes europeos de la casa colonial, pero su "americanidad" se entiende menos nítidamente, y por ello mismo ha sido objeto de malentendidos culturales, según el lado del Océano Atlántico al cual pertenezcan los especialistas que se ocupan del tema. ¿Cuál es la índole de la arquitectura doméstica de las provincias llamadas de Ultramar? Para unos, se trata de arquitectura *española* en América. Para otros es arquitectura *hispanoamericana*, vale decir, un género diferente. Pero, ¿cómo es esa arquitectura? La casa del comerciante santafereño o cartagenero será, técnicamente, menos refinada, pero algo más ingeniosa, decorativamente más pobre que cualquiera de sus contrapartidas metropolitanas. Al no surgir en la Nueva Granada una sociedad minera de riqueza inaudita, lo que habrá en su lugar será una burguesía comerciante y agropecuaria, cuyas viviendas serán adecuadas a sus recursos, pero no podrían tener el esplendor arquitectónico de aquellas que sólo eran posibles mediante el oro o la plata de la Nueva España o el Alto Perú. Los Condes de Calimaya o de Las Torres levantaron en México palacios ciertamente comparables a los más destacados de Sevilla o Granada, pero en la Nueva Granada llegó en final de la Colonia y los virreyes continuaban habitando casas santafereñas alquiladas, o compradas "de segunda mano", no diferenciables de las de los comerciantes más acomodados. A fines del siglo XVIII, la Real Academia de San Fernando, en Madrid, rechazó el proyecto para el "Palacio" virreinal en Santa Fe (Bogotá) elaborado por Domingo Esquiaqui, por no observar los cánones neoclasicistas de composición, simetría, ordenación jerárquica de espacios y "buen gusto" preconizados oficialmente por la entidad española. Lo sometido a consideración de la Academia española no era otra cosa que el plano de una casa santafereña *existente*, algo mayor que otras, remodelada, ampliada y adaptada a uso oficial. No había recursos para hacer nada distinto, ni en la Nueva Granada existía un solo arquitecto titulado por las autoridades españolas, capaz de elaborar un proyecto cumplidor de las normas metropolitanas para la vivienda y las oficinas del virrey.
>
> El tono neogranadino es "provinciano" únicamente visto desde España hacia América. Observado a partir de sus propias condiciones locales de existencia, es apenas lo lógico, lo que casi inevitablemente habría de surgir en territorio neogranadino, luego del proceso de transculturación descrito.
>
> El orgullo y la vanidad del colonizador hispánico en la Nueva Granada fueron siempre una escenografía teatral interpuesta entre el mundo exterior y una tácita pero renuente aceptación de la propia modestia, pobreza o sencillez interiores. Entre una hidalguía arrogante y una notable escasez ideológica o de medios económicos para respaldarla se plantea la dicotomía esencial del neogranadino, ─cada vez más criollo y menos español

de España─, la cual a su vez está precisamente plasmada en la arquitectura doméstica con que rodeó su existencia.

La dureza de carácter y reciedumbre formal de la arquitectura doméstica andaluza, su belleza modesta a veces, pero siempre sensual y profunda, fueron rasgos que pasaron intactos, sin "provincianización", de un lado a otro del Mar Océano. Vinieron allende el Atlántico con gentes que en su vasta mayoría procedían del campesinado o de las clases sociales más bajas de la jerarquía hispánica de finales de la Edad Media, cuyo mundo o ideario arquitectónico estaban restringidos al pueblo o la comarca donde habían sido criados y cuya memoria, las más de las veces, incluía apenas algún asombrado recuerdo de la capital de la provincia vecina. La casa neogranadina estaba destinada a ser la del hijo menor de comerciante exiliado por la institución de mayorazgo, que le cerraba las puertas sociales y económicas en su tierra natal; la del negociante venido a más con la trata de esclavos y el aguardiente destilado clandestinamente; la del campesino trocado en encomendero o hacendado pudiente pero no mucho; la del artesano carpintero que recibía de cuando en cuando el encargo de una mesa y cuatro sillas a cual más elemental; o el artista que esperaba pintar alguna Virgen más, sabría Dios cuándo y por cuánto, para la Madre Superiora del convento vecino. Ningún género arquitectónico refleja mejor a una sociedad en particular que la arquitectura doméstica, pues ésta carece de teatralidad y significados accesorios propios de la arquitectura religiosa o institucional. De ahí la importancia de saber exactamente cuál es la íntima verdad de la arquitectura doméstica dejada por el período colonial en lo que hoy es tierra colombiana.

Si se aceptan los orígenes, principios de organización espacial y tecnología constructiva básica *europeos* de la construcción doméstica colonial, ¿en qué consiste la presunta *americanidad* o carácter regional que se reclama para ella? En gran medida, ésta consiste en haber sido llevada a cabo, justamente, en América (por perogrullesco que ello pueda parecer), si se admite que la simple condición geográfica puede llegar a ser también, de alguna manera, categoría de valoración crítica o histórica. La necesaria adaptación a nuevas condiciones socio-económicas, políticas, geográficas y antropológicas modifica la "europeidad" de esa arquitectura, pero no la oculta o la borra enteramente. Lo americano que podría tener no consiste tanto, por otra parte, en poseer rasgos creativos nuevos, como en la presencia o influencia de climas, materiales, mano de obra y técnicas constructivas previamente inexistentes en los países europeos. En el caso específico de la arquitectura *doméstica* neogranadina los rasgos decorativos o compositivos *realmente* originales de ella son tan escasos como discutibles. Los más no pasan de ser amables o curiosos exotismos locales elaborados sobre temas originalmente europeos. En cambio, es vasto y fascinante el mundo de la tecnología constructiva improvisada por los constructores hispánicos al emplear, obligadamente, los recursos que les brindó la tierra americana.

Es precisamente en el campo de las técnicas constructivas donde el constructor colonial logró incorporar aportes indígenas a su tarea: el uso del bahareque (mezcla de cañas o entretejidos de palma o fique revestidos de barro) o de cubiertas en paja o palma es ejemplo de ello. Pero en el aspecto vital de la construcción doméstica colonial, es decir, la creación, ordenación y percepción del espacio arquitecturado, esa incorporación integral de lo indígena no se podía haber planteado jamás. Las nociones perceptivas sobre espacio existencial o habitable, en las culturas indígenas, eran radicalmente diferentes de aquellas que trajeron consigo los colonizadores hispánicos, en cuanto a su origen y nivel de desarrollo, sin que hubiese puntos de contacto a nivel o relación que permitieran alguna forma de integración. Para las culturas indígenas la alternativa no fue otra que continuar construyendo viviendas a su manera tradicional, dado que los criterios europeos al respecto no eran para ellos ni comprensibles ni adaptables a su idiosincrasia, o bien, abandonar por entero su ideología habitacional y aceptar la imposición de la cultura invasora. Ambas cosas sucedieron, simultáneamente, en la historia colonial. Los constructores coloniales no tuvieron ningún interés en incorporar a la arquitectura doméstica que levantaban, criterios espaciales, de cualquier origen que fuesen, distintos de los que ya conformaban sus tradiciones desde mucho tiempo atrás, pues, ¿para qué?, ¿qué podrían ofrecer las culturas indígenas en territorio neogranadino a quienes no tenían meta distinta de imponer una arquitectura predeterminada? Los bohíos levantados ocasionalmente en las vecindades de las casas de hacienda coloniales para albergar cocinas o depósitos, o los tambos o viviendas de esclavos, son muestra de adaptación a usos nuevos de arquitecturas efímeras creadas en otros tiempos y otras circunstancias, pero no se pueden tomar como parte integral de la construcción colonial sino como exóticos anexos temporales.

Al señalar anteriormente la similaridad formal y ambiental de la casa andaluza y la neogranadina, consideradas en igualdad de condiciones socio-económicas y urbanísticas, se indicó una modalidad de apreciación del tema bien distinta de la polarización usual en sentido hispanista o americanista.

Habría buenas razones para creer que lo que logra España con el singular imperialismo edificador a ultranza que caracteriza su expansión territorial a partir del siglo XVI, es menos una prolongación física de su propia existencia y posesiones, que una inesperada incorporación de sí misma al nuevo mundo que trataba de someter. No es válido el aforismo: “África comienza en los Pirineos”. Es América la que comienza en Castilla…

Obsérvese cómo cambia el tono de la cuestión si se unifica, mediante el vínculo mágico de la arquitectura, la discusión territorial. El constructor de casas venido de España trata de crear en torno suyo, una y otra vez, un trozo de la tierra y las casas que dejó atrás en el comienzo de su aventura americana. Pero, al repetir su casa andaluza en el Nuevo Mundo ejecuta una acción doble: Trae algo de Andalucía a la tierra americana, por una parte, y por otra, prolonga de vuelta, hasta Andalucía, el mundo de las formas construidas, por el

subterfugio de la analogía, o la similaridad unificante. Nada será igual en toda España luego de la conquista de América…

Un panadero que habita una casa en Olvera, o en Marchena, sueña que más allá de las marismas del Guadalquivir, de las islas Canarias y de más de un mes de navegación, y otro de camino a pie a través de un trópico que debe ser la antesala del infierno, hay, en las alturas prodigiosas de cordilleras como jamás hombre alguno pudo ver, en un pueblo no mayor que el suyo, una casa cálidamente *igual* a su hogar andaluz, con el mismo horno del pan, del cual brota un extraño aroma ácido, diferente de aquel del trigo, al preparar allí tortillas de *maíz*. Ve los mismos muros desiguales, encalados, y las mismas sombras y manchas de sol en el patio interior. Pero no ve, en sus sueños, olivares en el horizonte, ni abedules, ni castaños, ni alcornoques... ¿Qué ha ocurrido? ¿Es Andalucía que se ha ido a lo que el alucinado Colón llamó las Indias? ¿O América, que ha llegado al Mediterráneo, para invadir los pueblos, la vida y los sueños de los españoles? ¿O quizá, ambas cosas? Todos los días, al pasar el panadero soñador al lado del olivar situado a la salida de su pueblo, le inquieta ver cuán velozmente crecen esas extrañas plantas de enormes hojas y delgado tallo, sembradas a la sombra de los olivos por un compadre que volvió de las Indias. Es el maíz de América, invadiendo los olivares de Andalucía…. (Téllez, 1996, pp.77-87)